

FERNANDO MACCONO, Sac.

SANTA MARIA D. MAZZARELLO

COFUNDADORA
Y
PRIMERA SUPERIORA GENERAL
DE LAS
HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

SEGUNDO VOLUMEN

INSTITUTO HIJAS DE MARIA AUXILIADORA
M A D R I D



Santa MARIA DOMINGA MAZZARELLO

FERNANDO MACCONO, Sac.



SANTA MARIA D. MAZZARELLO

COFUNDADORA
Y PRIMERA SUPERIORA GENERAL
DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

PRIMER VOLUMEN

Traducción:

HIJAS DE MARIA AUXILIADORA. INSPECTORIA DE MADRID

INSTITUTO HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Las cartas de Santa María D. Mazzarello que aquí se insertan
están tomadas de la edición bilingüe de las mismas impresa en
Barcelona en 1979.

Nihil obstat:
HERMENEGILDO LÓPEZ GONZALO

Imprimase:
JOSÉ MARÍA MARTÍN PATINO
Pro-Vicario General

Madrid, 12 de diciembre de 1980

Madrid 1981. Traducción de la edición italiana de 1960

© INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

ISBN: 84-300-3414-5 (I). ISBN: 84-300-3413-7 (O.T.)

Depósito legal: M. 37.128-1980

Impreso en INDUSTRIAS GRÁFICAS ESPAÑA, S. L.—Comandante Zorita, 48.—Madrid-20

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

A las Hijas de María Auxiliadora

Os presento una nueva Vida de vuestra primera superiora general Sor MARÍA MAZZARELLO, de la que, en las manos del gran Don Bosco, fue la piedra fundamental de vuestro Instituto. Digo nueva Vida porque, poco después de su muerte, el historiador del Beato Don Bosco, Don G. B. Lemoyne, escribió una breve relación sobre ella en el Boletín Salesiano (1); y otra más extensa el venerado Don G. B. Francesia, en 1906 (2). Habiéndose recopilado nuevos documentos, se hizo necesario, o al menos conveniente, una nueva publicación, y el inolvidable Don Rua, de santa memoria, confiaba este encargo al humilde firmante.

No pudiendo realizar el trabajo con la rapidez que deseábamos todos, preparé primeramente los artículos para la causa de Beatificación, que, como sabéis, se inició en la venerada Curia Episcopal de Acqui, el 23 de junio de 1911, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús; después publiqué los Rasgos Biográficos para que, ampliamente difundidos, hicieran conocer al pueblo cristiano a vuestra primera Superiora General y, finalmente, recogí, en un opusculito, las Máximas para cada día del año, entresacadas de sus cartas, de sus recomendaciones y de sus conversaciones, a fin de que fueran para vosotras, Hijas de María Auxiliadora, como la palabra viva del pensamiento y del corazón de vuestra venerada Madre.

(1) Año 1981, núm. 9.

(2) Suor Maria Mazzarello e i primi lustri delle Figlie di Maria Ausiliatrice, San Benigno Canavese, 1906.

Aquí tenéis, finalmente, la vida completa.

Al prepararme para este trabajo me propuse tres cosas: la verdad, el orden, la sencillez.

1. *Ante todo la verdad, porque la vida escrita de una persona, que no corresponda su vida vivida, no es digna de fe y equivaldría a escribir una novela.*

He hecho todas las diligencias posibles para examinar documentos, impresos y manuscritos, y preguntar a personas religiosas y seglares, que conocieron a la Sierva de Dios, vivieron o trataron con ella o, sencillamente, oyeron hablar. Con todo ello recogí un material precioso y abundante y no he dicho ni afirmado cosa alguna de la que no estuviese moralmente seguro.

Muchas de vosotras, al leerla, encontraréis, referidas por mí, sus mismas palabras escritas u orales. Lo mismo las personas seglares a las que he preguntado y que tuvieron la bondad de ojear este libro.

2. *La segunda cosa que me propuse fue el orden, del que resulta la armonía y belleza de las cosas, y ante todo, el orden cronológico, que ayuda tanto a la memoria, por el que se ven desenvolverse sucesivamente los hechos acaecidos, y después un cierto orden lógico, para que el lector llegue a ver, cuanto es posible, a la persona viva y operante, más bien que contemplar una bella estatua o un autómeta.*

En la biografía de los santos hay quien prefiere primero narrar la vida de su héroe y después, en una segunda parte, hablar de sus virtudes.

Este método tiene sus ventajas, pero yo he preferido que el lector vea desarrollarse, a lo largo de la narración, las virtudes de Sor MARÍA MAZZARELLO, y cómo, a medida que las practicaba, estas virtudes se iban perfeccionando; porque «la vida de los justos es semejante a la luz del alba, cuyo esplendor va creciendo hasta el pleno día» (3); sólo he hecho de vez en

(3) Libro de los Proverbios, IV, 13.

cuando alguna tregua, según lo requería el orden lógico de las ideas o, al menos, el orden lógico de las mías.

No siempre me fue fácil seguir un orden cronológico, a pesar de haber hecho todo lo posible por conseguirlo. Si en algún punto no he llegado a ser del todo exacto, creo haberme acercado suficientemente a la verdad. Por lo demás, esto no perjudica el valor objetivo de los hechos expuestos.

La dificultad para establecer el orden cronológico se debió a que las piadosas jóvenes de Mornese, que vivieron con MARÍA MAZZARELLO, y después sus primeras religiosas, se preocupaban, más que por retener en la memoria lo que sucedía, por trabajar y hacerse santas, escondidas en Dios, de quien sólo esperaban la recompensa; en su humildad no se les ocurría ni siquiera soñar que quien venía después tendría la santa y legítima curiosidad de saber no sólo cómo había nacido y se había desarrollado el Instituto, sino también quiénes eran y qué hacían las primeras elegidas por Dios para una obra tan grande.

¿Queréis una prueba de esto? Una de ellas, que vive todavía, y que muchísimas de vosotras conocen personalmente (Madre Petronila Mazzarello), cuando se trató de iniciar la causa de Beatificación de la Sierva de Dios, dijo a algunas Hermanas y me lo repitió a mí, con lágrimas en los ojos: «Yo no sé si Sor MARÍA MAZZARELLO, que amaba y procuraba tanto permanecer escondida, estará contenta de que trabajemos por su causa».

Esta alma bella no pensaba, en su sencillez, que la exaltación de los santos es para mayor gloria de Dios, que hizo resplandecer en ellos sus dones especiales y que en el cielo no existe el amor propio.

Pero ella temía por sí, y al responder a nuestras preguntas, ¡cuántos rodeos de palabras y reticencias por temor a decir algo que redundase en su honor!

En el curso de la narración he mencionado también los principales hechos del Santo Fundador, que no debemos nunca perder de vista, y los principales acontecimientos polí-

ticos durante los cuales se desarrollaban (4). Pienso que tal contexto no resulte desagradable.

3. En tercer lugar me he propuesto la sencillez, como he hecho en otros escritos y como nos dejó, casi en herencia, nuestro Santo Fundador, Don Bosco. Por lo demás, ¿qué cosa más sencilla que la virtud? Y más aún, ¿qué vida más sencilla que la de Sor MARÍA MAZZARELLO?

En sí es una vida sencillísima, pero que ella la hizo sublime y, por tanto, santa con el exacto cumplimiento de los deberes cotidianos y con el heroísmo de la virtud. Sor MARÍA MAZZARELLO hacía las cosas ordinarias de modo extraordinario. En esto precisamente consiste la santidad.

Santa Margarita María Alacoque, jovencita, «leía con entusiasmo las vidas de los santos, pero evitando las de los santos extraordinarios, porque pensaba no poder imitar su heroísmo». Al abrir el libro decía para sí: «Busquemos la vida de una Santa que sea fácil de imitar, a fin de que pueda yo hacer lo que ella» (5).

¡Si viviese ahora creo que leería con agrado la Vida de vuestra primera Superiora General, porque es sencilla e imitable! Aquí lo extraordinario está en lo ordinario, esto es, en hacer con extraordinaria perfección las cosas ordinarias. Este fue el secreto de María Mazzarello, y en ello, con la gracia de Dios, que no falta jamás, querer es poder.

* * *

Escribir su vida hizo gran bien a mi alma; su lectura, ¿lo hará también a las vuestras y a cuantos las lean? Lo deseo de corazón y pido a Dios que me escuche.

No obstante, siento que no he querido expresar en mis escritos más que una mínima parte de la suave unción de piedad y de amor a Dios que sentía en su corazón. ¡Sor María, que tanto amaba a las almas, lo supla desde el cielo!

(4) Suprimidos en esta segunda edición, porque me parece que distraía del objeto principal.

(5) BOUGAUD: *Historia de Margarita Alacoque*, capítulo III. En la actualidad, Santa canonizada.

Y en esta biografía, ¿aparecerá cómo Sor MARÍA MAZZARELLO se impregnó del espíritu de Don Bosco, que es espíritu de caridad y alegría, espíritu de obediencia y sacrificio, espíritu de oración y de trabajo, y cómo lo inculcó a sus hijas? Permitidme que lo espere.

* * *

Al escribir sobre esta Sierva de Dios he hablado, además, con cierta profusión, de algunas Hermanas que fueron recibidas y dirigidas por ella en la vida religiosa: la vida fervorosa y santa de éstas, ¿no prueba la santidad de la superiora?, y la santidad de ésta, ¿no explica el heroísmo de aquéllas?

De cepas llenas de vitalidad es de donde brotan y crecen retoños frondosos; y si algún día una diestra pluma saca a la luz los hechos edificantes de muchísimas de ellas (6), las Hijas de María Auxiliadora no tendrán necesidad de dirigirse a los escogidos jardines de otras Ordenes Religiosas para buscar ejemplos de virtud, sino que podrán admirar e imitar las flores abundantes y selectísimas del Instituto.

* * *

A la santa muerte de la venerada Superiora, el Instituto a los nueve años de fundación contaba ya con 28 casas: 19 en Italia, tres en Francia y seis en América. Las Hermanas eran 165, y las novicias, 65.

Ahora (1913) las Hijas de María Auxiliadora son 2.950 y las novicias 396. Las casas del Antiguo Continente son (ahora, 1913) 218 y las chicas que reciben educación en sus colegios, orfanatos, residencias de obreras, jardines de infancia, oratorios festivos, ascienden al número de 119.535 (7).

(6) De algunas ya se ha hecho. (Nota a la segunda edición.)

(7) En la actualidad (1980), el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora cuenta con 17.149 Hermanas profesas y 382 novicias.

Trabajan en 56 naciones. Comprende 61 Provincias, con 1.434 Centros.

Sólo en Europa hay 522 Colegios para párvulos, 204 Colegios de Primera Enseñanza (E. G. B.), 159 Colegios de Bachillerato (BUP), 201 Jardines de Infancia, 173 Escuelas Profesionales, 2 Universidades, 532 Oratorios-Centros Juveniles, 34 Residencias para estudiantes, 31 Centros de Promoción Social, etc. El número de todos los que reciben educación y asistencia en estos Centros asciende a 268.895 entre niñas y jóvenes de ambos sexos.

* * *

Para gloria de Dios, de la Iglesia, de nuestro común Santo Fundador y de Madre Mazzarello sólo me queda dirigiros a vosotras en particular las palabras que el sabio dirige en general a todos los buenos para animarlos a vivir y a obrar santamente: «Escuchadme, Hijas de María Auxiliadora, estirpe primogénita de Dios, y floreced como un rosal plantado junto a la corriente de agua. Esparcid suave fragancia como el árbol de incienso. Arrojad flores semejantes al lirio, exhalad perfumes, entonad cantos de alabanza y bendecid al Señor en sus obras. Glorificad su nombre, alabadle con las palabras de vuestra boca y con los cantos de vuestros labios; y al alabarle al son de la cítara diréis: “Las obras del Señor son todas maravillosas...”» (8).

Nizza Monferrato, 14 de mayo de 1913
XXXII aniversario de la muerte de la Sierva de Dios

Sac. FERNANDO MACCONO.
Vicepostulador de la Causa

(8) Eccle., XXXIX, 33.

APROBACION de S. E. Rvdma.
el Cardenal JUAN CAGLIERO a la primera edición

Delegación Apostólica de América Central

«Mi queridísimo Don Fernando Maccono:

He recibido con sumo agrado la Vida que has escrito de la Sierva de Dios Sor María Mazzarello, primera Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora.

La he leído, la leo y sigo leyéndola para mi consuelo y provecho espiritual y moral; porque en ella se recuerdan los *hermosos tiempos* de la fundación, infancia, adolescencia y exuberante juventud religiosa del Instituto, que creció bajo mi mirada y bajo la dirección que me trazó nuestro Venerable Padre, ¡Fundador nuestro y suyo!

¡Es una hermosa y rica biografía de la jovencita cristiana, de la devota Hija de la Inmaculada, de la perfecta religiosa y modelo que fue, no sólo de sabia y prudente Superiora, sino también de amable y ternísima Madre, llena de afecto, bondad y solicitud, tanto con las Hermanas, sus queridas hijas, como con las chicas, objeto de sus maternales cuidados para educarlas en el santo temor de Dios, formarlas en la virtud y conducir las a la salvación eterna!

Has escrito bien: *¡Bene de illa scripsisti!*, y mejor aún has escrito su figura moral, narrado sus heroicas virtudes y ensalzado el candor de su preciosa alma, adornada de cualidades, dones y privilegios, más que extraordinarios, sobrenaturales; fruto de su correspondencia y constante cooperación a la divina gracia que la llamaba a la práctica, en sumo grado, de las más eminentes virtudes teologales, religiosas y morales.

Esta vida se lee con interés y gusto espiritual, y se queda uno edificado de la amable sencillez, atrayente bondad y amor ardentísimo de la Sierva de Dios a Dios y a su prójimo. Amor que, a imitación del Venerable y Santo Fundador, santificó y enderezó para atraer hacia su corazón a otros corazones, especialmente de la

inexperta juventud, para preservarla del mal, conducirla al bien y presentar (los corazones) puros y castos a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Bellísima *flor del campo*, trasplantada al jardín de la Iglesia, de la religión y santo centro de las Hijas de María Auxiliadora, para que creciese llena de vida espiritual, exhalase suave y celestial perfume y, cual luciente estrella, brillase en los comiezos y primeros albores del Instituto, y con luz matutina guiara a las nuevas Esposas de Jesucristo por los arduos senderos de las virtudes cristianas, y escalasen las difíciles alturas de la perfección religiosa hasta el monte santo de Dios: *ausque ad montem sanctum. Dei Horeb.*

Bene et vere vera illa scripsisti.

Laus Deo servisque suis.

Costa Rica, 1914

Fiesta de San Francisco de Sales

Afmo. en J. C.

† JUAN, *Arzobispo*»

TROZO de la CARTA del Cardenal Cagliero a la Rvdma. Madre CATALINA DAGHERO

La carta anterior iba acompañada de otra para la Rvdma. Madre General Sor Catalina Daghero, de s. m., en la que Su Eminencia, después de haber dicho que declararía en el *Processo Rogatorias* de Costa Rica, escribía:

«... y aquí declaro ante todo que cuanto está escrito en la vida de la Sierva de Dios Sor María Mazzarello, y que se refiere a mis palabras, propuestas y juicios, lo confirmo y lo sostengo con juramento *tacto pectore et supra sacra Evangelia* (9), por ser la pura verdad y realidad cuanto se dice de las virtudes y santidad de nuestra buena Madre, la primera Superiora General del Instituto vuestro y *nuestro*.»

(9) Con la mano en el pecho y sobre los Santos Evangelios.

DECLARACION del Cardenal CAGLIERO en el PROCESO de Costa Rica

«Todas las virtudes escritas en la biografía de la Sierva de Dios por el Sacerdote Fernando Maccono, vicepostulador, han sido declaradas, aprobadas y confirmadas por testigos que conocieron y vivieron con ella; también yo los constaté y los vi valorados, cultivados y practicados por ella todo el tiempo que vivió bajo mi dirección con profunda religiosidad, perseverante constancia y con la perfección no sólo cristiana, sino con la propia de los santos que vivieron en perfecta unión con Dios y que, llenos de amor divino, lo esparcieron en el ejercicio heroico de la caridad, celo y sacrificio de sí por la gloria de Dios y la salvación del prójimo» (10).

«... llegado a este punto, me siento en la necesidad de declarar que he leído y releído la biografía de la Sierva de Dios, escrita por el vicepostulador de la Causa, el Sacerdote Don Fernando Maccono, salesiano; también he leído, meditado, pensado y reflexionado seriamente los artículos por él expuestos, como guía de la Causa de Beatificación ante la Curia Episcopal de Acqui. Apruebo cuanto en ellos se sostiene y confirmo y ratifico todo cuanto en ello se dice respecto a mis escritos, dichos y todo lo presenciado por mí respecto a la Sierva de Dios, y esto como testigo *de visu et de auditu*» (11).

(10) Sumario, p. 44.

(11) Sumario, p. 38.

APROBACION de S. E. Rvdma.
Mons. SANTIAGO COSTAMAGNA a la primera edición

Sig Sig (Ecuador), 22 de febrero de 1915

«*Queridísimo Don Fernando:*

... Por tanto, ¡usted piensa hacer una segunda edición de la Vida de Sor María Mazzarello! (12). Yo no la creo susceptible de mayor perfección, tan verídica, perfecta, buena y atrayente la encontré.

La hemos leído durante la comida y todos quedaron verdaderamente edificados.

Al leerla me parecía volver a vivir en aquel trozo de cielo que era Mornese en los tiempos de nuestra heroína.

Esta vida está destinada a mejorar espiritualmente a cuantos quieran meditarla, en especial a las Hijas de María Auxiliadora, que encontrarán en su primera superiora un modelo perfecto de santidad.

Dichoso usted, queridísimo Don Fernando, que con este rico trabajo podrá engarzar una perla más en la preciosa corona que sus santas obras literarias le han preparado. Alégrese también en el Señor que... *qui ad justitiam erudiunt multos (fulgebunt) quasi stellae in perpetuas aeternitates* (13).

De verdad, que le envidio santamente... *Ora pro me.*

† SANTIAGO, *Obispo titular* de Colonia
y *Vicario Apostólico* de Méndez y Gualaquiza».

(12) Sí, pensaba por entonces hacer una segunda edición de la vida impresa en 1913 en edición extracomercial y difundirla entre el pueblo cristiano, pero, por causas ajenas a mí, no me ha sido posible. Hice después un compendio en 1922.

(13) DANIEL, 12, 3.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

1. *Esta edición es, sustancialmente, como la primera salida en edición extracomercial en 1913, pero más rica en anécdotas y revisada con esmero en los dos Procesos, Diocesano y Apostólico, de los cuales traigo numerosas citas; está dividida en cinco partes y puede decirse que hecha de nuevo. Mi intento fue mejorarla; si después se ha conseguido... es otra cuestión.*

2. *También he vuelto a consultar muchas veces, desde 1910 hasta ahora, a los familiares de la Sierva de Dios, a muchos de su tiempo y a muchas de sus ex alumnas del taller y de oratorio; a casi todas las Hermanas que convivieron con ella en Mornese y en Nizza Monferrato, incluidas las misioneras de las tres primeras expediciones; por último, también la Crónica del Instituto, escrita después de la primera edición de 1913, pero sin seguirla ciegamente y, valoradas las pruebas en pro y en contra, me atuve a lo que me parecía más digno de crédito.*

3. *Tal vez he referido demasiadas declaraciones sobre la vida y virtudes de la Sierva de Dios y, dado el método que me propuse de presentárosla siempre activa como era y cómo progresaba en el bien, habrá, además, aquí y allí algunas repeticiones; pero los muchos testimonios confirman mejor la santidad de vuestra primera Superiora General.*

Por otra parte, ¿quién es la hija que no desea conocer lo más posible cuanto se refiere a su madre, y más siendo una Santa? Yo deseaba daros a conocer realmente todo, porque en vuestra primera Superiora tenéis, sin duda, un modelo bellísimo y diré perfecto, imitable y para imitar en vuestro estado.

Además quería que aquí encontrasen materia abundante los que quieran escribir sobre ella. Con un copioso material seguro y ordenado de otra forma, escribir otras Vidas bajo otros puntos de vista es ya cosa fácil y está bien que se escriban, porque los gustos y las necesidades de los lectores son muchas y diversas.

También he enriquecido este volumen con dos largos índices, uno analítico y otro sintético, que facilitarán mucho la búsqueda de los principales acontecimientos.

* * *

4. *En 1915 publiqué en nuestras Lecturas Católicas un pequeño compendio sobre la Sierva de Dios, que se agotó rápidamente y, no sé por qué, no se volvió a imprimir. En 1922 mandé imprimir otro mucho mayor, y, si Dios me da vida y salud, haré también el Compendio de la presente edición, y después otro libro Sobre el espíritu y virtudes de Madre Mazzarello.*

5. *Hay algunos que han traducido a otros idiomas los Rasgos biográficos publicados en 1911 y muchas veces reimpresos, o bien algunos de los otros opúsculos mencionados; hay quien los ha resumido y quien, sirviéndose de ellos, escribió una Vida histórica o bien un tanto novelesca (14). Hay quien ha citado las fuentes y quien no; quien tuvo la delicadeza de mandarme copia de su trabajo y quien no la tuvo.*

Agradezco a todos y no me quejo de nadie; con tal que Madre Mazzarello sea conocida lo más posible en su verdadera luz, gaudeo et gaudebo.

Pero, según mi parecer, las citas sacadas de las fuentes son más justas y además dan mayor seriedad y valor al trabajo, pero unusquisque abundet in sensu suo.

* * *

(14) Realmente, Fanfani hubiera querido que se dijese «favoleggiata» (léxico de ínfima y corrompida italianidad), pero ahora el verbo novelar está de moda. A nosotros nos agrada poco la cosa.

6. *Doy gracias a Dios, a quien sea todo honor y gloria, el haberme preservado hasta ahora por dos veces, puede decirse milagrosamente, de una muerte cierta en dos mareos y caídas en el altar, y me haya concedido la gracia de terminar esta segunda edición, que me costó aún más que la primera, y agradezco también públicamente a las personas que me ayudaron en la afanosa búsqueda, y a cuántos me sirvieron de gran alivio y ayuda para transcribir y mecanografiar documentos y manuscritos.*

Dios recompense a todos abundantemente y bendiga a cuantos la lean.

* * *

Ahora, alma mía, terminada la obra, hay que esperar desilusiones; pero tú, fija la mirada en Dios, sonrío serenamente.

Nizza Monferrato, 14 de mayo de 1933
LII aniversario de la muerte de la Sierva de Dios.

Sac. FERNANDO MACCONO



Casa donde nació Santa María Dominga Mazzarello

PARTE I

**Desde el nacimiento de la Santa
hasta su vestición religiosa**

1837-1872

CAPÍTULO I

Nacimiento y primera educación

(1937-1943)

1. Mornese. Nacimiento de María. Admirable coincidencia.—2. Los padres de María.—3. Relación entre el nacimiento de María y el de Don Bosco.—4. Carácter de los padres de María.—5. La casa donde nació.—6. Su primera educación.—7. Construcción y bendición de una pequeña iglesia dedicada a María Auxiliadora.

1. Mornese es un pueblecito con unos mil doscientos habitantes, situado a 350 metros sobre el nivel del mar, en una de las muchísimas colinas del Monferrato y precisamente en el distrito de Novi, de la provincia de Alejandría y en la Diócesis de Acqui. Está a unos doce kilómetros al este de Ovada —la estación ferroviaria más próxima—. Llegados al límite del pueblo, por el camino que desde Ovada pasa por los dos pueblos de Lerma y Casaleggio, se vuelve a la izquierda por un camino empedrado y tortuoso, que lo recorre de norte a sur. A la mitad del pueblo el camino está cruzado por otro que, por la izquierda, sube al antiguo castillo almenado, que hoy ha perdido toda importancia y ha quedado reducido a una vivienda particular; deja a la derecha la iglesia parroquial. Esta tiene delante una pequeña y bonita plaza y se alza sobre la ladera del monte, que, por detrás y a los lados de la iglesia, se hunde encerrando en un vasto semicírculo pequeños y ondulados montículos coronados por fértiles viñedos, y tiene algunas profundas hendiduras, obra de las lluvias y, tal vez, de antiguos movimientos geológicos.

Quien desde la plazoleta de la iglesia parroquial dirige su mirada hacia el sudeste divisa, más allá del gran valle, al

abrigo de la colina, que se eleva cubierta de castaños y encinas y culmina en el monte Brisco, algunos grupos de casas llamadas *Los Mazzarelli*, por el apellido de la mayor parte de las familias que allí habitan. Son tres grupos, a pocos minutos uno de otro. El pueblo llama al primero *los Mazzarelli de acá*; al segundo, *los del medio*, y al tercero, al este, *los Mazzarelli de allá*. Desde la plazoleta sólo se ve del segundo una gran alquería, porque queda oculto detrás de la elevación de una colina; pero la mirada del observador queda en seguida impresionada a la vista de una blanca iglesia, con una pequeña torre cuadrada, que, asentada sobre la ladera que nos oculta el segundo grupo de casas, domina el gran valle y mira a la iglesia parroquial como una hija que tiene los ojos fijos en su madre. Está dedicada a María Santísima Auxiliadora y a San Lorenzo, mártir. Hablaremos de ella más adelante.

Si el observador baja la mirada al primer grupo de los Mazzarelli, ve a su izquierda una casita alta y blanca que parece esconderse tímidamente detrás de tres o cuatro grandes perales que se elevan en la pendiente del gran valle y se destacan un poco del resto de las casas, como si quisiera estar más cerca de la iglesia y gozar mejor de su protección. En esta humilde casita nació, el 9 de mayo de 1837, Santa María D. Mazzarello, de quien empezamos a escribir su vida.

¡Admirable coincidencia! La que estaba destinada a ser, con Don Bosco, cofundadora de las *Hijas de María Auxiliadora* y su primera Superiora General, nacía en una modesta casita, próxima al lugar donde sus paisanos edificaron después la pequeña iglesia blanca ya citada, precisamente en honor de la Auxiliadora de los cristianos, según la promesa hecha un año antes de que ella naciera.

2. El padre, oriundo del pueblo, se llamaba José y la madre María Magdalena Calcagno, de la próxima parroquia de Tramontana, Diócesis de Génova. El, sagaz, trabajador y honrado campesino; ella, de sencillez evangélica, buena y

diligente ama de casa. María fue la primera de los siete hijos que alegraron el modesto hogar de los afortunados padres (1).

La niña fue bautizada, como se acostumbraba entonces en casi todas las familias cristianas, el mismo día que nació y recibió los nombres de María, en honor de la Virgen, y Dominga, en recuerdo del padre y de la madre del abuelo, que se llamaban, respectivamente, Domingo y Dominga (2).

Los piadosos cónyuges, por devoción a la Virgen, impusieron también después el nombre de María a las otras dos hijas que el Señor les dio.

3. Dios, que destinaba a esta niña a ser, con Don Bosco, cofundadora y primera Superiora General de un Instituto cuya característica debería ser el espíritu de sacrificio, la abnegación, la pureza y la sencillez de corazón, para trabajar con celo inextinguible por la salvación de las almas, especialmente de la juventud más pobre y necesitada, dispuso que naciese de familia humilde, sencilla y trabajadora y que pasara su juventud en la sencillez y en los trabajos del campo. Convenía así que esta futura piedra fundamental de una de las más activas congregaciones religiosas fuese formada en la práctica constante de las virtudes que ella debía enseñar después, con el ejemplo y la palabra, a sus hijas espirituales. Conociendo las costumbres, las necesidades y los peligros de las jóvenes pobres, habría podido formar mejor a las futuras religiosas y maestras que debían ocuparse de éstas.

Cuando ella nació, Don Bosco tenía veintidós años; cursaba segundo de Filosofía en el Seminario de Cheri y, en aquel mismo año, Dios le mostraba en un sueño la ciudad de Turín, en la que había de empezar sus trabajos apostólicos y maravillosas fundaciones (3).

(1) He aquí sus nombres: 1.º María Dominga, nacida el 9 de mayo de 1837; 2.º María Felicina, 20 de enero de 1839; 3.º Domingo, 31 de marzo de 1846; 4.º María Filomena, el 18 de noviembre de 1848; 5.º José, 17 de marzo de 1850; 6.º Asunción, el 20 de octubre de 1853; 7.º Nicolás, el 28 de enero de 1859.

(2) Véase el Apéndice a este capítulo, con la partida de Bautismo.

(3) LEMOYNE. *Memorias biográficas del Venerable Siervo de Dios Don Juan Bosco*, vol. I, c. 47.

También él había tenido humilde nacimiento y pasados sus primeros años entre la gente del campo sencilla, piadosa, trabajadora y había aprendido allí, a la perfección, aquel espíritu de sacrificio, de trabajo y oración que debía dejar en herencia a sus hijos. Como quien debía tener para los jóvenes e hijos espirituales no sólo afecto de padre, sino corazón de madre, había sido formado en la virtud por una madre piadosísima, prudente y viril. María Mazzarello, por el contrario, fue formada en la virtud especialmente por el padre, como quien, a la dulzura propia de la mujer, debía añadir la firmeza del hombre en la educación de las niñas y dirección de las Hermanas.

4. José, hombre de fe y chapado a la antigua, serio y paciente por naturaleza, frecuentaba la iglesia, escuchaba la palabra de Dios y la practicaba. Era socio activo de las Conferencias de San Vicente de Paúl y fue de los primeros que en Mornese se acercaba cada domingo (4) a los santos Sacramentos sin ningún respeto humano.

Su mujer tenía carácter más bien fogoso, índole jovial y, a menudo, tenía salidas chistosas e ingeniosas; pero también amaba la piedad y era devotísima de la Virgen. Vivía con verdadero espíritu de fe, tanto que cuando enfermaba alguno de casa o de los parientes, solía decir: «Este es un año de cielo» (5), queriendo significar que los sufrimientos y las tribulaciones, aceptados como venidos de las manos de Dios, son meritorios para la vida eterna.

María heredó del padre la inteligencia y la sagacidad; de la madre, el carácter desenvuelto y alegre, y de ambos, la profunda piedad.

Los dos esposos estaban plenamente convencidos de sus deberes como padres cristianos. Por eso consideraron siempre a sus hijos como un don del cielo, del cual deberían dar un día rigurosa cuenta, y pusieron gran esmero para educarlos en el santo temor de Dios.

(4) Proc. Ord., p. 111.

(5) Proc. Ord., p. 110.

José, ocupado en el cultivo de las viñas, dejaba a la piadosa esposa la labor de infundir en los tiernos y puros corazones de los niños los primeros gérmenes de las virtudes; pero a medida que los veía crecer y desarrollar su inteligencia, intervenía él, imponiéndose con su autoridad, seria y dulce a la par, para que aquellos gérmenes crecieran y no fuesen sofocados, en su nacimiento, por la irreflexión y caprichos infantiles.

Cuando nacieron la primera y segunda niña, vivía aún con sus tres hermanos, todos trabajadores y de buenas costumbres, que se querían mucho y en el pueblo se les consideraba como modelos de amor fraterno.

5. Su casa estaba y está a la izquierda del camino que, desde el pueblo, lleva hasta los *Mazzarelli*, rodeando, de un modo irregular, el gran valle. Tiene forma rectangular, se alza y avanza sobre éste por el lado más estrecho.

Por la parte del camino tiene dos pisos; por el contrario, por la del valle tiene tres. En los dos pisos superiores están las habitaciones; en el inferior, que es la planta baja, por la parte del gran valle, está el horno, debajo del que, descendiendo unos escalones, se encuentra la bodega.

En 1922 se colocó en la fachada una lápida de mármol con la inscripción:

EN ESTA CASA
EL 9 DE MAYO DE 1837
NACIÓ
SOR MARIA MAZZARELLO,
PRIMERA SUPERIORA GENERAL
DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
FUNDADAS
POR EL VENERABLE JUAN BOSCO

EN EL CINCUENTENARIO DEL INSTITUTO,
LAS HIJAS AGRADECIDAS

José, que era el segundo de cuatro hijos y dos hijas, ocupaba el primer piso, esto es, el que por la parte del camino

es el piso bajo, y precisamente, la habitación del final. Los parientes creen que allí nació María.

En esta misma ocasión del cincuentenario del Instituto de las *Hijas de María Auxiliadora* se puso otra lápida con la siguiente inscripción:

AQUI

LAS PRIMERAS LÁGRIMAS Y LAS PRIMERAS SONRISAS,
LAS PRIMERAS PALABRAS Y LAS PRIMERAS ORACIONES
DE SOR MARIA DOMINGA MAZZARELLO (6)

El 26 de abril de 1947 se colocó también un hermoso altar de nogal para comodidad de los sacerdotes que quisieran celebrar.

Esta habitación tiene dos ventanas que se abren hacia el gran valle y permiten ver la iglesia parroquial, enriquecida su torre con cinco grandes campanas. Dirigiendo más allá la mirada, se ve; al fondo hacia el nordeste, el pueblo de Montaldeo; más a la derecha, Parodi Ligure, y, entre los dos pero más cerca del distrito de Mornese, la torre de Tramontana, que despunta entre los montecillos que nos ocultan la vista del pueblo donde nació la madre de la afortunada niña. Dirigiendo la mirada hacia la derecha se ve Codipiaggio, dividido en varias aldehuelas, y más lejos, sobre un alto monte, el santuario de la Virgen de la Guardia de Gavi, imponente como una fortaleza que domina todo aquel vasto territorio montañoso, que se extiende a sus pies.

6. En aquella habitación, desde la que se disfruta una vista encantadora, seguramente la mamá, jugueteando con su criaturita y estrechándola entre sus brazos, le habrá hablado de Dios y, junto a los dulces nombres de mamá y papá, le habrá enseñado a pronunciar los divinos de Jesús y de María.

(6) Las dos lápidas fueron colocadas por iniciativa del autor de esta Vida, que escribió también las inscripciones; especialmente para que los que vengan después no tengan necesidad de buscar estos datos. En la primera no se puso el glorioso título de *cofundadora*, porque la Iglesia aún no lo había decretado.

Y acercándose a la ventana, ¿no le habrá señalado también la iglesia parroquial, donde Jesús se encuentra presente en la santa Eucaristía? ¿No le habrá indicado hacia el extremo oriente el santuario de su Santa Madre, a la que tenía tanta devoción? ¿No le habrá hablado de su amor a los niños y le habrá invitado a mandarle un cariñoso beso? ¿Y no le habrá señalado el cielo, donde un día podría verla cara a cara si había sido buena? Es lícito suponerlo. Ciertamente le enseñó muy pronto a rezar. Mañana y tarde le hacía rezar las oraciones, tanto que su hermana Felicina, después Hija de María Auxiliadora, dejó dicho: «Aprendió muy pronto a rezar las oraciones del buen cristiano y procuraba hacerlo con la máxima devoción».

Era el primer regalo que los dos piadosos cónyuges habían recibido del cielo y era natural que lo cuidaran de un modo especial; también para que los otros hijos que Dios les concediese recibieran después de ella un buen ejemplo.

No la perdían de vista: la querían obediente, piadosa, modesta, mortificada, y sabían que los niños son imitadores y que, más que a las órdenes, avisos y consejos de los que no comprenden la importancia, se fijan en las obras, procuraban ofrecerle en sí mismos un modelo de virtudes, con la oración y el trabajo, el mutuo respeto y la recíproca tolerancia.

7. Terminamos este primer capítulo dando a conocer también una admirable coincidencia en el nacimiento de María. La que debía ser, con Don Bosco, cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora, nacía en una modesta casa próxima al lugar en el que sus paisanos edificaron más tarde una pequeña iglesia blanca, precisamente en honor de la Auxiliadora de los cristianos (7).

(7) La capilla mide 10,30 metros de longitud y 4,70 de anchura. En la fachada tiene una pintura de la Virgen sentada, con el cetro en la mano derecha y el Niño en el brazo izquierdo. El Niño tiene la cruz en la derecha y mira a San Lorenzo, que está de rodillas, con las manos juntas y la parilla a sus pies. A la izquierda está, de pie, San Esteban, con la palma del martirio en las manos.

En el ábside estaba la Virgen, toscamente pintada, con el cetro en la mano izquierda, mirando a

En 1836, un año antes de que naciese María, hacía estragos el cólera en Mornese. Los ancianos del pueblo nos contaban que, recordando cómo Pío VII, al verse libre de la prisión de Napoleón I, por intercesión de María Auxiliadora de los Cristianos, fijó su fiesta el 24 de mayo de cada año (día de su entrada en Roma, tras su liberación, 1813), prometieron a la Virgen que si los libraba del terrible flagelo le levantarían una capilla con el título de María Auxilio de los Cristianos. Fueron escuchados y cumplieron su palabra.

¡Cuánto se hablaba en Mornese de María Auxiliadora durante la construcción de la capilla prometida!

Esta fue bendecida y abierta al culto el 24 de mayo del año 1843. No dista más que 120 metros de la casa en que nació María. Esta tenía entonces seis años, y su hermana Felicina, cuatro y algunos meses. Con toda probabilidad, los padres las llevaron a la función religiosa.

Se sabe positivamente que en la tarde del domingo, después de las vísperas, cuando hacía buen tiempo, las familias de alrededor se reunían, como aún ahora se hace algunas veces, para rezar el santo rosario y cantar las Letanías. Ciertamente iban también las dos niñas con su madre o con su padre, o bien solas.

Así, al alborear la vida de nuestra heroína, se imprime indeleble en su mente infantil el recuerdo de la construcción y bendición de una blanca capilla, dedicada a María Auxiliadora.

San Juan, que tenía en su mano el cáliz. También estaban pintados allí un Papa y San José, con la vara florida. Arriba dos ángeles, uno a cada lado, en actitud de adoración. Ahora ha desaparecido ya la pintura, al blanquear todo el interior de la capilla.

APENDICE AL CAPITULO I

Partida de Bautismo de María Mazzarello

Sacamos del Registro del Archivo Parroquial de Mornese la *partida de Bautismo* de Santa María Dominga Mazzarello, cofundadora y primera Superiora General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

N.º 15

MAZZARELLO
DOMENICA

Anno Domine Millesimo octingentesimo trigesimo septimo die nono mensis malii Rev. D. Laurentius Ghio baptizavit infantem hodie natam ex Iosepho Mazzarello q. Dominici et q. Dominicæ et ex Maria Magdalena nata Calcagno Silvestri et Catherinae, Pareciae Tramontana coniugibus: Cui impositum fuit nomem: Maria Dominica.

Patrini fuere: Nicolaus Mazzarello q. Dominici, et Rosa Mazzarello uxor Iosephi, huius Pareciae.

He aquí su traducción:

En el año del Señor del 1837, el 9 de mayo, el Rvdo. Don Lorenzo Guio bautizó a una niña, nacida hoy de José Mazzarello, hijo de los difuntos Domingo y Dominga, y de María Magdalena, nacida en Calcagno, hija de Silvestro y de María Dominga, matrimonio de la parroquia de Tramontana, a la que se impuso el nombre de María Dominga.

Los padrinos fueron: Nicolás Mazzarello, hijo del difunto Domingo, y Rosa Mazzarello, esposa de José, de esta parroquia.

CAPÍTULO II

Educación religiosa. Primera Comunión. La Confirmación

(1843-1849)

1. A la alquería de la Valponasca.—2. La prima Dominga.—3. María vence la repugnancia a confesarse. El aburrimiento en los sermones.—4. Una hija no debe alejarse de la vista de su madre.—5. El padre hace caminar derecho. Obediencia y piedad.—6. Las diarias recomendaciones.—7. En la casa Bodratto. Vuelve con su familia.—8. Estudia el Catecismo. ¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo?—9. El punto de honor. Quiero ganar a todos los chicos.—10. La primera Comunión. La Confirmación.

1. José no vivió siempre en los caseríos los «Mazzarelli», sino que, cuando hicieron la partición de los bienes paternos, él con su familia pasó a la alquería de la «Valponasca», propiedad de los Marqueses de Oria, de los que tenía en arriendo los viñedos, porque los bienes heredados no eran suficientes para mantener a toda su familia.

Esta alquería, que existe aún, está asentada en la ladera de un montecillo que se eleva en el norte del gran valle, por la parte opuesta a los «Mazzarelli». Dista del pueblo cerca de tres cuartos de hora. Además de la planta baja tiene otro piso y el desván. Una inscripción mural dice que fue completamente reconstruida en 1864.

2. El hermano mayor de José y su esposa murieron durante el cólera de 1836, dejando huérfanas a dos niñas. José recogió a la mayor, llamada Dominga, que tenía cerca de doce años, dejando la otra, llamada María, al hermano Nicolás. En

la Valponasca vivían, por tanto, cinco personas. María seguía creciendo en la pureza del ambiente doméstico, en una especie de religiosa soledad, entre la sencillez de los campos y la riqueza de los viñedos, en una atmósfera rica en oxígeno, lejos de todo peligro para su inocencia.

3. La madre, siempre que podía, asistía a la santa Misa, aun en los días laborables, y llevaba con ella a la hija: cuando no le era posible, la mandaba con la sobrina Dominga, acostumbrándola así a vencer el sueño, tan fuerte en los niños. Le enseñó las principales verdades de la fe, muy pronto la preparó para la Confesión y la víspera de las fiestas de la Virgen la disponía a su celebración llevándola en su día a confesarse, aunque no había hecho aún su primera Comunión.

María se complacía más tarde en referir aquellos cuidados maternos a Petronila Mazzarello, casi de su misma edad e íntima amiga, que llegó a ser después su primera ayudante en el apostolado y la primera vicaria del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora; le confiaba el esfuerzo que debía hacer para vencer la repugnancia que sentía a confesarse.

También le contaba a esta amiga: «Mi madre me aconsejaba siempre que fuera devota de la Virgen, los domingos me acompañaba a la iglesia y quería que estuviese muy atenta al sermón; por el camino, si íbamos solas, o llegadas a casa, me preguntaba: “¿Qué ha dicho el sacerdote?”, y si no lo había entendido o no lo recordaba, me decía: “Ha dicho esto y esto”, y me repetía lo que había oído.

»El tener que escuchar el sermón era para mí un gran fastidio, quizá porque no lo entendía, y la víspera de cualquier solemnidad, al oír tocar las campanas a fiesta, mientras todos se alegraban, yo experimentaba una enorme contrariedad, pensando en el tormento del sermón y de la confesión; por mi gusto no habría ido nunca, pero mi madre se mantenía firme y particularmente en las fiestas de la Virgen me decía: “Oye: mañana es tal fiesta y es necesario ir a confesarse”. E íbamos juntas».

Madre Petronila afirma que María «estaba en la iglesia muy recogida» (1).

4. María recordaba también cómo deseando alguna vez ir a divertirse con otras niñas, la madre no se lo permitía, diciendo:

—Tú no debes alejarte de mi vista.

—¿Por qué?

—Porque tengo el deber de cuidarte siempre. ¿No recuerdas lo que dijo el sacerdote en la iglesia sobre los deberes de los padres y de los hijos? Que los padres deben vigilar a sus hijos y éstos deben obedecerlos.

—Pero ¿por qué me repite siempre el sermón si yo lo he oído muy bien?

—Te lo repito para que se te grabe bien en la memoria. Una niña, si quiere superarse y conservarse buena, agradar a Dios y a la Virgen, debe ser siempre obediente y no alejarse jamás de la vista de sus padres.

5. La buena señora hacía lo que hacen con frecuencia las madres, que procuran aducir razones y motivos que a menudo no son entendidos, mientras la mayor parte de las veces con- vendría cortar toda discusión con una orden terminante. Pero entonces intervenía el padre y, con su autoridad, dulce y resuelta a la par, ponía fin a toda discusión. Por esto, María decía más tarde: «Mi madre repetía muchas veces la misma cosa; pero mi padre lo decía una sola vez y nos hacía andar derecho».

Por esto se hizo muy obediente y su madre acostumbraba decir que, de todos sus hijos, María era la que mejor obedecía (2).

Era, además, piadosa y rezaba con gusto y con mucha devoción. Su hermana Felicina declara: «Al verla recogida en la oración, sin distraerse, me parecía una santa». Más de una vez alguno, encontrándose con el padre o con la madre, al darse

(1) Proc. Ord., p. 13.

(2) Proc. Ap., p. 357.

cuenta de la piadosa actitud de María, exclamaba: «¡Felices vosotros que tenéis una hija tan fervorosa! ¡Qué ligeras son las jovencitas de hoy! ¡Pero la vuestra es una excepción!»

6. Es natural que estos dos esposos recomendaran cada día a sus hijos que viviesen en el santo temor de Dios. «Un domingo —nos decía el sacerdote salesiano de Mornese, Don Campi— mi padre preguntó a un hermano de María si había ido al sermón de la noche y éste le respondió: “Yo oigo dos sermones cada día: por la mañana mi padre no deja de decirme que esté atento a no cometer ningún pecado y por la tarde mi madre me advierte para que no ofenda a Dios por la noche”.»

Y otro hermano interrogado un día por qué iba solo, respondió rápidamente: «No estoy solo, llevo siempre conmigo el Angel de la Guarda».

Todo esto nos prueba que aquellos buenos campesinos cultivaban de verdad el espíritu de fe. Por esto María crecía obediente y piadosa, con un instintivo horror a todo lo que pudiera parecer contrario a la virtud de la pureza; modestísima era la admiración de cuantos la conocían (3).

Sentía además una gran aversión a mentir desde niña; en aquella edad, «todavía sin malicia —como se expresó Madre Petronila en el Proceso diocesano—, no quería decir mentiras, y para evitar el castigo hablaba con rodeos, pero no mentía nunca» (4).

7. En Mornese vivía un tal Juan Bautista Bodratto con su esposa, Catalina Pestarino, mujer piadosa y trabajadora, quienes no teniendo hijos y conociendo la bondad de María pidieron a sus padres que se la dejaran con ellos por una temporada. Estos condescendieron y María pasó a casa de los Bodratto, donde estuvo de seis a diez meses.

Este matrimonio, que cultivaba el campo y tenía además una pequeña zapatería, parece ser que deseó quedarse con ella

(3) Proc. Ord., p. 331.

(4) Proc. Ord., pp. 74-75.

y adoptarla como hija, pero el padre le ordenó volver a casa, porque la necesitaba para cuidar a sus hermanitos.

María, hablando de este tiempo con su amiga Petronila, decía que estaba muy a gusto con los señores Bodratto, pero que no le agradaba la piedad de Catalina porque tenía demasiada exterioridad, y añadía: «A mí me agradaba, sí, ser buena, pero sin tantas cosas externas que mostrasen lo que sentía en mi corazón».

«En efecto —nos refería Madre Petronila—, ya por entonces, cuando iba a la iglesia, se ponía siempre en un sitio oculto y yo la veía en todo momento muy recogida» (5).

Esta espiritualidad la conservó toda su vida.

8. Los padres de María ignoraban ciertamente los designios de la Providencia sobre su hija y la destinaron a las faenas del campo; pero ante todo quisieron que fuese una buena cristiana. Después de haberle enseñado los primeros rudimentos de la fe, la mandaban a la iglesia, a la explicación del Catecismo, primeramente con la prima Dominga, después con su hermana Felicina.

María, nos han dicho sus compañeras, estaba atentísima a la explicación del Catecismo y era una de las que más se distinguía en decirlo de memoria. Era un poco tímida y estaba muy encerrada en sí misma, como en general todas las jovencitas de las alquerías; pero cuando se le preguntaba, respondía con presteza. Tal vez también ella habría querido preguntar para tener una mayor explicación, pero no se atrevía.

En esto se asemejaba a Santo Tomás de Aquino que, aún niño, preguntaba insistentemente a sus padres y maestros: «¿Quién es Dios?, ¿quién es Dios? Decidme: ¿Quién es Dios?», sin quedar nunca satisfecho de las respuestas que recibía. Así hacía María en casa con sus padres, quienes le daban las respuestas del Catecismo, que no siempre satisfacían a la niña. «Un día —declaró Madre Petronila— me refirió que, siendo

(5) Proc. Ord., p. 94.

aún muy pequeña, había preguntado a su padre qué hacía Dios antes de crear al mundo y que el padre le había respondido: "Que ¿qué hacía? Se contemplaba a sí mismo, se amaba a sí mismo y era feliz en sí mismo". Aquella respuesta se le quedó muy impresa en su mente (6) y no la olvidó jamás.»

La respuesta era exacta, pero muy superior a la capacidad de la niña, que hacía un sinfín de preguntas, que el pobre hombre no se encontraba en grado de resolver; por lo que María se sentía mayormente estimulada al estudio del Catecismo con el deseo de poder resolver las cuestiones que se aglomeraban en su mente. Estudiaba al ir y volver de la iglesia; algunas veces iba acompañada de otras cuatro o cinco niñas a las que preguntaba la lección o les explicaba lo que había oído al sacerdote.

Una buena mujer de Mornese nos decía que ella, siendo niña, hacía que María le aclarase el Evangelio que el sacerdote había explicado el domingo, para saberlo exponer cuando le preguntasen en el Catecismo, y que María se lo explicaba muy bien.

Habiendo aprendido que Dios está en todas partes y muy cerca de quien le invoca con fiadamente, se complacía en invocarlo, bien con cortas oraciones o con breves jaculatorias.

Si María era tímida al principio, bien pronto adquirió una manera de actuar desenvuelta y franca, pero siempre tan delicada que agradaba y edificaba a todos.

Don Pesterino, que ayudaba al párroco y explicaba el Catecismo, a menudo daba algún pequeño premio a las más aplicadas, a las que mejor lo sabían; y las compañeras atestiguan que María nunca se marchaba sin recibir alguno. Más bien, dicen, interrogada sabía dar tales respuestas y encontrar tales razones que admiraban no sólo a las niñas de su edad, sino a las personas mayores. A veces, aun Don Pestarino quedaba maravillado y decía a todos: «Véis, ésta es de las alquerías, no puede venir siempre y lo sabe; y vosotros, que

(6) Proc. Ord., p. 161.

estáis en el pueblo y no faltáis, no sabéis contestar a mis preguntas. Esto, ¿por qué? ¡Porque no estudiáis ni estáis atentos como María!» Y otras veces: «Vosotros, los del pueblo, no sabéis ni siquiera las oraciones, ved a ésta ¡cómo las sabe cantar!» (7).

Y la alabanza estimulaba a la piadosa joven a estar todavía más atenta, para merecérsela y ser siempre en todo la primera.

9. En una cosa, dicen las compañeras, no quería por nada del mundo ser superada: en el *punto de honor*.

Los domingos, Don Pestarino, al final de la explicación de la doctrina, mandaba salir de los bancos a un chico y una chica, quienes en presencia de todos se preguntaban mutuamente buscando la manera de superarse. El que vencía había ganado el así llamado punto de honor y recibía un pequeño premio.

María, cuando le mandaban salir, vencía siempre y decía con frecuencia a Petronila: «No quiero dejarme ganar por ninguno; no me da miedo de los chicos y quiero vencerlos a todos».

Desde entonces mostraba aquel carácter fuerte que, bien dirigido, debía hacerle obtener muchas victorias sobre sí misma y ponerla en condiciones de dirigir a otros. Ya religiosa, algunas veces le recordaba su amiga los pequeños triunfos de aquellos días felices, pero ella desviaba la conversación diciendo humildemente: «Todo era amor propio, estudiaba para no ser superada y para no hacer mal papel».

10. En cuaresma el Catecismo era diario. Después de la Misa parroquial los mayores salían de la iglesia e iban a sus obligaciones. Los niños y las niñas entraban o, si ya habían entrado, se quedaban allí para la instrucción catequística que Don Pestarino les daba con gran celo. El se preocupaba mucho por todos, pero especialmente por los que en Pascua iban a recibir la primera Comunión. Entre éstos se encontraba María.

(7) Proc. Ord., p. 28.

Por noticias obtenidas de los más ancianos del pueblo y de algún sacerdote, María hizo su primera Comunión en 1849 y, según la antigua costumbre de Mornese, que aún se conserva, el miércoles santo, que aquel año cayó en el 4 de abril.

Madre Petronila nos decía: «Hice la primera Comunión con María Mazzarello en Semana Santa. Yo tenía diez años y algunos meses; María había cumplido los once y le faltaba poco para los doce».

Unos domingos antes, Don Pestarino advertía a las mamás que si tenían que hacer un vestido nuevo a sus hijas aprovecharan la ocasión de hacérselo para la primera Comunión, o al menos que aquel día las mandaran a la iglesia con su mejor vestido y que les alegraran presentándoles en la comida algo especial y mejor de lo acostumbrado.

El, por la tarde, reunía a los niños y niñas que por la mañana habían hecho la Comunión y los llevaba en procesión a la ermita de San Silvestre o a la de San Carlos, hacia el torrente Roberno, rezando por el camino o cantando himnos religiosos propios de la circunstancia. El recuerdo de lo que se ha llamado el día más hermoso de la vida ejerce en el alma y en el corazón de los niños una gratísima impresión y todos hacen esfuerzos —tal vez verdaderamente heroicos— para prepararse santamente. ¡Cuántos cuidados habrán tenido con María sus padres y cuánto interés habrá puesto la buena niña para hacerse digna de la visita divina! No tenemos datos de aquel acontecimiento que nos dirían las cosas más hermosas y edificantes.

Pero a nosotros nos es lícito suponerlas, porque si desde muy pequeña había aprendido a rezar con tanto fervor, ¿qué habría hecho cuando se trataba no sólo de rezar a Jesús, sino de recibirlo en su tierno corazón? Si estudiaba tanto para conocerlos, ¿no era acaso para más amarlo? Sus disposiciones debieron ser angelicales y nosotros veremos bien pronto los efectos.

El 30 de septiembre de 1849 recibió el sacramento de la Confirmación, de Monseñor Alerano Pallavicini, en la iglesia parroquial de Gavi, y la piedad de los padres de María y el celo de Don Pestarino nos autorizan a pensar que la recibiría con las mejores disposiciones.

CAPÍTULO III

Acción del padre y del confesor en la formación cristiana de María

(1850...)

1. Los santos no nacen tales, se hacen.—2. Vigilancia del padre de María. En el mercado. ¡Cuánto debo a mi padre!—3. Cómo cuida a sus hermanitos.—4. El pan contra su cabeza.—5. Cuida de una prima suya.—6. Reforma de sí misma.—7. Quién era Don Pestarino.—8. Cómo dirige a María.—9. Enrojeció.—10. ¡Qué he hecho!—11. En la iglesia.—12. Ambición vencida.—13. Santa amistad entre María y Petronila.

1. Muchas veces al leer la vida de un santo exclamamos: «¡Dichosos sus padres y maestros!», sin pensar para nada en los sacrificios que los padres y maestros debieron afrontar para que progresara en la virtud. La mayor parte de las veces, quizá para no avergonzarnos de nuestra pereza, nos hacemos la ilusión de que los santos no fueron de carne y hueso como nosotros, que no tenían, como nosotros, sangre caliente en las venas y que no sentían, como nosotros sentimos, inclinación al mal y dificultad para hacer el bien; como si fueran, en suma, seres privilegiados, criaturas angelicales y no humanos.

A engendrar y mantener esta ilusión han concurrido —si bien sea involuntariamente— no pocos hagiógrafos, quienes describieron a sus héroes como criaturas sin pasiones ni defectos, haciéndonos casi creer que no encontraron jamás dificultad alguna en practicar la virtud, y que poco o nada debieron trabajar con ellos sus padres y maestros.

Nada más equivocado.

Ciertamente, algunos santos privilegiados recibieron gracias extraordinarias desde su infancia; pero todos tuvieron

necesidad de una buena dirección y todos experimentaron, más o menos, la lucha entre el bien y el mal, porque todos sintieron en su carne la ley de la que habla el Apóstol, que es contraria a la ley del espíritu. La buena educación, la correspondencia a la misma y la gracia de Dios fue la que los llevó a la cumbre de la santidad; pero la correspondencia a la buena educación y a la gracia cuesta a nuestra corrompida naturaleza; por esto todos tuvieron que luchar, y podemos deducir que ninguno se hizo santo, sino con un continuo esfuerzo de la voluntad y que todo santo fue un victorioso combatiente contra el mundo, el demonio y la carne.

2. También nuestra heroína. Sus padres habían tenido gran cuidado en dirigirla rectamente desde sus primeros años y ella había correspondido. Nunca dejaron de ejercer sobre ella la más amorosa vigilancia.

El padre no podía hacer por sí solo todos los trabajos del campo y se veía obligado a llevar hombres del pueblo, pero entonces más que nunca sentía sus deberes de padre y, cual solícito jardinero, redoblaba sus cuidados para que aquellas flores humanas, las dos hijas y la sobrina Dominga, no se le echasen a perder.

María quería ir con él a la viña y él, en los días buenos, no se oponía, pero nunca la dejaba sola; vigilaba para que no oyese ninguna palabra inconveniente y no recibiera mala impresión. Si alguien en casa, por la calle o en la viña, por imprudencia o ligereza, iniciaba una conversación que pudiera ofender la caridad u otra virtud, él la cortaba en seguida sin admitir réplica.

María, siendo ya mayorcita, se extrañaba y no entendía el porqué de ciertas salidas de su padre, siempre tan bueno y afectuoso, pero, entre tanto, crecía con la inocencia en su corazón.

El padre iba algunas veces al mercado para sus negocios y María le pedía que la llevase con él.

Sabemos que para los niños de los pueblos ir al mercado o a la feria es cosa tan deseada como para los mayores el visitar

una grandiosa exposición. Aquel ir y venir de la gente, vestida de distintas formas, que habla y gesticula y se empuja y grita; aquellos puestos adornados con flores, cargados de bagatelas brillantes y de dulces; aquellos vendedores ambulantes que ofrecen su mercancía a quien la quiere y a quien no la quiere y de la que elogian los precios, prometen cederla a la mitad de su valor, cuando no dicen claramente que la regalan; los saltimbanquis que realizan juegos maravillosos; los charlatanes que venden remedios para todos los males y aun para otros más..., todo, todo, presenta un aspecto maravilloso a la vista del niño —alma sencilla que nada sabe— y ejerce un poder mágico en su fantasía infantil.

El que ha estado en la feria vuelve a casa con la fantasía y el corazón llenos de tantas maravillas, habla de esto con entusiasmo durante varios días y desea que llegue pronto una nueva ocasión para gozar gratis de un espectáculo tan hermoso y divertido.

No es extraño que María, oyendo hablar de tantas cosas maravillosas, pidiera a su padre que la llevase a la feria. Este alguna vez la complacía, pero yendo por la calle no dejaba de recomendarle que fuese recatada, que no mirase acá y allá, diciéndola que así hacía la Virgen, y que, por otra parte, aparecería como una *tonta* que no ha visto nunca nada. ¡Cuánta habilidad y cautela usaba para interponerse entre ella y los objetos peligrosos y para distraer en seguida su mente de cualquier palabra inconveniente que se oía!

María, en aquella edad, no entendía nada de las amorosas industrias de su padre y volvía a casa sin haber visto muchas cosas de las que otros hablaban, pero con el corazón puro e inocente como cuando salió de casa. Una vez, el padre, por no llevarla a ver las diversiones que le podían perjudicar, le hizo ir y venir tanto de acá para allá que la niña, al volver a casa, se encontró tan cansada que jamás volvió a pedir ir a otra feria (1).

Así creció sin sombra de nada que pudiera entenebrecer el

(1) Proc. Ap., p. 76.

candor de la mente y del corazón, y sólo ya de mayor comprendió cuánto había hecho por ella su padre; por esto exclamaba con frecuencia: «¡Cuánto debo a las industrias de mi padre! Si en mí hay algo bueno se lo debo a él, que, por su pureza de costumbres y palabras, podía compararse a un santo. Sólo muy tarde llegué a descubrir su secreto, y precisamente por esto es mayor mi agradecimiento».

Y recordaba cómo muchas veces le había pedido que la llevara a la plaza a ver alguna novedad, como otros chicos y chicas, y cómo el buen hombre, repitiéndole que no le convenía, le había distraído hábilmente con buenas razones y otras propuestas.

3. María, después de la primera Comunión, fue todavía más atenta en cuidar a sus hermanitos, en enseñarles las oraciones del buen cristiano, en procurar que vistieran con toda modestia a impedir que fueran con chicos poco educados. No les castigaba por ninguna falta, porque no tenía autoridad, pero cuando era necesario se lo refería a su madre.

Esta regla la mantuvo siempre con el correr de los años y si en alguna ocasión veía a los hermanos o hermanas, ya mayores, ir con compañeros que no le parecían buenos, y a las hermanas arreglarse con vanidad, en seguida avisaba a sus padres pidiéndoles que se lo prohibieran.

Una ex alumna del taller, que María abrió más tarde en Mornese, como veremos, declara: «Su madre no tuvo queja alguna de ella. Procuró además colaborar en la buena educación de sus hermanas. Cuando sus hermanas Filomena y Asunción, a escondidas, adornaban sus vestidos con encajes y con vanidad se lo contaba a su madre (2).

Efectivamente, su hermana Filomena nos dice que siendo niña y jovencita había sido muchas veces reprendida por María porque era muy presumida en el vestir, por lo que le hacía sufrir; pero más tarde comprendió que su hermana hablaba sólo por su bien, porque cuando se trato de su boda,

(2) Proc. Ap., pp. 27 y 37.

María intercedió ante sus padres para que le comprasen los vestidos apropiados a la solemnidad de un día tan importante en la vida cristiana y la equipasen con un rico ajuar.

4. Anticipamos aquí el hecho referido por un hermano, que sucedió varios años más tarde.

El hermano más pequeño, Nicolás, en una fiesta de precepto no fue a Misa. María lo supo y se lo dijo a su padre, a fin de que le reprendiera. El padre no sólo le riñó, sino que añadió a la reprensión unos azotes. El hijo, lloriqueando, se escondió en el pajar. Llegó la hora de comer y el chico, por vergüenza, no bajaba. María, movida a compasión, le llevó pan, diciéndole que los golpes eran justos, porque su padre se los había dado por su bien, para que no se olvidase de guardar los Mandamientos. Y le dejó cuanto le llevaba.

El chico, orgulloso y enojado, cogió el pan y, mientras la hermana bajaba la escalera, se lo tiró a la cabeza diciendo: «Si estuvieron bien los golpes, también estará bien el pan en tu cabeza».

María no se ofendió, soportó pacientemente el acto grosero y, tratándose de una ofensa hecha a ella, no dijo nada a sus padres (3).

En alguna ocasión pedía también perdón en favor de alguno diciendo: «Papá, perdónalo por esta vez; estará más atento y no volverá a hacerlo».

5. Cuidaba también a una prima de Tramontana, que de vez en cuando iba a la Valponasca, y María la instruía en la religión y le daba muy buenos consejos, a fin de que fuera siempre una buena cristiana (4).

6. Pero más que a los demás, sentía la necesidad de corregirse a sí misma.

Las pasiones, en efecto, empezaban a levantar cabeza y amenazaban sofocar tan buenas disposiciones para el bien; era

(3) Proc. Ap., Interrogatorio 4.

(4) Proc. Ap., p. 4.

necesario, por tanto, combatir las y vencerlas para no ser víctima de ellas.

María había heredado de su madre una índole ardiente, que necesitaba modificar con la bondad y la dulzura; de su padre, el buen criterio y precisión de miras; pero tenía también una gran tenacidad de juicio, que era necesario moderar con la humildad, la amabilidad y la docilidad, para que no degenerasen en testarudez. Tenía un corazón muy sensible, cuyos afectos necesitaba elevar y santificar para no ser presa del mundo y del demonio.

Por otra parte, decir que no le gustase hacer buena figura no sería verdad; pero este deseo debía tenerse en los debidos límites, porque, ¿quién no sabe cuán peligroso es en una jovencita el afán de exhibirse no frenado a tiempo?

María, aunque joven, tenía buen criterio, prudencia y fuerza de voluntad, y por esto comprendía que debía corregirse y dominarse.

Pero todos sabemos que el medio más eficaz para conocer nuestros defectos, corregirlos y progresar en la virtud es tener un buen director espiritual y frecuentar los Sacramentos.

María lo comprendía, pero el demonio seguía haciéndole sentir repugnancia a confesarse. No obstante, ella se vencía y se confesaba (5).

7. Se confesaba ordinariamente con Don Pestarino. Como ya lo hemos nombrado y tenemos que hablar más veces de este santo sacerdote, que tanta parte tuvo en la vida de nuestra heroína, esperamos no moleste al lector que hagamos su presentación en breves palabras (6).

Nació el 5 de enero de 1817, en Mornese, de familia acomodada, y estudió en el seminario de Génova. Fue ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1839 y permaneció en

(5) Proc. Ord., p. 94.

(6) Es cierto que hemos escrito una pequeña vida de éste: *L'Apostolo di Mornese*. Turín. S. E. I., 1926; pero, como suponemos que serán pocas las personas que la hayan leído y que aún a estas pocas les gustará encontrar aquí lo que se refiere al contexto para no tener la molestia de ir a consultarlo, esperamos se nos dispense esta digresión o casi repetición.

este seminario con el cargo de prefecto de *camerata*. En 1847 se estableció en Mornese como auxiliar del párroco, ya de edad avanzada.

Un primo de María nos contaba: «Cuando volvió de Génova, la primera vez que subió al púlpito dijo: “Busco trabajo, pero no en vuestras viñas, sino aquí, en la iglesia, en la viña del Señor. Me han ofrecido varios puestos de trabajo, pero yo me quedaré aquí, entre vosotros, si me dáis el trabajo que busco”. Por eso se dio en seguida a todos para el bien de sus paisanos».

El Jansenismo había llevado a todas partes los tristes efectos de alejar a los fieles de los Sacramentos, con el engañoso pretexto de mayor respeto y de no familiarizarse con las cosas sagradas.

En Mornese tampoco se comulgaba más que una vez al año, por Pascua. Don Pestarino quiso romper con esta costumbre. Empezó dando clase de Catecismo a los niños para prepararlos pronto a la primera Comunión, e insistió entre los mayores para que comulgasen con frecuencia.

Era una novedad —novedad santa—, pero que nadie se atrevía a iniciarla. Los más ancianos del pueblo recordaban cómo la primera vez que se dio la Sagrada Comunión fuera del tiempo pascual, la gente se ponía de pie y se subía a los bancos para ver quién era el que comulgaba. A la primera mujer que tuvo el valor de vencer el respeto humano y de acercarse a la comunión fuera del tiempo pascual se le puso por burla el apodo de *monga* (monja); a su marido se le dio el de *mongotto*, que en dialecto monferrino quiere decir monje o fraile, y este apodo le quedó aun cuando, ya muerta su mujer, volvió a casarse.

Tanto estas dos personas, como las poquísimas que al principio las imitaron, entre las que estaba el padre de nuestra María, eran señaladas con el dedo por la calle y consideradas como si fueran profanadores del Santísimo Sacramento. ¡A tal punto había llegado la herejía y la ignorancia! Pero Don Pestarino animaba a los pocos fervorosos a no tener miedo y les decía que pronto tendrían muchos más seguidores.

Su palabra era eficaz, porque salía de un corazón lleno de celo por la gloria de Dios, y porque cuando era necesario sabía ayudar, también materialmente a cuantos recurrían a él, convencido de que la lógica de los beneficios es más poderosa que la de los silogismos.

Muchos se sometieron a sus exhortaciones y él, además, daba a todos grandes facilidades: por la mañana celebraba la santa Misa dos o tres horas antes de amanecer, a fin de que sus paisanos pudieran oírla antes de ir a trabajar al campo, y nunca se hacía esperar cuando se le llamaba para ejercer el sagrado ministerio.

Se ocupaba de los jóvenes que, por su edad, se encontraban en mayores peligros; los reunía en su casa, les ofrecía alguna bebida, les servía cualquier cosa, los invitaba a cenar y los divertía para tenerlos alejados del pecado.

Había instituido para los hombres las Conferencias de San Vicente de Paúl, y para las mujeres, la Asociación de las Madres Cristianas.

En breve cambió la población radicalmente: se santificaban las fiestas, se aborrecía la blasfemia, cada tarde los del pueblo se reunían en la iglesia para rezar y escuchar la lectura de un buen pensamiento; aun a lo largo del día había siempre alguien haciendo compañía a Jesús Sacramentado. La frecuencia de los Sacramentos se hizo pronto casi general.

Don José Campi nos decía: «Llegó nn tiempo en que cada mañana, en los días laborables, había más de cien comuniones, especialmente en invierno. Toda la población iba a confesarse con Don Pestarino y solamente unas doce personas lo hacían con otros, o no se confesaban».

8. También la madre de María se aprovechaba de la óptima dirección del piadoso sacerdote, y le había llevado también a su hija, la que, como dijimos al principio, sentía gran repugnancia a confesarse; pero bien pronto no tuvo ya necesidad de las exhortaciones de la madre e iba espontáneamente y con frecuencia.

Don Pestarino conoció el valor del alma que el Señor le había mandado y tuvo un cuidado especial para formarla según el corazón de Dios. Desde el primer momento le permitió la comunión semanal, y María se acercaba a recibirla cada domingo, llevándose con ella a la hermanita Felicina, que empezó a imitar su ejemplo.

Don Pestarino era muy exigente en la mortificación y en la práctica de las virtudes cristianas. Por las confidencias que María hizo más tarde a sus amigas, sabemos que también ella, como en general todos los niños, tenía inclinación a las golosinas y tomaba leche, queso, huevos o fruta sin permiso. Pero Don Pestarino quería que mortificase la gula, no cogiendo nada sin permiso. Le exigía que mortificase el amor propio, obedeciendo prontamente, renunciando a su modo de ver, siendo condescendiente en todo lo que no fuese pecado, con la prima, las hermanas y las compañeras.

Quería que soportara sus defectos sin lamentarse; que no rechazase a nadie por antipatía; que no dejase nunca a ninguna compañera por diversidad de carácter o natural repugnancia, sino que se dominara y la tratase como a una amiga muy querida; que dominase su carácter, demasiado vivo y autoritario; que no se dejase llevar por palabras o actos de impaciencia, ni siquiera cuando trabajaba a solas; que fuera paciente y humilde; que tratase a todos con dulzura y caridad; que se mantuviese alejada de los peligros y en todo buscara solamente la gloria de Dios.

9. Las dos últimas recomendaciones eran fácilmente observadas por la jovencita; pero practicar las otras no sólo difíciles en sí mismas, sino contrarias a su temperamento, ¡cuánta violencia debía hacerse!, como ella misma confiaba a su íntima amiga Petronila.

Aun sin sus confidencias, las compañeras se daban bien cuenta de esto. Cuando la contrariaban, veían encendérsele el rostro al rojo vivo y, además, temblar toda su persona para reprimirse y contener la necesidad de explotar y hacer valer sus razones. Si alguna le decía: «¡Oh, que roja te pones!», sentía

que la sangre le fluía más abundante al rostro, pero se dominaba y en los momento de mayor intimidación se lamentaba dulcemente con la amiga diciendo: «No querría que me dijeran nunca tal cosa, porque entonces no sólo me pongo roja, sino que ardo».

10. Tenía una voluntad decidida a dominarse y a vencerse a toda costa; y he aquí cómo, poco a poco, se dulcificaban sus rasgos, las expresiones de su carácter se hacían más suaves y su tono autoritario se cambiaba en amable y condescendiente. Si por sorpresa cae, entra rápidamente en sí misma, se arrepiente y propone estar más atenta.

Un día refirió a su confidente que, habiendo ido a la viña a atar vides, se puso a la obra con toda presteza y ató muchísimas, pero el número era tan enorme que no terminaba nunca. A cierto punto, llevada de la impaciencia, cogió la hoz y, en lugar de atar los pequeños sarmientos que salen del pie de la vid, se puso a cortarlos. En seguida le entró remordimiento y al día siguiente fue a confesarse. «No me parecía haber hecho ninguna cosa grave —decía a su amiga—, porque teníamos vides en abundancia, y aquellos sarmientos, ¿cuántos podrían valer o llegar a ser? Pero cuando lo oyó Don Pestarino, ¡qué reprimenda!, ¡pobre de mí, lo que he hecho! Ahora tengo más remordimiento que antes».

A pesar de todo esto, con su fuerte y firme voluntad, ayudada por la gracia de Dios, llegó bien pronto al pleno dominio de sí y de sus actos; y comenzó a vivir con gran pureza de conciencia, preservándose no sólo de las pequeñas faltas deliberadas, sino también de las semideliberadas y de las mismas imperfecciones.

11. En la iglesia continuaba poniéndose siempre en un lugar un tanto oculto y mantenía un porte recogido y muy devoto. Pero algunas veces, especialmente en verano, después del largo recorrido desde la alquería a la iglesia, sintiendo en ella un fresquito agradable, era presa del sueño y se adorme-

cía (7); pero bien pronto comenzó a reaccionar, a estar atenta al sermón y a rezar con fervor durante las sagradas funciones.

También a lo largo del día conservaba el recogimiento interior, hablaba con Dios y se daba cuenta de que tal modo de portarse le era de gran ayuda para reflexionar sobre sí misma, evitar las faltas y adelantar en la virtud, como había leído quizá en la *Imitación de Cristo* (8).

12. Todos sabemos cuánto les gusta a las jovencitas —y a las que no lo son— hacer buena figura con sus elegantes vestidos, cosa que, tenida en los justos límites de la honestidad y decoro, según las exigencias de la edad y de las condiciones sociales de cada una, no está mal.

También a María le gustaba. Comprendía que el color de la tela bien escogida y el corte impecable del vestido realzarían la gracia y la elegancia de su persona, alta y esbelta; comprendía que el vestido bien sentado, unido a su porte natural, la harían sobresalir entre sus compañeras que la llamaban la *bula* (9), palabra dialectal que quiere decir *hábil*, y aquí, persona *elegante*, que se da importancia.

Esto no agradaba a su piadoso director, que lo consideraba como un peligro, y le decía que vistiese con gusto, sí, pero con toda sencillez. María le obedecía y en breve llegó a dar a su manera ordinaria de vestir un aspecto agradable, uniendo lo natural con lo cristiano. Ponía así en práctica, sin saberlo, la recomendación de San Francisco de Sales: «Yo desearía que mis dirigidos estuvieran siempre en el grupo de los que se presentan mejor, pero sin afectación, sin perfumes y que, como dicen los *Proverbios*, “estuviesen adornados de gracia, modestia y dignidad”» (10).

No obstante, un día compró, en compañía de su padre, un par de zapatos de charol, porque la moda había pasado de la ciudad al campo y la presunción en el calzado y en el vestido

(7) Proc. Ord., p. 94.

(8) *Imit.*, I, XX, 7.

(9) Ved *Osservatore Romano* del 6-7 de marzo de 1933.

(10) *Introducción a la Vida Devota*, parte III, c. XXV.

era general. Pero poco después tuvo reordimiento de la compra hecha y, antes de ponérselos, habló de esto con Don Pestarino, que le dijo: «Ya que los has comprado, úsalos, pero úntalos con grasa para que se les quite el brillo».

La orden era tajante, pero ella obedeció y desde aquel día empezó a combatir sin tregua toda impresión de vanidad. Tanto es así que una antigua alumna dijo que María, joven-cita, llevaba vestidos limpios pero muy sencillos (11); y su primo José Mazzarello: «Vestía muy modestamente, no condescendiendo en nada a la vanidad y ni siquiera a los propios de su edad; vestía como las señoras mayores y llevaba siempre los ojos bajos» (12).

Más tarde, hablando de aquellos actos de vanidad, decía: «Me pesa muchísimo haberlos cometido; para expiarlos quería que se me permitiese llevar zapatos usados y rotos y, de esta manera, pasear por el pueblo y ser el hazmerreír de todos. Así haría un poco de penitencia».

13. Por este tiempo María sintió nacer una nueva necesidad en su corazón, la de tener una confidente de su edad con quien hablar amigablemente de todo.

Tenía unos ojos vivacísimos y escrutadores y, aunque los llevaba siempre muy recogidos, le era fácil ver y juzgar a las personas y difícilmente se equivocaba en su juicio. Repasando en su mente a las jóvenes poco más o menos de su edad y buenas, con las que se había encontrado en el Catecismo o en la Misa diaria, fijó su pensamiento en una tal Petronila, apellidada Mazzarello, pero no de su familia. Juzgó que entre tantas jóvenes, aquélla era con la que podía más fácilmente ponerse de acuerdo para ayudarse mutuamente a practicar la virtud y decidió hacérsela amiga.

«Cuando aún éramos las dos jóvenes —declaró Petronila en el Proceso Informativo diocesano—, la encontré una vez antes del *Ave María* de la mañana, en la puerta de la iglesia aún cerrada. Me llamó y me dijo: “Ven, que quiero advertirte de un

(11) Proc. Ap., art. 11.

(12) Proc. Ap., p. 321.

defecto...” Me acerqué a ella y me dijo: “Ya otras veces hemos coincidido ante la puerta aún cerrada. ¿Por qué no me has invitado nunca a rezar juntas? Reccemos unidas, porque la oración hecha en común tiene más valor”» (13).

Desde aquel momento puede decirse que las dos jovencitas contrajeron aquella santa amistad, que, estando basada en la virtud, no disminuyó con el pasar de los años ni de los acontecimientos, ora tristes o alegres, sino que fue perfeccionándose y sobrevivió hasta la muerte de María, que Petronila recordaba siempre conmovida y no rara vez con lágrimas en los ojos.

Las dos amigas eran de carácter diverso: María, vivaz, fogosa, alegre y decidida. La paz que en ella había podía parecer a quien la miraba superficialmente un don natural, y era, por el contrario, fruto de una continua vigilancia y de esfuerzos a veces heroicos, para mantener siempre el pleno dominio de sí. Era desenvuelta en el trabajo, quería las cosas a punto y no transigía.

Petronila era tranquila por naturaleza, bondadosa y no muy desenvuelta en el desempeño de los quehaceres.

María le llevaba un año y algunos meses, tenía una superioridad moral e intelectual que no se hacía pesar, y Petronila aceptaba este dominio sin darse cuenta; pero las dos amaban a Dios, eran piadosas y odiaban el mal.

María sin Petronila no sabemos si habría podido hacer todo lo que hizo.

El señor Francisco, como se llamaba el padre de Petronila, había estudiado en el seminario, era óptimo cristiano, maestro elemental y daba clase a los niños del pueblo dos veces al día. En Mornese, en aquella época, como en casi todos los pueblos, no se hablaba de escuelas para niñas, pero el señor Francisco había enseñado a leer y escribir también a sus dos hijitas. Por tanto, Petronila sabía no sólo leer como María, que no sabemos de quién había aprendido, sino también escribir, y María deseaba aprender ella también. Petronila habló con su padre, que la enseñó también a escribir un poco.

(13) Proc. Ord., pp. 97-98.

CAPÍTULO IV

El trabajo santificado por la oración. Voto de virginidad. Sacrificios para ir a la santa Misa

(1850-1852)

1. Los primeros gérmenes que pone Dios al crear el corazón.—2. María ayuda a su padre. Cuenta con los dedos.—3. Aquella muchacha tiene un brazo de hierro. Trabaja en todo como un hombre.—4. Ninguna puede hacer tanto como la Madre General.—5. El trabajo santificado por la oración.—6. Orden y limpieza.—7. Efectos del amor.—8. Voto de virginidad.—9. Confesión general.—10. Comunión diaria. Un magnífico programa de vida.—11. De la Valponasca a la iglesia. Sacrificios para asistir a la santa Misa.—12. Piadosas conversaciones.—13. Dos horas después de medianoche.—14. Los fantasmas.—15. El viento, el invierno y la nieve. Los zuecos helados.—16. Animo y buena voluntad.

1. Un célebre Obispo francés, que fue también un gran orador sagrado y buen escritor, Santiago Benigno Bossuet, ha dicho que Dios, al crear el corazón del hombre, le puso como primera cosa el germen de la bondad; un delicado escritor italiano, Silvio Pellico, ha escrito que Dios le pone el de la paternidad. Permítaseme decir a mí que Dios, junto con el germen de la bondad y de la paternidad, pone el de la vocación, que después es aquella inclinación y movimiento interior con el que llama a uno a un determinado género de vida.

Si Dios llama a todos a ser buenos y a desear ver de algún modo la reproducción de sí mismo en otros, física o espiritualmente, es cierto que asigna a cada uno un quehacer en la vida, porque Dios lo hace todo ordenadamente.

Así Dios, junto con el germen de la bondad y de la maternidad espiritual, puso también en María el germen de la vocación pedagógica y religiosa, y estos gérmenes se desarrollaron precisamente sin que ella lo advirtiese. Instintivamente enseñaba a sus hermanitos y hermanitas las primeras nociones de Dios, del Catecismo, y los cuidaba maternalmente, a fin de que no se metieran en peligros de alma y cuerpo; se prestaba a repetir a las compañeras cuanto había oído en el Catecismo y siempre, en casa y fuera de ella, era buena, amable y servicial con todos.

2. María desde pequeña ayudaba a su mamá en los quehaceres domésticos y enseñaba las oraciones y el Catecismo a su hermanita Felicina, y después, con desenvoltura, hacía de madrecita con sus hermanitos a medida que Dios los mandaba y comenzaban a comprender.

Bonita y conmovedora escena de esta primogénita, todavía niña, que sustituye a la madre y enseña a sus hermanitos las primeras nociones de Dios y a hacer los primeros actos de adoración, escena digna del pincel de Fray Angélico.

Pero a medida que aumentaban sus fuerzas sentía una gran deseo de ayudar a su padre en los trabajos de las viñas para aliviar sus duras fatigas.

Por aquel tiempo, en casi todos los pueblos faltaban las escuelas para las niñas; eran pocas las jóvenes que supieran poco más que leer y casi ninguna sabía escribir, especialmente entre las que vivían en las alquerías.

En Mornese ni siquiera se hablaba de escuela para niñas, por esto no es de maravillar que María no la frecuentase. Si hubiera podido asistir habría obtenido ciertamente buen resultado, porque tenía una inteligencia despierta y pronta, y una buena memoria.

El padre, con frecuencia, se hacía ayudar de ella en sus cuentas para pagar a los jornaleros, en la venta de la uva y del vino o para las compras. María, como no sabía escribir, hacía las cuentas con los dedos rápidamente y sin error. En cuanto a recordar las cosas, su padre se fiaba de ella más que de sí mismo.

La habilidad y prontitud en hacer las cuentas con los dedos la conservó siempre. Un día, residiendo ya en Nizza Monferrato, oyó decir que para levantar un muro se necesitaban tantos centenares de ladrillos, tal cantidad de arena y de cal, y después tantos días de trabajo y tantos hombres; se dirigió a Madre Emilia Mosca, asistente general de estudios, y le dijo: «En resumen, ¿cuánto se necesita en total?»

Esta responde: «Voy a buscar un lápiz y papel y hago en seguida la cuenta», y marchó corriendo.

La Madre, dirigiéndose a otra hermana allí presente, le dijo sonriendo: «Estas hermanas que han estudiado tanto no saben hacer una cuenta sin papel y lápiz; yo la hago con los dedos», y en un momento la hizo perfectamente, según los datos, y aun antes que Madre Emilia volviese.

3. María empezó pronto a ir a trabajar con su padre a las viñas. Allí quería aprender un poco de todo cuanto veía hacer a su padre y a los jornaleros; el ejercicio continuo fortalecía y robustecía sus miembros, le hacía adquirir habilidad para los diversos trabajos y resistencia a la fatiga.

Poco a poco, cuando fue mayor quiso unirse a los trabajadores y ser como uno de ellos. Estos, al principio, sonreían de compasión, como diciéndole que volviese a coger la aguja y el punto; pero bien pronto se dieron cuenta de que la pequeña obrera no sólo iba a la par con ellos, sino que los aventajaba. Para no ser superados por una muchacha, redoblaban también ellos el esfuerzo y así se multiplicaba el trabajo. Pero esto era una fatiga enorme y adujeron pretextos para rehusar las ofertas de trabajar con el padre.

Por esto recomendaba a su hija moderación, y también por el temor de que la excesiva fatiga perjudicase su salud, le aconsejaba no excederse y tomar las cosas con un poco más de calma. María prometía obedecer, pero después, en el momento del trabajo, por la costumbre adquirida, volvía a las andadas. Su padre le decía: «Si continúas así no encontraré jornaleros que quieran venir a trabajar en nuestras viñas. ¿Sabes lo que dicen? “Aquella muchacha tiene un brazo de hierro y cuesta

un trabajo inmenso seguirla." ¿Sabes qué debes hacer? Tomar las cosas con más tranquilidad».

María prometía de nuevo, pero le parecía extraño que cada persona no emplease en el trabajo toda la energía y actividad de que era capaz.

No sólo trabajaba con rapidez, sino con atención y diligencia, de modo que no se le podía hacer ninguna observación.

El señor Antonio Maglio, de Mornese, declara en el Proceso Apostólico: «Era activísima en el trabajo. Iba a la par de los jornaleros en las labores de las viñas y algunas veces los adelantaba» (1).

Una compañera de infancia, ahora respetable madre de familia, nos decía: «María sabía no sólo cavar, sino también podar y atar vides y realizar otros trabajos más propios de los hombres; trabajaba como uno de ellos para ayudar a su padre».

Otras tres señoras que se gloriaban de haber sido sus alumnas, ya que aprendieron a coser con ella, nos decían con acento y gesto más que convincentes: «Ninguna mujer en Mornese ha trabajado tanto y tan bien como María».

4. Esta actividad y diligencia en hacer pronto y bien cuanto debía la conservó toda su vida y, más tarde, siendo ya Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora, la veremos bajar al lavadero y ponerse a lavar como la última de la casa, y oiremos decir a sus hijas espirituales: «Ninguna, ninguna de nosotras, puede hacer tanto como la Madre General, ella trabaja lo menos por tres».

5. No sólo trabajaba mucho y bien, sino que no quería perder ni un minuto de tiempo. En los breves intervalos de descanso de la viña, se retiraba aparte a rezar o leer un libro de devoción que tenía siempre en el bolsillo, y el señor Antonio Maglio pudo declarar en el Proceso Apostólico: «En los

(1) Proc. Ap., art. 7.

momentos de descanso la vi yo mismo alguna vez arrodillarse entre las vides y rezar» (2).

6. En cuanto entraba en casa emprendía las faenas domésticas, cuidaba, sobre todo, el orden y la limpieza e insistía con su misma madre no pudiendo aguantar el ver las cosas fuera de sitio o en desorden.

Un día, nos contaba Madre Petronila, llegó un fraile a su casa para recibir la limosna. La madre le invitó a entrar en la habitación de la planta baja. Pero como para María no estaba en aquel momento bastante ordenada, se puso a limpiarla y ordenarla. Contando después el caso a su amiga, le hablaba de la vergüenza y la pena que había experimentado al recibir la visita del religioso en la habitación poco ordenada.

Por el contrario, como nos han atestiguado muchas personas, la familia Mazzarello era verdaderamente una familia modelo en bondad, orden y limpieza. Aunque era una casa de agricultores, todo en ella estaba ordenado y limpio. Todos vestían según su condición, pero con un cierto esmero no en la ostentación de los vestidos, sino en el orden y la limpieza, y la jovialidad sencilla de sus rostros y de sus conversaciones dejaba traslucir la hermosura de sus almas.

Nos decía Madre Catalina Daghero, segunda Superiora General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora: «Refieren las Hermanas que cada vez que iban a la alquería de la Valponasca, encontraban todo ordenado y limpio y que la madre de María Mazzarello, para demostrar el agradecimiento por su visita, preparaba en seguida la merienda, y dicen que la limpieza de la vajilla y la blancura de la mantelería, si bien no fina, invitaba a aceptar, si ya no se hubiese aceptado, para satisfacer a la dueña de la casa».

María cuando estaba en su casa cosía, hacía medias o enseñaba las oraciones o el Catecismo a los hermanitos, pero ociosa no estaba nunca; por eso consta en una primera

(2) Proc. Ap., p. 58.

Memoria de su vida: «No tuvo que dar cuenta a Dios por el tiempo perdido».

No comía nunca sin hacer al menos la señal de la cruz y su trabajo estaba siempre santificado por la oración. No sólo rezaba por la mañana y por la tarde las oraciones del buen cristiano, sino que mientras cavaba, sembraba, segaba la hierba o podaba y ataba las vides, de vez en cuando lanzaba su mirada a la iglesia, que se eleva a occidente, en medio del gran valle, dominándolo, y saludaba a Jesús prisionero en el sagrario por nuestro amor.

«Cuando se desencadenaba el mal tiempo, se ponía a una ventana de su casa, desde la que podía ver la iglesia, y desde allí rezaba y se imaginaba ver al sacerdote en el altar con la intención de participar en la santa Misa» (3).

7. El autor de la *Imitación de Cristo* ha escrito con acento lírico un capítulo maravilloso sobre el amor divino. Transcribimos algunos puntos:

«Es un gran bien el amor —dice él—; el amor es el mayor de todos los bienes, porque el amor hace ligero todo peso... El amor de Jesús es noble, impulsa a realizar cosas grandes y anima a desear siempre lo más perfecto. El amor tiende siempre a lo alto y no soporta ser detenido por ninguna cosa de aquí abajo; el amor quiere ser libre, desligado de todo afecto terreno, a fin de que su mirada interior no sea impedida por ningún obstáculo, ni estorbado por cualquier contratiempo, ni vencido por cualquier fatiga» (4).

Así el amor de María: «Tendía siempre más arriba», la impelía a buscar siempre lo más perfecto, quería estar «libre y desligada» de toda atadura. Por eso en esta edad de tanto fervor —de los doce a los diecisiete años— hizo voto de virginidad perpetua. Su hermana Felicina dejó escrito: «Siendo todavía jovencita ya había decidido consagrarse al Señor, y tanto amaba la bella virtud de la pureza, que desde entonces hizo a Dios su voto de castidad».

(3) Proc. Ap., p. 36: declaración de una ex alumna de María Mazzarello.

(4) L. III, c. 5.

8. Santa Margarita María Alacoque refiere de sí misma que, siendo aún niña, fue impelida a hacer voto de castidad perpetua, sin entender qué significasen precisamente las palabras *voto* y *castidad*, pero entendiendo interiormente que hacía una cosa grata a Dios (5).

Así hizo también María y, más tarde, inscrita entre las Hijas de la Inmaculada, al oír decir a sus compañeras que habían pedido permiso para hacer voto de castidad por cierto tiempo, y que Don Pestarino a unas se lo había permitido y a otras no, decía a su amiga Petronila: «No entiendo por qué le piden este permiso y por un determinado tiempo; yo no lo he pedido nunca a nadie y lo hice en seguida y en perpetuo desde pequeña, en una de mis primeras comuniones, ignorando que se necesitase el permiso. ¿He hecho mal?»

9. Un día hablaban algunas amigas de cosas de piedad y la prima Dominga dijo: «¿No estaría bien que hiciéramos una confesión general?»

María se alarmó y buscaba la manera de disuadirlas, porque pensaba, si la hacen ellas —para no ser menos— tendré que hacerla también yo, y ¿cómo podré hacer yo la confesión general? Después dijo que lo preguntaría a Don Pestarino. Y contaba que, cuando fue a confesarse, se lo había realmente preguntado, pero con la intención de que le respondiera que no, y por eso le había dicho:

«Yo sé que la confesión general para algunos es necesaria, para otros conveniente y para otros perjudicial, ¿debo hacerla yo?»

Don Pestarino reflexionó un momento y después le contestó:

—Sí, está bien que hagas la confesión general.

—¿Y cuándo?

—Ahora mismo, en seguida.

—Pero no estoy preparada.

—Yo te prepararé.

(5) *Vida de Santa Margarita María Alacoque*, escrita por ella misma; p. 2, núm. 2.

«Me preguntó y en pocos minutos me hizo hacer la confesión general que yo tanto temía.»

10. Desde aquel día redobló su fervor y procuró vivir con toda pureza de conciencia y siempre más unida a Dios. «Comenzó —dice Madre Petronila— a frecuentar los Sacramentos, recibiendo diariamente la Comunión, a menos que estuviese enferma o impedida» (6).

Se anticipaba así el magnífico programa de vida que Pío XI debía dar después a las jóvenes de Acción Católica de ser «eucarísticamente piadosas, angelicalmente puras y apostólicamente activas».

«El amor a Jesús —dice la *Imitación de Cristo*— impele a hacer las cosas grandes... el amor no conoce medida, sino que sobrepasa toda medida. El amor no siente el peso, no repara en la fatiga; querría hacer más de lo que puede, para el amor no existe lo imposible, porque se hace la ilusión de que todo le ha de ser fácil y lícito. Por tanto, está dispuesto a todo» (7).

Así obraba María: en el Catecismo y en la predicación había oído decir que de todos los actos religiosos, la Misa es el más grande, el que da más gloria a Dios, el más aceptable a la Santísima Trinidad, el que reporta mayor alivio a las almas del purgatorio y el que, al mismo tiempo, atrae sobre nosotros y sobre nuestros seres queridos las más copiosas bendiciones; que la Comunión es el acto más grande que el cristiano puede hacer al día. Por esto decidió asistir a la Misa y comulgar cada mañana aun a costa de cualquier sacrificio.

Con el permiso de Don Pestarino se levantaba todas las mañanas mucho antes de amanecer; se ponía el pañuelo a la cabeza, como se acostumbraba en el pueblo, y decía a su madre: «Me voy a la iglesia». Y la Madre: «Vete». Y ella se iba muy aprisa para llegar con tiempo a la participación

(6) Proc. Ord., p. 95.

(7) L. III, c. 5.

de la Misa y a recibir la Comunión. Tenía cerca de quince años.

11. Desde la alquería de la Valponasca hasta la iglesia, yendo por los atajos, se tarda por lo menos media hora, y casi una hora yendo por el camino que lleva a la carretera. María, naturalmente, iba casi siempre por el camino más corto. Un hombre de Mornese declaró: «He visto y me he encontrado a veces a la Sierva de Dios cuando iba a Misa, con su hermana Felicina, pasar por senderos difíciles para acortar el camino» (8).

El sendero desciende escarpado por el montecillo sobre el que se asienta la alquería, atraviesa una pequeña pradera llena de arbustos, asciende y gira junto a otros pequeños cerros plantados de vides y, ora descendiendo, ora subiendo, llega el camino vecinal no muy distante del pueblo.

Si el tiempo es bueno, este camino se anda sin gran dificultad y sirve para hacer un poco de ejercicio; pero de noche se corre el peligro de sufrir alguna caída desagradable. Si además ha llovido o nevado, el descender o ascender por él es una difícil empresa. El barro se pega fuertemente a los zapatos, el pie resbala de acá para allá, se tambalea uno y no siempre se puede mantener a tiempo el equilibrio.

¡Era un espectáculo digno de ser contemplado por los Angeles ver cada mañana a esta hija de los campos renunciar al descanso para recorrer aquel áspero sendero, o bien el camino vecinal, para ir aprisa a Misa y recibir la Sagrada Comunión antes de emprender el trabajo!

Pero esto no es todo: como la iglesia estaba bastante de su casa, María, por temor a llegar después de haber empezado la Misa, a menudo dormía vestida en el suelo o se ataba fuertemente una cuerda a la cintura para dormir incómoda y poder despertar más pronto, y como no conocía el reloj ni de nombre ni de vista, apenas despertaba, sin saber la hora, llamaba a la prima Dominga o bien a su hermana Felicina y muy aprisa se iban a la iglesia.

(8) Proc. Ap., p. 58.

Pero si hacía mal tiempo, no molestaba a ninguna de las dos y se iba sola. Un vehemente deseo la llevaba a asistir a la Misa y a recibir a Jesús en la Eucaristía. Podía decir realmente con el piadoso autor de la *Imitación de Cristo*, y quizá lo decía: «No puedo estar sin Ti y sin visitarte no puedo vivir» (9).

12. No raras veces al llegar encontraba la iglesia todavía cerrada. Entonces se arrodillaba a la puerta y, esperando que la abriesen, oraba y adoraba a Jesús.

Cuando llegaban otras de sus amigas, émulas de su fervor, hablaba con ellas de cosas espirituales. Una de éstas nos decía: «María se deleitaba contemplando las estrellas, y a menudo nos decía: “¡Mirad cuántas estrellas hay en el cielo y cómo brillan! Un día estarán todas bajo nuestros pies, porque nosotras estaremos más altas que ellas”».

— Algunas veces iba a despertar al campanero para que viniera a abrir» (10).

13. Una mañana de verano se había puesto en camino con su hermana Felicina: llegadas al lugar donde el sendero se une con el camino que va de Mornese a Montaldeo, divisaron a un hombre que se acercaba. María dijo en seguida a su hermana: «Preguntémosle qué hora es, y así se nos quitará el miedo». Y se lo preguntó.

El hombre respondió:

— Son las dos, ¿dónde vais tan solas?

— A la Misa.

— ¿A la Misa? ¿A las dos de la noche? No debéis poner os en camino tan temprano.

— No sabíamos la hora, pero así tendremos más tiempo para rezar.

Y continuaron su camino (11).

No fue aquella la única vez que se equivocaron de hora y

(9) L. IV, c. 3.

(10) Proc. Ap., p. 57.

(11) Esto nos fue referido por Madre Petronila.

fueron tan temprano a la iglesia; algunas vez las compañeras las encontraron adormecidas una junto a la otra, como dos palomas, en los peldaños de la puerta.

Don Pestarino, aunque recomendase siempre a las jóvenes que dominaran el sueño y no durmieran más de siete u ocho horas, varias veces tuvo que reprender a María por no dormir bastante, aconsejándole que no fuera tan temprano a la iglesia.

14. Una mañana, cuando aún no era de día, María se dirigió con su prima Dominga a la iglesia para la santa Misa. Al llegar a la plaza vieron aparecer por la parte del cementerio dos figuras blancas, como dos fantasmas, que avanzaban a su encuentro. Aterrorizadas, huyen; pero en seguida María recobra la calma, detiene a su prima y le dice: «Parémonos, sigamos hacia la iglesia sin asustarnos, que no nos harán ningún mal».

Siguieron decididas hacia la iglesia. Los dos fantasmas dieron algunas vueltas gesticulando, pero sin acercarse demasiado y después desaparecieron prudentemente. Eran dos bromistas que querían asustar a las personas devotas demasiado madrugadoras que iban a Misa.

María habló de esto a Don Pestarino, que averiguó quiénes habían sido los dos jóvenes y tomó las medidas necesarias para que la broma no se repitiese.

15. Algunas veces llovía, y en primavera y avanzado el otoño hacía un vientecillo que cortaba la cara, o también soplaba un viento huracanado que levantaba la ropa sin cumplimiento, se llevaba el sombrero de los hombres y, con impertinencia, movía las faldas de las mujeres, y en los anchos caminos llenaba de polvo los ojos y los oídos de los caminantes.

En ciertos días de invierno el frío se hacía tan intenso que penetraba hasta los huesos y entonces, aun algunos de los más asiduos, faltaban a la Misa; María, dicen los de su tiempo, jamás.

Además, el invierno en el Piamonte es muy crudo y largo: la nieve cae en abundancia, y en algunos años más de lo

corriente; los senderos y caminos desaparecen y todo queda cubierto como de una blanca capa ondulada. En estas nevadas aun los más valientes no salen de casa si no es por necesidad y esperan que se haga una pista.

María no se asustaba por el frío ni por la nieve; se calzaba los *causotti* de su padre (especie de polainas de lana ordinaria, con trabilla o sin ella, que se ciñe las piernas hasta las rodillas y bajan abotonadas por los lados hasta los zapatos; prenda que usan todavía hoy los pastores y hombres del campo para proteger las extremidades inferiores de la nieve); se recogía el vestido de modo que no tocase el suelo y no se empapase de agua y, en compañía de su Angel de la Guarda, se iba a Misa.

En invierno, además, al llegar a la iglesia, si aún no estaba abierta, «se retiraba a un establo próximo a rezar y a hablar de cosas espirituales» (12). Estos hechos los hemos oído contar a muchas señoras, compañeras o ex alumnas del taller de María y nos hemos permitido exponer alguna duda, sea porque nos venía espontánea, dada la distancia de la alquería a la iglesia y lo difícil del camino, sea por la satisfacción de oír de nuevo la confirmación de estos testimonios; pero todas eran unánimes en reafirmar que era la pura verdad.

Aún más, una antigua compañera de María, cuatro o cinco años mayor que ella, se quedó maravillada y casi ofendida por nuestra duda y nos dijo textualmente: «Podrá ser que alguna mañana del año no haya ido, pero yo le aseguro que iba siempre. Los *causotti* los dejaba en un establo, a la entrada del pueblo, y los recogía al volver; o bien se los quitaba a la puerta de la iglesia, sacudía la nieve, entraba e iba a su sitio. Algunas veces, a pesar de sus precauciones, llegaba con la ropa mojada y nosotras, antes o después de la Misa, la invitábamos a nuestra casa para que se calentase y secase, pero no siempre conseguíamos que aceptase la invitación.

»Recuerdo que una vez llegó completamente calada y quiso quedarse en la iglesia para no perder la Misa y, temiendo que

(12) Declaración de Madre Penonila en el Proc. Ord., p. 98.

Don Pestarino la viese en aquel estado y la mandara fuera, fue a arrodillarse a la parte opuesta de su confesonario, pero, sea que alguien avisara al piadoso sacerdote o que él la hubiera oído toser y preguntado quién era (no recuerdo bien este detalle), sé que salió del confesonario y, temiendo que María enfermara, la mandó ir a cualquier casa a calentarse y secarse la ropa. María fue rápidamente, porque era obedientísima»

«Una vez —nos decía Madre Petronila—, y quizá sea esta misma, Don Pestarino salió del confesonario para mandarla a secarse la ropa, y al levantarse María se dio cuenta que los zuecos estaban pegados al suelo, por el agua que se había helado al caer.»

Alguna vez llevaba consigo un haz de sarmientos; a cierto punto del camino lo encendía, se calentaba un poco y emprendía la marcha a toda prisa hacia la iglesia.

Su madre no osaba prohibirle ir a Misa, ni siquiera en el mal tiempo y con los caminos tan horrorosos, pero deseaba que su hija fuese prudente y le decía: «Cuando caigas enferma, ¿qué haré yo para curarte?»

Y María, tranquila: «No sufras, mamá, que no caeré enferma». Y continuaba como antes.

16. Una de sus alumnas, que más tarde entró como novicia en el Instituto, pero que tuvo que salir por falta de salud, nos dice que a diez minutos de la alquería de la Valponasca y un poco más abajo había otra, ahora ya derruida, en la que vivía una amiga de María llamada Rosa Mazzarello de la Vertera, a la que María, antes de Misa, bajaba a llamarla muchas veces, aunque estuviese nevando, y después juntas, por un camino malísimo, en medio de los hundimientos de los montecillos, llegaban a la iglesia (13).

Al mostrar nuestra admiración, aquella nos decía: «¡Había que conocer a María, especialmente en su juventud, y ver el valor y la fuerza de voluntad que tenía!»

(13) Proc. Ord., p. 104.

CAPÍTULO V

Unión con Dios. Modelo de jovencita

(1852-1854)

1. Unión con Dios. Lectura espiritual.—2. Hacer las cosas ordinarias en modo extraordinario. Habitualmente recogida en Dios.—3. Actividad e industrias en el trabajo y privación del sueño para asistir a la santa Misa.—4. Visita al Santísimo Sacramento. Testimonio de la hermana.—5. Las oraciones desde la ventana.—6. Síntomas de vocación religiosa.—7. Modelo de jovencita.

1. María, obligada a trabajar en el campo, no podía ir a la iglesia o quedarse en ella el tiempo que habría deseado. Pero el amor es ingenioso: no pudiendo hacer otra cosa alzaba su mirada llena de fe hacia la iglesia, saludaba a Jesús, decía una fervorosa jaculatoria y continuaba su trabajo, siempre activa y recogida en Dios, interior y exteriormente.

Hablaba a Jesús, le ofrecía el corazón con todos sus afectos; le agradecía todos los beneficios recibidos, le decía que lo amaba y quería amarlo siempre más; le preguntaba qué debía hacer para agradarle más; le exponía sus dudas y dificultades; escuchaba sus divinas inspiraciones y tomaba santas resoluciones.

En los breves intervalos de descanso sabía diestramente alejarse de las conversaciones de los jornaleros para rezar cómodamente, leer algún libro de piedad, que procuraba llevar siempre consigo, como *Las verdades eternas* o *La práctica de amar a Jesucristo*, de San Alfonso M.^a de Liguorio, o *El Diario Espiritual* o la *Imitación de Cristo*.

Quién sabe la alegría que debía experimentar cuando en la *Imitación de Cristo* leía palabras como éstas: «Bienaventurada

el alma que escucha al Señor cuando le habla interiormente y recibe de su boca la palabra de consuelo. Bienaventurados de verdad los oídos que no escuchan las voces que vienen de fuera, sino sólo la verdad que enseña desde dentro...» (1).

Ella procuraba obrar así, enfervorizándose cada día más. «María —nos decía Madre Petronila— no sólo pensaba en Dios continuamente, sino que vivía en su presencia y, más aún, vivía amorosamente unida a El.»

¿Conocía María la misión a la que Dios la destinaba? Aún no.

En este tiempo, su corazón estaba invadido por tres amores: el amor a la familia, el amor a la Iglesia y el amor al trabajo.

El amor a la familia la llevaba a dar rienda suelta a su tierno afecto hacia los padres, hacia sus hermanitos y hermanitas, haciendo las veces de madre al vigilarlos, enseñarles las oraciones y evitar que buscasen fuera del santuario doméstico compañías y afectos que podían ser o llegar a ser peligrosos.

El amor a la Iglesia acrecentaba en ella el deseo, natural en toda alma cristiana, de conocer y amar a Dios, la religión a la Santísima Virgen y a Jesús Sacramentado, centro y alma de todo el culto católico.

El amor al trabajo la libraba del ocio tentador y enervante; le hacía encontrar el modo de aliviar la fatiga de sus padres, demostrarles con las obras su reconocido afecto y, a la par, cumplir con amor la ley de Dios, que manda que cada uno se gane el pan con el sudor de su frente.

En la instrucción del sacerdote, en la iglesia, había aprendido que Dios confiaba a cada ser inteligente una misión a la que cada uno debe prepararse para estar dispuesto cuando le llegue su hora. Por eso procuraba hacer tesoro de lo que oía a los sacerdotes, a sus padres o leía en los libros. Y entre los libros, a los ya indicados, debemos añadir: *La monja en casa*,

(1) Libro III, c. 1.

de San Alfonso María de Liguorio, y *El ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, del Padre Rodríguez.

Como Don Bosco, que obligaba desde joven al trabajo del campo, llevaba consigo el libro y estudiaba y rezaba para enriquecer su mente de conocimientos útiles y adornar su corazón de virtudes, haciéndose de esta manera hábil para la misión que el cielo le confiaba, así María, siguiendo las divinas inspiraciones, se santificaba con el trabajo, con la oración y las lecturas piadosas, de las que aprendía las grandes máximas de los maestros de espíritu que le servirían después no sólo para gobernarse a sí misma, sino para dirigir a sus hijas espirituales.

La mayor parte de las veces, después de haber oído Misa, llegaba al trabajo antes que los jornaleros y entonces rezaba el rosario mientras ellos llegaban. Una de su época nos aseguraba que su marido, hablando de María, decía muchas veces: «¡Yo iba puntualmente al trabajo, pero siempre encontraba a aquel duende allí en la viña! ¡Cuántas veces la sorprendí rezando el rosario con su hermana Felicina!» (2).

2. María sufría cuando la sorprendía y procuraba evitarlo, porque ella siempre huyó de la singularidad, y quería en todo lo que no hay mal, portarse exteriormente como las jovencitas de su tiempo y condición; hacer lo que comúnmente se hace, pero en forma no común; ser puntualísima a todos sus deberes y hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien, hacerlas con la mayor perfección posible, porque quería agradar a Dios en todo y no encontraba nada tan insignificante que, bien hecho, no pudiera ofrecérselo a El.

Observaba así a la letra, quizá sin conocerla, la norma general dada por San Pablo a los Corintios y a todos los cristianos: «Ya comáis, ya bebáis o hagáis otra cosa (esto es, cualquier otra acción), hacedlo todo para mayor gloria de Dios» (3).

(2) Proc. Ap., p. 169.

(3) 1 Cor. 10,31.

3. Alguna vez le sucedió también volver de la Misa un poco tarde y oír a su madre que le decía: «¡Podías haberte quedado hoy en casa, sabiendo el mucho trabajo que tenemos!»

A lo que ella contestaba tranquilamente: «Mamá, ya verás cómo antes de que anochezca lo habremos hecho todo».

En seguida se ponía a trabajar con una actividad extraordinaria y, a mediodía, mientras todos descansaban un poco, ella continuaba trabajando, como si no estuviese cansada, como si con su rapidez no hubiese compensado ya con creces los pocos minutos de retraso de la mañana.

Para evitar observaciones, ¿qué hacía? Cuando después de la cena iban todos a descansar, preparaba con la podadera las ramas y varas que al día siguiente debería poner para sostener las vides; así este trabajo quedaba ya hecho. Algunas veces, la hermana Felicina le preguntaba: «María, ¿qué haces?, ¿por qué no te vienes a la cama?»

Y ella: «Duérmete, que tú eres pequeña y necesitas dormir, no te preocupes por mí».

Alguna vez se levantaba tempranísimo, a la una o las dos de la noche, especialmente si había luna, e iba a la viña a poner los pequeños palos y después a Misa.

Muchas veces, en verano, faltaba el agua y tenían que bajar durante unos minutos a un pozo, que aún está como entonces, junto al pequeño prado por el que pasa el sendero que desde el caserío conduce al camino vecinal. María bajaba con su recipiente de unos veinticinco litros, lo llenaba, se lo ponía a la espalda y subía a la casa. Cuando había ordenado todo, llamaba a la hermana diciéndole: «Vamos en seguida, oiremos la santa Misa y volveremos quizá antes que los nuestros se hayan levantado de la cama».

Pero, aunque se hubiesen levantado antes de su regreso, no podían hacerle ninguna observación, porque María había previsto todo antes de marcharse.

Procuraba hacer todo sin ruido para que ninguno la oyese; pero si alguna vez se despertaba su padre y preguntaba quién era, o bajaba a verlo, ella, por temor a que le prohibiese

levantarse, ¿qué hacía?: entraba en el establo, soltaba aprisa la cadena de la vaca y respondía: «Está desatada la vaca y voy a atarla». (Este hecho lo contó varias veces Madre Petronila.)

Así, sin mentir, había encontrado un remedio para evitar una expresa y dolorosa prohibición.

4. Le habría gustado también hacer cada día la visita al Santísimo Sacramento, pero no pudiendo, por la distancia y las ocupaciones, disfrutaba cuando sus padres la mandaban alguna vez a hacer un recado al pueblo, porque entonces podía satisfacer su piedad, entrando en la iglesia para adorar al Señor en el Sagrario.

Felicina, refiriéndose a esta época, escribió: «Cuando mi inolvidable hermana estaba todavía en casa, eran tales las disposiciones de su corazón, que daba a entender que Dios la destinaba a grandes cosas». Y después de mencionar cuanto hemos referido sobre el voto de castidad y los sacrificios que hacía para asistir a la santa Misa, añadía: «Cuando mis padres la mandaban al pueblo para hacer algún encargo, se alegraba mucho, porque podía visitar a su querido Jesús Sacramentado. Si, por el contrario, me mandaban a mí, me suplicaba ardentemente que hiciera sus veces ante el altar».

Le recomendaba que pidiese por todos y que le expusiera el vivo deseo que tenía de estar ante su tabernáculo (4).

5. Don Pestarino había introducido la hermosa costumbre de que todas la tardes se reuniese el pueblo en la iglesia para rezar el *Angelus* y escuchar la lectura de un punto de meditación del libro *El alma devota*. El pueblo participaba vivamente en esta práctica piadosa, pero nuestra jovencita, que vivía tan lejos, ¿cómo iba a poder asistir? Ella observó que la casa tenía al occidente una ventana que miraba a la iglesia parroquial; se acercaba a aquella ventana y, viendo de lejos el débil resplandor de las velas encendidas reflejado en las vidrieras, se unía al pueblo con su pensamiento y adoraba a Jesús, le daba gracias por la buena jornada y le pedía su bendición.

(4) Proc. Ord., p. 216.

Muchas veces llevaba con ella a su hermanita y le decía: «Allí está Jesús Sacramentado; como no podemos ir personalmente, hagámoslo con el pensamiento» (5).

Su madre no tardó en darse cuenta de la desaparición que, casi todas las tardes, hacia la misma hora, hacía su hija; intuyó el motivo y, sea que quisiera favorecer aquella manifestación de piedad, sea que quisiera ella misma tomar parte en aquella demostración de fe y amor, o que hubiera hablado con su marido, lo cierto es que dispuso que cada tarde se reuniera allí la familia para rezar en común las oraciones del buen cristiano y también el rosario.

¡No es para decir cuánto disfrutara María con tal disposición! En cuanto notaba que el sacristán había encendido las velas del altar, llamaba a su familia y se ponía siempre junto a la ventana, como para ver mejor la iglesia y estar más cerca de Jesús, y fijando su mirada en las vidrieras, un tanto iluminadas, rezaba con el más vivo fervor.

También los hermanos, las hermanas y la prima procuraban imitarla santamente y, más tarde, recordaban su piedad con sentimientos de admiración. Las oraciones y el rosario terminaban con la visita al Santísimo Sacramento. Después, según la hora, cada uno proseguía sus ocupaciones o se iba a descansar.

Pero María parecía no poder separarse de allí y, al cerrar la ventana, fijaba una vez más su ardiente mirada como para verter ante Jesús cuanto tenía en su alma y decirle: «¡Jesús, soy toda tuya: bendíceme y, como cosa tuya, guárdame y defiéndeme en esta noche!»

Alguna vez, habiendo visto en algún libro una bonita oración o un hecho edificante, decía: «Oíd un momento qué hermoso es esto», leía en alto y todos la escuchábamos.

Casi siempre, mientras todos descansaban, ella continuaba rezando o leyendo algún libro piadoso hasta bien avanzada la noche. No obstante, como ya se ha dicho, por la mañana no dejaba de levantarse temprano e ir a Misa antes del trabajo.

(5) Proc. Ord., p. 161.

Alguna vez le decía su madre: «Vete a la cama, que me gastas todo el aceite». Y ella: «¡Déjame aún un momento y en seguida me voy!»

6. En este tiempo, Dios en la oración, en la Misa, en la Comunión y en todos los ejercicios de piedad, inundaba su corazón de innegables consuelos, y parecía que le hiciera sentir también, con bastante fuerza, desarrollarse el germen de la vocación religiosa, porque, viendo a los frailes que del convento de Gavi iban a la alquería a pedir la limosna, decía a sus hermanos:

«Haceos frailes también vosotros, así podréis más fácilmente evitar el pecado y salvar vuestra alma.»

Y los chicos le respondían:

—Y tú, ¿por qué no te haces monja?

—Yo no puedo —y hablaba así porque pensaba que no tenía la dote suficiente—, pero si fuese un joven, ya veríais lo que haría.

Ignoraba ciertamente que, aun sin dote, podía ser religiosa.

7. En casa, con sus hermanos, era muy afable; reía y bromeaba gustosa, pero fuera no hablaba con nadie, ni siquiera con las mujeres; pero sí intercambiaba cortésmente alguna palabra con las chicas de su edad y condición, especialmente con las mejores.

Su santa vida, de sacrificio, de trabajo y de oración, era conocida en el pueblo y le hacía ser querida por todos, especialmente por sus familiares, que a menudo la invitaban a sus casas.

Aceptaba la invitación, era desenvuelta, pero reservadísima y, mientras a sus hermanos les daba con frecuencia avisos y consejos, nunca se permitió tal cosa con sus primos ni con otros jóvenes.

Las madres la ponían como modelo a sus hijas y éstas la admiraban.

«Yo recuerdo —escribe una Hija de María Auxiliadora— que María Mazzarello, después Madre General de nuestro

Instituto, ya desde jovencita me edificó siempre, especialmente por su piedad. Al verla acercarse a la Comunión con tanto recogimiento y fervor, y al observar su humilde actitud en la oración, no se podía menos de creer que era un alma privilegiada, que pensaba seriamente en avanzar en la perfección y en la que se albergaba Dios con alegría.»

Otra religiosa de su tiempo decía que parecía una santa.

Así fueron los años juveniles de la que más tarde debía fundar, con Don Bosco, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, sobre cuyo estandarte, como sobre la bandera de los salesianos, el Santo escribía, con caracteres de oro refulgente, las dos grandes palabras: *oración y trabajo*.

Si entre nosotros se dice ordinariamente: *trabajo y oración*, es únicamente porque un poeta nuestro, en una conocida poesía, puso la palabra *preghiera* después de trabajo para hacerla rimar con *bandiera*; por lo demás, no cabe duda que Don Bosco, aun siendo muy trabajador, daba preferencia a la oración y con la oración santificaba y quería que se santificase el trabajo (6).

(6) Cuando el Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi —rector mayor— presentó la petición de la valiosa indulgencia por él concedida de cuatrocientos días y *Plenaria* una vez al día, a los Salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora, a sus alumnos, ex alumnos, cooperadores de ambos sexos, el Papa, al leer las palabras trabajo y oración, exclamó en seguida: «Trabajo y oración son una misma cosa: el trabajo es oración y la oración es trabajo; el trabajo no vale nada para la eternidad si no está unido a la oración, y ésta, para que sea accepta a Dios, requiere el ejercicio de todas las facultades del alma. El trabajo y la oración son imprescindibles y van a la par en la vida ordinaria, pero primero la oración y después el trabajo: *ora et labora*; ésta ha sido siempre la palabra de orden de los Santos, quienes, aun en esto, han seguido sencillamente los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo. Para que el trabajo sea provechoso, debe ir junto a la unión con Dios, íntima y contante». (*Actas del Capítulo*, junio 1922.)

CAPÍTULO VI

Hija de María. La primera en todo

(1854-1858)

1. Angela Maccagno.—2. Borrador del Reglamento de las Hijas de la Inmaculada.—3. Prácticas de la *Pía Unión*. María se acusa, arrepentida de haber estado un cuarto de hora sin pensar en Dios.—4. Anima a confesarse a dos compañeras.—5. Reuniones de las Madres. Reglamento edificante.—6. Ejercicios espirituales de las Hijas.—7. La ley de supresión de los conventos.—8. Don Bosco inicia la Pía Sociedad de los Salesianos.—9. Relaciones entre Angela Maccagno y María. No tiene respeto humano. La primera en todo. Respeto y obediencia a Angela Maccagno.—10. Las madres la ponen como modelo a sus hijas.

1. En Mornese, por los solícitos cuidados de Don Pestarino, había también, como el lector habrá ciertamente intuido, otras jovencitas que cultivaban con fervor la piedad. Aún más, parecía que algunas tuvieran verdadera vocación religiosa, pero que no podían realizar su deseo por falta de dote o de salud.

Entre las jóvenes de sólida piedad había una tal Angela Maccagno, nacida en 1832, hija de madre viuda, de buena posición económica, medianamente instruida, que más tarde, por las indicaciones de Don Pestarino, obtuvo el título de maestra en Génova y ejerció en la escuela municipal. Esta piadosa joven, después de hablar con una prima suya, un día, por el año 1851 (1), sugirió a Don Pestarino la idea de hacer un pequeño reglamento para las que no podían o no querían hacerse religiosas, pero que no pensaban casarse y querían santificarse en el mundo (2).

(1) Proc. Ap., pp. 85 y 86.

(2) Ver FRASSINETTI *Opere Ascetiche*. Vol. IV, p. 398. Roma, 1912. Poliglota. Cfr. MACCONO: *L'Apostolo di Mornese*. Parte 1.^a, c. XII.

2. No desagradó la idea al piadoso sacerdote, y le dijo que lo preparase ella misma y que él se lo revisaría. Angela Maccagno hizo un esbozo y se lo entregó a Don Pesarino.

Lo tenemos a la vista y lo consignamos aquí resumido y aún con algunas de sus reales o aparentes contradicciones, para que se conozca cada vez mejor el espíritu de María Mazzarello, que fue de las primeras en dar su nombre a la *Pía Unión*, si bien no hubiera contribuido con su consejo a la redacción del reglamento.

Se divide en dos partes: en la primera, con cinco artículos, se trata del fin particular de la Unión; en la segunda, con tres largos artículos, del fin general.

En particular, las inscritas se proponían: «Estar unidas en Jesucristo de corazón, de espíritu y de voluntad, bajo la obediencia en todo y para todo al padre director espiritual y confesor, que será el mismo para todas, y que no se podrá cambiar a voluntad más que una o dos veces al año, con el consejo del mismo, para que así pueda guiarnos a todas con el mismo espíritu».

Además, debían hacer voto de castidad por cierto tiempo, a lo más por un año, y de obediencia al director o a una compañera de la Pía Unión. Debían estar dispuestas a dejarlo todo, bienes materiales y parientes, antes que abandonar a las compañeras, y se comprometían a trabajar en favor de las almas. Al morir debían dejar como heredera a la Pía Unión, pero si sus familiares eran pobres, podían dejarles la mitad. En caso de que ésta se disolviera, los bienes dejados por las difuntas debían emplearse en beneficio de la Iglesia o de los pobres y, en especial, de las niñas. Si alguna era abandonada por sus parientes o se quedaba sin ellos, no podía vivir sola sin el consentimiento del director, sino que debía unirse a cualquier hermana o con la que dispusiera el director; además, todas estaban obligadas a ayudarla.

El fin general era: «Cooperar a la gloria de Dios y de la religión... con el buen ejemplo, con la frecuencia de los Santos Sacramentos, la devoción a la Pasión de Nuestro Señor Jesu-

cristo, devoción fervorosa y particular a la Santísima Virgen, nuestra Madre».

Se comprometían a propagar este espíritu en medio del mundo y, si se daba el caso, a defender la religión; pero no podían relacionarse con los malos para convertirlos, ni con los buenos para ayudarlos. Se obligaban a vivir en el mundo desprendidas de todo, más aún que las que viven en retiro; debían estar prontas a dar la vida antes que faltar a los fines de la Unión. En caso de que se enfriara en todos la religión, se proponían mantenerla firme a costa de cualquier persecución de parientes, de amigos, del pueblo, incluso de religiosos que predicasen en contra.

Debían ganar hermanas a la Pía Unión, si era posible también de otros pueblos, fueran ricas o pobres; pero antes de admitirlas, probarlas seriamente y no hacer nada sin el permiso del director. Se proponían atraer a otros a la frecuencia de los Sacramentos y a la devoción a María Santísima; a los hombres por medio de las mujeres y, si fuera posible, a todo el mundo, pero se debía tener en *secreto* la Unión, para no suscitar desconfianza.

Así como los malos fundan sociedades secretas en perjuicio de la religión, ellas querían promover secretamente Pías Uniones en todos los pueblos, en todas las ciudades, para acrecentamiento de la religión y la salvación de sus almas y las de todos los hermanos. Estaba permitido vivir con la familia, pero no se podía tener amistad particular ni siquiera con las hermanas, porque todas las almas son, ante Jesucristo, igualmente valiosas.

A Don Pestarino le agradó este Reglamento y fundó, en 1853, la Pía Unión, formada por cinco jóvenes, entre ellas Angela Maccagno y María Mazzarello, que tenía entonces diecisiete años. Más tarde, las inscritas llegaron hasta quince; Don Pestarino era muy riguroso al admitirlas y este rigor demuestra su prudencia y atestigua además la virtud particular de las inscritas, especialmente la de María, que era muy joven.

Don Pestarino llevó después el Reglamento de la Unión al teólogo Frassinetti, prior de Santa Sabina en Génova, e íntimo

amigo suyo, sin cuyo consejo no hacía nada importante (3).

Don Frassinetti, ya famoso por su piedad, celo, sabiduría y escritos, que ciertamente no pasarán, leyó el borrador y también lo encontró en general bien, salvo algunos puntos que se debían modificar. Don Pestarino se lo dejó, pidiéndole que lo corrigiera como mejor le pareciese.

Don Frassinetti, distraído por otras ocupaciones, se olvidó y lo perdió. Don Pestarino le mandó otra copia y, finalmente, dos años después, aquél, «aconsejándose con personas inteligentes y expertas en cosas del espíritu, redactó el Reglamento de la Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada ateniéndose al borrador que habían escrito las mismas jóvenes» (4) y lo mandó en otoño de 1855 a su amigo, a Mornese.

Angela Maccagno y sus compañeras, que habían observado siempre su Reglamento, lo adoptaron, y en 1857 el Obispo de Acqui, Monseñor Modesto Contratto, en la visita que hizo a Mornese para la clausura del mes de María, «quiso dar testimonio público de la estima que tenía a la Pía Unión.

Reunió en una iglesia pública a las jóvenes aceptadas por él en una especie de profesión religiosa y les impuso, con su propia mano, la medalla de María Santísima Inmaculada, como está mandado en el Reglamento» (5).

A pesar de este público reconocimiento de la autoridad eclesiástica, Don Pestarino continuó exigiendo que las admitidas no hablaran de la Pía Unión, no manifestaran a nadie el fin que se proponían ni de lo que habían tratado en las reuniones; que vivieran en la piedad y en la humildad y que pasaran desapercibidas (6).

(3) Véase MACCONO: *L'Apostolo di Mornese*. Parte 1.^a, c. 12.

(4) FRASSINETTI: *La monja en casa*. Apéndice primero, p. 186, Turín, Edic. Salesiana, 1903.

(5) FRASSINETTI: *Opere Ascetiche*. Vol. IV, p. 400.

(6) Don Frassinetti imprimió el Reglamento según el borrador hecho por las jóvenes de Mornese y lo difundió, y un buen día, casualmente, por la lectura de un resumen de la vida de Santa Angela Merici, descubrió que la Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada, sin que él ni Don Pestarino, ni Angela Maccagno hubieran oído hablar de esto, era lo mismo que la *Compañía de Santa Ursula*, fundada por Santa Angela Merici para las jóvenes seglares y aprobada por el Papa Pablo III el 9 de junio de 1544.

La Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada no fue, por tanto, una institución nueva, sino más bien el florecer de otra antigua. (Véase FRASSINETTI, *Opere Ascetiche*. Vol. IV, p. 409. Roma, Poliglota Vaticana, 1912.)

María deseaba mucho que su amiga Petronila entrara también en la Pía Unión, pero ésta nos contaba: «Don Pestarino no quería admitirme en modo alguno, porque decía que yo era muy dada a las devociones exteriores y él era enemigo de las exterioridades».

María no se desanimó y se puso a «trabajar con la amiga». Le decía que respecto a la piedad podía hacer, en privado, lo que le pareciera para agradar más al Señor y creyese más provechoso a su alma, pero en público, no. Debía hacer como las demás jóvenes, excepto si obraba mal; tenía que tener la devoción en el corazón y mostrarla externamente con el buen ejemplo en el vestido y porte modesto, en frecuentar la iglesia y los Sacramentos, en tener un comportamiento siempre edificante; pero ningún acto, ningún gesto raro o exagerado que saltase a la vista. La seguía y, sin hacerse pesada, unas veces en serio, otras en broma y otras con una medio chanza, inducía a la amiga a practicar la piedad como quería Don Pestarino que se practicase.

Petronila se dejó persuadir: modificó sus puntos de vista, corrigió su actitud, suprimiendo toda aquella exterioridad que no tenía razón de ser; cultivó con más esmero el sentimiento interior del amor a Dios, la abnegación de sí misma, el espíritu de sacrificio. Sabía abreviar y aun renunciar a ciertas prácticas piadosas, para ayudar a las cuñadas en las faenas domésticas y evitar descontentos; para mostrarse siempre serena, condescendiente y contenta con todos y de todo.

Así su piedad se hizo más verdadera y profunda, más ventajosa a sí misma, más útil al prójimo y, por tanto, más querida. Entonces María insistió con Don Pestarino para que la admitiera en la Pía Unión y éste condescendió; la amistad se fortaleció y se estrechó más (7).

3. Iban bien vestidas, pero con decencia y la más severa modestia, evitando la moda de los tiempos. Tendían con verdadera empeño a la perfección cristiana; cada domingo,

(7) MACCONO: *Suor Petronila Mazzarello*. Cap. IV.

antes del *Ave María*, se reunían en casa de Angela Maccagno, leían algún trozo de la *Monja santa*, de San Alfonso María de Ligorio, o del *Ejercicio de Perfección Cristiana*, del Padre Rodríguez, y por humildad se acusaban de las faltas externas, por ejemplo: de no haber hecho la visita al Santísimo Sacramento, añadiendo si fue por falta de tiempo o por negligencia; de haberse impacientado, de no haberse confesado el día establecido, etc.

«En una de estas reuniones —declaró Madre Petronila—, María se acusó con mucha pena de *haber estado un cuarto de hora sin pensar en Dios*. Todas nos quedamos maravilladas de tal acusación y recibimos tan buena y fuerte impresión, que creo ninguna la habrá olvidado jamás (8) (a).

4. Después tratábamos de cómo hacer el bien al prójimo, de seguir a ésta o aquella jovencita que estaba en peligro; de avisar a la mamá, de procurar que las niñas fuesen al Catecismo, que estuviesen lejos de lugares peligrosos y de los espectáculos mundanos y que los enfermos recibieran los Sacramentos.

Todas eran diligentes, pero no había quien superase a María, ni siquiera quien la igualase.

Una del tiempo de María nos decía: «Jovencita, por un disgusto que tuve resolví no volver a confesarme. Muchos intentaron disuadirme de mi loco propósito, pero siempre en vano. Lo intentó María y, casi bromeando, me indujo a confesarme con Don Pestarino, reportando un gran bien a mi alma. Lo que hizo conmigo lo hizo también con otra, empleando sin impacientarse largas horas, con las que veía en peligro para inducir las a mejores sentimientos y a hacer una buena confesión; era verdaderamente el brazo derecho de Angela Maccagno».

Y otra: «Alguna vez decía a ésta o aquella joven:

—¿Quieres hacerme un favor?

—Sí, aunque sean dos.

—Oye, quiero ir a confesarme, ven a acompañarme».

(8) Proc. Ord., p. 215.

(a) Véase el Apéndice, al final de este capítulo.

Una joven encontraba siempre el pretexto de que tenía que estar en la tienda y no podía darle gusto. María encontró a otra buena joven que se prestó a suplirla por unas horas y así también ésta pudo acercarse a los Sacramentos.

5. Don Pestarino había fundado en Mornese la compañía de las *Madres Cristianas*. Las inscritas se reunían cada quince días, el domingo por la tarde o inmediatamente después de la Misa mayor; pero no todas juntas ni en el mismo lugar, sino en grupos de cinco y cada uno estaba dirigido por una Hija de la Inmaculada, quienes se guiaban por el opusculito *Las Amistades Espirituales*, de Santa Teresa.

Así las madres se reunían, según lo convenido, en la casa en la que pudieran estar más libremente. Después de rezar un *Pater, Ave y Credo*, la Hija de la Inmaculada les leía algunos puntos de *Las Amistades Espirituales* y un capítulo de la *Práctica de amar a Jesucristo*; después les hablaba del cuidado que debían tener de sus hijos y, en especial, de la obligación de vigilarlos, prohibiéndoles ir a los bailes, tener amistades peligrosas y salir de casa por la noche.

La breve reunión se desarrollaba con toda sencillez y alguna madre, al oírse inculcar ciertos deberes, no le importaba decir públicamente: «Es cierto que me he descuidado un poco, pero en adelante seré más diligente».

María era la más joven de las Hijas, pero también la más activa. Durante la semana pensaba en la conferencia que debía dar a las madres y se preparaba con esmero. Ella opinaba con verdad que si se conseguía que las madres fueran buenas y diligentes en sus deberes, habrían salvado a todos sus hijos, porque de la madre depende esencialmente la vida cristiana de toda la familia.

¡Y cómo acertaba María en estas reuniones! «Era de las más activas y las madres la preferían a cualquier otra, porque —decían— sabía mejor que ninguna enfervorizarlas en el amor a Dios e impulsarlas al exacto cumplimiento de sus deberes» (9).

(9) Declaración de Madre Petronila, en el Proc. Ord., p. 215.

Muchas madres y mujeres en sus dificultades acudían gustosas a María en demanda de consejo (10).

No todas las madres de familia eran admitidas a estas reuniones, sino sólo aquéllas a las que Don Pestarino había dado permiso.

Según el opusculito ya más arriba citado, las participantes se proponían:

1.º Confesarse y comulgar con frecuencia, según el consejo del director espiritual.

2.º Hacer cada día un poco de oración mental o vocal según los dispuesto en el mismo.

3.º Hacer cada semana alguna mortificación, siempre con el permiso del director espiritual.

4.º Hacer, las que sabían leer, un poco de lectura espiritual posiblemente a diario y la visita al Santísimo Sacramento.

5.º Pedir cada día para sí y para las compañeras tres gracias:

- a) la gracia de una profunda humildad;
- b) la gracia de perfeccionarse cada día a sí misma;
- c) la gracia de la perseverancia final (11).

6. Una vez al año, las Hijas de María Inmaculada hacían sus *Ejercicios espirituales*. Se levantaban tempranísimo, se reunían en casa de Angela Maccagno para la lectura de alguno de los novísimos; después iban a la iglesia para la Misa y la Comunión y volvían a su casa, casi siempre, antes de levantarse sus familiares o, al menos, antes de comenzar los trabajos y sin que nadie se diera cuenta de sus Ejercicios.

Una vez al año, por lo general, al terminar los Ejercicios, se reunían en la capilla privada de Don Pestarino y renovaban el voto de castidad.

En las novenas que precedían a ciertas fiestas de la Virgen, como la Presentación de María en el templo, la Inmaculada Concepción, etc., se reunían muy temprano en casa de Mac-

(10) Proc. Ap., interr. 7.

(11) Cf. FRASSINETTI: *La Monja en casa*. Apéndice 2.º, p. 201.

cagno para leer algo de *La Monja en casa* y disponerse así a recibir con más fervor los Sacramentos y prepararse más dignamente a la fiesta.

Además, se proponía por mortificación, durante cierto tiempo, o aún por todo el año, abstenerse de esta o aquella fruta, como peras, manzanas, melocotones, uvas u otras.

«María —declaró su hermana Felicina— se proponía cada año la abstinencia de alguna clase de fruta y no la probaba en toda la temporada. ¡Y no era pequeña esta mortificación, estando casi siempre en el campo!»

«Encontrarse en el campo» en Mornese quiere decir estar en los valles, praderas fértiles y verdes, tiernas y frescas, y en colinas, en viñedos y viñedos sin fin. Y en estos viñedos, cerezos, y avanzada la primavera, con frutos blancos y rosados y otros con un rojo encendido que sólo verlos se hace la boca agua. Y después, a medida que avanza la estación, manzanas, peras, melocotones, higos, y en otoño, las hileras de vides cargadas de racimos maravillosos a la vista y dulces al paladar que invitan a alargar la mano y cogerlos. Como María vivía en medio de esta delicia y en una edad en la que se alimentaría casi sólo de fruta, tenía razón la hermana al decir que para María era una gran mortificación abstenerse de ella en todas las estaciones.

«Además —declaró una ex alumna de María—, la maestra Maccagno había introducido entre las Hijas de María la costumbre de que, por la mañana, al levantarse hicieran la consagración de sí mismas al Señor con los brazos en cruz. Creo que María no faltó nunca a esta práctica de la Unión» (12).

7. En este tiempo, el Gobierno subalpino preparaba la ley de supresión de órdenes religiosas y de incautación de los bienes de la Iglesia, que se votó el 2 de marzo de 1855; y he aquí que en un pueblecito perdido en una de las colinas del mismo Piamonte, un grupo de jóvenes forma una sociedad, y

(12) Proc. Ap., p. 199.

viven como religiosas en medio del mundo, y entre ellas la futura cofundadora y primera Superiora General de un nuevo y grande Instituto religioso. ¡Bromas de la divina Providencia, que se ríe de los sabios del mundo!

8. Más aún, un año antes tenía lugar un acontecimiento de mayor importancia.

La tarde del 26 de enero de 1854, el sacerdote Juan Bosco reunía a sus colaboradores en su habitación y les proponía «hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, un ensayo de ejercitarse en la caridad hacia el prójimo para llegar después a una promesa; y por fin, si fuese posible y conveniente, unirse con voto al Señor.

»Desde esta tarde se puso el nombre de *salesianos* a los que se proponían y se propondrán en adelante hacer esto» (13).

La tarde del 25 de marzo, día consagrado a la Anunciación de María Santísima, en la habitación del mismo Don Bosco, el clérigo Miguel Rua era el primero en emitir, casi en secreto, los votos religiosos por un año (14).

De esta manera daba comienzo Don Bosco a la Pía Sociedad de los salesianos, constituida formalmente después el 18 de diciembre de 1859 (15), y que estaba destinada a ser más tarde una ayuda para las buenas Hijas de la Inmaculada de Mornese, transformándolas en un Instituto Femenino que tuviera por fin hacer con las jovencitas, siguiendo su mismo espíritu, lo que los salesianos hacían con los jóvenes.

9. Para adaptarse al reglamento y vivir según las prácticas que hacían entonces las Hijas de la Inmaculada en Mornese, se requería un espíritu de sacrificio y una fuerza de voluntad no comunes; pero Don Pestarino había sabido suscitar tanto fervor y entusiasmo entre aquellas Hijas, que —un anciano del pueblo nos decía— a una simple palabra suya se habrían arrojado al fuego.

(13) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. V, c. 2.

(14) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. V, c. 20.

(15) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VI, c. 24.

Las más fervorosas eran ciertamente Angela Maccagno y María Mazzarello.

Aquella, mayor, más instruida, pero ingenua; ésta, más joven, mucho menos instruida, tanto que sabía leer, pero escribir poco; dotada, sin embargo, de una inteligencia muy despierta, de singular agudeza y de gran energía. Aquella hacía de Superiora y ésta era su brazo derecho en ayudarla, proponerle lo que consideraba útil para la buena marcha de la Pía Unión y en realizar con premura lo que le había ordenado.

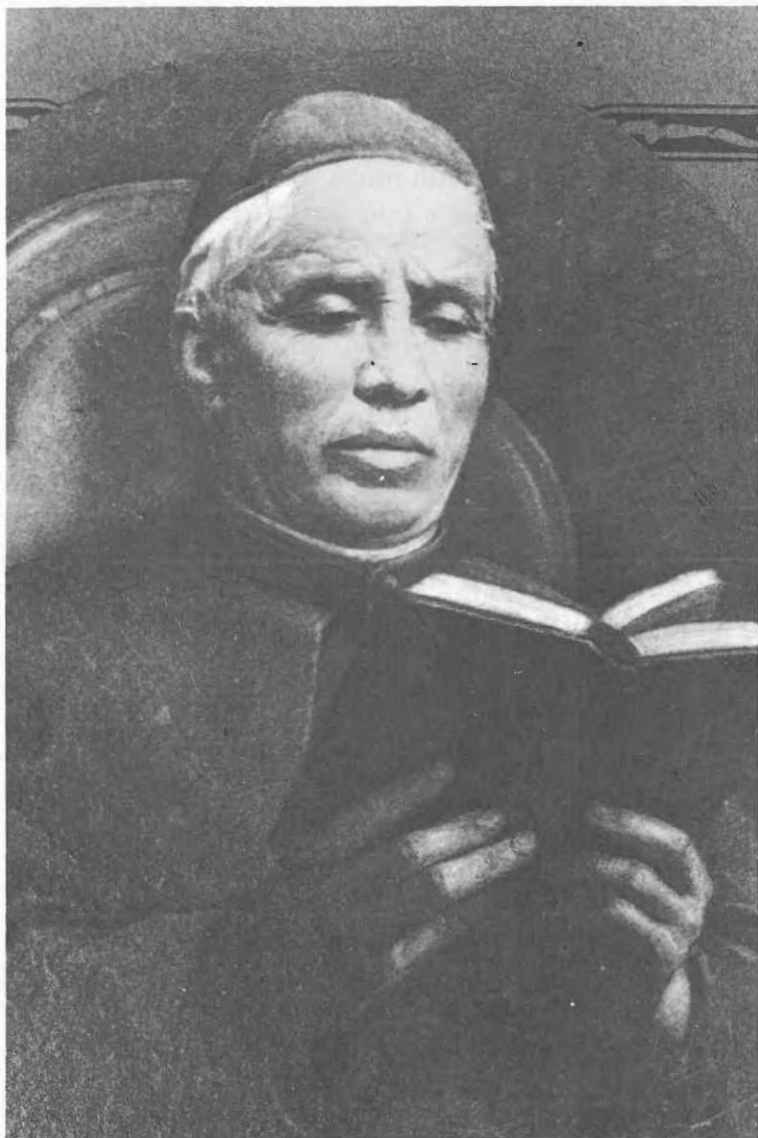
Como era tan jovencita, algunas veces se burlaban un poco de ella las jóvenes u otras mujeres, pero ella no tenía respeto humano: a la chanza respondía con otra pequeña e inocente broma, con una sonrisa o dejaba hablar y continuaba frecuentando con asiduidad y fervor en la Pía Unión.

Quería ser siempre la primera en todo, especialmente en el espíritu de oración y mortificación, y muy a menudo Don Pestarino tenía que moderar su ardor para que no perjudicase su salud con la excesiva austeridad. «Era la más fervorosa entre las Hijas de María —declara una ex alumna—, siempre modesta, siempre pronta a todos los actos religiosos, que seguía con la más esmerada fidelidad.»

Amaba mucho a la Pía Unión, recomendaba a sus compañeras la sumisión, a Don Pestarino y a la señorita Maccagno y era la primera en darles ejemplo. Tenía gran respeto a esta última, y no sólo la obedecía en las cosas necesarias, sino que frecuentemente le consultaba para saber cómo conducirse en tal o cual circunstancia, y en todo lo exterior quería depender de ella. Así, cuando su madre le quería comprar un pañuelo para la cabeza o un delantal, preguntaba antes a Maccagno de qué color debía escogerlo y cómo debía hacer el vestido para que no desdijese de una verdadera Hija de María, ateniéndose fielmente a su consejo (16).

Si alguna persona le decía: «Eres exagerada, ¿qué necesidad tienes de consultar a Maccagno sobre estas cosas?», ella respondía: «No, está bien que yo ohre así».

(16) Proc. Ap., p. 348.



Don DOMINGO PESTARINO
director espiritual de Santa María Dominga Mazzarello
y de sus compañeras

Y mortificaba su propio juicio y su voluntad.

Era franca y sencilla al dar su parecer; sabía sostenerlo, pero con suavidad, sometiéndose humildemente; aún más, sostenía las decisiones tomadas por Don Pestarino y Angela Maccagno, aunque ella fuese de distinto parecer.

Desplegaba un celo admirable por las niñas y Madre Petronila nos decía: «María atraía a las jóvenes como el imán al hierro».

10. Las de su tiempo nos contaban: «Cuando venía al pueblo nos invitaba a ir con ella a la iglesia».

Alguna vez nos decía: «Huid de la vanidad, todo pasa, ¿y después...? Sed modestas».

Nuestros familiares nos la ponían como modelo de piedad y delicadeza, diciendo: «¿Veis cómo hace María, la de la Valponasca? Es obedientísima a sus padres. Su madre no tiene que reprenderla nunca; no se detiene jamás por la calle, no habla nunca con los chicos, y, ¡cómo trabaja...! ¡Cuánto se sacrifica para ir a Misa! ¡Con qué fervor y recogimiento reza en la iglesia! No hay peligro que hable, se vuelva atrás o mire a un lado u otro». En efecto, estaba siempre recogida y parecía un serafín cuando se acercaba a la Sagrada Comunión.

A nuestros padres les agradaba que frecuentásemos su compañía, porque decían entre sí: «Si van con María, estamos seguros que no hacen mal; por el contrario, reciben buen ejemplo; las anima al bien, corrige sus defectos y las exhorta a frecuentar los Sacramentos. Nosotras íbamos muy gustosas con ella, porque estaba siempre alegre, era muy graciosa y tenía una gran bondad y amabilidad».

Una compañera afirma que ninguna trataba con ella sin sentir el deseo de hacerse mejor.

«Yo era jovencita —decía un día una Hija de María Auxiliadora—, y al ver pasar a María por el pueblo, vestida con tanta modestia y con un porte tan recogido, sentía una cierta reverencia y la miraba como una joven distinta de las demás.»

APENDICE AL CAPITULO VI

Más de un lector al leer que María se acusó con mucha pena de haber estado un día un cuarto de hora seguido sin pensar en Dios, habrá quedado también él, como las compañeras de María, maravillado, y más de uno se habrá además preguntado: «Pero esta joven, ¿tenía el don infuso de la contemplación?»

Más de uno lo cree, y he aquí lo que escribió el teólogo canónico *Santiago Cannonero*, profesor de dogmática en el Seminario Episcopal de Acqui, en una hermosa conferencia titulada: «Tres características *antinomie positive*, en la Venerada Madre María D. Mazzarello, Cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora —en el centenario de su nacimiento, 1837-1937—».

En la tercera parte, después de haber hablado de la inagotable actitud exterior de la Santa, unida a una plenitud de vida interior, escribe: «Su vida, no obstante la brevedad, aun con su delicada salud (después de la providencial enfermedad que le afectó a los veintitrés años), se presenta en un complejo de iniciativas y de obras que impresiona y conmueve. Mas no olvidemos que es necesario ir a la fuente, y ésta es la perenne plenitud de su vida interior. Pensad que a los diecisiete años, la edad en que las jóvenes son soñadoras y románticas, ella se acusa ya de haber dejado pasar durante el día un cuarto de hora seguido sin pensar en Dios; pensad que la joven estaba tan inflamada de amor a Jesús Sacramentado, que llegaba algunas veces al pueblo horas y horas antes de abrirse la iglesia; pensad que si tuvo la llama devoradora de la actividad exterior, toda su vida lleva el sello de una fiebre más devoradora aún: la fiebre de la oración, la fiebre del coloquio con Dios, la fiebre de la elevación de su mente a la contemplación de las grandes realidades de la vida sobrenatural.

»Yo tengo la íntima persuasión, mejor, la absoluta certeza de que ella tuvo, sino siempre, al menos a partir de un cierto tiempo de su vida espiritual, el gran don de la contemplación infusa, porque sólo

así se puede explicar la inagotable actividad exterior y la plenitud de vida interior. El alma llamada a las cimas de la contemplación se da toda a la actividad exterior, sin disminuir su habitual unión con Dios, y sabe mantenerse unida a Dios aun en las exigencias de la vida exterior.

»Entonces el alma se encuentra inmersa en una especie de perenne éxtasis tranquilo y luminoso, en el que el dolor se transfigura, el trabajo se convierte en oración, el contacto con los hermanos no rompe, sino que intensifica el contacto con Dios, las preocupaciones de toda clase no alteran jamás la paz interior del alma, y la vida temporal no se la ve sino en función de la eternidad, *sub lumine aeternitatis...*»

Referimos también el testimonio de un escritor moderno, De Montmorand, contra los que sostienen que la contemplación impide la acción:

«Los verdaderos místicos —escribe él— son personas prácticas y activas, no de razonamientos y teorías. Tienen el sentido de la organización, el don de gobierno, y en todas sus empresas ponen de manifiesto sus maravillosas dotes. Las obras que realizan son vitales y duraderas; al idearlas y dirigir las dan prueba de prudencia y audacia y de aquel equilibrado juicio que constituye el buen sentido; no se alteran por ninguna exaltación morbosa ni imaginación desordenada, a lo que añaden también un raro poder de discernimiento» (1).

¿No parece que describe a nuestra heroína?

¿Podemos, pues, concluir que tenía ya, a los diecisiete años, el don de la contemplación infusa? No obstante el hecho, ciertamente extraordinario, y las explicaciones que de esto nos dan los competentes, por nuestra parte nos remitimos, en absoluto, al juicio de la Iglesia.

(1) Citado por Tanqueré en el Compendio de Teología Ascética y Mística, n. 42.

CAPÍTULO VII

Los dos amores: Todo por Jesús y con Jesús

(1850-1858)

1. Los dos amores.—2. Delicadeza de conciencia.—3. Amor a la mortificación.
4. La Semana Santa toda con Jesús.—5. Una tentación vencida.—6. Un robo.—7. En el pueblo.

1. San Agustín dice que hay dos amores: «El amor de sí que lleva al desprecio de Dios y el amor de Dios que lleva al desprecio de sí» (1).

María amaba a Dios, y en este amor se perfeccionaba poco a poco, y veremos cómo llegó hasta el desprecio de sí misma.

Sin perder por nada su carácter amable que la hacía desenvuelta y graciosa, había conseguido una gran seriedad, cristiana, un gran dominio de sí misma, una gran unión con Dios y estaba atentísima a no faltar nunca ni con las palabras ni con las obras.

2. Pero como aun los más grandes santos estuvieron sujetos a imperfecciones, así un día le sucedió no sé qué cosa, que la intranquilizó un tanto. No queriendo irse a dormir con la conciencia poco tranquila ni dejar la Comunión el día siguiente, decidió ir a exponer en seguida su caso al sacerdote. Sabiendo que Don Pestarino estaba ausente, porque con frecuencia el celoso sacerdote iba a predicar a los pueblos

(1) *Fecerunt itaque duas civitates amores duo: terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei, coelestem vero amor Dei usque ad contemptum sui* («De civitate Dei», l. XIV, c. 28).

vecinos, decidió ir a la aldea de San Esteban, que era la más próxima. Como si lo hubieran hecho aposta, el párroco estaba fuera de casa, y la criada no sabía cuándo regresaría. ¿Qué hacer? Se acordó que Codipiaggio estaba cerca y emprendió rápidamente la marcha. Por el camino encuentra a un hombre y le pregunta si sabe si el párroco está en casa. Aquél, habiéndola visto correr, quiere saber por qué va tan aprisa en busca del párroco, y le pregunta a su vez si había sucedido alguna desgracia o si alguien se estaba muriendo, y como era tartamudo, empleaba en las preguntas un tiempo que a María le parecía enorme. No obstante, se domina y encuentra la manera de despedirse cortésmente.

Vuela a Codipiaggio, sube a la casa parroquial y llama a la puerta. Sale la criada y María le pregunta:

—¿Está el párroco?

—Sí, ha terminado de cenar ahora mismo.

—Dígale que necesito hablarle en seguida.

—¿En seguida? Pero ahora tiene visita.

—Sólo un minuto; por un minuto no se molestará, debo hablar de un asunto importante.

—Dime lo que quieres, yo se lo diré y te daré la respuesta.

—¡Es un secreto!

—La criada mira a la pobre joven de pies a cabeza, le dice que irá a ver si puede venir el párroco y entra en casa refunfuñando entre dientes, al no poder saber de qué se trata.

¡Pequeños contratiempos que a María le parecen grandes; breves instantes que le parecían eternos, porque iba oscureciendo!

Sale el párroco para ver quién le espera, y María le expone con prontitud y candor su pequeño caso de conciencia, y concluye:

—¿He cometido pecado?

—Esto no tiene importancia, hija mía; puedes estar tranquila.

—Entonces, ¿podré comulgar mañana?

—Claro que sí, claro que sí... —y quiere proseguir; pero la joven le agradece, se despide y vuelve a su casa más veloz que

el viento, temiendo que sus padres estén preocupados por su ausencia (2).

No debe maravillarnos que María expusiera con tanta libertad su duda al sacerdote sin llamarle al confesonario. Porque, dice Madre Petronila: «Cuando tenía alguna duda de haber ofendido a Dios, no podía estar tranquila y lo decía al sacerdote, aunque lo encontrase por la calle».

3. A la mortificación de su propio juicio y a la delicadeza de conciencia unió también la mortificación de su cuerpo. Una compañera que vistió con ella el hábito de las Hijas de María Auxiliadora dejó escrito: «Ayunaba con frecuencia y se mortificaba especialmente en cuaresma».

Un día dijo ella misma a su confidente: «Yo en cuaresma sacio mi apetito solamente el domingo; los demás días, nunca».

Más aún, nos decía otra compañera: «Si Don Pestarino se lo hubiese permitido, se habría mortificado hasta morir. Amaba tanto la mortificación que parecía no vivir más que para esto. Todos sus sentidos: los ojos, la lengua, los oídos, el gusto, el tacto, los quería tener crucificados con Jesús».

El espíritu de fe era el que dominaba todas sus acciones, y el amor de Dios, vivísimo, estaba en la cima de todos sus afectos y deseos. Parecía que tuviese por programa hacer todo, aun las acciones más comunes, por Jesús. De aquí aquella diligencia en hacer todo bien; aquella rectitud de intención en todas las cosas; aquella piedad viva y amable y aquel prepararse con especial fervor y con novenas y triduos, a las principales fiestas del Señor, de la Virgen y de los Santos.

4. En el primer borrador del Reglamento de las Hijas de la Inmaculada se pedía promover la gloria de Dios, no sólo con el buen ejemplo y la frecuencia de Sacramentos, sino también con la devoción a la Pasión de Nuestro Señor, y, ¡cómo lo practicaba siempre María, pero especialmente en la Semana Santa! Quería pasarla toda con Jesús, pensando

(2) Esta anécdota, aunque un poco distinta, se encuentra en una 1.ª Memoria; nosotros la hemos oído directamente a dos compañeras de María: una, seglar, y la otra, Madre Petronila.

continuamente en su Pasión y Muerte, sin distraerse en otras cosas.

Para no faltar al trabajo, ¿qué hacía? Un mes antes empezaba a prolongar su vela por la noche, en tantas horas cuantas en conjunto pudieran compensar las que pensaba emplear en los ejercicios de piedad de aquellos santos días (3).

Así, sin dar lugar a quejas, satisfacía su devoción, alimentaba su espíritu y moría a sí misma para no vivir sino sólo para Dios.

5. Pero esta vida tan santa y edificante no podía agradar al demonio que buscó la forma de estorbarla.

Transformándose en ángel de luz insinuó en el corazón de María que no era necesario comulgar tan a menudo, sino que bastaba una vez a la semana, mejor aun, una vez al mes, con gran devoción, porque quien comulga con menos frecuencia siente más fervor y recibe mayores gracias.

María no estaba informada aún sobre las tentaciones del demonio, ni bastante instruida sobre la diferencia entre el fervor sensible y el de la voluntad —éste, basta; aquél, no es necesario, porque no depende de nosotros, siendo un don de Dios que lo da cuando le place—: le hacía sufrir y no sabía cómo librarse de esta lucha interior.

Por una parte, se sentía atraída hacia Jesús, y por otra, era retenida ante las ideas que el demonio le ponía en su mente y por un sentimiento exagerado de sus imperfecciones e indignidad. Habría podido hablar en seguida con su confesor, pero el demonio le sugería que no debía hacerle perder el tiempo entreteniéndolo en semejantes cosas. Por eso pasó algún tiempo con grandes angustias de espíritu y comenzó a experimentar una insólita apatía como nunca la había sentido. Rezaba y no experimentaba consuelo alguno; comulgaba y su corazón parecía quedar como el mármol; hacía sus prácticas de piedad como antes, pero aquellos consuelos habían desaparecido: Dios se había alejado. ¿Le habría ofendido sin saberlo?

(3) Proc. Ap., p. 42.

o ¿eran exageradas y perjudiciales o al menos inútiles todas aquellas oraciones?

Una cosa repetida causa tedios. ¿Estaba acaso su culpa en ir a recibir a Jesús todos los días? ¿Quién era ella para atreverse a hacerlo? Es verdad que lo hacían también las otras de su misma condición; pero cuando fue admitida a la primera Comunión, y la recibía sólo de vez en cuando, ¿no sentía dentro de sí una alegría vivísima y un gozo inexplicable? ¿Por qué ahora ya no lo sentía, sino porque iba demasiado a menudo? He aquí el remedio: comulgar raras veces.

Esto era lo que quería el demonio, pero no ganó la batalla. Un día María, con el corazón angustiado, sintió la necesidad de hablar de ello a su amiga, quien se quedó maravillada y le aconsejó no dejar la Comunión sin decírselo a Don Pestarino y someterse a él plenamente.

Era el mejor consejo, y María lo aceptó sencillamente. Habló con su confesor, y acostumbrada a obedecer ciegamente, como ella ya entonces aconsejaba a sus compañeras, en breve se vio por completo libre de sus escrúpulos. Hablando de esto después con su amiga le decía: «Todo ha pasado y estoy de nuevo tranquila como antes. ¡Cuánto he sufrido! ¡Pero ahora estoy contenta!»

Hay almas que prefieren vivir atormentadas antes que exponer sus dudas a su director espiritual y atenerse a sus decisiones. ¡Son dignas de compasión!

6. María no debía estar siempre en la Valponasca. Madre Petronila nos contaba que un día, cuando María tenía cerca de veinte años, mientras estaban todos trabajando en las viñas, entraron en casa unos maleantes y les robaron cerca de setecientas liras, suma que entonces era bastante considerable para un arrendatario.

Los padres quedaron desolados. María, pasado el primer susto, los consolaba y exhortaba a confiar en Dios, que los bendeciría de otra forma. Y cuando oía hablar mal de los ladrones, y, en medio del dolor desearles algún mal, decía: «No, no, eso no está bien, mejor pidamos a Dios que mueva

sus corazones y se conviertan. Son ignorantes, de lo contrario no habrían obrado así. Recemos por ellos».

7. El padre, después de aquel robo, no se consideraba seguro habitando en la alquería de la Valponasca, también por temor a alguna ofensa a sus hijas, y el 16 de marzo de 1858 compró una casita en el pueblo, situada en la calle Valgelata, detrás del castillo, a donde se trasladó con toda su familia.

María pensaba: «No hay mal que por bien no venga; es verdad que no estoy muy cerca de la iglesia, pero vivo en el pueblo y podré ir con más frecuencia allí».

En su vida se hizo cada día más «eucarísticamente piadosa, angélicamente pura y apostólicamente activa».

CAPÍTULO VIII

María asiste a sus familiares enfermos y enferma ella también

(1859-1860)

1. María continúa su santa vida.—2. Asiste a sus familiares enfermos.—3. Ella enferma también. Su habitación, escuela de virtudes.—4. Una conversión.—5. Una doble dosis de medicina. Delicadeza.—6. Obediencia al médico. Deseo del cielo. 7. Una corona de flores. Fuera de peligro.—8. Dos curiosas circunstancias.—9. Una oración.

1. María continuaba santificándose entre los quehaceres de casa y el trabajo del campo, entre las prácticas de piedad y el celo por las compañeras y las señoras inscritas en la Compañía de las Madres Cristianas.

Entresacamos algunas declaraciones hechas en el Proceso Apostólico por los familiares, paisanos y las de su tiempo.

«Era obedientísima a sus padres; no le atraían nada las diversiones y se dedicaba del todo a la piedad. Era muy amante de la palabra de Dios, y el domingo acudía, no sólo a escuchar la explicación del santo Evangelio en la Misa parroquial, sino además a la catequesis de la tarde y aun a los sermones, como entonces se acostumbraba en Mornese» (1).

«Cuando iba a la iglesia, pasaba por las calles más retiradas y más cortas para evitar los lugares de diversión y no distraerse, y al volver hacía lo mismo: obraba como la abeja que va directa a la flor para extraer el néctar y volver a su colmena» (2).

(1) Declaración de un primo suyo. Proc. Ap., p. 141.

(2) Declaración de un primo suyo. Proc. Ap., p. 233.

«En invierno, los padres de la Santa acostumbraban rezar el Rosario en familia, y ella, aun contra el deseo de sus hermanos, que preferían terminar pronto, añadía el rezo de los Misterios» (3).

«Era un modelo para todas las jóvenes por su porte modesto y reservado en la calle, regresaba a su casa antes de anochecer, y yo, que la vi muchas veces, quedé siempre admirada y edificada» (4).

Era muy constante en su manera de vivir, por esto un primo suyo, casi maravillado, declaró: «Sé que todos los trabajos cansan; pero la Sierva de Dios no se cansaba nunca de su vida devota, modesta, activa y obediente» (5).

2. El Señor, para probarla y hacerla plenamente suya, la visitó con la enfermedad.

Dos años después de fijar la residencia con su familia en el pueblo (1860), se extendió el tifus, que causó no pocas víctimas. También la familia de un tío suyo se contagió, y en breve la esposa y el hijo mayor se encontraron en grave peligro.

Don Pestarino pidió a los padres de María que la mandasen a asistirlos. Pero ellos, sabiendo que el mal era contagioso, objetaron que la hija era necesaria en casa, y el padre, por no disgustarle, terminó diciéndole: «Yo no la mando, pero si ella quiere ir, no me opongo».

Don Pestarino, que no deseaba otra cosa, habló en seguida con María. Esta se turbó, no por la repugnancia que sentía de asistir a los enfermos, sino por la íntima convicción de ser afectada por el mismo mal si iba a cuidarlos. No se atrevía a aceptar, pero al fin se animó y dijo a Don Pestarino: «Si usted lo quiere, yo voy; pero estoy segura de contagiarme». Y se lo repitió varias veces.

El santo sacerdote, aunque tuviese el mismo presentimiento de la joven, entendiendo ser ésta la voluntad de Dios, le

(3) Declaración de un coetáneo. Proc. Ap., p. 58. La expresión «rezo de los Misterios» hay que entenderla por breves comentarios a cada uno de los Misterios del Rosario.

(4) Declaración de una coetánea. Proc. Ap., p. 37.

(5) Declaración de un primo suyo. Proc. Ap., p. 124.

contestó que deseaba que fuese, y María voló a la cabecera de los enfermos.

«Estábamos todos en cama —nos contaba su primo José—, pero mi padre y mi tío se levantaron pronto, y así mi padre podía ir a la farmacia y comprar las medicinas que recetaba el médico. Yo estuve un mes en cama y se me cayó todo el cabello. Todos nos confesamos y la mamá recibió el Viático; yo no, porque, a causa de la fiebre, deliraba siempre.

»María corría de una habitación a otra y prestaba todos los servicios, con tanta paciencia y delicadeza que parecía una Hermana de la caridad. Nos decía tales palabras que ahora ya no soy capaz de repetir, pero que entonces me hacían mucho bien y me ayudaban a sufrir resignado la voluntad de Dios. Ella rezaba siempre. Yo tenía diecisiete años, pero había hablado pocas veces con María, porque ella vivía muy retirada y además con los primos no tenía ninguna familiaridad. Recuerdo que en aquel tiempo me maravillaba verla tan desenvuelta y al mismo tiempo tan reservada.»

Más tarde declaró en el Proceso Apostólico: «Teníamos otros cuatro hermanos, el mayor de ellos de trece años, que no cogieron la enfermedad. María desempeñaba los quehaceres de casa como si fuera nuestra madre. A nosotros, los enfermos, nos prestaba los más exquisitos cuidados, exhortándonos a tener paciencia y resignación a la voluntad del Señor, sin dar nunca señales de cansancio o de fastidio» (6).

3. Pasado un mes, los enfermos estaban fuera de peligro y sanaron pronto, pero ella, como había previsto, se contagió del mismo mal y en breve estuvo al borde de la tumba.

Durante la enfermedad resplandeció su virtud en modo más luminoso que nunca. Al meterse en cama hizo llamar en seguida a Don Pestarino, se confesó, como si fuese a morir y quiso recibir a su amado Jesús.

No sólo se mostraba resignadísima a la voluntad de Dios, sino que consolaba a sus padres con palabras llenas de afectos

(6) Proc. Ap., Int. 23 y art. 16.

y a veces decía sonriendo: «¿Por qué lloráis? ¿Creéis que he cogido la enfermedad porque fui a asistir a los familiares? ¡Oh sí fuese así! ¡Moriría mártir de la caridad! Pero no soy digna... ¡Mártir! ¡Qué feliz sería!»

Hablaba con frecuencia de Don Pestarino con todo agradecimiento y decía: «¡Cuánto bien me ha hecho! ¡El Señor le conserve todavía muchos años aquí en Mornese, para el bien de las almas!»

Deseaba comulgar con frecuencia. Don Pestarino la complacía y muy de mañana, acompañado de algunas Hijas de la Inmaculada, le llevaba la Sagrada Comunión, que ella recibía con vivos transportes de alegría y fervor.

Las compañeras la visitaban con frecuencia y su habitación se convirtió en escuela de virtud, de la que todos salían edificados y mejorados.

Algunas veces llamaba junto a sí a sus hermanos y hermanas y no cesaba de recomendarles que fueran buenos, que se quisieran mucho, que obedecieran al padre y a la madre, que frecentasen la iglesia, que huyeran del pecado, de la vanidad y de las malas compañías.

Una compañera suya, madre de numerosa familia, con la característica sencillez del pueblo, nos decía: «Ya antes de su enfermedad era muy fervorosa, siempre lo fue, pero entonces... ¡Había que oírla! ¡Qué consejos daba y qué recomendaciones hacía! ¡Parecía un verdadero predicador!»

4. Un día fue también a visitarla un vecino suyo que casi nunca iba a la iglesia, María lo miró llena de gratitud, le dio cordialmente las gracias y le hizo señas de acercarse. El se acercó a la almohada, y ella, con dulzura y santa libertad, le dijo: «¡Gracias por tu bondad en venir a visitarme! ¡Que Dios te lo pague!, pero caridad, pide caridad. Tenemos que morir, ¿sabes?, y será cuando menos se piensa, ¿y si te sucediera ahora a ti esta desgracia?»

Y con el respeto y afecto de una hija con su padre, le habló del escándalo que daba en el pueblo, y le demostró el peligro,

aún más, la certeza de una mala muerte, sino también su tenor de vida, concluyendo: «Arrepiéntete y prepárate».

Las palabra de la enferma, dado que salían de un corazón lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, causaron profunda impresión en el ánimo de su vecino; comprendió que caminaba hacia el abismo, prometió cambiar de vida y cumplió su promesa.

5. Un día su madre se olvidó que le había dado ya la pastilla ordenada por el médico y le dio otra. La enferma perdió el sentido y empezó a delirar; en el delirio se dirige a su padre y a su madre y les pide e insiste que cuiden bien a los hermanos y hermanas, que los eduquen bien, los vigilen, los corrijan y no permitan que estén demasiado por la calle o vayan con malas compañías. Al decir esto se acalora y recuerda los castigos que Dios manda a los padres que descuidan la educación cristiana de sus hijos.

Su madre, apenadísima por el error cometido, procura calmarla, le promete que hará todo cuanto le ha dicho, pero ella de vez en cuando repite sus recomendaciones, con celo y afecto siempre crecientes, tanto que era cosa edificante y digna de compasión a la par oírla hablar de esa forma.

El error de la madre no fue mortal y el delirio pasó.

Era verano, hacía mucho calor, pero la enferma no se permitía la más mínima libertad y quería estar siempre bien cubierta para no faltar a las normas de la más rigurosa modestia.

Un día, durante el delirio, la inundó un copiosísimo sudor y la madre creyó conveniente aligerarle un poco la ropa; pero apenas lo hizo, la hija, como si recobrase el conocimiento, cogió la colcha con ambas manos y no permitió que se la retirasen.

6. Pasaron algunas semanas y la enfermedad no daba señales de desaparecer; antes bien, parecía reacia a toda cura.

María estaba plenamente resignada a la voluntad de Dios, y

se conservaba siempre tranquila y serena; tomaba cuanto el médico le ordenaba, siempre contenta de todo y de todos.

Madre Petronila nos decía: «Iba a asistirle por la noche y nunca le oí quejarse de nada».

Un día, elevando sus brazos al cielo, dijo al médico: «No me hable más de medicina, que yo no tengo necesidad de nada y sólo deseo ir al cielo».

El doctor se sorprendió y, viendo que el mal progresaba, comenzó a perder las esperanzas de salvarla. María consolaba a sus padres, que estaban afligidísimos, y los animaba a resignarse a la voluntad de Dios.

7. Pertenecía a la *Pía Obra de la Santa Infancia*. Las compañeras que también estaban inscritas se reunieron y pidieron a Génova una hermosa corona de flores artificiales blancas para ponerla en su caja si el Señor la llamase a sí, como, desgraciadamente, temían que sucediera de un momento a otro; que si después, decían, nos hace el Señor la gracia de que sane y se digne dejarla aún entre nosotras, esta corona podrá servir para ponerla sobre la caja de cada socia de la Pía Obra.

El Señor escuchó las oraciones de tantas almas buenas; María salió del peligro y entró en convalecencia.

Pero mientras todos se alegraban, ella, más que alegría, sentía resignación, porque había deseado ardientemente morir para unirse a su amado Jesús, y ahora, con la curación, veía prolongarse su destierro.

8. Cayó en cama el día de la Asunción y se levantó en la fiesta del Rosario (1860). ¡Curiosa coincidencia que enfermase en un día consagrado a la Virgen y en otro día a Ella dedicado pudiera abandonar el lecho!

Hay también otra circunstancia muy importante para nosotros: en la pared de una casa, situada casi enfrente de la de María, al otro lado de la calle, había pintada una imagen de la Virgen, y aún está allí, con la inscripción: *Auxilium Christia-*

norum, si bien la pintura no sea como la de la Auxiliadora ideada por Don Bosco (7).

En tiempos de María, cada sábado se encendía una lámpara ante aquella imagen y todos los domingos por la tarde, en mayo y en el buen tiempo, la gente del barrio se reunía allí a rezar el Rosario y cantar las letanías de la Reina del cielo. Ciertamente también María, cuando estaba buena, se reuniría a las demás mujeres y jóvenes, pero ¿no lo habrá rezado también desde su cama durante la grave enfermedad? «Ciertamente que rezaría —nos decía Madre Petronila—, ya que tenía gran devoción a la Virgen, pero no para curar, porque deseaba demasiado ardientemente llegar al cielo.»

Como había pasado su infancia junto a una capilla dedicada a la Auxiliadora, así también recobró una nueva vida bajo la mirada de una imagen de la Virgen invocada todavía con el dulce nombre de Auxilio de los Cristianos.

9. María sabía muy bien que, habiendo sido creados por Dios, debemos procurar pertenecerle a El y no al mundo, y por esto, emplear toda nuestra vida en cumplir su santa voluntad; pero Dios, con aquella enfermedad mortal, quiso darle a entender que le era doblemente deudora de la vida y que debía vivir cada vez más intensamente por El.

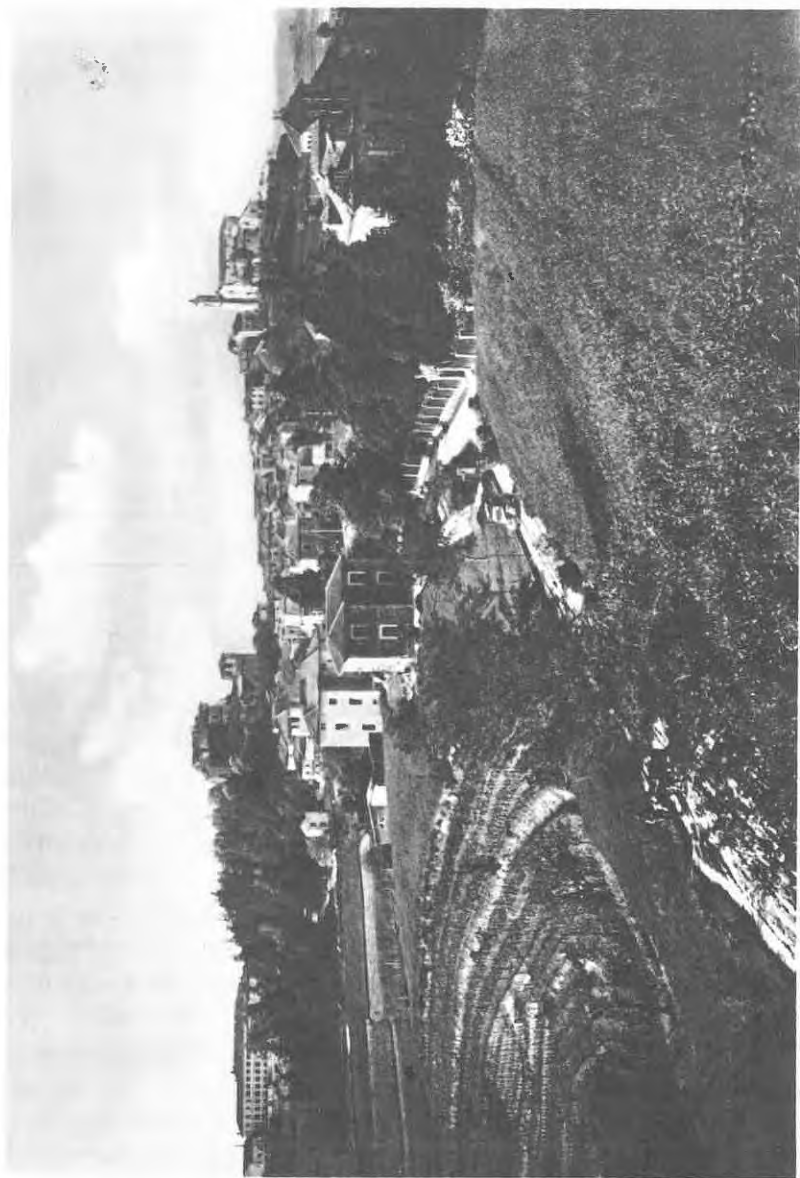
María lo entendió así y la primera vez que se le permitió ir a la iglesia para agradecer a Dios la recuperada salud, hizo ante Jesús Sacramentado esta oración: «Señor, si por vuestra bondad queréis, concededme aún algunos años de vida, haced que yo los viva ignorada de todos y, fuera de Vos, de todos olvidada» (8).

Ciertamente agradó al Señor esta breve pero conmovedora oración, que demostraba un corazón humilde y confiado en El, y por esto, capaz de las maravillas a las que El la destinaba; porque está en los planes de la divina Providencia servirse de las almas humildes y puras que, desconfiando de sí mismas, confían en Dios para realizar grandes cosas.

(7) He aquí la inscripción literal: *Auxilium Christianorum*, con la Gra: anno 1814 fecet al meso di septembr alli 7 anno 1841.

¿Que quiere decir que fue pintada en 1814 y retocada en 1841?

(8) Proc. Ord., p. 137.



Panorama de Mornese con el Colegio al fondo.

CAPÍTULO IX

Piensa e intenta aprender el oficio de modista

(1860-1861)

1. Convalecencia de María.—2. Un curioso expediente.—3. Providencial debilidad de María.—4. ¿Modista?—5. Un insistente pensamiento.—6. El Señor le hace ver su futura misión.—7. Una conversación con su amiga.—8. ¿Por qué ir al sastre? Enseñar a las jóvenes a coser, con el fin de enseñarles a amar a Dios. Cada puntada, un acto de amor a Dios.—9. Van al sastre del pueblo.

1. María había entrado en la convalecencia, que fue larga, pesada e interminable. Aquella fibra tan resistente, que iba a la par de los más fuertes trabajadores en las viñas, se había debilitado y no daba señales de recobrar las fuerzas. Sus padres estaban un tanto preocupados, pero la hija descansaba tranquila y serena en la voluntad de Dios, y pensaba más en enriquecer su alma de méritos que en fortalecer su cuerpo. «Por la mañana le hubiera gustado levantarse temprano para hacer sus ejercicios de piedad, pero como el médico juzgaba necesario que fuese a dormir más pronto por la noche y se levantara más tarde por la mañana, y Don Pestarino quería que se atuviese a estas normas, ella sufría mucho, pero obedecía. También obedecía en lo referente al alimento, aunque deseara secundar su espíritu de mortificación» (1).

El médico le había ordenada tomar carne aun en los días de abstinencia, para fortalecerse, pero su delicadeza de conciencia le hizo dudar que le fuera necesario y acudió a Don Pestarino,

(1) Sum., p. 152.

que le contestó: «Obedece al médico y teme más bien ofender a Dios si obras al contrario».

2. Obedeció en seguida, pero, prolongándose la convalecencia más de lo esperado, le vino de nuevo el temor de que, continuando con una alimentación especial, quizá secundaba la gula y faltaba al espíritu de pobreza y mortificación que se había impuesto hacía varios años. ¿Qué hacer? Recurrió a lo siguiente: compraba poca carne y mucho hueso, que cocía y volvía a cocer durante la semana, y así —contaba ella misma a su íntima amiga— «puedo decir que como menestra de carne y que obedezco al médico y al confesor».

Entre tanto conservaba el antiguo fervor en el espíritu de oración, continuando el ejercicio de la presencia de Dios y del abandono filial en sus manos.

3. El invierno avanzaba frío, con sus escarchas, sus vientos helados y sus abundantes nevadas, y María, que antes no se guardaba de estos elementos para ir a la iglesia, ahora tenía que cuidarse como la más débil y delicada niña.

No era ya la robusta encina del monte, que desafía las borrascas, sino la delicada y gentil florecilla que tiene necesidad del templado invernadero. El espíritu estaba siempre pronto, el alma llena de fervor y buena voluntad, pero el cuerpo débil y sin fuerzas (2).

El largo reposo invernal, ¿devolvería el antiguo vigor a aquel cuerpo tan debilitado y, no obstante, animado de un espíritu más vivo cada día? Lo esperaba la familia; lo esperaba quizá también María, pero en vano. El invierno pasó, estaba curada, pero las antiguas fuerzas no le habían vuelto.

¿Renacerían al llegar la nueva estación? Se abrigaba una nueva esperanza: los primeros calores de abril y las perfumadas brisas de mayo, que tanto renuevan la vida de la naturaleza, fortalecerían aquel cuerpo en otro tiempo tan robusto; las auras balsámicas de las colinas habrían infundido nuevo oxí-

(2) Mt., 26, 41.

geno, nueva sangre, nuevo calor, nueva energía: ella podría reemprender sus trabajos en las viñas y desplegar de nuevo su admirable actividad.

Eran esperanzas que no se realizarían, deseos que no se cumplirían.

Llegó la primavera y la vida surgió con toda su magnificencia; María volvió al trabajo de los viñedos, pero ¡qué distinta de la de antes! No sólo se vio incapaz de soportar las grandes fatigas de otro tiempo, sino que cualquier trabajo un tanto pesado le cansaba; toda fatiga un poco prolongada la dejaba sin fuerzas y, después de probar y volver a probar, debía ceder al agotamiento y, tristemente, darse por vencida. Su cuerpo no era ya el compañero vigoroso que jamás decía no a su alma siempre ardiente; se había convertido en un instrumento gastado que pedía un poco de descanso.

Situación dolorosa, pero preparada por Dios para el cumplimiento de sus designios. En efecto, sin la enfermedad con sus consecuencias, que pareciendo funestas eran providenciales, María, con toda probabilidad, habría sido una buena y fuerte aldeana y no habría seguido el camino que debía llevarla a ser la cofundadora de un importante Instituto religioso.

4. Ella se sorprendía de su debilidad física, pero no se desanimaba. Resignadísima a la voluntad divina, pensaba cómo hacerse útil a sí misma y a su familia.

Pero la vocación latente a la enseñanza empezaba a manifestarse y se decía para sí: «Sí, está bien ayudar a la familia, pero ¿por qué no pensar también en las chicas del pueblo? Sería una cosa muy buena. Mas, ¿cómo hacer?»

Lo piensa mucho y, entre otras ideas, le vino ésta: «¿Y si aprendiera el oficio de modista? No es un oficio pesado y podría reunir a las jovencitas para enseñarles a coser, alejarlas así de los peligros y darles buenos consejos».

¿La aceptaría en seguida? No lo sabemos, pero ciertamente debieron venirle a la mente graves dificultades. A sus veintitrés años, ¿ir a aprender el oficio de modista? ¿Adónde iría?

El pueblo era pequeño y tenía un sastre y una modista. Prepararse para este oficio, ¿no podía tener la apariencia de una competencia mal vista?

El cuerpo había perdido el antiguo vigor, pero la voluntad conservaba toda su inflexible energía.

María acarició aquel pensamiento, miró de frente las dificultades que se le presentaban, vio que no había por qué temer y habló de esto en casa.

5. Al principio, sus padres se mostraron indecisos, pero muy pronto cedieron ante sus razones, y entonces María pensó el modo de realizar su proyecto. Se entusiasmaba con él, aún más, por un cierto presentimiento que casi furtivamente había penetrado en su corazón y que poco a poco la dominaba completamente. Sentía en sí un vivo deseo de hacer el bien a las jóvenes y una voz interior le animaba a reunir las, instruir las en la religión, enseñarles a huir del pecado y a practicar la virtud.

Ella no sabía decir cuándo había penetrado este deseo en su corazón; lo había sentido ya inconscientemente cuando, niña aún, ayudaba a su madre a educar santamente a sus hermanitos; cuando en el Catecismo, y por la calle, repetía a las compañeras lo que había oído en la iglesias; pero lo sintió más fuertemente al ser Hija de la Inmaculada.

Ahora este deseo se convertía en necesidad.

Le parecía que, aprendido el oficio de modista, podría reunir a las niñas y jovencitas, enseñarles a coser, a arreglar los vestidos, a hacer punto y servirse de estos medios para atraerlas a sí y darles buenos avisos y consejos, mantenerlas alejadas del pecado y hacerlas crecer en el conocimiento y amor a Dios.

6. La Providencia velaba por ella y le hizo ver veladamente que la quería precisamente por aquel camino.

Como ella misma, en su sencillez, refirió más tarde a algunas de sus hijas espirituales, al pasar un día por la colina de Borgo alto, donde no había entonces más que un cuchitril y se levantó después la primera casa del Instituto de las Hijas de

María Auxiliadora, vio un edificio, precisamente como el que se construyó algunos años más tarde, con jóvenes dentro. Quedó maravillada y le pareció soñar. Se frotó los ojos y, dándose cuenta de que estaba despierta, se detuvo a mirar diciendo para sí: «¿Cómo es esto? ¡Este palacio no ha estado aquí nunca; yo no lo he visto jamás! Por otra parte, no estoy soñando. ¿Qué quiere decir?»

¿Era visión? ¿Era alucinación? María procuraba distraerse y atender a sus deberes, pero el pensamiento de ocuparse de las chicas estaba fijo en su mente, y la imagen de aquel edificio parecía presentársele siempre viva en su fantasía cada vez que pasaba por aquel camino.

Un día, no sabiendo ya cómo liberarse de esto, después de confesarse, manifestó a Don Pestarino el insistente pensamiento y la misteriosa visión o imaginación que tuvo, añadiendo que le parecía verse al frente de innumerables niñas, a las que enseñaba el camino de la virtud.

Don Pestarino la interrumpió diciéndole que era una visionaria; la reprendió, le prohibió hablarle más de tales cosas y le cerró la ventanilla.

María se retiró avergonzada, «no tanto por la actitud del confesor, cuanto por la vergüenza de haberse atrevido aún sólo a sospechar que ella, criatura tan miserable, pudiera ser escogida por Dios para aquella delicada misión» (3).

Refiriendo después todo esto a su íntima amiga, le decía: «Se lo dije con toda sencillez, y ahora estoy tan mortificada que no me atrevo a dejarme ver. Me esforzaré en no pensarlo más».

Pero por más que se esforzase en no pensar en la visión de encontrarse al frente de muchas niñas, le venía siempre, a pesar suyo.

7. Con frecuencia se encontraba con la amiga Petronila y hablaba con ella de temas de piedad y de cómo santificarse.

Las mujeres del pueblo, que ignoraban el asunto de sus santas conversaciones, se preguntaban: «¿Qué tendrán que decir-

(3) Proc. Ord., p. 385.

se aquellas dos? ¿Están siempre juntas, hablan entre sí y nadie puede saber qué dicen». Alguna vez les dirigían cualquier pregunta, pero ellas se hacían las desentendidas y seguían su camino.

Un día encontró María a su íntima amiga cerca de la parroquia, a la izquierda de la entrada donde termina la plaza, y un sendero, llamado de los *huertos*, desciende escabroso, y donde entonces había un hermoso nogal. Le reveló su continua e insistente inspiración de sentirse inclinada a ayudar a las niñas y le propuso unirse a ella para aprender a coser y después servirse de este medio para atraerse a las chicas y hacerlas buenas y temerosas de Dios.

«No me siento ya apta para los trabajos del campo y he decidido aprender el oficio de modista. También tú tienes poca salud y no eres muy hábil para las labores de las viñas; vente conmigo e iremos a aprender con el sastre del pueblo, Valentín Campi. En su casa no hay peligro alguno, porque él es un buen cristiano, frecuenta los Sacramentos y no tiene más que un niño de cinco años.»

8. «¿Y por qué a casa del sastre?», preguntó Petronila.

«Porque la modista no tiene trabajo suficiente para dárnoslo, y porque el sastre vende también la tela y así nosotros, además de aprender a hacer trajes de caballero, aprenderemos a conocer el precio de las distintas telas.

»Allí acuden muchas mujercitas fáciles de contentar; les pediremos que nos confíen la hechura de sus vestidos, que cortaremos y coseremos en casa por la noche. Apenas estemos en grado de trabajar por cuenta propia, dejaremos al sastre, abriremos un pequeño taller, recibiremos en él a las chicas y les enseñaremos a coser, pero con *el fin principal de enseñarles a conocer y amar a Dios, de hacerlas buenas y preservarlas de tantos peligros*. Pondremos en común lo que ganemos para vivir de nuestro trabajo y así, sin ser de peso a nuestras familias, podremos emplear toda nuestra vida en bien de las jóvenes. ¿Te parece bien cuanto te digo? Es necesario que hagamos así, pero

desde ahora *debemos poner la intención que cada puntada sea un acto de amor a Dios.*»

«Yo —nos decía Madre Petronila— escuchaba maravillada sus palabras y me parecía soñar o que mi amiga deliraba. No obstante, le respondí que me agradaba su plan, pero temía que mis cuñadas se me opusieran y no aceptasen mi propuesta.»

Y ella: «Habla con tu padre, porque quien manda en casa es él y te dará su consentimiento. Ahora entremos en la iglesia a rezar para que el Señor nos ilumine y nos ayude.»

«Entramos; por la noche hablé con mi padre y no digo con cuánto temblor, porque temía una respuesta negativa. Por el contrario, dio su consentimiento para que fuese con María a aprender el oficio de modista. Las cuñadas protestaron, pero él, como había previsto María, me dijo:

—Mientras viva, en mi casa mando yo, vete tranquila.

»Y yo, contenta como unas pascuas, comuniqué la grata noticia a mi queridísima amiga.»

María habló de su proyecto a Don Pestarino, sin cuyo consentimiento no hacía cosa alguna de importancia; el piadoso sacerdote lo aprobó.

9. Las dos amigas, contentas, hablaron con el sastre y acordaron que irían a su casa desde el 10 de septiembre hasta Pascua.

Era el año 1861.

CAPÍTULO X

El pequeño taller y comienzo del internado

(1861-1862)

1. Se aprende a coser y no se piensa en habladurías.—2. Muerte del padre de Petronila.—3. En casa de Teresa Pampuro.—4. Caridad de un hermano de Petronila.—5. Van a casa de la modista Antonia Barco. De nuevo en casa de Teresa Pampuro.—6. Un error corregido.—7. Por primera vez se enseña el Catecismo en el taller. Nuevo cambio de habitación.—8. En casa de Domingo Maccagno.—9. Aumentan las alumnas.—10. Vete a María.—11. Temor de favorecer la vanidad. Anécdotas.—12. Comienza el internado.

1. En los pueblos pequeños, donde todos se conocen, cualquier pequeña novedad da el tema de conversación del día para todos, y no cabe duda que en Mornese se hablaba de María y de su amiga Petronila, que iban a aprender a casa del sastre. Pero ellas no hacían caso y procuraban aprender y perfeccionarse en el oficio, no sólo para cumplir su deber y agradar a Dios, sino con el secreto designio de poder un día servirle de él en favor de las niñas.

Como es lógico, a casa del sastre iban con frecuencia hombres y las dos amigas se encontraban algunas veces un poco a disgusto. Por esto María decía a Petronila: «No me agrada que vengan siempre hombres; démonos prisa, démonos prisa a aprender, así nos iremos de aquí y trabajaremos por nuestra cuenta».

Cuando iban mujeres al sastre a comprar tela para algún vestido, las dos jóvenes les pedían que se la dejaran a ellas hacerlo, en secreto, en su casa, en algunos momentos libres o por la noche, después de la jornada del taller. Iban también

a trabajar a casa de A. Maccagno, que, estando sola con su madre, podía recibirlas con libertad; más aún, las invitaba y velaba con ellas.

2. El 16 de diciembre de 1861 Dios llamó a sí al padre de Petronila, y Angela Maccagno fue generosa en prestar alivio a la desolada familia; aún más, con este motivo se llevó a Petronila a comer y a dormir a su casa.

Don Pestarino, previendo que al morir su padre no se encontraría bastante libre en la familia, le aconsejó que llevara su cama a casa de Teresa Pampuro, también Hija de la Inmaculada, de más de treinta años, sola y casi siempre enferma.

El Reglamento de las Hijas de la Inmaculada, que prescribía que ninguna de las inscritas viviera sola, justificaba tal decisión ante las Hijas, y la falta de salud de Teresa Pampuro lo justificaba ante el pueblo.

3. María y Petronila habían convenido con el sastre, como hemos dicho, ir hasta Pascua (1862), pero después continuaron yendo por algún tiempo hasta que, considerándose bastante preparadas en la costura y en el conocimiento del precio de las distintas telas, decidieron trabajar en casa de Teresa Pampuro (1862).

La gente del pueblo se reía de las dos jóvenes y decía que eran buenas, sí, pero a su manera, y que tenían pocas ganas de trabajar.

Entonces, para ciertos campesinos, sólo contaba el trabajo de los campos: ¡quien no trabaja en el campo es un holgazán!

4. Las dos amigas sufrían y callaban, pero también con la familia tenían sus disgustos.

Petronila tenía tres cuñadas que protestaban porque no iba a trabajar con ellas, y también los hermanos de María deseaban que ésta trabajara con ellos como en el pasado.

Pero el cielo vino en ayuda de las dos piadosas jóvenes.

María encontró defensa en su padre, que hizo callar a sus hijos y ordenó dejarla hacer libremente lo que quería. Petronila encontró ayuda en su hermano José, que le daba secretamente cinco liras al mes para que las entregara en casa como fruto de su trabajo, y las cuñadas dejaron de quejarse.

5. María y Petronila eran desenvueltas en la costura, pero poco expertas en cortar. Don Pestarino les aconsejó que fueran a aprender con la modista del pueblo, Antonia Barco, buena madre de familia, con dos niños y un hijo mayor que trabajaba en el campo con su padre. Esta las recibió en su pequeño taller.

Aquí se encontraban bien, mejor aún que con el sastre, porque no había visita de hombres.

Después de cerca de seis meses (1) la modista marchó con su marido, que había arrendado una tierra en Borgo de Castelletto, y María y Petronila se volvieron a trabajar a casa de Teresa Pampuro, que después vistió el hábito de las Hijas de María Auxiliadora.

6. Al no haber otra modista en el pueblo eran natural que las mujeres se dirigieran a las dos amigas para hacerse los vestidos. María era inteligentísima y, en cuanto veía una vez cómo se hacía una cosa, aprendía en seguida, pero al principio tenía poca habilidad para cortar los vestidos.

Un día la madre de Don José Campi, ya nombrado anteriormente, les llevó una tela estampada de flores pequeñas, todas en la misma dirección, para un vestido. María corta, hilvana y, al final, se da cuenta de que las dos mangas son del mismo brazo. Piensa y vuelve a pensar, prueba y vuelve a probar, pero no hay forma de arreglarlo. Corre al comerciante, pero éste le dice que no le queda ni un palmo de la misma tela. ¿Qué hacer? No queda más que avisar a la dueña del vestido. Esta llega y se muestra muy fácil de contentar y todo queda arreglado, pero el disgusto de aquel corte mal dado hizo

(1) Proc. Ord., p. 95.

que las nuevas modistas estuvieran más atentas, y continuó siendo, por largo tiempo, motivo de buenas risotadas.

7. Las dos buenas amigas eran muy activas en el trabajo, cosían siempre en silencio y no hablaban más que por necesidad o para rezar.

Alguna madre de familia, al ver los trabajos tan bien hechos, les pidió que enseñaran a sus hijas. Por este motivo recibieron a dos o tres jovencitas, a las que, junto con la costura, enseñaban también la doctrina cristiana.

¿Quién puede expresar la satisfacción y alegría de las dos amigas el día en que recibieron a las primeras alumnas, a las que enseñaron, además de la costura, también el Catecismo?

María se alegraba de modo especial porque después de meses y meses de sufrimiento, de incertidumbre, de espera, veía finalmente realizarse su ideal cristiano y apostólico.

Petronila, que había hecho suyo el ideal de su amiga, tomaba viva parte en su alegría y en la esperanza de un porvenir siempre más hermoso y fecundo en bien.

¿No habría recordado María la visión del gran edificio en Borgo Alto? ¿Y no habrá pensado también que comenzaba a realizarse?

Pero la habitación de Teresa Pampuro era pequeña y oscura, y allí estaban muy a disgusto, por lo que pensaban trasladarse a la casa de María o de Petronila.

Don Pestarino no quiso y les dijo que buscaran una habitación en el pueblo y trabajasen por cuenta propia e independientemente de sus familiares. La búsqueda fue inútil y Angela Maccagno, siempre tan buena, les invitó a trabajar en su casa, en una habitación con dos ventanas, hasta que encontraran un lugar mejor, y aceptaron. Después encontraron un cuartucho de Angelina Birago, al que se adaptaron, para evitar molestias a Maccagno; pero aquella pobre estancia era mala, sin luz, demasiado pequeña y muy incómoda.

8. Entonces el hermano de Angela, llamado Domingo, que hacía mucho tiempo vivía separado de su madre y

hermana, les ofreció una habitación bastante grande por cinco liras al mes, y María aceptó con entusiasmo no sólo porque era más espaciosa y clara, sino también porque estaba cerca de la iglesia, desde donde podía visitar con más frecuencia a Jesús Sacramentado y encaminar hacia El a las chicas. Por esto, después de haber trabajado cerca de seis meses en casa de Pampuro, otros varios en la de la maestra Maccagno y poco tiempo en el cuartucho ya citado, se trasladaron a la habitación del hermano de Maccagno.

Existe aún esta habitación a la derecha, saliendo de la iglesia, en el número 69. Se entra subiendo un escalón y recorriendo un corto corredor. Tiene forma casi cuadrada, con dos ventanas hacia oriente que dan a un patio. Mide 2,84 metros de alta, 3,70 de larga y 3,55 de ancha.

9. Como la habitación tenía capacidad para más personas, las dos amigas pudieron aceptar a otras alumnas, que pagaban una lira al mes, alguna menos aún, e iban a comer y a dormir a sus casas. Las madres de familia se las mandaban no sólo para que aprendieran a coser, sino para que estuvieran alejadas de los peligros y oyeran de vez en cuando una buena palabra. Con frecuencia daban a sus hijas un vestido para hacer o arreglar y decían: «Vete a María la de la Valponesca», o sencillamente: «*Vete a María*», y se sobreentendía: «... que te enseñará cómo debes hacer».

10. La frase «*Vete a Main - Ve a María*» era común para indicar que fuesen a aquel pequeño taller.

«Es sabido —declaró el Cardenal Cagliero, de santa memoria— que María Mazzarello, por sus extraordinarias virtudes, por su porte angelical y su constante piedad, era, como me dijeron, comúnmente llamada, y como por antonomasia, por la gente y por sus mismas compañeras, la *María*, porque se la consideraba la mejor entre las mejores del pueblo» (2).

(2) Proc. Ord., p. 117.

A veces, nos decía Madre Petronila, llegaban al taller algunas chicas trayendo vestidos reducidos a tal estado que no se podían coser sin lavarlos antes. María con toda caridad los arreglaba, por eso las niñas iban a ella como a una fiesta.

La señora Angela Pestarino nos escribió: «Yo frecuenté el taller antes de que las *hijas* vivieran en la casa de la Inmaculada (de la que hablaremos más tarde). La *Main* (María) era justa y tenía caridad con todos, tanto con los buenos como con los malos; y todos la respetaban y amaban. En el taller se ocupaban principalmente de preparar los trabajos de las jóvenes y de recibir y despachar los encargos. Recibía también trabajos tan pobres y poco limpios que a las mismas chicas les repugnaba tocarlos, mientras que ella hacía con ellos todo lo que se podía, con diligencia y precisión».

II. Aún las jóvenes mayores se dirigían a ella para hacer sus vestidos y los querían hechos a la última moda. Al principio, María no sabía cómo hacer, por temor a secundar la vanidad, y habló con Don Pestarino. Este la escuchó y le dijo: «Házselos como los quieran, con tal que no sean inmodestos; si vosotras no les dais gusto, irán a otras modistas más libres y será peor».

María, a pesar de ser tan sumisa, esta vez no se sometió en seguida y consultó al párroco, que le dio la misma respuesta.

No había más que someterse, pero aun sometiéndose procuraba entenderse con las madres. Una Hija de María Auxiliadora nos dijo: «Yo era jovencita y me gustaba hacer buena figura entre las compañeras, con un vestido bonito y confeccionado a la última moda. María habló con mi madre y entre las dos adujeron razones tan justas que tuve que someterme. Y lo que hizo con mi madre, lo hizo también con las otras».

Una hermana, alumna del oratorio festivo de Mornese, decía: «A mi madre, aunque era muy buena, le gustaba mucho presumir y no escatimaba nada con tal de que yo hiciese buena figura. María, por el contrario, me decía siempre: "Guárdate de la presunción, en esto no debes secundar a tu mamá. Recuerda que la vanidad y la devoción no pueden ir unidas"».

La buena joven obedeció y cuando se fundó el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora ingresó como postulante y murió santamente, después de una vida ejemplar.

12. La obra de las dos amigas era bien vista y estimada en el pueblo. Un vendedor ambulante, al quedarse viudo con dos niñas, una de seis y otra de ocho años, les pidió que las recogieran y las tuvieran no sólo de día, sino también de noche, ya que él no podía ocuparse de ellas por estar casi siempre fuera de casa.

Las dos buenas *hijas* sintieron compasión de las dos huérfanas y le respondieron que lo pensarían. Lo pensaron, hablaron de ello con don Pestarino, alquilaron una habitación a la izquierda de la entrada del corredor y colocaron allí dos camitas. Petronila dejó la casa de Pampuro y se fue a dormir con las dos niñas, haciéndoles de madre. Pero tanto ella como María continuaban yendo a su casa a comer y a cenar. La comida de las niñas se la traía su familia.

Había también en el pueblo una niña de catorce años, huérfana de madre, que vivía sola con su padre, hombre alcohólico y casi siempre embriagado. Se llamaba Rosina Barberi, apodada la *Cinina*, del sobrenombre Cinin dado a su padre.

Don Pestarino, para alejarla de los peligros a que estaba expuesta, dijo a María que le preparase un lugar en la habitación en la que dormía Petronila con las dos niñas.

Pero aquel cuarto era tan pequeño que las dos amigas no sabían cómo hacer. Pensaron alquilar otras dos habitaciones de Antonio Bodratto, situadas frente a las que tenían, en la parte opuesta de la calle, a la izquierda según se va a la iglesia, con capacidad para cuatro o cinco camas cada una. Pusieron allí las camitas y recibieron además a una sobrina de Petronila, llamada Rosina Mazzarello, también de catorce años.

Poco tiempo después se añadieron a éstas otras dos niñas, María Grosso de Santo Stéfano de Paroli y María Gastaldi di Costa di Parodi, de doce a catorce años, que más tarde vistieron el hábito de las Hijas de María Auxiliadora.

Más tarde admitieron otra niña llamada Catalina (ninguna recuerda el apellido), de Voltaggio, abandonada por sus padres, quien, habiendo estado dos años bajo los cuidados afectuosos e inteligentes de María y de Petronila, se hizo muy buena y trabajó después por la salvación de sus mismos padres.

Así, poco a poco, junto al pequeño taller se iba formando un incipiente internado. Pero es norma casi constante del Señor que las grandes instituciones tengan humiladísimos comienzos, a fin de que resalte más la obra de su mano y no tenga de qué gloriarse el hombre, sino más bien humillarse por haber sido elegido como instrumento de una obra tan grande, a pesar de su debilidad y miseria.

CAPÍTULO XI

San Juan Bosco anuncia que fundará un Instituto de religiosas

(1862-1863)

1. Encuentro de Don Bosco con Don Pestarino.—2. Don Bosco le confía que ha sido invitado a hacer por las niñas lo que hace con los jóvenes.—3. Don Pestarino va a Turín y pide a Don Bosco que lo admita entre sus hijos.—4. El Santo manda a las dos amigas dos medallas de la Virgen y una carta.—5. Prevé el futuro Instituto.—6. Sueños o visiones de San Juan Bosco.—7. Otros sueños de Don Bosco.—8. Don Bosco dice a Don Lemoyne que fundará un Instituto de religiosas.

1. Por este tiempo tuvo lugar el providencial encuentro entre Don Bosco y Don Pestarino que debía estrechar sus grandes almas con los más suaves vínculos del amor divino para el bien del prójimo y ejercer tan benéfica influencia en la vida de María.

Don José Campi dejó escrito, y después nos lo repitió de palabra, que el encuentro sucedió en 1862 de esta manera: Don Pestarino había ido a Acqui para una fiesta o conferencia en la que tomaba parte el clero presidido por el Obispo, entonces Monseñor Modesto Contratto. Allí se encontró con Don Bosco.

Al terminar, él y Don Pestarino viajaron juntos de Acqui a Alessandria y hablaron de lo que hacían en favor de las almas.

2. Don Bosco, según nos aseguraba Don Campi, habiendo oído que Don Pestarino dirigía la *Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada* y se preocupaba mucho por las chicas, le dijo que también él había recibido muchas veces la invitación, por parte de varios Obispos, de hacer por las jovencitas lo que

hacía por lo jóvenes y que más adelante emprendería también esta obra. Entonces le dijo Don Pestarino que se sentiría muy dichoso si las *hijas* pudieran participar de este su piadoso proyecto.

El Cardenal Juan Cagliero, por el contrario, decía que recordaba haber oído decir a Don Pestarino que había conocido a Don Bosco en casa del teólogo Frassinetti, párroco de Santa Sabina, en Génova. Puede ser muy bien que Don Pestarino hubiera visto a Don Bosco en Santa Sabina, como dice el Cardenal Cagliero, y más tarde sucediera el encuentro de que habla Don Campi.

3. Sea como fuere, Don Bosco, que tenía una gracia especial para conocer los espíritus y atraer hacia sí los corazones, comprendió en seguida qué tesoro de sacerdote era aquel que la divina Providencia le había hecho encontrar y lo invitó a visitarle en Turín.

Don Pestarino fue probablemente en noviembre de 1862 (1), y en su visita a Valdocco quedó maravillado de la caridad y celo de Don Bosco, y admirado del espíritu de la Pía Sociedad Salesiana, le pidió que lo aceptara entre sus hijos, ofreciéndose a sí mismo y sus cuantiosos bienes.

Don Bosco lo aceptó (2), «pero en vista del gran bien que hacía en el mundo —escribe Don Lemoyne—, quiso que permaneciese en su tierra. Había comprendido además la necesidad de no privar a la *Unión de las Hijas de la Inmaculada*, en Mornese y en otros lugares, de un director tan piadoso y sabio» (3).

(1) LEMOYNE. *op. cit.*, vol. VII, p. 294.

(2) *Op. cit.*, p. 297. Don Lemoyne dice que Don Pestarino pidió en seguida ser inscrito en la Sociedad Salesiana y que fue aceptado. Del contexto de las cosas nos parece que Don Pestarino debió ser aceptado más tarde, en 1864, fecha que concuerda con el *Necrologio Salesiano*, en el que se lee que Don Pestarino murió en 1874, después de diez años de profesión privada, y se confirma en una Memoria del Cardenal Cagliero, que escribió: «... Recuerdo que se quedó algunos días en el Oratorio y se ofreció a ser salesiano, como después se decidió a serlo cuando se habló del Colegio (masculino) de Mornese». Esto es, en 1864.

(3) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VII, p. 297.

4. Don Pestarino volvió a Mornese, pero su corazón permanecía en Valdocco. Antes se aconsejaba siempre con el Prior de Santa Sabina, Don Frassinetti; después, declara Madre Petronila, siempre con Don Bosco (4). Lo visitó muchas veces en Turín, y ciertamente debió hablar con él, de las dos amigas, porque a su regreso, después de una de las primeras visitas, les trajo, nos contaba Petronila, dos medallas de María Auxiliadora, diciendo: «Os las manda Don Bosco y me ha encargado que os las pongáis al cuello y la llevéis con devoción, porque os preservará de muchas desgracias y os ayudará en todos los acontecimientos de la vida» (5). «Entretanto nos dio, en nombre de Don Bosco, un pequeño esquema de reglamento proponiéndonos diversas prácticas para la jornada» (6).

No sabemos si en esta ocasión o al volver de otra visita de Don Pestarino a Turín trajo a las dos amigas una cartita en la que Don Bosco les decía: «Rezad, sí, pero haced todo el bien que podáis a la juventud, haced todo lo posible por impedir el pecado, aunque sólo sea un pecado venial».

Las dos jóvenes no conocían a Don Bosco, pero sabían, por Don Pestarino, que era un santo sacerdote, que se ocupaba de la juventud pobre y abandonada, y apreciaron su medalla y estaban agradecidas a quien se las trajo. También les agradaron las recomendaciones, porque les confirmaba siempre en lo que ellas ya practicaban.

5. En las *Memorias Biográficas de Don Bosco*, Don Lemoyne, después de decir que éste aceptó a Don Pestarino entre sus hijos, pero que lo mandó quedar en Mornese para la dirección espiritual de la Unión de las Hijas de la Inmaculada, pregunta: «¿Previó entonces Don Bosco que al cabo de diez años habría elegido algunas entre las más virtuosas de aquellas jóvenes de Mornese para dar comienzo al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora?»

(4) Proc. Ord., p. 14.

(5) Proc. Ord., p. 14.

(6) Proc. Ord., p. 15.

Y contesta: «Parece que sí, porque en 1863 la señora Carolina Provera de Mirabello, hermana de nuestro Francisco, deseando entrar en alguna congregación religiosa, habló con Don Bosco, que le dijo: "Si quiere esperar un poco, también Don Bosco tendrá Hermanas Salesianas, como ya tiene sus clérigos y sacerdotes". Pero ella no creyó oportuno esperar: se fue a Francia, se ligó con votos a la Congregación de las *Fieles Compañeras* y a Don Evasio Rebagliati, que lo encontró en París en 1890, entre las Superiores de Rue de la Santé, la buena Hermana le refería las palabras oídas de labios de don Bosco».

6. Como la vida de Santa María Mazzarello viene a identificarse con el comienzo y primer desarrollo del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, creemos oportuno referir aquí las revelaciones sobrenaturales que Don Bosco tuvo referentes a esta fundación (7).

Don Bosco, de los nueve a los diez años, tuvo un sueño en el que Dios le reveló su futura misión de educador de los hijos del pueblo (8). En otros sueños o visiones, el Señor le había manifestado esta o aquella obra que de él quería.

En sus sueños vio también, dicen, el futuro Instituto de las *Hijas de María Auxiliadora*.

Tenía cerca de treinta años y se ocupaba con ardor de los jóvenes, sin tener ni siquiera un lugar propio y, como escribe su biógrafo, durante el sueño tenía claras visiones que contó en los primeros tiempos a Don Rua y a otros.

«Ora contemplaba una vasta casa con una iglesia, semejante en todo a la actual dedicada a San Francisco de Sales, que tenía en su frontispicio la frase siguiente: *Haec est domus mea; inde gloria mea* (9), y por la puerta de la iglesia entraban y salían de ella jóvenes, clérigos y sacerdotes. Ora, en el mismo lugar, a este espectáculo le sucedía otro y aparecía la casita

(7) Ya lo escribimos en la vida de Don Pestarino: *L'Apostolo di Mornese*, vida de Don Pestarino, segunda parte, cap. II, p. 95.

(8) Véase mi opusculo *La vocación pedagógica de Don Bosco*. Libro salesiano.

(9) Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria.

Pinardi y, en su derredor, pórticos e iglesia con numerosísimos jóvenes y sacerdotes. "Pero esto no es posible —repetía para sí Don Bosco—, aquella es mucho más que una habitación apropiada para nosotros, casi diría que soy víctima de una alucinación diabólica.

»Y entonces oyó claramente una voz que le decía: "¿No sabes que el Señor puede enriquecer a su pueblo con los despojos de los egipcios?"

»Otras veces le parecía estar en la via Cottolengo. A la derecha estaba la casa Pinardi, entre el huerto y los prados; a la izquierda y casi frente a la anterior, la casa Moretta, con patios y campos contiguos que más tarde serían ocupados por las Hijas de María Auxiliadora. Ante la puerta del futuro Oratorio se levantaban dos columnas, en las que Don Bosco leyó esta repetida inscripción: *Hinc inde gloria mea* (De aquí y de allí mi gloria). Era evidente la primera alusión a la familia hermana de los salesianos. Y si por una parte había visto a estos últimos, ¿no habrá visto acaso de la otra a las hermanas? No obstante, Don Bosco no dijo entonces nada, ya que era muy reservado en dar tales explicaciones» (10).

7. Don Bosco tuvo otras muchas visiones que él, en su humildad, llamaba sueños. Uno lo tuvo con toda probabilidad entre 1860 y 1862, porque aunque no precisó la fecha al contarle, debió tenerlo cuando ya se había fundado la Sociedad Salesiana.

Dijo que se encontraba entre un gran número de chicas que alborotaban por la calle y que apenas lo vieron le pidieron que las ayudase. El procuró evadirse, pero en aquel momento se le apreció «una noble Señora con rostro resplandeciente» y le dijo: «Cuida de ellas, son mis hijas» (11).

La noche del 5 al 6 de julio de 1862 tuvo uno especial. Helo aquí: «Soñé que estaba con la marquesa Barolo y paseábamos por una plazoleta que conducía a una llanura. Yo veía a los

(10) LEMOYNE, *op. cit.*, vol. II, p. 406.

(11) Véase cronohistoria del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

jóvenes del Oratorio correr y saltar y divertirse alegremente. Quise ceder la derecha a la marquesa, pero ella me dijo:

—No, quédese donde está.

»Después se puso a hablar de mis jóvenes y me decía:

—Está muy bien que usted se ocupe de los jóvenes, pero déjeme a mí ocuparme de las niñas; así iremos de acuerdo.

»Yo le respondí:

—Pero dígame: nuestro Señor Jesucristo, ¿vino al mundo a redimir sólo a los jóvenes o también a las jovencitas?

»Ella me respondió:

—Sé que nuestro Señor ha redimido a todos, chicos y chicas.

—Bien, yo debo procurar que su Sangre no se derrame inútilmente tanto por los jóvenes como por las chicas» (12).

8. La noche del 24 de junio de 1866 dijo claramente a Don Lemoyne, entonces director del colegio de Lanzo, que pensaba fundar el Instituto de las Hermanas, y he aquí cómo lo refiere el mismo Don Lemoyne:

«Era el día de San Juan Bautista, a la puesta del sol: la luna resplandecía bellísima en el cielo, un fresco vientecillo atenúa-ba los calores estivales, subí a la habitación de Don Bosco y me quedé con él solo cerca de dos horas. Nos llegaba desde el patio el murmullo de los jóvenes que paseaban alegremente. En todas las ventanas del Oratorio y en las barandillas de los balcones había centenares de lucecitas en vasos de colores. La banda de música estaba en medio del patio y de cuando en cuando ejecutaba las más suaves melodías.

»Don Bosco y yo nos acercamos a la ventana y nos apoyamos en ella, uno frente al otro. El espectáculo era encantador. Una inefable alegría llenaba los corazones.

»No podían vernos desde el patio porque estábamos en la parte oscura, pero yo, con frecuencia, agitaba mi blanco pañuelo fuera de la ventana y los jóvenes al verlo prorrumpían en gritos entusiastas de “¡Viva Don Bosco!”

(12) LEMOYNE. *op. cit.*, vol. III, p. 217.

»Don Bosco sonreía. Estuvimos largo rato sin decir palabra, absortos en nuestros pensamientos, cuando yo exclamé:

—¡Ah, Don Bosco, qué hermosa noche! ¿Recuerda los antiguos sueños? ¡He aquí los jóvenes, los sacerdotes, los clérigos que la Virgen le prometió!

—¡Qué bueno es el Señor! —me respondió Don Bosco.

—¡Han pasado ya cerca de veinte años y el pan jamás nos ha faltado a ninguno! ¡Todo se hizo sin tener nada! ¿Qué parte tiene el hombre en estas obras? ¡Si la empresa hubiera sido humana, cincuenta veces habríamos fracasado!

—No dices todo: ¡observa cómo va creciendo rápidamente nuestra Pía Sociedad en número de individuos y de obras! Todos los días decimos: ¡basta, detengámonos!, y una mano misteriosa nos impulsa a seguir adelante.

»Y mientras esto decía tenía su rostro vuelto a la elevada cúpula y, recordando los antiguos sueños, fijaba su mirada en aquélla que, envuelta en los blancos rayos de la luna, le parecía una visión celestial. La mirada y el aspecto de Don Bosco tenían en aquel momento un no sé qué de inspirado.

»Volvimos a nuestro silencio llenos de miles de emociones. Finalmente, tomé la palabra por segunda vez:

—Diga, Don Bosco: ¿no le parece que falta aún algo para completar su obra?

—¿Qué quieres decir con estas palabras?

»Yo quedé un momento perplejo y después proseguí:

—Y por las niñas, ¿no hará nada? ¿No le parece que si tuviéramos un Instituto de Hermanas afiliado a nuestra Pía Sociedad y fundado por usted, sería la coronación de la obra? El Señor tenía también a las piadosas mujeres que lo seguían *et ministraban ei*. ¡Cuánto podrían hacer las Hermanas en beneficio de nuestros pobres alumnos! Y, además, ¿no podrían hacer por las niñas lo que nosotros hacemos por los jovencitos?

»Yo había vacilado en manifestar mi pensamiento, porque temía que Don Bosco fuera de parecer contrario. El pensó un momento y con gran maravilla respondió:

—Sí, también esto se hará; tendremos las Hermanas, pero no en seguida, sino más tarde.

»En efecto, el Instituto se fundó en 1872» (13).

Hay otros salesianos que recuerdan otras palabras de Don Bosco sobre su propósito de fundar un Instituto de Hermanas; pero no hay bastante seguridad en ciertas afirmaciones; además, cuanto hemos referido puede bastar para nuestro intento, por eso continuamos nuestro relato.

(13) LEMOYNE. *op. cit.*, vol. VIII, p. 416.

CAPÍTULO XII

La jornada en el taller

1. Misa diaria y oraciones.—2. Entre María y Petronila.—3. La imagen del Crucifijo y de la Virgen en el taller. Entrada de las alumnas en el taller: el saludo y ofrecimiento del trabajo.—4. El pensamiento de la eternidad. Al dar la hora.—5. Prohibición de hablar bajo. El silencio.—6. El desayuno.—7. La meditación. No llevar al taller las noticias del mundo. Virgen María, haznos santas. Oraciones por la conversión de los pecadores, por los enfermos, etc.—8. La pequeña comida. En el patio. Asistencia. De nuevo en el taller. El santo Rosario.—9. Lectura sobre las *Verdades Eternas*. Consideraciones sobre el infierno y el cielo. Exageraciones corregidas. Cantos de alabanza. Oraciones por los difuntos.—10. La merienda.—11. Visita a Jesús Sacramentado. Fin de la jornada. A la iglesia para rezar el *Angelus* y leer la meditación.—12. Vuelta a casa.—13. Las *siete Avemarías* a la Virgen Dolorosa al ir a dormir.—14. El cielo está tachonado de estrellas.

1. La recomendación de Don Bosco a las dos amigas, María y Petronila, de hacer lo posible por impedir todo pecado no podía caer en corazones mejor dispuestos a recibirla y practicarla, como puede deducirse del tenor de vida que llevaban, y que conocemos por lo que hemos oído decir a Madre Petronila, a varias ex alumnas y por las declaraciones juradas.

Petronila dormía con las cuatro niñas internas —llamamos así a las cuatro niñas recogidas en la pobre casa— para asistirles, mientras María, siempre delicada, iba a dormir a su casa. Petronila, por la mañana temprano, acompañaba a las niñas a la iglesia para rezar las oraciones del buen cristiano, para oír la Santa Misa y recibir la Sagrada Comuni3n. Se les unían otras muchas jovencitas del pueblo. Cada una rezaba por cuenta propia, en silencio.

Una ex alumna declaró: «Sé que María comulgaba todos los días y muchas veces la vi yo misma. En la iglesia tenía un

profundísimo recogimiento y una actitud tan modesta y religiosa que servía de edificación a quien la observaba. No recuerdo haber advertido en ella ningún defecto; por el contrario, viendo su fervor y el de su compañera Petronila, oyendo sus exhortaciones, decía a mis compañeras que las dos llegarían a ser santas» (1).

Terminada la Misa y las oraciones se iban al taller y María distribuía el trabajo preparado la noche anterior por ella misma o por Petronila. Entretanto, iban llegando las alumnas, algunas de las cuales llevaban su trabajo y María les enseñaba cómo debían hacerlo.

2. Entre ella y Petronila no había superioridad: eran dos compañeras, dos amigas, como dos hermanas que se querían mucho y se pedían y se daban los permisos mutuamente:

—Voy... hago...

—Vete... hazlo...; y lo que una quería, lo quería también la otra.

María, más inteligente para discurrir y pronta para realizar, hacía de superiora, pero sin tener el título ni darse importancia.

3. En los diversos cambios de lugar que sufrió el taller, las dos amigas tuvieron siempre el cuidado de poner en la habitación de costura el Crucifijo y una imagen de la Virgen, imitando así, sin saberlo, a Don Bosco, que en su primer taller colocó el Crucifijo y una imagen de María Santísima (2).

Para acostumbrar a las niñas a la buena educación y a la piedad, al entrar cada una debía saludar diciendo: «Buenos días. ¡Sea alabado Jesucristo!» Y se arrodillaba ante la imagen de la Santísima Virgen, hacía la señal de la Cruz, rezaba el Avemaría y decía: «Os doy mi corazón, Madre de mi Jesús, Madre de amor».

(1) Proc. Ap., p. 27.

(2) LEMOVNE, *ob. cit.*, vol. IV, p. 660.

Esta invocación ha quedado como una costumbre entre las Hijas de María Auxiliadora, que cada mañana con sus alumnas la rezan o la cantan antes de salir de la iglesia.

Dicha la invocación la niña se santiguaba, iba a su sitio y cada una trabajaba en silencio. María les hacía ofrecer su trabajo al Señor y, de vez en cuando, decía: «Proponeos que cada puntada sea un acto de amor a Dios» (3).

4. El pensamiento de la eternidad que nos infunda tanta luz y valor para hacer bien nuestras acciones, evitar el mal y soportar con paciencia las tribulaciones, era muy familiar en María; y también las máximas de los santos: «Lo que no es eterno no vale nada. ¿Qué valor tiene esto para la eternidad? Hemos sido creados para las cosas eternas», las tenía de continuo en su mente y en sus labios para recordárselas a las niñas y, más tarde, a las religiosas.

Cada vez que el reloj daba la hora hacía rezar a las chicas el *Avemaría* y decía: «Pasa una hora más en mi vida, me encomiendo a Vos, Virgen María», o también: «Una hora menos en este mundo y una hora más cerca del cielo». «Una hora más de que dar cuenta a Dios» (4).

5. La Santa temía tanto que las niñas ofendieran al Señor al hablar que exigía perfecto silencio. Si alguna tenía necesidad de decir o preguntar algo a una compañera próxima, quería que hablase en voz alta, para que todos la oyesen y decía: «Si son cosas que pueden decirse en voz alta, decidlas; de lo contrario, callad, porque hablando bajito hacéis sospechar que murmuráis o decís algo que no está bien; yo quiero oírlo todo» (5).

Las chicas, aunque les costara, observaban el silencio y se acostumbraban a no decir nada en voz baja. Al principio

(3) Proc. Ap., p. 38.

(4) Proc. Ord., p. 113. Santa Teresa en su autobiografía —cap. 40, núm. 20— escribe: «Al oír dar la hora me estremezco de alegría, porque me queda una hora menos de vida y me acerco más al momento de ir a ver a Dios». Santa María Mazzarello había leído la vida de la Santa, ¿qué tiene de particular que de ella tomase sus palabras?

(5) Proc. Ord., p. 269.

alguna faltaba a lo ordenado y María, al darse cuenta, le obligaba a repetir en voz alta lo que había dicho bajito, para que todas lo oyesen.

6. A la hora convenida las internas y también las dos amigas desayunaban, pero éstas tomaban generalmente un poco de pan y de polenta fría o caliente, del día anterior. Se alimentaban tan parcamente que, muchas veces, tuvo que decirles Don Pestarino que no tomaban lo suficiente y les recomendaba comer más.

Hacían su escaso desayuno sin interrumpir el trabajo y en silencio; si tenían que dar alguna orden o explicación lo hacían con pocas palabras y siempre en voz baja.

7. Después de media hora de silencio riguroso, María leía en voz alta la meditación o hablaba de la Virgen proponiéndola como ejemplo, especialmente por su pureza, y daba algún buen consejo; después entonaba alguna alabanza, a la que todas se unían alegremente (6).

Al dispensar el silencio, prohibía absolutamente comentar las habladurías que corrían por el pueblo y referir noticias del mundo poco edificantes, amenazando con poner de rodillas a quien lo hiciera (7).

No quería que se hablase del prójimo sino para bien (8).

Muchas veces, mientras todas estábamos trabajando, rezábamos a modo de rosario un *Pater, Ave y Gloria*, repitiendo diez veces la jaculatoria: *Virgen María, Madre de Jesús, hacednos santas»* (9).

Hacía rezar además una *Salve Regina* por la conversión de los pecadores, por los enfermos, por los agonizantes, por todos; así una ex alumna dijo: «Nos hacía rezar y observar el silencio como si fuésemos monjas» (10).

(6) Proc. Ap., p. 29; Proc. Ord., p. 169.

(7) Proc. Ord., pp. 169 y 38.

(8) Proc. Ap., p. 228.

(9) La S. Penitencia, el 25 de marzo de 1935, concedió trescientos días de indulgencia a esta jaculatoria.

(10) Proc. Ord., p. 38.

Y otra: «Nos enseñaba a coser, pero, sobre todo, a rezar» (11).

8. Después de las diez las niñas iban a casa a comer, excepto las dos del comerciante y María Grosso y María Gastaldi, a las que, como hemos dicho, su familia les mandaba lo necesario.

También María y Petronila iban a su casa, pero se turnaban para que no faltase nunca la asistencia en el taller.

Antes de medio día volvían las chicas y bajaban al patiocillo para divertirse. María y Petronila también bajaban algunas veces, otras, por el contrario, se limitaban a asistirles desde las ventanas del taller que dan al patio y que están a poca altura del suelo. Entre tanto preparaban el trabajo para distribuirlo en cuanto entrasen. Algunas veces confiaban la asistencia a una de las jóvenes más buenas y juiciosas.

«Pero —afirmó una ex alumna— María aparecía muchas veces inesperadamente en medio de las jóvenes y, mostrando que casi sabía de lo que se hablaba, les hacía manifestar lo que habían dicho.»

A medio día las jóvenes volvían a entrar en el taller y a la hora señalada, sin dejar el trabajo, rezaban el Rosario.

9. Después María hacía un poco de lectura espiritual, leyendo la vida de Santa Teresa de Jesús o de cualquier otro Santo; pero ordinariamente leía las *Máximas eternas*, de San Alfonso María de Liguori, y las explicaba, y como tenía tanto miedo al infierno lo hacía tan al vivo que muchas veces las chicas se asustaban. La piadosa joven aprovechaba la ocasión para inculcarles la fuga del pecado y el propósito de practicar la virtud.

Las chicas miraban el pecado con verdadero y santo horror. Así Angela de Negri, que vistió después el hábito de las Hijas de María Auxiliadora y fue una del primer grupo de misioneras que fue a América del Sur y murió en Villa Colón el 13 de

(11) Proc. Ap., p. 38.

diciembre de 1881, dejando entre las Hermanas una cierta convicción de que se había presentado ante el Divino Esposo con la blanca vestidura de la inocencia bautismal (12), y algunas, ingenuamente, por temor al infierno, expresaban el deseo de morir aun siendo niñas.

«Un día —refirió Madre Petronila—, una chica, oyendo a María hablar del infierno, exclamó: “¡Oh, si mi madre me hubiese dejado morir cuando era pequeñita, estaría ya en el cielo; por el contrario, estoy siempre en peligro de ir al infierno!”»

Esta muchacha fue después Hermana, una de las más virtuosas, y murió en América como un ángel (13).

La joven de la que habla Madre Petronila es Sor Virginia Magone, que murió santamente el 25 de septiembre de 1880, en Villa Colón, después de ocho años de vida religiosa (14), como diremos más adelante.

María corregía las exageraciones recordando bien los méritos que podemos conseguir, bien la bondad de Dios al salvar a los que en El confían, le rezan y le sirven.

Aprovechaba también la ocasión para recordar el deber del agradecimiento a Dios por habernos hecho nacer en la verdadera religión y recomendaba amar al Señor con todas las fuerzas.

Más que del infierno hablaba, con toda precisión, del cielo, describiendo sus bellezas y alegrías, animando a las jóvenes a ser buenas, a evitar el mal y cumplir bien todos sus deberes para merecerlo. Después, con energía, entonaba una alabanza que transcribimos tal como la conservó una ex alumna:

Santa Virgen María
yo te pido, por piedad,
que adornes el alma mía
de dulzura y de bondad.

(12) Véase *Cenni Biografici delle Figlie di Maria Ausibatrice*, muertas en el primer decenio del Instituto, p. 57.

(13) Proc. Ord., p. 161.

(14) Véase MACCONO: *Suor Virginia Magone*, primera misionera de las Hijas de María Auxiliadora llamada a la eternidad.

Soy pequeña en este mundo
no sé vivir por mí,
por eso no te oculto
que necesito de Ti.

Por tanto, a Ti me encomiendo
y mi corazón te entrego,
quiero que lo guardes siempre
hasta que te vea en el cielo.

Hablaba también a las chicas del purgatorio, animándolas a rezar por los difuntos.

La ex alumna Catalina Mazzarello declaró: «Nos exhortaba a sufragar a las almas del purgatorio pidiendo por ellas, en especial cuando un difunto estaba de cuerpo presente. Nos hablaba con frecuencia de los sufrimientos de las almas del purgatorio y nos animaba a pedir también por los difuntos que habían muerto hacía mucho tiempo, porque añadía: "No conocemos la justicia de Dios"» (15).

10. A las cuatro de la tarde se merendaba. En este tiempo se permitía hacer un poco de recreo, charlando en la habitación o paseando por el corredor, pero sin bajar al patio. Si alguna no quería dejar el trabajo, porque le urgía terminarlo, podía continuar. Con frecuencia entonaban cantos religiosos y María permitía, a la que lo deseara, ir a hacer una breve visita al Santísimo Sacramento. Aún más, las invitaba y, hablando de Jesús Sacramentado, decía muchas veces: «¡Oh, si pudiera estar siempre cerca de El! ¡Ojalá se me permitiera trabajar en el último banco de la iglesia para hacer compañía a Jesús y no dejarlo nunca solo! ¿Queréis que lo visitemos juntas?» (16). Y todas íbamos.

Después se reanudaba el trabajo y continuábamos mientras se veía, porque no se usaba luz artificial.

(15) Proc. Ap., p. 229.

(16) Proc. Ord., p. 162.

11. Al terminar la jornada casi todas íbamos a la iglesia para unirnos al pueblo en el rezo del *Angelus* y a la lectura de la meditación, que Don Pestarino hacía por el libro *El alma devota de la Santísima Eucaristía*, del sacerdote G. D. Pagani.

Además, antes o después, cantábamos la estrofa siguiente que conservó una ex alumna que frecuentaba el taller:

¡Ave María, Virgen Santa y pura,
Mensajera de gracia y de perdón.
Ahora os saludo con la campana,
a la hora de vísperas, con música y flor!

12. Terminadas las oraciones cada una se iba a su casa. Petronila con sus internas (llamamos así a las cuatro recogidas en la pobre casa) volvía al taller, cenaba algo con ellas y lo ordenaba todo.

Algunas veces entraba también María para ayudarle a preparar el trabajo del día siguiente.

13. Terminado el trabajo, María se iba a su casa y Petronila, después de cenar, se iba a dormir con las internas a casa Bodratto.

Pero antes les hacía arrodillarse al pie de la cama para rezar las siete *Avemarías* en honor de los siete dolores de la Santísima Virgen.

Es muy probable que Don Pestarino, por propia iniciativa, o de acuerdo con Don Bosco, sugiriese esta devoción, ya que tanto el uno como el otro eran devotísimos de la Dolorosa. En efecto, don Pestarino había promovido esta devoción cuando aún era prefecto del Seminario de Génova; le había dedicado la capilla de la casa de sus padres y en ella celebraba algunas funciones (17). Y Don Bosco en 1843 imprimió el folleto *Los siete dolores de María con breves consideraciones sobre los mismos, expuestos en forma de "Vía Crucis"* (18). En cuanto tuvo jóvenes internos ordenó que cada noche, al irse a la cama, rezasen siete *Avemarías* en honor de la Dolorosa.

(17) MACCONO: *L'Apostolo di Mornese*, 1.^a parte, caps. V y VI.

(18) LEMOYNE, *ob. cit.*, vol. II, cap. 21.

14. Con frecuencia, María, por la tarde, al salir de la iglesia con las niñas, las invitaba a contemplar el cielo estrellado y repetía su canto preferido:

¡El cielo está lleno de estrellas,
quién sabe cuándo iremos a ver
tantas cosas dulces y bellas!

La jornada, santamente comenzada en el Señor, se terminaba también santamente, y diremos más, con delicadeza espiritual.

CAPÍTULO XIII

La vida en taller

1. Cambios de horario.—2. Enseñanza profesional. Las clientes satisfechas del trabajo y del precio.—3. Para el decoro de la iglesia.—4. No se permitía llegar tarde. Reprensión a una joven.—5. Vigilancia dentro y fuera del taller. Correcciones.—6. Recomendaciones sobre la frecuencia de Sacramentos y novenas. Normas para confesarse.—7. Recomendaciones sobre la modestia cristiana y progresos morales de las jóvenes.—8. Castigo de la mentira. María se hace amar y temer. Despedida de la que no quiere corregirse.—9. Después de la reprensión se nos quiere como antes.—10. Reuniones en la sacristía.—11. Con las clientes.

1. El horario referido en el capítulo anterior sufrió, como es fácil suponer, varias modificaciones, según lo exigía la necesidad o la conveniencia. Así sucedió una temporada en que las jóvenes, en lugar de ir a casa después de las diez, iban a mediodía. Entonces María les recomendaba que entraran en la iglesia a saludar a Jesús Sacramentado y rezar al menos un *Avemaría* (1).

Si en lo esencial el horario varió poco respecto a la entrada y a la salida, en el aspecto moral, espiritual y profesional, el reglamento del taller se perfeccionó cada vez más.

2. «Además —nos escribió la señora Angelina Pestarino, que frecuentó desde el principio el taller—, María estaba a la mesa para cortar y preparar el trabajo, o bien, para estar más libre, en una habitación aparte, dejando a Petronila el cuidado de las chicas y de la distribución y ejecución de los trabajos encomendados.» Y recuerda que Petronila era muy exigente en

(1) Proc. Ap., p. 38.

la observancia del silencio en el tiempo mandado y no toleraba que se dijese ni una sola palabra.

Las dos amigas enseñaban con toda sencillez y paciencia cómo debían hacer los trabajos, y estaban siempre dispuestas a explicar todo lo que les consultaban; pero exigían que cada joven trabajase con atención y diligencia, y no perdiera ni un minuto de tiempo. Después María examinaba los trabajos realizados, y si veía que no estaban bien, los hacía volver hacer (2).

Las chicas sabían que no era fácil de contentar, y que cuando decía: «El trabajo no está bien hecho, hazlo de nuevo», no había lagrimitas ni llantos que valieran, era necesario someterse, por más que el amor propio se resistiese o el fastidio llevase al cansancio. Por esto ponían gran interés en ejecutar bien sus trabajos y hacían verdaderos progresos.

«Si sobraba algún retal de tela después de terminar la labor encomendada, María lo unía a la misma para entregar todo a su dueña; y quería que se devolviese a cada cliente aun las más pequeñas sobras de paño, telas, hilos, etc., que hubiese llevado al taller para su encargo (3), y decía: “Si nos lo quedamos, el diablo hará con ello una bandera”» (4).

«Era muy moderada en los precios» y así como ninguna cliente se quejó jamás de su trabajo, así tampoco «ninguna se lamentó nunca del precio» (5).

3. Procuraba mucho el decoro de la iglesia y, declara una ex alumna, «trataba con todo respeto los ornamentos sagrados; lavaba los manteles y demás ropa blanca de la iglesia y hacía que las niñas barriesen la parroquia, ayudando también ella, como varias veces lo vi yo misma» (6).

Lo mismo afirman otras ex alumnas:

(2) Proc. Ap., p. 280.

(3) Proc. Ap., p. 280.

(4) Proc. Ap., p. 292.

(5) Proc. Ap., pp. 280 y 282.

(6) Proc. Ap., pp. 138 y 142.

«Tenía una gran devoción al Santísimo Sacramento; recomendaba a las niñas estar ante El en la iglesia con toda compostura, porque —decía— allí estaba presente Jesús vivo y verdadero como en el cielo» (7).

«Con motivo de las cuarenta horas, ella y Petronila permanecían largo tiempo en la iglesia en adoración, siempre de rodillas, procurando que también las niñas estuvieran muy recogidas» (8).

«Tenía gran devoción a la Virgen y recuerdo que la fiesta de la Dolorosa la hacía preceder de la novena, y oí decir que la noche anterior al Viernes Santo la pasaba en vela, para honrar de manera especial a la Virgen de los Dolores» (9).

4. Si alguna joven llegaba tarde al taller, tenía que decirle el motivo; si después de cierto tiempo alguna no había llegado todavía, María mandaba a una de las más juiciosas a avisar a sus padres.

Un día comunicó a una familia que su hija (sobre la que tenía cierta sospecha) no había ido al taller. Los padres dijeron que la habían mandado. En efecto, poco después llega la joven, pero María, en cuanto la ve, se levanta y en tono serio le dice: «¿Dónde has estado?»

La joven busca excusas, pero María dice: «No, no es así; te leo la mentira en la frente; has estado en la casa donde sabes que no quiero que vayas, y ¿te atreves a mentirme? ¡Ay de ti si vuelves otra vez!»

Pero después, cambiando de tono, le hizo comprender el peligro a que se exponía yendo a aquella casa donde había chicos y lo mal que había obrado mintiendo; le hizo prometer que no repetiría nunca más tal falta, y encargó secretamente a una de toda confianza que la vigilase con prudencia, y ella misma procuraba observarla.

(7) Proc. Ap., p. 138.

(8) Proc. Ap., p. 138.

(9) Proc. Ap., p. 142.

5. Una ex alumna del taller declaró: «María vigilaba mucho a las jóvenes, especialmente a las más ligerillas; me mandaba a preguntar a sus madres a qué hora habían llegado a casa para saber si se habían detenido por la calle. Cuando estaban en el recreo me mandaba para ver a qué jugaban o qué decían» (10).

Y otra: «En la dirección de sus hijitas, la Sierva de Dios usaba gran caridad y dulzura, pero también mucha firmeza, pretendiendo que renunciase a su propia voluntad. Quería también que no conversaran ni bailasen con personas de otro sexo; quería que no fueran vanidosas en el vestir y fuesen modestas en las miradas y en el trato».

6. Aconsejaba a todas la frecuencia de Sacramentos y les decía que los recibiesen, al menos una vez al mes. Los sábados y las vigiliass de la fiesta de la Virgen exhortaba a las que ya habían hecho su primera Comunión a confesarse y comulgar al día siguiente con fe y humildad (11).

Además, como declaró otra ex alumna, «reunía a todas las chicas que podía, que ya hubiesen hecho su primera Comunión y las animaba a recibir los santos Sacramentos todos los primeros jueves de mes» (12), porque este día, en la parroquia de Mornese, como hemos dicho, se daba la bendición con el Santísimo.

Ponía especial interés en prepararlas a las fiestas, especialmente de la Virgen; quería que hiciesen bien las novenas, sobre todo la de la Inmaculada, y les aconsejaba hacer cada día algún acto especial de piedad, el más frecuente era rezar siete *Avemarías*.

Les enseñaba a confesarse bien, les exhortaba a invocar al Espíritu Santo y a encomendarse al Angel de la Guarda, antes de hacer el examen. Les sugería que pidiesen permiso al confesor para comulgar con más frecuencia, inclusive todos los días de la novena.

(10) Proc. Ord., p. 104.

(11) Proc. Ap., p. 138.

(12) Proc. Ord., p. 112.

7. Hablaba de cómo vencer las tentaciones, recomendaba que fueran muy diligentes en rechazarlas, especialmente las que iban contra la pureza, del mismo modo que sacudimos rápidamente de nuestros vestidos las cenizas aún calientes (13).

Insistía en que no se detuvieran por la calle, en el deber de ser modestas, de huir de la vanidad, de aborrecer el pecado y mortificar los sentidos, y en todo les servía de ejemplo, especialmente en la modestia.

Declaró una ex alumna: «Puedo afirmar que la castidad era su virtud predilecta; nunca vi en ella nada que pudiese empañar, ni aún de lejos, esta virtud. En su porte, en su vestir, en sus palabras, se manifestaba siempre modesta y recomendaba mucho a las niñas esta virtud. En su oficio de modista insistía con las madres para que obligasen a sus hijas a llevar vestidos modestos. Si sabía que alguna joven era vanidosa, la corregía y pedía a su madre que la apartase de la vanidad. A mí misma, cuando iba a aprender a coser, me aconsejaba que no me detuviera por la calle y que mortificase especialmente la vista» (14).

Y otra: «Exigía que las jóvenes de su taller vistiesen modestamente, con el cuello y los brazos cubiertos; inculcaba con frecuencia la humildad, recordando el ejemplo de la Virgen» (15).

Y una tercera: «Cuando yo frecuentaba el taller, la Sierva de Dios nos recomendaba que evitáramos las faltas veniales y obedeciésemos a nuestros padres, para que pudiéramos ir al cielo» (16).

Madre Petronila decía: «Inculcaba también la devoción y respeto al Angel de la Guarda, explicando cómo estaba siempre junto a ellas y veía todas sus acciones».

En estas recomendaciones ponía toda su alma y las palabras le salían del corazón tan vivas y entusiastas, que las jóvenes quedaban santamente impresionadas y movidas a

(13) Proc. Ap., p. 320.

(14) Proc. Ord., p. 331.

(15) Proc. Ap., p. 320.

(16) Proc. Ap., p. 122.

practicarlas. Eran obedientes en casa, diligentes en el trabajo, modestas por la calle, más fervorosas en la iglesia, y algunas de ellas se abstendían de ir a la plaza, donde iban todas a ver a los saltimbanquis.

8. Quería que las chicas fueran sinceras, y ¡ay, si descubría que alguna le había dicho una mentira! Era indulgente y perdonaba con facilidad los descuidos, equivocaciones, errores, pero no podía tolerar la falta de sinceridad, y era severísima con quien había mentido.

Un día mandó a una joven a recoger fruta, advirtiéndole que, para mortificarse, ni siquiera la probara. Al volver, le preguntó:

—¿Te has mortificado o has comido?

Aquella enrojeció, pero respondió abiertamente:

—No la he probado.

—¿Cómo? ¿Te atreves a decirme que no has comido, cuando te he visto comer mientras la cogías? No me digas nunca más una cosa por otra; uno de los mayores disgustos que puedes darme es decirme una mentira.

Y la jovencita, llorando, prometió corregirse.

Madre Petronila declaró: «Tenía gran horror a la mentira y la castigaba; encargaba además a otras jóvenes más juiciosas que cuidasen a las más irreflexivas, y a la severidad unía la dulzura; de aquí que las jóvenes la amaban de verdad, con lo cual se hacía amar y temer a la par» (17).

El señor Maglio, de Mornese, atestiguó que María era más querida que Petronila, aunque también a ésta la querían mucho todas las jóvenes (18).

Si alguna chica quería obrar por su cuenta, o bien ir al baile o tratar con personas de otro sexo, era inexorablemente despedida del taller (19).

En cierta ocasión iba al taller una alumna que no daba buen ejemplo. María, después de haber intentado inútilmente

(17) Proc. Ord., p. 98.

(18) Proc. Ap., int. 28.

(19) Proc. Ap., p. 29.

todos los medios para conseguir su enmienda, la despidió y no quiso volver a recibirla.

La joven frecuentó después la escuela, se hizo maestra, pero tuvo una conducta poco digna. Murió joven y sólo en el último momento volvió sinceramente a Dios. ¿Quién sabe haya sido por los primeros gérmenes de bien recibidos en el pequeño taller?

9. En general, no eran necesarios los castigos: las jóvenes correspondían y querían bien a las dos amigas, porque se sentían amadas y ayudadas por ellas.

Hemos oído decir a una de aquellas antiguas alumnas: «María nos reprendía si lo merecíamos, pero después de la reprensión y de habernos hecho comprender el mal cometido, nos quería como antes, y no conservaba algún resentimiento; no lo recordaba más y nos trataba como si nada hubiera sucedido. Estaba siempre de igual humor. No recordamos haberla visto nunca enfadada ni airada, aunque nosotras, las jóvenes, le diésemos motivos para ello» (20).

10. «De vez en cuando María reunía a sus hijas en la sacristía de la iglesia-oratorio de Mornese y muchas veces participaban en esta reunión la maestra Angela Maccagno y Don Pestarino, que daba a todas una breve charla. La Sierva de Dios, antes de salir, nos hacía rezar a todas la consagración a la Inmaculada» (21).

Como cada chica debía llegar a tiempo al taller, del mismo modo ninguna podía salir antes de la hora fijada sin haber expuesto el motivo y obtenido el permiso.

11. «Cuando las madres acompañaban a sus hijas al taller o entraban a pedir informes a María, ella les recomendaba con insistencia la cuenta que tenía que dar a Dios si no cuidaban y educaban bien a sus hijos» (22).

(20) Proc. Ap., p. 220.

(21) Proc. Ap., p. 30.

(22) Declaración de Madre Petronila. Proc. Ord., p. 161.

Cuando iban a recoger el trabajo realizado, algunas veces, las entretenía un poco y les decía:

—Id a hacer una visita al Amo y en seguida os atenderé.

Y algunas contestaba:

—¿El amo...?, pero yo no tengo amo; nosotras trabajamos en lo nuestro.

—Sin embargo, ¡también vosotras tenéis Amo!

—Pero, ¡qué amo!, nosotras estamos en nuestras casas y trabajamos en nuestras viñas.

—Y, no obstante, os digo...

—Tú bromeas. ¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Y bien, id a la iglesia y allí encontraréis al Amo, no sólo de vuestra casa y de vuestras viñas, sino de todo el mundo.

Entonces comprendían de qué Amo les hablaba, iban a la iglesia y, al volver, María les daba las gracias y las dejaba contentas.

Tenía un esmero especial en no despedir a nadie sin un buen pensamiento que la llevase al recuerdo de Dios, del alma y de la eternidad; y así se hacía verdaderamente toda para todos y a todos hacía el bien.

CAPÍTULO XIV

El oratorio festivo

(1863)

1. Deseo del bien.—2. Se empieza el oratorio festivo.—3. Diversiones en casa. Contra la vanidad.—4. Da buen ejemplo.—5. Exhortación a la frecuencia de Sacramentos.—6. Paciencia con las oratorianas.—7. Cómo se hacía el oratorio en los primeros tiempos.—8. A San Silvestre. Los cantos.—9. Vuelta a la iglesia para el Catecismo y las funciones de la tarde. Regreso a casa.—10. Práctica de los Seis Domingos en honor de San Luis.—11. El Jardín de María.—12. En el mes de mayo. Los ayunos de la Iglesia.—13. Jaculatorias más usadas.—14. Los bailes de carnaval.—15. Descontento de los jóvenes. Constancia, prudencia y fortaleza de la Santa.—16. Dos bailarines en el oratorio. Otros dos jóvenes expulsados.

1. «María amaba ardientemente a las niñas y deseaba hacerlas bien no sólo a las que iban con ella para aprender a coser, sino a todas las del pueblo y, por eso, iba a la iglesia todos los domingos a explicar el Catecismo» (1).

Una antigua alumna declaró: «Preguntaba especialmente a las niñas más pequeñas sobre los misterios de la fe y alababa a las que lo sabían. Recomendaba a todas la frecuencia del Catecismo y nos hacía rezar algunas veces por aquellos que, bien por la lejanía de la iglesia o por mala voluntad, no participaban en las funciones» (2).

En su celo habría querido hacer el bien a todas las chicas del mundo.

2. Pero ahora María tenía una gran preocupación y un día habló de ella con su amiga, diciendo:

(1) Proc. Ap., p. 12.

(2) Proc. Ap., p. 137.

—Nosotras asistimos a las niñas los domingos en la iglesia y les damos el Catecismo, todo cosa buena. Pero después de la catequesis y de las sagradas funciones, ¿adónde van las chicas? y ¿qué hacen? Están demasiado abandonadas a sí mismas y en peligro de ofender a Dios, lo que no me deja tranquila. Si te acuerdas, cuando alquilamos la habitación de Domingo Macagno, yo tuve cierto presentimiento de que el patiecillo nos vendría bien y por eso le pregunté si podían bajar las chicas a divertirse tanto en los días de trabajo como en los festivos y él me respondió que sí, porque no lo necesitaba. Ahora bien, si los días de fiesta las reuniéramos en nuestro taller y las llevásemos a divertirse al patio, las tendríamos siempre con nosotras y las preservaríamos de los peligros. ¿Qué te parece?

—Me parece bien y, si quieres, hazlo que yo te ayudaré, pero antes es necesario consultar a Don Pestarino.

—Yo le hablaré.

Don Pestarino escuchó y aprobó la propuesta de María.

Esta invitó a las jóvenes que iban a aprender a coser a ir el próximo domingo a hacer con ella y con Petronila los Seis Domingos en honor de San Luis Gonzaga, piadosa práctica que el santo sacerdote había introducido entre las Hijas de la Inmaculada.

Las jóvenes correspondieron (1863).

María y Petronila, al terminar esta práctica, las llevaron a dar un breve paseo y después a jugar en el patio. Antes de despedirlas, las animaron a llevar también el domingo siguiente a sus hermanas, vecinas y parientes.

Las jóvenes prometieron hacerlo y, el domingo siguiente, acudieron en mayor número. Después de jugar, reír y cantar toda la tarde, volvieron a sus casas alegres y serenas, esperando que llegase el domingo siguiente para volver a correr y a divertirse en compañía de las dos modistas, llevando siempre nuevas compañeras.

Nació así una especie de *oratorio festivo*, si bien las dos amigas no usaron nunca tal palabra, ni la de *oratorianas*, que, probablemente, no las habían oído pronunciar antes de cono-

cer a Don Bosco y las aprendieron de él; si nosotras las usamos es sólo para mayor facilidad al escribir.

3. En poco tiempo el patio de Domingo Maccagno se convirtió en un vivero de muchachas de todas las edades, que corrían, saltaban, cantaban y se divertían alegremente, lejos de los peligros del mundo. Jugaban a la gallina ciega, al corro, a correr unas tras otras, etc.

María era el alma de todo: inventaba cada vez juegos nuevos para divertir las; encontraba siempre otros medios para tenerlas felices y contentas. Con maneras delicadas y afables las atraía a sí, las entretenía con cualquier broma o con la narración de algún hecho edificante; se ganaba su corazón, las animaba al bien, las hacía alguna corrección y les daba un buen consejo.

Todas sus fatigas, esfuerzos y sacrificios se dirigían a eso: impedir aunque sólo fuera un pecado venial y hacer mejores a las niñas. Vigilaba para que ninguna dijese palabras o realizase actos inconvenientes y, conociendo la inclinación de las jóvenes a la vanidad y el deseo de sobresalir, no dejaba de aconsejarlas en sentido contrario.

«Atentas que el demonio se apodera de las vanidosas. Se empieza poco a poco, pero después... Se sabe dónde se comienza, pero no dónde se va a terminar. ¿Creéis que se necesita mucho para llegar a la vanidad? No, basta sólo el apego excesivo a un adorno. Procuremos comparecer hermosas ante Dios...», y seguía hablando de la excelencia de la pureza, demostrando los peligros a que se expone una joven vanidosa y presumida, y volvía a recomendarles huir de la vanidad, preservarse de las malas compañías, no detenerse por la calle, alejarse de los peligros, frecuentar los Sacramentos, y terminaba proponiendo el ejemplo de San Luis Gonzaga y, especialmente, el de la Santísima Virgen, inculcándoles su devoción.

4. Pero todas las alumnas están de acuerdo en decir que no hacía recomendación alguna sin ofrecer en sí misma un modelo que imitar, especialmente con su porte modesto.

Por esto una declaró: «Tenía gran amor a la pureza y nos animaba a vivir castas, y nos exhortaba con los ejemplos de la Virgen... Se mostraba alegre con todos, pero siempre modesta en las palabras, en los hechos y en su porte» (3).

Además insistía en que tuviésemos siempre el corazón desprendido del mundo y de todo, y decía: «No os apeguéis ni siquiera al libro de piedad, ni a una estampa, sino sólo a Dios, porque sólo Dios puede llenarnos plenamente».

5. Recordaba también el consejo de Don Pestarino: «Para ir a comulgar no es necesario vestirse siempre de fieta, bastan los vestidos de diario limpios y ordenados. No es cierto que se muestre más respeto a la Sagrada Comunión recibéndola de tarde en tarde: conviene hacerlo con frecuencia, y vosotras comulgad a menudo, aunque todos se rieran por detrás y os llamasen cabezas locas».

Además de la Comunión sacramental recomendaba también hacer con frecuencia comuniones espirituales durante el día (4).

En las procesiones daba la preferencia a las que llevaban vestidos más modestos.

6. Tenía mucha paciencia con las jóvenes; no le importaba ni ruidos, ni gritos, ni bullicio con tal de que no hubiera peligro para el alma o para el cuerpo, pero si en algo le parecía ver ofensa de Dios, afirman todas sus ex alumnas, era decidida y firme en impedirlo.

«Si merecíamos una reprensión —nos decía una de ellas— no dejaba de hacérsola, y en especial se mostraba enérgica con las que se había dado cuenta que no eran sinceras en sus palabras; pero había sabido ganarse de tal modo nuestro afecto que cualquier cosa que nos hubiera pedido la habríamos hecho.»

(3) Proc. Ord., p. 334.

(4) Proc. Ord., p. 17.

Ciertamente, las jóvenes la amaban y la obedecían: se abstendrían de ir a lugares y diversiones peligrosas, frecuentaban los Sacramentos y no se las veía dar vueltas por las calles.

7. Al principio no se observaba ninguna norma fija en el oratorio; el patiecillo era el lugar de reunión al que podían ir todas las chicas.

El domingo se celebraban dos Misas en la parroquia: una temprano y otra, la Misa mayor, hacia las diez. Las jóvenes participaban en ésta y eran asistidas por las dos amigas.

En los comienzos del oratorio, terminadas las funciones sagradas, se iban todas a su casa. Pero María llevaba a las que podían y querían ir a un bosquecillo de acacias próximo a la iglesia y les hacía un poco de lectura, les refería un hecho edificante y les daba algún buen consejo (5).

Más tarde, mientras las jóvenes que vivían en el pueblo seguían la costumbre de ir a sus casas, algunas de las alquerías, o que vivían un poco lejos, se quedaban en casa de Angela Maccagno, especialmente cuando hacía mal tiempo y habrían tenido que recorrer caminos fangosos y molestísimos. Naturalmente, se llevaban su merienda y en casa de Angela se entretenían en juegos y alegres conversaciones asistidas por las dos amigas y la maestra Maccagno.

María dejaba que todas se divirtieran a sus anchas, según los varios gustos, con tal que no se hicieran daño ni cometiesen pecados.

8. Pero el pobre patiecillo vino a ser bien pronto demasiado pequeño. ¡Imaginaos! ¡Una extensión cuadrada de seis metros de largo! Y desde la puerta de entrada al patiecillo, un pórtico de cinco metros de largo por 2,40 de ancho; entre todo, una extensión de 48 metros cuadrados.

Las pequeñas tienen necesidad de saltar, correr, gritar, de esconderse, de hacerse buscar, de descubrir a la que se busca y de correr como el viento para no dejarse coger. ¿Cómo es posible todo este movimiento en un lugar tan reducido?

(5) Proc. Ap., p. 30.

Y después están las mayores, a quienes el ímpetu del juego les impele a empujar a las pequeñas, y éstas a protestar y llorar por alguna caída poco rara... Es necesario poner remedio.

Se dice muy pronto, pero los muros, aunque se les empuje..., no se mueven. Es una desolación.

Pero dejemos hacer a María, que ella sabrá bien *arreglárse-las*, como dicen los piemonteses. Un domingo, antes de despedir a las muchachas, manda callar y dice: «El taller es pequeño, el patio es pequeño, pero... el mundo es grande, y el domingo iremos a jugar al campo».

Y he aquí todo aquel pequeño mundo inquieto estallar en gritos de alegría.

El domingo por la tarde todas las chicas van al patiecillo con la viva curiosidad de ir a jugar quién sabe dónde.

María dice: «Ahora hagamos una visita a la iglesia y después, por el gran camino que va a Montaldeo, iremos a San Silvestre».

Una capilla distante unos veinte minutos del camino, fuera del pueblo, que se cree fue en un tiempo la antigua iglesia parroquial, hoy ya destruida.

Desde aquel día, si el tiempo lo permitía, todos los domingos y fiestas de precepto, las chicas, después de comer, se reunían en la iglesia para hacer una visita a Jesús Sacramentado y una oración ante el cuadro de San Luis; después las acompañaban a San Silvestre.

Las muchachas por el camino iban en grupos, jugaban a cogerse, como suelen hacer cuando van muchas juntas. María y Petronila estaban entre ellas, para que no sucediese algún inconveniente.

«A veces, al ir, rezábamos el rosario —declara una oratoriana— y, llegadas a San Silvestre, María nos hacía rezar cinco *Pater, Ave y Gloria*, según las intenciones del Sumo Pontífice» (6).

«Llegadas a San Silvestre —dijeron otras que también tomaban parte en aquellos paseos—, María nos hacía rezar

(6) Proc. Ap., p. 39.

alguna breve oración al Santo, pero antes y después del paseo nos hacía asistir a las funciones en la iglesia y nos vigilaba para que estuviéramos con devoción» (7).

Hemos oído de las abuelas del pueblo recordar con entusiasmo aquellos tiempos: «Antes de llegar a San Silvestre hay un ameno bosquecillo, y allí —nos decían— ¡cuánto hemos jugado! Una escondía el pañuelo y otras lo buscaban; algunas jugaban con bolitas, otras al escondite, éstas doblaban las ramas de los árboles y hacían columpios; aquéllas, otros juegos, porque María a cada momento inventaba uno nuevo. ¿Y los cantos? ¡Cuántas veces hemos hecho resonar himnos religiosos por estas colinas y viñedos? Pero especialmente nos gustaba cantar uno que decía así:

A la ciudad de los Santos
nosotras un día iremos,
y unidas cantaremos
alabanzas al Señor.

»Y también esta otra:

Pequeñas somos,
mas creceremos;
siempre amaremos
Dios y virtud.

Amada es la patria,
y los parientes;
días felices,
tendremos siempre.

Al que no ama
Dios le abandona,
seamos puros y buenos
en todas horas.

Y en la vida
que seguiremos,
seremos buenos
obrando así.»

(7) Proc. Ord., p. 112.

9. Cuando tocaba la campana para el Catecismo se reunían todas, volvían a emprender el camino e iban a la parroquia para la explicación de la doctrina cristiana, para el canto de vísperas y la bendición con el Santísimo Sacramento.

Terminadas las funciones, en invierno se quedaban todavía un momento en el patio, o si era ya tarde se iban directamente a casa, pero en las demás estaciones, si hacía buen tiempo, volvían a San Silvestre o a otro sitio del campo para reanudar los cantos y juegos «leyendo algo, especialmente de la vida de San Luis, que les gustaba mucho» (8).

Si, por el contrario, estaba lloviendo el domingo y no podían ir a San Silvestre, María y Petronila hacían divertir a las chicas, unas bajo el pórtico y otras en el taller, y procuraban hacer atrayentes sus juegos con algún regalito o alguna fruta (9).

«Recuerdo —declaró una ex oratoriana— que María, una vez, le quitó los pendientes a una niña y se los puso en sus orejas con un hilo. Creo que lo hizo sólo para hacernos reír y, en efecto, reímos todas y también ella» (10).

Sucedía también alguna vez, aunque rara, que María no podía ir al paseo, «pero las chicas no se quedaban solas, porque, además de Petronila, las acompañaba la maestra A. Maccagno» (11), como ésta misma declaró.

10. La práctica de los Seis Domingos de San Luis la hacían con fervor casi todas las muchachas. Por la tarde se reunían ante el cuadro del Santo, rezaban seis *Pater*, *Ave* y *Gloria*, hacían una breve lectura y después iban de paseo a San Silvestre, o bien, a su propia casa. María daba a todas una flor, que debían practicar durante la semana.

Una de aquellas antiguas alumnas nos decía: «Yo desde niña aprendí de María a hacer los Seis Domingos a San Luis y

(8) Declaración de Madre Petronila. Proc. Ord., p. 96.

(9) Proc. Ap., int. 7.

(10) Proc. Ap., int. 24.

(11) Proc. Ap., int. 7.

no los he olvidado nunca, y ¡los hago aún ahora, que tengo ya mis cincuenta y siete años!»

Y otra declaró después: «Mi hermana Catalina tiene ochenta y cuatro años cumplidos y no ha dejado nunca esta práctica» (12).

11. Don Pestarino había invitado varias veces a Mornese al Teólogo Frassinetti, quien había hablado a las *Hijas de la Inmaculada* y les había enseñado a dirigir el *Jardín de María*, según su librito titulado: «*El Jardín de María*» (13).

Esta práctica en honor de la Virgen fue muy pronto introducida en el taller por las dos amigas, más tarde en el oratorio y cada mes se renovaba.

Ponían en una bolsa varios números y hacían que cada chica los sacara por turno. A cada número correspondía en el librito una flor y a la flor una virtud que debían practicar, por ejemplo: al número uno, la *rosa*, que significaba el *amor a Dios*; al número dos, la *violeta*, símbolo de la *humanidad*; al número tres, el *lirio*, símbolo de la *castidad*, etc., como puede verse en el opúsculo antes citado.

Cada niña debía ejercitarse, durante el mes, en la virtud que le había tocado en suerte, pero María algunas veces, viendo que alguna le sería más útil la práctica de otra, le proponía el cambio y usaba todos los cuidados para hacerla comprender el motivo, e inducir la a aceptarlo y a ser fiel a la práctica de la virtud propuesta.

12. De modo especial quería que se santificase el mes de mayo en honor de la Santísima Virgen. Por eso invitaba a las alumnas y oratorianas a encontrarse en el taller el 30 de abril, para sacar la florecilla general del mes y una especial que cada día debía practicar el primer día.

(12) Proc. Ap., art. 42.

(13) El librito de Frassinetti, muy pequeño, ni siquiera diez páginas impresas, pero rico en contenido, merecería ser más conocido y difundido, especialmente entre los que se ocupan de la juventud. El *Jardín* establecido y cultivado, como enseña el librito, hace florecer las virtudes, y los maestros en los Catecismos, en los oratorios festivos, en las escuelas, recogen los frutos más hermosos y abundantes.

Después todas las tardes las reunía para sacar la florecilla que debían practicar el día siguiente. Pero antes de sacarla preguntaba si habían practicado la de ese día; felicitaba a las diligentes y, alguna vez, les daba una estampa u otro pequeño premio; se mostraba disgustada con las poco fervorosas; les hacía entender la pena que le causaba la omisión de una práctica que tanto agradaba a la Virgen, y exhortaba a todas a ser verdaderamente fieles.

Sucedía, tal vez, que alguna joven se quejaba de que la flor que le había tocado era demasiado difícil y, por eso, pedía que se la cambiase. María decía: «No soy yo quien te la ha dado, te la ha mandado la Virgen y por eso debes hacer el sacrificio de practicarla».

«Pero si había motivo suficiente, la cambiaba, como lo hizo un día conmigo», declaró una ex alumna (14).

A las jóvenes del taller también les hacía rezar cada día una breve oración y hacer un poco de silencio en honor de la Virgen (15).

Cuando llegaba el tiempo del ayuno y abstinencia prescritos por la Iglesia, recomendaba observarlos, y las que por edad no estaban aún obligadas, les decía: «Vosotras no estáis aún obligadas, haced al menos una mortificación» (16).

13. Aconsejaba a todas el uso frecuente de las jaculatorias. Las más recomendadas, como nos contaron algunas ex alumnas, eran las siguientes:

¡Dulce Corazón de mi Jesús,
haz que te ame siempre más!

¡Dulce Corazón de María,
haz que salve el alma mía!

¡Sea amado por todos
el Corazón de Jesús!

(14) Proc. Ap., p. 31.

(15) Proc. Ap., p. 139.

(16) Proc. Ap., p. 296.

¡Oh, María, sin pecado concebida,
rogad por nosotros, que recurrimos a Vos!

¡Bendita sea por siempre
la Santísima e Inmaculada Virgen María!

Sea bendita la Santa e Inmaculada Concepción
de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios.

Bendita sea la hora en que nacieron Jesús y María,
para salvar el alma mía.

A Vos doy mi corazón,
Madre de mi Jesús, Madre de Amor.

14. Al acercarse el tiempo de carnaval —en el que el mundo ofende a Dios más que en otro tiempo—, ella buscó el modo de atraerse a las jóvenes y de impedir que fuesen al baile, que había todas las tardes, o a otras diversiones públicas en las que corría peligro su alma.

Encontró una joven que sabía tocar un organillo y la invitó al taller. Recomendó a las chicas, tanto del taller como del oratorio festivo, alejarse del baile e ir con ella, donde encontrarían sanas diversiones sin peligro de ofender a Dios.

Las muchachas acudieron en buen número, María pidió a la chica del organillo que lo tocara y permitió a todas danzar a placer.

Era una novedad, y los gritos de alegría llegaron hasta el cielo; unas bailaban en el patiecillo, otras en la habitación, otras en el corredor, otras estaban mirando y todas se divertían alegremente.

María se complacía en todo aquel movimiento, lo animaba y hacía observar cómo se podría estar alegres sin ofender a Dios, y dispuso que se merendase en el oratorio.

Lo mismo se hizo otros muchos domingos y, no satisfecha con las recomendaciones hechas a las chicas, hablaba también con las madres y les pedía que las vigilaran e impidiesen que sus hijas fuesen a bailar a otro sitio; que las mandaran con ella, donde podrían divertirse sin peligro para la virtud y el honor.

Casi todas las madres secundaron estos generosos y ardientes deseos, y el baile público se quedaba desierto.

15. Los jóvenes se irritaron y procuraron primeramente atraer con halagos a las chicas y, después, amedrentarlas si volvían otra vez a bailar a casa de María, la de la Valponasca. Entonces se entabló una especie de lucha entre los mozos, de una parte, y las jovencitas por otra, guiadas y sostenidas por María.

Aquéllos insultaban a las jóvenes por la calle y María las exhortaba a no hacer caso y a seguir yendo al oratorio, y les prometía alguna merienda, que preparaba con la ayuda de Don Pestarino o del párroco, y que repartía en el oratorio.

«Inclusive varias familias —declaró una ex alumna—, satisfechas de que sus hijas pudieran divertirse sin peligro para el alma y para el cuerpo, regalaban a María harina, huevos, vino, etc.; y ella nos preparaba además una buena comida» (17).

Los jóvenes no se daban por vencidos y por la noche, cuando las jovencitas volvían a su casa, las molestaban por la calle. Entonces María las dividió en grupos, de modo que fuesen siempre cuatro o cinco juntas de las que vivían más próximas y, posiblemente, que las medianas y las más pequeñas fueran acompañadas por algunas de las mayores.

Algunas veces las acompañaba ella misma o Petronila. Esta temía mucho que los mozos, cada vez más irritados, tramaran alguna venganza contra las chicas. María le decía: «Estate tranquila y verás cómo conseguiremos vencer nosotras».

Recomendaba a las jóvenes no detenerse por la calle, no responder a las invitaciones ni hacer caso de las burlas.

Pero si era fácil no aceptar las primeras, era difícil soportar con tranquilidad ciertos insultos y motes; alguna un poco atrevida las daba una respuesta mordaz y hubo alguna riña y se dio también alguna bofetada por una parte y algún arañazo

(17) Proc. Ap., p. 138.

por otra. Un día le tocó a una un fuerte puñetazo que le destrozó la peineta.

María sufría mucho con estos incidentes, pero ellos le dieron fuerza para seguir en su propósito.

Con el permiso de Don Pestarino y con grandes ahorros y sacrificos compró una *viola* y cada vez que había baile en el pueblo invitaba a las jovencitas al oratorio y les hacía divertirse.

16. Un día dos mozos hicieron una apuesta con otros compañeros de que eran capaces de ir a bailar también ellos a casa de María. En efecto, mientras las jovencitas se divertían, se abrió la puerta de repente y los dos jóvenes entraron y se pusieron a bailar.

Las chicas, aturdidas por aquella desagradable aparición repentina, dejaron inmediatamente de bailar y se retiraron todas, dejando solos a los dos jóvenes. Estos, impresionados por aquel imprevisto cese de la música y por la rápida fuga de todas las muchachas, se fueron avergonzados de sí mismos.

«Otra vez —declaró una ex alumna que presenció el hecho— algunos mozos entraron en el taller donde bailaban las jóvenes. En aquel momento estaba ausente la Sierva de Dios, pero al llegar se encendió de santa indignación y obligó a los muchachos a salir. Desde aquel día ninguno más osó meterse en aquella casa de trabajo y de inocente solaz» (18).

(18) Proc. Ap., art. 20.

CAPÍTULO XV

Celo por las niñas. María y Petronila comienzan a comer en el taller. San Juan Bosco va a Mornese

(1864-1865)

1. Celo por las que están en peligro y por las huérfanas.—2. No harás la Sagrada Comunión con tus compañeras.—3. De la devoción viene la buena educación. Respetar a los sacerdotes. Frecuentar los santos Sacramentos, tener devoción a la Virgen, al Angel de la Guarda. Rezar por los infieles.—4. Imparcialidad. No hay asociaciones especiales.—5. María y Petronila empiezan a comer en casa Maccagno. Ninguna singularidad.—6. María quiere dejar la casa paterna. Teresa Pampuro va a vivir con María y Petronila. Contrastes en casa y fuera de ella.—7. Don Pestarino manda a María a la alquería de la Valponasca. La llama de nuevo al taller.—8. Don Pestarino invita a Don Bosco a venir a Mornese.—9. Los votos de los primeros salesianos. Comienzan las obras de la iglesia de María Auxiliadora en Turín. Aprobación de la Pía Sociedad Salesiana.—10. Preparativos para recibir a Don Bosco en Mornese. Francisco Bodrato.—11. El recibimiento a Don Bosco.—12. Presentación de las Hijas de la Inmaculada. ¡Es un Santo!—13. Fiesta de la Maternidad y celo de Don Pestarino. Obsequios de la población a Don Bosco.

1. María se ocupaba de todas las niñas, pero especialmente no perdía de vista a las que tenían un carácter más despierto, a las que frecuentaban el baile y sabía que llevaban una vida un poco más frívola. Procuraba tenerlas cerca de sí, las exhortaba al bien, usaba con ellas gran caridad para atraerlas a la virtud (1).

Algunas veces avisaba a sus padres para que las vigilasen, «porque de lo contrario se expondrían a pecar ellos y sus

(1) Proc. Ord., p. 260.

hijas». Y sabía decir las cosas con palabras tan dulces y con tan buenos modos, que los padres recibían con agradecimiento sus advertencias (2).

Aun así ella no se quedaba tranquila hasta que no las hubiese sacado del peligro. Ponía a su lado alguna buena compañera que, sin hacerse notar, la cuidara y condujese al bien. Más aún, había escogido entre las mejores jóvenes una por cada calle, que vigilase para que no fuera ninguna con malas compañías o a lugares peligrosos, y procurasen que vinieran todas al oratorio y en el mes de mayo a ofrecer su florecilla.

Se ocupaba también de modo particular de las más ignorantes y de las pobrecitas que habían perdido la mamá. Ella procuraba hacer sus veces, enseñándoles las oraciones, la doctrina cristiana, preparándolas a recibir los Sacramentos y las seguía con otros mil cuidados verdaderamente maternos. «También cuidó de una manera particular de una niña deficiente mental.»

«Amaba a las niñas —declaró en el Proceso Apostólico un hombre de Mornese—, especialmente a las menos buenas, para corregirlas, y en modo particular a las huérfanas» (3).

2. Nos refería una ex alumna suya, después madre de familia: «Eramos dos hermanas: yo tenía ocho años y mi hermanita tres. Nuestra madre había muerto y María se cuidó de nosotras y nos enseñó las oraciones. Me preparó a la Confesión y a la Comunión y me recomendaba que fuese siempre buena, que cuidara a mi hermanita y le diese buen ejemplo.

»Un día, llevada por la curiosidad, fue a ver el baile. ¡Nunca lo hubiera hecho! Al saberlo, María me llamó, me reprendió y me dijo: “Va a llegar la Pascua y en castigo no te dejaré hacer la santa Comunión con tus compañeras”. Yo, llorando, prometí que no volvería más, pero ella fue inexora-

(2) Proc. Ap., p. 123.

(3) Proc. Ap., art. 33.

ble y me dijo: "Ahora lloras, pero más tarde te alegrarás y me agradecerás este castigo".

»El día siguiente a la Pascua me preparó con esmero a la Comunión y tuvo conmigo los cuidados más afectuosos. Es cierto que debo estarle agradecida. Aquel castigo sirvió para mi salvación y no me vino más la tentación de ir al baile, o si me vino, siempre la vencí: soy ya anciana, pero no he ido nunca más al baile.»

3. Inculcaba a las jovencitas gran respeto a las personas y objetos sagrados. Ella, hija del pueblo que no había estudiado, solía decir que *de la devoción viene la buena educación*.

Enseñaba a las niñas lo que debían hacer y decir al encontrarse con sacerdotes o religiosos, para mostrarse bien educadas (4).

Aconsejaba en los sábados hacer alguna mortificación en honor de la Virgen y rezar las tres *Avemarías* para obtener la gracia de conservar la pureza, e inculcaba también la devoción al Angel de la Guarda con la oración *Angel de Dios* (5).

«María estaba inscrita en la Obra de la Santa Infancia y de la Propagación de la Fe —atestiguó una ex alumna—, y en el taller y en el oratorio hablaba algunas veces de los niños abandonados en los países infieles, nos hacía rezar por ellos algún *Avemaría* y nos exhortaba a dar gracias al Señor por el beneficio de haber nacido en la Iglesia Católica» (6).

4. Amaba indistintamente a todas las alumnas y oratorianas, bien que tuviesen modos graciosos y gentiles o fuesen poco atrayentes por su fisonomía y ordinarias en su trato.

No tenía preferencias, y si tenía alguna era para las menos dotadas por la naturaleza o la fortuna y, en especial, para las más necesitadas espiritualmente, así como por las huérfanas, a las que seguía sin perderlas nunca de vista.

(4) Proc. Ap., p. 280.

(5) Proc. Ap., p. 138.

(6) Proc. Ap., p. 137.

Las ancianas del pueblo nos decían: «María tenía unos ojos muy penetrantes, y si faltábamos, bastaba que nos mirase para que cumpliéramos nuestro deber. Cuando nos miraba parecía que leyera en el fondo de nuestro corazón, y si se cometía una falta, había que decírsela y no podíamos tenerla oculta».

Trataba a todas con dulzura y caridad, pero con firmeza, y cuando daba una orden exigía que se cumpliera. «Sin embargo —declaró una ex alumna—, no vi jamás en la Sierva de Dios un acto de vana superioridad. Nos mandaba y quería ser obedecida, pero comprendíamos que lo hacía sólo por nuestro bien» (7).

Su carácter pronto la llevaba algunas veces casi a punto de estallar, pero se contenía, y entonces, como nos decían sus compañeras y alumnas, y también lo notábamos nosotras, se ponía su rostro encendido, dejando aparecer la violencia interior que debía hacer para contenerse.

Al corregir sabía adaptarse a la índole de cada una, «pero —declararon dos ex alumnas— no se dejaba engañar, no se compadecía de las falsedades y cuando tomaba una decisión se mantenía firme y quería que se ejecutase» (8). «Hecha la corrección, volvía a su habitual serenidad, de modo que todas la queríamos bien» (9).

El no conservar rencor hacia el chico o chica que han faltado, el demostrarles, después de haberles hecho reflexionar con la corrección, que aún se los estima y se los quiere como antes, es de la máxima importancia en la educación y es medio efficacísimo para ayudarles a enmendarse y a merecer el amor y la confianza.

En el oratorio no había asociaciones religiosas especiales, pero una ex alumna nos aseguraba que María reunía cada quince días a las chicas más buenas, rezaban juntas un *Pater, Ave* y *Credo*, leían un trozo de la *Vida de Santa Teresa* o de *La práctica de amar a Jesucristo* u otro libro piadoso y lo comentaba brevemente enfervorizando a todas.

(7) Proc. Ap., p. 377.

(8) Proc. Ap., p. 269.

(9) Proc. Ap., p. 38.

No había cosa peligrosa para las jóvenes que María no procurara evitarla en seguida y no había cosa buena que no buscara el modo de hacerla amar, en todo y siempre secundada por Petronila.

Así, con la piedad y el trabajo, estas dos santas amigas se santificaban a sí mismas, hacían un gran bien a las jóvenes e indirectamente a sus familias.

5. Tanto María como Petronila vivían lejos del taller y María advirtió que se perdía demasiado tiempo en ir a comer a casa. Por esto un día dijo a su amiga: «Vete y dile a Don Pestarino si nos permite comprar los alimentos necesarios para hacernos aquí la comida, sin perder tiempo en ir a casa y volver».

Las dos buenas amigas tenían una gran confianza en el santo sacerdote y no hacían nada de importancia sin consultarle, pero temían siempre causarle molestia o hacerle una pregunta que le desagradara, por eso con frecuencia no se atrevían a consultarle.

Aquella vez Petronila dijo a María: «Si me mandas, voy» y, vencíendose a sí misma, se fue a ver a Don Pestarino. Este la escuchó, hizo un ademán como para decir no, pero después, más sereno, respondió: «Haced, haced como queráis».

Petronila volvió al taller, María la escuchó con atención y añadió: «Así es que no ha dicho que no; si ha dicho "haced como queráis" significa que podemos actuar realmente como nos parezca; por tanto, vete en seguida a casa de Teresa Pampuro, que te preste su olla pequeña; hoy mismo empezaremos a comer aquí».

Petronila fue y aquella ollita continuó haciendo siempre su buen servicio en la *Casa de la Inmaculada*, de la que hablaremos, y por último en el *Colegio*, donde finalmente le llegó la jubilación.

María, siempre delicada, hoy sí, mañana no, seguía todavía yendo a comer a su casa, pero Petronila no iba casi nunca, aunque los hermanos y las cuñadas insistieran para tenerla con ellos y, de vez en cuando, la llamaran.

Las dos amigas se contentaban con muy poco: un poco de pasta o un poco de arroz, patatas, que María llevaba de casa, cocidas con agua, un poco de fruta y nada más. Algunas veces, Petronila preparaba un huevo para María, porque la veía más débil y con más necesidad; le compraba un poco de leche, pero tenían siempre una discusión para hacérsela tomar, porque no *quería excepciones*, y obligaba a la compañera a tomar un poco.

Una ex alumna declaró: «Vi una vez a la Sierva de Dios con Petronila a la mesa en casa de Teresa Pampuro y observé que todo su alimento consistía en una taza, y no llena, de sopa.

»Otra vez estuve presente cuando Petronila Mazzarello quería condimentar con mantequilla la polenta para María. Esta no lo permitía, quejándose de que le hiciesen excepciones, pero Petronila insistía diciendo: “Comes ya tan poco y si ese poco está mal condimentado...”» (10).

Y otra: «Respecto al alimento se mostraba contraria a cualquier distinción que se le tenía por su delicada salud y se sometía sólo por condescender a las insistencias de su compañera».

6. María, entre tanto, sintiéndose mejorada en su salud, decidió realizar su antiguo sueño de pasar la noche en casa Bodratto con Petronila y las niñas. Entendía con esto separarse completamente de sus padres, vivir de su propio trabajo y dedicarse plenamente al bien de las niñas.

Sus padres se opusieron y ella, para no disgustarles, unas veces se quedaba y otras se iba a casa, dando tiempo al tiempo hasta llegar a una resolución definitiva.

Una noche se fue a dormir bastante tarde al taller y a las observaciones de la amiga respondió: «He luchado hasta ahora con mi padre, que no quería dejarme venir. ¡Estas cosas me hacen sufrir tanto! Pero confío que algún día me dará su pleno consentimiento».

También Teresa Pampuro, siempre sola y enfermiza, deseaba unirse a las dos amigas y habló con Don Pestarino, el cual

(10) Proc. Ap., p. 295.

le dio su autorización. Así eran ya tres para hacer vida común, trabajar juntas y ocuparse de las jovencitas.

A pesar de ello, Teresa Pampuro se iba a dormir a su casa y, no pudiendo trabajar mucho por su delicada salud, contribuía con aportaciones que obtenía de los bienes que le habían dejado sus padres.

Alguna otra joven inscrita en la *Pía Unión* pidió unirse a ellas, y así entre las *Hijas de la Inmaculada* nació un poco de malestar porque parecía que María y Petronila quisieran obrar por su cuenta y que Don Pestarino las prefería a las demás.

«Nosotras —decían a María y a Petronila—, cuando se fundó la *Unión de las Hijas de la Inmaculada*, dijimos que, según nuestro Reglamento, cada una viviría en su casa con los suyos y que nos reuniríamos sólo para los ejercicios de piedad. Ahora, ¿por qué vosotras queréis obrar por cuenta propia? ¿Por qué vivís juntas, separadas de vuestros familiares? Esto no es lo que hemos establecido.»

Estas quejas no eran del todo justas, porque el Reglamento mismo decía que si una se quedara sola o no se llevase bien con sus parientes, correspondía al director decidir con quién debería vivir. Pero aquellas quejas dichas hoy y repetidas mañana adquirieron la importancia que no tenían.

Se hicieron después más vivas, cuando María se fue no sólo a comer, sino también a dormir a casa Bodratto con Petronila, cuando a ellas se unió Teresa Pampuro, y más aún cuando alguna otra mostró tener los mismos deseos. Y como todas pensaban que María era la causa de esta escisión, contra ella de modo especial iban los reproches y se decía que obraba por orgullo, porque quería dominar y no estar sometida a Angela Maccagno.

María trataba de convencer a las compañeras de que todo aquello no era cierto, que había actuado siempre con el consentimiento de Don Pestarino y que no tuvo nunca intención alguna de sustraerse a la obediencia de la señorita Maccagno. Y cuando oía alguna queja contra el director, se acaloraba y después le venían remordimientos.

7. Don Pestarino hizo oír su autorizada voz. Las *hijas* al momento se tranquilizaron y se sometieron a su voluntad, pero bien pronto volvieron a las cuestiones anteriores, insistiendo en que su acuerdo era vivir cada una con su familia.

María sufría y Don Pestarino, para zanjar aquella cuestión y también para apartarla de aquella lucha continua, le dijo un día que se fuese a vivir de nuevo a la alquería de la Valponasca, donde estaban dos hermanos suyos, uno de dieciséis años y otro de dieciocho, para que cuidara la casa y les ayudase en los trabajos de la viña; no volvería al pueblo más que para oír la Misa.

La orden era más que dolorosa para el corazón de María, pero obedeció con prontitud. No obstante, siguió su trabajo de modista. Petronila le mandaba la labor por medio de las alumnas, que se consideraban dichosas con tal encargo e iban a la Valponasca con alegría, como a una fiesta.

María aprovechaba estas ocasiones para darles buenos consejos y entre tanto rezaba, esperando que cesara la prueba y ésta terminó.

Pasado poco más de un mes, Don Pestarino juzgó oportuno llamarla de nuevo al laboratorio y ella retornó con indecible gozo de su corazón y de las jovencitas que la acogieron con inmensa alegría.

8. Don Pestarino, mientras María y Petronila atendían al taller y al oratorio, pensaba qué institución útil podría fundar con su patrimonio, que recordase a sus buenos paisanos, aun después de su muerte, el afecto que les había profesado.

Por esto había invitado varias veces a Don Bosco para que fuese a visitarlo, a fin de que sobre el terreno, e informado de todo, pudiera darle un buen consejo.

9. Don Bosco veía ya su obra en marcha; el 14 de mayo de 1862 había recibido los primeros votos trienales de los que habían dado su nombre a la Pía Sociedad Salesiana, que fueron veintidós (11).

(11) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VI, cap. 17.

En julio del año siguiente comenzó la obra del grandioso santuario de María Auxiliadora (12) e hizo bendecir la primera piedra el 27 de abril de 1865. A principios de 1864 los miembros de la Pía Sociedad Salesiana ascendían a sesenta y uno (13). Don Bosco el 13 de febrero enviaba las *Reglas* al Santo Padre para obtener su aprobación. En julio, con fecha 23, recibía el Decreto de alabanza y *aprobación* con indecible alegría suya y de sus hijos (14).

Por esto, en otoño de 1864 decidió atender los ardientes deseos de Don Pestarino y le comunicó que iría a Mornese, pero no solo, sino acompañado de un numeroso grupo de sus jóvenes, al regresar de Génova en su paseo otoñal (15).

10. Don Pestarino avisó al pueblo para que contribuyera a ofrecerle una cordial acogida, y ordenó a María y a sus compañeras que preparasen todo lo necesario para la comida y el descanso en su casa de campo, detrás del castillo, donde más tarde se levantaría el colegio.

Francisco Bodratto, maestro del pueblo, de unos cuarenta años, viudo y confidente de Don Pestarino, se ofreció a preparar cuanto necesitara la comitiva de Don Bosco.

Este, atraído por la caridad del Santo, ingresó en la Congregación Salesiana, llegó a ser sacerdote y murió después de una vida llena de trabajo y sacrificio, en Buenos Aires, en 1880, siendo inspector de las casas de América.

Las buenas *hijas* se multiplicaron para satisfacer todos los deseos de Don Pestarino y del maestro Bodratto. Fueron por todas las casas pidiendo prestados colchones, sábanas y mantas para las camas, que colocaron bien ordenadas en el piso bajo de la casa de campo y bajo un cobertizo preparado al efecto.

Pidieron también platos, cubiertos y todo lo necesario para la mesa, de modo que pudieron improvisar un alegre comedor, Recogieron toda clase de dones: pan, huevos, vino, embutidos,

(12) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VII, cap. 45.

(13) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VII, cap. 48.

(14) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VII, caps. 61 y 69.

(15) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VII, caps. 17, 45 y 69.

harina, arroz, patatas, etc., e inclusive gran cantidad de pescado, porque entonces no sólo el viernes, sino también el sábado, eran días de abstinencia.

11. Esperaban a Don Bosco el viernes 7 de octubre para la comida, pero no llegó hasta bien avanzada la tarde.

«A la distancia de una milla de Mornese —escribe Don Lemoyne— le esperaban muchos jovencitos vestidos de fiesta. El se bajó del caballo. Todo el pueblo, precedido por el párroco Don Valle y por Don Pestarino, fue a esperarlo... Las campanas tocaban a fiesta, disparaban los morteretes, la iluminación era general. Las gentes salían de sus casas con luces, velas y antorchas encendidas. La banda hizo resonar al aire sus melodías. Todos se arrodillaban al paso de Don Bosco, le pedían su bendición y se santiguaban. Entraron todos con él en la parroquia, se rezaron las oraciones de la noche, cenaron y se fueron a descansar (16).

12. El sábado, 8 de octubre, después del toque del *Ave María*, celebró Don Bosco la Santa Misa y después confesó hasta las diez a jóvenes y adultos. Don Pestarino le acompañó a casa para el desayuno, le presentó a las *Hijas de la Inmaculada* y le pidió que las bendijera.

Don Bosco aceptó y les hizo una breve exhortación, animándolas a ser constantes en la práctica de la virtud, y las bendijo (17).

La palabra de Don Bosco era tan sencilla como la persona que la decía, pero ardiente como el corazón de que salía y dotada de admirable eficacia, porque estaba animada del espíritu de Dios. Todas aquellas buenas jóvenes quedaron óptimamente impresionadas y sintieron crecer su fervor interior.

(16) LEMOYNE, *ob. cit.*, vol VII, p. 759.

(17) El Cardenal Cagliero escribió y declaró también que Don Pestarino, «queriendo presentar a la que hacía de directora, la encontró medio escondida entre sus compañeras y la trajo delante, toda confusa y tímida, por considerarse indigna de tal cargo» (*) y que ésta era María Mazzarello; pero no es exacto, porque, ante todo, Don Pestarino no quiso nunca que ninguna entre las *hijas* llevase el título de directora, presidenta o superiora; además, en este tiempo la que tenía no de nombre, sino de hecho, una cierta superioridad sobre las compañeras era Angela Maccagno y no María Mazzarello. Esto para la verdad histórica.

(*) Sum., p. 8.

María experimentó en su interior algo extraordinario, que no sabía explicar. Las palabras del Santo sobre la perfección cristiana, sobre la belleza de la virtud, sobre el deber y la eficacia del buen ejemplo, sobre el amor a la Santísima Virgen, correspondían plenamente a los deseos y afectos de su corazón, y habría querido que no dejase de hablar y que ella hubiera podido estar escuchándole siempre.

Cuando Don Bosco dijo que podían ir a sus ocupaciones, marchó contenta de haberlo visto y oído de cerca, pero deseosa de volver a verlo y oírlo más veces.

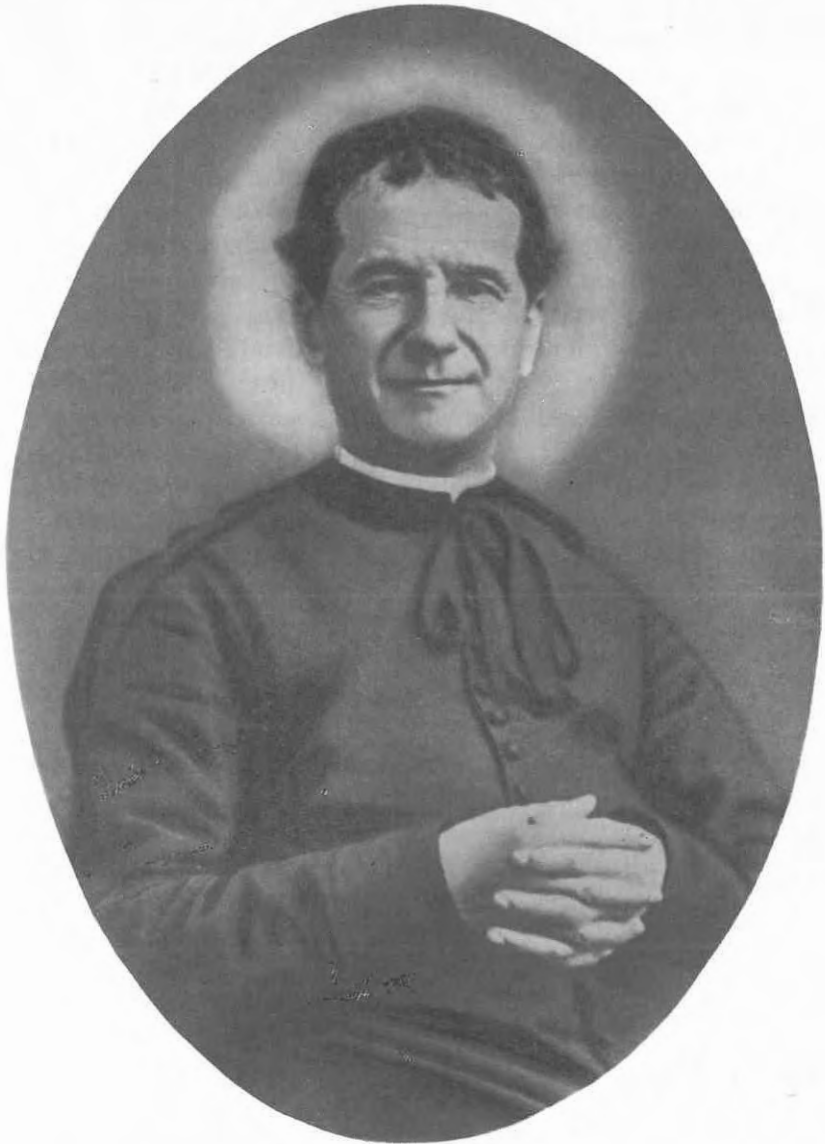
Don Bosco manifestó después a Don Pestarino que «estaba sorprendido de encontrar en aquellas sencillas aldeanas tanto desprendimiento de las cosas terrenas y tanto atractivo para las cosas celestiales» (18).

Don Bosco —según la costumbre del Oratorio de Turín, practicada todavía en todas las casas salesianas— después de las oraciones daba «las buenas noches» a sus jóvenes, tomando motivo de los sucesos del día, para inculcar bien la práctica de una virtud o la huida del mal, y siempre, el amor y temor de Dios.

«María —nos decía Madre Petronila— despachaba muy deprisa las faenas y volaba a escuchar el sermoncito de Don Bosco, del que no quería perderse ni una sola palabra. Se ponía lo más adelante posible y no se puede describir el aspecto de su rostro y la atención con que escuchaba. Nosotras nos maravillábamos y le decíamos: “¿De dónde sacas valor para ir allá, en medio de tantos hombres y jóvenes?” Y ella contestaba: “¡Don Bosco es un santo y yo lo siento!” Y con gran entusiasmo preparaba todo lo necesario para sus jóvenes y gozaba extraordinariamente por la estima que se tenía a Don Bosco.»

13. «El domingo 9 de octubre —escribe Don Lemoyne—, fiesta de la Maternidad de María Santísima, se celebró en la parroquia con gran solemnidad. Don Bosco celebró la Misa de

(18) El Cardenal Cagliero, en una de sus Memorias históricas, escrita en 1918 y conservada en el Archivo de la Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora.



San JUAN BOSCO
Fundador de los Salesianos
y de las Hijas de María Auxiliadora

Comunión general, siendo ayudado por dos jóvenes del pueblo vestidos de clérigos.

»Don Pestarino, que se había puesto a confesar la tarde anterior, continuó confesando toda la noche y a las nueve de la mañana aún no había terminado. Don Bosco fue testigo de tanto celo y quedó admirado al saber que hacía este sacrificio muchas veces al año, y que casi todos los días, durante algunas horas, se dedicaba mañana y tarde a este sagrado ministerio.»

Si todas las personas del pueblo eran presa de tanto entusiasmo por Don Bosco, ¿qué sentimientos experimentaría María en su corazón?

Don Bosco permaneció en Mornese desde la noche del 7 de octubre hasta el día 11, siendo siempre festejado y escoltado. Le obsequiaron con no pocas ofertas para sus obras.

En la mañana del día 11 partió con sus jóvenes hacia Montaldeo, Castelletto, Capriata, Ovada, Acqui y Turín.

CAPÍTULO XVI

San Juan Bosco en Mornese. María deja a su familia y va a vivir en la casa de la Inmaculada

(1864)

1. Don Bosco y Don Pestarino deciden fundar en Mornese un colegio para los muchachos.—2. Cooperación del pueblo. Colocación de la primera piedra.—3. Don Pestarino piensa dejar su casa a las Hijas de la Inmaculada. Consulta a Don Bosco.—4. María y Petronila ganan lo suficiente para poder vivir por su cuenta. Petronila consigue que sus hermanos le paguen el alquiler.—5. Don Pestarino interroga a las Hijas.—6. María es contrariada por sus padres.—7. Don Pestarino obtiene el consentimiento del padre.—8. Palabras de María al separarse de sus padres y su satisfacción. Se pasa a la casa de la Inmaculada.—9. María tenía realmente la intención de fundar una Congregación. Palabras de Don Pestarino.—10. Continúan los trabajos para la construcción del colegio.

1. Durante la estancia de Don Bosco en Mornese, Don Pestarino tuvo con él varias conversaciones y, puestos de acuerdo con las autoridades locales, y obtenida la aprobación de Don Bosco, «se decidió poner los cimientos de un grandioso edificio para beneficio del pueblo, destinado a ser un colegio para los chicos, porque éste era el deseo común».

La población contribuiría en los días festivos a su construcción, llevando al terreno los materiales. Don Pestarino estaba dispuesto a compensarles generosamente, como así lo hizo, proveyendo de vino y merienda a los porteadores y heno a los asnos y bueyes. «Don Bosco les prometió que, terminado el edificio, volvería a Mornese para inaugurarlos» (1).

(1) LEMOYNE. *ob. cit.*, vol. VII, cap. 74.

2. El domingo siguiente, Don Pestarino habló en la iglesia, exhortando al pueblo a prestar su colaboración.

Los mornesinos deseosos de tener pronto la escuela, correspondieron generosamente con oferta de materiales, prestando gratuitamente la mano de obra, acarreando arena, gravilla, cal y ladrillos al lugar donde debía levantarse el edificio. «Hasta los niños —dice complacido, en una de sus Memorias, Don Pestarino—, con pequeñas carretillas, transportaban piedras con unos bríos que era un encanto verlos» (2).

También María y Petronila tomaban parte en el movimiento general. María iba a las casas invitando a las mujeres a recoger piedras en las viñas y llevarlas al camino para que los carros las transportasen al lugar donde se construía el edificio, y las mujeres, en especial las más jóvenes, aceptaron la invitación (3).

El domingo iban temprano a la iglesia, recibían la Sagrada Comunión, un cuarto de hora de acción de gracias y después se repartían por las viñas, recogían piedras y las llevaban al camino. A las diez tenían la comida a cargo de Don Pestarino y a las once volvían a la parroquia para asistir a la Santa Misa celebrada por él mismo.

María, aunque delicada de salud, iba también a recoger y a acarrear piedras (4) con Petronila y ambas servían de estímulo a las jóvenes.

Una mujer de Mornese, entonces alumna de María y Petronila, nos recordaba que las jóvenes esparcidas por las viñas, recogiendo piedras, cantaban:

¡Compañeras, amémonos
con todo corazón!
¡Hay en el amor felicidad!

Con nuestro mérito,
con nuestro celo,
en tierra y cielo
premio tendremos.

(2) MACCONO: *L'Apostolato di Mornese*. Parte II, cap. 4, p. 109.

(3) Proc. Ap., p. 40.

(4) Proc. Ap., art. 20.

Reunido en gran parte el material, el 13 de junio de 1865, día consagrado a San Antonio de Padua y escogido para terminar el mes de mayo, se hizo una solemne fiesta para poner la primera piedra, con gran asistencia de clero y pueblo, también de los pueblos vecinos.

Don Bosco había mandado a uno de sus hijos, Don Ghivarello, arquitecto, para que hiciera los planos y dirigiese las obras de la nueva construcción.

3. Don Pestarino había comprado cerca de la plaza de la parroquia una casucha de una mujer llamada Ciarabattina, la había derribado y en su lugar había construido otra más amplia, con cinco habitaciones en la planta baja y cuatro en el primer piso, porque una de éstas era como dos de las de abajo.

En esta casa habitaba él, especialmente durante el invierno, por serle más cómoda para llegar a tiempo a la iglesia para la Santa Misa y las confesiones. Se levantaba muy temprano, abría la iglesia, tocaba la campana y la gente nunca se hacía esperar, porque estaban siempre seguros de encontrarlo y de ser atendidos con prontitud.

Pero su intención era, con el tiempo, ceder esta casita a las *Hijas de la Inmaculada* no sólo para las reuniones, sino también para vivienda de las que se quedaran sin familia o por cualquier otro motivo no pudiesen o no quisiesen vivir con los hermanos o cuñadas.

Las *hijas* lo sabían y habían contribuido a los gastos de su construcción, especialmente Petronila y Teresa Pampuro, quienes habían entregado a Don Pestarino lo que habían obtenido de la venta de algunos de sus bienes. También la maestra Angela Maccagno le había dado una buena suma.

Ahora, viendo él que María y las dos compañeras hacían mucho bien por su cuenta, y que otras les pedían unirse con ellas para promover siempre más el espíritu de piedad, especialmente entre las niñas, pensó que sería bueno consolidar mejor aquel pequeño grupo de apóstoles de la juventud y ponerlo en condiciones de desarrollarse. Por eso le pareció

mejor cederles en seguida la casa de la Inmaculada, pero quiso consultarlo antes con Don Bosco.

El Santo le dijo que se asegurase de que las jóvenes podían vivir con el fruto de su trabajo, a fin de que al habitar en su casa no tuvieran después la pretensión de ser provistas por él de lo necesario para vivir o tuvieran que volver de nuevo a su propia familia, con disgustos y habladurías interminables.

El asunto no fue difícil para Don Pestarino, porque las buenas *hijas* le daban ya cuenta de los ingresos que recibían por el trabajo que realizaban y de lo poco que pagaban las madres de las alumnas, así como también de los gastos de alimentación, de las telas que compraban, del alquiler que pagaban, etc., y casi cada noche le entregaban cuanto había adquirido, sea porque tenían en él una confianza filial ilimitada, sea porque a ellas les parecía observar así mejor el espíritu de pobreza inculcado en el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada.

4. Madre Petronila declara que ella misma y Teresa Pampuro ganaban cada una lira y media al día; María, como era más activa, ganaba hasta dos liras y media, suma bastante importante en aquellos tiempos. «Ella —decía Madre Petronila—, aunque era de complexión delicada y tenía que levantarse más tarde, trabajaba mucho más que cada una de las otras.»

Don Pestarino consideró todas las cosas y vio que haciendo ellas algún sacrificio podrían proveer a todos los gastos necesarios. Por eso mandó a Petronila que dijese a sus hermanos, como nos contó ella misma, que le pagasen el alquiler de las habitaciones y del campo que su padre le había dejado en usufructo. La pobrecilla decía que no se atrevía, pero Don Pestarino le dijo: «Es cosa tuya y la debes pedir, después os arreglaréis por vuestra cuenta».

Y la buena hija obedeció.

5. Don Pestarino tomó las debidas precauciones y después, prudentemente y en secreto, preguntó, una a una, a todas las *Hijas de la Inmaculada* para saber quiénes deseaban entrar en su casa y quiénes no.

El asunto, primero secreto, después manifestado entre ellas, causó cierta inquietud y, al final, una verdadera división.

Angela Maccagno y otras varias dijeron que querían seguir viviendo con su familia, según el Reglamento que se había elaborado; María, por el contrario, no sólo se decidió en seguida a pasar a la nueva casa, sino que, radiante de alegría, exhortaba a las demás a que la siguieran, feliz de encaminarse a la consecución de su ideal de poder vivir de su propio trabajo y consagrar toda su vida al bien de la juventud.

6. Pero quedaba todavía un gran obstáculo por parte de sus padres. Su madre deseaba más bien que María se casara.

—Nosotros no viviremos siempre —le decía—, tus hermanos se casarán y tú, ¿qué quieres hacer?

—Dios proveerá.

—Está bien, pero debes pensarlo también tú y hacer como tus compañeras, que ya se han casado. Podías muy bien casarte con aquel... (5).

—Pero ¿por qué piensas en estas cosas?

—Pienso porque veo que no lo haces tú y no quiero que después de mi muerte te quedes en medio de la calle. ¿Qué pretendéis hacer vosotras, pobres hijas?

—Mamá, no pienses más; estoy segura de que el Señor me ayudará. Hemos de seguir el ejemplo de la Virgen, que habría renunciado a su maternidad divina antes que perder su virginidad (6).

Estas respuestas de María a su madre las hemos sabido por Madre Petronila y se confirmaron en la declaración de la ex alumna Catalina Mazzarello en el Proceso Apostólico.

7. Entre tanto, María continuaba rezando y se encomendaba a Don Pestarino para que hablara a su padre.

Don Pestarino le habló.

El buen hombre se resistía a ceder, porque María, aunque delicada de salud, le servía de gran ayuda en las compras y

(5) Depos. de Angela Mazzarello. Proc. Ap., p. 31.

(6) Depos. de Catalina Mazzarello. Proc. Ap., p. 39.

ventas y en el gobierno de la casa (7), pero al fin cedió e indujo a su mujer a que cediera. «¿Qué quieres que hagamos? —le decía—. Los hijos deben seguir su inclinación y los padres sólo podemos oponernos si obran mal. María siempre se ha portado muy bien, ¿por qué hemos de contradecirla? Por su poca salud ya no será nunca apta para los trabajos del campo, como modista marcha bien y si quiere vivir y trabajar con sus buenas compañeras, dejémosla ir. El camino es bueno, creo que podemos estar tranquilos, tanto más que Don Pestarino me ha dicho que la dejemos hacer, porque sabe bien lo que hace.»

Con todo, la mujer tenía siempre sus dificultades, pero el buen hombre se mantuvo firme y dio a su hija, además del consentimiento, doscientas liras a cuenta de su dote para que pudieran hacer frente a las primeras necesidades.

8. María le dio las gracias de corazón, pero como si previese las futuras necesidades de sus compañeras y niñas, añadió:

—Pero yo sigo siendo siempre vuestra hija y ésta será también mi casa; en caso de necesidad vendré y vosotros me ayudaréis, ¿no es cierto?

El padre respondió afirmativamente. La madre le dijo: —¡Pobre hija mía, vas a pasar hambre...! (8).

Y ella añadió:

—En caso de necesidad volveré y vosotros, estoy segura, me atenderéis.

Y conmovida, pero contenta, se retiró de la familia, estableciéndose definitivamente con sus compañeras unidas a ella en comunidad de ideas, de afectos, de aspiraciones y de intereses espirituales más que materiales, pasando a la casa construida por Don Pestarino, que se llamó más tarde de la Inmaculada.

Esto se hizo el segundo semestre de 1865, pero no hemos podido saber con precisión el día y ni siquiera el mes.

Fueron tres: María, Petronila y Teresa Pampuro, que en sentido amplio podría decirse que ya hacían vida común, a las

(7) Proc. Ord., p. 97.

(8) Proc. Ap., p. 37.

que después se unió también Juana Ferrettino, de treinta años. Tuvieron como alumnas internas a Rosa Mazzarello, de quince años, sobrina de Petronila, y algunas más.

También otras *Hijas de la Inmaculada* habían manifestado vivo deseo de unirse al grupo de María apenas cesaran las dificultades que se oponían a ello, como efectivamente lo hicieron.

María estaba contentísima. Su hermana Felicina, que después fue Hija de María Auxiliadora, escribe: «Cuando pudo satisfacer su ardiente deseo, es decir, el de reunir y educar algunas jóvenes, llegó al colmo de la alegría. Valientemente dejó padre, madre, hermanos y hermanas; en una palabra, a toda la familia, dejándonos a todos llorando desolados.

»En el nuevo género de vida que abrazó dio prueba de un valor heroico y en su nueva casa encontró la verdadera pobreza de Jesucristo. Muchas veces le faltaba a la pequeña comunidad el sustento necesario: unas veces carecían de harina para la polenta y, a menudo, cuando la tenían, les faltaba leña para cocerla».

9. Don Pestarino, como nos contó Madre Petronila, con toda prudencia les había dicho: «Habitaréis aquí para realizar una prueba. Continuaréis haciendo lo que hacíais en el taller y más adelante veremos. La que quiera volver a casa puede hacerlo con plena libertad».

Ellas agradecieron sus palabras y se pusieron en seguida a su trabajo.

¿Tenían una explícita y clara intención de formar una Congregación? Por lo que conocemos, nos parece poder responder afirmativamente. Es cierto que María tenía esta intención, como demostraremos más adelante aduciendo testimonios jurados de ex alumnas; las demás la seguían.

Hay cosas que están implícitas y claras en el espíritu, aunque no hayan tomado aún forma ni figura. Esta es una: ellas, siguiendo el consejo y las exhortaciones de María, querían vivir juntas, poniendo en común cuanto tenían y ganaban con su propio trabajo y lo que pudieran heredar de su

familia, para ocuparse con plena libertad de las niñas como hacía y aconsejaba María.

Aquel modo de convivir y de rezar les agradaba y lo deseaban; que se llamara después congregación, instituto o pía unión u otro nombre, les importaba muy poco. Lo que a ellas les importaba era el hecho y éste existía, de ahí su satisfacción.

¿Entendía ya María haber llegado al ideal tan anhelado, especialmente después de su providencial enfermedad?

Pero el estado presente no era aún el cumplimiento de la visión del gran edificio.

Sea como fuere, ella agradecía a la Providencia el presente, ignorando que en los divinos designios el estado actual no era más que una etapa del largo noviciado para una misión mucho más grande, y prometía generosamente desde el fondo de su corazón hacer cualquier sacrificio que entendiese ser la voluntad de Dios.

10. Entre tanto, los albañiles continuaban con rapidez la construcción del edificio para colegio de chicos y referimos aquí lo que Don Pestarino dijo a la conferencia general salesiana que se tenía cada año en el Oratorio de Turín, después de la fiesta de San Francisco de Sales.

Este año, 1866, se celebró la fiesta el domingo de Sexagésima, que cayó el 4 de febrero. Los directores de las distintas casas y todos los hermanos del oratorio se reunieron, como de costumbre, en la antecámara de Don Bosco, estando también Don Pestarino, que, como refiere Don Lemoyne, tomó la palabra el primero y «habló de la nueva construcción para el colegio que se estaba levantando en Mornese».

Dijo que el pueblo estaba entusiasmado, que el Obispo había dado permiso para trabajar los domingos y que estos días los albañiles continuarían la construcción gratuitamente, mientras que más de doscientas personas del pueblo se afanaban en llevar los materiales al lugar de la construcción. El deseo común de terminar la obra había estrechado los vínculos de unión entre el párroco y los feligreses, autoridades y administradores, y de las familias entre sí. Los jóvenes, en lugar de ir

al baile, se unían para pasar la tarde en sus casas, y la iglesia y la santa Comunion eran muy frecuentadas.

El Señor había demostrado con favores especiales serle grata aquella empresa. La rueda de un carro pasó sobre el pie de un joven sin causarle daño alguno. Un herrero que cayó del andamio sobre un montón de piedras no se hizo lesión alguna. La cuarta parte del colegio estaba casi terminada (9).

(9) LEMOYNE: *Memorias biográficas*. Vol. VIII, p. 296.

CAPÍTULO XVII

María, elegida Superiora de la casa de la Inmaculada

(1865-1867)

1. Diferencia entre las Hijas de la Inmaculada y las Nuevas Ursulinas.—2. Se aceptan a otras jóvenes en la casa de la Inmaculada.—3. María es elegida Superiora. En busca de trabajo.—4. Espíritu de pobreza y de alegría.—5. La divina Providencia en su ayuda.—6. Provisión de leña.—7. Realización de trabajos varios. Los gusanos de seda.—8. Asistencia a las enfermas. Varias obras de caridad.—9. María tiene verdadera intención de fundar una asociación femenina que se ocupe de las niñas.

1. Todas las jóvenes inscritas en la *Pía Unión* de Mornese desde el principio se llamaban *Hijas de la Inmaculada*. Después de la corrección del Reglamento hecha por Don Frassinetti, se añadió: «Bajo la protección de Santa Ursula». Y en Mornese se denominaban indistintamente: *Hijas de la Inmaculada* o *Nuevas Ursulinas*, o sencillamente: *Ursulinas*.

Pero cuatro años después de fundarse la *Unión* se conoció la identidad de ésta con la Compañía fundada por Santa Angela de Mérici en 1535 y aprobada por Paulo III el 9 de junio de 1544 (1).

Ni Angela Maccagno, que redactó el Reglamento, ni Don Pestarino, que lo llevó a Don Frassinetti, ni éste que lo corrigió, conocían la Compañía de Santa Angela de Mérici. Ahora bien, en Mornese, habiendo pasado algunas *hijas* a la casa de don Pestarino, llamada casa de la Inmaculada, el título de *Hijas de la Inmaculada* quedó para éstas y la casa conservó este mismo nombre, mientras que las que quedaron con su

(1) MACCAGO: *L'Apostolo di Mornese*. Parte 1.^a, cap. XII.

familia, dado que continuaban viviendo como monjas en casa, el pueblo siguió llamándolas *Ursulinas*.

2. En la *casa de la Inmaculada* las buenas *hijas* tenían más espacio y aceptaron algunas jóvenes internas como María Grosso y María Gastaldi, de las que ya hemos hablado; María Poggio de Acqui y Asunta Gaino de Cartosio, recomendadas a Don Pestarino por el Canónigo Olivieri de Acqui, que vistieron después el hábito de las Hijas de María Auxiliadora. Llegó también una maestra de Fontanile y alguna joven de Turín recomendada por Don Bosco, pero bien pronto se marcharon por la dificultad de adaptarse al pobre y escaso alimento o bien por el apego a sus propias devociones, según nos decía Madre Petronila.

Sucedía con frecuencia que algunas jóvenes se presentaban a Don Bosco recomendadas por algún bienhechor de sus obras o por algún sacerdote, y él, cuando no encontraba ningún instituto religioso en Turín donde pudieran recibirlas, les decía: «En Mornese hay una casa, pero temo no podáis resistir. Si queréis ir a probar...» Y las recomendaba a Don Pestarino para que él viera si eran aptas o no para aquella vida.

3. En este tiempo sobrevino una pequeña novedad. Antes de habitar la *casa de la Inmaculada* ninguna hacía de superiora; María y Petronila eran dos amigas, las cuales, como ya se ha dicho, se pedían y concedían mutuamente los permisos y lo que quería la una lo quería también la otra. Se aconsejaban entre sí sobre lo que debían hacer o las decisiones que debían tomar, y en las dudas y en los asuntos de alguna importancia recurrían al pacientísimo Don Pestarino; ordinariamente era María la que iba a hablarle.

Pero ahora, habiendo aumentado la familia, se sentía la necesidad de que hubiera una encargada de la dirección, tanto más que las nuevas llegadas de Turín y de Fontanile demostraban espíritu de independencia y querían saber poco de Sacramentos.

María y Petronila hablaron con Don Pestarino, el cual les

dijo que hiciesen como mejor les pareciese, que él no quería intervenir.

Entonces las *hijas* se reunieron todas (era el año 1866, pero no sabemos el día ni siquiera el mes) y eligieron a María como Superiora y, por respeto, empezaron a llamarla de usted.

María no quería que se le diera ese tratamiento (2), pero Petronila, que, como ella misma nos contó, fue la primera en tratarla de usted, se mantuvo firme y le dijo: «Tú tienes que resignarte a ello porque ahora eres la Superiora».

En el pueblo se rieron de la novedad porque no entendían el espíritu que animaba a las *hijas*.

4. Pero si en la nueva casa se encontraban mejor en cuanto a la amplitud de las habitaciones y dormitorios, económicamente estaban más apuradas, porque el número aumentaba sin que crecieran las provisiones, más bien disminuyeron porque al principio las *hijas* iban de vez en cuando a sus casas y volvían con harina, patatas, habichuelas, etc., y ahora, por el contrario, tenían que arreglarse por cuenta propia.

Mornese era pequeño y como ellas y sus alumnas eran ágiles en la costura, les faltaba trabajo. Decidieron las dos amigas que Petronila con una chica fuera a los pueblos vecinos a buscarlo, mientras María, más débil, pero más desenvuelta en mover la aguja, quedaba en casa.

Así se hizo y Petronila iba en busca de trabajo ateniéndose exactamente al sabio consejo que Don Pestarino le había dado: «Cuando vayas por las casas en busca de trabajo o por cualquier otro motivo, procura que las puertas estén siempre abiertas, quédate cerca de ellas y despacha los asuntos con rapidez».

Eran pobres, tenían necesidad de todo; a veces les faltaba aún lo indispensable, pero tenían tan pocas ambiciones que se conformaban con cualquier cosa; en aquella pobreza, que podía llamarse miseria, vivían contentas, gozaban de la alegría

(2) Proc. Ap., art. 47.

que proviene de la gracia de Dios y del deseo de imitar a Jesucristo y a la Santísima Virgen en la casa de Nazaret.

Estaban todas siempre alegres y especialmente María, que con su fino humorismo elevaba el ánimo de todas.

Una antigua alumna, después Hija de María Auxiliadora, escribe: «Yo era una de las que frecuentábamos el taller de María y recuerdo que a la hora de las comidas ella y sus compañeras (que eran cinco o seis) se retiraban a la pequeña cocina, que carecía hasta de una mesa decente y de las sillas necesarias para todas, y allí, algunas, de pie, tomaban su parco alimento.

»Yo las observaba varias veces a través de una hendidura de la puerta y veía que, generalmente, no comían más que un poco de polenta con ensalada o bien una sopa con pan. Pero ese poco (y esto me maravillaba) lo condimentaban con la más franca y santa alegría, que María sabía mantener viva, como para no dejar sentir las mil incomodidades de la nueva vida, sin ser aún religiosa».

5. Pero la divina Providencia pensaba en ellas y, de vez en cuando, les llegaban algunas ayudas. Una piadosa joven de los *Mazzarelli* de allá, huérfana de madre, que vivía con el padre y un hermano de éste ya anciano, les llevaba casi todas las semanas, con el debido permiso, pan, harina, alubias, patatas y fruta. Se llamaba Catalina Mazzarello, tenía cerca de veinticinco años y Dios le premió su caridad con la vocación religiosa, después de la muerte de su padre, siendo una de las quince primeras que vistieron el hábito de las Hijas de María Auxiliadora. Murió santamente después de haber hecho un gran bien.

También comenzó a ayudarles una piadosa viuda del pueblo, invitándolas frecuentemente a comer en su casa y yendo a prepararles algún parco almuerzo en la *casa de la Inmaculada*, llevando por su parte una vida semajante a la de las *hijas*. El Señor la bendijo porque, abierto el colegio, como diremos, consiguió pasar en él sus últimos años y prepararse a morir santamente.

También otras buenas mujeres les llevaban o mandaban, por medio de sus hijas, varias clases de alimentos y cuando ellas cultivaban gusanos de seda, les regalaban hojas de morera y les prestaban el asno para acarrearlas. María, en nombre de sus compañeras, manifestaba a todos su agradecimiento (3).

6. Al acercarse el otoño, María decía a su madre: «Mamá, no os preocupéis de los sarmientos y palos de tal viña, que nosotras los recogeremos». Y la madre asentía sonriendo.

Pero esto no era suficiente para el invierno. El padre de la joven María Grosso se presentó a decirles: «Yo tengo un bosque más allá del Roverno (4), mi hija sabe dónde está. Si queréis ir a coger leña para el invierno..., tenéis mi permiso, pero está un poco lejos».

María se lo agradeció cordialmente y un buen día fueron dos *hijas*, prepararon muchos haces y volvieron a casa para la hora de la cena. Algunas veces se dejaban llevar del deseo de preparar demasiados y trabajaban mientras se veía, después volvían a hora muy avanzada y, tal vez, no sin inquietud de las que esperaban en casa.

El día siguiente salían bastantes a las dos o las tres para recoger la leña preparada y volvían para la Misa de ocho. Si la luna brillaba, el camino, aunque era largo y un poco escabroso, no ofrecía peligro, pero si no lucía la luna, la cosa era muy distinta, porque el camino que lleva al torrente Roverno, después de unos veinte minutos entre la llanura y la subida, desciende bruscamente y se hace peligroso por las numerosas piedras y rocas; pero el peligro mayor está en atravesar el torrente, que debía hacerse pasando por encima de grandes piedras. Si el pie fallaba, era inevitable un pequeño baño nada agradable en las mañanas frías, pero ninguna fatiga ni sacrificio eran pesados para aquellas almas generosas.

(3) Proc. Ap., p. 280.

(4) Torrente que nace en el llamado Prado Grande di Parodi Ligure, a media jornada de Mornese, recorre el territorio de este pueblo y se une al Gorzente, junto a la alquería Gravaria, más abajo de la casa de Casaleggio. El Gorzente se une después al Piotta y éste al Orba, que desemboca en la Barmida, cerca de Castellazzo.

7. María se industriaba muy bien para procurarse las más variadas labores femeninas y para hacerlas ejecutar, por eso en casa no sólo se trabajaba en modistería, sino que se cardaba lana, se hacían mantas, medias y malla; se tejía y en primavera se cultivaban los gusanos de seda. Así llegaban a ganar para vivir.

Los clientes, algunas veces, pagaban el trabajo con dinero, otras con pan, polenta y otros comestibles; tal vez, con leña y en la primavera, cuando en casa se criaban los gusanos de seda, con hojas de morera. Pero no todos pagaban con puntualidad y las buenas *hijas* lo toleraban con gran paciencia. «Recuerdo —declaró una ex alumina— que cuando una Hija de la Inmaculada, que después fue Sor Juana Ferretino, encargada de cobrar a las clientes el precio del trabajo ejecutado, no conseguía obtenerlo de alguna familia, la Sierva de Dios no se inmutaba y decía: “No habrán podido”» (5).

Se dirigían a sus familias para pedirles ayuda, y a quien les hacía observar que no podían continuar en tanta pobreza, María, contenta de asemejarse a Jesús pobre, respondía: «El que confía en Dios no perecerá» (6).

8. Entre tanto, como hacían antes, no dejaban de asistir a los enfermos y necesitados.

Don Pestarino, con los socios de las *Conferencias de San Vicente de Paúl*, había alquilado dos habitaciones para recoger a las mujeres enfermas del pueblo que no tenían en casa quien pudiera asistirles. Las Hijas de la Inmaculada les prestaban su caritativa labor de asistencia y limpieza.

Una mujer pidió un día a María y a Petronila que asistieran a su madre enferma. Ellas acudieron a Don Pestarino para ver si en su nueva condición podían aceptar o bien debían mandarla a la señorita Maccagno, que estaba al frente de las que vivían como monjas en familia.

Don Pestarino contestó que podían aceptar con tal que les dieran alguna remuneración. Allá se fue Rosalía Ferrettino, que se tenía por la más fuerte de todas.

(5) Proc. Ap., p. 177.

(6) Proc. Ap., p. 178.



— María Auxiliadora
inspiradora y protectora de toda la obra de Don Bosco

Desde aquel día las *hijas* que eran llamadas comenzaron a prestar su asistencia incluso a enfermos que vivían con su familia, pero que no podían tener la necesaria asistencia. Ellas procuraban, ante todo, que los enfermos recibieran a tiempo los Sacramentos, porque —como dice San Vicente de Paúl— «haremos muy poco si descuidamos servir a los pobres en su espíritu».

Por esto decían a los familiares de los enfermos: «No les dejéis morir sin Sacramentos: tendríais que dar una gran cuenta al Señor». Y confortaban a los enfermos con pensamientos de fe.

«Recuerdo —declaró una ex alumna— que cuando María venía a visitar a mi madre enferma, la exhortaba a llevar con paciencia las enfermedades, diciendo que son rosas y flores para la eternidad. Decía también que el Señor le mandaba estas penas y tribulaciones para abreviarla el Purgatorio. Sé que iba también a visitar a otras enfermas y que mandaba a sus compañeras a velarlas por la noche» (7).

Vivía también en Mornese una soltera de cuarenta años, ciega, de probada virtud, a la que las mujeres del pueblo le llevaban pan, sopa, leche y otros alimentos, pero como éstas tenían muchas ocupaciones, no podían prestarle los servicios que necesitaba.

Las buenas *Hijas de la Inmaculada* la visitaban, la servían y estaban muy atentas a prepararle lo necesario cuando le llevaban la Comunión. «María —declaró Madre Petronila— ejerció siempre con solicitud este acto de caridad y animaba a las demás a realizarlo, pasando la noche con los enfermos y procurando que recibieran los Santos Sacramentos» (8).

María, cuando visitaba a los enfermos, especialmente a las niñas, iba acompañada de otras jóvenes para que aprendiesen a hacer obras de caridad. Sus especiales cuidados eran para las jovencitas (9), a fin de que los días laborables se ejercitaran en

(7) Proc. Ap., p. 178.

(8) Proc. Ord., p. 253.

(9) Proc. Ap., art. 49.

los trabajos femeninos y los festivos participaran en las sagradas funciones y estuvieran alejadas de los peligros de manchar su alma y de ofender a Dios.

Entre tanto, María procuraba atraer a su ideal de formar un instituto que se ocupara de las jóvenes, no sólo de las Hijas de la Inmaculada, sino también de las alumnas del taller y de las niñas mejores del oratorio.

He aquí algunos testimonio sacados del Proceso Apostólico.

La ex alumna del taller Catalina Mazzarello depuso: «Cuando estábamos en casa de Don Pestarino oí a la Sierva de Dios hablar con las compañeras mayores del voto de virginidad que ella y otras Hijas de la Inmaculada hacían cada año. Del voto de pobreza no oí hablar, pero no creo que fuera necesario, lo practicaban tan bien...» (10).

Sabemos además que casi todas las noches entregaban el dinero que tenían a Don Pestarino, al que obedecían en todo.

Otra ex alumna del taller, Rosalía Ferrettino, a la explícita pregunta de si María tenía intención de fundar un instituto religioso, respondió: «No sé si la Sierva de Dios tendría valor de fundar un nuevo instituto, sólo recuerdo que nos decía que las que lo desearan podían irse con ella y vestirían el hábito religioso» (11).

Y otra vez una ex alumna del taller, al ser interrogada si María podría llamarse Cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora, respondió: «De lo que ella nos decía muchas veces, puedo atestiguar que tuvo la intención de constituir una *Pía Unión de jóvenes* y quizá mantuviera ya desde entonces la idea de fundar una verdadera familia religiosa, porque se hablaba del nuevo hábito que llevarían» (12).

9. Estas *hijas* habían entrado en la casa de la Inmaculada sin una explícita y declarada intención de formar una congre-

(10) Proc. Ap., p. 39.

(11) Proc. Ap.

(12) Proc. Ap., p. 60.

gación religiosa, pero la congregación en sentido amplio, y sin que fuera ése el pensamiento, había surgido ya en la casa de Angela Maccagno.

Allí habían recibido a algunas jóvenes y tomado en alquiler dos habitaciones de un señor llamado Bodratto, para constituir un incipiente internado.

Ahora la congregación iba tomando consistencia al unirse otras *hijas* a las dos amigas y así el pequeño colegio crecía en número.

Las *piadosas jóvenes dependían en todo* de Don Pestarino y renovaban cada año en su capilla el voto de castidad.

¿No dice todo esto claramente que formaban ya una familia religiosa?

«Entre tanto, Don Bosco —declaró Madre Petronila— nos mandaba un Reglamento de su puño y letra, que era observado por todas.»

En este Reglamento se hablaba también de la uniformidad del vestido y de varias mortificaciones que debíamos practicar, entre las cuales estaba también la disciplina, que se suprimió, y el ayuno del sábado, que ahora se hace el viernes.

«Así vivimos seis o siete meses, después de los cuales pasamos a una casa de Don Pestarino, que había mandado construir para un colegio masculino salesiano» (13).

(13) Proc. Ord., p. 15.

CAPÍTULO XVIII

Don Bosco da un horario a las Hijas de la Inmaculada y decide fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora

(1867-1871)

1. Don Bosco va a Mornese con ocasión de la bendición de la capilla del colegio. Da una conferencia a las Hijas de la Inmaculada. Su agradecimiento a los mornesinos.—2. María desea poder tener trabajo en el colegio.—3. Don Pestarino lleva a María y a Petronila un horario escrito por Don Bosco para ellas y para las jóvenes del taller. Líneas generales de este horario.—4. Don Bosco decide fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Conversación con Don Pestarino.—5. Habla de su Capítulo.—6. Por qué escogió la casa de Mornese.—7. Don Bosco habla con Don Pestarino de su propósito. Sumisión y temores de Don Pestarino.—8. María busca la causa de la tristeza de Don Pestarino y no sabe qué decirse.—9. Don Bosco expone al Santo Padre Pío XI su intención de fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y recibe la aprobación.—10. Don Bosco escribe las Reglas o Constituciones para el nuevo Instituto y las entrega a Don Pestarino para que las dé a conocer a las Hijas de la Inmaculada. Por qué señales se podrá conocer si una hija tiene vocación.—11. Las hijas reciben las Constituciones (noviembre o diciembre 1871).

1. Mientras las *hijas* se industriaban por hacer el bien en la casa de la Inmaculada, avanzaban los trabajos de la construcción de Don Pestarino para el colegio. En otoño de 1867 estaba terminada la capilla.

Don Pestarino deseaba que Don Bosco la bendijera y le escribió, fijándose el piadoso acto para el día 13 de diciembre, dedicado a Santa Lucía.

Pero por motivos que no conocemos, no pudiendo Don Bosco asegurar su presencia, Don Pestarino pidió a la Curia de Acqui la facultad de bendecir la capilla para el párroco de Mornese, Don Valle.

Pero he aquí que la víspera llega Don Bosco. Complacido escribió Don Pestarino en su cuaderno de notas: «Se recibió a Don Bosco con señales de extraordinario cariño, como a quien se espera desde hace mucho tiempo».

Creemos hacer cosa grata a toda la Familia Salesiana, refiriendo, casi literalmente, la descripción de aquel recibimiento, tal como se encuentra en las «notas» citadas: «Fue una acogida grandiosa porque, como declaró una señora que estuvo presente, “cuando venía Don Bosco a Mornese parecía como si viniese Nuestro Señor”» (1).

Don Bosco llegó de Montaldeo ya casi anochecido. Gran parte de la población salió a su encuentro, y como hacía frío, acá y allá se encendieron fuegos en el camino hasta Castagneta, los cuales sirvieron de maravilla como señales de fiesta y regocijo.

Los niños, apenas divisaron el carruaje en el que venía Don Bosco, corrieron a su encuentro cantando un himno dedicado a él. En la capilla de San Roque —a pocos minutos del pueblo— le esperaban el párroco y el alcalde con todo el Ayuntamiento.

Don Bosco quiso apearse, pero no lo consintieron, porque el camino estaba muy húmedo. En cambio, montaron a su lado el párroco y el alcalde. Pero al llegar al pueblo tuvo que detenerse el carruaje porque el gentío era inmenso.

Finalmente, descendió Don Bosco, y todos iban a porfía a besarle la mano. Le acompañaron al colegio en construcción, y mientras de ordinario sólo se emplean cinco minutos en ese trayecto, Don Bosco empleó tres cuartos de hora largos; ¡tan inmensa era la masa de gente!

Todas las casas próximas al camino por donde tenía que pasar estaban iluminadas, e *iluminado* estaba también el colegio en construcción y adornado con inscripciones adaptadas a la circunstancia. En el pórtico se había levantado un palco y rogaron a Don Bosco que lo ocupara.

(1) Proc. Ord., p. 112.

Se leyeron algunas composiciones, que él escuchó con pruebas de benevolencia, pero como era tarde y el frío se hacía sentir, Don Bosco pidió que se dejara la fiesta para el día siguiente.

Dirigió a todos breves y afectuosas palabras de agradecimiento, se congratuló por el trabajo realizado, alabó a cuantos habían contribuido, los animó y dijo que, en cuanto de él dependía, estaba dispuesto a hacer todo lo posible para ayudarlos, que no se ilusionaran porque todavía faltaba mucho que hacer, pero que el Señor les ayudaría a continuar y perfeccionar la obra comenzada.

Cada cual se retiró a su casa con viva satisfacción, y al día siguiente el párroco bendijo la capilla dedicada a la Virgen de los Dolores. Don Bosco, con gran concurrencia de la población y clero de los pueblos circunvecinos asistentes a la piadosa función y terminadas las ceremonias del rito, celebró la primera Misa, como consta en una lápida de mármol colocada en el pórtico; después dijo unas palabras de ocasión, y, finalmente, impartió la bendición con el Santísimo. La inscripción de la lápida es la siguiente:

EL AÑO 1867, EL 13 DE DICIEMBRE,
 CON SOLEMNES RITOS
 FUE DEDICADA ESTA CAPILLA
 Y
 EL SACERDOTE JUAN BOSCO,
 MODELO SINGULAR DE CARIDAD Y DE CELO,
 OFRECIO EL PRIMERO
 LA HOSTIA INMACULADA
 INVOCANDO SOBRE EL NACIENTE COLEGIO
 Y SOBRE EL PUEBLO DE MORNESE
 LAS BENDICIONES DE DIOS

Permaneció en el pueblo cuatro días y concretó con Don Pestarino los trabajos que se debían realizar; celebró la Misa de Comunión, predicó en la parroquia, confesó, visitó a los enfermos, concedió muchas audiencias a los que venían a pedirle consejo y una conferencia a las Hijas de la Inmaculada.

En esta ocasión vio aún mejor lo que ya había visto otras veces, esto es, que todo cuanto hacían las *hijas* correspondía siempre más al proyecto que él anhelaba realizar y que ellas podrían servir para su futuro Instituto, pero no consta que haya hablado de ello con nadie.

Don Bosco antes de marchar mostró a todos su gran reconocimiento y prometió muchas veces que no se olvidaría de Mornese, especialmente en sus oraciones, a fin de que el Señor bendijera a todos en su alma, en su cuerpo, en sus campos y les diera el céntuplo de lo que tan generosamente le habían dado para la iglesia de María Auxiliadora.

Más tarde, el 8 de febrero de 1870, Don Bosco obtenía de Pío IX la indulgencia plenaria diaria para los mornesinos que comulgaran, como consta en una lápida de mármol colocada en la pared de la iglesia.

D. O. M.

CUANDO

EL INMORTAL PONTIFICE

PIO IX

A LOS VOTOS Y SUPPLICAS

DEL EXIMIO SACERDOTE TURINES

DON JUAN BOSCO

CON BREVE DEL 8 DE FEBRERO 1870

CONCEDIA

A LOS FELIGRESES DE MORNESE

LA INDULGENCIA PLENARIA DIARIA

COMULGANDO

EL CLERO Y EL PUEBLO

CON VOTO

UNANIMEMENTE AGRADECIDO

A EXPENSAS COMUNES

COLOCARON

ESTA LAPIDA

2. Entre tanto, las obras del edificio continuaban al tenor de las ofertas, y en el pueblo sólo se hablaba del colegio y de las futuras escuelas.

También María y Petronila participaban de este entusiasmo. María le decía a Petronila, según ésta nos contaba: «Recemos para que el colegio se termine pronto. Don Pestarino y Don Bosco reunirán muchos jóvenes y nosotras pediremos que nos confíen el lavado, cosido y arreglo de la ropa. Así no nos faltará trabajo sin tener que ir a buscarlo a otros pueblos; tendremos más tiempo disponible; ganaremos más y haremos mayor bien a las niñas».

Ni ellas, ni sus compañeras, ni nadie imaginaba que el colegio no iba a ser para hospedar a los chicos, sino que iba a destinarse a un fin más importante para ellas y para la Iglesia Universal.

3. Don Pestarino continuaba manteniéndose en íntima relación con Don Bosco y no sólo acudía a las conferencias anuales que daba a los directores de las casas salesianas (2), sino que alguna vez se dirigía a Turín para ponerle al corriente de cuanto se hacía en Mornese.

En uno de estos viajes a Turín ciertamente trataría con Don Bosco sobre las *Hijas de la Inmaculada*, porque a su vuelta, Madre Petronila nos contó varias veces: «En nombre de Don Bosco nos dio un pequeño esquema de reglamento con varias prácticas de piedad para las niñas y nos lo explicó según las aclaraciones recibidas».

No hemos podido encontrar tal reglamento, pero según el testimonio de Madre Petronila, he aquí el tenor de vida en él recomendado: Diariamente debían asistir a la Santa Misa, celebrada para el pueblo al amanecer en la iglesia parroquial. Cada una rezaba por su cuenta y debían estar allí de media hora a tres cuartos y no más.

Al volver a casa, María distribuía el trabajo preparado la noche anterior, y a las externas, que llevaban su propia labor, les enseñaba el modo de realizarla, como hacía antes.

(2) Cf. LEMOYNE, *ob. cit.*, vol. VIII, p. 296, vol IX, p. 563.

Tanto el trabajo como la comida tenían su tiempo establecido con intermedio de recreos.

Por la tarde hacían la lectura espiritual y al anochecer se rezaba el Rosario sin interrumpir el trabajo, a menudo entonaban cantos religiosos.

Anochecido rezaban las oraciones del buen cristiano, ordinariamente en la iglesia con todo el pueblo y después, junto a la cama, las acostumbradas *siete Avemarías* en honor de la Virgen de los Dolores, de las que ya hemos hablado.

El cuadernito contenía también algunos consejos, como el de vivir en la presencia de Dios, decir frecuentes jaculatorias, adquirir un carácter dulce, paciente, amable; tener siempre ocupadas a las jóvenes, asistirles y no dejarlas nunca solas; formarlas en una sólida piedad, pero sin hacerla pesada, etcétera, cosas todas que las *hijas*, especialmente María y Petronila, practicaban ya, pero que recibían ahora una confirmada autorización.

4. Don Bosco, entre tanto, continuaba pensando en el Instituto de las Hermanas y en julio de 1870 invitaba a Don Pestarino a Turín para las Cuarenta Horas, diciéndole: «Si usted puede venir en esta ocasión, me proporcionará una gran alegría y podremos hablar de nuestros asuntos».

¿De qué asuntos? Ciertamente de la obra del colegio, quizá más aún del tenor de vida de las *Hijas de la Inmaculada* y de lo que Don Bosco estaba disponiendo a su respecto.

En febrero de 1871 tuvo otras conversaciones con Don Pestarino, que el 28 del mismo mes escribía a su sobrino Don José: «He estado en Turín y se acordó decididamente la apertura del colegio en un sentido grandioso. Don Bosco tiene miras muy amplias y, por cuanto me ha dicho, será necesario seguir construyendo...» (3).

5. Más tarde, a primeros de mayo, Don Bosco reunió su Capítulo y, después de las oraciones de costumbre, dijo que tenía que comunicar una cosa de mucha importancia y conti-

(3) MACCONO: *L'Apostolo de Mornese*, pp. 132 y siguientes.

nuó: «Muchas personas autorizadas me han exhortado repetidamente a hacer por las jóvenes ese poco de bien que, por la gracia de Dios, venimos haciendo por los muchachos. Si debiese secundar mi inclinación, no me dedicaría a este género de apostolado (4), pero como las instancias son muy repetidas y proceden de personas dignas de toda estimación, temería contrariar un designio de la Providencia si no tomara la cosa en seria consideración. Os la propongo, pues, a vosotros y os invito a reflexionar sobre ello en la presencia de Dios, a sopesar el pro y el contra, para poder tomar después la resolución que redunde en mayor gloria de Dios y bien de las almas. Por eso durante este mes nuestras oraciones particulares y comunitarias vamos a ofrecerlas con este fin: obtener de Dios las luces necesarias para acertar en este importante asunto» (5).

La impresión producida por estas palabras fue profundísima y cada uno empezó a hacer oraciones especiales para que el Señor manifestase su divina voluntad.

Transcurrido el mes —contaba Don Albera—, Don Bosco reunió de nuevo a los miembros del Capítulo y pidió a cada uno su parecer comenzando por Don Rúa, el cual respondió: «Yo diría que sí, pues si una joven es buena puede hacer mucho bien en la familia y en la sociedad. Si en cambio es mala, ¡para cuántos será lazo de perdición!»

Cuando Don Bosco preguntó a Don Cagliero sonrieron todos, porque sabían que él se ocupaba ya con celo eficaz de varios institutos femeninos en Turín y cuán grande era su inclinación y aptitud para esta clase de apostolado. Sonrieron como diciendo que su voto no podía menos de ser muy favorable.

(4) Confieso ingenuamente no haber entendido nunca esta restricción que se pone en boca de Don Bosco. En efecto, apenas ordenado sacerdote aceptó ejercer el sagrado ministerio en los institutos femeninos de la Marquesa Barolo, y lo practicó con celo por dos años, hasta que se retiró por diversidad de pareceres. Y en 1862, como he referido en el cap. XI, núm. 7, en uno de los por él llamados «sueños», decía a la Marquesa de Barolo que se sentía en el deber de ocuparse «tanto de los jóvenes como de las niñas».

(5) De una Memoria histórica inédita existente en el archivo de las Hijas de María Auxiliadora.

Todos estuvieron unánimes en declarar la conveniencia de que Don Bosco proveyera a la educación cristiana de la juventud femenina como había hecho con la masculina (6).

Entonces dijo Don Bosco: «Ahora podemos tener por cierto ser voluntad de Dios que nos ocupemos también de las niñas. Y para llegar a algo concreto, propongo que se destine para esta obra la casa que Don Pestarino está ultimando en Mornese».

Es evidente que él pensaba en las Hijas de la Inmaculada que Don Pestarino dirigía en aquella parroquia (7), esto es, en las jóvenes que hacían vida común en la casa de la Inmaculada, Don Pestarino le había hablado de ellas en modo especial en estos últimos años y él les había mandado un horario y algunos consejos particulares.

He aquí cómo en este tiempo iban madurándose grandes acontecimientos para la obra general de Don Bosco y, de manera especial, para la obra femenina.

6. Quizá más de un lector se preguntará: «¿Cómo puede ser que Don Bosco decida destinar para las futuras religiosas el colegio que se está construyendo en Mornese, mientras se había dicho siempre a la población que se construía una escuela para muchachos?»

La pregunta es razonable y he aquí la respuesta que damos, refiriendo la declaración hecha en el Proceso Apostólico por Don José Pestarino, sobrino de Don Domingo.

(6) «La fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora —*Memoria histórica*—. Es inédita y se conserva en el archivo de las Hijas de María Auxiliadora. Consta de 21 páginas de protocolo escritas a mano y contiene también el verbal de la fundación. Al final tiene esta fecha: Nizza Monferrato, 25 de marzo de 1910. Después: Turín, Pascua 1910. Visto, se confirma (sello de la Pía Sociedad Salesiana).

Turín, 28 de marzo de 1910

SAC. MIGUEL RUA

San Benigno Canavese, 29 de marzo de 1910

SAC. PABLO ALBERA
SAC. JUAN LEMOYNE
SAC. FRANCISCO CERRUTI

Acqui, 21 de mayo de 1910

SAC. CARLOS GHIVARELLO
SAC. FRANCISCO BERTA

(7) *Memoria citada.*

«Cuando una cuarta parte del edificio (que según el plano debía tener ochenta metros de frente y dos brazos laterales) tenía ultimada la albañilería y terminadas dos plantas ya habitables, llegó un veto o una expresa desaprobación de la curia de Acqui, que habiendo iniciado entonces el pequeño seminario, temía quizá una competencia; mi tío moderó en seguida las obras y poco después las paró definitivamente» (8).

No sabemos si la Curia de Acqui escribió directamente a Don Pestarino o a Don Bosco, pero tanto para aquél como para éste la voz de la Curia era la voz de la autoridad, contra la que no se podía actuar. Por lo cual Don Pestarino, prudentemente, «detuvo los trabajos y poco después los paró por completo», y entonces Don Bosco pensó destinar el colegio a otro fin.

Suponemos también que él habría pensado y quizá comunicado a Don Pestarino: «En el colegio no se tendrán escuelas para los niños, pero el pueblo será igualmente compensado en sus sacrificios, ya que las religiosas se ocuparán de las niñas en el taller y en el oratorio festivo; cuando más tarde tengamos alguna capacitada para la enseñanza, abriremos escuela para las niñas y además, si el Ayuntamiento quiere, mandaremos de Turín algún maestro para los chicos».

En efecto, él hizo realmente así, como veremos después.

7. A mediados de junio Don Bosco llamó a Don Pestarino a Valdocco y, después de comunicarle cuanto había escrito la Curia Episcopal, «le exponía su deseo de preocuparse de la educación cristiana de las niñas del pueblo y declaraba que Mornese le parecía el lugar más adecuado para la fundación del nuevo Instituto por la salubridad del clima, por el espíritu religioso que reinaba y porque estando ya iniciada desde hacía varios años la Congregación de las Hijas de María, con el título de la Inmaculada y la de las nuevas Ursulinas, se podía elegir fácilmente entre ellas a las que estuvieran más dispuestas y fueran llamadas a hacer en todo vida común y a

(8) Proc. Ord., pp. 86-87.

retirarse del mundo. Con éstas, que tenían ya una vida más reglamentada y de espíritu de piedad, se podría iniciar con más facilidad el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, el cual, con el ejemplo, el espíritu y la instrucción, se propusiera cultivar a mayores y pequeñas» (9).

El nuevo Instituto debía tener el mismo fin que había asignado a los oratorios de Turín y a los colegios de los chicos que ya habían abierto en varios lugares, esto es, «promover el bien y la formación cristiana entre los niños del pueblo».

Después de esta exposición pidió a Don Pestarino que le diese con toda sinceridad su parecer.

«Mi tío —prosigue Don José— se mostró contrariado no por la institución de las Hijas de María Auxiliadora, sino porque la población vería mal este cambio. Don Bosco le animó y consoló diciéndole que el Señor proveería, pero —termina el sobrino— los acontecimientos colmaron de amargura el corazón de mi tío» (10).

Don Pestarino, sin vacilar, respondió: «Si Don Bosco acepta la dirección y protección del Instituto, yo estoy en sus manos dispuesto a hacer en todo momento lo poco que pueda a este fin. Algunas *hijas* están ya unidas en vida común en una casa de Mornese».

«Bien —prosiguió Don Bosco—, por ahora basta. Recemos, pensemos y reflexionemos. Confío en el Señor, la cosa saldrá bien para mayor gloria de Dios y bien de las almas» (11).

Después de algunas observaciones y reflexiones acerca de la elección de las jóvenes y las reglas fundamentales que pensaba redactar, lo despidió.

Don Pestarino tenía hacia Don Bosco la mayor veneración y había puesto en él una confianza ciega e ilimitada, pero volvió al pueblo con una tristeza que le oprimía el corazón. El pensaba: «Don Bosco es un santo y ciertamente está guiado en

(9) De un manuscrito inédito de Don Pestarino, que se conserva en los Salesianos de Turín; lo que sigue se ha tomado fielmente del mismo manuscrito, pero si no está referido textualmente es porque Don Pestarino lo dejó incompleto.

(10) Proc. Ord., p. 87.

(11) MACCONE: *L'Apostolo de Mornese*, p. 136, nota.

todo por el Espíritu de Dios. Pero ¿el pueblo lo entenderá? ¿No se dijo siempre que el colegio se construiría para los chicos? La población ¿no prestó su trabajo gratis para este fin? ¿Cómo, pues, justificar un cambio tan imprevisto? La Curia Episcopal tendrá ciertamente sus buenos motivos, pero ¿es lícito exponerlos al pueblo? ¿Conviene? ¿Los comprenderían? ¡Hacer de las Hijas de María religiosas! Son buenas, son óptimas, pero... ¿querrán ellas?»

8. «Otras veces —nos decía Madre Petronila—, Don Pestarino volvía de Turín transfigurado, pero ahora, por el contrario, se mostraba pensativo, preocupado y triste. A nosotras nos hizo tal impresión que María insistió filialmente para conocer el motivo. El volvió atrás y, después de un momento de duda, nos dijo: “¡Hay grandes novedades, hijas! Don Bosco no quiere que el colegio sea para los chicos, sino para las jóvenes”.

»Nosotras no sabíamos qué decir y estábamos muy lejos de pensar lo que después sucedió. No nos imaginábamos que se pudiera pensar en nosotras y que un día llegaríamos a ser religiosas. Solamente comprendíamos que el hecho revolucionaría al pueblo y ocasionaría muchas penas a Don Pestarino».

9. Entre tanto, Don Bosco rezaba y hacía rezar. El 22 de junio de 1871 fue a Roma con motivo del nombramiento de varios obispos para más de sesenta diócesis vacantes en Italia (12). Llegó allí el día 23 y se quedó hasta la noche del 1 de julio.

En una de las varias audiencias privadas que tuvo con el Santo Padre, le manifestó su deseo de fundar un instituto de religiosas y le suplicó que le diera un oportuno consejo. El Vicario de Jesucristo le escuchó atentamente y después dijo: «Lo pensaré y en otra audiencia os diré mi parecer».

Después de unos días, Don Bosco volvió a ver al Papa y antes de que él hablase, oyó de labios de Pío IX: «He reflexionado sobre vuestro proyecto de fundar una congrega-

(12) LEMOYNE, *ob. cit.*, vol. II, p. 116.

ción de religiosas y me ha parecido de la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Mi recomendación es ésta: que tengan como fin principal hacer por la instrucción de las niñas lo que los miembros de la Sociedad Salesiana hacen en favor de los jóvenes. En cuanto a la dependencia, dependen de usted y de sus sucesores, lo mismo que las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl dependen de los Paúles.

»Redactad en este sentido sus Constituciones y comenzad la prueba, el resto vendrá después» (13).

10. Don Bosco, cuando tuvo la aprobación y el consejo de Pío IX, escribió las Constituciones, sirviéndose de las que tenían las Hermanas de Santa Ana, como se deduce de las expresiones iguales o casi iguales a las que se encuentran en las Constituciones de aquel Instituto. Cuando más tarde fue a Turín Don Pestarino, Don Bosco se las entregó para que las llevase a las *Hijas de la Inmaculada*, dándoles al mismo tiempo explicaciones y consejos.

Esto sucedió probablemente en noviembre o diciembre de 1871, porque Madre Petronila dijo que después de recibir las Reglas estuvieron aún en la casa de la Inmaculada seis o siete

(13) ... Creemos oportuno publicar una carta de Don Bosco a Don Rúa, del 1 de julio de 1871, la cual contiene un período que tal vez tiene relación con el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. HeLa aquí:

Querido Don Rúa:

«He tenido dos audiencias con el Santo Padre y he tratado del modo más satisfactorio todas las cosas.

»Esta noche salgo para Florencia, donde me quedará dos días para recoger algún dinero, si es posible.

»Di a Don Savio que adelante la construcción de la iglesia de San Juan Evangelista. Creo que podremos fijar la fiesta de San Luis para el 16 de los corrientes.

»Saluda a todos nuestros queridos jóvenes, díles que estoy impaciente por verlos. El martes espero estar con ellos y les contaré muchas cosas; les agradezco sus oraciones por mí, yo les recuerdo siempre en la santa Misa.

»Ahora se trata de un asunto que interesa a todo el mundo, cuyo éxito depende de la oración y de la guerra contra el pecado.

»Animo, pues...»

Las palabras: «Ahora se trata de un asunto que interesa a todo el mundo», ¿a qué se refieren?, ¿al nombramiento de los obispos para las Diócesis vacantes? Pero se refería sólo a Italia. ¿Al Instituto que debía fundarse de las Hijas de María Auxiliadora? Es probable. ¿A otro asunto desconocido por nosotros?

meses, pasando más tarde al colegio, y nosotros sabemos que lo hicieron el 23 de mayo de 1872 (14).

Es muy probable que fuera en esta ocasión cuando Don Pestarino preguntó a Don Bosco: «¿Cómo haré para conocer quiénes entre las Hijas tienen vocación?»

«Aquellas —respondió don Bosco— que son obedientes, aun en las cosas más pequeñas; que no se ofenden por las correcciones recibidas y manifiestan espíritu de mortificación».

II. Don Pestarino volvió a Mornese con el precioso manuscrito.

«Un día —nos contaba Madre Petronila— no entregó un cuadernito y nos dijo que era la Regla escrita por Don Bosco, precisamente para nosotras; que la leyéramos y meditáramos bien, para ver si nos agradaba. Nos dijo que estábamos todas en período de prueba y que más tarde nos preguntaría para saber quién quería observar aquella Regla y hacer cuanto deseaba Don Bosco y quién pensaba lo contrario.

»Se hablaba también del hábito y de las varias mortificaciones que se debían practicar, entre las que estaba también la disciplina que se quitó y el ayuno del sábado, que ahora se practica el viernes. En este estado vivimos seis o siete meses, después de los cuales fuimos a la casa que Don Pestarino había hecho construir para un colegio masculino salesiano (15).

»El no nos dirigió ninguna palabra de aliento, dejándonos en plena libertad de aceptar o no.

»Nosotras empezamos a leerlas y a explicárnosla, y aun a pedir explicaciones, porque estábamos poco instruidas. Eran poco más o menos como las Constituciones que Don Bosco nos dio más tarde; pero recuerdo que en aquella primera se decía que lleváramos todas el mismo vestido y que debíamos rezar los Siete Dolores de la Virgen.

»Don Pestarino nos dijo que Don Bosco había introducido esta devoción para que hiciese las veces de las *horas canónicas* que rezan las monjas de clausura. Se hablaba también de

(14) Proc. Ord., p. 15.

(15) Proc. Ord., Sum., p. 97.

darnos disciplina. Nosotras no sabíamos en qué consistía y cuando lo supimos dijimos que no nos agradaba y no la observamos nunca. Se prescribía también el ayuno del sábado, que después se trasladó al viernes» (16).

En el Proceso Informativo, la misma Madre Petronila declaró: «María se manifestó en seguida satisfecha y aceptó la propuesta de Don Bosco. Yo lo hice más tarde y lo mismo otras jóvenes que estaban con nosotras, aunque no pertenecían a las Hijas de la Inmaculada» (17).

María aceptó en seguida contentísima porque estaba espiritualmente preparada para comprender la gran misión y porque veía cumplirse así un deseo suyo jamás olvidado; además veía también hacerse realidad la visión de aquel gran edificio y no sólo aceptó ella, sino que exhortaba a las otras a seguirla.

(16) Proc. Ord., p. 97.

Al final de la Regla estaba escrito:

1871 — 24 de mayo.

Constituciones Reglas del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. (Cada vez que figura la expresión «Hijas de María Auxiliadora» aparece la corrección «Hijas de la Inmaculada y de María Auxiliadora», bajo la protección de San José, de San Francisco de Sales y de Santa Teresa.)

(17) Proc. Ord., p. 97.

CAPÍTULO XIX

María de nuevo elegida Superiora. Las Hijas pasan al colegio

(1871-1872)

1. Don Pestarino visita a Don Bosco en Varazze, que le habla del nuevo Instituto. Llegada a Varazze de dos mornesinos con obsequios para Don Bosco.—2. Don Pestarino reúne a las Hijas de la Inmaculada y María Mazzarello es elegida Superiora.—3. Las Hijas al colegio.—4. Descontento en el pueblo.—5. Pobreza en el colegio.—6. Ayudas de la Providencia.—7. Don Pestarino consuela a las Hijas.—8. Espíritu de serenidad de María Mazzarello.—9. María insiste para que Don Bosco mande una superiora.—10. Tenor de vida en el colegio.—11. María Mazzarello se ocupa de los trabajos más humildes.—12. Providenciales ayudas.—13. Oraciones al ir al descanso.—14. Continúa el malhumor del pueblo. María anima a las compañeras. 15. Escenas familiares en el oratorio festivo.

1. A primeros de diciembre de 1871 Don Bosco cae gravemente enfermo en el colegio de Varazze y el día 7, vigilia de la Inmaculada, tuvo que guardar cama.

Cuando se supo en Mornese la dolorosa noticia, muchos y el mismo Don Pestarino ofrecieron por él su vida (1) y éste además fue varias veces a visitarlo. La primera fue el 2 de enero de 1872 y se quedó con él varios días.

El día de Epifanía, y en un momento en que no había nadie en su habitación, Don Bosco preguntó a Don Pestarino cómo iban las cosas en Mornese; cuántas eran las *hijas* que convivían en la casa de la Inmaculada; cómo era el espíritu que las animaba y si había alguna apta para la finalidad del Instituto que quería fundar.

(1) Véase en la *Vida de Don Pestarino*, parte II, cap. 10, la bellísima carta que el santo sacerdote escribió en esta ocasión a Don Miguel Rúa.

Don Pestarino respondió que «podía asegurar que estaban dispuestas a la obediencia y a cualquier sacrificio para el bien de su alma y para ayudar a sus semejantes».

«Por tanto —replicó Don Bosco—, se podría dar principio a lo que convinimos en Turín. Si te parece bien, al llegar a Mornese, las reúnes a todas, también a las que viven con su familia, y haz que se elijan su Capítulo o Consejo... Diles que recen y se animen. Se trata de hacer todo cuanto entedemos ser para gloria de Dios y honor de la Virgen; y yo pediré al Señor y a la Virgen aquí, desde mi lecho, por ellas y para que se dignen bendecir nuestro Instituto» (2).

La noche del sábado en el último tren llegaron doce padres de familia de Mornese con varios regalos para ofrecerlos a Don Bosco. Fueron cordialmente acogidos y hospedados en el colegio. La mañana siguiente, después de la Misa dominical, fueron conducidos a la habitación de Don Bosco, se dispusieron en círculo para éste pudiera ver mejor a todos y colocaron ante él los obsequios que llevaban.

Uno tenía un cesto de las más exquisitas uvas; otro, mantequilla fresca; otros, frutas, huevos, miel, pichones, una liebre y mostaza; otro llevaba un garrafón de vino moscatel; otros, dos pequeñas garrafas de vino más exquisito. Don Pestarino, terminada la presentación de los dones de sus paisanos, le ofreció él también dos botellas de vino añejo, de más de cincuenta años.

2. Don Bosco agradeció a todos, les prometió hablar con cada uno en particular y los despidió.

Cuando ya se habían marchado sus paisanos, Don Pestarino se quedó aún algunos días en Varazze y llegado a Mornese hizo cuanto le había encargado Don Bosco.

Sin decir nada a nadie y con gran complacencia por su parte, reunió en el hermoso día de San Francisco de Sales a todas las *hijas*, tanto las que vivían en la casa de la Inmaculada como las que estaban con su familia... Rezó el *Veni*

(2) Del manuscrito ya citado de Don Pestarino.

Creator Spiritus ante el Crucifijo colocado sobre una mesa entre dos velas encendidas y les expuso cuanto Don Bosco le había aconsejado hacer.

Las convocadas eran veintisiete; cada una entregó un voto a Don Pestarino, quien los mandó leer a la maestra del pueblo, Angela Maccagno, que hacía como de superiora de las que vivían con sus familias.

Resultó elegida Superiora María Mazzarello, con veintiún votos.

Ella, al oírlo, se levantó y pidió vivamente a Don Pestarino y a las compañeras que la eximieran, diciendo que agradecía a todas que hubieran pensado en ella, pero que no se sentía capaz de desempeñar semejante carga.

Algunas advirtieron que si le habían dado los votos debía aceptar, porque si no lo mismo podría decir cualquiera que fuera elegida.

María continuaba siempre diciendo que no se consideraba capaz y que no aceptaría si no era obligada por la obediencia.

Don Pestarino dijo que él no hacía nada sin contar antes con Don Bosco.

Todas consintieron y acordaron que María quedara como primera asistente con el título de Vicaria, según las Reglas, y fue aceptado.

Pasaron después a la elección de la segunda asistente y salió Petronila Mazzarello, con diecinueve votos. Se retiraron estas dos y nombraron maestra de novicias a Felicina, hermana de María, y ecónoma a Juana Ferrettino. Como superiora de las que vivían en familia quedó la maestra Maccagno.

Publicados los nombres de las elegidas, Don Pestarino mandó rezar el *Laudate Dominum omnes gentes* y dio por terminada la reunión.

3. Parece ser que él a primeros de febrero volvió a Varazze. Lo cierto es que el 15 de febrero Don Bosco, de nuevo en Turín restablecido de su enfermedad, en la reunión de todos los directores y los hermanos del Oratorio, oyó muy complacido de labios de Don Pestarino cuanto había hecho en Mornese y le

repitió que destinaba el colegio para residencia del nuevo Instituto. Era necesario, por tanto, trasladar allá el domicilio de las *hijas*.

Pero ¿cómo comunicar a la población que en lugar de los niños ocuparían el colegio las Hijas de la Inmaculada?

Don Pestarino no sabía cómo hacer, pero la divina Providencia vino en su ayuda.

La casa parroquial contigua a la de la Inmaculada amenazaba ruina; no bastaban reparaciones, sino que era necesario derribarla y hacerla de nuevo. Pero durante los trabajos, ¿dónde habitaría el párroco? La casa más indicada era la de la Inmaculada, por su proximidad a la parroquia, sus amplias habitaciones y patio cercado. El párroco la deseaba, pero las *hijas* ¿dónde se refugiarían? En el colegio había locales vacíos que se podrían ocupar, pero ¿cómo hacer semejante propuesta?

El Ayuntamiento tenía la obligación de contribuir a los gastos para la reedificación de la casa parroquial y este asunto debía tratarse en la sesión del 8 de mayo de 1872 (3).

El párroco, como dijo Don José, sobrino de Don Pestarino, «se entendió con mi tío y con algunos concejales y durante la sesión uno de ellos pide a mi tío, también concejal, que ceda por un alquiler, que el Ayuntamiento le pagaría, su casa al párroco y haga pasar a las *hijas* al colegio. Mi tío hizo algunas observaciones y finalmente aceptó, reconociendo en esto la mano de Dios».

«Con toda prudencia habló a las *hijas* de las intenciones de Don Bosco, las exhortó a rezar, a callar y a prepararse al nuevo traslado.»

En el colegio había pocas habitaciones terminadas y habitables; las del piso superior estaban ocupadas por Don Pestarino y las de la planta baja por un contratista.

Don Pestarino dijo que las *hijas* se trasladarían provisionalmente a la casa próxima llamada Carante, comprada por él en nombre de Don Bosco el 21 de marzo de 1871.

(3) Véase el *Anexo* del presente capítulo.

Ellas querían retrasar el traslado algunas semanas, porque al tener gusanos de seda temían que por el cambio no hiciesen después los capullos, pero Don Pestarino no consintió retraso alguno. Les dijo que fueran a despedirse del párroco y le dijeran que iban a vivir al colegio, para secundar el deseo de Don Bosco; que le agradecieran cuanto había hecho por ellas y le pidieran siguiera dispensándoles su gran benevolencia.

El traslado se hizo, sin llamar la atención de la gente, la noche del 23 de mayo de 1872. Las *hijas* habitaron la casa Carante algún tiempo y después pasaron definitivamente al colegio, ocupando la planta baja, porque el segundo piso, como se ha dicho, lo ocupaba Don Pestarino.

4. Cuando se supo en el pueblo que el colegio había pasado a las *hijas* y que no sería ya para los chicos, se levantaron grandes protestas y desaprobaciones que sólo por el gran respeto que todos tenían a Don Bosco no dieron lugar a actos violentos contra la persona de Don Pestarino (4).

«Los adversarios —depuso su sobrino Don José— no dudaban en considerar a mi tío como un traidor. El, que no quiso nunca justificarse para no comprometer a la Curia, callaba y sufría» (5).

El pueblo gritaba por la traición, porque el colegio no se abría para los niños, como se les había prometido; se gritaba que no había derecho a esto porque habían contribuido a su construcción con oferta de materiales y prestación gratuita de mano de obra; murmuraban porque las *hijas* estaban recluidas y separadas de las familias y de la población sobre la que ejercían tan huena influencia y se las amenazaba inclusive con no mandar a ninguna niña con ellas.

Algunos padres obligaron a sus hijas a volver a casa, por temor a que no pudieran después contraer matrimonio, y éstas el domingo se reunían en la casa de Angela Maccagno (6).

Otros, no pudiendo hacer desistir a sus hijas de su ideal,

(4) Memoria histórica citada.

(5) Proc. Ap., p. 87.

(6) Proc. Ap., p. 40.

suprimieron sus acostumbradas ayudas, y ellas, «generosas, tuvieron que sufrir, a veces, la falta de lo necesario».

5. Es cierto que los gusanos no se resintieron por el traslado; al contrario, empezaron muy pronto a trabajar con actividad, como para compensar a las *hijas* por su obediencia, y después produjeron unos ciento diez kilogramos de capullos, cuyo producto les sirvió para los primeros gastos; pero la casa era pobrísima y desprovista de todo: alguna mesa coja, varias sillas rotas y nada más.

No habían hecho aún voto de pobreza, pero lo practicaban satisfechas de padecer por amor a Jesucristo, pobre por nosotros. Por lo demás, ¿no habían ejercitado siempre la pobreza tanto en la casa Maccagno y Bodratto como en la de la Inmaculada? Un poco más o menos, ¿qué importaba? Ellas sufrían toda clase de privaciones con heroica paciencia, contentas con hacer la voluntad de Dios manifestada por el sabio director que las guiaba, no se preocupaban de las habladurías del pueblo y pensaban sólo en santificarse a sí mismas con el recogimiento, la oración y el trabajo.

6. Don Pestarino procuraba mandarles alguna cosa y también el párroco Don Valle contribuía a esta obra de caridad enviándoles arroz, harina, pasta, vino, castañas y otros alimentos.

Algunas veces, cuando ya no tenían nada, María iba a su casa a pedir harina, patatas y legumbres y, bromeando, decía: «Si me hubiera casado, como vosotros deseábais, y tuviera necesidad, ¿no me daríais acaso cuanto necesitara para mí y para mi familia? Y si, por el contrario, tengo otra familia distinta, ¿me negaréis lo que necesito y vosotros podéis darme?»

Y el padre, sonriendo, decía: «De lo poco que tenemos coge lo que necesites y vete contenta».

7. En el pueblo se seguía criticando de Don Bosco y de Don Pestarino, porque se ignoraba el motivo por el que se

había dado al nuevo edificio distinto destino. Pero como estos motivos no se podían declarar al público, el uno y el otro sufrían en silencio.

Los días pasaban angustiosamente, sobre todo para Don Pestarino. «Hubo un tiempo —nos contaba Madre Petronila— que sus amigos, conociendo las malas intenciones de sus adversarios, hacían guardia por la noche en su casa.» Pero él se hacía ánimo y procuraba infundir aliento también a las *hijas*. El, sacerdote de celo y de fe viva, en el trato con Don Frassinetti y con Don Bosco había adquirido una gran confianza en la divina Providencia, por esto les decía que no se asustaran, que todos los principios en casi todas las empresas son difíciles; que Don Bosco tenía luces especiales del cielo y que debían someterse por completo a sus deseos; que aquella tempestad cesaría, tendrían trabajo y numerosas niñas y llegarían a estar mejor que antes. Que no pensasen en los chismes del pueblo, no se maravillaran porque se marchara alguna compañera, también Don Bosco al fundar la Sociedad Salesiana fue criticado y abandonado por muchos, pero la obra era querida por Dios y continuó desarrollándose, del mismo modo se desarrollaría la suya, porque también en esta nueva obra estaba guiado Don Bosco por el Señor. Por lo demás, las críticas, las contradicciones y las deserciones se vieron siempre en los comienzos de toda institución; que fueran constantes, trabajaran y sufrieran por amor a Dios, pensarán en los bienes eternos que podían merecer...»

Las buenas *hijas* le escuchaban con interés y le seguían con fervor y, conscientes de su dolor, le ocultaban todas las penas y disgustos para no verle sufrir aún más.

8. María, además de su buen humor, sus chistes y graciosas salidas, tenía elevado el espíritu de todas y hacía que aquella vida de sacrificio fuera no sólo menos dura, sino agradable. Era siempre la primera en la oración y en el trabajo, y superaba a todas en la actividad y celo, en el espíritu de obediencia, de humildad y de mortificación; ofrecía a todas en sí misma un modelo de virtud.

9. Hacía de Superiora porque así lo querían las compañeras, pero ella no lo deseaba, y de tanto en tanto preguntaba a Don Pestarino:

—¿Cuándo mandará Don Bosco a la nueva superiora?

—Don Bosco ha dicho que la mandará, pero también ha dicho que entre tanto hagas tú de Vicaria.

—Haga el favor de escribir diciéndole que la mande pronto.

—Continúa como hasta ahora y a su tiempo la mandará el Señor.

María obedecía resignada.

10. Su tenor de vida era el siguiente: por la mañana se levantaban en silencio y bajaban a la capilla, donde Don Pestarino celebraba la santa Misa. Observaban un silencio rigurosísimo y no lo rompían ni siquiera para decir que querían recibir la Sagrada Comunión. Como aún no tenían permiso para reservar el Santísimo, para saber cuántas querían comulgar se recurrió a un medio muy ingenioso. Se colocó junto a la pila del agua bendita una tablita con muchos agujeritos por los que pasaban otras tantas cuerdecillas que quedaban ocultas entre la tabla y la pared. La que deseaba comulgar, antes de tomar el agua bendita, tiraba de una cuerda y se iba a su sitio. El clérigo Campi (que fue después sacerdote salesiano, ya nombrado anteriormente y muerto en Mathi en 1922) antes de empezar la Misa pasaba a contar las cuerdecillas y llevaba al altar las partículas correspondientes.

En la capilla para la Misa «podían entrar también las mujeres y jóvenes de fuera, que al principio fueron pocas, pero aumentaron después por las exhortaciones de la Sierva de Dios» (7).

Terminada la santa Misa las *hijas* hacían la meditación y después atendían a los varios trabajos de costura, lavado o ir a la viña. Además, antes de irse a dormir transportaban el material para la construcción del edificio, como también en los breves recreos de la jornada.

(7) Proc. Ap., p. 40.

Al desayuno tomaban sólo un poco de pan o polenta del día anterior; a la comida, menestra y pan, polenta y ensalada o patatas y legumbres; alguna rara vez, leche, huevos, queso o pescado que les habían regalado o entregado en compensación de trabajos hechos.

Era un alimento muy frugal y no siempre tenían lo suficiente. En este caso, María daba una escapadita a su casa y volvía con alguna cosa que compartía con las compañeras; después, con sus bromas engañaba el apetito.

Madre Petronila depuso más tarde: «María ocultaba a sus padres el miserable estado de la comunidad para que no sufrieran por ella y no trataran de sacarla de allí» (8), insistiendo para que volviera a casa.

Pero su madre conocía un poco las estrecheces en que vivía y, pudiendo, de vez en cuando le mandaba alguna cosa por medio de uno de sus hijos.

Un día llega el hermanito con una pequeña provisión, ella la mira y dice tristemente: «Pero esto es demasiado poco, ¿cómo podré dar una parte a cada una? Sé bueno, ve de una escapada a casa y dile a mamá que te dé más, porque de verdad lo necesito. ¡Pobre mamá! ¡Pero es tan buena...!

El hermanito obedeció y poco después volvió con pan, patatas y habichuelas que ella recibió muy agradecida.

La mamá decía: «Pobre hija, tal vez le falta hasta el pan y podría volver a casa con nosotros que no somos ricos, pero no nos falta nada; no obstante, tiene allí el corazón... Dios la ayude...»

Las *hijas* recogían la leña en la viña de Don Pestarino; cuando no tenían suficiente, María iba a cogerla a la viña de su padre. Algunas veces le ofrecían fruta, miel, uvas, etc., y las aceptaba con agradecimiento, pero las llevaba a las compañeras sin probarlas.

11. Iban a lavar al torrente Roverno y «aún el lavado servía —escribe la hermana de María— para ejercitarse en la virtud, tanto mi hermana como sus compañeras.

(8) Proc. Ord., p. 345.

»Llegado el día destinado a lavar, ella no se eximía por nada de aquel oficio, sino que cogía un poco de pan o un trazo de polenta, se iba con otras cuantas al torrente y se quedaba allí hasta terminar el trabajo.

»En tales ocasiones no se veía en el rostro de ninguna ni tristeza ni desaliento, sino que aquellos días eran los más hermosos de todos.

»La querida María, con su alegría y su buen ejemplo, sabía convertir los más duros sacrificios en dulces y suaves deleites, tanto que dejaba siempre en todas el deseo de nuevos padecimientos.

»Volvió a casa cansada y muchas veces calada, pero no se ocupaba de sí, sino de hacer cambiar la ropa a las demás, prepararles algo caliente y otras delicadas atenciones. En suma, era como una madre amorosa, siempre atenta a preferir la comodidad de las hijas a la suya propia».

También otra compañera, más tarde Hermana, escribe: «Se ocupaba con gran amor de los trabajos más bajos y pesados de la casa y se daba a todos los quehaceres, a pesar de su delicada salud. Se mostraba muy solícita en procurar el bien de los demás y nada pasaba desapercibido a su mirada vigilante y experta».

El señor Antonio Maglio, mornesino, declaró: «No se prefería jamás a las otras y procuraba más bien ocultar que poner de relieve sus buenas obras» (9).

12. Para transportar la ropa lavada, la leña o las hojas para los gusanos de seda, algunas veces una buena señora les cedía el asno de su casa y las *hijas* la recompensaban con la hechura de algún vestido. Más tarde, un buen anciano, viudo y piadoso cristiano, se prestaba a ir cada semana a Ovada a por el pan, y en ocasiones, a Serravalle y a Gavi para transportar los baúles o saquitos de las postulantes que llegaban. Las buenas *hijas*, agradecidas, admitían a su hija para los trabajos de casa.

(9) Proc. Ap., p. 378.

13. «Al ir al descanso, antes de enero de 1872, rezábamos siete Avemarías a la Virgen de los Dolores, como ya se ha dicho; más tarde empezamos a rezar una “coronilla” o rosario, en la que se repetía cincuenta veces: “Dios mío, me entrego toda a Vos para que hagáis de mí cuanto os plazca”, con la respuesta: “Sea mi corazón todo para Vos”. Al terminar cada decena se repetía la jaculatoria: “Bendita sea la Santa e Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios”. La asistente, pasando, decía la primera parte y las demás respondían mientras se preparaban para dormir.»

14. El mal humor continuaba en el pueblo. Pero la Providencia dispuso que el Obispo de Acqui, Monseñor Scian-dra, fuera a recuperar su salud precisamente al colegio de Mornese. La presencia del Obispo calmó las voces adversarias (10).

No obstante, se continuaba augurando malos pronósticos acerca de la nueva institución. Al principio se decía que en el curso de una semana o quince días todas las Hijas habrían vuelto con sus familias para no morir de hambre o de tristeza; después, viendo que perseveraban —nos refería Madre Petronila— decían: «A lo más permanecerán mientras viva Don Pestarino». Era frecuente en el pueblo la pregunta: «¿Qué quieren hacer allí aquellas cuatro marmotas? Morirán de hambre». María no sólo no se ofendía, sino que se alegraba (11).

«Al encontrarnos por la calle nos preguntaban con curiosidad para saber qué hacíamos, qué pretendíamos, cómo podíamos vivir allí solas sin ningún hombre que nos ayudara y defendiese. Nosotras, cuando no podíamos evitar la respuesta, decíamos que éramos felices, que nunca habíamos estado tan contentas y que el Señor pensaría en nuestro porvenir.

»Los buenos se admiraban al vernos contentas y serenas en medio de tanta miseria, y los malos se burlaban de nosotras».

(10) Proc. Ap., p. 87.

(11) Proc. Ord., p. 345.

María se mostraba siempre hacendosa en el trabajo y muy hábil en las faenas domésticas, y decía: «Aunque seamos mujeres, nadie debe pisotearnos; lo que es justo es justo».

Y oyendo decir a algunas compañeras que les habían motejado por la calle, las animaba a no tener miedo diciendo: «Nosotras nos hemos entregado al Señor y queremos ser suyas; por tanto, no debemos preocuparnos de lo que dice o piensa el mundo de nosotras. Dejad que digan lo que quieran; nosotras hagamos lo que debemos hacer para conseguir ser santas».

15. El domingo las chicas del Oratorio corrían al colegio más alegres y contentas que antes, porque tenían un patio más grande y una capilla expresamente para ellas. Una de aquellas oratorianas, de dieciséis años, nos contaba: «María jugaba mucho con nosotras y nos hacía cantar bellas alabanzas. Otras veces nos contaba bonitos ejemplos y después entonaba esta canción:

¡Oh, hermoso cielo!,
esto es el valle del dolor...
¡Consuélame tú!
¡Yo quiero ir al cielo!

»Se repetía tres veces “quiero ir, quiero ir” y nuestro entusiasmo era tan grande que cogíamos a María sentada en una silla y la llevábamos alrededor del patio. Alguna le ponía en las manos un ramillete de flores, ordinariamente rosas, y cantábamos:

¡Ramillete de primavera!
¡Noche buena, noche buena
a todas ellas!
La jornada se va,
otra vendrá
y aún otra más
y como esta tarde
se nos irá,
se nos irá.

»Y nosotras nos reíamos y aplaudíamos. María nos decía algún buen pensamiento para la semana y nos mandaba satisfechas a nuestra casa», pero con el deseo de que llegara pronto el domingo para volver con María.

APENDICE AL CAPITULO XIX, NUM. 3

El Ayuntamiento de Mornese delibera sobre el derribo de la antigua casa parroquial. La construcción de otra nueva y el alquiler de la casa de la Inmaculada para el párroco.

ACTA

El día 8 de mayo de 1872, en el Ayuntamiento de Mornese, convocado el Consejo municipal se reunieron los señores..., etc. Terminada la primera práctica del Orden del día, se pasa a la segunda: *Construcción de la casa parroquial* (aquí se transcribe literalmente el acta).

«Seguidamente el alcalde llama la atención de los señores congregados sobre el pésimo estado de la casa parroquial. Con acta del 16 de agosto de 1871, el Consejo deliberaba otorgar al párroco un subsidio de 3.500 liras para que las emplee según su parecer en las obras de reparación; pero la casa actual está tan mal trazada y es tan vieja que no se puede sacar de ella provecho alguno. Tal fue el parecer de personas expertas al dar su opinión al respecto.

»Conviene, sin más, hacerla nueva. El párroco entrega 800 liras, obligándose además a dar alguna comida a los que trabajen gratis para la casa parroquial; dará también la madera necesaria para los suelos y otros trabajos. Unidas estas ofrendas a los fondos ya votados por el Consejo, parece que la empresa no sea de difícil realización, ni de grave peso para el Ayuntamiento, porque el importe de la casa que se debe construir asciende a la suma de 8.000 liras, incluidas las 1.628 para imprevistos. Y el Ayuntamiento sabe que la población en esta circunstancia no hará menos que otras veces, y contribuirá con todos los medios posibles a facilitar la empresa.

»Por tanto, él estaría de acuerdo con que el Municipio, contando con la ayuda del párroco y del pueblo, tomase directamente la iniciativa y que, por tanto, se tratase de levantar la casa parroquial sobre la parte más amplia de la actual, así quedaría más regular y más grande la plaza de la iglesia, lo que sería para el público una gran ventaja.

»El Consejo, oída la exposición del señor alcalde, vista la competencia del ingeniero Mongiardino, recordando la necesidad ya reconocida en deliberaciones anteriores, de proveer al párroco de una vivienda decente, puesto que está bien fundada la esperanza que se tiene en la ayuda del pueblo para construir la casa parroquial, porque cada vez que se trató de hacer obras públicas colaboró generosamente con todos los medios posibles; que en vista de todas estas circunstancias y de la oferta del párroco de 800 liras y los fondos ya votados por el Consejo anteriormente, se puede tomar en consideración el informe manifestado por el alcalde... (período ilegible); por este motivo, con unanimidad de votos expresados por llamada nominal, deliberan que la casa parroquial sea construida según los planos de Mongiardino, bajo la dirección y por iniciativa de este Ayuntamiento, valiéndose a tal efecto de los fondos ya habilitados y de las sumas que serán ofrecidas por el párroco o personas particulares, reservándose el derecho de nombrar una comisión para regular la marcha de la práctica.

»Ultimada la discusión de otra práctica del Orden del día, sigue la que se refiere al *alquiler de una casa de Don Pestarino para uso del párroco*.

»Por último (el concejal Domingo Mazzarello), señala que después del voto emitido hace poco por el Consejo, debiéndose derribar la antigua casa parroquial, es necesario proveer al párroco de un alojamiento provisional y, dirigiéndose al concejal Don Domingo Pestarino, aquí presente, le pide que alquile al Ayuntamiento la casa de su propiedad, contigua a la iglesia, la única que responde a este fin.

»Don Pestarino advierte que, como todos saben, en aquella casa ha reunido a jóvenes pobres que trabajan en beneficio del pueblo. Que es verdad que la Asociación, al no tener carácter religioso, podría trasladarse a otro lugar, pero esto acarrea molestias y pide al concejal que lo dispense de esto.

»El concejal Mazzarello advierte que dichas jóvenes podrían trasladarse a su colegio, donde hay bastantes locales; cediendo entre tanto su casa al Ayuntamiento para vivienda del párroco. Así se ganaría un nuevo título de benemerencias del público por el que tanto se preocupa con sacrificio de su persona y de sus bienes.

»Don Pestarino da las gracias y declara que, siendo así, el Municipio puede disponer de su casa, pero añade que no quiere tomar parte en la deliberación.

»Respecto al alquiler, el mismo concejal Mazzarello propone que le paguen 250 liras al año. El concejal Maccagno advierte que es demasiado elevado este alquiler y que él alquilaría su casa, poco distante de la iglesia, por 180 liras. El concejal José Mazzarello hace notar que hay gran diferencia entre su casa y la de Don Pestarino, la cual tiene luz, aire, patio cerrado y está más cerca de la iglesia; la suya, por el contrario, tiene varias habitaciones casi oscuras, con poca ventilación y pocas comodidades; replica, por tanto, que se puede pagar algo más por la casa de Don Pestarino. Después de otras varias observaciones, los señores concejales acuerdan ofrecer a Don Pestarino por el alquiler 200 liras. Al comunicarle tal determinación manifestó no tener que decir nada en contrario, pero le interesa que se sepa que él no obra movido por interés, porque es un hecho que se podía cobrar más; pero tratándose de hacer un favor al párroco, que ha mostrado deseo de habitar su casa con preferencia a cualquier otra y de secundar al Ayuntamiento, no insiste más. No obstante, entiende que sea excluido del arriendo el huerto grande y declara que entregará las llaves de la casa el día 25 de mayo corriente.

»Y previa lectura y aprobación, fue firmada el acta como sigue:

El *alcalde*, AGUSTÍN MAZZARELLO;

El *teniente alcalde*, DON DOMINGO PESTARINO;

El *secretario*, Q. TRAVERSO».

CAPÍTULO XX

Primera vestición y profesión de las Hijas de María Auxiliadora

(1872)

1. Primera tanda de Ejercicios Espirituales en el colegio.—2. Don Bosco establece el hábito para las futuras religiosas.—3. María prepara el primero.—4. Don Bosco se disculpa por no poder ir a Mornese y el Obispo le manda a buscar.—5. Recuerdos que Don Bosco da a las que van a recibir el hábito religioso.—6. Excluida una postulante.—7. La conmovedora función en la iglesia.—8. Otros recuerdos de Don Bosco a las nuevas religiosas.—9. Por qué las llamó Hijas de María Auxiliadora.—10. Alegría de las nuevas religiosas.—11. Recomendaciones de Don Bosco a Don Pestarino.—12. Don Pestarino hace el elogio de María a Don Bosco, que la nombra Vicaria y aprueba y presenta el primer Capítulo a la Comunidad. Don Bosco dice que el Instituto se difundirá si...—13. Marcha de Mornese.—14. Clausura de los Ejercicios Espirituales. Memorables palabras del verbal de las primeras vesticiones.

1. Las *hijas* que habían pasado al colegio daban buenas esperanzas y tomó los debidos acuerdos con Don Pestarino y Monseñor Sciandra, Obispo de Acqui, y ordenó que hiciesen la vestición religiosa. Pero quiso que fuera precedida de los Ejercicios Espirituales, que fueron predicados por el M. Rvdo. D. Raimundo Olivieri, canónigo y arcipreste de la catedral de Acqui y gran admirador de Don Bosco y del M. Rvdo. D. Marco Mallarini, prior y vicario foráneo de Canelli.

Cuatro piadosas señoras de Acqui, al saber que se daban Ejercicios, pidieron al canónigo Olivieri poder participar. Este habló a Don Pestarino, que seguramente pidió parecer a Don Bosco, y fueron admitidas.

Así que los Ejercicios Espirituales para las señoras, que cada año se tienen en algunas casas de las Hijas de María

Auxiliadora y a los que Don Bosco daba tanta importancia, nacieron, puede decirse, con el Instituto.

La predicación empezó la tarde del 31 de julio.

Cada mañana la pequeña Comunidad se reunía en la capilla, asistía a la Misa celebrada por Monseñor Sciandra, que, como hemos dicho, se encontraba en Mornese por motivo de salud y era huésped de Don Pestarino. Después escuchaba la palabra del Señor y asistía a los varios Ejercicios de piedad como se acostumbra en semejantes ocasiones.

Se había ordenado que tomaran parte en los Ejercicios las *hijas* y jóvenes que debían hacer la vestición religiosa y las que iban a ser postulantes y novicias.

2. Se dice que un día Don Pestarino preguntó a Don Bosco qué hábito deberían llevar las nuevas religiosas y que el Santo, con su amable sonrisa, respondió: «Por ahora contentémonos con que lleven el *hábito de la virtud*; más tarde ya veremos».

El deseaba que en el vestir no se diferenciaban de las personas piadosas seglares de su condición media, porque decía que tal vestido no llama la atención; las religiosas pueden salir solas a sus quehaceres e ir a las casas por motivos de caridad sin llamar la atención de nadie. Pero queriendo que tuvieran todas un hábito del mismo color y forma, escogieron el color marrón y una forma sencillísima, llamada vulgarmente *vestido de niña*, con esclavina unida al mismo y una pequeña guarnición de terciopelo negro en las mangas; se ponían un velo celeste para ir a la iglesia o ir de paseo; en casa, un pequeño velo como el que usaban las jóvenes de su tiempo. Además las profesas llevaban al cuello un Crucifijo y las novicias la medalla de María Auxiliadora.

3. Don Pestarino hizo traer la tela de Génova y la entregó a María, diciéndole que cortara un vestido como quería Don Bosco.

Una mañana, Petronila, como ella misma nos contó, buscaba a María para pedirle un consejo, y no encontrándola por

ninguna parte acudió a Don Pestarino maravillada de que María no estuviese en casa. Este le dijo que estuviera tranquila, que él sabía dónde estaba y qué hacía.

María se había encerrado en una habitación apartada y había cortado y cosido un vestido. Hacia el medio día llama a la amiga, se lo enseña y le dice radiante de alegría: «Este es el hábito que llevaremos».

Estaba bien que el primer hábito de las nuevas religiosas fuera cortado y cosido por la que sería la primera en ponérselo.

Más tarde se modificó el hábito, y el color marrón, que se decoloraba más en unas partes que en otras y hacía mala figura, fue sustituido, con permiso de Don Bosco, por el negro, con velo también negro, que es el color más corriente, se decolora menos y no llama tanto la atención.

4. Don Bosco había prometido varias veces a Don Pestarino que iría para la vestición, y un día le dijo: «Di a nuestras buenas *hijas* que iré y firmaremos juntos la gran promesa de vivir y morir trabajando por el Señor bajo el hermoso nombre de Hijas de María Auxiliadora». Pero cuando llegó el momento, sea por su delicada salud, sea por un sentimiento de humildad, ya que estaba en Mornese el Obispo diocesano, pensó no intervenir. Don Pestarino insistió, pero en vano. Y parecía tan cierta su ausencia que un predicador lo comunicó públicamente, noticia que causó gran disgusto a todos. Pero el Obispo, no queriendo que en acto tan solemne faltara el Fundador, mandó a su secretario, Don Berta, a Turín con orden de llevar a Don Bosco a Mornese.

Don Berta consiguió su intento, y el 4 de agosto, a hora avanzada, llegaba en carruaje con el Santo. Como éste estaba aún convaleciente de una pleuresía y sentía el fresco de la noche, el buen Don Berta lo abrigó con su manta.

Estaba esperándolo sólo el señor Obispo y Don Pestarino (1).

(1) Detalle oído en 1911 del mismo Don Berta, muerto en 1930, siendo canónigo de la Catedral de Acqui, quien me confirmó varias veces, casi siempre con las mismas palabras, cuanto me había dicho la primera vez que le pregunté.

Después de cruzar breves palabras con ellos, Don Bosco entró en la capilla donde estaban las ejercitantes, a las que saludó. Después de la cena se entretuvo con las superiores de la casa.

5. No pudiendo el Santo detenerse mucho en Mornese, se acordó que al día siguiente, 5 de agosto, dedicado a la Virgen de las Nieves, se tendría la vestición de las nuevas religiosas, algunas de las cuales harían la profesión, aunque los Ejercicios continuaran hasta el día 8. Por la mañana habló a las que iban a profesar, no a las novicias ni a las señoras.

En realidad eran todas novicias o postulantes, pero las que iban a profesar se consideraban ya religiosas, porque, ¿no lo eran en realidad, aunque no hubieran hecho los votos? Las demás eran consideradas como novicias.

Les anunció lo que ya esperaban, o sea, que a las nueve se celebraría la vestición; les exhortó a vivir como verdaderas religiosas y les recomendó que tuvieran un porte edificante, no sólo en la iglesia, sino en todas partes y siempre; asegurándoles que con la compostura de la persona, aún sin hablar, podían edificar a los que las veían.

Les decía: «Vuestro paso no sea demasiado apresurado ni demasiado lento, y vuestro porte siempre modesto y recogido, pero sereno y desenvuelto; los ojos bajos, pero no la cabeza, haced de modo que todo vuestro continente revele que sois religiosas, es decir, consagradas a Dios».

El buen padre, sabiendo que hablaba a jóvenes poco instruidas y a las que más que las palabras podía ayudar el ejemplo, se levantó de la silla, y como la habitación era grande se puso a pasear diciendo: «Así debéis caminar».

Todas quedaron admiradas y conmovidas por tanta caridad.

Les recomendó además que fueran moderadas en el hablar, reír y bromear.

6. Entre las postulantes había una que prefería sus devociones particulares a las que se hacían en comunidad. María y

Petronila hablaron de ella a Don Bosco, quien les dijo que no la admitieran a la vestición y le hicieran esperar, porque con toda probabilidad no perseveraría.

Efectivamente, no perseveró y algún tiempo después volvió a su casa.

7. A la hora conveniente fueron a la capilla, donde Monseñor Sciandra celebró la Santa Misa de Comunión general, bendijo el hábito que llevaba al brazo cada una, y hecha la vestición, recibió las profesiones de las que fueron admitidas.

Eran quince en total, pero sólo once de ellas hicieron los votos trienales. Entre ellas —como la más indicada—, María Mazzarello, que tenía entonces treinta y cinco años.

Estos son sus nombres: María Dominga Mazzarello, Petronilla Mazzarello, Felicina Mazzarello (hermana de María), Juana Ferrettino, Teresa Pampuro, Felicitas Arecco, Rosa Mazzarello, Catalina Mazzarello, Angela Jandet, María Poggio, Asunción Gaino, Rosa Mazzarello, María Grosso, Corinna Arrigotti, Clara Spargliardi. Las once primeras hicieron su profesión religiosa.

Casi todas procedían de los campos, donde con más frecuencia esparcen su perfume las escondidas violetas, florecen los lirios del valle y exhalan su fragancia las rosas.

A las profesas se les impuso un Crucifijo que llevaban pendiente del cuello; a las novicias, la medalla de María Auxiliadora.

Don Bosco, revestido de roquete, asistía a la piadosa y conmovedora función. Las jóvenes empezaron a leer todas juntas la fórmula de los votos, pero él les hizo señal de callar para decirles que debían leerla individualmente y así se hizo.

8. Habiendo regresado a su sitio, esperaban una palabra, pero el Obispo no quiso hablar, y dirigiéndose a Don Bosco le dijo: «Le corresponde a usted». Don Bosco trató de evadirse, pero el Obispo se mantuvo firme y Don Bosco habló (2), ha-

(2) Proc. Ap., p. 87.

ciendo un discursito de ocasión, del que se recuerdan los pensamientos siguientes: «... Vosotras sufrís y yo veo con mis ojos que todos os persiguen, se burlan de vosotras y vuestros mismos parientes os abandonan; pero no debéis sorprenderos. Me extraña que no actúen aún peor. El padre de San Francisco de Asís hizo mucho más contra su Santo hijo. Vosotras os haréis santas y con el tiempo haréis un gran bien a muchas jóvenes si os mantenéis siempre humildes y mortificadas. Entre las plantas más pequeñas, de las que a menudo habla la Sagrada Escritura, está el nardo. Vosotras decís en el Oficio de la Virgen: *Nardus mea dedit odorem suavitatis*. ¡Mi nardo ha exhalado un suave perfume! ¿Pero sabéis cuándo sucede esto? El nardo exhala su perfume cuando es pisoteado.

No os dé miedo, mis queridas hijas, de ser ahora maltratadas por el mundo. Tened ánimo y consolaos, porque sólo de esta manera seréis capaces de hacer algo en la nueva misión. El mundo está lleno de peligros, pero si vosotras vivís según vuestra nueva condición, pasaréis incólumes y podréis hacer mucho bien a vuestras almas y a las de vuestro prójimo.

9. Don Bosco exultaba de santa alegría y quiso que las nuevas religiosas llevaran el hermoso nombre de Hijas de María Auxiliadora porque, como dijo con acento conmovido, quería que «el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora fuera un monumento de perenne gratitud a los singulares favores obtenidos de tan buena Madre» (3).

Don Francisco Cerrutti, que fue uno de los primeros y más adictos alumnos de Don Bosco, y después director general de las escuelas salesianas por treinta y un años, en el Proceso Informativo declaró: «Recuerdo haber oído a Don Bosco, de cuya intimidad tuve la dicha de gozar desde 1857 hasta su muerte, el 31 de enero de 1888, recuerdo, digo, haber oído: “Son muchos y grandes nuestros deberes de reconocimiento y gratitud hacia María Auxiliadora; lo que somos y cuanto he-

(3) De una memoria histórica que se conserva en el archivo generalicio de las Hijas de María Auxiliadora.

mos hecho se lo debemos a Ella. Por esto deseo que quede un monumento perenne e inmortal de nuestro agradecimiento hacia esta buena Madre; este monumento serán las Hijas de María Auxiliadora"» (4).

10. La alegría que inundó el corazón de las nuevas religiosas fue indecible: todo el día y en todos los lugares de la casa se oía cantar o repetir:

¡Viva María!
 ¡María viva!
 ¡Viva María
 y quien la creó!
 Cantemos su alabanza,
 cantemos de corazón,
 ya que su amor
 por siempre nos dio.
 Por tanto, cantemos
 con dulce armonía;
 ¡viva María
 y quien la creó!

Experimentaron una alegría tan grande, tan pura y tan santa, que les parecía no estar ya en este mundo.

Todas alababan y bendecían a Dios y a la Santísima Virgen por la sublime gracia recibida, pero más que ninguna la alababa y agradecía Sor María, reprimiendo a duras penas el júbilo que latía en su corazón. Ella no cesaba de decir que debíamos hacernos santas y grandes santas.

11. Don Bosco tenía que marchar aquel mismo día, porque tenía que predicar una tanda de Ejercicios a sus hijos, pero antes quería oír de Don Pestarino las más detalladas informaciones de la pequeña Comunidad; después le dijo que limitara su labor a la dirección espiritual y que en lo demás las Hermanas obraran por sí mismas. El debía ser su consejero y protector.

(4) Proc. Ord., p. 170.

12. Le preguntó también cuál le parecía más idónea para el cargo de Superiora. Como era natural, el piadoso sacerdote dio el nombre de María Mazzarello, acompañándolo de los más vivos elogios, pues era la que demostraba tener más criterio, más humildad y mayor celo.

Mostró también a Don Bosco sus Memorias, en las que había anotado algunos apuntes sobre las nuevas religiosas, en las que se leía: «María Mazzarello mostró siempre buen espíritu y un corazón muy inclinado a la piedad. Frecuentó siempre los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión y es muy devota de la Santísima Virgen.

»Su carácter ardiente estuvo siempre moderado por la obediencia. Rehusó siempre las comodidades y las delicadezas, y si la voz de la obediencia no la hubiera contenido, en breve se hubiera agotado con mortificaciones y penitencias.

»Es un lirio de pureza, sencilla y franca, reprocha el mal donde lo descubre; huye del respeto humano, trabaja sólo por la gloria de Dios y el bien de las almas.

»Casi no sabe escribir y apenas leer, pero habla con tanta finura y delicadeza de la virtud, y con tal persuasión y claridad, que con frecuencia se diría que está inspirada por el Espíritu Santo. Aceptó de buen grado entrar en el nuevo Instituto y fue siempre de las más comprometidas en el bien y sumisa a los superiores.

»Es de índole franca y ardiente, de corazón muy sensible. Se muestra siempre dispuesta a recibir cualquier aviso de los superiores, y les da prueba de humildad, sumisión y respeto. En este tiempo en que hizo de Superiora se rindió siempre de voluntad y de juicio a mi juicio y voluntad, y así, unida a mí y a mis órdenes, se declaraba pronto a dar la vida y a sacrificarlo todo por obedecerme y promover el bien.

»En su cargo de Superiora tuvo ánimo para proponer y mantener lo que le parecía razonable, pero terminó siempre humillándose y pidiendo a sus compañeras que le avisaran cuando faltara».

Don Bosco se complació con la relación de Don Pestarino y le dijo que no tenía nada que oponer para que María Mazza-

rello continuara en el cargo de Superiora, pero con el sencillo título de vicaria, porque decía: «¡La verdadera Superiora es la Virgen!» (5). Madre Petronila sería la primera asistente; Sor Felicina Mazzarello, segunda asistente, encargada de las postulantes y novicias; Sor Josefina Ferrettino, ecónoma.

Como superiores las presentó a la pequeña Comunidad; recomendó la obediencia, la alegría, asegurando que si se conservaban humildes y mortificadas, el Señor bendeciría al Instituto, les mandaría muchas vocaciones y éste se extendería mucho.

Dijo a las superiores que estuvieran muy unidas entre sí y que ayudaran a la vicaria.

Sor María, entonces, le pidió que mandara pronto a la superiora, ya que ella era incapaz de suplirla. Don Bosco le respondió que estuviera tranquila, que el Señor proveería. Después se dispuso para la marcha.

13. Así como fue grande la alegría de todos por su venida, fue viva y sensible la pena por la partida.

Don Bosco lo advirtió y animó a sus nuevas hijas diciéndoles que no se entristecieran porque, Dios mediante, volvería otra vez y además, aunque a distancia, seguiría pensando en ellas.

14. Mientras Don Bosco marchó a Turín, los Ejercicios continuaron hasta el día 8, en que se hizo la clausura, y el Señor Obispo, que en el curso de esos días había celebrado todas las mañanas la Santa Misa para la familia religiosa y le había impartido la Santa Comunión, asistía a la clausura en modo más solemne.

Coronó la inolvidable función con algunas palabras de aliento y con sabios recuerdos para estas sus nuevas hijas en Jesucristo impartió a todas con cariño su pastoral bendición.

Quiso además que en memoria del acto se redactase un acta, que referimos en el anexo a este capítulo; pero nos agrada

(5) Proc. Ap., p. 71.

recordar para terminar esta primera parte de la vida de la Santa, el párrafo siguiente que trata del día en que se hicieron los votos: «La función religiosa fue muy conmovedora y por una gracia especial del Señor intervino el ya citado Rvdo. Don Juan Bosco, lo que no se esperaba por su delicada salud; las nuevas religiosas tuvieron el consuelo de recibir de él los más importantes consejos para corresponder a la gracia de la vocación en el Instituto religioso que habían abrazado.

»Hay un cúmulo de circunstancias que demuestran una providencia especial del Señor en este nuevo Instituto».

APENDICE AL CAPITULO XX, NUM. 15

A C T A

referente a la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, erigido en Mornese, diócesis de Acqui.

«El año del Señor, mil ochocientos setenta y dos, el ocho de agosto, en Mornese, en la casa del nuevo Instituto de las *Hijas de María Auxiliadora*, en presencia de los abajo firmantes, se redactó el acta siguiente:

»Desde hace mucho tiempo, el muy Rvdo. Don Juan Bosco, Fundador y Director General de muchos colegios para la educación cristiana y política de los jóvenes, deseaba abrir una casa que fuera el comienzo de un Instituto por el cual se extendiera el mismo beneficio a las jóvenes, en especial de las clases del pueblo, y finalmente se cumplió su deseo.

»El día cinco de los corrientes, en la capilla de esta casa, vestían el hábito de la nueva Congregación:

María Mazzarello, hija de José;
Petronila Mazzarello, hija del difunto Francisco;
Felicina Mazzarello, hija de José;
Juana Ferrettino, hija del difunto José;
Teresa Pampuro, hija del difunto Lorenzo;
Felicitas Arecco, hija del difunto Juan Antonio;
Rosa Mazzarello, hija de Esteban;
Catalina Mazzarello, hija del difunto José, todas de Mornese;
Angela Jandet, hija de Luis, de Turín;
María Poggio, hija del difunto Gaspar, de Acqui;
Asunción Gaino, hija de Antonio, de Cartosio;
Rosa Mazzarello, hija de Esteban, de Mornese;
María Grosso, hija de Francisco, de San Esteban Parodi;
Corinna Arrigotti, hija de Pedro, de Tonco;
Clara Spagliardi, hija de Lorenzo, de Mirabello;

de las cuales las once primeras hicieron profesión religiosa con votos por tres años, emitidos en manos de su Excelencia Reverendísima Monseñor José María Sciandra, Obispo de esta Diócesis, quien poco

antes había bendecido los hábitos religiosos, imponiendo a las novicias la medalla de María Auxiliadora y a las profesas el Crucifijo.

»La función fue muy emotiva, interviniendo además, por gracia especial del Señor, el muy reverendo Don Juan Bosco, cuya venida ya no se esperaba a causa de su delicada salud; y las nuevas religiosas tuvieron el consuelo de recibir de sus labios las advertencias más importantes para corresponder a la gracia de la vocación en el Instituto religioso por ellas abrazado. Hay un cúmulo de circunstancias que demuestran una especial providencia del Señor para con este nuevo Instituto.

»La mayor parte de las mencionadas jóvenes había recibido ya en Mornese la medalla de María Inmaculada de manos de Monseñor Modesto Contratto, de venerada memoria, y Monseñor Sciandra, su inmediato sucesor, sin sospecharlo siquiera, dignándose aceptar la hospitalidad ofrecida en esta casa únicamente para que con este aire saludable se recuperase de una enfermedad, completaba la obra presidiendo él mismo la mencionada función.

»Esta debiera haberse realizado al final de los Santos Ejercicios Espirituales predicados por el reverendísimo señor don Raimundo Olivieri, canónigo, arcipreste de la catedral de Acqui, y del muy Reverendo señor Prior don Marco Mallarini, vicario foráneo de Cannelli; comenzados la noche del 31 de julio próximo pasado; pero esperando la presencia del muy reverendo Don Juan Bosco, que debía regresar a Turín en seguida, se anticipó, tanto más que el día cinco estaba consagrado a la Virgen de las Nieves.

»Los Ejercicios terminaron este día. El señor Obispo, que en el curso de los mismos había celebrado cada mañana la Santa Misa a la Familia religiosa y les había distribuido la Santa Eucaristía, de modo más solemne asistió a la clausura que coronaba con unas palabras de estímulo y saludables recuerdos a estas sus nuevas Hijas en Jesucristo, y les impartió con toda la efusión del corazón su pastoral bendición.

»Y para que conste lo expuesto hasta aquí se redactó la presente Acta, copia de la cual se conservará por orden del señor Obispo en el Archivo parroquial de Mornese, y otra copia en la Curia Episcopal de Acqui.

Firmado:

JOSÉ MARÍA, *Obispo*

Sac. DOMINGO PESTARINO, *Director del Instituto*

RAIMUNDO OLIVIERI, *C. Arcipreste de la Catedral de Acqui.*
MARCO MALLARINI, *Prior Vic. F. de Canelli*
CARLO VALLE, *Cura Párroco de Mornese*
JOSÉ PESTARINO, *Presbítero, testigo*
TOMÁS FERRARIS, *Presbítero, testigo*
FRANCISCO BERTA, *Presbítero, Secretario episcopal.»*

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE II

**Desde la vestición religiosa
hasta la primera expedición misionera
en América exclusivamente**

1872-1877

CAPÍTULO I

Los primeros pasos en la vida religiosa

(1872-1873)

1. Alegría de las nuevas religiosas.—2. Habladurías en el pueblo. Se habla italiano.—3. María aprende las primeras nociones de escritura.—4. Enseña a las Hermanas a vencer la timidez.—5. Pobreza y alegría.—6. Por qué el Santo no socorría a las nuevas religiosas.—7. Dos maestras.—8. La capilla del Instituto y el *Viacrucis* (27 de febrero de 1873).—9. Sor María espera a la Superiora.—10. Don Bosco manda a Mornese a dos Hermanas de Santa Ana para dirigir a las nuevas religiosas.—11. Humildad y sumisión de María Mazzarello.

1. Las nuevas religiosas vivían contentas en su estado y observaban la Regla con toda perfección.

«Era edificante —escribe el Cardenal Cagliero— oír a la esposa del Señor (María Mazzarello) exclamar llena de júbilo:

—¡Compañeras, Hermanas! ¡Qué felicidad para nosotras, aldeanitas de Mornese, ser esposas de Jesús, hijas de Don Bosco y de María Auxiliadora! ¡Señor, qué gracia, qué gracia tan grande! ¡Te damos gracias, Señor!» Y seguía: «Ahora, según el deseo de nuestro buen Padre Don Bosco, pongámonos de buena voluntad y con santo celo a practicar cuanto se nos ha recomendado: el espíritu de *oración*, de *trabajo*, de *sacrificio*».

2. No había cesado el malhumor en el pueblo, pero se había apaciguado mucho.

Algunos, sabiendo que María Mazzarello había sido elegida Superiora, decían que era la más capacitada, porque era muy inteligente y era la que tenía más celo por las almas (1).

(1) Proc. Ap., p. 41.

Otros decían que se habían puesto un hábito tan raro para darse importancia, tanto más que Don Pestarino había ordenado que dejaran el dialecto monferrino y hablaran siempre italiano. A la dificultad que oponían de no saber hablar, ella respondió: «Aprenderéis con la práctica. Don Bosco nos mandará jovencitas, y ¿cómo haréis para educarlas e instruir las si no habéis aprendido?»

La cosa no era fácil, pero las buenas religiosas obedientes, se esforzaban en hablar lo mejor que podían, italianizando su dialecto, no sin avergonzarse cuando sus palabras y frases excitaban la risa de las personas instruidas. Pero no faltaban a la obediencia, porque Don Pestarino en esto era exigente.

Un día Sor Petronila se encontró con el párroco, le habló de varias cosas y le respondió siempre en italiano. Regresando a casa refirió a Don Pestarino lo que había hecho y la vergüenza que había experimentado al hablar en italiano con el párroco. El piadoso sacerdote la escuchó y después le dijo: «¿Y qué importa? No has hecho más que cumplir con tu deber; por tanto, continúa». Y sin más, la despidió.

3. Entre todas la más instruida era Sor Angela Jandet, que provenía de una familia venida a menos y había salido de otro Instituto en el que no había podido continuar. Llegó a Morne-se mandada por Don Bosco, con otra hermanita de ocho años.

Ella empezó en seguida a dar clase a las Hermanas y a las postulantes. Sor María, comprendiendo bien que la instrucción podía ayudarles a hacer un mayor bien al prójimo, asistía también ella a las clases y empezó con un estudio un tanto regular, si no profundo, de la lengua italiana, a sus treinta y cinco años.

Imitaba así, quizá sin saberlo, a San Ignacio de Loyola y a San Camilo de Lelis, que se sentaban entre los chicos para aprender los primeros elementos de la Gramática; aquél a los treinta y tres años, y éste a los treinta y dos.

4. Las buenas religiosas tenían reparo a salir de casa con el nuevo hábito y no se atrevían absolutamente a andar por el

pueblo; pero Sor María animaba a todas a superar la repugnancia que sentían, a vencer el amor propio e ir a donde el deber y la conveniencia las llamara.

Salía con ellas (2), sabía animarlas a no ceder al respeto humano, a despreciar los juicios del mundo y a contentarse con agradar sólo a Dios. Decía: «No os preocupéis, cuanto más nos desprecie el mundo, más queridas de Dios seremos; es necesario combatir el respeto humano» (3).

Ella era la primera en dar a todas ejemplo saliendo por el pueblo para hacer encargos y en busca de trabajo, con el velo unas veces de un color, otras de otro (ya que entonces no estaba el hábito bien determinado). Italianizando su dialecto —como depuso Madre Catalina Daghero, que la sucedió en el gobierno del Instituto—, decía que con tal de hacer la voluntad de Dios y el bien a las almas, no se debía evitar ningún sacrificio; más aún, decía a las Hermanas que para impedir el pecado y mover al bien, debían estar dispuestas a salir por el pueblo aun vestidas de barapos (4).

Y Madre Petronila: «Me decía que debíamos estar prontas a andar por el pueblo con hábitos remendados, para así ser despreciadas por la gente» (5).

A las críticas sólo oponía el silencio y la resignación (6). Cuando oía alguna palabra ofensiva a su respecto, sonreía amablemente y decía: «Las injurias es mejor recibirlas que hacerlas», y seguía adelante sin pensar más (7).

Así, poco a poco, llevó a las religiosas a no turbarse por nada; antes bien, Madre Eulalia Bosco, Consejera General del Instituto, declaró haber oído a las religiosas de estos primeros tiempos «que en tan dolorosas circunstancias María Mazzarello supo tener alta la moral de las Hermanas e inspirarles

(2) Proc. Ap., p. 56.

(3) Proc. Ord., p. 318.

(4) Proc. Ord., pp. 189 y 363.

(5) Proc. Ord., p. 314.

(6) Proc. Ap., p. 177.

(7) Proc. Ap., p. 229.

una fuerza tal, que no sólo aceptarían los sacrificios, sino que casi los desearan» (8).

5. Don Bosco, como les había prometido al partir de Mornese, les mandaba jóvenes, pero con frecuencia de familias venidas a menos; por tanto, sin dote y algunas veces sin ajuar. El Instituto en aquellos primeros tiempos no sólo era pobre, sino miserable (9).

Las primeras internas eran también pobrÍsimas, no tenían más que el vestido puesto, y Sor María en algunos momentos no sabía cómo proveer a tantas necesidades, viendo que la familia aumentaba, pero no los medios para sostenerla.

«De Turín —depuso Madre Petronila— Don Bosco mandaba siempre sacos de ropa para arreglar, pero no podía enviar dinero ni alimentos; sólo mandaba alguna cama y mantas y, a pesar de todo, estÁbamos muy contentas, verdaderamente contentas; hacÍamos divertidos recreos y la Superiora era el alma de todos ellos e infundía en nosotras la felicidad por la vida de pobreza» (10).

Cuando recibÍamos algÚn objeto de Don Bosco, Don Pestarino sufría y nos decía: «El tiene tantas necesidades y nos manda a nosotros que no le podemos recompensar». Y las buenas religiosas admiraban la caridad del uno y la gratitud del otro.

6. ¿Por qué Don Bosco no mandaba ayuda a las Hermanas sabiendo que vivían en tanta pobreza?

Creemos que lo haría por dos motivos: uno porque él era pobre, realmente pobre; con trabajo podía sostener las obras iniciadas en favor de los jóvenes y solía decir bromeando que él iba delante como las locomotoras, haciendo *pouf, pouf*, palabra del dialecto piamontés que quiere decir contrayendo deudas. Este motivo podría bastar, porque nadie puede dar lo

(8) Proc. Ap., p. 71.

(9) Proc. Ord., p. 189.

(10) Proc. Ord., p. 346.

que no tiene; pero hay otro quizá más fuerte que el anterior, porque si Don Bosco hubiera querido socorrer a las Hermanas, aunque él era pobre, habría encontrado modo de hacerlo; si no lo hizo fue, a nuestro parecer, porque, como todos los fundadores de Ordenes religiosas, creía que la pobreza es el medio más seguro para conseguir el buen resultado de la empresa, porque la pobreza religiosamente practicada atrae las más copiosas bendiciones del Señor.

Que Don Bosco pensara así lo deducimos también de las palabras que dirigía a menudo a sus hijos en Turín cuando objetaban que no podían hacer tantas cosas por falta de medios. Les decía: «La pobreza es nuestra fortuna, es la bendición de Dios. Aún más, pidamos al Señor que nos conserve en pobreza voluntaria. Jesucristo ¿no comenzó su vida en un pesebre y la terminó en la cruz...? Al que es rico le gusta el descanso; por tanto, prefiere las propias comodidades, las satisfacciones y la vida de ocio. Así el espíritu de sacrificio se apaga. Leed la Historia Eclesiástica y encontraréis infinidad de ejemplos, de los cuales se deduce que la abundancia de medios temporales fue siempre causa de la desaparición de comunidades enteras que, por no haber conservado fielmente su primitivo espíritu de pobreza, cayeron en el colmo de las desgracias. Por el contrario, las que se conservaron pobres florecieron maravillosamente. El pobre piensa en Dios y acude a El; os aseguro que Dios provee siempre lo necesario, poco o mucho; quien vive en la abundancia se olvida fácilmente del Señor. ¿Y no os parece una gran felicidad estar obligados a rezar? ¿Nos ha faltado hasta ahora alguna cosa necesaria? No lo dudéis, los medios materiales no nos faltarán jamás en la proporción de nuestras necesidades y las de nuestros jóvenes» (11):

7. El mandó cierto día a Mornese una maestra llamada Cándida, a la que Sor María confió la enseñanza de las internas y, más tarde, también de las postulantes, pagándole un pequeño sueldo.

(11) LEMOYNE, *ob. cit.*, vol. VI, pp. 328, 329.

Después esta maestra fue sustituida por otra: Rosa Sala, que continuó hasta que en 1874, habiendo obtenido el título de maestra dos Hermanas, tuvo que ser despedida.

8. La capilla del colegio no era muy grande, pero sí muy recogida. El altar mayor estaba dedicado a la Virgen de los Dolores, cuya imagen ocupaba el lugar principal, como ya se ha dicho, pero deseaban tener también la de María Auxiliadora. Sor María y Don Pestarino pidieron a Don Bosco que les mandara una.

Don Bosco, que además del grandioso cuadro del altar mayor de Turín tenía otro más pequeño, se lo mandó y fue colocado en un altarcito lateral próximo a la balaustrada del lado del Evangelio, y las religiosas lo visitaban con frecuencia durante el día, especialmente cuando necesitaban alguna gracia. Al lado de la Epístola, es decir, a la derecha de la entrada en la iglesia, levantaron un pequeño altar para San José, al que profesaban también una gran devoción.

Las paredes estaban desprovistas de todo ornato y las buenas religiosas querían colocar en ellas las estaciones del *Via Crucis*, del que eran devotísimas.

Don Pestarino satisfizo su deseo y el 27 de febrero de aquel año (1873), el guardián del convento de Menores de Santa María de las Gracias del Valle, cerca de Gavi, vino a bendecir y dirigir un sencillo *Via Crucis*.

¡Qué alegría para las Hermanas, especialmente para Sor María y Sor Petronila! ¡Y cuántas veces practicaban este piadoso ejercicio meditando con fervor los dolores de Jesús y los pecados de los hombres!

Aquellas sagradas imágenes, al clausurarse el colegio de Mornese, como se dirá más adelante, fueron llevadas a Nizza Monferrato y pasadas después a la capilla del Oratorio de los Salesianos.

9. Entre tanto, Sor María, considerándose inepta para su cargo, esperaba que Don Bosco mandara la superiora y cuando llegaba alguna postulante un poco instruida, enviada

por él, la recibía con mil atenciones y decía a las Hermanas: «Veis, ésta quizá sea la superiora mandada por Don Bosco, porque yo, pobre de mí, no soy capaz; se requiere una persona instruida, que sepa actuar y tratar, yo no sé nada».

10. Don Bosco no tenía prisa y esperaba ver lo quería la Providencia. El conocía bien a las Hermanas de Santa Ana, fundadas por la Marquesa de Barolo, porque las había dirigido y las tenía en gran estima, tanto que había aconsejado a Monseñor Barbero de Foglizzo (Ivrea), misionero en China, que las llamase para su misión (12).

Un día fue a su casa de Turín y pidió a la superiora que mandara a Mornese alguna religiosa de buen espíritu como maestra de las Hijas de María Auxiliadora y que las encaminara en la vida religiosa.

La óptima superiora, que estimaba mucho a Don Bosco y le estaba agradecida por el bien que había hecho a su Instituto, fue ella misma con su primera asistente, en febrero de 1873, pero no pudiendo quedarse más que tres días, cuando regresó a Turín mandó en seguida a otra Hermana.

11. Las Hijas de María Auxiliadora consideraban a las dos religiosas como superiores y madres y tenían hacia ellas gran aprecio y respeto, comenzando por Sor María.

«Era de ver —escribió el Cardenal Cagliero— cuán grande fuese la deferencia de la Superiora Sor María Mazzarello hacia las buenas religiosas y cómo en seguida se hizo súbdita suya, sometida en todo a su dirección.»

Pero las Hermanas de Santa Ana le dijeron que ellas no habían ido a mandar, sino a encaminar; que la Superiora de la casa era ella, de quien dependía todo.

Una de las religiosas se ocupaba principalmente de las novicias y las postulantes, y la otra de las Hermanas, a las que enseñaba cómo debían tratar a las alumnas, a sus padres y a las

(12) Carta de Monseñor Barbero de Secunderabad (13 de agosto de 1871) a Don Bosco (Turín, Archivo Salesiano).

personas externas; cómo llevar las cuentas o el lavado y arreglo de la ropa. Las enseñaban también a rezar el Oficio de la Virgen, que ya habían aprendido con Don Pestarino; el modo de hacer la meditación y de pasar la jornada religiosamente.

Las Hijas de María Auxiliadora estaban atentas y deseosas de aprender y de santificarse, pero especialmente Sor María Mazzarello, que no perdía sílaba de cuanto la pudiera ayudar y no descuidaba ocasión alguna para aprender el modo de dirigir sabiamente la casa y, sobre todo, para progresar en la virtud.

«María Mazzarello —escribe una Hermana— era modelo de todas las virtudes, especialmente de piedad, humildad y caridad; nos dio gran ejemplo de obediencia al someterse a las religiosas de Santa Ana, que nos habían sido dadas como maestras de vida religiosa. Estaba animada de un verdadero espíritu de sacrificio y escogía con preferencia las ocupaciones más pesadas.»

Y el Cardenal Cagliero: «Había una verdadera y santa porfía de parte de las buenas Hijas de Santa Ana en admirar las virtudes y santidad de Sor María, y de parte de ésta en encomiar la bondad y santa dirección de sus nuevas maestras.»

CAPÍTULO II

Crecimiento del Instituto y actividad de Don Pestarino

(1872-1873)

1. Emilia Mosca, maestra de francés.—2. Cómo se gana su confianza Sor María.—3. Emilia Mosca, postulante.—4. Ejercicios Espirituales.—5. Llamada paterna a la observancia religiosa.—6. Don Pestarino adapta un motete.—7. Segunda vestición y recuerdos de Don Bosco.—8. El Santo no escucha a los que quieren disuadirle de pensar en el nuevo Instituto.—9. La postulante Enriqueta Sorbone.—10. Sor María le dice que mande venir a Mornese a sus hermanitas.—11. Dos anécdotas.—12. Acto especial de la humildad de Sor María.—13. Partida de las religiosas de Santa Ana. Examen de las alumnas e impresión de un programa.—14. Actividad de Don Pestarino entre las Hermanas.—15. Sor María y el Catecismo parroquial. ¡Viva Jesús!—16. Recomendación a una joven de leer y meditar la *Imitación de Cristo*.

1. «Entre tanto —escribe Sor Emilia Mosca en la crónica— llegaban a la desconocida casa de Mornese postulantes conducidas por la divina Providencia, que no mira las dotes de las personas, sino que escoge a las que le agradan.»

Entre éstas estaba ella misma, que prestó después valiosos servicios al naciente Instituto y murió siendo primera asistente general, el 2 de octubre de 1900. Era pariente del célebre arquitecto Carlos Bernardino Mosca, que ideó y construyó el atrevido puente del mismo nombre sobre el río Dora Riparia de Turín.

Su padre la había recomendado a Don Bosco a primeros de diciembre de 1872 como maestra de francés. Don Bosco le habló de Mornese y la joven fue allá el 4 de diciembre del mismo año.

2. Tenía unos veinte años, instruida, activa y de buen corazón. Sor María conoció en seguida las dotes no comunes

que la adornaban y le confió la enseñanza de francés a las alumnas. Pensó además que podría ser una buena adquisición para el Instituto y empezó hábilmente a trabajar para ganarse su confianza. Dijo en seguida a la cocinera: «¿Has visto que ha llegado entre nosotras, pobres aldeanas, una joven de familia distinguida? Tiene necesidad de especiales atenciones; no podemos darle de desayuno sólo pan y polenta, necesita un tratamiento mejor, dále café con leche».

Este trato materno hizo tan buena y profunda impresión en la señorita que empezó a amar a Sor María y a tomarle confianza; más aún, decía más tarde que aquel detalle fue el que en las tentaciones la mantuvo siempre firme y segura en su vocación (1).

La joven vestía con cierta elegancia y Sor María le dijo un día: «¿No podría vestirse más sencillamente? Al fin y al cabo, estamos en el campo».

Era el primer sacrificio que le pedía y lo hacía con tanta gracia y amabilidad que la joven no se atrevió a decirle que no. Pronto le pidió otros sacrificios, a los que ella correspondió siempre, pero de hacerse Hermana no se hablaba; al contrario, si bien era amante de la piedad, sentía gran aversión al estado religioso.

3. Sor María rezaba y esperaba, y un buen día Emilia le pidió la admitiera como postulante.

—¿Pero usted será capaz de este sacrificio?

—Con la gracia de Dios, me parece que sí.

—Pues bien, comience a vivir como Hermana, aunque no tenga hábito, y después hablaremos.

La joven era seria, de voluntad firme y supo vencer tantas repugnancias y hacer tantos sacrificios que se decidió que el 5 de agosto de 1873, primer aniversario de la primera vestición, vistiera el hábito religioso con otras ocho postulantes.

(1) Proc. Ord., p. 262.

4. Entre tanto, Don Bosco ordenó que también esta vez precedieran a la vestición los Ejercicios Espirituales y mandó para predicarlos a Monseñor Andrea Scotton, arcipreste de Breganze, y al Padre Jesuita Luis Portaluri, entonces capellán y confesor de un instituto religioso de Sampierdarena; también llegó él el día establecido para la función.

Don Bosco fue acogido con alegría y muy filialmente. Quiso ser informado de todo, aprobándolo y animando paternalmente. Debió quedar bien impresionado, porque escribiendo a Don Rua por ciertos asuntos le decía: «Aquí hace mucho fresco, aunque es muy fuerte el fuego del amor de Dios».

5. Este cálido elogio parecería no concertar con la incisiva recomendación paterna hecha por Don Bosco en esta misma visita de «*dar mucha importancia a la obediencia religiosa*», si no se supiera que tal advertencia era sólo para dos de la comunidad que, por su actitud, habían dado motivo.

Don Pestarino lo hizo objeto de una conferencia especial, anotando en el mismo cuaderno de las Reglas los puntos tratados por Don Bosco en la nota siguiente y en forma de diálogo:

D.—¿Qué aviso ha dejado Don Bosco?

R.—Que tenemos necesidad de personas que obedezcan y que no manden, que para mandar bastan las designadas; que ninguna muestre descontento, sino que sepan poner buena cara cuando se les corrige de alguna falta o defecto.

D.—¿En qué ha de consistir la estima y respeto a los superiores?

R.—No en pretender que se acomoden a nuestro gusto, que accedan a nuestros caprichos, sino en reconocer que buscan el bien de nuestras almas, que procuran conservar el orden y el espíritu de Jesucristo por la mortificación. Reconocer que el afecto de los superiores no consiste en manifestaciones externas, en cumplimientos mundanos, sino en sacrificarse por nosotros, en aconsejarnos y en emplear toda su vida en provecho nuestro.

D.—¿Qué se ha de hacer en el nuevo Instituto?

R.—Conocer y explicar las Reglas, tener espíritu de abnegación, de mortificación y de obediencia; estar unidos a los superiores que son los encargados de promover el bien del Instituto y que conocen la vida de comunidad, mientras que nosotras no conocemos aún, o muy poco, este género de convivencia. Si se nos advierte de un defecto, hagamos caso a la observación y demos importancia al aviso.

En las cosas esenciales para la buena marcha de la casa y en el cumplimiento de las Reglas, tener espíritu de sumisión y de unión a la superiora, incluso en las cosas más pequeñas. No hemos de acomodar las Reglas a nuestro gusto, sino someter a la Regla nuestra voluntad (2).

6. «En la segunda vestición (5 de agosto de 1873) —nos refirió varias veces Don José Pestarino (3), capellán de Molare, pueblecito de 1.500 habitantes de la Diócesis de Acqui, a la izquierda de la Orba— fui constituido, ¡nada menos!, qué maestro de capilla del Instituto y compositor de música. Mi tío, Don Domingo, quería que en la vestición se cantara un motete y que yo preparase a las Hermanas. Le dije que no tenía ninguno adaptado a la circunstancia y que no había tiempo para pedirlo a Turín. Y él me respondió: “Arréglate como puedas, pero el canto hay que hacerlo”. ¡Imagínense mi apuro! En buen momento me llegó a las manos el motete de Cagliero: *Veni dulcis Jesus*, etc., y se me ocurrió aplicar a aquella música las palabras: *Veni Sponsa Christi*. Lo intenté y vi que podía ir bien, al menos según mi parecer. Así, pues, lo enseñé a las Hermanas y a las internas, que sabían de música tanto como yo de sánscrito. No obstante, el canto agradó y yo recibí elogios por un trabajo que no era mío».

7. El día fijado por Monseñor Sciandra, que estaba descansando en Mornese, se celebró la ceremonia religiosa: nueve

(2) Original en el Archivo Salesiano de Turín.

(3) Muerto el 30 de enero de 1934.

postulantes hicieron su vestición y tres novicias emitieron los votos trienales.

Al final, Don Bosco les dirigió su paterna palabra, en la que les recordó esta frase de San Antonio: «El mundo está lleno de lazos y de peligros». Les dijo que por eso habían hecho bien en darle un eterno adiós, pero que fueran perseverantes, porque Jesucristo ha dicho que quien después que ha puesto la mano en el arado vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de los cielos (4), y terminó recomendando la observancia de la Regla, la humildad, la caridad y la oración continua. Después dio a las religiosas facilidad para hablarle y marchó, dejando a todas llenas de santo fervor.

8. Uno de los predicadores de los Ejercicios, Monseñor Scotton, no estaba muy satisfecho con el naciente Instituto, por lo que al regresar a Turín le dijo a Don Bosco: «Aquellas hijas tuyas son poco instruidas, ignoran demasiadas cosas... no alcanzarán éxito; por tanto, es mejor que usted no continúe ocupándose de ellas».

Don Bosco le escuchó y le dijo solamente: «Bien, bien, ya veremos».

Monseñor le hizo observar también que la casa no tenía portería, que los albañiles y la gente iban y venían y que todo estaba en desorden. Don Bosco respondió que sus casas nacían en el desorden para entrar después en el orden, y continuó ocupándose del Instituto y pensando en él (5).

9. El 6 de junio de este mismo año la divina Providencia mandó otra postulante, Enriqueta Sorbone, que más tarde desempeñaría una labor importante en el Instituto.

Era de Rosignano Monferrato, perdió a su madre a los doce años y se quedó con el padre y cinco entre hermanos y hermanas, de los que la más pequeña tenía sólo nueve meses;

(4) Lc. 9,62.

(5) Noticias oídas a las primeras Hermanas, especialmente a Madre Petronila. Véase en el Proc. Ord., p. 190.

su hermano Enrique era el mayor y ella era la segunda, por eso debía sustituir a su madre en el cuidado de la familia.

Sintiendo vocación religiosa a los diecisiete años, fue a aconsejarse con Don Bosco, que estaba en Borgo San Martino, el cual le dijo que se fuera a Mornese.

La joven, fortalecida con las palabras de Don Bosco, estimado por mucho como Santo, superó todas las dificultades que se le opusieron; no hizo caso de las habladurías de sus paisanos y partió para Mornese.

La Madre la acogió con toda amabilidad, se informó de su condición y, habiendo descubierto en ella un sano criterio y una clara aptitud pedagógica, transcurridos pocos días, le confió la asistencia de las internas. La piadosa joven se encontró en seguida como en familia, sólo que en lugar de cuatro hermanas a quienes cuidar tenía unas veinte y estaba en medio de ellas como una verdadera hermana mayor y no como superiora. También las niñas empezaron en seguida a quererla bien, le confiaban sus cosas y Sor María estaba muy satisfecha.

Pero el pensamiento de la joven volaba con frecuencia a las hermanitas que había dejado en casa. Sor María, «que tenía un don especial para consolar a los tristes, convencerlos y animarlos», la tranquilizaba tanto que más tarde pudo decir: «Si no hubiera sido por los buenos consejos y alientos que me dio Madre Mazzarello, me habría vuelto a mi casa para asistir a mis cuatro hermanitas huérfanas de madre. Convencida de hacer la voluntad de Dios, permanecí en la Congregación. Agradó a Dios mi sacrificio e hizo que también todas mis hermanas vistieran a su tiempo el hábito de las Hijas de María Auxiliadora» (6).

Añadimos que si el padre de Enriqueta había hecho un sacrificio enorme al darle el permiso para irse a Mornese, el Señor le recompensó abundantemente, porque pudo educar y colocar a todos sus hijos como no lo hubiera podido hacer teniendo a la hija mayor en casa.

He aquí cómo se desarrollaron los acontecimientos.

(6) Proc. Ap., p. 245.

10. Un día la llamó Sor María Mazzarello y le dijo que escribiera a su padre diciéndole que trajera a sus dos hermanitas más pequeñas, llamadas una María, de seis años, y otra Angélica, de cuatro, asegurándole que las educaría sana y piadosamente. El padre accedió y María comenzó a hacer realmente de madre con las dos niñas, siendo innumerables los amables cuidados que tuvo con ellas.

Las Hermanas de Santa Ana en su exquisita caridad, viendo que el Instituto era pobrísimo, se ofrecieron a aceptar gratuitamente en su casa de Turín a una de las niñas y aún a las dos, pero Sor María, aunque admiraba su caridad, no quiso aceptar y dijo a la postulante: «Las Hermanas de Santa Ana, en su gran caridad, acogerían con gusto en Turín a tus dos hermanitas, pero tú no debes aceptar, deben quedarse aquí contigo. Nosotras estamos dispuestas a quitarnos el pan de la boca para dárselo a ellas y no les dejaremos faltar nada. Después mandaremos venir a las dos mayorcitas y para tu hermanito pediremos a Don Bosco que lo reciba en el Oratorio de Turín».

Y, efectivamente, así se hizo.

Un día le contó Enriqueta que su madre había ofrecido a Dios su vida para que diese a todas sus hijas la vocación religiosa. La Madre Mazzarello escuchó la noticia con sumo gusto y se puso también, si así puede decirse, a trabajar por todas con mayor afabilidad.

En efecto, las cinco llegaron a ser Hijas de María Auxiliadora, como ya se ha dicho (7).

11. Enriqueta vistió el hábito religioso el 5 de agosto de 1873 e hizo los votos perpetuos el 28 de agosto de 1875.

En este tiempo le sucedieron dos anécdotas que, según ella, demuestran que la Madre tenía dones extraordinarios. Las exponemos con las mismas palabras con que las declaró en el Proceso Apostólico: «Un día después de comer y de lavar los platos, para imitar a una Hermana profesa, bebí un poco de

(7) He aquí sus nombres: Enriqueta, Angelina, Carolina, María y Angélica.

aquel agua de fregar. Al salir encontré a la Madre, que creo no pudo haberme visto ni saber el hecho por otra, y me dijo en tono de corrección:

—Oye, Enriqueta, ¿por qué has bebido aquel agua?

Y habiendo yo respondido:

—Creía que debía hacer lo mismo que Sor Catalina.

La Madre añadió:

—No vuelvas a hacerlo sin permiso, ¿sabes?»

Paso a exponer la segunda anécdota:

«En aquel tiempo, al mediodía comíamos un poco de polentina sin condimentar y algunas veces con un poco de sal; el jueves había comida de fiesta, que consistía en una parte de patatas cocidas y otra de castañas secas. Un jueves, pasando cerca de la cocina al ir a la iglesia, sentí el buen olor de la comida y me vino un deseo tan vivo de probarla que no me dejaba. Tuve casi remordimiento de ir a comulgar, pero Madre Petronila, a la que consulté, me tranquilizó y me mandó recibir la Comunión. Después, al ir a comer, dejé en el cajón la mitad de mi ración, comiendo sólo la otra mitad. Al salir del comedor con mis niñas me encontré con Madre Mazzarello, que salía del comedor de las Hermanas. Me detuvo y me dijo: “Vuelve al comedor y come lo que has dejado...” Me sorprendió el hecho, porque la Madre no podía haber visto ni sabido lo que yo había hecho» (8).

12. Esta misma declaró también: «Un día mientras la Madre paseaba en el recreo con las Hermanas de Santa Ana, la conversación se dirigió a recuerdos que dejaban entender que procedían de familias distinguidas. Ella, con toda humildad, dijo: “Yo, por el contrario, soy hija de pobres campesinos llenos de miseria...”, y se sentó en el suelo» (9).

13. Este acto de humildad no fue más que uno de los muchos que con toda sinceridad y espontaneidad hacía fre-

(8) Proc. Ap., p. 406.

(9) Proc. Ap., p. 396.

cuentemente, por lo que las Hermanas de Santa Ana admiraban en ella cada día más el espíritu de mortificación, de caridad y de celo y su fino criterio práctico en todas las cosas, verdadero don del cielo para el buen gobierno de una comunidad (10). Por esto un día, en septiembre de 1873, dijeron: «Vayámonos a Turín, porque esta Superiora no necesita dirección en la virtud» (11).

Y seguras de la sabia y prudente dirección de María Mazzarello, persuadidas de que las fervorosas Hijas de María Auxiliadora podrían obrar muy bien por sí solas, regresaron a su Instituto, dejando una gratísima, agradecida e imborrable memoria en la naciente comunidad, a la que tanto habían edificado con santos ejemplos y ayudado con sabias enseñanzas.

Es un honor para el Instituto de las Hermanas de Santa Ana haber dirigido en los comienzos de su vida religiosa el de las Hijas de María Auxiliadora; es gloria para éstas haber correspondido a tanta caridad y, como escribe Sor Emilia Mosca en la crónica: «El recuerdo del bien que las óptimas Hermanas hicieron al Instituto no lo olvidarán jamás las Hijas de María Auxiliadora».

Entre tanto se pensaba en los exámenes de las internas. Don Bosco comunicaba que a primeros de septiembre mandaría algún profesor de Turín y que estuvieran preparadas.

Toda la casa se puso rápidamente en movimiento. Las maestras para resumir las lecciones dadas, las alumnas para repasar lo estudiado, la maestra de música para preparar cantos y músicas para la academia, y las «poetisas» para componer alguna sencilla poesía. El día fijado, temido y deseado, llega y Monseñor Sciandra, que todavía estaba en Mornese, se dignó intervenir, felicitando a todas por la fiesta y el progreso de las alumnas, especialmente en la música y en la lengua francesa; se escribió también un artículo que se envió al diario *L'Unitá Cattolica*.

(10) Proc. Ord., p. 479.

(11) Proc. Ord., p. 396.

Don Bosco hizo imprimir un programa del nuevo colegio, unió a él la relación y lo difundió con profusión, especialmente entre el clero, pidiendo que lo hicieran conocer por las familias de humilde condición que desearan para sus hijas un colegio cristiano y un lugar saludable, con módica pensión mensual. Para mayor información debían dirigirse al director, Don Domingo Pestarino, en Mornese (Acqui).

14. Entre tanto, Don Pestarino, fiel al consejo de Don Bosco de limitar su obra a la dirección espiritual, dejaba a las Hermanas plena libertad de gobierno, pero Sor María y Sor Petronila recurrían siempre a él como anteriormente para darle relación de lo que habían hecho o deseaban hacer y recibir sus sabios consejos y explicaciones. Don Pestarino las escuchaba paternalmente y les daba los consejos que creía más oportunos o les hacía las exhortaciones que le parecían ir más en conformidad con el espíritu de la Iglesia y el de Don Bosco; pero en muchas ocasiones se limitaba a decir: «Obrad por vuestra cuenta, haced como mejor os parezca. Si no os acostumbráis a gobernar por vosotras mismas, nunca aprenderéis».

El se ocupaba mucho de la formación religiosa de las Hermanas y de las niñas, y todos los domingos se reunía la comunidad en la iglesia para el Catecismo; al explicarlo preguntaba no sólo a las alumnas, sino también a las Hermanas y, con bastante frecuencia, a la Vicaria Sor María Mazzarello, la cual respondía siempre con prontitud y precisión, siendo siempre para todas un ejemplo en el estudio de la religión. Secundaba también eficazmente la acción espiritual de Don Pestarino, a fin de que las postulantes y Hermanas estudiaran el Catecismo y progresaran en la instrucción religiosa y así, a su debido tiempo, podrían ser maestras en el pueblo (12).

Estaba siempre en movimiento para el buen gobierno de la casa y Sor Petronila ordinariamente se quedaba en el taller con las postulantes y las novicias. Estas recuerdan que de vez en

(12) Proc. Ap., p. 150.

cuando hacía elevar la mente a Dios con fervorosas jaculatorias y el ofrecimiento del trabajo, y que cuando el horario dispensaba el silencio las distraía con chistes o historietas edificantes.

15. Sor María se ofrecía siempre para el Catecismo parroquial (13). Mandaba también que las Hermanas tuvieran su clase y observaban cómo explicaban la doctrina cristiana, a fin de que se diera bien.

Invitaba también a las niñas a ir al colegio y que llevaran a otras y venían en gran número. Las Hermanas las entretenían con honestas diversiones, las enseñaban a rezar, les daban clase de religión y también Sor María, declaró una ex alumna, «nos enseñaba el Catecismo o nos contaba ejemplos de memoria» (14).

«Las chicas estaban muy contentas y los padres veían bien que sus hijas frecuntaran el nuevo colegio» (15).

«La Sierva de Dios de cuando en cuando se hacía presente y batiendo las palmas decía: “¡Viva Jesús!”, y las niñas respondían: “¡Viva María, nuestra esperanza!”»

Otras ex alumnas nos contaban: «Algunas veces decíamos nosotras: “¡Viva el Sagrado Corazón!”, y Sor María: “¡Viva San José, nuestro protector!” Nosotras: “¡Viva nuestro angelito!”, y ella: “¡Dios sea bendito!” Y nos enseñaba muchas más invocaciones rimadas, porque siempre encontraba algunas nuevas».

16. Durante toda su vida conservó gran afecto a las jóvenes del pueblo y una de éstas recuerda que la Madre le mandó un rosario por medio de una Hermana, encargándole que lo conservara bien y que meditase el libro de la *Imitación de Cristo* (16).

(13) Proc. Ap., p. 144.

(14) Proc. Ord., p. 112.

(15) Proc. Ap., p. 41.

(16) Proc. Ap., p. 136.

CAPÍTULO III

Espíritu de pobreza y de mortificación. Las religiosas dan a Sor María el dulce título de Madre

(1873)

1. María desea ser exonerada del cargo de superiora.—2. La señora Blengini. Sumisión de Sor María.—3. El espíritu de pobreza en la casa de Mornese.—4. Espíritu de reforma de la señora Blengini. Temor de María Mazzavello. Escribe a Don Bosco.—5. La señora Blengini va a Turín y no vuelve.—6. Lo que la Blengini no vio o no apreció en Sor María.—7. Don Cagliero escribe a Sor María diciéndole que Don Bosco la quiere como Superiora. Alegría de las Hermanas.—8. Carta de Sor María a Don Cagliero y respuesta de éste.—9. Privilegio de las tres Misas de Navidad.

1. Sor María decía con frecuencia a Don Pestarino que pidiera a Don Bosco que mandara una superiora.

El piadoso sacerdote, por el contrario, cuando escribía a Don Bosco, al que tenía siempre informado de todo, la elogiaba diciendo que era humilde, obediente, muy trabajadora y muy estimada y amada por sus compañeras.

2. Don Bosco, entre las numerosas y graves preocupaciones que tenía, nunca perdía de vista el nuevo Instituto. Un día se le presentó una señora, María Blengini, viuda del abogado Blengini, antiguo bienhechor suyo, para ofrecerle sus servicios. Don Bosco le propuso ir a Mornese para ver si le agradaba aquel género de vida. El suponía que la señora Blengini, habiendo sido educada religiosamente en un convento de Turín, podría con sus consejos ayudar a la naciente comunidad.

Ella aceptó, proponiéndose llevar a las Hijas de María Auxiliadora el buen espíritu de sus antiguas maestras. Llegó en octubre y Sor María le dispensó la más grata acogida.

Convencida de que Don Bosco la mandaba como superiora, desde el primer momento la trató con respeto y veneración y exhortó a las Hermanas a obedecerla, dándoles a todas edificante ejemplo (1).

«María Mazzarello —escribe en la crónica Sor Emilia Mosca— fue la primera en someterse a esta desconocida superiora; se colocó en el último lugar, no queriendo otra cosa que la gloria de Dios y el progreso del Instituto para el bien de las almas.»

3. Pero la casa de Mornese en aquel tiempo tenía tanta pobreza y austeridad que la vida era no sólo dura, sino casi imposible, según la conmovedora relación de las pocas que aún viven. Sor Emilia Mosca, óptima religiosa que, como hemos dicho, llegó a Mornese en 1872, disfrutó todavía de aquel espíritu de mortificación y nos dejó escrito: «En la casa de Mornese reinaba una verdadera pobreza; el alimento era escaso y ordinario, el trabajo era mucho, había que ganarse el pan de cada día y proveer a las demás necesidades. Las Hermanas enfervorizadas por las palabras de Don Bosco, que prometía un gran porvenir al Instituto si ellas se mantenían sencillas, pobres y mortificadas, y animadas por el ejemplo de Sor María Mazzarello, que parecía no sentir ya las necesidades del cuerpo, no se daban cuenta de las fatigas y privaciones que debían soportar. Para el desayuno no tenían más que un trozo de pan; a la comida, una rebanada de polenta con una pequeña pitanza; de cena, un poco de sopa y fruta. La carne estaba desterrada de su mesa, aparecía sólo en las grandes fiestas y era una verdadera aparición. El vino no se subió ciertamente a la cabeza, estaba amplia y regularmente bautizado. Pero sobre este escaso y pobre alimento estaba la bendición de Dios y las Hermanas no sufrían. Había Hermanas de complexión delicada, acostumbradas a muy diverso trato, y no obstante, todas tenían buena salud y ninguna hubiera cambiado su estado por el de una reina».

(1) Proc. Ap., p. 51.

Este contento era realísimo y lo atestiguan todas las Hermanas mornesinas, pero es cierto también que muchas se resentían en su salud, aunque no reparasen en ello.

Un día una joven, después Hermana y misionera muchos años en América, hacia las once dijo: «Yo me desmayo, no veo nada».

Sor María inmediatamente mandó que la dieran algo de alimento, cosa que practicaba siempre con las que veía más necesitada, apenada ella misma de no poder hacer más.

Una de las primeras religiosas, Madre Petronila, nos dijo un día: «¡Cuántas veces Madre Mazzarello por la noche estaba preocupada porque no había nada para el desayuno! Entonces metíamos en agua el poco pan que había para que creciera; a la mañana siguiente lo poníamos a hervir con un poco de aceite y ajos y esto era el desayuno. Había una pobreza muy cercana a la miseria, pero ninguna se quejaba nunca». Y omitimos otros testimonios.

Así este Instituto que, en breve debía hacerse mundial y prestar tantos servicios a la Iglesia y a la sociedad, nace y se desarrolla, como las más grandes Ordenes Religiosas, en extrema pobreza, como en la pobreza vivió y murió el Salvador del mundo.

4. La señora Blengini no pudo adaptarse a este género de vida. Había llevado consigo a su doncella y como el aire fuerte de Mornese les había despertado el apetito, decidió vivir aparte, con alimento especial y abundante, con horarios y ocupaciones particulares.

Por aquel tiempo fue a predicar a Mornese uno de los hermanos Scotton de Breganze, y tanto él como la señora eran de parecer muy contrario al de Don Bosco respecto a la estrechez en que vivía la comunidad. Además la señora instigaba a las Hermanas para que manifestaran su descontento por la alimentación (2).

«Sor María, que no sabía con certeza si la señora Blengini

(2) Proc. Ord., p. 190.

había venido como superiora o no, comenzó a preocuparse y decidió escribir a Don Bosco —declaró Madre Petronila— exponiéndole los trabajos que hacían las Hermanas, las horas de descanso que tenían y el alimento que tomaban, y le preguntaba si la comunidad debía secundar los planes de la señora. Reunió a todas las Hermanas, les leyó la carta, les preguntó si estaban de acuerdo con que la mandara a Don Bosco y si estaban contentas con el género de vida que llevaban. Contestaron unánimemente que sí. La Madre expidió la carta y Don Bosco le contestó que él había mandado a la señora Blengini no como superiora, sino en prueba solamente, y, por tanto, que continuaran la vida de privaciones» (3).

Además, la señora Blengini, persuadida de tener las luces necesarias para dar buena dirección de vida religiosa a la naciente comunidad, pensaba que Don Bosco había fundado el Instituto sobre bases muy sencillas, con un espíritu demasiado común y proponía unos cambios y otros.

Las buenas religiosas llegaron a sentirse desasosegadas, ya que, por una parte, no querían desobedecer y, por otra, ciertas nuevas disposiciones no parecían conformes a cuanto Don Bosco les había recomendado desde el principio.

Sor María, por evitar un mal mayor, obedecía y exhortaba a las Hermanas a la obediencia. Sin embargo, algunas veces se había permitido manifestar respetuosamente a la señora Blengini su opinión un tanto diversa, especialmente sobre las muchas oraciones y el hábito; pero terminaba sometiéndose siempre con humildad, y tanto ella como sus Hermanas en poco tiempo cambiaron varias veces el hábito. Primero llevaron un pañuelo de redecilla y un velo azul celeste para ir a la iglesia o de paseo; más tarde, una gorra negra plegada, como la que se pone a los niños; poco después la gorra negra se cambió por otra blanca, con un velo por encima.

Los mornesinos se reían de estos cambios que llamaban de carnaval y de títeres y las religiosas se reían también por la burla chistosa y justificada de los buenos paisanos. No obstan-

(3) Proc. Ord., p. 190.

te, todas se sometían también a otras disposiciones que daban a la comunidad un aspecto casi monástico, aunque todo esto no agradara a ninguna.

5. La señora Blengini, después de unos meses, fue a Turín para hablar con Don Bosco sobre las reformas que había hecho y las que pensaba introducir.

Don Bosco escuchó, pero no pudo aprobar. El, que quería a las nuevas religiosas para instruir y educar cristianamente a las hijas del pueblo, deseaba, sí, que tuvieran un espíritu de piedad sincero y sólido, seguro y resistente a toda prueba, pero a la par deseaba que tuvieran modales francos, desenvueltos y alegres para atraer a las chicas y así hacerlas el bien. Quería que tuvieran modos sencillos, pero el espíritu religioso bien radicado en el corazón y que lo llevaran a los demás.

Parece ser que la señora Blengini no estuvo conforme con las ideas de Don Bosco, por lo que éste llamó a Don Cagliero y le dijo que Sor María Mazzarello podía hacer de superiora magníficamente; por tanto, que fuera a dar las gracias a la señora por lo que había hecho por el Instituto.

Don Cagliero obedeció. Ella se mostró contrariada por la determinación de Don Bosco e insistió sobre sus reformas, afirmando que de otro modo no volvería a Mornese. «Pero llena de afecto hacia las buenas Hermanas, primicias del naciente Instituto —escribe Don Cagliero— y preocupada por su porvenir a causa de su renuncia, la piadosa señora me decía:

—Y ahora, ¿quién hará de superiora? ¿Quién dirigirá aquella casa y quién podrá formar a las Hermanas en el espíritu religioso?

—Señora —le respondí—, Don Bosco cree que María Mazzarello es capaz de ejercer este cargo.

—¿Sor María Mazzarello? Es buena, es una santa..., pero no es instruida, su educación fue demasiado humilde...

Respondí:

—Vea, señora, Don Bosco me ha dicho que eso es lo que se necesita para ser instrumento hábil en las manos de Dios y para hacer grandes cosas... Ahora él quiere que yo, de su parte,

le agradezca vivamente de todo corazón el bien que ha hecho a su Instituto y le diga que pide al Señor la recompense con las más copiosas gracias y con sus célestes bendiciones.»

6. La señora Blengini tenía toda la razón al decir que Sor María no tenía instrucción y que había recibido una educación muy humilde, demasiado humilde, como dice Don Cagliero; pero se equivocaba al no haber visto o no haber sabido apreciar en ella algo mayor y mejor, esto es: un maravilloso buen sentido y su grande y buen corazón, ennoblecido con una virtud a toda prueba, una fe viva, una caridad ardiente, una ilimitada confianza en Dios, una obediencia pronta y alegre, basada en su profunda humildad; cosas todas que los libros pueden sí enseñar, pero no dar.

Don Bosco, por el contrario, con su fina intuición había visto todo esto y comprendido que de las muchas mujeres de la nobleza y del pueblo que él conocía, ninguna era más apta que María Mazzarello para corresponder a sus designios, que eran los de María Auxiliadora y los de Nuestro Señor; por todo esto quiso que fuera ella la superiora.

En efecto, el Cardenal Cagliero depuso: «Don Bosco había admirado en ella preclaras virtudes, dotes y cualidades relevantes que la hacían superior a todas sus hijas espirituales y, especialmente, un tacto y discernimiento de las personas; por eso, a pesar de su resistencia y de sus protestas de incapacidad y de poca instrucción, la quiso superiora» (4).

Al fundar una Congregación religiosa lo difícil no es construir una casa, ni tampoco allegar sujetos, ni mucho menos inventar un hábito; tal vez, ni escribir una Regla después de tantas como se han escrito; lo difícil está en darle un espíritu y unificar los corazones de modo que todos los miembros vean y quieran como ve y quiere el fundador.

Si esto es así para todo fundador, lo será de modo especial cuando se trata de un hombre que funda un Instituto femenino, porque él, por los motivos más elementales, no puede ni

(4) Proc. Ord., p. 118.

debe estar siempre entre ellas; por eso tiene necesidad de alguien que lo comprenda y no sólo realice sus designios, sino que tenga su mismo espíritu y lo infunda de una manera eficaz y profunda en la comunidad. Así San Francisco de Asís se sirvió de Santa Clara; San Francisco de Sales, de Santa Francisca de Chantal, y San Vicente de Paúl, de Santa Luisa Marillac.

Don Bosco al fundar el Instituto tenía necesidad de una mujer capaz de comprenderlo, de interpretarlo y de secundarlo con generosidad. El Señor le preparó esta mujer tan excepcional en María Mazzarello.

Ella había sentido siempre por impulso divino y demostraba también una clara inclinación a ocuparse de las niñas; siendo joven había abierto un taller modelo para jovencitas y había fundado un floreciente oratorio festivo, sin tener experiencia, y quizá ni conocimiento, o al menos muy poco, tanto del uno como del otro. En casa Maccagno y en unión con la buena y afable Petronila tenía ya un minúsculo internado; en la casa de la Inmaculada había recibido a otras jóvenes que se habían unido a ella para ayudarla y algunas de sus compañeras la habían elegido superiora. Por tanto, María Mazzarello cuando conoció a Don Bosco dirigía ya una pequeña comunidad. El germen de la vocación pedagógica que Dios le había infundido estaba ya, sin saberlo ella misma, muy desarrollado y maduro para dar grandes frutos. Por eso, cuando conoció a Don Bosco, sus programas y sus métodos, encontró que todo ello correspondía plenamente a sus sentimientos, y se había sentido atraída a secundar en el bien al santo sacerdote.

Que Don Bosco considerase a Sor María apta para superiora se deduce también de las dos cartas que por este tiempo dirigió a la señora Francisca Pastor de Valenza, en las que elogia la piedad, la humildad, la prudencia, la obediencia, la energía de la piadosa religiosa; cartas que fueron leídas por Sor Laurentoni (5) y que, a pesar nuestro, no hemos podido encontrar.

(5) Proc. Ord., p. 479.

7. Más tarde Don Cagliero, secundando el deseo de Don Bosco, escribió a Mornese diciendo que la señora Blengini no volvería allí, y que la verdadera superiora era Sor María Mazzarello.

Esta noticia colmó de alegría a las Hermanas que, llenas de estima y veneración, en un acceso de entusiasmo, abandonando el título de vicaria, comenzaron a llamarla con el dulce nombre de Madre. «Estas —escribe el Cardenal Cagliero aludiendo a la Blengini—, en lugar de una Chantal viuda, por muy instruida y santa que fuera, preferían la sencillez de María Mazzarello, porque era una flor del campo como ellas.»

8. Sor María no pensaba así y contestó a Don Cagliero diciéndole: «Esta carta que escribo a vuestra paternidad, y que no me atrevo a escribir a Don Bosco porque está llena de errores, sin muchas palabras le diré que yo no soy capaz ni apta para el cargo de superiora, como desea nuestro veneradísimo Padre Don Bosco. Juzgue usted por este escrito, que hasta vergüenza me da mandárselo, mi instrucción, mi letra que parecen garabatos de gallina, las faltas gramaticales y de ortografía; sólo soy de verdad una ignorante campesina y ni siquiera sé coordinar los pensamientos como es debido para enviarlos a los superiores. Dígale a Don Bosco que no soy capaz de dirigirme a mí misma, y mucho menos de dirigir a los demás».

«Yo —dice el Cardenal Cagliero— le contesté en nombre del Santo Fundador que siguiera adelante sin temor, que tuviera confianza en Dios, porque las almas más humildes tienen asegurada la bendición y la gracia del Señor hasta para confundir a los sabios.»

No quedaba más que resignarse y obedecer, y María Mazzarello obedeció y se cumplió en ella la sentencia de la *Imitación de Cristo*: «Ninguno está en mayor grado de hacer de superior que el que está pronto a ocupar el puesto inferior» (6).

(6) L. I., c. 20.

9. Entre tanto se acercaba el final del Adviento. Don Bosco había recibido de Pío IX, el 15 de noviembre de 1872, un Rescripto en el que el Santo Padre le concedía poder celebrar las tres Misas de Navidad en la medianoche y permitía a todos los asistentes recibir la sagrada Comunión con las debidas disposiciones; además le concedía la facultad de extender este privilegio a todas sus casas, por esto lo comunicó a la casa de Mornese y el Obispo de Acqui ponía el Visto Bueno el 13 de diciembre de 1873.

CAPÍTULO IV

Edificante relación de Don Pestarino. Don Cagliero, director general del Instituto. Sor María se resigna a ser Superiora. Santa muerte de Don Pestarino

(1874)

1. Don Bosco, en Roma, para la aprobación de las Constituciones de los Salesianos. Carta circular a las casas salesianas.—2. Tres avisos importantes de Pío IX.—3. Don Pestarino, en Turín. El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, agregado a la Congregación de San Francisco de Sales. Edificante relación de Don Pestarino.—4. Muerte de la primera Hija de María Auxiliadora. La sobrina de Don Pestarino ingresa en el Instituto.—5. Don Cagliero, director general del nuevo Instituto. Introducción del triduo o Ejercicio Espiritual para la Pascua.—6. Sor María se resigna a ser Superiora. Estima de Don Bosco por la Madre.—7. La primera Misa cantada.—8. Don Pestarino afectado de una enfermedad imprevista. Sus últimas palabras. Su santa muerte. Curación de una niña.—9. Llanto en el pueblo. Pésames deprimentes.—10. Cómo provee Don Bosco la dirección de las Hijas de María Auxiliadora.—11. Funerales de Don Pestarino.

1. A finales de 1873 Don Bosco marchó a Roma, adonde llegó el 30 de diciembre (1), como intermediario entre el Gobierno italiano y la Santa Sede para las prácticas sobre la temporalidad de los Obispos y al mismo tiempo obtener la aprobación de las Constituciones de la Pía Sociedad Salesiana. Aquéllas se malograron especialmente por las amenazas de Prusia (2) y éstas encontraron no pocas dificultades.

(1) LEMOYNE. *Ob. cit.*, vol. II, p. 135.

(2) LEMOYNE. *Ob. cit.*, vol. II, p. 139.

Por esto, el 16 de marzo de 1874, Don Bosco con una carta circular anunciaba a todas las casas el inminente debate de la Comisión cardenalicia sobre las Constituciones y ordenaba hacer un triduo de oraciones especiales que se haría por la mañana, la tarde y durante el día del 21 al 23 de marzo, recomendando que los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora con sus alumnos y alumnas formaran «un solo corazón y una sola alma para implorar las luces del Espíritu Santo sobre los Eminentísimos Purpurados» que debían dar su voto (3).

Las Constituciones fueron aprobadas con Decreto de 13 de abril de 1874. El día siguiente Don Bosco, recogido el Decreto, volvió a Turín, llegando el 16 por la mañana.

2. A primeros de enero, desde Roma, había escrito a las Hermanas de su puño y letra tres avisos que —decía— «me los ha dado Su Santidad Pío IX, asegurándome que si una comunidad los observa, caminará bien».

Los avisos eran éstos: 1.º *Uniformidad en la comida*. 2.º *Uniformidad en el vestido*. 3.º *Uniformidad en los permisos*.

Don Bosco decía que se había atrevido a objetar al Santo Padre que no siempre ni por todos se podrían observar y que Pío IX le había contestado: «Cuando la necesidad lo exija y lo aconsejen particulares circunstancias, con caridad y prudencia, dispense el superior».

Las buenas religiosas pusieron el papelito bien a la vista en una puerta por donde pasaban a menudo, para recordar mejor los tres avisos; algunas se los escribieron en su libro de oraciones.

3. Al volver Don Bosco de Roma, Don Pestarino había ido a las ocho a esperarlo a Alessandria, pero ya hacía dos horas que había pasado por allí el Santo. Entonces él se fue a

(3) En la circular remitida a las casas salesianas había una postdata que decía que el triduo debía repetirse los días 26, 27, 28; por el contrario, la postdata de la circular enviada a Mornese sólo decía a Don Pestarino que la leyera y explicase a «nuestras Hermanas» y lo comunicara a las alumnas en la forma que creyera más oportuna. (Véase Apéndice, p. 255).

Turín, y desde allí escribió a su sobrino Don José: «Lo encontré (a Don Bosco) en su habitación con todos los directores, y cuando éstos se despidieron hablamos largo rato los dos a solas. Me dijo que el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora ha sido *incorporado* a la Congregación, ya aprobada, de San Francisco de Sales...» (4).

Podemos afirmar casi con seguridad que en esta ocasión Don Pestarino entregó o leyó a Don Bosco una relación sobre el naciente Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, porque los datos por él referidos corresponden a los de los registros de aquel tiempo.

He aquí dicha relación: «En la casa de las Hijas de María Auxiliadora de Mornese hay trece profesas (eran catorce, una pasó como esperamos fundadamente al Paraíso), ocho novicias, ocho postulantes y diecisiete educandas. No encuentro en todo más que motivos para bendecir y dar gracias a Dios. Es para mí un verdadero consuelo descubrir en las Hermanas y novicias, según su capacidad, un gran empeño en formarse en el espíritu de las Reglas y de vivir según los santos recuerdos enviados por el gran Pío IX, por medio del Superior Mayor Don Bosco: la uniformidad en el vestido, en la comida, en el trabajo, en el descanso, en los permisos y en no buscar excepciones.

»Hace pocas semanas Sor María Mazzarello me pidió consejo sobre si estimaba conveniente que se diera un poco de café con leche a algunas que ya están acostumbradas en sus casas, para que no sufrieran su falta, y me dijo también que creía necesario dar a todas al menos un poco de leche caliente. Yo accedí y ella cuando fui a dar la conferencia me hizo esta proposición delante de todas. Les hice saber que me parecía muy bien; más aún, que lo había pensado varias veces y que lo veía conveniente. Pero en seguida las maestras y después todas las demás comenzaron a decirme que esperara un poco, que ellas se encontraban bien de salud y con buen apetito; que al desayuno no sobraba ni una miga de pan, y que más bien conti-

(4) Véase carta en el Apéndice, p. 255.

nuaran dando la polenta y las castañas cocidas, que a todas les apetecía y les sentaba bien... Yo añadí pocas palabras y dije a la Vicaria (Sor María Mazzarello) que de momento lo dejara todo como antes, que ya se estudiaría mejor si convenía o no.

»Lo que más me satisface es la verdadera unión de espíritu y de caridad, la armonía jubilosa y la santa alegría que reina entre todas durante el recreo, donde se divierten fraternalmente unidas.

»En la piedad son edificantes, también para mí, tanto en el recogimiento y fervor al acercarse a los Sacramentos como en la meditación, en el rezo del Oficio divino y en otras oraciones y funciones. Fue algo conmovedor el acompañamiento de la Hermana difunta al cementerio. Muchos del pueblo lloraban; los mismos jóvenes me decían que estaban conmovidos al ver su compostura y modestia sin la menor afectación, y las jóvenes del pueblo decían jubilosas: «¡Queremos ir todas al colegio!»

»Se observa en todas un verdadero desprendimiento del mundo, de los parientes y de sí mismas, en cuanto es compatible con la humana fragilidad.

»Son tan atentas y asiduas a los trabajos que nunca he advertido la menor muestra de desagrado en hacer esto o aquello, y espontáneamente velan todas por los intereses de la casa.

»Hay que decir que reina el buen ejemplo entre las maestras, habiendo una externa para preparar a las Hermanas a los exámenes estatales; también ella es ejemplar en la piedad, humilde y respetuosa con todos. Parece incluso animada a quedarse con las Hijas de María Auxiliadora, y dice que mientras en otros conventos donde ha estado de haber tenido deseos de hacerse monja los hubiera desechado, aquí, por el contrario, después de venir sin ninguna intención de quedarse y pensando estar poco tiempo, siente cada vez más fuerte la idea de permanecer como Hermana para siempre.

»De salud están todas bien, a pesar de la muerte de la Hermana.

»Respecto a las educandas no hay nada que lamentar: todas tienden a la virtud y son respetuosas; algunas destacan ya



El Cardenal JUAN CAGLIERO
que, siendo sólo sacerdote, fue elegido por Don Bosco
director general de las Hijas de María Auxiliadora

por su piedad e incluso por su deseo de hacerse Hijas de María Auxiliadora. Tengo que repetir que estoy contento y satisfecho de ellas, y que es para mí un gran consuelo verlas tan buenas y alegres, y siempre deseosas de que les dé la conferencia y les diga alguna cosa buena. Aun las mismas pequeñas, si saben que voy a hablar a la comunidad, no quieren irse a dormir sin que el director les diga una buena palabra.

»Se ven claros los frutos de la bendición del Señor, de la Virgen y de Don Bosco. Una sola cosa se desea: la visita del superior.

»Lo que no marcha tan bien es la economía: las educandas son pocas y, por consiguiente, tenemos *déficit*; por esto viven tan pobremente, aunque el alimento es sano; parece ser que tienen más deudas que créditos. Esperamos que el Señor nos ayude también en esto por medio de Don Bosco y de Don Rúa, y de los otros colegios, con los cuales, poco o mucho, estamos en relación por las deudas contraídas».

4. Don Pestarino dice en su relación que había muerto una Hermana. Se llamaba Sor María Poggio, natural de Ponti (Alessandria), a la derecha de Bormida; era de carácter dulce y agradable, atendía a la cocina y murió el 29 de enero de 1874, después de año y medio de profesión (5). Es la primera Hija de María Auxiliadora que fue al cielo a recibir el premio de sus virtudes y sacrificios; San Francisco de Sales diría que marchó a ver el cielo que Dios preparaba a las demás (6).

El Señor mandó para sustituirla a otras jóvenes, y entre éstas a una sobrina de Don Pestarino llamada Rosalía, la cual nos contó un día una anécdota que nos hace comprender mejor la vida de las nuevas religiosas.

Sabiendo que había sido educada en otro Instituto religioso, le preguntamos si, como parecía natural suponer, había

(5) Ver *Cenni Biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice difunte en el primer decenio del Instituto*, p. 9.

(6) Palabras del Santo al hablar de la muerte de la primera Hija de la Visitación. (Ver BOUGAUD. *Historia de Santa Juana Francisca de Fremyot, Baronesa de Chantal*, vol. I, c. XIII.)

sido su tío el que le aconsejó entrar con las Hijas de María Auxiliadora.

«Oh, no —nos contestó—; como toda la familia se oponía, él, en lugar de ayudarme, se puso también en contra. Me decía: “El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora no es para ti. Has nacido y vivido en la abundancia, y allí les falta hasta el pan. Irás y no podrás resistir; si quieres hacerte religiosa busca otro Instituto”.

»Yo sabía, y lo veía, que en el colegio se vivía en una pobreza extrema, pero también veía siempre a las Hermanas tan fervorosas y contentas que, a pesar de las oposiciones, ingresé. La comida era de verdad muy ordinaria y escasa, pero yo estaba satisfecha.

»Era postulante, estaba estudiando y sentía tal debilidad y agotamiento que no podía más. Un día, pasando junto a la habitación donde estaba el pan reciente, sentí tan buen olor que me vino la tentación de coger un panecillo. No me vio nadie. Lo tomé aprisa y corriendo me escondí para comerlo. Apenas terminé sentí rubor por la acción y tuve tanto remordimiento como si hubiera cometido no sé qué pecado. Sentí tal agitación que no podía vivir. Supliqué a Jesús que me ayudase y poco después llega al colegio mi tío Don Domingo. Apenas me vio comprendió que me había ocurrido algo que me preocupaba y me preguntó qué me sucedía. Le dije que quería confesarme. El fue a la capilla, entró en el confesonario y yo me arrodillé y empecé mi confesión diciendo: “He hecho... he hecho... he hecho...”, pero con el llanto no pude decir lo que había hecho.

»El procuró tranquilizarme y me hizo algunas preguntas, pero yo no podía responder. Finalmente entre sollozos le di a entender que tenía hambre y “robé” un panecillo, y vuelta a llorar a lágrima viva. El procuró tranquilizarme diciéndome que no había cometido ningún pecado, que me daba él permiso de cogerlo cada vez que sintiera necesidad. Pero yo seguía inconsolable, y él, que tenía un corazón muy sensible, se conmovió y también entre sollozos me decía:

—Ya te dije que pasarías hambre, pero aún estás a tiempo; vente a casa que no te faltará nada.

—No, no, tío; se lo agradezco, pero no me voy a casa porque estoy muy contenta de estar aquí. Espero superar todas las dificultades y acostumbrarme como lo han hecho otras. Sólo le pido que no diga nada a la familia porque sufriría mucho.

»Jesús me ayudó; desde aquel día no volví a sentir debilidad y después de tantos años de maestra sigo siendo Hija de María Auxiliadora, siempre contenta y con buena salud.»

Reanudamos el hilo de nuestra narración.

5. Don Bosco debió experimentar gran consuelo con la relación de Don Pestarino y daría gracias a la divina Providencia al ver que también su segunda familia religiosa se encaminaba bien. Después de aquellos días (1874) mandó a Mornese a Don Juan Cagliero «a representarlo en calidad de director general del nuevo Instituto, a hacer la primera visita canónica y a tomar, como delegado suyo, la dirección espiritual» (7).

Don Cagliero, que se había doctorado brillantemente en Teología en la Real Universidad de Turín, enseñaba Moral a los clérigos del Oratorio, era catequista, maestro de música, en casa resolvía bien los asuntos más delicados y dirigía espiritualmente bastantes Institutos religiosos de la ciudad. De carácter vivo y emprendedor, amantísimo de Don Bosco, era uno de los más aptos para comprenderlo y secundarlo en sus designios.

Don Bosco, al mandarlo a Mornese, le encargó predicar un triduo de Ejercicios Espirituales a las Hermanas y a las alumnas.

Así se introducía también entre las Hijas de María Auxiliadora la práctica de estos Ejercicios en preparación a la Pascua, como se acostumbraba en las casas salesianas.

Don Cagliero enfervorizó a todas, y fiel intérprete del pensamiento de Don Bosco, animó a la maestra de música, a las alumnas y a todas las Hermanas a amar el canto que sirve para

(7) Proc. Ord., p. 24.

dar gloria a Dios, a aprender según la propia capacidad y disposiciones la música, con la que se puede ennoblecer el corazón y atraerlo al bien.

6. La Madre, antes de que él regresara a Turín, se arrodilló a sus pies, y aduciendo nuevamente su incapacidad le pidió y suplicó que intercediera ante Don Bosco para que la quitara de superiora.

Don Cagliero, que ya había tenido tiempo para conocerla y estimarla, en lugar de buscar motivos para convencerla, le preguntó:

—Me decís que no sabéis nada. Los principales misterios de nuestra fe, ¿los sabéis?

—Ciertamente, pero éstos ¿quién no los sabe? Mas esto no basta para saber dirigir una Congregación (8).

—Bien; a Don Bosco le basta que sepáis esto y que seáis obediente para hacer de superiora.

Y la Madre tuvo que resignarse. Pero ella en su humildad sentía repugnancia de que la llamaran *Madre*, no osaba llamar a las Hermanas *hijas*, si bien en realidad más que superiora fuese para ellas una verdadera *madre*. «Ella —escribe Sor Emilia Mosca en la crónica— mandaba más con el ejemplo que con la palabra y sin esfuerzo inducía a las Hermanas a practicar la virtud en grado heroico.»

Al llegar a Turín Don Cagliero informó de todo a Don Bosco, que se mostró satisfecho de la buena marcha del Instituto y dijo: «La Madre Mazzarello tiene dones especiales de Nuestro Señor. Su poca instrucción está ampliamente suplida por sus virtudes, su prudencia, su espíritu de discernimiento y su don de gobierno basado en su bondad, caridad y su inmovible fe en el Señor» (9).

Y Don Cagliero dejó también escrito: «La Madre escribió, lloró, se arrodilló, pensó y buscó todos los medios para probar su ineptitud, deficiencia, incapacidad y falta de las cualidades

(8) Proc. Ord., p. 391.

(9) Cardenal CAGLIERO. *Mem. hist.*, cit.

requeridas para ser superiora del nuevo Instituto; suplicó al fundador Don Bosco, se humilló ante el director general Don Cagliero, ante el director particular Don Pestarino, con el fin de persuadirlos de que no era apta para tal cargo. Sólo calló resignada cuando le dije que Don Bosco quería una superiora que más que sabia fuera humilde y obediente».

Como hemos observado ya en el capítulo anterior, con una superiora instruida, pero poco dócil, ¿cómo se podría haber dado al Instituto el espíritu que debía tener para hacer todo el bien a que estaba destinado? Y sin tal espíritu, ¿habría podido continuar su existencia y desarrollo? En María Mazzarello la humanidad y la docilidad eran igualmente valiosas.

7. Las recomendaciones de Don Cagliero para que cultivasen la música y el canto no fueron inútiles; el 14 de mayo, fiesta de la Ascensión, las religiosas siguieron la Misa de la *Santa Infancia* del mismo Don Cagliero y fue la primera Misa cantada por las Hijas de María Auxiliadora. Fue un acontecimiento, del que se habló con satisfacción en el pueblo, donde se empezaba a ver bien la nueva institución.

8. Don Pestarino se alegró muchísimo, pero esta felicidad quedó turbada al día siguiente por un doloroso incidente.

Comenzaba aquel día la novena de Pentecostés y la de María Auxiliadora. Don Pestarino, según su costumbre, después de la Misa leyó la meditación en el libro *Mes de María*, de Don Bosco, que ese día versaba sobre la muerte. Al final impartió la bendición con el Santísimo y se puso a confesar. Hacia las diez se fue al Ayuntamiento, pues era Concejal. A las once volvió a casa y pasó a ver a los carpinteros que Don Bosco le había mandado del Oratorio de Turín para preparar los muebles del Instituto. Mientras hablaba con ellos, de pronto dijo que se sentía mal. Inmediatamente le prestaron los socorros de urgencia y lo llevaron a su casa.

La Madre y Sor Petronila, apenadísimas, fueron a visitarlo. Las reconoció y con gran esfuerzo preguntó:

—Las Hermanas y las niñas, ¿dónde están?

—En la iglesia rezando por usted.

—¡Bien, bien! ¡Animo, hijas...! ¡Confiad en el Señor!

Y fueron las últimas palabras que pronunció en modo inteligible. En seguida llegó el párroco y le administró la Extremaunción. Llegó también su hermano, médico, y después el médico del pueblo, pero todo fue inútil. El mal continuó agravándose y a las tres de la tarde Don Pestarino entregaba su bella alma al Creador.

Su muerte fue repentina, pero no imprevista, porque siempre estaba preparado. Quince días antes había hecho testamento, declarando a Don Miguel Rúa y a Don Juan Cagliero sus herederos universales. Dios le encontró maduro para el cielo, y quiso dárselo inesperadamente, cuando él pensaba trabajar todavía y luchar largamente en este valle de lágrimas. Tenía cincuenta y siete años.

Las Hermanas estaban consternadas, habían perdido a su primer director espiritual, el que las había dirigido siempre y ayudado en lo material, el que las había formado en la vida religiosa y puesto en las manos de Don Bosco; el que fue siempre su padre, guía, ayuda, fortaleza y consuelo.

9. Apenas se supo en el pueblo la triste noticia, toda la gente se conmovió, porque todos habían recibido beneficios de él; todos celebraban sus virtudes y lo consideraban como un santo, hasta los mismos que lo habían vituperado.

Muchas personas fueron al colegio a consolar a las Hermanas, aunque estos consuelos eran en cierta manera molestos como los de Job (10) porque entre las palabras de aliento decían:

—Pobrecitas, ¿cómo haréis ahora?

—Haremos como antes —contestaban ellas.

Y otros decían:

—Tememos que con Don Pestarino se haya acabado también vuestro Instituto y lo sentimos.

A lo que las Hermanas contestaban:

(10) XVI, 2.

—Su muerte es ciertamente para nosotras una gran desgracia, pero Dios y Don Bosco pensarán en nosotras.

—¿Don Bosco? Don Bosco está en Turín y tiene demasiados muchachos que mantener y mucho que hacer para ocuparse de vosotras.

Así al dolor de la sensibilísima pérdida se añadía el de la incertidumbre.

Como es natural, la que más sufría era la Madre «porque en aquel momento le parecía ver derribarse todo el Instituto» (11). También Sor Petronila estaba apenadísima, pero ambas plenamente resignadas. La Madre, mientras exhortaba a las Hermanas a ser generosas en ofrecer sufragios por el alma de su gran bienhechor, que continuaría ayudándoles desde el cielo, no dejaba de añadir que estaban en las manos de Dios y que El proveería. Les decía: «Hijas de poca fe, ¿por qué teméis? ¿De qué dudáis? Don Pestarino hasta ahora fue todo para nosotras: nos dio una casa, dirección, trabajo y alimento; ¿pero creéis que Don Bosco no es nuestro Padre o que nos vaya a abandonar como se dice en el pueblo? ¡No conocen a Don Bosco y no saben que la obra es suya; obra que la Virgen y el Señor le inspiraron! ¡Oremos y esperemos!» (12).

Y las Hermanas y las alumnas se turnaban rezando ante el amado difunto.

Acaeció también un hecho algo extraordinario. Lo referimos como nos lo han contado varias Hermanas.

Hacía varios días que la hermanita de la asistente de internas, Marietta Sorbone, de seis años (13), tenía tan inflamados los ojos que parecía se le iban a saltar de las órbitas. No podía soportar la luz y estaba todo el día en una habitación oscura. La Madre, movida por un vivo espíritu de fe, tomó amablemente de la mano a la niña y le dice: «Vamos a que Don Pestarino te cure».

La condujo junto al venerado cadáver, tomó la mano del difunto y continuando su oración, la puso sobre los ojos de la

(11) Proc. Ord., p. 216.

(12) Cardenal CAGLIERO. *Mem. hist.*, cit. Véase también Proc. Ord., p. 314.

(13) Véase p. II, c. 2, núm. 9.

niña. Al instante se calma el dolor y disminuye la hinchazón. Sor María tomó un pañuelo de Don Pestarino que conservaba algunas manchas de sangre y vendó con él los ojos de la niña. Al día siguiente estaba curada y las Hermanas se convencieron cada vez más de que habían adquirido un buen protector en el cielo.

10. Entre tanto se había comunicado telegráficamente a Don Bosco y al Obispo de Acqui la triste noticia. Don Bosco mandó inmediatamente a Don Bodrato, confidente de Don Pestarino y entonces prefecto del Colegio de Borgo San Martino, que se trasladase rápidamente a Mornese para consolar a las apenadas religiosas y proveer a los funerales del querido difunto. Después llamó a Don Cagliero y le dijo: «Conviene que te vayas en seguida a Mornese a consolar y tranquilizar a las pobres y afligidas Hermanas, especialmente a las novicias y postulantes, asegurándoles que Don Bosco es y será siempre para ellas más que un superior, un padre» (14).

Don Cagliero llegó a Mornese el día 17 con el salesiano Don Lazzerio, gran tenor, y Gastini, el conocido «juglar de Don Bosco», que se acomodaba a todas las partes del canto y que apareció como un ángel consolador para aquellos corazones tan vivamente probados y con tanta incertidumbre sobre el porvenir.

«A nuestra llegada —escribe Don Cagliero— aquellas pobres hijas resurgieron de muerte a vida; enjugaron sus lágrimas, serenaron su espíritu y lleno el corazón de esperanza y de paz, admiraron una vez más la iluminada confianza y el perfecto abandono de la venerada y queridísima Madre en su Santo Fundador» (15).

Les referí también las palabras de Don Bosco, y éstas, unidas al anuncio de que cuanto antes les enviaría otro director y que pronto iría él mismo a verlas, fue para sus corazones un verdadero bálsamo consolador.

(14) Cardenal CAGLIERO. *Mem. hist.*, cit.

(15) Cardenal CAGLIERO. *Mem. hist.*, cit.

11. Los funerales de Don Pestarino fueron una auténtica apoteosis, por la asistencia de toda la población de Mornese y del clero y personas de los pueblos vecinos.

Las Hermanas siguieron ofreciendo por su insigne e inolvidable bienhechor misas, comuniones, oraciones y sacrificios.

APENDICE AL CAPITULO IV, NUMS. 1 Y 3

Carta circular de San Juan Bosco a las Casas Salesianas, en la que se piden oraciones para obtener la aprobación de las Constituciones

Amadísimas Hijas en el Corazón de Jesús y en María Auxiliadora:

El día 24 de este mes será una fecha memorable para nuestra Pía Sociedad.

Nuestra Congregación ha sido definitivamente aprobada con Decreto del 1.º de marzo de 1867; ahora se trata de la aprobación definitiva de las Constituciones.

A este fin, el Santo Padre ha elegido una Congregación de Cardenales para que expresen su parecer sobre este argumento, que es uno de los más importantes para nuestro bien presente y futuro.

Las oraciones que hasta ahora hemos recomendado iban dirigidas a este fin. Debemos, por tanto, redoblar nuestras súplicas ante el trono divino, a fin de que Dios misericordioso disponga que todo se ordene a su mayor gloria y provecho espiritual nuestro.

Unámonos, por tanto, en espíritu de viva fe, y todos los Salesianos con las Hijas de María Auxiliadora y las alumnas a ellas confiadas por la divina Providencia formemos un solo corazón y una sola alma para implorar las luces del Espíritu Santo sobre los Eminentísimos Purpurados, con un triduo de oraciones y de ejercicios de piedad. Para que haya uniformidad en nuestras súplicas a la divina misericordia se establece lo siguiente:

1.º Desde el 21 de este mes, durante tres días, todas las Hijas de María Auxiliadora harán ayuno riguroso. La que por motivos razonables no pudiera ayunar, que rece el *Miserere* y tres *Salve Regina* a la Virgen Auxiliadora con la jaculatoria: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*.

Cada una añadirá las oraciones y mortificaciones que crea compatibles con sus fuerzas y con los deberes de su estado.

2.º Invítese a las alumnas a frecuentar lo más posible los Sacramentos de la confesión y comunión.

Las oraciones de la mañana comenzarán con el canto del *Veni Creator Spiritus, etc. Emitte Spiritum, etc.*, con el *Oremus: Deus qui corda fidelium, etc.*

Las oraciones, el Rosario, la Misa y la meditación dirijanse a este fin.

3.º Durante el día las Hijas de María Auxiliadora pasen todo el tiempo que les sea posible delante del Santísimo Sacramento.

La lectura espiritual y todas las oraciones ordinarias háganse en la iglesia.

4.º Por la noche, a la hora más cómoda, se reunirán en la iglesia y con la mayor devoción, después de rezar el *Veni Creator*, como por la mañana, harán la acostumbrada práctica de reparación por los ultrajes que recibe Jesús en el Santísimo Sacramento.

Nuestras humildes súplicas a la bondad del Señor comenzarán el 21 y continuarán hasta el 24 por la mañana.

La gracia de N. S. J. C. esté siempre con nosotros. Amén.

Roma, 16 de marzo de 1874.

Affmo. in C. J.,
Sac. JUAN BOSCO

N. B.—El señor director Don Pestarino leerá y explicará la presente a nuestras Hermanas y la comunicará también a las alumnas del modo y con las palabras que crea más oportunas.

Carta de Don Domingo Pestarino a su sobrino Don José

Turín, 17 de abril de 1874

Queridísimo sobrino:

Don Bosco llegó a Alessandria a las seis de la mañana y se presentó en Turín de improviso. A las ocho estaba yo en Alessandria esperándole, donde encontré al director de Sampierdarena, a las señoras Pastora y Farina de Valenza, y Guala de Acqui; estuvimos juntos hasta la una y media, en que partí para Turín, donde encontré a Don Bosco con todos los directores en su habitación; despedidos los cuales, hablamos largo rato los dos a solas.

Dijo que el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora ha sido incorporado a la Congregación aprobada de San Francisco de Sales, que tuvo muchísimos obstáculos, contradicciones y guerras terribles, que no se pueden escribir ahora y no se creerían si no se vieran escritas. El Señor apoyó su obra: basta decir que ya está concluida.

Antes de partir (Don Bosco) fue a despedirse del Santo Padre y a darle las gracias. Al ver a Don Bosco, Pío IX se puso a aplaudir, exclamando: «¡Viva Don Bosco!» Después le preguntó: «Don Bosco, ¿está usted contento?» «Contentísimo», respondió Don Bosco. «También yo estoy contento. ¡Viva Don Bosco!», repitió el Papa. El resto te lo contaré en casa.

He recibido las cartas de *Cilín* (1); de Corina (2), todavía nada; mañana la escribiré; Don Bosco y todos los demás me hablaron de ella y tienen esperanza. La señora Blengini aún no se ha dejado ver; ya veremos.

Escribiré pronto. El domingo, día 19, fiesta en honor de Don Bosco.

Saludos para todos y para todas.

Tu affmo. tío,
Don DOMINGO PESTARINO

(1) Cilín era un sobrino suyo, hermano de Don José.

(2) Corina, la pobre Sor Corina Arrigotti.

CAPÍTULO V

Penas y consuelos

(1874)

1. El nuevo director de las Hijas de María Auxiliadora, Don José Cagliero.—
2. Muerte de una educanda.—3. Muerte de Sor Corina Arrigotti y notas biográficas.—
4. Don Bosco va a Mornese. Nuevas profesiones.—5. La Madre dice a la postulante
Laurentoni lo que le han dicho algunas señoras y las Hermanas de Santa Ana.

1. Don Bosco escribió a Don José Cagliero, primo de Don Juan, residente en Varazze, para que fuera en seguida a Mornese como director espiritual de la nascente comunidad. El buen sacerdote, culto y piadosísimo, partía para allá y llegaba el 22 de mayo.

Las pobres religiosas recibieron en aquella circunstancia una nueva prueba, cada vez más convincente, de la solicitud paterna de su Fundador.

2. Pero la divina Providencia las visitaba de nuevo, porque aquel mismo día moría, después de breve enfermedad que no parecía mortal, Emilia Chiara, sobrina de la señora Blengini.

A su llegada como educanda había regalado al Instituto una reliquia de la Santa Cruz en una cajita de plata, y Don Pestarino había mandado hacer un hermoso relicario para la bendición.

3. El 5 de junio, esto es, catorce días después, moría también Sor Corina Arrigotti, la joven maestra de música ya mencionada, de la que damos unas notas biográficas porque en ellas se observa el método que tenía la Santa Madre

Mazzarello para educar a las jóvenes y preparar a las que tenían vocación.

Don Pestarino había conocido al contratista de la carretera Gavi-Mornese. Éste, viendo cómo el celoso sacerdote se ocupaba de las jóvenes, le pidió que aceptara a una sobrina suya huérfana de madre, diciéndole: «Ella vive en Tonco (Alessandria) con su padre, organista; tiene dieciocho años, está bien instruida, sabe bastante de música, pero corre mucho peligro, porque (además de no tener madre), para mayor desgracia, es poco piadosa».

A fin de que la joven aceptase y el padre no se opusiera, le propusieron que la recibirían en el colegio como maestra de música, dándole alojamiento, comida y un pequeño estipendio.

La joven entró el 22 de enero de 1872. Era de una belleza no común, de índole ardiente, obstinada en sus juicios, caprichosa, pero dejaba traslucir un gran corazón.

Sor María la conoció en seguida y comenzó a cultivarla con celo inteligente y longánime, procurando con delicadeza que tomara parte en las prácticas de piedad. La joven se sometió con facilidad, pero de confesarse y comulgar, ni palabra. «Vosotras —decía a la Madre y a Sor Petronila— no sabéis la vida que he llevado, en qué fiestas, bailes y conversaciones me he encontrado. Tendría que rehacer toda la historia de mi vida, y ¿cómo podré conseguirlo? A vosotras os lo diría todo, pero al confesor... no y no». Toda exhortación era vana y la oración inútil.

La Madre sufría, y más, porque habiendo todos los días comunión casi general, temía que sirviese de escándalo. Habló con Don Pestarino y éste le dijo que tuviera paciencia y que rezara.

Esto ya lo hacía ella, porque cada día la encomendaba al Señor, y al fin Dios la escuchó. Una noche, después de la cena, empezó a hablarle con tal afecto, que invitaba a la confianza, y no pudiendo convencerla, con toda bondad le dijo: «Hazlo al menos por amor a tu mamá. Si ella estuviera en el Purgatorio y necesitase de tus sufragios, ¿tendrías el valor de negárselos? ¡Se debe estar muy mal en el Purgatorio! Piénsalo, Corina, y

no quieras con tu buen corazón dejar a tu querida mamá en aquel lago de fuego».

La Madre, como ya se ha dicho, tenía mucho miedo al Purgatorio, y hablando de él lo hacía con un tono de voz, una expresión del rostro y un gesto tal, que comunicaba todo lo que sentía.

La joven quedó vivamente impresionada, rompió a llorar y entre sollozos prometió que se acordaría de su madre. Al día siguiente hizo su confesión y comunión.

El hielo ya estaba roto y la joven maestra de música empezó a vestir con más sencillez, a frecuentar los Sacramentos y llegó a ser una de las más fervorosas.

Madre Petronila nos contaba complacida: «La joven Corina al ir y volver de la iglesia ocultaba casi totalmente su rostro para evadir la mirada de las personas que conocían su belleza».

Fue constante en sus resoluciones, y al fin pidió el hábito religioso y lo vistió el 5 de agosto de 1872.

El año siguiente el padre exigió que volviera a casa, y la Madre se la mandó acompañada por su hermana Sor Felicidad, quien después de unos días de vacaciones regresó con ella al colegio.

Pero poco después el padre se empeñó en llevársela a casa para siempre; le mandó un vestido de seglar, fue él mismo a por ella a Mornese, se enfureció muchísimo y poco faltó para que le destrozase el hábito religioso con sus propias manos. No valieron súplicas ni lágrimas, y la joven tuvo que dejar el Instituto. Antes de partir la Madre le hizo esta recomendación: «Viste siempre sencillamente, ora y ama el retiro y no salgas de casa más que para ir a la iglesia. Nosotras rezaremos por ti y el Señor te ayudará».

Corina se lo prometió y cumplió su palabra.

El padre quería llevarla a las antiguas diversiones y compañías, pero ella se mostró reacia a todo esto, y la primera vez que le permitió salir sola fue a la iglesia a confesarse y a comulgar.

Esta improvisada vuelta a su casa fue comentada por el pueblo en distintos sentidos, pero la fervorosa joven dejaba

decir y oraba. El padre, no pudiendo obligarla a secundar sus deseos, le prohibió salir de casa y la tuvo como en prisión, haciéndole incluso pasar hambre. Ella sufría todo en silencio y decía: «Sea todo en penitencia de mis pecados».

El párroco, no viéndola en la iglesia, temió que estuviera enferma y fue a verla. El padre no le dejó pasar.

Pero, a pesar de todo, Corina encontraba modo de escribir a Mornese y manifestar su deseo de volver, aun a costa de cualquier sacrificio, para, al menos, morir Hija de María Auxiliadora.

La Madre le respondía: «¡Animo! Aquí rogamos todas por ti. Siempre está alguna de nosotras ante el Santísimo Sacramento orando por ti. Espero que El te conceda la gracia».

Corina tenía gran devoción a Santa Filomena, virgen y mártir, y había pedido que hicieran una novena en su honor y que las Hermanas pasaran algunas noches en adoración ante el Santísimo Sacramento (1).

El padre se enteró de la correspondencia que mantenía con el colegio y la amenazó severamente, pero la joven pudo continuarla valiéndose de una tía suya.

(1) Proc. Ord., p. 162.

Es bien sabido que el Santo Cura de Ars era también devotísimo de Santa Filomena, a la que había dedicado un altar en su parroquia. No sabemos cómo ni cuándo habría conocido Santa María Mazzarello la devoción a la Santa. Para quien desee conocer la historia, he aquí cuanto podemos decir:

«El 24 de mayo de 1802, un obrero, mientras desescombraba una galería en las catacumbas romanas de Santa Priscila, descubrió una tumba; un *loculum* excavado en la pared de la misma galería y cerrada con tres ladrillos, en los que estaba escrito con minio: "*Pax tecum, Filomena*" (Paz a ti, Filomena). Los huesos eran de una jovencita de catorce o quince años. Junto a la cabeza se encontró una ampolla de cristal rota, que había contenido un poco de sangre, signo del martirio, como se acostumbraba a colocar junto al cuerpo del mártir en los primeros siglos de la Iglesia.

Los restos mortales de Filomena fueron llevados a la custodia de las Santas Reliquias y quedaron allí hasta que en 1805 fueron obtenidas por un misionero de Mugnano de Nápoles, Don Francisco de Lucia, y llevadas allí, donde las recibieron con gran fiesta y realizaron maravillosos prodigios.

Hacia 1815 el Padre Mongallon, Superior de los Fatebene, Hermanos huéspedes en Lyon de la acomodada familia Jaricot, a instancias de la hija Paulina, de diecisiete años, le dio una reliquia de Santa Filomena.

El Santo Cura de Ars adquirió una partecita de ésta y en 1837 construyó en la parroquia una capilla dedicada a la Santa, a la que en su humildad atribuía todas las maravillas (gracias y milagros) que se obtenían en Ars, y el nombre y el culto de la joven mártir se hicieron populares y se extendieron por todo el mundo.»



Monseñor SANTIAGO COSTAMAGNA
Obispo de Colonia y Vicario Titular de Méndez y Gualaquiza,
enviado, siendo todavía un joven sacerdote de Don Bosco,
como director espiritual de la casa de Mornese.

A los dos meses, Jesús escuchó tantas oraciones y libró a su sierva de tantos sufrimientos. Fue a verla el tío que la había recomendado a Don Pestarino, y oyendo las quejas del cuñado y su obstinada oposición a que Corina vistiera de nuevo el hábito, quiso verla y hablar con ella. Después aconsejó al padre que secundara sus deseos. Pero al negarse éste, le dijo claramente que los padres no pueden oponerse a la vocación de sus hijos, que Corina tenía razón, que ya había probado el nuevo género de vida y éste no era mal camino, ¿por qué contrariarla? Y como el padre adujera no sé qué clase de intereses, el cuñado, disgustado, le respondió: «Y tú por cuatro cuartos ¿quieres sacrificar a la hija de mi hermana? ¡Eres un tirano! Si quieres unos centenares de liras por el tiempo que pasó en Mornese, te los daré, pero mi sobrina debe ser libre para seguir su camino».

Y se dispuso la vuelta, comprometiéndose él a sufragar todos los gastos.

Fue indecible la alegría de la joven y el contento de la Madre y de las Hermanas, así como de las alumnas, al ver regresar de improviso a la joven maestra de música. La acogieron con verdadero regocijo, como quizá no se hubiera recibido a una reina. Todas consideraban este retorno como una gracia especial obtenida por las noches pasadas ante Jesús Sacramentado y por la novena a Santa Filomena; todas juntas fueron a la iglesia para dar gracias a Dios por el favor obtenido.

A la buena Hermana no le parecía verdad encontrarse de nuevo en el Instituto, y despertando durante varias noches —nos contaba Madre Petronila— se la oía exclamar: «¡Oh, Señor! ¿Pero es cierto que he vuelto a vuestra casa? ¿Es realmente cierto? ¡Qué contenta estoy! ¡Os doy gracias de todo corazón!»

Pero tantos sufrimientos habían quebrantado su delicada salud, por lo cual en seguida tuvo que guardar cama con fiebre y con malestar indecible ocasionado por los padecimientos sufridos, por la aprensión y temores de otros nuevos, por lo cual se comprendió que esta enfermedad la llevaría a la tumba.

También la muerte repentina de Don Pestarino le afectó profundamente y de nada sirvieron los más solícitos cuidados y atenciones. Comprendiendo que estaba al final de su vida, decía a las Hermanas y en especial a la Madre, que con tanto cariño la asistían: «Muero feliz, porque soy Hija de María Auxiliadora. En el cielo volveré a ver a mi mamá, por la que he rezado y sufrido tanto. Cuando escribáis a mi padre comunicándole mi muerte le diréis que he olvidado todo lo que me ha hecho sufrir y que pediré por él para que pueda verlo con mi madre en el cielo».

El 15 de junio expiraba muy santamente.

Su muerte fue un gran luto para toda la comunidad, que cifraba en ella tantas esperanzas. Fue la primera maestra de música y la primera secretaria del Instituto, y su memoria vive todavía entre nosotras y es bendecida por todas. Cuantas la conocieron recuerdan con admiración su espíritu de piedad, de sacrificio y de obediencia; cómo a propósito acibaraba el escaso alimento que tomaba; recuerdan su amor a la música y cómo para mortificarse no tocaba sino por obediencia, y para humillarse, a veces, desentonaba.

Dios, que premió largamente sus sacrificios, dé al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora muchas almas generosas que imiten sus ejemplos y virtudes.

4. El dolor por la pérdida de la buena Sor Corina fue mitigado por la esperanza de tener una protectora en el cielo y por la noticia de que pronto llegaría Don Bosco para recibir los votos de las novicias e imponer el hábito a las postulantes que estuvieran preparadas.

El esperado Padre llegó después de algunos días, y a la entrada del colegio se encuentra un gran letrado con estas palabras: «Entra, ¡oh, Padre!, en estos muros; tus Hijas te esperan como el sol después de una terrible tormenta».

Con estas expresiones Don Bosco comprendió aún mejor el abatimiento de sus hijas e inmediatamente les dirigió palabras de aliento, exhortándolas a no turbarse y a confiar en Dios.

Después habló aparte a las superiores y dio a todas las

Hermanas, novicias y postulantes la oportunidad de hablarle personalmente.

El día 14 de junio recibió la profesión de ocho novicias, pues aunque habían vestido el hábito nueve, una había vuelto a su casa, e impuso el hábito a trece postulantes. Dirigió a todas palabras de aliento, comentando las del Divino Redentor: «Ninguno que después de haber puesto la mano en el arado vuelve la vista atrás, es apto para el Reino de Dios» (2).

5. En esta ocasión sucedió un hecho digno de mencionarse. La postulante Laurentoni, hija de un coronel de la guardia pontificia, debía tomar el hábito, pero dos señoras de Milán y una de Acqui la llamaron aparte y quisieron disuadirla diciendo que era aún muy joven, que había demasiada pobreza en la casa y que no podría resistir, que esperase algún año y más tarde si realmente tenía vocación religiosa podría entrar en las Hermanas de Santa Ana. Promovieron también varias acusaciones contra Don Bosco, diciendo que embaucaba a la juventud. Obsequiaron a la joven con estampas, dulces, un reloj, un anillo de oro y otros objetos bellos y valiosos, y la indujeron a que dijera a la Madre que, como era tan joven, no sentía ánimos para tomar el hábito.

La víspera de la ceremonia la Madre le dice a la postulante:

—Mañana vestirás el hábito.

—Madre, no estoy preparada.

—Vestirás el hábito, pero antes vendrás conmigo a ver a Don Cagliero (3) y a decirle cuanto te han dicho aquellas señoras.

La joven se quedó sorprendida y la Madre le dijo:

—Las señoras te han dicho esto y esto.

Y le mandó devolver cuanto había recibido y decirles que no quería imitar a Judas (4).

La Madre refirió a Don Bosco lo sucedido y él, de un modo

(2) LUCAS, IX, 62.

(3) Entonces director general del Instituto.

(4) Nos lo escribió la misma Hermana y fue confirmado por varios testimonios.

velado y prudentísimo, rebatió en la plática todas las acusaciones que le habían hecho.

Después de la función las señoras llamaron a la joven y le reprocharon el haberlas traicionado. «Pero yo —decía la novicia— no les he traicionado, no he dicho nada y me he quedado sorprendida al ver que la Madre lo sabía todo. Las señoras fueron a la habitación donde habían hablado con la postulante para ver si alguien podía haberles oído, y cercioradas de que no era posible, también ellas quedaron maravilladas de que la Madre supiera todo y comprendieron que sólo por vía extraordinaria había podido conocerlo».

Notemos de paso que un hecho semejante había sucedido también a la misma postulante con las Hermanas de Santa Ana. Estas habían vuelto a Mornese por algunos días y viendo la corta edad y vivacidad de la joven, y considerando la posición acomodada en la que estaba criada y la pobreza que reinaba en aquella casa, se sintieron en el deber de aconsejarla que reflexionara bien sobre lo que iba a hacer, diciéndole que difícilmente podría perseverar, que si realmente deseaba hacerse religiosa sería quizá mejor que entrara en otro Instituto en el que no hubiera tanta austeridad. Pero apenas salida de la estancia donde le habían hablado las buenas religiosas y encargado de no decir nada a nadie, he aquí que la Madre la llama y le pregunta:

«—¿Qué te han dicho las Hermanas de Santa Ana?

Yo —dice Laurentoni— callaba y ella prosiguió:

—Te han dicho esto y esto, pero tú debes hacer aquí tu vestición, porque la Virgen te quiere aquí y no en otro sitio. Ahora vete en paz.

Y yo me retiré maravillada de que ella hubiese sabido repetirme lo que las Hermanas me habían dicho, porque la Madre no podía en modo alguno haberlo oído. Desde aquel día me convencí de que la Superiora tenía especiales luces del Señor.»

CAPÍTULO VI

La Madre es elegida Superiora General. Dirección que ha de darse al Instituto

(1874)

1. Trigésima de Don Pestarino.—2. Carta de Don Bosco a la señora Pastore.—3. Elección de María como Superiora General.—4. El primer Capítulo del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.—5. En el Instituto comienza la regularidad.—6. Se anuncia que las Hermanas irán a Borgo San Martino y una recomendación sobre la pobreza.—7. Don Bosco predice la extensión del Instituto y presenta al director general.—8. Modo de favorecer las propias inclinaciones.—9. Los primeros exámenes de maestra.—10. Dificultades internas y fortaleza de la Madre.—11. Ejercicios Espirituales también para señoras. Nuevas vesticiones y profesiones.—12. Muerte del nuevo director espiritual. Don Bosco provee de nuevo para las Hermanas.—13. Dice a Don Cagliero qué dirección debe dar al Instituto.—14. Docilidad de la Madre, su veneración por Don Bosco y su interés por conocerle e imitarle.

1. El 15 de junio se iba a celebrar en la parroquia un solemne funeral de trigésima por Don Pestarino. La víspera, Don Bosco exhortó a las religiosas a continuar los sufragios por el benemérito difunto. Les dijo que toda la comunidad debía participar en la Misa, y asistieron todas con edificante piedad.

2. El mismo día escribía a una bienhechora la siguiente carta:

Muy estimada señora Pastore:

Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotros.

Estoy en Mornese procurando llenar el vacío dejado por el llorado Don Pestarino, pero es muy difícil. Uno solo hacía mucho y ahora muchos hacen poco. Confiamos en Dios.

Se nota un gran fervor en las profesas, en las novicias, postulantes y educandas, y esto es una buena garantía. El director actual es uno de mis sacerdotes, de óptimas cualidades, José Cagliero. Llevaba dos años de director espiritual en nuestro colegio de Varazze y todos están muy contentos con él.

Tengo verdadera necesidad de hablar con usted. Si por algún motivo tiene que ir a Turín, avíseme; procuraría estar en casa; de lo contrario, tendríamos que dejarlo para los Ejercicios Espirituales, en los que espero participará usted, ¿no es cierto?

Estoy empeñado en esta obra y con la ayuda de Dios espero poderla llevar a completa regularidad, pero tengo necesidad de su apoyo material y moral, y especialmente de la ayuda de sus santas oraciones.

Que Dios la bendiga y le conceda salud y la gracia de días felices.

Créame siempre con verdadera estima y gratitud.

Mornese, 15 junio 1874.

Su humilde servidor,
Sac. JUAN BOSCO

P. D.—Ayer tuvimos trece vesticiones y nueve profesiones (1).

3. El mismo día, Don Bosco reunió a las Hermanas y les dijo que ninguna comunidad podía regirse sin una Superiora; que, por consiguiente, cada una pensase a quién consideraba capaz de ocupar dicho lugar, y después se acercasen a él para decirle en secreto el nombre. La que tuviera mayor número de votos sería la elegida. Cada una debía recogerse y pensar en la importancia del acto.

Hizo traer una mesita y colocar en ella un Crucifijo con dos velas encendidas, y luego, de una en una, todas las Hermanas se le acercaron y le dijeron un nombre. Como era de suponer todos los votos fueron para Sor María Mazzarello, excepto uno, el suyo.

(1) De los registros del Instituto se sabe que las profesiones fueron ocho, como hemos dicho, anteriormente.

Don Bosco se mostró muy satisfecho y dijo: «Me congratulo con todas vosotras, que habéis estado de acuerdo en la elección de vuestra Superiora. Se ve que ésta es la voluntad de Dios. Yo no puedo estar más contento».

Felicitó también a María Mazzarello, quien, considerándose indigna de tal cargo, estaba resignada y mortificada en medio de las demás.

4. Don Bosco quiso que se eligieran también una vicaria, una maestra de postulantes y novicias y una ecónoma que ayudara a la Superiora, y así las Hijas de María Auxiliadora tuvieran su Capítulo, como lo tenían los Salesianos. Quedaron elegidas: vicaria, Sor Petronila Mazzarello, la amiga de María; ecónoma, Sor Juana Ferrettino; asistente y maestra de las novicias, Sor Felicina Mazzarello, hermana de la Madre.

5. Don Bosco estableció también el oficio de portera, ropera, etc., y añadió: «Hay que poner la clausura en toda la casa en cuanto lo permitan las circunstancias. Por tanto, está prohibido introducir sin absoluta necesidad a personas extrañas en el interior de la casa. La portera les indicará dónde deben estar para hablar con las Hermanas o con las educandas.

»En algunos monasterios, aunque una enferma tenga necesidad del confesor, éste va acompañado de una monja, que toca una campanilla para advertir que todas deben retirarse a sus celdas. Llegados a la habitación de la enferma, la monja se retira a un rincón y de vez en cuando da un toquecito con la campanilla para indicar que está presente.

»Aquí no se trata de andar con la campanilla, pero deseo que este punto se observe exactamente. Después de tocar para la cena, ninguna podrá hablar con persona de otro sexo. Ninguna saldrá sola por ningún motivo ni se detendrá fuera de noche, y después del *Ave María* de la tarde no se reciba a nadie en casa. Ninguna podrá confesarse de noche, sino en caso de necesidad o en la vigilia de María Auxiliadora, y entonces procúrese que la capilla esté bien iluminada.

»Durante el invierno, debiendo confesarse de noche, procurad que la iglesia esté bien iluminada, que os podáis ver todas y leer cómodamente, pero cuando toque para la cena, ninguna se quede en la iglesia. Deseo que después de las oraciones de la noche se observe riguroso silencio, no hable nadie sin verdadera necesidad, y si la hubiere, hágase en voz baja.»

6. Don Bosco observó también que el Instituto tenía ya treinta y ocho religiosas entre Hermanas y postulantes y, por tanto, estaba en grado de abrir alguna casa filial. Dio públicamente el nombre de Borgo San Martino (Cassalmonferrato-Alessandria), en la que ayudarían a los salesianos en la ropería y en la cocina.

Quizá fuera en esta ocasión cuando dijo: «Al ocuparos de la ropa blanca, observad siempre la santa pobreza y no hagáis como suelen hacer las mujeres que trabajan en este oficio, apenas está una prenda un poco rota, la desgarran y la retiran; vosotras estad atentas y en cuanto sea posible emplead tiempo y paciencia, remendad de modo que la ropa dure lo más posible».

7. Por otra parte preveía que muy pronto el número de Hermanas y de casas se multiplicaría, y se lo dijo también.

La ex alumna Angela Mazzarello declaró: «Recuerdo haber oído a mi hermana Catalina que, estando ella presente, fue un día Don Bosco a Mornese, reunió a las Hijas de la Inmaculada, les habló varias veces y después, extendiendo horizontalmente la mano y sosteniéndola por debajo con un dedo de la otra, dijo que aquello sería el árbol, y después, haciendo girar una mano, dijo que las ramas se extenderían por todo el mundo. Recuerdo todo esto, pero no sé cuándo sucedió» (2).

Hemos buscado la fecha exacta, pero no la hemos conseguido.

(2) Proc. Ap., p. 33.

Las Hermanas ancianas nos decían: «Don Bosco habló más de una vez de la difusión del Instituto; nos hablaba con plena convicción y la creaba también en nosotras. Hablábamos de las casas futuras como si ya las tuviéramos».

Don Bosco preveía el rápido multiplicarse de las Hermanas y de las casas, y encontrándose ya sobrecargado de trabajo, buscó una ayuda y dijo que había elegido un representante suyo para las Hijas de María Auxiliadora, Don Juan Cagliero, ya conocido por todas, al que nombraba su director general y a quien podían dirigirse libremente para todo lo que necesitaran.

Concluyó diciendo que, para satisfacción de todas, sólo tenía que añadir que obedecieran en todo a Sor María Mazzarello, que la reconocieran como Superiora, ya que la habían elegido, y que la escucharan como lo habían hecho siempre.

8. Después habló a las Superiores solas, dándoles avisos y consejos, y entre otros, éste: «Os exhorto a secundar lo más posible la inclinación de las novicias y de las Hermanas en cuanto se refiere a las ocupaciones. A veces se piensa que es virtud contrariar la voluntad en este o aquel oficio, y de ello se deriva, en cambio, un daño para la Hermana y para la Congregación.

»Sea vuestro empeño enseñarles más bien a santificar y sobrenaturalizar estas inclinaciones, teniendo por mira en todo sólo a Dios.»

Sabio consejo, porque el atractivo viene de Dios y es en nosotros una fuerza viva; si se favorece, llega a ser fuerte y poderoso, ayudándonos a cumplir nuestro deber.

Don Bosco recomendó también que se preparasen todas para los Ejercicios Espirituales que se tendrían en agosto y, acompañado de Don Cagliero, partió para Turín.

Las palabras de Don Bosco eran siempre palabras de Dios para todas, pero especialmente para la Madre, que no perdía sílaba y las meditaba y conservaba en su corazón para practicarlas. En este tiempo empezaron las Hermanas a dar el título de Madre a todas las capitulares.

9. El 16 partían para Turín las novicias Sor Emilia Mosca y Sor Rosalía Pestarino, sobrina de Don Pestarino, que había recibido una buena educación en un monasterio de Ovada. Por deseo de Don Bosco iban a examinarse para obtener el título de maestra. Encontraron una cordial acogida en las religiosas de Santa Ana, quienes se hicieron, una vez más, merecedoras del agradecimiento de las Hijas de María Auxiliadora.

Sor Emilia y Sor Rosalía eran las primeras que se presentaban a un examen de Magisterio y no sin grave temor, porque su preparación había sido muy apresurada. Aprobaron todo, excepto las Matemáticas.

Antes de regresar a Mornese fueron a saludar a Don Bosco y a decirle el resultado de los exámenes. El las animó diciendo que les mandaría a Mornese un salesiano para que les diera clase. En septiembre mandó a Don Cipriano, que más tarde fue misionero, el cual les daba varias horas de clase cada día, preparándolas de modo que superaron, como veremos, todos los exámenes.

10. El Instituto se encaminaba bien, pero las dificultades materiales no cesaban y, no obstante la solicitud de Don Bosco, el pueblo continuaba pensando que la Congregación se disolvería pronto y que las *hijas* volverían a sus casas. Nadie les prestaba ayuda ni les mandaba trabajo; una Hermana de entonces depuso: «Se necesita toda la virtud de la Madre Mazzarello para resistir». Y una misionera: «Oí decir a las primeras Hermanas que admiraban en la Madre su espíritu de fortaleza cristiana, que no se dejaba abatir jamás por el desaliento, especialmente en la pobreza, que puede decirse era extrema en aquellos primeros tiempos del Instituto, y en las contradicciones, que no faltaban. Nunca perdía la paz ni la serenidad; antes bien, infundía su ánimo en las demás» (3).

Ella, siempre tranquila, reavivaba en todas la esperanza de que Dios las ayudaría y defendería y decía íntimamente persuadida: «El Señor proveerá» (4), y les recomendaba que

(3) Proc. Ap., p. 311.

(4) Proc. Ord., p. 196.

rezasen y soportaran todo por amor de Dios, que les daría un premio inmenso en el Paraíso (5).

11. Don Bosco, entre tanto, deseaba que también las señoras continuaran participando en los Ejercicios Espirituales, ya para hacerles bien, ya para hacer conocer la nueva Institución a fin de que la ayudaran.

«La Madre Mazzarello no olvidaba a sus antiguas compañeras, Hijas de la Inmaculada, y cuando se hacían los Ejercicios —declara la señora Felicina Mazzarello— me mandaba llamarlas a todas para que fuéramos a oír la predicación» (6).

Estaba siempre atentísima a preparar todo, a fin de que se encontraran todas a gusto y contentas.

Los Ejercicios Espirituales comenzaron aquel año el 22 de agosto y terminaron el 29; como siempre, con la conmovedora ceremonia de la profesión religiosa: dos Hermanas hicieron sus votos trienales y cuatro postulantes vistieron el hábito religioso.

12. El Instituto crecía, pero una nueva desgracia le esperaba. El virtuoso director Don José Cagliero, afectado de grave enfermedad, expiraba el 5 de septiembre, renovando un luto que no había terminado. Don Bosco mandó a Don Juan Cagliero a Mornese para que se quedara hasta que encontrara un nuevo director.

Mandó también provisionalmente a Don Cipriano, que —como se ha dicho— se encargó de dar clase de Matemáticas a las dos Hermanas estudiantes.

13. Don Cagliero se fue a Mornese y, siempre fiel intérprete del pensamiento de Don Bosco, procuraba formar a las Hermanas y postulantes en el verdadero espíritu salesiano. Dejó escrito: «Encargado por Don Bosco de la dirección del nuevo Instituto, tenía que consultarle con frecuencia para orientarme con seguridad en la formación espiritual y religiosa

(5) Proc. Ord., pp. 192 y ss.

(6) Proc. Ord., p. 258.

de las Hermanas. El con toda amabilidad me tranquilizaba y animaba diciendo: "Tú conoces el espíritu de nuestro Oratorio, nuestro Sistema Preventivo y el secreto de hacerse amar, escuchar y obedecer por los jóvenes, amándolos a todos y no molestando a ninguno; asistiéndolos noche y día con paterna vigilancia, paciencia, caridad y benignidad constantes. Ahora bien, estos requisitos los posee la buena Madre Mazzarello y, por tanto, podemos confiar en el buen gobierno del Instituto y de las Hermanas. Ella no tiene otra cosa que hacer y no hace más que uniformarse al espíritu, al carácter y sistema propios de nuestro Oratorio, de las Constituciones y deliberaciones salesianas; su Congregación es igual a la nuestra, tiene el mismo fin y los mismos medios, que ella sabe inculcar con el ejemplo y la palabra a las Hermanas, quienes a su vez y con el ejemplo de la Madre, más que superiores, directoras y maestras, son Madres cariñosas para sus educandas"» (7).

14. La Madre tenía una inteligencia despierta para entenderlo y un corazón dócil para seguir los consejos, por eso no sólo practicaba con prontitud y puntualidad cualquier orden o consejo venido de Don Bosco, sino que aceptaba con vivo agradecimiento las observaciones y ponía interés especial en informarse del método usado por Don Bosco y cómo se regulaba en ésta o aquella circunstancia para imitarlo en cuanto le fuera posible.

Así siguiendo dócil y fielmente las normas de Don Bosco e interpretando su espíritu con exactitud y precisión, lo adaptaba a las Hijas de María Auxiliadora, llegando a ser una verdadera formadora de espíritus. Supo imprimir en el Instituto un espíritu de observancia de la Regla y de obediencia pronta y alegre, que no se podría desear mayor; además un espíritu de sana alegría, de dulzura y afabilidad, de amable y respetuosa complacencia con todos; pero sin excesiva familiaridad y sin alejarse nunca lo más mínimo de la sencillez religiosa.

Estaba inflamada de santo y ardiente deseo de conocer e

(7) Card. CAGLIERO. *Mem. his.*, cit.

imitar las virtudes de Don Bosco. No se cansaba de oír hablar de él y reflexionando en su interior pensaba cómo imitarlo y coadyuvar para que las Hijas de María Auxiliadora correspondiesen a sus paternas cuidados.

Sentía hacia el Fundador Don Bosco —escribe el Cardenal Cagliero— una profundísima veneración, porque veía en él la amabilidad y mansedumbre del Divino Maestro. Puso gran empeño en imitarlo, máxime en la íntima comunicación y unión con Dios. Solía hacer observar a las Hermanas las virtudes y dotes extraordinarias del Siervo de Dios, recomendándoles que lo imitaran con amor para ser dignas hijas de tal Padre, y aconsejaba especialmente la imitación de su sencillez en obrar sólo por amor a Dios y en su celo generoso por dedicarse plenamente al bien del prójimo. Y ella procuraba ser copia fiel del venerado Fundador.

»Con frecuencia solía decir a sus queridas hijas: “Observad, Don Bosco es venerado por todos como un santo y nosotras, sus hijas, ¡llenas de defectos!... ¡Ay de nosotras si no nos hacemos santas, como nuestro Santo Padre Don Bosco...!”»

Madre Daghero declaró: »Practicaba todos los puntos de la Regla que amaba y respetaba como dada por Dios a través de Don Bosco. Secundaba con todo el ardor de su alma los deseos del Fundador, esforzándose en formar religiosas verdaderamente humildes, obedientes y con un corazón desprendido de todas las cosas» (8).

Don Cerutti, llamado a declarar sobre este punto, respondió: «Es muy cierto que tenía un cuidado especialísimo de que las postulantes, novicias y profesas vivieran siempre el espíritu de Don Bosco, inculcándoselo en todo momento con el ejemplo y con la palabra» (9).

El señor Maglio, campesino de Mornese, declaró también: «La Sierva de Dios sentía gran reverencia por Don Bosco y para atraer a otros para que fuesen a oírlo, incluso a mí mismo, decía: ¡Vayamos, es un Santo, es un Santo!» (10).

(8) Proc. Ord., p. 363.

(9) Proc. Ord., p. 279.

(10) Proc. Ap., art. 41.

CAPÍTULO VII

Apertura de la primera casa. Don Costamagna, director espiritual de la casa de Mornese

(1874-1875)

1. Se abre la casa de Borgo San Martino (8 octubre 1874).—2. El nuevo director espiritual de Mornese, Don Costamagna.—3. Solicitud materna de Sor María.—4. La obra de las Hermanas en Borgo San Martino.—5. La Madre va a Borgo y a Turín.—6. Don Costamagna reorganiza las clases. Fervor en la virtud y en el trabajo. Se cultiva la música.—7. Triduo en preparación a la fiesta de la Inmaculada: hacer, sufrir, callar. Nuevas vesticiones. La postulante Catalina Daghero.—8. La novena de Navidad.—9. Carácter del nuevo director. Sumisión y prudencia de la Madre.

1. Don Bosco, al fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, no perdió jamás de vista el fin aprobado por el Papa Pío IX, «ellas debían hacer por las hijas del pueblo lo que los salesianos hacen por los jóvenes», y que «podían hacer una gran labor en favor de sus pobres alumnos».

Como ya había anunciado, decidió abrir la primera casa para las Hijas de María Auxiliadora junto al colegio de Borgo San Martino (Cassal-Monferrato-Alessandria). Por esto llamó al director del colegio, Don Juan Bonetti, y le encargó que preparase una vivienda conveniente y que fuera él mismo a entenderse con la Superiora.

Don Bonetti, sacerdote culto, de corazón ardiente y generoso para todo aquello que se refería a la gloria de Dios y al bien de las almas, que más tarde fue el sucesor de Don Cagliero en la dirección general de las Hijas de María Auxiliadora, fue a Mornese a hablar con la Madre y después puso en seguida manos a la obra, deseando acoger a las Hermanas lo más pronto posible.

Terminada la residencia, Don Bosco mandó a Don Cagliero a Mornese para que, de acuerdo con la Madre, eligieran las Hermanas que iban a destinar a la casa de Borgo San Martino.

Llegado al colegio dijo a la comunidad: «Aquí ya sois demasiado numerosas, y como las abejas cuando crecen en gran número hacen otro enjambre, así algunas de vosotras formarán el primer enjambre que saldrá en busca de una nueva colmena.

»Don Bosco ya os ha hablado y sabéis desea que abráis una casa en Borgo San Martino, donde Don Bonetti, a quien ya conocéis, os ha preparado una buena vivienda. El os espera fraternalmente. Tendréis en él un experto director espiritual, os hará de padre y vosotras estaréis contentas.

»¿Qué trabajo desempeñaréis? Os ocuparéis de la cocina y de la ropería de la casa, así como de los numerosos alumnos; podréis también abrir un taller para las chicas y el oratorio festivo; habréis de pensar en la catequesis. Yo mismo os acompañaré al nuevo destino».

La noticia, aunque no era nueva, era importante y en lugar de alegría les causó un poco de disgusto, porque las Hermanas que habían ingresado en Mornese imaginaban quedar allí hasta su muerte; ninguna pensó jamás en una residencia lejana, pero la voluntad de Don Bosco era la de todas y todas estuvieron dispuestas a ir donde las mandara la obediencia.

2. El 3 de octubre llegaba a Mornese Don Santiago Costamagna, hasta entonces profesor del colegio salesiano de Lanzo Torinese y director espiritual del hospicio femenino de dicha ciudad, muerto en 1921, después de ser Obispo Titular de Colonia y Vicario Apostólico de Méndez Gualaquiza.

Llegó después de predicar la novena del Rosario en los Becchi y llevaba una sobrinita de Don Bosco al colegio.

Don Cagliero fue a esperarlo y lo presentó como nuevo director espiritual mandado por el Santo Fundador.

3. La Madre ordenó que su hermana, Sor Feliciano, mujer prudente y de finísimo discernimiento, fuera la directora de

la primera casa, acompañada de Sor Felicina Arecco, Sor Angelina Deambrogio y Sor Carlota Pestarino. Más tarde irían otras en su ayuda.

En esta circunstancia se vio resplandecer la caridad que animaba a la primera Superiora. A pesar de la alegría que experimentaba al abrirse la nueva casa, le parecía imposible soportar el inminente desprendimiento y no se cansaba de darles avisos y consejos, especialmente que fueran fieles a la Regla y no perdieran el espíritu de pobreza de Mornese, que se mortificaran en la comida y no tomaran nada fuera de hora sin necesidad, que fueran prudentes en el trato con toda clase de personas, respetuosas con los salesianos y obedientes a los superiores como al mismo Don Bosco; que cultivasen el espíritu de piedad en ellas y en las niñas, las preservaran de los peligros, combatieran la vanidad y explicaran bien el Catecismo y, sobre todo, que se quisieran bien, se ayudasen, se compadecieran mutuamente y trabajasen sólo por la gloria de Dios y bien de las almas.

Animaba a su hermana Sor Felicina y le decía: «Confía siempre en la Virgen y Ella te ayudará. Recuerda que Ella es la Directora». Y tenía siempre alguna recomendación que hacer a ésta o a aquélla, como la más amante de las madres que está para separarse de su hijo que parte a tierras desconocidas y lejanas.

Una de aquellas Hermanas, Sor Dominica Telinelli, después de muchos años, recordaba conmovida las palabras consoladoras que le había dicho la Madre y la exquisita bondad que en esta ocasión había tenido con ella.

El 8 de octubre, día húmedo y de neblina, Don Cagliero acompañaba al pequeño grupo a su nuevo destino.

La Madre deseó vivamente ir ella también, pero, postrada en cama por una indisposición, encargó a Madre Petronila que las acompañara un buen trecho del camino.

Sor Carlota Pestarino recuerda que poco después de su llegada la Madre escribió a la directora diciéndole «que, aunque viviéramos en la abundancia, procurásemos conservar el espíritu de pobreza de Mornese, donde nos faltaba lo más

necesario y hasta el mismo pan (1); que observásemos e hiciéramos observar la Regla...»

4. El colegio de Borgo San Martino, transferido allí desde hacía poco desde Mirabello, era el primero abierto por Don Bosco y donde las Hermanas abrían su primera casa para trabajar con los primeros hermanos en religión y, en el espíritu de Don Bosco, en favor de la juventud.

Las Hermanas, al encargarse de la cocina y de la ropería de las casas salesianas, son ciertamente una gran ayuda a sus hermanos, los alivian de no pocas preocupaciones, para las cuales tiene la mujer mayor disposición y aptitudes; proveen con esmero a la limpieza y economía, y al preparar mejor los alimentos, los jóvenes están más a gusto en el colegio, los profesores mejor asistidos para trabajar con mayor ánimo y así se multiplica el bien.

Son distintas las ocupaciones de los hermanos y de las Hermanas, pero el fin es el mismo: salvar las almas.

Al llegar las Hermanas a Borgo San Martino vieron que era demasiado el trabajo y escribieron a la Madre pidiéndole que les mandara al menos una en su ayuda.

5. La Madre acogió benignamente la petición y decidió además acompañar ella misma a la novicia Sor Inés Ricci, y así ver con sus propios ojos cómo estaban sus Hermanas e hijas. Fue a finales de octubre, llevando también con ella a Sor Emilia Mosca y a Sor Rosalía Pestarino, con intención de acompañarlas desde Borgo a Turín para que realizaran sus exámenes, como lo hicieron efectivamente.

En Turín pudieron hablar todas con Don Bosco, visitar el Oratorio de San Francisco de Sales, expansionarse en tierna y fervorosa oración en el santuario de María Auxiliadora. Las tres fueron huéspedes de las religiosas de Santa Ana, las cuales estuvieron contentísimas de tener en casa una Superiora a la que consideraban santa.

(1) Proc. Ord., pp. 315 y 348.

Madre Mazzarello volvió en seguida a Mornese con las dos Hermanas, después de realizar sus exámenes, en los que obtuvieron éxito.

6. Don Costamagna, que había tomado parte en el viaje a Borgo, apenas llegó a Mornese se dedicó a organizar las clases, de modo que educandas, postulantes, novicias y también las niñas del pueblo recibieran una instrucción conveniente.

La maestría mandada por Don Bosco y Sor Emilia Mosca se dedicaban a la enseñanza de las internas y Sor Rosalía especialmente a las externas por la tarde.

Durante un año, desde octubre de 1875 a octubre de 1876, el clérigo salesiano Miguel Fassio dio también clase a los chicos del pueblo.

Don Costamagna, acostumbrado a la vida activísima y variada de Don Bosco, no se conformaba con hacer el horario y vigilar para que procediese todo con orden, sino que dirigía a las maestras y les enseñaba la forma de dar la clase, procurando infundir en todas el entusiasmo de que él estaba animado.

«Su actividad —dejó escrito Sor Emilia Mosca— se transmitía a todas las Hermanas y maestras, tanto que había tiempo para hacer de todo, aun de ayudar a los albañiles, llevando hasta muy lejos ladrillos y piedras para el trabajo que debían realizar. Maestras y alumnas iban cada quince días a lavar la ropa a un torrente que distaba una hora de camino. No se sentía la fatiga; los más humildes y pesados trabajos eran realizados por todas con la misma alegría de espíritu con que se hacían los más finos bordados.»

La Madre exhortaba a las niñas del pueblo a que frecuentaran el colegio y llevaran otras más, y los padres permitían que fueran sus hijas, ya que las veían volver a casa siempre contentas, buenas y obedientes, y se decía que en el colegio se rezaba mucho y las niñas aprendían a vivir religiosa y honestamente (2).

(2) Proc. Ap., p. 41.

Don Costamagna no se ocupaba solamente de la dirección espiritual y de las clases, sino que, siendo poeta y músico, componía cantos y se los enseñaba a las educandas, postulantes, novicias y Hermanas, para que después pudieran atraer con ellas a las jovencitas a los oratorios festivos, como los salesianos hacían con los jóvenes, según el espíritu de Don Bosco.

7. En diciembre regresaba a Mornese Don Cagliero y el día 5 comenzaba un triduo predicado en preparación a la fiesta de la Inmaculada, desarrollando con sólidos argumentos y vivacidad de forma los tres avisos de Santa Teresa: *Hacer, sufrir, callar*; avisos que las buenas religiosas escribieron después en grandes caracteres en murales colocados en varios lugares de la casa, para que al verlos les recordaran los pensamientos del digno hijo de Don Bosco. El día 8 impuso en nombre del Santo Fundador el hábito religioso a siete postulantes: entre éstas estaba Catalina Daghero, a la que el Señor había elegido para ser más tarde la segunda Superiora General del Instituto.

Hacía tres meses que había llegado, siendo acogida con alegría por la Madre y las demás religiosas; pero muy pronto empezó a experimentar una especie de opresión, a sentir temor y una aflicción de corazón que le parecía morir. Se hizo violencia y habló con la Madre, que la consoló diciéndole que era una tentación del demonio, que se animara y muy pronto se vería libre de ella y satisfecha. Pero pasaban los días y las semanas y la tentación, en lugar de desaparecer, se hacía cada vez más fuertes; eran aprensiones mal definidas que le atormentaban el alma y el corazón. Le agradaba la vida religiosa del Instituto, pero no se sentía con ánimo para abrazarla; le gustaría volverse a casa, pero temía obrar contra la voluntad de Dios. Estaba en continua lucha y sufrimiento y, contra su voluntad, muy a menudo con lágrimas en los ojos.

Alguien pensaba que quizá era mejor dejarla volver con su familia, pero la Madre, dotada de finísimo discernimiento y buen sentido, le decía: «No, tú debes quedarte aquí. Cuanto

más sufras ahora, más contenta te sentirás después y tanto mayor bien harás. Hecha la vestición, todo esto desaparecerá».

Llegó la víspera de la vestición y la joven sentía la misma angustia, no entendiendo cuál fuera verdaderamente la voluntad de Dios. La Superiora, que se ocupaba de las postulantes, también estaba insegura al verla sufrir continuamente; pero la Madre, interrogada por el director local de la casa sobre su parecer, respondió sin vacilar: «Lo he dicho ya muchas veces: la voluntad de Dios es que esta joven se quede aquí y que haga su vestición, porque está llamada a hacer un gran bien a las almas».

Entonces el director dijo a la joven que se preparase. Ella obedeció y recibió el hábito religioso.

La noche siguiente todos los temores, todas las aprensiones y angustias de espíritu desaparecieron y volvió la paz a su corazón, tan purificado por tantas penas íntimas, y en lo sucesivo Sor Catalina Daghero no sufrió nunca por dudas contra la vocación. La Madre había hecho una exacta predicción (3).

8. Llegó la deseada novena de Navidad y Don Costamagna predicó todas las noches infundiendo en las religiosas tanto fervor que la Madre no cesaba de darle las gracias, diciendo que no sabía cómo demostrarle el vivo agradecimiento que sentía en su corazón.

«Alguna vez —escribe Sor Josefina Pacotto— la Madre me llevaba de compañera para visitar al director y me decía al volver: “¿Qué religiosas somos nosotras? ¡No sabemos ni siquiera presentarnos...!” Se ponía roja y después reía.»

9. Ella veía siempre en el director al representante de Don Bosco y por eso tenía hacia él todo respeto y sumisión. Le obedecía en todo y, como había hecho siempre con Don Pestarino y con Don Cagliero, a menudo le preguntaba cómo debía proceder en aquella o en esta circunstancia y no hacía nada de importancia sin su consentimiento o consejo.

(3) Proc. Ord., p. 410.

«En la aceptación de las postulantes y novicias, y en la admisión a la profesión religiosa —atestiguó Madre Petronila— había alguna vez disparidad entre su parecer y el del director. Ella daba su opinión respecto a la hija de que se trataba, pero después se sometía siempre al juicio del director» (4).

Este era un sacerdote instruido, buen músico, dotado de una piedad profunda, pero era muy joven, de poca experiencia y de carácter ardiente, autoritario e impetuoso. Por tanto, muy distinto del espíritu de Don Pestarino y de la Madre. Ella, no obstante, se sometía siempre y estaba muy atenta a no mostrar nunca su distinto parecer y a no disminuir su estima ante la comunidad (5).

Más adelante veremos ejemplos edificantes.

(4) Proc. Ord., p. 363.

(5) Proc. Ord., p. 278.

CAPÍTULO VIII

Espíritu de sacrificio y gobierno de la Madre. Estímulo a la santidad

(1872-1875)

1. Espíritu de humildad y de sacrificio de la Madre.—2. Vigilancia por la paz en casa, por impedir el mal y hacer el bien.—3. Observancia de la Regla y dulce firmeza en que sea observada. Modelo para las religiosas.—4. Promueve el espíritu de familia en el Instituto.—5. Así quiere Don Bosco.—6. El arte de conversar con Jesús. Preguntas graciosas.—7. Aliento a la perseverancia y a la santidad.

1. Santa Teresa, en el capítulo séptimo de *Camino de perfección*, escribió: «Una bella manera de demostrar afecto es quitar a las Hermanas y tomar para sí todo lo que es más pesado en los oficios de casa».

No sabemos si Madre Mazzarello habría leído esta máxima de la célebre reformadora de la Orden del Carmelo, pero sí sabemos que la practicaba constantemente. Ella tenía el nombre y el oficio de Superiora, pero se consideraba la última de la casa y no había trabajo material que ella no realizara. Ordinariamente estaba en el taller con las Hermanas y las jovencitas, pero cuando era necesario prestaba su ayuda en la cocina, en la construcción del edificio, trabajaba en la viña, en el lavado de la ropa e iba con las Hermanas al torrente Roverno, escogiendo para sí las prendas más sucias (1).

Si se distinguía en algo era siempre en la mayor actividad, en mayor celo y fervor, en mayor espíritu de sacrificio por amor a Jesucristo.

(1) Proc. Ord., pp. 393 y 397.

Una de las primeras misioneras de América, Sor Juana Borgna, decía: «La conocí en 1874, fui de las primeras educandas de Mornese y puedo decir que encontré en Sor María Mazzarello una verdadera Madre. Después de pocos meses pasé con las postulantes y entonces pude observarla más de cerca, pero siempre vi en ella la Superiora buena, prudente, recta, humilde, como si fuera la última Hermana de la Comunidad. Era siempre la primera en los trabajos más bajos. Recuerdo que a menudo la veía levantarse para lavar a las dos o las tres de la mañana; otras veces, ir al torrente Roverno y escoger para sí la ropa blanca más pesada. Unía a su carácter fuerte la dulzura y la caridad más delicada.

»Sabía hacerse cargo de las penas y necesidades de los demás, en especial de las postulantes en los primeros tiempos de la prueba, tanto que maravillaban a quien la veía. Se afanaba por servir las, ayudarlas y animarlas a la perseverancia, haciéndolas conocer el bien que podrían hacer correspondiendo a su vocación. En suma, no escatimaba fatigas por su parte para que resistieran los ataques del enemigo y para que no sintieran tanto la ausencia de los suyos. Vi siempre en nuestra querida Madre un afecto igual para todas las Hermanas, un vivísimo deseo de vernos correr por el camino de la perfección religiosa; diré que tenía una sed grande de vernos santas».

Otra declaró: «Cuando nosotras, dispuestas a lavar, le decíamos que se retirase, porque la gente la conocía, nos decía que no nos cuidásemos de lo que dice el mundo, sino de agradar a Dios para hacernos santas, y continuaba su trabajo» (2).

Y Madre Eulalia Bosco: «Cuando yo era educanda en Mornese (1875-1877) vi muchas veces a la Sierva de Dios, ya Superiora General, ocuparse en los trabajos más humildes, como lavar, barrer, ayudar en la cocina.

»Recuerdo que alguna vez, yendo de paseo hacia el torrente de Roverno, la veímos que volvía a casa conduciendo el asnillo cargado con la ropa lavada, cosa que hacía cuando no podía

(2) Proc. Ord., p. 317.

realizarla la huérfana encargada. Entonces la Sierva de Dios se detenía algunos instantes y nos dirigía alguna buena palabra» (3).

2. Las primeras Hermanas eran realmente poco o nada instruidas; la Madre misma, como se ha dicho, había aprendido medianamente a escribir después de la fundación del Instituto.

Ahora llegaban postulantes que habían estudiado, otras que tenían aptitudes para el estudio, y la Madre, conociendo muy bien cuán necesaria es la instrucción (literaria y científica), no dejaba de elegir a las que mostraban capacidad, a fin de que se preparasen para la enseñanza.

Naturalmente podría surgir una división entre unas y otras Hermanas que habría perjudicado a la naciente comunidad, pero la Madre, dotada de criterio práctico, no hacía distinciones, trataba a todas por igual y quería que todas se adaptasen también a los trabajos más humildes, dándoles ejemplo ella misma, y si a todas las oraciones les daba gran importancia, se la daba mayor aún al *Ave María* por la paz en casa que Don Bosco quiso se introdujera en todas ellas. Era prudente y vigilante y se multiplicaba a sí misma para recibir a cuantas la buscaban o para encontrarse allí donde su presencia podía evitar un mal o hacer un bien.

Nos decía una Hermana anciana: «En Mornese la Madre parecía la presencia de Dios; yo no sé cómo hacía: se encontraba en la iglesia, en el taller, en la cocina, en el dormitorio, etcétera, y esto cuando menos lo esperábamos por haberla visto un momento antes en otro lugar».

Otra que vivió muchos años con ella en Mornese, declaró: «Vigilaba cuidadosamente a las oratorianas, a las educandas y aún a las Hermanas, y oí decir que a veces se levantaba de noche para dar una vuelta por el dormitorio» (4).

Y Madre Enriqueta Sorbone nos dijo: «Parecía el Ángel de la Guarda: lo sabía todo, lo veía todo y a todo proveía.

(3) Proc. Ap., p. 380.

(4) Proc. Ap., p. 211.

Recuerdo que un día mandó a las Hermanas a merendar a la viña mientras vendimiaban. Observó que una de ellas no había comido uvas. Por la noche, después de cenar y antes de dar gracias, invitó a las Hermanas por tres veces que levantara la mano quien no las había comido. Las Hermanas respondieron que las habían comido todas. Ella dijo: "Por obediencia, levante la mano la que no las ha comido". Entonces la Hermana que no las había probado alzó la mano y ella le ofreció un hermoso racimo, ordenándola que lo comiera todo en seguida, y la Hermana obedeció» (5).

3. Una comunidad no prospera sin la observancia de la Regla, y en esto la Madre no sólo era observantísima ella misma, sino que, con firmeza admirable, hacía que la observasen las demás. No tenía respeto humano, ni debilidad en reprender con fortaleza si así lo merecían.

Un jueves por la tarde (otoño 1875) Madre Petronila acompañó a las novicias y postulantes a dar un paseo. Al volver, una mujercita que las conocía las invitó a comer castañas en su casa.

Madre Petronila dudó si entrar o no, porque era ya un poco tarde. La buena mujer insistió con tanto empeño que parecía un desaire no aceptar. Con esto se detuvieron una media hora y, después de darle las gracias, se fueron a casa muy deprisa. Madre Mazzarello, que las esperaba, preguntó a Madre Petronila el motivo del retraso y, después de escucharla, le dijo: «¿Te parece bien llegar a casa después del *Ave María*? ¿Y la observancia de la Regla?»

Madre Petronila, toda confusa, con los ojos bajos, sin excusarse, le pidió humildemente perdón; las otras quedaron edificadas tanto de la humildad de ésta como del celo de la Superiora, que no transigía en la observancia de la Regla (6).

«Pero —como observaba más tarde una de las primeras Hermanas— siempre nos dejaba con una buena palabra que

(5) Proc. Ord., p. 298.

(6) Véase MACONO: *Sor Petronila Mazzarello*, cap. XII.

nos hacía comprender que su único deseo era hacernos siempre el bien.

»Su gran bondad la hacía ser amada de todas y que sus correcciones fueran casi deseadas.

»No hacía sentir el peso de su autoridad a las Hermanas, sino que más bien las atraía con el ejemplo (7).

Parece como si desde el principio se hubiera propuesto ser la Regla viviente y un modelo perfecto de cristiana y religiosa en todo. De aquí su actuar franco, exacto, irreprochable, y las continuas exhortaciones a las religiosas de palabra o por carta de que se dieran juntamente buen ejemplo en todo y que lo dieran también a las niñas. Era un dicho familiar suyo: «Recordad que la misión más hermosa es la del buen ejemplo».

De aquí la afirmación de las Hermanas que la Madre no mandaba nada de lo que ella no diera el más alentador buen ejemplo.

Otras dicen: «En las correcciones recordaba casi siempre la hora de la muerte, diciendo: “A la hora de la muerte, ¿qué querrías haber hecho? Piensa y reflexiona y obra de manera que en punto de muerte no te remuerda la conciencia. En aquel momento te alegrarás de haber hecho este sacrificio o, por el contrario, tendrás que arrepentirte de no haberlo hecho”».

4. Vigilaba para que la convivencia no mostrara nada de rígido o, peor aún, de descortés o severo, sino que estuviera como realmente lo estaba, invadida de dulzura, de amabilidad, de alegría y júbilo, según el espíritu del Fundador. En efecto, escribe el Cardenal Cagliero: «La Madre deseaba vivamente que en la comunidad reinara el espíritu de familia y hubiera un mismo vínculo de caridad, de unión y de solidaridad en la acción entre las superiores y Hermanas, ya ocupasen un cargo elevado o humilde, sabiendo bien que éste era el deseo del paternal corazón de Don Bosco. Y oí no pocas veces a esta

(7) Proc. Ap., p. 49.

buena Madre proclamar que no debía haber distinciones en la comunidad y, por tanto, *ni señoras, ni señoritas, ni pobres, ni pobrecitas*. «Somos todas Hermanas de la misma familia, hijas del mismo Padre e igualmente consagradas a Jesucristo. Debemos trabajar todas lo mismo, querernos bien y estar prontas al sacrificio. Recordemos que nuestro buen Padre hizo en los principios del oratorio todos los oficios e incluso fue el siervo de sus jóvenes».

»Y cuántas veces no se vio a esta dulcísima Madre pelando patatas en la cocina, lavando en el lavadero, cavando en el huerto o barriendo la cuadra con Sor Asunta Gaino... Esta humilde Hermana, ignorante de todo saber humano, había llegado con su espíritu de oración a la más alta contemplación y conocimiento de las cosas de Dios. En el recreo se la disputaban las superiores, las Hermanas maestras y las educandas, admiradas al oírle hablar de las altísimas perfecciones de Dios, de la gloria de la Santísima Virgen, de la hermosura del alma, del estado de gracia y de la santa virginidad y sus privilegios angélicos en la corte del Cordero Divino (8). Resultaba, pues, que la más ignorante en las disciplinas profanas, en la comunidad era la más entendida en las cosas sobrenaturales» (9).

5. La Madre en todas las órdenes que daba, en las decisiones que tomaba y en las recomendaciones que hacía no olvidaba nunca el espíritu, el querer o sencillamente el deseo de Don Bosco. Solía decir: «Así lo quiere, así me lo ha dicho, así hace Don Bosco. El nos habla en nombre de Dios y

(8) Sor Asunta Gaino, de humilde condición, no pudo recibir la más elemental instrucción. Fue aceptada en Mornese por Madre Mazzaello y en seguida mostró un gran espíritu de mortificación y de obediencia. Pensaba que todos los trabajos más pesados y humildes debían ser para ella, y Madre Mazzaello, que la conocía muy bien, la estimaba sobremanera. Por su espíritu de piedad y de sacrificio. Sor Asunta, en 1878, mientras estaba expuesto el Santísimo Sacramento para las Cuarenta Horas, tuvo el privilegio, según varios testimonios, de ver a Jesús en la Sagrada Hostia en forma de Niño. Pasó a la eternidad el 20 de junio de 1886, en Nizza Monferrato, después de catorce años de vida religiosa. (Véase *Cenni Biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice defunte nel secondo decenio*, p. 50.)

(9) Card. CAGLIERO, *Mem. hist.*, cit.

nosotras debemos agradecerle tanta bondad y prestarle obediencia».

La palabra del Santo era para ella un segundo Evangelio y las Hermanas imitaban su ejemplo.

El Cardenal Cagliero atestigua: «Mientras la Madre vivió en la incertidumbre, en las dudas, para el mejor gobierno de la casa consultaba al Fundador y Padre Don Bosco, aceptando sus consejos como venidos directamente de Dios» (10).

«A menudo recordaba a las Hermanas su venerando aspecto, su digna actitud, la bondad de su corazón y la benignidad propia de los Santos» (11).

6. La Madre poseía en grado eminente el arte de conversar con Cristo (12), como dice el autor de la *Imitación de Cristo*; por eso, al encontrar a cualquier Hermana, novicia o postulante, le preguntaba: «¿Has hecho hoy alguna cosa que no haya sido por Jesús?», y sin esperar respuesta se iba.

Atestiguan más Hermanas: «Para ayudarnos a obrar bien nos sorprendía de vez en cuando con la pregunta: “¿Qué pensabas en este momento? ¿Qué hablabas con aquélla?” O bien: “¿Te acuerdas de la meditación de esta mañana? ¿Qué resolución tomaste? ¿Tienes aún amor propio?” Algunas veces preguntaba: “¿Qué hora es?” Y si la interrogada le decía que no tenía reloj y no lo sabía, ella, sonriendo, le decía: “Contéstame que es hora de amar a Dios”».

Muy pronto, las Hermanas, novicias y postulantes, cuando les hacía esta pregunta, respondían: «Es hora de amar a Jesús». Y ella, satisfecha: «Amémosle siempre más».

«Un día —declaró una Hermana—, encontrándome la Madre por el corredor, me preguntó qué hora era; yo le dije: “Madre, no lo sé, corro a verlo al reloj”. Ella me llama y me dice: “Yo quería que me dijeras: es hora de amar a Dios” (13).

(10) Card. CAGLIERO, *Mem. hist.*, cit.

(11) Card. CAGLIERO, *Mem. hist.*, cit.

(12) L. II, c. 8, núm. 3.

(13) Proc. Ord., p. 223.

»Cuando respondíamos así, ella repetía: “Amémosle con todo el corazón”.»

7. «Hacia poco que era novicia —decía una de las primeras Hermanas—, me encontró la Madre y, sin más preámbulo, me dijo: “Sé que trabajas con gusto, pero procura asegurar el mérito haciendo por Dios todas las cosas”, y se fue en seguida. Aún no he olvidado este aviso.»

Otras nos decían: «Cuando alguna le preguntaba qué se requiere para ser una buena religiosa, solía responder: “Caridad paciente y hacer todo por el Señor”».

Una Hermana que empezó a conocerla en 1874 y vivió con ella siete años, depuso: «Nunca la oí hablar de asuntos que no se relacionaran con el amor a Dios y el ejercicio de la caridad con el prójimo» (14).

Mostraba a todas su estima y afecto y animaba a las Hermanas haciéndolas entender que apreciaba sus sacrificios y que debían esperar un gran premio en el cielo. Solía repetirles: «Hermanas, perseveremos hasta la muerte y prometamos hacernos santas; pronto y grandes santas».

La santidad era el fin principal de sus pensamientos, deseos y afectos.

(14) Proc. Ap., p. 211.

CAPÍTULO IX

Espíritu de mortificación de las Hermanas. Don Bosco, contento del gobierno de la Madre

(1872-1875)

1. Espíritu de pobreza y de mortificación.—2. Impresión en las educandas.—3. Café con leche al desayuno. Una broma.—4. Bondad materna.—5. Justicia y limosna. Da su delantal.—6. Piedad angélica.—7. El sermoncito de la noche. Sus recomendaciones, avisos, consejos y palabras de aliento.—8. Don Bosco, contento del gobierno de la Madre. Un aviso importantísimo del Santo Fundador.

1. La casa de Mornese continuaba entre las mayores estrecheces financieras; la pobreza resplandecía por todas partes, en todas las cosas y eran continuas las privaciones, pero la buena Superiora sabía hacer amable aquella vida que, por la carencia de todo, llegaba al heroísmo y podía atemorizar hasta a las almas más fervorosas y heroicas.

Una Hermana declaró: «Nos traían el pan de Ovada que parecía mezclado con tierra» (1).

«Apenas se había metido un bocado en la boca —nos refería Monseñor Costamagna— se sentía un fuerte estímulo de arrojarlo; ¡era tan malo!»

Todas las Hermanas atestiguan: «La Madre tomaba su trozo de pan como todas las demás, pero muchas veces nos faltaba; entonces ella con su palabra nos animaba, nos tranquilizaba y puede decirse que nos hacía amable hasta la misma hambre» (2).

«Muchas veces —escribe una de aquellas primeras hijas—

(1) Proc. Ord., p. 315.

(2) Proc. Ap., p. 247; Proc. Ord., p. 349.

faltaba el pan para desayunar y no había medio de conseguirlo. La Madre nos invitaba a rezar a la divina Providencia, pero algunas veces no éramos escuchadas; entonces ella sabía condimentar esa carencia con palabras tan sencillas y tan llenas de afecto materno, que ninguna podía quejarse de aquella privación y eso que entonces la comida consistía en un poco de sopa hecha, ¡Dios sabe cómo! Bien se notaba que la Madre sufría mucho al no poder remediar las necesidades de sus hijas.»

Otra Hermana declaró: «Yo, por mi oficio de cocinera, tenía que ir con frecuencia a decirle: “Madre, son ya las diez y aún no tengo nada”. Y ella me tranquilizaba diciendo: “Ten paciencia, el Señor proveerá”. Y como era tan devota de la Virgen y del Santísimo Sacramento, me decía: “Cuando te falte algo no se lo digas a nadie; vete a la iglesia, díselo a Jesús Sacramentado y El proveerá en todo”» (3).

«Una noche, faltando poco para la cena, la Madre se presentó un tanto afligida en el taller y nos dijo:

—Tengo que deciros una cosa que me da mucha pena...

—Díganosla, Madre, díganosla...

»Vaciló un momento y después, con voz temblorosa, no obstante el esfuerzo hecho para disimular, dijo:

—No tenemos en casa ni un trozo de pan...

»Algunas respondieron:

—Pues bien, así imitamos a Santa Teresa, que deseaba ir a la mesa y no encontrar ni pan.

»A la Madre, al ver tan buen espíritu en sus hijas, se le saltaron las lágrimas de puro consuelo.»

«Otra vez —y es Madre Sorbone quien lo refiere— no teníamos nada, encontró un poco de harina blanca en el fondo de un saco y con ella preparamos una sopa que nos sirvió de cena, y contentas y felices nos fuimos a dormir como si hubiéramos comido pollo» (4).

2. Las alumnas se daban cuenta de todo y se extrañaban al ver que la Madre llevaba los vestidos muy deteriorados, cuando

(3) Proc. Ord., p. 171.

(4) Proc. Ap., p. 80.

a ellas les parecía que como Superiora debería llevarlos mejores que las otras. Además, viendo a las Hermanas siempre alegres y felices en medio de tantas privaciones, comenzaron poco a poco también ellas a amar la sencillez y a despojarse de todo lo superfluo, convencidas de que, imitando a la Madre y a las Hermanas, disfrutarían también ellas de su envidiable felicidad.

«Recuerdo —dijo el Cardenal Cagliero— que en una de mis visitas a Mornese, durante el recreo de la noche, Hermanas y alumnas, por amor a la pobreza y en señal de desprendimiento, decidieron llevar allí todo lo que tuvieran en más aprecio y no les fuera necesario: cintas, estampas, libritos, anillos que excitaban la vanidad, etc., quedando bien lleno un cesto. Con gran alegría se sacrificó todo para los pobres y se complació a la amadísima Superiora y Madre» (5).

3. Por este tiempo (no se ha podido precisar el mes) Don Bosco comunicó a Mornese que estaba edificado del espíritu de sacrificio que animaba a la comunidad; pero que estaría muy bien que se mejorase un poco la comida, dando en el desayuno café con leche como alimento más sano que el que tomaban.

El mismo Cardenal Cagliero depuso: «En una de mis visitas a la casa-madre de Mornese, me di cuenta que las nuevas postulantes y alumnas del colegio, de buena posición, no podían adaptarse al alimento común, limitado por causa de la pobreza, ordinario y propio de los pobres campesinos, que tomaban hasta entonces la Sierva de Dios y las primeras Hermanas. Recuerdo que para algunas de las recientemente llegadas era gran sacrificio desayunar pan solo y agua fresca. Fue entonces cuando consulté a Don Bosco, que en seguida estuvo de acuerdo con mejorar el alimento para toda la comunidad.

»Propuesta la nueva disposición, recuerdo muy bien la contrariedad y resistencia de algunas Hermanas más antiguas, pareciéndoles que era una especie de relajación, contraria a la

(5) Proc. Ord., p. 354.

mortificación cristiana y opuesta a lo que habían practicado en la casa hasta aquel momento.

»Entonces la Sierva de Dios se levantó y dijo a las más reacias y a cuantas asistían a mi conferencia: “Don Bosco lo quiere así y así será, mis buenas y queridísimas Hermanas. ¿Y por qué? Porque si lo quiere Don Bosco es que así lo quiere Dios. ¡Animo, pues, y viva el café con leche! (Dejar el pan moreno y duro, la polenta fría, las cebollas cocidas, el ajo crudo era para ellas una privación.) (6). Sí, ¡viva el café con leche; el pan reciente que la Providencia nos manda cada mañana y también cada noche, si lo necesitamos. Y viva también la santa obediencia, mis queridas Hermanas, que quiere que mortifiquemos nuestra voluntad y hagamos ayunar nuestro propio juicio y demos el pan negro y seco a nuestro amor propio, que bien se lo merece”» (7).

La buena Superiora, de acuerdo con la ecónoma, pensaba comprar una vaca para tener leche y la encontró. Precisamente en aquellos días entraron dos o tres postulantes y con la cantidad entregada por ellas tuvieron lo suficiente para comprarla (8).

La Santa, de índole alegre e ingeniosa, cogió al vuelo la ocasión para procurar un rato divertido a la comunidad. ¿Qué hizo? Llamó a la vicaria, Madre Petronila, que entonces era también maestra de postulantes y novicias, junto con Sor Enriqueta Sorbone, asistente de las educandas, y les informó cómo la Providencia había mandado el dinero para comprar una vaca y que aquel mismo día la llevaría un campesino a casa y añadió: «Daremos una broma a la comunidad. Tú, Sor Enriqueta, dirás a las educandas que se pongan el uniforme, porque tenemos hoy una visita en el colegio, y tú, Madre Petronila, avisarás a las Hermanas, novicias y postulantes para que tengan ordenada la casa y que al recreo, hacia las cinco, estén todas en el patio».

(6) El paréntesis no es mío, como pueden suponer, sino del Cardenal Cagliero en su declaración jurada.

(7) Proc. Ord., p. 374.

(8) Proc. Ord., p. 116.

Poco después, Hermanas, novicias y postulantes estaban todas afanadas barriendo el patio, los pórticos, ordenando las clases, la cocina, los dormitorios, la capilla, quitando el polvo y colocando acá y allá macetas con flores.

Como no se había dicho quién venía a visitar el colegio y la noticia se había dado de un modo un tanto misterioso, se hicieron las más bellas y extrañas suposiciones y se corrió la voz, no se sabe de quién partiría, que venía una gran señora y que si encontraba una buena acogida y recibía buena impresión se quedaría en el colegio, ¡nada menos!, y pondría a disposición de la comunidad todas sus riquezas.

La Madre sonreía y estaba atenta a no dejarse interrogar.

Dieron las cinco y toda la comunidad estaba en el patio bajo los pórticos; las alumnas con su uniforme y las Hermanas, novicias y postulantes con el hábito más nuevo, todas en actitud de espera.

Está también la Madre rodeada por las superiores.

A la señal convenida de pocos toques de campana, cesan las charlas, se hace silencio y todos los ojos se dirigen a la puerta de entrada. Después de algunos minutos, que parecen eternos, la puerta se abre muy despacio y he aquí que entra un aldeano tirando de una vaca que avanza majestuosa como una «dama almidonada del seiscientos». Tiene los cuernos, las patas delanteras y la cola adornadas con flores, lleva guirnaldas al cuello y sobre el lomo un gran paño lleno también de flores. Es un momento de sorpresa y de maravilla para todas, seguido de una carcajada, de fragorosos aplausos y de una explosión de alegría incontenible. Después, todas, Hermanas, educandas, postulantes y novicias, corrieron al encuentro de la vaca y la circundaron, riendo y exclamando: «¡Qué hermosa vaca!, ¡qué flores tan bonitas!», y otras expresiones semejantes.

El campesino que estaba en pie, a una señal, echa a andar con la vaca y da una vuelta al patio. Una Hermana entona un canto jubiloso que es seguido por las demás, y todas juntas acompañan al establo, ya preparado, a la reina de la fiesta, que humilde ante tanta gloria y pasmada de un recibimiento

nunca visto, toma posesión de su palacio y pone de verdad toda su riqueza a disposición de la comunidad.

Por muchos días se continuó hablando del recibimiento de la «gran señora» y la broma fue objeto de muchas y alegres risotadas.

4. En aquel tiempo de tanta pobreza no se hablaba de merendar, pero la Madre cuando podía aparecía en el lavadero o en el taller con el delantal lleno de trozos de pan y fruta y daba algo a todas.

Las supervivientes de aquel tiempo nos contaban estas cosas con lágrimas en los ojos y con frases rebosantes de un agradecimiento tal a la Madre que no se puede expresar con palabras.

5. Pero en medio de tanta pobreza no se veía cosa alguna que aún remotamente tuviera sombra de injusticia.

Un día la postulante encargada del taller de costura preguntó a la Madre si además de la paga del trabajo podía quedarse con los retales de tela o hilos como le habían aconsejado hacer. Le respondió inmediatamente que no y añadió que esta costumbre, aunque fuera practicada por algunos seglares, no estaba bien, y reprendió a quien le había dado este consejo. Por las declaraciones de Madre Petronila se sabe que «era muy exacta en restituir la tela o hilo que sobraba» (9).

No sólo impedía que se obrara con poca justicia, sino que quería que ningún pobre fuera a pedir al Instituto y se le despidiera con las manos vacías. La portera de aquellos tiempos heroicos refirió: «Si le anunciaba que un pobre estaba a la puerta, me decía en seguida: “Dale pan”, y si le respondía: “No tenemos nada en casa”, me decía: “Dale un poco de polenta o unas patatas cocidas, pero no le dejes irse sin nada”.

»A veces, especialmente en el invierno, venía alguno después de mediodía pidiendo un poco de sopa. Lo comunicaba a la

(9) Proc. Ord., p. 289.

Madre, diciéndole además que ya no había nada y me hacía preparar algo caliente. Otras veces me decía:

—Ahí está mi plato de sopa, porque aún no he comido, cógelo y dáselo a ese pobrecito.

—Pero después no queda nada para usted.

—No importa, dáselo, porque con este tiempo debe tener mucho frío. Pero no digas nada a las Hermanas, creerán que he comido en la cocina o en otro sitio.

»Después comía solamente un trozo de pan» (10).

«No quería que se despidiera a ningún pobre sin alguna cosa —depuso Madre Buzzetti, segunda ecónoma general del Instituto—, quería que se ayudase lo mejor posible a las niñas pobres, dándoles inclusive vestidos, y dejó en la comunidad la tradición de poner aparte cuanto se podía para vestir las» (11).

Y Madre Daghero: «No había miseria que no compadeciera... Un día volvió a casa sin delantal. La portera, creyendo que lo hubiese perdido, le dijo: “Madre, ¿cómo viene sin delantal?...” Y después se supo que lo había dado a una pobrecita» (12).

6. Su piedad era angelical y se comunicaba a las Hermanas y educandas. «Aunque estaba ocupadísima en el desempeño de su cargo de Superiora General —escribía una Hermana—, precedía a todas en las prácticas comunes de piedad. En la capilla o en cualquier otro lugar, durante las oraciones, se la veía siempre en profundo recogimiento. Demostraba no pensar más que en hablar con Dios y en darle el honor y adoración debidos con el más vivo fervor; en recomendarle con todo su corazón cuanto le interesaba para sí y para su amado Instituto y pedirle con todas las disposiciones de su espíritu que hacen perfecta la oración».

7. El ilustre escritor, filósofo y crítico Tomás Nicolò escribió un pensamiento que se adapta plenamente a la Santa

(10) Proc. Ord., p. 256.

(11) Proc. Ord., p. 260.

(12) Proc. Ord., p. 252.

Madre. Dice así: «Las personas humildes y sencillas que no tienen pretensiones de autoridad, de saber, ni de ingenio, escuchan con más atención las palabras de los demás, las entienden más rectamente, las imprimen más profundamente en su corazón, observan las cosas con más docilidad y aprendiendo siempre, sin darse cuenta ellas mismas se hacen dignas y aptas para enseñar a muchos. Quien sepa comprenderlos encuentra en sus palabras, más que en los libros, y en las conversaciones de los doctos, tesoros de experiencia y de afecto» (13).

Así era Santa María Mazzarello: alma humilde y sencilla; habiendo oído decir que Don Bosco daba cada noche una plática de pocos minutos, quiso hacerlo también ella, cuando no estaba el director, como se acostumbraba entonces.

Como no había estudiado, parecía que no debía ser apta para este menester, pero era todo lo contrario, hablaba con tanta gracia el lenguaje sencillo que sale del corazón y lo acompañaba con tal afecto que se ganaba los corazones, y con tan íntimo convencimiento, que movía a su realización.

«Sus palabras, exhortaciones, conferencias —depuso el Cardenal Cagliero— eran sencillas gramaticalmente, pero sublimes en el pensamiento» (14).

En sus sencillas pero eficaces «buenas noches» recomendaba especialmente la pobreza, la humildad, la sinceridad, la mortificación de la gula, la devoción a Jesús Sacramentado, a su Pasión, a la Virgen; la fuga del más mínimo pecado y la aceptación de la voluntad de Dios, tanto en las cosas prósperas como en las adversas, y daba siempre vivo ejemplo de cuanto recomendaba.

Insistía sobre el deber de cultivar el espíritu de sólida y sencilla piedad. Combatía la exterioridad y singularidad en quien la descubría, porque solía decir: «Es una enfermedad contagiosa y pestilencial». Temía las visiones, las apariciones y otras singularidades (15).

(13) *Consejos a los jóvenes* —parte II—, Educar la mente, I.

(14) Proc. Ord., p. 134.

(15) Proc. Ord., p. 494.

«Nos recomendaba la devoción al Santísimo Sacramento y mantener limpia nuestra conciencia para poder comulgar cada día» (16). «La víspera del domingo y de algunas fiestas nos aconsejaba que asistiéramos a la Misa con la mayor devoción (17) y que nos pusiéramos el “hábito nuevo”, cosa que aún se acostumbra en el Instituto.»

«Recordaba —decía una religiosa— que cuando hiciéramos algún trabajo especial estuviéramos atentas para no perder el mérito por la vanagloria. Que fuéramos humildes y que cuando presentábamos algún trabajo no dijéramos: “Lo he hecho yo”, sino que hablásemos en general diciendo: “Lo hemos hecho nosotras”. Y después añadía que estuviésemos atentas, porque el demonio es muy astuto y a veces insinúa el espíritu de soberbia también en las cosas buenas y en los trabajos más humildes, y el vanagloriarnos en éstos constituye una soberbia aún más refinada» (18).

A menudo aconsejaba también rezar para obtener educandas y vocaciones religiosas y pedir a la Providencia que nos ayudase en las necesidades de la casa. Con frecuencia tenía que decir: «Hermanas, no tenemos en casa ni pan ni trabajo, pidamos al Señor que nos mande lo uno y los otros». No raras veces, a la mañana siguiente le llegaba el trabajo y ella decía con júbilo: «¡Alegraos, Hermanas, que ha llegado la Providencia! Demos gracias al Señor».

El sermoncito era siempre esperado y escuchado con placer.

Cuando el director daba las «buenas noches», ella encontraba siempre modo, a una hora o a otra, en éste o en otro lugar, de decir a todas una palabra.

Además quiso, según el ejemplo de Don Bosco, dar facilidad, a quien lo deseaba, de hablarle por la noche y aprovechar estos momentos de mayor confianza para dar avisos, consejos o hacer alguna corrección.

Decía a una: «Hoy te has mostrado un poco obstinada en tu opinión, con peligro de soberbia». A otra: «Tú te has burlado

(16) Proc. Ap., p. 155.

(17) Proc. Ap., p. 156.

(18) Proc. Ord., p. 395.

de aquella Hermana que te parecía un poco simple. No lo hagas más, ¿no ves que le haces sufrir?»

A una tercera: «¿Qué te pasaba hoy que no he oído tu voz? Cuidado que no te tienta el demonio». Y así sucesivamente, según lo que había visto, observado o le habían referido.

«Pasé tres años con ella —escribe una de las Hermanas más antiguas, que más tarde fue superiora muchos años en Bélgica— y todas las noches iba a decirle cómo había pasado la jornada para recibir de ella luz, fuerza y consejo. Me hablaba con tanto ardor del amor de Dios, que también yo me sentía inclinada a amarlo.»

Todas podíamos acudir a ella libremente y ninguna se iba a dormir con un secreto o una amargura en el corazón.

Así conocía cuanto sucedía en casa y desarraigaba en su raíz el mal que hubiera podido crecer y perjudicar gravemente a la comunidad.

Una tarde en la que se había hecho gran fiesta por la llegada de un superior, estaba muy cansada, pero no creyó justo eximirse de estas audiencias, y viendo a una Hermana que la esperaba, le dijo: «Ven, ven, que precisamente tengo que hablarte». Y sentándola junto a sí, con amor y seriedad le dijo: «No hay que alborozarse demasiado en las alegrías, ni entristecerse tanto en las penas; tú hoy te has alegrado demasiado». La Hermana dice que nunca olvidó esta máxima.

Escuchaba pacientemente cuanto se le decía en el *rediconto*; daba avisos y consejos, hacía observaciones e inclusive repreciones, pero siempre con caridad, y ponía especial cuidado en animar a las que veía tímidas o temerosas de no acertar. En tales casos, con toda humildad y confidencialmente les decía: «¿Sabes? También yo soy así; pero no te desanimes por este o aquel defecto; el Señor es tan bueno que nos dará igualmente el paraíso. Procuremos corregirnos, recemos mucho y confieemos en el Señor, nuestro celestial Esposo».

8. Don Bosco estaba satisfecho del gobierno de la Madre. El Cardenal Cagliero escribe más tarde: «A mi vuelta de una visita a la primitiva casa de Mornese, entreteniéndose conmigo

con paterna satisfacción, alababa el espíritu de oración, de pobreza y templanza que reinaba en el Instituto, debido al ejemplo de la Sierva de Dios, y se alegraba en el Señor por el empeño y la espontaneidad con que las Hermanas se dedicaban al trabajo, a la mortificación y no se arredraban ante los más grandes sacrificios». Y concluía: «Mientras los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora vivan consagrados a la oración y al trabajo, practiquen la templanza y cultiven el espíritu de pobreza, ambas Congregaciones harán gran bien; pero si, por desgracia, se relajan en el fervor, huyen de la fatiga, buscan la vida cómoda, éstos han terminado ya sus buenos tiempos, comenzará para ellos la parábola descendente, caerán por tierra y se destruirán» (19).

«Que las Hijas de María Auxiliadora y nosotros, salesianos, tengamos siempre en la mente el aviso del Padre y pidamos a Dios que aleje de nosotros esta desgracia.»

(19) Card. CAGLIERO. *Mem. His.*, cit.

CAPÍTULO X

Espíritu de fervor en la casa de Mornese

(1872-1875)

1. Vida admirable de las primeras Hermanas.—2. Comunión diaria.—3. *Laus perennis*.—4. El silencio.—5. Celo por las niñas del pueblo.—6. Oraciones por la conversión de los pecadores.—7. Sufragios por los difuntos.—8. Devoción al Angel de la Guarda, a San Luis Gonzaga, a San Francisco de Sales, a Santa Teresa y a San José.—9. A la Virgen bajo el título de la Inmaculada, la Dolorosa y la Auxiliadora. 10. Al Sagrado Corazón.—11. El saludo.

1. Puede decirse sin exagerar que las Hermanas de Mornese vivían una vida más angelical que humana. Iban todas a porfía en santificarse pronto con la mayor unión posible con Dios para glorificarle, ofreciéndole numerosos sacrificios, bastante costosos y desconocidos, dominando las exigencias de la naturaleza humana. He aquí la confirmación en una hermosa declaración jurada: «La vida que entonces se llevaba en el Instituto era una vida de oración, de trabajo, de sacrificio, de mortificación, de observancia perfecta de la Regla, con el deseo de obrar siempre mejor, estando todas decididas a hacerse santas. Todo esto estaba animado e invadido de una santa alegría y de un activo amor a Dios, imitando los ejemplos de la Madre, que era la primera en todo» (1).

Un día preguntamos a una Hermana que sabíamos había sido educada en otro Instituto religioso por qué motivo había entrado en la casa de Mornese, donde se carecía hasta de pan y se pasaba hambre, a lo que ella respondió prontamente: «Porque veía a las Hermanas muy fervorosas y contentas». Se

(1) Proc. Ap., p. 78.

realizaba así a la letra cuanto escribió el piadoso autor de la *Imitación de Cristo*: «¡Cuán grande fue el fervor de todos los religiosos al principio de su fundación! ¡Cuánta su devoción a la oración! ¡Qué emulación en la práctica de la virtud! ¡Cuánto rigor en la disciplina! ¡Cuánto respeto y obediencia tenían todos al superior!» (2).

2. La Santa Comunión era generalmente cotidiana. Cada mañana, llegado el momento dichoso, se oía la voz argentina y dulcísima de la maestra de las novicias, Sor María Grosso, entonando el *Ven, ven, oh dulce Amor*, a la que se unían las demás cantando:

Jesús mío, Esposo amado,
ven directo a este mi pecho;
ven, oh Dios, no tardes más.
Ven Esposo, ven amante,
ven, oh Dios, del santo Amor,
mi corazón tienes abierto,
ven a reposar en él.

3. Las conversaciones de las Hermanas de Mornese durante el recreo versaban casi siempre sobre temas religiosos; sobre la meditación, lectura espiritual, la predicación, la explicación de los salmos o himnos de la Iglesia, sobre Catecismo y la manera de santificarse.

Las visitas al Santísimo y a la Virgen eran muy frecuentes y fervorosas. También durante el trabajo rezaban el santo Rosario o cantaban las Letanías y alabanzas religiosas. Si era hora de silencio, cada una, sin descuidar su deber, no cesaba de elevar su espíritu con fervorosas jaculatorias. Monseñor Costamagna dice: «Las alabanzas a Dios en la casa de Mornese eran verdaderamente *laus perennis*, es decir, sin interrupción».

«Decir en verdad el fervor que reinaba en aquella casa me es del todo imposible —prosigue Monseñor Costamagna—. Algo he escrito en mis “Conferencias” a las Hijas de María

(2) Libro I. c. 18, núm. 5.

Auxiliadora, especialmente en la última; aquí añadido solamente que no sin razón se ha podido escribir en las paredes interiores de aquel pequeño paraíso mornesino: "Esta es la casa del amor de Dios".»

4. El autor de la *Imitación de Cristo* dice: «En el silencio y en el sosiego crece el alma devota en la perfección» (3).

Verdaderamente en el silencio se consigue el espíritu de recogimiento, de reflexión, de fe y de oración; se escuchan las divinas inspiraciones y se practican; mientras que en el mundo, al hablar, el alma se distrae, se disipa, no se oye la voz de Dios y las pasiones penetran tumultuosamente. El mucho hablar debilita la piedad y es fuente de desorden. «En las muchas palabras no faltará pecado», dice el Espíritu Santo (4).

«La Madre inculcaba todas las virtudes —dijo una religiosa—, pero en modo especial el silencio. Una vez que nos sorprendió hablando, aunque estaba con nosotras una superiora, sin ningún respeto humano nos reprendió seriamente y dijo a la superiora: "Usted, en lugar de dar buen ejemplo, escandaliza a estas pobres hijas".»

Esta vez fue una verdadera excepción, porque el silencio se observaba con gran perfección. Los mismos albañiles de la casa se admiraban y el jefe dijo un día a Don Costamagna:

—No he visto nunca Hermanas como éstas que nos manda la Madre para el acarreo de las piedras, ladrillos y demás material.

—¿Qué os han hecho?

—¡Si usted oyera cómo hablan!

—¡Cómo! ¿Hablan? —preguntó con vivacidad Don Costamagna, sorprendido de que las Hermanas hubieran roto el silencio, sabiendo que no faltaban nunca.

—¿Han hablado? ¿Y qué han dicho?

—Oiga, les pregunto: ¿Cómo se llaman? Nada. ¿De dónde sois? Nada. ¿Os gusta estar aquí? Nada. Pero apenas digo:

(3) Libro I, c. 20, núm. 7.

(4) Prov. X, 19.

¡Ladrillos, agua, call!, no he terminado aún la palabra y ya estoy servido. Le digo a usted que nunca he visto Hermanas como éstas. En todo el día no abren la boca, nunca, jamás. Pero es que tampoco levantan los ojos. Ninguno de nosotros puede decir que ha oído su voz ni ha visto el color de sus ojos. Y, sin embargo, trabajan de manera sorprendente. Yo no sé cómo pueden obrar así.

«Bien lo sabía yo —decía Monseñor Costamagna—, ellas no hablaban con los hombres, ni entre sí durante el silencio de Regla, pero hablaban continuamente con Dios, el Esposo de sus almas.»

Así la casa de Mornese, como los antiguos monasterios, se hizo en el silencio, la oración y la mortificación.

5. «Y el celo de las Hermanas —dejó escrito Don Costamagna— no se limitaba a sus pocas educandas. El mismo amor desplegaban con todas las jóvenes del pueblo en el oratorio festivo, la misma caridad, las mismas jaculatorias, las mismas prácticas piadosas, el mismo surgir de las vocaciones religiosas.»

6. Además la Madre «recomendaba a menudo rezar por los pobres pecadores, y cuando ella con otras Hermanas tenía que prolongar la vela trabajando muchas veces hasta media noche, todas sus oraciones tenían esta finalidad» (5).

Algunas Hermanas recuerdan que en una ocasión la Madre las llevó en devota peregrinación a la Virgen de la Guardia en Gavi, para obtener la conversión de un pecador fracmasón y que mandó a su casa a algunas de ellas para decirle una palabra, con la esperanza de convertirlo (6).

7. Y otra: «Tenía mucha fe en la intercesión de las almas del Purgatorio y nos exhortaba a rezar por ellas» (7).

(5) Proc. Ap., pp. 235 y 202.

(6) Proc. Ord., p. 255.

(7) Proc. Ord., p. 164.

«En aquel tiempo, fuera de alguna Misa, nada había establecido en sufragio de las Hermanas difuntas; pero la Madre, nos aseguraban las Hermanas ancianas, cuando moría alguna hacía rezar por ella durante un mes, y quiso que la Comunión, la Santa Misa y el Rosario del lunes se aplicaran a este fin, costumbre que permanece todavía viva en la Congregación» (8). Era diligentísima en hacer celebrar las Misas prescritas por las Hermanas difuntas.

Tenía gran cuidado en evitar aún las más pequeñas faltas diciendo: «No quiero ir al Purgatorio». Y decía a las Hermanas: «Pidamos al Señor que nos permita pasar aquí el Purgatorio, con lo que obtendremos mayor mérito. Si luego el Señor quiere mandarnos allá, iremos por obediencia» (9).

8. Era devotísima del Angel de la Guarda e insistía en su devoción, especialmente en el día a él dedicado, o sea, el martes. También lo era de San Francisco de Sales y de Santa Teresa, patronos del Instituto, y de San Luis Gonzaga, con la práctica de los seis domingos en su honor (10). Pero de modo particular inculcaba la devoción a San José, modelo de las virtudes escondidas que más debemos imitar, especialmente la humildad, el silencio, la unión con Dios, etc. Rezábamos sus siete dolores y gozos. «La Madre —declaró Sor María Rossi— quería que nuestras oraciones a San José tuvieran el fin especial de obtener que nuestra casa se viese libre de personas no aptas para la vida religiosa o de alumnas que no fueran de buen ejemplo para sus compañeras. Muchas veces hemos podido constatar la eficacia de estas oraciones dirigidas a San José» (11).

Le llamaban familiarmente el «Económico de la casa» y a él acudían en los continuos apuros financieros. Le consagraban el mes de marzo con especiales actos de devoción.

(8) Proc. Ap., p. 248.

(9) Proc. Ord., p. 164.

(10) Proc. Ap., pp. 148, 152, 154, 156.

(11) Proc. Ap., p. 156.

9. A la Santísima Virgen la honraban cada día, pero especialmente en sus fiestas. La veneraban particularmente bajo los títulos de Inmaculada y Dolorosa. La Inmaculada estaba considerada como fiesta de primera clase y sigue siéndolo en todo el Instituto con categoría de solemnidad como en toda la Iglesia. En honor de la Virgen de los Dolores se rezaban diariamente los Siete Dolores, como lo había prescrito primero Don Pestarino y más tarde Don Bosco, y se preparaban a su fiesta con una fervorosa novena. El viernes de la semana de Pasión, por estar dedicado a Ella, lo pasaban con particular recogimiento y devoción, velaban en oración y cantos toda la noche del viernes al sábado, para hacer compañía a la Virgen Dolorosa y compadecer sus sufrimientos.

La Madre procuraba que las jóvenes velaran sólo hasta media noche (12) y más tarde abolió esta costumbre, para no poner nuevas prácticas en el Instituto (13).

Pero de modo especial honraban a la Virgen con el título de Auxilio de los Cristianos, como había recomendado Don Bosco. Visitaban su imagen y en todas las ocasiones recurrían a su intercesión, invocándola con este glorioso título.

«En la devoción a María Auxiliadora no había quien superase, ni siquiera igualase, a la Madre —escribe el Cardenal Cagliero—; no tenía límites. La consideraba inspiradora y fundadora de la Congregación; la amaba y suplicaba que fuera Ella la verdadera Madre de sus hijas y la Superiora General del Instituto. Le pedía incesantemente que se dignara protegerla y librarla del peligro de ofender a Dios, y que ninguna de sus hijas cayera en pecado, sino que vivieran siempre como ella, pobres, humildes y puras.»

«Consideraba a la Virgen —depuso Madre Sorbone— como la Superiora del Instituto y *ponía cada noche a sus pies las llaves de la casa*» (14).

(12) Proc. Ord., p. 165.

(13) Proc. Ord., p. 168.

(14) Proc. Ap., p. 152.

10. Madre Mazzarello tenía también gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús; la recomendaba a menudo a sus hijas, especialmente durante el mes de junio, y todas, enfebrizadas por sus palabras y ejemplos, la practicaban con el ardor de la más tierna piedad.

Nos contaba una religiosa: «La Madre me hizo estudiar y después me confió una clase. Naturalmente, sin experiencia, encontraba no pocas dificultades. La Madre asistente me ayudaba mucho, pero algunas veces iba a decir a la Madre mis apuros y ansiedades. Ella me escuchaba con mucha bondad, me confortaba y al despedirme me decía siempre: “Confía en el Sagrado Corazón, que te ayudará. Confía mucho...” Y cada vez que me encontraba me repetía a menudo la misma exhortación».

La Madre, además, procuraba extender también esta devoción fuera del Instituto, y una mujer de Mornese recordaba que un día la llamó y le dijo: «Ve al párroco y dile que funde la Compañía de las Hijas del Sagrado Corazón para vosotras jóvenes», y que ella cumplió su embajada.

11. Un fraile franciscano del convento de Voltaggio llamado Francisco, que iba pidiendo la cuestación en Mornese, contó al director Don Costamagna que cada vez que un hermano encontraba a otro le saludaba diciendo: «*Vivat Jesus*», «Viva Jesús», a lo que respondía el otro: «*In cordibus nostris semper*», «siempre en nuestros corazones». El director habló de esta buena costumbre a Sor Enriqueta Sorbone y a las internas, proponiéndoles imitar a los buenos franciscanos. «Aceptaron la propuesta y “mantuvieron su palabra” —escribe Monseñor Costamagna— y la costumbre pasó de las educandas a las Hermanas, que en seguida la practicaron.»

Esta práctica perdura aún. Encontrándose dos Hermanas, dice una: «¡Viva Jesús en nuestros corazones!» Y responde la otra: «¡Viva María, nuestra esperanza!», o más brevemente: «¡Viva Jesús! ¡Viva María!»

CAPÍTULO XI

La Madre hace los votos perpetuos

(1875)

1. El mes de mayo.—2. Una predicción realizada.—3. Fiesta de María Auxiliadora. Nuevas vesticiones.—4. Don Rúa en Mornese.—5. La Madre, con doce Hermanas, hace los votos perpetuos en manos de Don Bosco. Nuevas vesticiones y profesiones. Recomendaciones de Don Bosco.—6. Muerte de Sor Rosa Mazzarello (27 septiembre).—7. Don Rúa vuelve a Mornese para nuevas vesticiones y profesiones.—8. Noticia de la partida de misioneros salesianos para América.—9. Oraciones de las Hermanas por los misioneros y deseo de poder trabajar pronto junto a ellos. La Madre recupera improvisadamente el oído.—10. La primera Misa de Don Campi la noche de Navidad y cinco primeras Comuniones. Felicitación al Sumo Pontífice.—11. Consagración al Niño Jesús.

1. El mes de mayo, consagrado a la Reina de los Cielos, tuvo este año una importancia especial porque el director hizo llegar de Turín una bella estatua de María Auxiliadora y la colocó en una especie de capillita que los abuelos de Don Pestarino habían levantado en el bosquecillo contiguo al colegio y que se conserva aún en nuestros días. ¿Y quién podrá decir las visitas que las Hermanas y educandas la hicieron y las ardientes jaculatorias que saldrían de sus corazones?

La Madre había dado como flor general del mes *renovarse en el espíritu como la naturaleza se renueva en primavera*, haciendo con fervor todas las prácticas de piedad diarias, desde la señal de la cruz de la mañana al levantarse, hasta ir al descanso por la noche.

El director daba la flor diaria; la madre era diligentísima en practicarla y las Hermanas observaban que cuando daba la florecilla de besar los pies a las novicias u otra flor que

obligaba a humillarse, «la Madre era siempre la primera en cumplirla» (1).

Además, el director había compuesto y enseñado motetes para cantarlos durante la Misa, y todas las tardes, en lugar de la acostumbrada lectura, hacía una plática avivando el fervor allí donde ya había tanto. Después daba la bendición con el Santísimo y, si el tiempo lo permitía, toda la comunidad se reunía en torno a la capillita, a la sombra de los frondosos árboles; el director se sentaba al armonium y las Hermanas y educandas cantaban alabanzas a la Inmaculada Reina del Cielo con verdadero amor filial, y las unas y las otras repetían alternándose las más afectuosas y fervientes jaculatorias. Durante el recreo se hablaba casi sólo de la Virgen, del modo de amarla, de imitarla y de hacerla amar.

2. La capillita era visitada frecuentemente tanto por las Hermanas como por el director. Este nos contó que Madre Petronila le dijo un día con toda sencillez:

—Usted ha contraído amistad particular con la capillita.

—¿Por qué?

—Porque está siempre allí y parece que no puede estar lejos de ella.

Más tarde nos contaba Madre Petronila que una de las veces que fue a hacer la visita a la Virgen con la Madre, ésta de pronto le dijo: «Tú llegarás a vieja, muy vieja». «Y me dijo esto —nos aseguraba Madre Petronila— con tal aspecto de persona inspirada, que no he podido olvidar estas palabras.»

La predicción de la Madre se realizó, ya que Madre Petronila murió el 7 de enero de 1925, a la edad de ochenta y seis años.

3. La suspirada fiesta de María Auxiliadora se celebró el 24 de mayo con la mayor solemnidad. La víspera hubo iluminación general y muchos cohetes. A la mañana siguiente la Misa de Comunidad con cantos, música e intervención de

(1) Proc. Ord., pp. 164 y 389.

las oratorianas. Después la toma de hábito de doce novicias, presidida por el párroco Don Valle, y seguidamente la Misa solemne.

Por la tarde, nueva y mayor iluminación con lanzamiento de globos aerostáticos, con descripciones de alabanzas a María Auxiliadora, y tomando parte todo el pueblo, deseoso de gozar del alegre espectáculo.

4. María Santísima nos conduce a Jesús: después del mes de mayo tibio y perfumado de flores, llega junio con sus primeros calores, con toda su magnificencia en campos, prados y bosques, y dedicado por la piedad cristiana al Sagrado Corazón de Jesús.

En el colegio se celebra este mes con el máximo fervor. La función de la tarde con sermón del director, canto y bendición eucarística, reaviva en todas el ya ardiente fuego de caridad y cierra la intensa jornada.

Hacia finales de mes llegó a Mornese por vez primera Don Miguel Rúa, que fue el primer sucesor de Don Bosco en la dirección de la Sociedad Salesiana y tendría después gran parte en la expansión del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Era prefecto de la Congregación Salesiana y en nombre de Don Bosco llevaba a las pobres hijas grandes consuelos morales.

Se detuvo allí algunos días informándose minuciosamente del director y de la Madre sobre la marcha moral y material de la casa, dando útiles instrucciones respecto a la economía doméstica, a la contabilidad, a la educación. Por la noche, con una breve pero jugosa platiquita, exhortaba a todas a reflexionar bien sobre su vocación, a esforzarse por corresponder a ella y las animaba al ejercicio de las virtudes religiosas.

5. Don Bosco era también muy esperado en Mornese.

En agosto de aquel mismo año terminaban los votos trienales emitidos la primera vez en agosto de 1872. ¿Los renovarían? ¿Los harían perpetuos? La Madre puede decirse

que había deseado siempre consagrarse a Dios con votos perpetuos y en aquellos tres años de vida religiosa había procurado hacerse cada día más digna de tal gracia; pero, ¿cuáles eran los deseos de Don Bosco? La Regla dada por él, que no estaba aún impresa, sino sólo manuscrita, no decía nada al respecto. Don Bosco les había comunicado que se preparasen para los Ejercicios espirituales y la Madre los esperaba con una gran ilusión.

Fueron predicados por el carmelita Padre Emilio y por Don Cagliero. Vino también Don Bosco, que escuchó a todas con gran bondad.

«El buen Padre —nos aseguró Monseñor Costamagna— daba siempre comodidad a sus hijas para abrirle el corazón, bien en la confesión o en coloquio privado. Pero en su humildad y sabiduría, cuando se trataba del gobierno de la casa o de la profesión, después de haber dado su consejo, solía añadir: «Pero conviene que consultéis también a vuestra superiora».

El daba su parecer y en algunas ocasiones suplía, pero no sustituía a las superiores y quería que principalmente en las cosas ordinarias aprendieran a obrar por cuenta propia.

En esta ocasión el Santo ordenó que después de un trienio o dos de prueba las Hermanas se consagrasen a Dios con votos perpetuos; y al final de los Ejercicios, el 28 de agosto (1875), admitió a la vestición a quince postulantes; a la profesión religiosa, a catorce novicias, y a los votos perpetuos, a la Madre María Mazzarello y otras doce Hermanas, las primeras que tuvieron el honor de hacer su profesión perpetua en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (2).

¿Qué sentimientos experimentaría Madre Mazzarello y sus óptimas compañeras? No hemos encontrado ninguna memoria

(2) He aquí sus nombres: 1. María Mazzarello. 2. Sor Petronila Mazzarello, íntima amiga de María y vicaria suya. 3. Sor Felicina Mazzarello, hermana de María, directora de Borgo San Martino y asistente del Capítulo. 4. Sor Teresa Pampuro. 5. Sor Juana Ferretino, ecónoma. 6. Sor Catalina Mazzarello. 7. Sor María Grosso, maestra de novicias. 8. Sor Asunta Gaino, alumna de María y Petronila. 9. Sor Virginia Magone, también alumna de las dos amigas. 10. Sor Enriqueta Sorbone. 11. Sor Rosina Mazzarello. 12. Sor Emilia Mosca. 13. Sor Teresa Mazzarello.

referente a este acontecimiento tan importante de la vida de nuestra heroína y del Instituto, porque, como hemos dicho otras veces, algunas de estas religiosas tenían poca cultura y no podían escribir sus impresiones ni las de sus Hermanas; otras que siendo instruidas podían haber dejado preciosas memorias, no pensaron en ello, atentas sólo a santificarse en el trabajo confiado por la obediencia y en el ejercicio de las más heroicas virtudes.

Hemos preguntado a algunas de las Hermanas supervivientes, que se limitaron a decirnos: «Entonces eran todas muy fervorosas, era tal su fervor que no se puede imaginar; ninguna preveía lo que llegaría a ser el Instituto y por eso a ninguna se le ocurrió anotar lo que ahora se querría saber. Nosotras pensábamos practicar con toda exactitud y fervor cuanto Don Bosco nos inculcaba paternalmente, sin ocuparnos de más» (3).

Don Bosco dio varias conferencias en las que recomendó el amor al retiro y al silencio, a la reserva en el trato, la confianza con los superiores y la mutua caridad.

Dijo también que no habiendo ya obreros en la casa, ya que estuvieron trabajando durante diez años, habría que observar la clausura que prescribe la Regla (4) y cumplir bien este punto no sólo en casa, sino también fuera: en los paseos, en las visitas a los bienhechores, en la iglesia, siempre y en todas partes, por ser cosa de gran importancia. Y que todo debía practicarse también en las casas abiertas o por abrir.

Y dijo: «*Por abrir* —nos decía una de aquellas primeras religiosas—, porque en aquel tiempo, aunque no teníamos más que la casa de Mornese y la de Borgo San Martino, no obstante todas, según las palabras de Don Bosco, decíamos que tendríamos muchas casas y hablábamos como si ya las tuviésemos».

Era más que sabido cuán eficaz fuese la palabra de Don Bosco; pero ¿cuánto más lo sería allí donde encontraba corazo-

(3) Verdaderamente, la actual Crónica del Instituto contiene algunas líneas referidas por CERIA, *Mem. Biogr. di S. Giovanni Bosco*, vol. XI, c. XV; pero las Hermanas actuales que interrogamos no supieron decirnos más que lo que hemos escrito.

(4) Título XV (edic. 1885), Título XIII (edic. 1922).

nes tan bien dispuestos a recibirla? Si el fuego quema la leña verde, ¿cuál no será su actividad en la seca? Por eso, ¿qué incendio de amor no habrá suscitado en todas, especialmente en Madre Mazzarello, la palabra de tan gran Santo? Según las escasas memorias de aquel tiempo y el parecer de las que moraban allí, la casa de Mornese era un trozo de cielo en la tierra, un pequeño paraíso en el que florecían las más escogidas virtudes.

6. Pero la común alegría fue turbada momentáneamente por la muerte de una Hermana. El 27 de septiembre pasaba a la eternidad, después de tres años y medio de vida religiosa, transcurridos en el máximo fervor, Sor Rosa Mazzarello, la cual siendo jovencita se había inscrito en las *Hijas de la Inmaculada*, y fue una de las quince que vistieron el hábito de las Hijas de María Auxiliadora el 5 de agosto de 1872. En su casa disfrutaba de cierto bienestar, pero, amante del trabajo y de la mortificación, supo adaptarse a las privaciones de aquellos primeros tiempos y en medio de sufrimientos conservó inalterable no sólo la resignación, sino el candor del alma, que se le transparentaba en el rostro, por lo cual todas repetían: «Vivió y murió como una santa» (5).

7. Para sustituirla, el Señor hacía llegar de todas partes peticiones de jóvenes que deseaban acogerse bajo la gloriosa y potente bandera de María Auxiliadora.

Don Rúa volvió a Mornese el primer domingo después de la fiesta de la Inmaculada, el 12 de diciembre. En nombre de Don Bosco admitía a seis novicias a los votos trienales y concedía el hábito a quince postulantes, comentando con singular unción la parábola de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes del Evangelio.

Hizo bien en comentarla, porque aunque en general toda la comunidad vivía en un fervor semejante al que podía encon-

(5) Véase *Cenni Biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice defunte nel primo decennio dell'Istituto*, p. 12.

trarse en los principios de las Ordenes religiosas más observantes, había tres o cuatro que no iban bien, como veremos más adelante.

8. En este intermedio llegó a Mornese una gran noticia: Don Bosco, el 12 de mayo (1875), había anunciado públicamente en el Oratorio de Turín que algunos salesianos partirían como misioneros a América del Sur (Argentina) (6).

No daba aún los nombres de los afortunados que integrarían el primer grupo, pero más tarde supieron las Hermanas que el jefe de la expedición en el último momento no pudo marchar y Don Bosco había elegido a Don Juan Cagliero, su director general (7), noticia que les causó alegría y sufrimiento a la par.

9. Los generosos misioneros partieron el 4 de noviembre. Las Hermanas los acompañaron con sus oraciones, deseosas de seguir el ejemplo un día no lejano. La Madre, en una carta de felicitación a Don Cagliero en las fiestas de Navidad, escribe: «...¡Oh, sí!, que Jesús Niño bendiga sus sacrificios y sus fatigas con una bendición tal que estas últimas lleven copiosos frutos, de modo que a su entrada en el cielo (que esperamos sea muy tarde) le salgan a recibir los miles de almas salvadas por usted. No sólo en estos días de gracia, sino cada día pedimos al Señor por nuestros hermanos misioneros y, especialmente, por el pronto regreso de nuestro buen Padre (8). Nos parece un siglo que no le vemos ni recibimos cartas suyas.

»Cada día le seguimos en sus viajes en el mapamundi y nos lo imaginamos ora aquí, ora allá, por el movedizo elemento. Pero ahora esperamos que con la ayuda de Dios habrá llegado ya felizmente al puerto y esperamos ansiosas una larga carta con detalles de su viaje, de cómo se encuentra ahí, etcétera.

(6) LEMOYNE, *ob. cit.*, vol. II, p. 151

(7) LEMOYNE, *ob. cit.*, vol. II, p. 156.

(8) Don Bosco había dicho a Don Cagliero que acompañara a los misioneros y que volviera después.

»¿Y cuándo irán allá las Hijas de María Auxiliadora?... Si Dios quisiera que alguna de nosotras fuera a celebrar el nacimiento del Niño Jesús en esa lejana región que se llama América, iríamos todas con mucho gusto...»

En la misma carta que empezó hace tiempo y que no la expidió hasta después de las fiestas, la Madre escribe con toda sencillez: «Hace pocos días me ocurrió un milagro; me había quedado tan sorda que por mucho que me acercara al altar no oía nada del sermón sobre el Niño Jesús. Apenada por verme privada de este consuelo, pedí al señor director que me diera una bendición. En cuanto la recibí quedé libre de la molestia y pude oír todos los sermones. Dé gracias al Niño Jesús por mí».

10. La carta continúa: «Le aseguro que estas fiestas natalicias no podían ser más hermosas. La primera Misa de medianoche fue cantada con acompañamiento de música y la celebró Don José Campi (ordenado sacerdote en aquellos días); cinco internas tuvieron la dicha de hacer su primera Comunión. ¡Cuántas cosas le dijimos esa noche al Niño Jesús! Está de más añadir que todas impetramos las mejores bendiciones para usted y para nuestros hermanos misioneros...

»Otra noticia: Al oír hablar siempre de la bondad del Sumo Pontífice, le hemos escrito felicitándole las Navidades.

»Tenga la bondad de enviarnos pronto los libros de español, para poder estudiar y estar preparadas a la primera llamada.

»Quisiera poder mandarle un poco del fresco que aquí tenemos en abundancia, pero como no es posible, esperamos que usted nos envíe por el Angel de la Guarda mucho calor de ése que irradia el Niño Jesús.

»Escríbanos pronto, no nos olvide en sus oraciones, acepte nuestros respetuosos saludos extensivos a todos los misioneros y créame en el Corazón de Jesús.

Mornese, Casa de María Auxiliadora, 29 de diciembre de 1875.

Humildísima Hija en Jesús y María,
SOR MARÍA

11. Una noticia: Algunos días antes de Navidad, Don Costamagna, de acuerdo con Sor Enriqueta Sorbone —quien nos lo ha referido todo—, sin que se enterasen las Hermanas, enseñó un canto a las internas y después de la Misa de medianoche hicieron volver a las niñas a la capilla y, colocadas alrededor de la cunita del Niño Jesús, empezaron a cantar:

Niñito Jesús, Esposo de Amor,
ven a reposar en mi corazón.
Dame tanto amor, querido Niño,
que muera de amor a ti unido

y leyeron una promesa para cumplir durante el año, pidiendo al Divino Niño que las bendijera y aceptase.

Las Hermanas, al oír el canto, volvieron también a la capilla, quedando un poco mortificadas al verse superadas por las niñas.

Esta fue una de las acostumbradas sorpresas del director; pero la Madre lo arregló en seguida, disponiendo, de acuerdo con el mismo director, que las Hermanas harían su ofrenda en la Epifanía, presentando también una práctica para observarla durante el año.

La piadosa práctica continuó cumpliéndose en años sucesivos. «Por lo demás —escribe Monseñor Costamagna—, después estuvieron todas muy satisfechas cuando, al besar el pie de la devotísima imagen del Niño Jesús, que les había regalado su primer director Don Pestarino, parecía que levantando su manecita las bendecía. Y cuando terminada la Misa de medianoche, no acertando ellas a separarse del Divino Niño, oían de mis labios, profundamente conmovido en mi interior: “Id tranquilas a descansar, que Jesús está satisfecho de vosotras”, era tal la emoción que difícilmente se puede olvidar.»

El mismo Don Costamagna nos dice también: «Conservo una carta de Madre asistente, Sor Emilia Mosca, en la que entre otros pensamientos se desahogaba resumiendo así cuanto pensaba en torno a aquellas novenas: “¡Oh, Navidades de

1874, 1875, 1876! ¿Dónde os habéis ido? ¿Por qué no nos es dado veros de nuevo? Vosotras nos habéis hecho gustar dulzuras de Paraíso. ¡Sólo en el cielo podremos disfrutar delicias más puras...!»»

CAPÍTULO XII

Espíritu de reparación. Aprobación episcopal del Instituto. Apertura de dos casas

(1876)

1. Baile impedido.—2. Mortificaciones durante el carnaval. Sopa sin sal.—3. Aprobación de las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora por el Obispo de Acqui (23 enero 1876).—4. Don Bosco anuncia que las Hermanas abrirán nuevas casas, la primera en Piani de Vallecrosia, cerca de Bordighera.—5. Oraciones por el buen éxito de la nueva misión.—6. La Madre acompaña a las Hermanas al Santuario de Gavi (9 febrero 1876). Dolorosa separación.—7. Muerte de Sor Cassini.—8. Dificultad y prosperidad de la casa de Vallecrosia.—9. Don Costamagna al Obispo de Acqui.—10. Se abre la casa de Turín (29 marzo 1876).—11. Imitar a Don Bosco especialmente en el agradecimiento a los bienhechores.—12. Estima de las Hermanas de Santa Ana hacia la Madre.

1. La Madre, a la par que desplegaba todo su celo por la buena marcha del Instituto, no perdía jamás de vista a las niñas y jóvenes del pueblo y estaba siempre atenta a evitar, en cuanto de ella dependía, los peligros que se les pudieran presentar. Monseñor Costamagna, hablando de su fortaleza, dijo: «Durante varios años consecutivos hizo verdaderos esfuerzos para reunir en la casa de la fundación de Mornese, en los días de carnaval, a todas las jóvenes del pueblo, procurando de este modo hacer fracasar el baile que los del mundo habían preparado» (1).

Pero como se revela en uno de sus escritos, el baile preparado para el carnaval de este año 1876 parecía imposible poder contrarrestarlo, tanto por las personas que lo dirigían

(1) Proc. Ord., p. 318.

como por haberlo «legitimado» con el pomposo título de «gran baile de beneficencia».

Pero ella no se desanimó.

«Vino a mí —escribe Monseñor Costamagna— y me preguntó:

—¿Cómo nos arreglaremos este año?

—Nada de miedo, poned vosotras un teatrito público e invitad a que vengan gratis todos los padres de familia que tengan hijas, pero a condición de que las traigan con ellos.

—Pero no tenemos ningún canto para el teatro.

—Yo los prepararé.

Y salieron los cantos: *Buena noche*, *Los exámenes finales*, *La campanilla del estudio*, *La ciega de nacimiento*, *Todo vuelve*, *Los hermanitos al belén*, *El escolar devoto del jueves*, etcétera, que después completó en América hasta llegar a veintidós».

Las alumnas aprendieron cuanto Don Costamagna pudo preparar y lo cantaron muy bien. Durante el carnaval todo el pueblo subía al colegio y no se hablaba más que de los recitales y veladas que allí se hacían. Así el pobre baile de beneficencia quedó desierto. De las jóvenes de Mornese no fue ni siquiera una.

Los organizadores se desahogaron después con una terrible serenata bajo las ventanas de Don Costamagna, como los perros atados que ante la imposibilidad de morder, ladran.

2. Durante los días de carnaval la Madre solía sugerir a las Hermanas la privación de algún alimento, por ejemplo, la fruta, para reparar las intemperancias que se cometían en el mundo; pero decía que no obligaba a ninguna y que eran libres de hacerlo o no.

Aunque el alimento, como sabemos, no era abundante, careciendo inclusive de pan, no obstante practicaban con solicitud las sugerencias de la Madre y con aquel pequeño ahorro se mandaba celebrar una Misa en sufragio de las almas del Purgatorio (2).

(2) Proc. Ord., p. 304.

En estas mortificaciones tenía siempre cuidado de que no perjudicaran la salud y las prohibía a las Hermanas más débiles y delicadas. Les decía: «No es bueno mortificarse con daño para la salud; tomad lo poco que tengamos y mortificad el amor propio, incluso pidiendo lo necesario».

Una Hermana que entró en Mornese el año siguiente, depuso: «Recuerdo que en Mornese durante un recreo de comunidad algunas pidieron permiso para no tomar fruta durante los diez días de carnaval, ofreciendo este sacrificio en reparación.

»La Madre no aceptó la petición, ya que el alimento era demasiado pobre. Además temía que alguna no lo hiciera por virtud, sino por amor propio, sólo porque lo hacían las demás» (3).

Y continúa: «Encontré en la casa gran fervor y espíritu de sacrificio suavizado por el amor de Dios y el espíritu de caridad. Refiero un caso como ejemplo: Un día la Hermana cocinera se olvidó de echar sal en la sopa. Al sentarnos a la mesa no estaba la Madre y todas las Hermanas empezaron a tomar aquella insípida sopa sin que ninguna dejara entrever a las demás su propia repugnancia, ni la más mínima señal de disgusto. Cuando llegó la Madre y probó la sopa dijo: "Pero esta sopa no tiene sal, hijas mías", y las Hermanas, algunas de las cuales ya habían terminado de comerla, levantaron la cabeza sonriendo por el pequeño incidente» (4).

3. Entre tanto Don Bosco recibía de muchas partes la petición de abrir casas para las Hermanas, pero él quería antes darles una Regla definitiva y obtener la aprobación diocesana.

Cuando fue a Mornese con motivo de la profesión perpetua de la Madre y de las otras Hermanas, examinó minuciosamente todo lo referente a la marcha del Instituto; después, acompañado del director, marchó a Ovada, donde se celebraban las fiestas centenarias en honor de San Pablo de la Cruz (28-31 de agosto 1875).

(3) Proc. Ap., p. 49.

(4) Proc. Ap., p. 46.

Monseñor Costamagna dijo: «Trabajó detenidamente para examinar y corregir las primitivas Reglas, que estaban aún en germen. Yo se las leía lentamente y él hacía las correcciones y adiciones que su mente y su corazón le dictaban. Y así quedaron renovadas aquellas primeras Reglas que sirvieron por mucho tiempo para dirigir a sus numerosas hijas de Europa y de América por la vía de la perfección».

Se las presentó al Obispo de Acqui, pidiéndole humildemente que las aprobara, en unión con el naciente Instituto.

En la portada se leía:

Todo a la mayor gloria de Dios
 CONSTITUCIONES PARA EL INSTITUTO
 DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
¡Viva Jesús, María y José! - 1875

El Obispo Monseñor Sciandra, con decreto de 23 de enero de 1876, comunicó a Don Bosco su plena aprobación, llamando al Instituto «utilísimo» y recomendándolo a la benevolencia de los demás Prelados en cuyas Diócesis prestaban servicio o pudieran prestarlo en el porvenir las Hijas de María Auxiliadora.

4. El 3 de febrero, en las conferencias que Don Bosco solía dar en el oratorio con motivo de la fiesta de San Francisco de Sales, después de decir que los adscritos a la Congregación Salesiana eran ya trescientos, añadió: «Hay otro Instituto que nos ayuda mucho, fundado para cuidar de las niñas como nosotros nos ocupamos de los muchachos.

»Es el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, unido a nuestra Congregación, que cuenta con más de cien religiosas. Estas, sumadas con nuestros hermanos, dan un total de cuatrocientas cincuenta personas que trabajan por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, animados del mismo espíritu y bajo la misma dirección y bandera...» (5).

(5) CERIA, *Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco*, vol. XII, c. 3, p. 75.

Anunció que dentro de poco abrirían una casa en Turín y otra en Alassio, y aún antes, dentro de una semana, esto es, el 10 del mismo mes, se abriría una en los Llanos de Vallecrosia, entre Bordighera y Ventimiglia, para complacer a Monseñor Biale, Obispo de esta última, que le había pedido mandase allí a sus hijos e hijas para salvar aquella población de las insidias de los valdenses.

En aquellos contornos amenísimos por la fertilidad del suelo, variedad del paisaje, claridad del cielo y magnificencia del mar, los ingleses habían construido muchas viviendas atraídos también por la dulzura del clima invernal. Es bien sabido que allí no sólo no se ven las heladas, sino que las rosas, las violetas, los claveles, jacintos y otras flores alegran siempre a los afortunados habitantes de aquella risueña playa.

Los valdenses habían construido una iglesia en los Llanos de Vallecrosia, en el lugar llamado *Torrione*; habían abierto un colegio con clases para chicos y chicas y un asilo para los pobres que incautamente y por medio de padres ignorantes fueron hospedados allí.

Su fin principal era hacerlos abjurar la religión de sus antepasados e inducirlos al error; la mayor parte eran de regiones lejanas, pero varios de lugares próximos se dejaron seducir también...» (6). Para atraer a los niños y niñas a la escuela les regalaban libros, alimentos y vestidos.

Era muy grande el mal que causaban a la Religión Católica y Monseñor Biale, en la amargura de su dolor, se dirigió a Don Bosco, quien, de vuelta de un viaje a Francia, se detuvo con el celoso Prelado para tratar sobre el asunto. Después comunicó a Mornese que tenía que abrirse una casa cerca de Bordighera, con escuela gratuita para las hijas del pueblo, como los Salesianos abrirían otra para los niños, y que pensarán en las Hermanas más aptas para esta necesidad.

(6) Pastoral y Circular de Monseñor Biale, del 8 de diciembre de 1875, en la que advierte del peligro al clero y al pueblo; comunica que Don Bosco acepta su petición de mandar a los Llanos de Vallecrosia a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora y recomienda ayudarles a construir una iglesia, etc.

El, que había luchado tanto contra los valdenses en Turín, mandaba con sumo gusto a sus hijos e hijas para librar de aquellos errores a la juventud de los Llanos de Vallecrosia.

5. Madre Mazzarello rezó e hizo rezar antes de elegir a las Hermanas. ¿A quién mandaría como directora? En casa había una novicia, Ursula Camisassa, que había vestido el hábito hacía cerca de dos meses, tenía treinta y cuatro años y mostraba grande prudencia.

La Madre, de acuerdo con el director, propuso a Don Bosco que le permitiera hacer los votos trienales para mandarla como directora de la casa que iba a abrirse con otras dos Hermanas: Sor Rosalía Pestarino y Sor Agustina Calcagno.

Su propuesta fue aprobada.

La misión se presentaba difícil; más aún, casi temible bajo todos los aspectos para las Hermanas, que debían abandonar la casa de Mornese e ir a lugares habitados por herejes, seguras de tenerlos como terribles adversarios. La misión era tanto más difícil porque carecían de medios, tenían poca experiencia de la vida y de la enseñanza e ignoraban la malicia del mundo. Pero Don Bosco había hablado y cualquier deseo suyo era un mandato.

La Madre comprendió toda la gravedad de la empresa y, de acuerdo con el director, hicieron la adoración llamada de las *Cuarenta Horas* y se rezaron oraciones especiales para obtener copiosas bendiciones del cielo sobre las casas que iban a abrirse.

Entre tanto no cesaba de dar avisos y recomendaciones a las elegidas, como hizo con las primeras que fueron enviadas a Borgo San Martino: que fueran observantes de la Regla, que conservaran el espíritu del Instituto, que no descuidaran las prácticas de piedad, que trataran bien a todos y a las niñas con mucha dulzura y que los valdenses vieran en ellas sólo ejemplos de virtud.

6. El 9 de febrero (1876), día fijado para la partida, no pudiendo acompañarlas hasta su destino como hubiera desea-

do su maternal corazón, hizo a pie un larguísimo trayecto con sus hijas, a pesar de que el camino estaba cubierto de nieve.

«Al llegar a un lugar desde donde se divisaba en el monte el santuario de la Virgen de la Guardia de Gavi —escribe Sor Ursula Camisassa—, nos lo señaló con el dedo diciendo: “Puesto que tenemos que separarnos, hagámoslo aquí, bajo la mirada de la Santísima Virgen y pidámosle su asistencia y su maternal bendición”, y nos hizo rezar un *Avemaría* por el buen éxito del viaje y de la casa que se iba a abrir» (7).

Les recordó brevemente los avisos ya dados y renovó sus acostumbradas recomendaciones de observar siempre la Regla.

Todas estábamos muy conmovidas y Sor Rosalía Pestarino sintió tanta pena al tener que separarse de tan buena y santa Madre, que cayó desmayada sobre la nieve, pero pronto se repuso y marchó con la directora, las otras Hermanas y Don Costamagna.

Este se había propuesto acompañarlas hasta Sampierdarena para recomendárselas a Don Cibrario, director de la casa que debían abrir los salesianos en Vallecrosia, a la par que la de las Hermanas.

La Madre se detuvo mirándolas hasta que desaparecieron de su vista y, con las superiores que la acompañaban, regresó con el corazón lleno de profunda tristeza y de filial gratitud a

(7) Proc. Ord., p. 218.

La carretera pasa más abajo del santuario, que es una hermosa iglesia de cruz griega, de 30 metros de largo por 20 de ancho, levantada sobre el monte Turchini en Gavi, con la ayuda de los pueblos de alrededor en 1861.

Una persona particular había hecho la promesa el 29 de agosto de 1746 de construir un santuario en honor de la Virgen de la Guardia, para que ella preservara su casa del incendio que se produjo en su barriada por las bombas de los austro-sardos. Al ver cumplida su petición, hizo construir una capilla en el monte de la Mezina, pero fue destruida en 1800 por la guerra entre los franceses y genoveses. No obstante, los habitantes de Gavi siguieron subiendo allí para rezar.

En 1817 una sequía tremenda trajo la carestía y el hambre. Los gavienses invocaron a la Santísima Virgen y fueron escuchados; pero por varios motivos no se pudo reedificar la capilla y después de vicisitudes dolorosas se decidió edificarla sobre el monte «dei Turchini» y, como prodigio de fe y de actividad, se levantó el hermoso santuario sólo en cuatro meses. Se celebraron espléndidas fiestas y el santuario es meta de numerosas peregrinaciones.

Madre Mazzarello participó en la inauguración con su amiga Petronila y las jóvenes de Mornesc. También acudieron personas de todas partes, como lo hacen hoy también en gran número y con verdadera devoción.

Dios, que quería servirse de seres tan débiles para su gloria y que ciertamente bendeciría la nueva fundación.

7. Al llegar a casa recibe la dolorosa noticia de que la buenísima Sor Antonia Casini, que apenas tenía diecisiete años y estaba enferma hacía poco tiempo, había fallecido.

A los dieciséis años aún no cumplidos fue a Mornese acompañada de su hermano Valentín, que fue más tarde un celoso misionero en América del Sur y murió en 1922. Antonia había hecho grandes progresos en la virtud y, afectada del mal que la llevó a la tumba, soportó sus dolores con heroica paciencia, ejercitándose en continuos actos de amor a Dios. Expiró en un efluvio especial de amor, dejando en las Hermanas la convicción de que en los últimos momentos fuese favorecida con alguna visión celestial, lo que fue para todas, y especialmente para la Madre, motivo de gran consuelo (8).

Esta, como era natural, recomendó a la comunidad que fueran generosas en ofrecer sufragios por su alma. Recomendaba también que rezasen mucho por las Hermanas que habían marchado a Bordighera. Y debían ser muy frecuentes y animadas sus recomendaciones, ya que después de cincuenta y tantos años Madre Eulalia Bosco, entonces pequeña educanda, las tenía aún vivas en la mente y declaraba: «Recuerdo aún lo que decía la Sierva de Dios respecto a las Hermanas enviadas a abrir una casa religiosa en Bordighera, amenazada en la fe por la propaganda protestante. Decía con ardor que debíamos rezar mucho para que las Hermanas pudieran arrebatarse las almas al diablo» (9).

Entre tanto, llegadas a Ventimiglia las buenas religiosas fueron a saludar al Obispo de la Diócesis, Monseñor Biale, que las acogió paternalmente, las invitó a comer y las acompañó al *Torrione*, a una casa alquilada por él mismo para la obra.

(8) Véase *Cenni biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice defunte nel primo decennio dell'Istituto*, p. 13.

(9) Proc. Ap., p. 144.

En la misma casa, hacia Occidente, vivían también los Salesianos (10). Estos empezaron en seguida a cuidarse de los jóvenes, abriendo la escuela gratuita y enseñando el Catecismo. Lo mismo hicieron las Hermanas con las jóvenes. Los unos y las otras guiados por el mismo espíritu aspiraban al único fin de santificarse a sí mismos y salvar la juventud.

8. No faltaron las pruebas: tanto los Salesianos como las Hijas de María Auxiliadora carecían con frecuencia de lo necesario e inclusive del pan.

Los valdenses los atacaban de todas formas, especialmente con la prensa, y llegaron hasta el punto de insinuar que atraían a los jóvenes y a las jóvenes para pervertirlos (11).

Pero tanto de Mornese como del Oratorio de Turín partían personas bien templadas en la más sólida virtud, que resistieron las más duras pruebas y bien pronto cambiaron las cosas.

Lo mismo que un día había abierto la Madre el oratorio sin local, hicieron sus hijas en los Llanos de Vallecrosia.

Reunían a las jóvenes en su pequeña casa y las llevaban de paseo al campo y a jugar a la playa, con gran satisfacción de las mismas jóvenes y de sus padres al verlas tan bien asistidas; tanto que la Madre, el 15 de abril del año siguiente, podía escribir a Don Cagliari: «Desde los primeros días tuvieron numerosas alumnas; toda aquella buena gente está satisfecha de las Hermanas y las quieren bien».

Lo mismo que un día en Mornese las Hermanas y sus jovencitas habían trabajado llevando piedras y ladrillos para la construcción del colegio, así se hizo también en Torrión.

Los valdenses, viendo a las jóvenes llevar con fatigas las piedras, decían: «Mientras trabajéis solamente vosotras, la iglesia no se terminará» (12). Pero el ejemplo de las Hermanas y de las jóvenes conmovió a la población, que era católica y no veía con buenos ojos a los valdenses, y como un día los de

(10) Está en la calle de la izquierda conforme se viene de Ventimiglia, al lado de la casa de los Salesianos. En 1933 era propiedad del señor Enrique Gotta.

(11) Véase *Bolletino Salesiano*, número de julio de 1879, pp. 1-8 y siguientes.

(12) Véase *Bolletino Salesiano* de abril de 1880.

Mornese, también ellos transportaron gratuitamente los materiales. Así surgió la iglesia parroquial (13), las escuelas elementales para chicos y chicas, y el bien que se hizo y sigue haciéndose es inmenso.

9. El 11 de marzo (1876) Don Costamagna, en compañía de las Hermanas y educandas, al presentar al Obispo de Acqui, Monseñor José María Sciandra, la felicitación por su onomástico, le renovaba su agradecimiento por haber aprobado las Reglas y decía: «¡Cuánto bien ha hecho a este Instituto y también a la Iglesia con esta aprobación! Las Hermanas se multiplican, la Congregación se agiganta y de todas partes se oye esta petición: "Mandadnos pronto a las Hermanas". Se ve que la bendición y la aprobación que nos ha concedido nuestro Obispo empieza a producir preciosos frutos. ¡Que el Señor le bendiga! *Benedictiones Patris Domini Nostri Jesu Christi in capite Joseph Mariae*» (14).

10. Las peticiones eran verdaderamente muchas, pero Don Bosco pensaba ante todo llevarlas a Turín.

Junto al oratorio había una casa de perdición que era un verdadero peligro para la incauta juventud. Muchas madres de familia, incluso las mismas jóvenes, le habían pedido que las ayudara a salvarse, como lo estaba haciendo con los jóvenes.

Don Bosco escuchaba conmovido y cuando se le presentó la ocasión compró aquella casa infame y la adaptó un poco. Obtuvo del Arzobispo el permiso para que la habitaran las Hermanas y pidió a Mornese que vinieran lo más pronto posible seis o siete, porque la Providencia les confiaba un nuevo y vasto campo en Valdocco, precisamente junto al oratorio.

Sor Elisa Roncallo, que más tarde sería asistente del

(13) En la entrada de la iglesia parroquial, una lápida de mármol recuerda el paso de Pío VII por los Llanos de Vallecrosia y su bendición al pueblo el 11 de febrero de 1814, a las nueve de la mañana, al regreso del cautiverio de Napoleón.

(14) Las bendiciones del Padre de Nuestro Señor Jesucristo sobre la cabeza de José María. Palabras alusivas al capítulo que se lee en el oficio de la solemnidad de San José.

Consejo General, fue elegida directora, acompañada de otras seis Hermanas, entre ellas Sor Catalina Daghero como vicaria.

Eran muy jóvenes y tímidas, pero la Madre animó a todas, les repitió los avisos que solía dar en tales ocasiones, diciéndoles además que como iban a estar cerca de Don Bosco, podían acudir a él en cualquier dificultad.

Así animadas partieron el 29 de marzo de 1876 y en la estación de Turín vieron venir a su encuentro a unas piadosas personas con la madre de Don Rúa, que las acogieron con toda amabilidad.

La casa era pobrísima, no tenía ni siquiera cocina y les llevaban de los salesianos la comida; pero como venían de Mornese, se adaptaron fácilmente a todo.

Don Bosco las puso en seguida en relación con buenas señoras que les prestaron ayuda material y moral.

Se encargaron de la ropería de los superiores del oratorio y de los jóvenes internos. Comenzaron a dar Catecismo diario y dominical a las niñas y también clases gratuitas. Con el oratorio femenino y el taller quitaron muchas chicas de la calle. Entre tanto, las Hermanas dedicadas al estudio pudieron continuar para hacer sus exámenes de Magisterio, porque Don Bosco, pensando en el futuro, quería que los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora adquiriesen títulos oficiales para la enseñanza.

Don Bosco quiso que la casa se dedicara a Santa Angela Mérici, para honrar a la señora Angela de Blanco, que había contribuido generosamente a la compra y en la capilla mandó poner un hermoso cuadro de San Carlos en honor de la Condesa Carlota Callori, su insigne bienhechora.

Las Hermanas eran siete: Sor Elisa Roncallo, directora; Sor Catalina Daghero, vicaria; Sor Carlota Pestarino, Sor Adela Ayra, Sor Luisa Rubassa y Sor Enriqueta Sorbone y Sor Josefina Pacotto, como estudiantes; esta última en espera de ir a Alassio como directora.

Don Cipriano les daba clase de Matemáticas y la señorita Querubina Sala, hermana de Don Antonio Sala, ecónomo

general de los Salesianos, les enseñaba las otras materias. Don Rúa era el director espiritual.

Poner en marcha el oratorio, las catequesis y el taller para las jóvenes, recogiénolas de la calle y atrayéndolas con buenos modos y pequeños regalos no fue tarea fácil; pero como la obra era de Dios triunfó en breve de todos los obstáculos, y aquel lugar en el que antes sólo se oían gritos desacompasados, blasfemias y canciones indecorosas, resonó el canto de mil voces argentinas que alababan a Dios y bendecían a la Inmaculada Auxiliadora de los Cristianos.

11. La Madre estaba contentísima con que Don Bosco hubiera abierto una casa próxima a su primera obra y decía a las Hermanas, especialmente a la directora y a la vicaria: «¡Dichosas vosotras, que estáis cerca de Don Bosco! Tened presente cuanto os diga e informadme de todo, a fin de que también yo pueda imitarlo».

Entre otras cosas, Don Bosco recomendaba a Sor Elisa recordar a los bienhechores en las oraciones de la comunidad y demostrarles agradecimiento en ocasión del onomástico, mandándoles algún pequeño obsequio, aunque sólo fuera unas flores del jardín o unas frutas de la huerta, y que considerasen a los padres de las Hermanas como a los primeros bienhechores.

Además, para que estuviesen en grado de hacer cuanto les había dicho y no lo olvidaran, daba a la directora la lista de los bienhechores de la casa y la vigilia de su Santo les recordaba la fecha.

Sor Elisa refería a la Sierva de Dios cuanto había aprendido de Don Bosco y ella experimentaba una gran alegría al saber cómo debía conducirse con los bienhechores (15).

Una Hermana declaró: «Era muy agradecida con los bienhechores y quería que se rezara por ellos, aunque su cooperación fuese pequeña» (16).

Y otra: «Agradecía siempre a los bienhechores y quería que

(15) Proc. Ap., p. 285.

(16) Proc. Ap., p. 281.

este reconocimiento se demostrase, a ser posible, con visitas y pequeños regalos, pero sobre todo rezando siempre por ellos, cosa que inculcaba mucho» (17).

12. Las relaciones entre las beneméritas Hermanas de Santa Ana y las Hijas de Don Bosco seguían siendo cordiales; aquéllas acogieron gratuitamente en su casa a algunas de éstas para darles comodidad de estudiar.

Hablando de Madre Mazzarello decían: «¡Tenéis una Madre muy santa! Nosotras la conocemos bien. ¡Qué dichosas sois!» (18).

(17) Proc. Ap., p. 288.

(18) Proc. Ord., p. 483.

CAPÍTULO XIII

Algunas defecciones y una muerte. Nuevas vesticiones y nuevas profesiones. Asistencia a una colonia balnearia

(1875-1876)

1. Malhumor de algunas religiosas. Tristeza de la Madre. Pérdida de algunas vocaciones religiosas.—2. ¿Qué pensar de las defecciones religiosas?—3. Muerte de Sor María Grosso (13 abril 1876) y notas biográficas.—4. Curación repentina de una Hermana.—5. Nuevas postulantes y siempre nuevas vesticiones y profesiones. Asistencia a una colonia balnearia en Sestri Levante (6 junio 1876). Un jovencito que se hace salesiano.

1. Don Bosco era un Santo y Madre Mazzarello imitaba sus virtudes, pero, a pesar de ello, nos encontramos con algunas defecciones.

Dos religiosas, de las cuales una había salido ya de otro Instituto y la otra, viuda, había sido encaminada por Don Bosco a Mornese para probar si le agradaba aquella vida, iban diciendo que el Instituto no marchaba bien y que debería tener otra dirección. Para ellas ninguna decisión era buena, ninguna orden estaba bien dada, nada bien hecho, y se mostraban siempre descontentas de sí mismas, de todo y de todos, sin reflexionar nunca que su tenor de vida no agradaba ni a Dios ni a los superiores, y atentas sólo a cuanto sufrían, no pensaban en lo que hacían sufrir.

La Madre, dotada de un agudo espíritu de observación, se dio cuenta del descontento desde el principio, se aconsejó con los superiores y con amables avisos y sabios consejos procuraba curar el mal o al menos, con toda cautela y suave energía,

impedir que aumentase. Y qué pena para su corazón cuando alguna novicia de conducta poco regular mostraba no comprender la insigne gracia que Dios le había hecho al llamarla al estado religioso. Pero ¡cuán mayor la sentía cuando alguna religiosa no se comportaba bien y, avisada una y otra vez, no se corregía! No eran muchas, en verdad, unas tres o cuatro lo más, pero ¿quién duda de que en una familia basta que haya un solo miembro que no se porte bien para que se sientan mal todos y, en especial, sufra la cabeza? Además, Madre Mazzarello temía ser siempre ella la causa de estos males por su poca virtud e instrucción, por su incapacidad para ejercer el cargo de superiora.

En agosto de 1875, con motivo del viaje de Don Bosco a Mornese para recibir los votos perpetuos de las primeras Hermanas, había manifestado nuevamente todo su temor al buen Padre, el cual la había tranquilizado.

Antes de marchar habló con todas en particular y en común les recomendó la observancia de la Regla, la confianza con los superiores y les recordó que Dios les reservaría un gran premio en el cielo si perseveraban hasta la muerte.

Sus palabras, como rayos benéficos de viva luz, disiparon las pocas nubes, aumentaron el fervor, ya muy vivo en la mayoría; renovaron su espíritu de piedad las poquísimas que habían caído en la tibieza; pero transcurrido algún tiempo de su marcha, renació el sordo malestar y la Madre mientras procuraba buscar la manera de hacerlo desaparecer, o al menos impedir que aumentase, en su humildad se culpaba a sí misma por su insuficiencia e indignidad.

Pero el verdadero motivo era que en algunas faltaba el espíritu de sacrificio y de correspondencia a la gracia, que se dejaban dominar del espíritu de soberbia, de crítica y murmuración, por lo que no obstante toda la paciente caridad de la superiora y de los superiores, dos profesas y una novicia en diciembre y otras dos profesas en marzo salieron del Instituto. Una de las profesas volvió a entrar para salir de nuevo definitivamente.

¡Qué dolor para la Madre!

El 15 de abril de 1876, al escribir a Don Cagliero a América, le pedía que rezase para «que el Señor dé a todas las virtudes necesarias para ser buenas religiosas, especialmente la humildad y la obediencia...»

No obstante, la comunidad con las pocas, si bien siempre dolorosas, defecciones se veía liberada de personas que no eran, o al menos habían dejado de ser, realmente religiosas, según el espíritu de Don Bosco y de la Madre Mazzarello y que podían perjudicar más que favorecer al Instituto.

2. Las buenas religiosas estaban como atemorizadas por estas salidas, pero nosotros no nos maravillamos. La vocación religiosa es un don precioso que se puede perder si no se custodia con el espíritu de sacrificio y la observancia de la Regla.

¿Qué vocación más cierta que la de Judas, llamado al apostolado de Jesús? Y a pesar de los cuidados más afectuosos del Divino Maestro, Judas perdió su excelsa vocación, porque el hombre bajo el impulso de la gracia no está privado del don estupendo y terrible a la par de su libertad y puede, por tanto, oponerse, como, por desgracia, lo hace muchas veces, a la voz de Dios.

¿No habrá permitido el Señor el ejemplo terrible de Judas como aviso saludable a los que ha llamado a su divino servicio y para consuelo de los superiores ante la defección de cualquier miembro? Las Hijas de María Auxiliadora, como cualquier otro Instituto religioso, podían decir entonces con San Juan lo mismo que podrán pensar en adelante cada vez que suceda uno de estos casos desagradables. «Han salido de nosotros, pero no eran de los nuestros; porque si hubieran sido de los nuestros, ciertamente habrían permanecido con nosotros; pero debe manifestarse que no eran de los nuestros» (1).

Las comunidades religiosas en semejantes circunstancias, lejos de perderse, en cierto modo salen beneficiadas al ser liberadas de personas que pueden perjudicar más que favorecer

(1) Primera carta de San Juan, c. II, 19.

y con disgusto sí, pero al mismo tiempo con toda verdad, pueden decir con Tertuliano: «Váyanse, pues, según su gusto, las pajas de fe débil, tanto más pura se repondrá en el granero del Señor la masa del buen trigo» (2).

3. El Jueves Santo de este año (13 de abril de 1876) el Señor llamó a Sí a la maestra de las novicias, Sor María Grosso, que era muy inteligente y de extraordinaria virtud. Y como fue educada de niña por Sor María Mazzarello, creemos ser útil y un obligado deber hacer una breve relación de su vida, ya que por la virtud de la hija se conocerá mejor la virtud de la Madre.

Había nacido en San Esteban, pequeño pueblo limítrofe con Mornese, y sus padres se la habían llevado a María para que la educase cristianamente en los trabajos femeninos y la formara en la virtud.

La jovencita correspondía y cuando la mamá le preguntaba: «María, cuando seas mayor, ¿qué harás?»

Ella, con admirable sencillez, respondía:

—Quiero ser toda de Dios, con María Mazzarello.

Al principio, como el padre quería tenerla en casa, los días festivos iba y venía. Esto agradaba poco a la joven, porque decía: «En el pueblo hay baile y temo dejarme vencer por la curiosidad de ir a verlo y de meterme en el peligro».

«Don Pestarino —nos contaba Madre Petronila—, sabiendo que Don Bosco iba a fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, dijo un día al padre de la joven: “Debes dejarla aquí con nosotros para siempre y te alegrarás, porque llegará a ser una buena maestra de novicias”».

Así sucedió. Recibió el hábito de manos de Don Bosco entre las quince primeras Hijas de María Auxiliadora. Tenía una gran bondad y dulzura de corazón, era condescendiente, servicial y obediente a toda prueba.

Cuando Sor Felicina, hermana de la superiora, fue de directora a Borgo San Martino, ella, por su virtud y su criterio, fue elegida maestra de novicias a los diecinueve años, pues sabía

(2) *De praescript*, c. 33.

formar en la vida religiosa con buen criterio y usaba toda clase de medios para hacerles amar y practicar la virtud. Con el ejemplo de la superiora no temía las fatigas ni los sacrificios para hacer el bien.

En los primeros tiempos, siendo el alimento tan escaso como ya se ha dicho, sabía privarse de él para darlo a las otras y estas mortificaciones, quizá inocentemente exageradas, le acortaron la vida, aunque parecía un coloso de salud.

Era muy humilde, tenía una voz preciosa y, temiendo siempre cometer algún acto de vanidad, vigilaba mucho sobre sí misma.

Cuando fue afectada del mal que le llevó a la tumba, al principio no quiso darse por vencida y continuó su trabajo, hasta que la obediencia se lo permitió.

A las Hermanas y novicias que rezaban tanto por su curación les decía: «¿Por qué me impedís que vaya al paraíso? ¿No es allí dónde tienden todos nuestros deseos?»

Si alguna le decía que se había acortado la vida por amor a ellas, se conmovía y exclamaba: «¡Ojalá hubiera sido cierto! ¡Sería casi una mártir! Pero yo lo hacía todo para que ninguna sufriera. ¡Sed fieles a nuestra vocación!»

Agradecía a Madre Mazzarello cuanto había hecho por ella y no terminaba de pedir perdón de todas sus imperfecciones en la vida religiosa.

Animó a sus padres que vinieron a visitarla. Les agradeció cuanto habían hecho por ella y les exhortó a conservarse buenos católicos y a hacer el mayor bien posible.

Conservó hasta el último momento su calma y serenidad y, sintiéndose morir, dijo a Madre Mazzarello que la asistía: «Madre, se pone oscuro, no veo nada, ¡paciencia! ¡Cúmplase la voluntad de Dios!», y continuó con gran fervor: «Fiat voluntas tua!» Y al repetir esta bellísima y divina jaculatoria, entregó su santa alma a Dios, dejando en las Hermanas la persuasión de que llevaba al tribunal de Dios la inocencia bautismal, adornada con los más preciosos méritos (3).

(3) Véase *Cenni biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice defunte nel primo decennio*, p. 14.

4. La Madre estaba apenadísima por esta pérdida y nombró maestra de las postulantes y novicias a su vicaria Madre Petronila, que ya se había ocupado de ellas durante la enfermedad de la llorada Sor María Grosso.

Esta había imitado en todo el espíritu de la superiora y atendido con gran celo y eficacia a la formación religiosa de las unas y de las otras; las Hermanas ancianas conservaban verdadero agradecimiento por la ayuda y cuidados que tuvo con ellas y alguna le atribuía su perseverancia en la vocación.

En este tiempo acaeció un suceso que bien puede considerarse milagroso.

Sor Teresa Laurentoni enfermó tan gravemente que el 21 de diciembre (1875) recibió la Unción de los enfermos y la Madre escribió a Don Cagliero diciéndole que ya no había esperanza. No obstante, se repuso un poco; pero el 21 de enero, a las ocho, fue atacada por un mal extraño que el médico diagnosticó como un golpe apoplético de parálisis a las piernas, quedando postrada en cama sin casi esperanza de volver a levantarse.

El 21 de mayo, primer día del triduo en honor de María Auxiliadora, la Madre, llena de fe, quiso que vistieran a la enferma como pudieran y la llevaran en un carrito a la iglesia.

El sacerdote terminaba de exponer al Santísimo Sacramento y la Madre le dice a Sor Laurentoni: «Arrodíllate». Ella, mientras intentaba obedecer, sintió fluir la vida por sus piernas paralizadas y se encontró perfectamente curada (4).

¿Quién podrá imaginar el agradecimiento de la Hermana curada y de toda la comunidad al Señor y a la Virgen Auxiliadora, y el fervor con que se celebró el triduo y la fiesta?

5. Esta fue alegrada además con la vestición de cinco novicias y siete postulantes.

Llegaban también peticiones de otras jóvenes deseosas de trabajar en la viña del Señor, bajo la benigna mirada de María Auxiliadora. Y entre tanto, Don Bosco comunicaba a las

(4) Proc. Ord., p. 416; Proc. Ap., p. 405.

Hermanas que se preparasen, porque el cielo abría nuevos campos a su celo y actividad. En efecto, en junio ordenó que fueran siete a una colonia de setenta u ochenta jóvenes escrofulosas en Sestri Levante, las cuales habían sido mandadas allí de Lombardía para que tomaran los baños.

No eran jóvenes dóciles, sino muy indisciplinadas, pero las diligentes religiosas supieron atraérselas tan bien que en breve se dio en ellas una notable mejoría moral y religiosa, hasta el punto que muchas tomaban parte en la oración de las Hermanas y frecuentaban los Sacramentos.

Próximo al albergue balneario femenino había un hospicio balneario masculino y los jovencitos por la noche subían al pequeño muro de separación para escuchar los consejos que las religiosas daban a las jóvenes en las «buenas noches». Por eso el director del establecimiento pidió a las Hermanas que dieran también las «buenas noches» a los chicos, y ellas aceptaron gustosas. En el muro divisorio había una puerta que comunicaba los dos patios. Por la noches, a hora conveniente, se abría la puerta y Sor Enriqueta Sorbone, de pie, sin entrar, como ella misma nos contó, hablaba a los chicos allí reunidos, exhortándolos a obrar bien y dándoles buenos consejos.

Las palabras cordiales y maternas de la óptima Hermana eran escuchadas y practicadas con gran atención por aquellos pobres muchachos. Se hicieron más buenos, más piadosos, y uno de ellos, Carlos Bonini, por su buena conducta fue recibido en la casa de Don Bosco, estudió, se hizo sacerdote y trabajó con ardor durante cincuenta y tres años en las filas de los Salesianos, hasta que el Señor lo llamó a la vida eterna.

CAPÍTULO XIV

Nuevas pruebas internas y externas y nuevas muertes. Nuevas vesticiones y nuevas aperturas de casas

(1876)

1. Una extraña postulante y prudencia de la Madre. Un consejo de Don Bosco y fortaleza de la Madre. La postulante, despedida.—2. Otras visionarias.—3. Consejos de la Madre.—4. El Ayuntamiento contra el Instituto.—5. Los primeros Ejercicios sólo para maestras y señoras (agosto 1876).—6. Nuevas vesticiones y una máxima de Don Rúa. La primera velada en la distribución de premios.—7. Muerte de Sor Giordano (16 agosto). Nuevas profesiones.—8. Se abre la casa de Biella (7 octubre); de Alassio (12 octubre).—9. Relación de la Madre a Don Cagliariero.—10. Un solo plato, pero dos alimentos.—11. Se abre la casa de Lu Monferrato (8 noviembre).—12. Muerte de Sor Belletti (11 noviembre) y datos biográficos.—13. Una predicción a seis jóvenes realizada.

1. Antes de pasar adelante debemos hablar de un caso extraño en el que brilla la caridad de la Madre.

A Don Bosco le recomendaron una postulante de Roma que decían era piadosísima y tenía verdadera vocación religiosa.

La aceptaron en Mornese y en seguida se atrajo la admiración de toda la casa. Mostraba un fervor extraordinario, estaba varios días sin comer, a veces se la veía elevada del suelo como en éxtasis; predecía el futuro y anunciaba cosas tan lejanas que nadie podía saber humanamente. Revelaba secretos de conciencia de Hermanas y de alumnas, las cuales afirmaban que decía la verdad; parecía, en una palabra, que tuviera comunicaciones con seres invisibles.

Afirmaba que lo sabía todo por su *niña*, pero nunca quiso

decir quién fuese esta su *niña*. Decía que veía a la Virgen: «Varias veces hizo a todas arrodillarse para recibir la bendición, y de todas estas cosas —escribía la Madre a Don Cagliero (8 de julio)— daba pruebas tan ciertas que todas la creíamos y Don Bosco también».

Después cambió la escena. Madre Petronila empezó a decir: «No creo en su santidad porque es golosa».

La ecónoma, Sor Ferrettino, siempre vigilantísima en todo y por toda la casa, empezó a decir claramente que la postulante era una impostora. Madre Mazzarello, formada en la escuela de Don Pestarino, era enemiga, como hemos dicho, de las exterioridades y mucho más si eran exageradas. Al contrario, quería en todas virtudes sólidas: espíritu de humildad, de mortificación, de oración, de obediencia. Por eso se dio cuenta muy pronto de que la postulante hacía demasiado alarde de sus virtudes y no era bastante humilde; que no tenía aquella mirada y aquel hacer sencillo, propio de las almas de Dios; que hablaba con cierto aire de autoridad, que dejaba traslucir su orgullo interior, y manifestó sus impresiones al director de la casa, que la tenía por santa.

Cuando se trató de admitirla a la vestición, ella, contra el parecer de casi todas, se opuso, y como el director se mostraba indeciso, escribió a Don Bosco, del que recibió esta respuesta: «Probádlas en la humildad y en la obediencia; si sabe resistir en estas virtudes, se la podrá creer».

La superiora no necesitaba más. Hacía algún tiempo que la postulante había alcanzado tal autoridad en la casa que parecía no poderse hacer nada sin consultarla. Por aquellos días se trataba de aceptar la asistencia a una colonia balnearia en Sestri Levante, de la que ya hemos hablado, y fueron elegidas las Hermanas destinadas a ella sin que las superiores consultasen a dicha postulante.

Este hecho, naturalísimo, le hirió vivamente, se encolerizó y dijo que su *niña* no quería fuera destinada como directora de esta obra la asistente Sor Enriqueta Sorbone. Pero la Madre cortó por lo sano: «El Capítulo ha decidido que vaya ella e irá». Y se mantuvo firme.

Sor Laurentoni depuso: «Madre Mazzarello me prohibió hablar con dicha postulante, diciéndome que si le hablaba tendría que arrepentirme. Obedecí por algunos días, pero atormentada por una pena interior de haber, quizá, exagerado mi mal durante la enfermedad, busqué a la postulante y le pregunté si estaba en gracia de Dios y si era real el mal que había padecido.

»Ella me respondió, después de algunos días, que debía ir a la Virgen de la Guardia de Gavi de noche, porque de otra forma vendría un terremoto que destruiría la casa. Yo fui a la Madre y le referí lo que me había dicho la postulante y que debía ir a la Guardia.

»Ella me reprendió afectuosamente, porque había desobedecido su mandato y me prohibió terminantemente ir a la Guardia. Yo añadí que también el director Don Costamagna quería que fuera, porque en caso contrario ocurriría el terremoto. Ella me contestó: "Que venga el terremoto, pero tú no vas". Obedecí y el terremoto no se produjo.

»Otra vez aquella joven me dijo que yo amaba al Corazón de Jesús más que todas. Yo la hice ver que no la creía, porque sentía que no era verdad y le dije que era un demonio. Desde aquel día empezó a perseguirme. Después se supo que fue mandada por la masonería para destruir el Instituto» (1).

La Madre, entre tanto, empezó a probarla en la obediencia y la encontró no sólo reacia, sino rebelde. Entonces le dijo que no era apta para el Instituto. Y obró sabiamente porque, como dice San Francisco de Sales, «aunque una persona haga milagros, si en el estado religioso no se somete a la obediencia debida a sus superiores, es peor que los mismos infieles» (2).

La postulante, con aire de triunfo, andaba diciendo: «Antes que yo saldrán otras muchas...» y sembraba el malhumor, poniendo en peligro las vocaciones.

La Madre con toda caridad, pero con firmeza, procuraba impedir el mal y ponerla en condiciones de no poder hacerlo. Sucedieron también hechos extraños: la postulante se arrojaba

(1) Proc. Ord., p. 413.

(2) *Il Dirett. spirit. delle relig.*, c. 2.

al suelo con los cabellos sueltos y los ojos en blanco; meneaba la cabeza como una endemoniada y quedaba como muerta; después, de repente, se levantaba con rapidez y pronunciaba palabrotas que a nosotros no nos es lícito repetir. De noche sucedían fenómenos curiosos: campanillas que sonaban sin que se viera quién las tocaba; gatos que maullaban de una manera extraña y ruidos que no dejaban dormir y asustaban a las Hermanas y a las alumnas, tanto que todas querían irse a sus casas.

Llamaron al párroco que, con el director, bendijo la casa e hizo los exorcismos, pero sin resultado.

La Madre la hizo acompañar a Serravalle y ponerla en el tren directo a Sampierdarena, donde los salesianos la llevarían al barco con dirección a Roma.

Salido el tren, las Hermanas volvieron rápidas a Mornese y encontraron a la postulante que había llegado misteriosamente a casa antes que ellas (3).

Poco después (junio 1876) la llevaron a Borgo San Martino, donde estaba Don Bosco, con quien había dicho que tenía que hablar. Aquí, estando a la mesa, llegó al extremo de arrojar un cuchillo a una Hermana. Don Bosco dijo: «Es un demonio, es necesario alejarla». Y así se hizo, no sin grandísima dificultad, pero una vez despedida la casa quedó tranquila.

Las Hermanas comprendieron más tarde la importancia de las decisiones tomadas y bendijeron la prudencia y la fortaleza de la Madre y la sabia orden del superior.

2. Despedida esta extraña postulante, entró otra que después de algún tiempo empezó a hablar de visiones y trató de atraer a postulantes y Hermanas diciéndoles que tenía la misión de fundar una Congregación con el título de la Preciosísima Sangre. Al saberlo, la Madre, con toda prudencia y caridad, la mandó a su casa. Lo mismo hizo con otra que decía haber recibido del *Niño Jesús* el encargo de explicar el

(3) De las Memorias históricas que se conservan en el archivo general de las Hijas de María Auxiliadora.

Pater noster a ciertas Hermanas durante el recreo, y no quería dejar de contar las visiones que decía tener durante la Misa.

3. Por todo esto, la Madre Mazzarello comprendía siempre la importancia de estudiar bien las vocaciones y recomendaba a la que se ocupaba de las potulantes que estuviera muy atenta. Decía: «No creáis que son sinceras las que hablan mucho de sí y de las demás y, en resumen, no dicen nada de lo que deben decir. Hay otras que hablando poco dicen todo lo debido. Vigilad bien a las que en sus palabras y obras miran si las ven, es señal de que no obran con recta intención».

4. También ella velaba, como diremos más adelante, porque aquí queremos recordar otra prueba promovida por el Ayuntamiento en este tiempo.

El señor Pastor, concejal y con pesar hemos de decir ex alumno del oratorio, acudió a Don Bosco para obtener un empleo. El buen Padre hizo cuanto pudo para conseguirlo, pero no pudo.

Aquél, como si Don Bosco fuese el culpable de su contra-tiempo, la tomó con él y con el Instituto de las Hermanas y propuso al Consejo Municipal despedir al maestro salesiano y a la Hermana que enseñaba oficialmente en las escuelas del pueblo.

En Mornese se apreciaba la labor que hacían tanto las Hermanas en el colegio como el maestro y la maestra en las escuelas; pero no faltaban quienes conservaban aún un secreto descontento, porque en el colegio no se abrieron escuelas para los chicos y por eso la propuesta de Pastor encontró leve oposición.

Don Bosco, avisado muy pronto, mandó a Don Bodrato, quien terminó la discordia e hizo comprender a sus paisanos que no podían abusar de la bondad de Don Bosco, porque Mornese era un pueblo alejado de todo centro ferroviario y él fácilmente podría encontrar lugar más apropiado para su obra, por ejemplo, en Gavi, Serravalle, Novi Ligure, etc.

Los mornesinos se atemorizaron con la amenaza y llegaron

a mejor acuerdo. Pero el notario Traverso, que quería mucho a Don Bosco, le escribía el 3 de julio de 1876: «...Se dice que hace algunos días le mandaron un escrito para que usted no les haga este daño (de ceder el colegio al Obispo de Acqui y trasladar a las Hermanas a otro lugar); sepa, Don Bosco, que, salvo pocas excepciones, aquel escrito fue firmado por gente capaz de traicionarlo en la primera ocasión».

Hemos preguntado a Don Miguel Fassio, clérigo en aquel tiempo y enviado por Don Bosco a dar clases en la escuela municipal de Mornese, pero él nos dice que las Hermanas y los Salesianos eran bien vistos, y no nos dijo nada de cuanto hemos referido (4).

Por lo demás, es bien sabido que los Ayuntamientos no siempre han representado las ideas de su población.

5. Don Bosco al fundar las Hijas de María Auxiliadora, además de atender a la educación de las niñas, pensaba en otra obra que consideraba utilísima: la de ofrecer a las maestras seglares y a las señoras piadosas de mediana posición la oportunidad de retirarse cada año durante ocho días para pensar seriamente en la salvación de su alma y también para ofrecer a no pocas la ocasión de pensar en su propia vocación.

Ya en los años anteriores, como hemos dicho en su lugar, había admitido a alguna maestra y señora a los Ejercicios espirituales de las Hermanas; pero habiendo crecido el número de las señoras que podían tomar parte en ellos, Don Bosco juzgó conveniente que se predicaran exclusivamente para las seglares. Invitó a tomar parte a personas conocidas y acudieron muchas. Los primeros Ejercicios espirituales para señoras y maestras se tuvieron del 8 al 15 de agosto de 1876.

La Madre lo había preparado todo diligentemente y vigilaba para que todas las ejercitantes estuvieran a gusto e hicieran bien los Ejercicios. Durante el recreo se entretenía con todas en santas conversaciones, mostrándose siempre de buen humor, aunque su corazón estuviera muy afligido porque una Hermana joven estaba gravemente enferma de tífus.

(4) Carta de Don M. Fassio a Don Maccono, del 12 de enero de 1932.

6. El día 15, clausura de los Ejercicios, Don Rúa, encargado por Don Bosco de suplir a Don Cagliero durante su ausencia, se había prestado para atender las confesiones e impuso el hábito en nombre del Santo Fundador a diecisiete postulante y les hizo una fervorosa plática sobre la obligación de tender a la perfección, diciendo, entre otras cosas: «Decir: me hago religiosa para salvar mi alma, es demasiado poco; hay que decir: me hago Hermana para hacerme santa».

El día siguiente, por segunda vez, se tuvo con toda solemnidad la distribución de premios a las alumnas que se habían distinguido por su buena conducta, estudio y trabajo. El director había preparado composiciones, diálogos, poesías, cantos y música. Fueron también invitadas las señoras que habían hecho los Ejercicios, las cuales quedaron cada vez más admiradas del sistema educativo de Don Bosco y de la amabilidad de las nuevas religiosas.

7. Pero las alegrías están mezcladas con las penas y el mismo día moría de tifus Sor Luisa Giordano, a los veinticuatro años, la cual, piadosísima ya en el mundo, en los tres años de vida religiosa se distinguió por su espíritu de mortificación, por la práctica de la Comunión espiritual y se durmió en el Señor pronunciando las palabras: «Comunión espiritual» (5).

El día 21 se empezaba una nueva tanda de Ejercicios para las Hermanas, y el 29, catorce emitieron sus votos trienales.

De este modo, la Providencia, que aflige y consuela, daba nuevo incremento al Instituto.

8. Tenían gran necesidad de religiosas, porque estaban para abrirse nuevas casas. El 7 de octubre se abría una en Biella, donde el Obispo Monseñor Basilio Leto, gran admirador de Don Bosco, había insistido en tener a las Hermanas para la cocina del Seminario.

El mismo fue a recibirlas a la estación y las acompañó a la casita preparada para ellas, bien provista de todo lo necesario y con su capillita, aunque la catedral estaba a pocos pasos.

(5) Ver *Cenni Biografici delle Figlie di Maria Ausiliatrice defunte nel primo decennio*, p. 15.

El 12 de octubre se abría otra casa en Alassio, cerca de la de los Salesianos, donde las Hermanas se encargarían de la cocina y ropería de los Hermanos y jóvenes.

Es curioso el modo con que la Madre dio la obediencia a Sor Josefina Pacotto de ir como directora de la casa con seis Hermanas. Al dar cualquier oficio, inspirándose en los ejemplos de Don Bosco, no mandaba nunca, más bien pedía, diciendo, por ejemplo: «¿Me harías un favor? Pues bien, haz esto; acepta esta ocupación».

Y sabía escoger siempre el tiempo oportuno y disponer tan bien el ánimo de las Hermanas que éstas hacían gustosas los más grandes sacrificios. Sabiendo cuánto iba a sufrir Sor Pacotto al alejarse de Mornese, un día al anochecer la llamó junto a sí y le dijo:

—En este recreo se juega al escondite, tú vendrás siempre conmigo.

«Yo —dice la Hermana— me puse muy contenta por la invitación. Cuando la Madre me vio entusiasmada en el juego, me llevó a esconderme en una especie de armario y me dijo:

—Sor Josefina, ¿me quieres hacer un favor?

—Con todo el corazón, queridísima Madre.

—Es un poco difícil, pero el Señor te ayudará. ¿Sabes qué es?

—No, Madre, dígamelo.

—He pensado mandarte de directora a la casa de Alassio.

»Sor Josefina se quedó como aturdida y sin palabras. Pero la Madre le dijo:

—Animo; juguemos y estemos alegres. Sigue corriendo».

Escogió otras seis Hermanas y Don Costamagna las acompañó.

No estaban aún preparadas las habitaciones y se alojaron en una casita inadecuada y desprovista de todo. Al principio tuvieron que sufrir un poco, pero venían de Mornese y supieron hacer de necesidad virtud.

9. La Madre a finales de octubre mandó a Don Cagliero una relación sobre el espíritu de la comunidad y el desarrollo

del Instituto, diciendo: «... Hasta ahora hubo siempre en todas paz, alegría, buena voluntad de hacerse santas y doy gracias a Dios por todo. A decir verdad, me quedo maravillada y confundida a la vez al ver a todas estas hijas siempre alegres y tranquilas. Se ve que a pesar de mi indignidad nuestra querida Madre María Auxiliadora nos concede gracias admirables.

»Tenga la bondad de pedir siempre que se mantenga este espíritu y crezca siempre más, también para que las virtudes que se ven florecer sean más internas que externas.

»Ahora tenemos seis casas abiertas: Mornese, Borgo San Martino, Bordighera, Turín, Biella, Alassio y dentro de uno o dos meses se abrirá una en Lanzo y otra en Mathi».

Después añade con gracia: «Me olvidaba de la casa que tenemos en el cielo, que está siempre abierta; su Director no tiene miramientos con los superiores ni con el Capítulo; se lleva a quien quiere y ya tiene allí siete...»

Y le habla de una Hermana jovencísima, Sor Dominga Mina, que, habiendo ido a Turín para estudiar, voló al paraíso, y después añade: «Aquí somos cerca de sesenta entre Hermanas y postulantes, no puedo decirle el número de las educandas, porque la mayor parte no han venido aún de las vacaciones. El año pasado eran veintinueve, esperamos que este año aumente el número; pero van despacio por la distancia del ferrocarril».

Le da noticias de las ocupaciones de algunas Hermanas, le dice que Sor Enriqueta Sorbone forma parte del Capítulo como segunda asistente y añade: «Cuando tengamos personas aptas, arreglaremos todas las cosas».

Le dice que en Borgo San Martino hay doce Hermanas; en Bordighera, tres; en Turín, diecisiete; en Biella, siete; en Alassio, otras siete, y que a Lanzo irán probablemente seis...

«Sor María Belletti se está preparando para ir al paraíso y quizá cuando usted reciba esta carta ya habrá partido.»

10. El 4 de noviembre Don Bosco fue a su primer colegio de Borgo San Martino, para la fiesta de San Carlos y, como nos contó Monseñor Costamagna, hacia las once y media pasó

para visitar a las Hermanas en el momento de sentarse a la mesa. Todas corrieron a su encuentro y la directora, Sor Felicina Mazzarello, después de los primeros saludos, le dijo: «Padre, antes de partir de Mornese la Madre nos dijo que siguiéramos en todo las costumbres de allí, recomendándonos mucho el espíritu de pobreza y de mortificación; poco después de nuestra llegada aquí, en una carta nos renovaba la misma recomendación. En Mornese tomábamos un sólo principio, cuando lo teníamos; aquí, por el contrario, el señor director, Don Bonetti, quiere que tomemos dos, porque dice que tenemos mucho trabajo y debemos mantenernos para poder seguir trabajando. Tenga la bondad de decirnos cómo debemos hacer».

Don Bosco, sonriendo, respondió: «¡Cosas graves, hijas mías! Sí, se debe obedecer al director y a la Madre. Pero ¿cómo se puede hacer?» Las Hermanas lo miraban esperando saber cómo terminaría. El repitió: «¡Cosas graves, hijas mías! ¡Cosas serias! Traedme los dos principios para que los vea».

Ellas se los presentaron y el buen Padre, tomando los dos platos en sus manos, echó el contenido de los dos en uno solo y lo presentó a la directora, diciendo: «¡Todo resuelto! Así tenéis un plato solo y dais gusto a la Madre y a la vez coméis dos principios para manteneros y obedecéis al director, Don Bonetti. ¿Está bien así?

»En vuestros trabajos sucederá lo que ocurre por todas partes, en el invierno sentís frío y en el verano mucho calor. Pues bien, no os quejéis nunca del uno ni del otro. No hacéis mal al decir: ¡Oh, qué calor...! ¡Oh, qué frío...! Pero haced lo posible por no decirlo nunca en tono de queja. Este es el recuerdo que os deja Don Bosco».

Y las buenas hijas quedaron admiradas de la bondad y delicadeza del Padre.

11. El 8 de noviembre se abría otra casa en Lu Monferrato. Los esposos José y María Rota, que tenían un solo hijo y se lo habían dado a Don Bosco, le pidieron que fundara en su

pueblo un jardín de infancia privado, con un oratorio festivo y una escuela femenina de labores. Don Bosco satisfizo su deseo.

12. El 11 de noviembre de 1876 pasaba a la eternidad Sor María Belletti, de la que queremos hablar brevemente, ya que fue atraída a la piedad y a la vida religiosa por los afectuosos y prudentes cuidados de las superiores y, sobre todo, de Madre Mazzarello.

Nació en Cremolino, en el distrito de Acqui, el 19 de mayo de 1858, de familia modesta, quedando huérfana de madre aún muy joven.

Llegó a una posición muy acomodada por el beneficio de una herencia y pudo inmediatamente secundar su vanidad en vestir bien y en concurrir a las diversiones de que está tan ávida la juventud.

Para alejarla de los peligros la llevaron a Mornese el 3 de noviembre de 1874, pero era tan vanidosa y altiva que se dudaba entre dejarla en el colegio o mandarla de nuevo con sus familiares.

Don Costamagna dijo a la Madre: «San Francisco de Sales dice que cuando hay fuego en la casa se echan todas las cosas por la ventana (6). ¿Queremos probar? Encendamos el fuego del amor de Dios en su corazón; la joven arrojará el fardo de los adornos que lleva encima».

La Madre no necesitó más. Empezó a complacer a la joven en todo lo que no era pecado, incluso en el vestir, para ganarse su confianza; comenzó a hablarle del amor de Dios, sin darse por advertida de su vanidad, ni de su altivez, y si debía hacerle alguna observación, imitando a Don Bosco, mandaba que la hiciera la vicaria, que era Madre Petronila.

La joven huía de las Hermanas y decía: «No voy con ellas porque puede venirme la vocación y yo quiero y puedo hacer buena figura en el mundo. Ir a la iglesia y rezar, sí; pero religiosa, no y no».

(6) He aquí las palabras propias del Santo: «No matéis uno a uno los insectos de una casa vieja; prended fuego y veréis su inmediata fuga. Así también encended en un alma el fuego del amor de Dios y huirán todos los parásitos».

La Madre, que la seguía de cerca, notó bien pronto que no sólo podía llegar a ser buena cristiana, sino también una religiosa ejemplar, y dijo a Madre Petronila: «Hagamos una novena a San José; si María, como lo espero, tiene verdadera vocación, le obtendrá la gracia de conocerla y de seguirla».

La joven, como más tarde lo refirió, comenzó a sentirse contra su voluntad atraída a la vida religiosa y habló al confesor, manifestándole el temor que sentía de tener verdadera vocación.

El confesor le contestó que no pensara en ello y le dijo: «Eres tan orgullosa que, aunque pidieses que te admitieran como Hermana, no te aceptarían».

Ella se retiró satisfechísima de esta respuesta. Estaba más que contenta, pero pasado algún tiempo la misteriosa voz vuelve a decirle interiormente que debe entregarse del todo a Dios.

Venciéndose a sí misma, habla por tercera vez con el confesor, que le aconseja hacer una novena a San José. La empieza y al tercer día, no pudiendo más, se presenta a la Madre y le pide que la acepte, por favor, entre las postulantes.

Admitida después de repetidas pruebas e insistencias, fue siempre ejemplarísima en todo y ninguna pudo notar en ella la más pequeña falta a la Regla.

Madre Enriqueta Sorbone nos contaba que las virtudes características de María Belletti eran la humildad y la obediencia y que durante el día hacía muchos actos de estas virtudes. Su buen ejemplo atrajo al buen camino y a la Congregación a otras educandas.

Hizo su vestición el 24 de mayo de 1875 y profesó el 27 de agosto del mismo año.

Su tutor se mostraba descontento de la resolución tomada y ella le decía: «¿Qué importan las cosas de este mundo? Lo esencial es alcanzar el paraíso».

El buen hombre no cesaba de lamentarse y ella, firme en su idea, decía con Madre Petronila: «¡Pobre tutor! ¡No entiende nada!»

Después de algunos meses fue afectada de una enfermedad que la llevó a la tumba.

Estaba casi agonizando y Don Costamagna tenía que ir a predicar a un pueblo próximo; sintiendo no poder asistirle hasta el último momento, elevó una breve oración al Señor y después dijo: «Sor María, tengo que marcharme, te pido que no te vayas al paraíso antes que yo vuelva».

Ella, con un hilito de voz, prometió obedecer y él se marchó.

La religiosa entró en agonía y ésta duró hasta la vuelta del director, que le dio la última absolución. Cuando terminó todo, la piadosa y feliz religiosa dejaba esta vida para vivir con Dios eternamente (7).

13. Terminamos este capítulo con una predicción de la Madre.

En el mes de octubre seis jóvenes amigas, Adela Gemme con su hermana Rosina, Violante Carotto con su hermana Inés, Catalina Grosso y otra de la que no se sabe el nombre ni el apellido, fueron a visitar al ecónomo de Tramontana, Don Luis Rivera, que había sido capellán en la aldea de Alice, cerca de Gavi.

El celoso sacerdote que había ido como ecónomo en septiembre de 1875 y fue nombrado párroco de Tramontana en septiembre de 1877, al despedir a las piadosas jóvenes, las exhortó a pasar por Mornese a visitar a Madre Mazzarello.

Las jóvenes obedecieron y en su conversación la Madre les preguntó: «¿Quién de vosotras tiene intención de hacerse religiosa?» Y fijando sus ojos en las hermanas Gemme y Carotto les dijo que serían religiosas y a las otras que se quedarían en el mundo, y así fue.

Adela Gemme, que nos refirió el hecho, tomó el hábito entre las Hijas de María Auxiliadora, su hermana Rosina entró en el Instituto de la Misericordia, en Savona; Violante, en el Sagrado Corazón, en Génova; Inés, en el de las Madres Pías, en Ovada; las otras amigas quedaron en el mundo, como había predicho la Santa.

(7) Véase *Cenni Biografici della Figlie di Maria Ausiliatrice defunte nel primo decennio*, p. 16.

CAPÍTULO XV

Formación de las postulantes

1. Observaciones.—2. Don Bosco recomienda no rechazar a ninguna joven por ser pobre.—3. Doctrina de San Francisco de Sales sobre las postulantes.—4. La Madre estudia los caracteres para corregirlos y formarlos según el espíritu de Don Bosco.—5. En las correcciones, firmeza y dulzura unidas. No pretendamos hijas sin defectos.—6. Portarnos siempre como si la Virgen estuviera presente. No formarse un pequeño mundo en la Congregación. Obrar con rectitud de intención.—7. Cómo acoger a la que se acusa de faltas externas.—8. Teme una sola cosa. Háblenos del paraíso.—9. Caridad materna con las postulantes. Cómo las anima a perseverar.—10. Quiere que estudien el Catecismo y que adquieran el verdadero espíritu religioso.

1. En este capítulo queremos referir la acción de la Santa Madre hacia las postulantes y por eso agrupamos aquí hechos acaecidos en distintos años, algunos posterior al año de nuestra relación (1876).

2. En noviembre del año 1878, encontrándose Don Bosco en Borgo San Martino con Madre Petronila, le preguntó si llegaban postulantes a Mornese, y al oír esta respuesta: «Las postulante vienen, pero todas sin nada o casi nada... ¿Cómo hacer para mantenerlas?», le dijo alzando los ojos al cielo en actitud inspirada: «¡Oh, si supiérais qué cosa tan grande es una vocación! No rechazemos a ninguna por su pobreza. Si nosotros pensamos en las vocaciones, el Señor pensará en nosotros. Alguna vez nos faltará quizá lo necesario, pero Dios no nos abandonará jamás. Comunica esto a Mornese, díselo a todas: “Las vocaciones, aunque sean pobres, hacen rico al Instituto”» (1).

(1) Véase Archivo General de las Hijas de María Auxiliadora (Cronist., p. 521).

Por esto el director y la Madre acogían siempre a todas las que venían con buena voluntad, confiando que la divina Providencia no les dejaría faltar nunca lo necesario.

Madre Daghero pudo decir: «La Madre, siguiendo el consejo de Don Bosco, que decía que por falta de dinero no se debía rechazar ninguna vocación, recibía y aceptaba sin más a todas las jóvenes que juzgaba de buen espíritu, aunque fueran muy pobres, y todas aquellas que Don Bosco le enviaba.

»Se asombraban las Hermanas porque, no obstante la pobreza que tenían, se aceptarían postulantes tan pobres; pero ella, confiada en la palabra de Don Bosco de que la divina Providencia no les faltaría, continuaba practicando el consejo recibido. Y yo, que ingresé en el Instituto en 1874, sé por experiencia que la pobreza era en verdad extrema, faltando a menudo hasta lo más necesario, pero la Superiora, Sor María Mazzarello, sabía mantener tan elevados los ánimos que ninguna pensaba en aquellos sacrificios y ni siquiera advertía la falta de lo necesario» (2).

Madre Sorbone dijo: «Aunque el Instituto era muy pobre, la Madre no miraba sacrificios por el bien del mismo Instituto y de las almas, aceptando a todas las postulantes que creía tenían verdadera vocación» (3).

3. Acogía a las que, teniendo buena salud, eran de familia honrada y demostraban buena voluntad (4); así practicaba el espíritu de Don Bosco y de San Francisco de Sales, el cual dice que «las postulantes, aunque sean débiles o irascibles, o sujetas a cualquier otra pasión, deben, no obstante, ser admitidas al noviciado, con tal que tengan buena voluntad de enmendarse y aceptar las medicinas y las curas adaptadas a su curación. Que aunque sientan repugnancia o las tomen con dificultad, no importa, con tal que no dejen de usarlas... y demuestren una firme voluntad de curarse a cualquier costa».

Estas personas, después de un gran esfuerzo, obtienen

(2) Proc. Ord., p. 189.

(3) Proc. Ord., p. 115.

(4) Proc. Ap., p. 183.

buenos frutos en la religión y llegan a ser verdaderas siervas de Dios, conquistando una virtud firme y sólida, porque la gracia de Dios suple las deficiencias y ordinariamente quien es menos dotado siente más la gracia.

4. La Santa Madre Mazzarello veía en las jóvenes que se presentaban como enviadas del cielo que un día serían sus colaboradoras en el trabajo de la salvación de las niñas y que continuarían su labor y la de Don Bosco. Por eso las acogía sonriendo y con toda amabilidad y muestras de agradecimiento al Señor y a la Virgen.

Aunque era muy rigurosa respecto al silencio, lo dispensaba fácilmente en comunidad cuando llegaba una nueva postulante, suprimía la lectura en la mesa y quería que se hiciese fiesta, porque había aumentado la pequeña familia.

Se informaba de la condición de cada una, procuraba excitar el buen humor y, con actos de materna bondad, buscaba la forma de suavizar el desprendimiento de la familia.

Tomaba parte en los recreos, quería que participaran todas y que estuvieran santamente alegres; intervenía en sus juegos para estudiar y conocer mejor su carácter, para poderlas guiar y formar según el espíritu del Santo Fundador Don Bosco.

«Su iniciativa —nos decían algunas religiosas ancianas— era tanta, que ninguna podía igualarla.»

A veces interrumpía el juego con una fervorosa jaculatoria que las Hermanas próximas repetían y continuaban jugando. Algunas veces exclamaba: «¡Animo, que cada salto sea un acto de amor a Dios!»

Se entretenía familiarmente, contaba cualquier anécdota ingeniosa para mantener alegres a todas; decía algún chiste gracioso para hacerlas reír y todo iba encaminado a conquistar su confianza y a hacerlas buenas y temerosas de Dios. Terminaba casi siempre el recreo inculcando alguna máxima cristiana o exhortando a frecuentar los Santos Sacramentos, especialmente al acercarse alguna fiesta de la Virgen.

Examinaba las tendencias y costumbres de cada postulante, animaba mucho, reavivaba la confianza y hacía las correccio-

nes con palabras amables; a ésta la reprendía con rostro severo y dulce a la par, a aquélla con una triste sonrisa, a la otra de otro modo, según la índole de cada una y las circunstancias.

5. Una Hermana que pasó muchos años con la Santa Madre declaró: «Tenía un carácter fuerte, pero cuando debía hacer alguna observación usaba siempre una unción tal que la corregida entendía merecer la reprensión y que se le hacía únicamente por el bien de su alma, por lo cual se retiraba contenta» (5).

Y otra: «Si bien hacía las correcciones con fuerza, intercalaba siempre alguna palabra que lo suavizaba todo, tanto que si durante el día había necesidad de ir a ella, se iba con confianza (6) y sin disgusto.

Transcribimos también lo escrito por otras tres Hermanas:

«Sabía distinguir los defectos de la voluntad de los del carácter y corregir siempre con caridad y firmeza.»

«Era para todas y cada una de nosotras una verdadera madre y no sabría decir si más suave o más fuerte al mismo tiempo, según las diversas circunstancias.

»Estudiaba con criterio de amor el carácter de cada una; intuía las necesidades y las dotes, proveyendo aquéllas y desarrollando éstas por amor al bien, evitando siempre la sacudida del amor propio, a la vez que enseñaba también a hacerle guerra atroz.»

«Al mismo tiempo que era dulce, afable, fácil a la bondad y compasión, era franca y firme cuando se trataba de corregir una falta, una transgresión o cualquier otro mal. Repetía a menudo: “No pretendemos ‘hijas’ sin defecto, pero no queremos que hagan paz con ellos”.»

«Pronosticaba bien de las que sabían hacerse violencia y mortificar sus sentidos y recomendaba a todas la sencillez y sinceridad.»

6. «Nos animaba a ser sencillas —escribe una religiosa—, a trabajar, a rezar, a portarnos en todo como si estuviésemos en

(5) Proc. Ap., p. 129.

(6) Proc. Ord., p. 292.

la presencia de la Santísima Virgen; nos decía que no hiciéramos nada por atraernos las miradas de las criaturas, sino que cumpliéramos con nuestro deber y fuéramos exactas en la observancia de la Santa Regla, porque así lo quiere el Señor. Muchas veces, entre otras cosas, solía decir: “Habéis dejado el mundo, no queráis haceros otro aquí dentro”.

»Esta recomendación de *no hacernos un pequeño mundo en religión* la repetía tan a menudo que casi todas las Hermanas que vivieron con ella la recuerdan.»

«Obraba con fe —declaró una— y nos recomendaba siempre que obrásemos no por fines humanos, sino por agradar a Dios» (7).

En 1930 nos contaba una Hermana: «Entré en el Instituto hace cincuenta y cinco años, el día 19 de octubre de 1875, y ahora tengo setenta y seis años, pero recuerdo siempre que la Madre era exactísima en todo, y muchas veces la vi con las lágrimas en los ojos porque alguna no estaba bastante atenta al sonido de la campana, y la vi también disgustada por temor a la ofensa de Dios y porque el espíritu del mundo no entrara en casa.»

7. Anteriormente hemos mencionado que se había introducido en el Instituto la práctica de que al cometer una religiosa una falta exterior, se acusara por humildad a la superiora. «Advierto —dice una Hermana— que se trataba sólo de cosas externas referentes a la observancia. No era cosa de Regla ni de Constituciones, ni orden de la superiora el ir cada día a conversar con la Madre, pero ella era tan buena y las Hermanas deseaban tanto recibir de ella una palabra, que todas o casi todas pasaban con ella un momento» (8).

El director estaba conforme con esta práctica, más aún, la inculcaba.

La Madre escuchaba las humildes acusaciones de sus hijas, les daba algún consejo, decía una buena palabra, pero no mortificaba a ninguna, así que las Hermanas «tenían en la

(7) Proc. Ord., p. 170.

(8) Proc. Ap., p. 49.

Madre plena confianza y no sentían dificultad en manifestarle sus penas. Le confiaban cualquier secreto, seguras de que sería guardado como un secreto de confesión» (9).

«Tenía para todas una buena palabra y el oportuno consuelo; la suya era una palabra persuasiva y tranquilizadora; era suficiente una palabra de la Madre para calmar las angustias de un alma...» (10).

«Cuando una Hermana, novicia o postulante iba a confiarle: “Madre, he hecho esto o lo otro, ¿puedo comulgar?” Si la cosa no tenía importancia, respondía: “Esto no es nada, está tranquila y no lo pienses más; a ti te parece una cosa grande, pero no es nada”. Si, por el contrario, la cosa era de alguna importancia, le decía: “No has hecho bien al obrar así; no lo vuelvas a hacer. Ahora haz un acto de contrición; Jesús te perdona y puedes ir tranquila a comulgar”.

»Pero si veía que no era conveniente recibir tales confidencias, cortaba en seguida diciendo: “De esto es mejor que hables con el confesor”. Y a veces le sugería las palabras que debería usar para abrir su alma al confesor con toda claridad y, al mismo tiempo, humillar más vivamente su amor propio» (11).

Cuando se enteraba de que habían faltado al silencio sin necesidad, decía: «Debemos estar atentas a no quebrantarlo, así estaremos unidas a Dios». Si veía a alguna desanimada porque caía siempre en las mismas imperfecciones, le decía: «Ánimate, que teniendo buena voluntad, con seguridad podrás enmendarte», o también: «Animo, está atenta a no hacer paz con tus defectos».

A veces, para ejercitarse en la humildad y animar a la que venía desalentada, decía: «También yo tengo este defecto, pero nos corregiremos, ¿verdad?» O bien: «Yo también he cometido una vez esta falta, pero el Señor es bueno y nos perdonará».

Ante algunos defectos involuntarios decía cualquier chiste que hacía recobrar el buen humor.

(9) Proc. Ap., p. 270.

(10) Proc. Ap., p. 47.

(11) Proc. Ap., p. 49.



SOR PETRONILA MAZZARELLO,
la íntima amiga de la Santa

«En suma —decía Madre Petronila—, era una verdadera Madre para las postulantes, cuidaba de ellas espiritual y corporalmente. Vigilaba para que fueran observantes, las animaba a servir al Señor con generosidad y alegría, corregía amable y fuertemente sus defectos, pero no dejaba de procurarles a su debido tiempo inocentes distracciones.» Y añadía que en las dudas sobre admitir o no a alguna postulante a la vestición o a alguna novicia a la profesión, recurrían a San José haciéndole una novena y antes de que terminara ésta conocían quién no tenía vocación, y ella por sí misma se marchaba.

8. El pecado era lo único que temía. Monseñor Costamagna escribe: «Tenía una especie de continuo temor de que entrara en casa el demonio, por eso estaba siempre como centinela, rezando y vigilando. Si había algún peligro para las almas, ciertamente que aquella águila, desde la altura del espíritu donde moraba, lo descubría pronto. Y si no podía llegar con su vigilancia, oraciones, palabras y constante buen ejemplo, terminaba presentando a aquellas almas desvalidas a Jesús Sacramentado y le decía: “¡Aquí las tienes! ¡Son cosa vuestra, pensad en ellas!”»

Sobre la vida de fe de la Santa declaró el Cardenal Cagliero: «Un solo temor la dominaba: el de la ofensa de Dios. ¡El pecado! Y temblaba ante el pensamiento de que hubiese quien osara ofender y disgustar a Dios conculcando sus divinos preceptos y manchando su alma con el pecado mortal y exponiéndose a la condenación eterna. No sólo pedía al Señor que la librara del pecado, sino que delicadísima de conciencia y temerosa de Dios hasta el escrúpulo, huía de las ocasiones de pecar, vigilaba sobre sí misma, mortificaba sus sentidos para evitar el pecado mortal, tanto que podemos creer no sólo que no lo cometiese nunca, sino ni siquiera el pecado venial advertido. Era grande el horror que le inspiraba el pecado y aún la ocasión de pecar» (12).

(12) Proc. Ord., p. 173.

9. El Espíritu Santo nos dice que el que quiere servir al Señor debe preparar su alma para la tentación (13), porque el demonio hará gran esfuerzo para ponerle impedimentos.

Así muchas postulantes apenas llegaban a Mornese sentían fuertemente la separación de sus padres y en especial de la mamá, separación que parecía más dolorosa por la pobreza de la casa, y deseaban volver con su familia.

¿Qué hacía Sor María? Procuraba suplir a las mamás y las trataba con toda bondad, atenciones y delicadezas, tanto, que una madre verdadera no habría podido hacer más.

Las buenas jóvenes eran ayudadas a vencer las tentaciones, se acostumbraban al sacrificio, se formaban en la vida religiosa y, más tarde, muchas tuvieron que agradecer su industriosa y materna caridad que había contribuido a hacerles perseverar en la vocación.

¿Queréis hechos? Helos aquí:

Una de las primeras postulantes que se hizo pronto Hija de María Auxiliadora decía: «Al principio, como es fácil imaginar, encontraba gran dificultad en acostumbrarme a la vida religiosa y con frecuencia me asaltaba el pensamiento de volverme a casa; pero cuando estaba turbada, unas pocas palabras de Madre Mazzarello bastaban para poner paz en mi corazón. Todas las que en aquel tiempo tuvimos la suerte de vivir con ella decíamos: “Bastaba confiar nuestras penas a la Madre para que desaparecieran, porque una sola palabra suya era suficiente para dejar el ánimo tranquilo y en paz”.»

Otra que entró como educanda en el Instituto y pidió en seguida ser postulante, muriendo después de una larga vida de piedad y trabajo, escribe: «Puedo decir sinceramente que me quedé en Mornese por la gran caridad de Madre Mazzarello, que supo atraerme con su afecto materno y corrigió mi carácter impetuoso, altivo, colérico, con su dulzura y caridad».

Lo mismo una Hermana que fue de las primeras educandas y se hizo postulante en 1874, después de treinta y cuatro años en la Misiones de América, dejó escrito: «Se compenetra-

(13) Ecle, II, 1.

ba tanto de las necesidades y penas de todas, máxime de las postulantes en los primeros tiempos de la prueba, que nos sorprendía. Se desvivía por servir las, ayudarlas, animarlas a permanecer firmes en la vocación, haciéndoles conocer y considerar el bien que estaban llamadas a hacer; en suma, no perdonaba esfuerzo alguno para conseguir que resistieran los asaltos del enemigo y no sintieran tanto la ausencia de sus seres queridos».

Y refiere de sí misma que por el estudio y los trabajos a los que no estaba acostumbrada, no se sentía bien y no se atrevía a manifestarlo a nadie; por fin, acudió a la Madre, que la escuchó con bondad y proveyó con solicitud a sus necesidades, de suerte «que —concluía— vivo después de treinta y seis años y soy Hija de María Auxiliadora».

Madre Petronila nos contaba: «A veces, entre la Madre y ésta o aquella postulante tenía lugar un curioso diálogo:

»“Pero ¿por qué quieres volver con tu familia?” “Porque el pan no tiene sal. Porque arriba no hay barandilla. Porque aquí no hay procesiones y a mí me gusta mucho ir a ellas en mi pueblo...” Y la Madre decía: “Pero si vuelves a casa, ¿te atreverás a decir al párroco que has renunciado a tu vocación por estas cosas?” Y después las hacía reír y las consolaba. Las jóvenes se quedaban a gusto en el Instituto».

Una Hermana escribe: «La conocí en 1876, cuando ingresé para hacerme religiosa. Tenía una bondad verdaderamente maternal y si ahora soy Hija de María Auxiliadora lo debo a la caridad que tuvo conmigo, especialmente en los primeros días de mi postulantado.

»Poseía una caridad longánime y el secreto de disipar las más penosas dificultades, su palabra persuadía y confortaba... Una vez que yo quería irme a casa, me preguntó: “¿Por qué quieres irte? ¿Qué dificultades tienes?” Cuando se las expuse me dijo: “Estas penas me parece que son tentaciones del demonio. Piensa que estás aquí no para siempre, sino para pasar unos días de campo; si después de un mes no estás más contenta que ahora, te mandaré a tu casa sin que nadie tenga

que decir nada de ti. Entre tanto, reza y está alegre; de esta forma estarás más segura de hacer la voluntad de Dios'».»

En 1830, la Hermana de quien ya hemos referido el testimonio sobre la exacta observancia de la Regla que quería la Madre, contaba: «A los siete meses de ingresar en el Instituto las superiores decidieron mandarme a casa por motivos de salud.

»La Madre me dijo: "Vete como te han dicho, pero en cuanto estés mejor vuelve de nuevo".

»El 28 de julio del mismo año regresé y la Madre, muy satisfecha, me dijo: "Cuida bien tu salud y cuando te sientas mal, no se lo digas a nadie, acude a mí". Yo hacía así y ella proveía. Ahora, después de cincuenta y cinco años de vida religiosa y setenta y seis de edad, estoy todavía fuerte y conservo la más viva gratitud hacia la Madre, que fue siempre para mí ayuda y consuelo».

Lo mismo que ella confortaba y animaba a las que lo necesitaban, quería que lo hiciesen también las Hermanas. Solía decir con frecuencia: «Debemos compadecer a todas, especialmente a las enfermas; quien no ha tenido enfermedades no sabe cuanto se sufre, yo sí lo sé».

Algunas veces confiaba ésta o aquella postulante a una u otra Hermana para que la animara.

«En los primeros meses de mi postulanteo —escribe otra religiosa Hija de María Auxiliadora—, la madre, viéndome un poco triste, me confió a una Hermana buena y alegre para que me animase y me enseñara a hacer flores artificiales, cosa que ella ejecutaba con verdadera perfección.

»Encontrándome un día, me dijo: "Temo que alguna vez pases hambre —entonces aún el pan estaba racionado— y que no te atrevas a decirlo, al ver la pobreza en que vivimos. Eres joven y tienes que crecer, por eso haré que te den merienda". ¡Cuánta bondad en aquel corazón materno!»

Otra dijo que durante su postulanteo, no estando acostumbrada a un aire tan fuerte como el de Mornese, ni al alimento un tanto escaso, no podía adaptarse a la vida común

y que la Madre proveyó a todas sus necesidades tan bien que pudo perseverar en su vocación.

«Durante mi postulantedo —escribe una tercera— quise una vez volverme a casa, aun a costa de hacerlo a pie; pero manifestando cándidamente esta mi tentación a la Madre, ella, sonriendo y animándome, me dijo: “Escucha, es ya demasiado tarde para salir hoy y además no tengo a nadie que te acompañe. Ten paciencia, espérate algunos días y después no sólo te permitiré marchar, sino que te acompañaré yo misma; ¿estás contenta?” Me tranquilicé y pasado algún tiempo me encontré bien e hice mi profesión, feliz de ser Hija de María Auxiliadora.»

Todavía otro testimonio: «Hice mi postulantedo en Morne-se con la Madre —escribe una Hermana— y vi en ella una gran caridad. No me encontraba bien, tenía que volver con mi familia; le pregunté un día cuándo debía partir. Ella me respondió: “¿Quieres que esperemos aún quince días? Te pondré a ayudar en la cocina; si estás bien, continuarás, si no tomaremos otra determinación...” Han pasado treinta y tres años y yo, Hija de María Auxiliadora, continúo trabajando (1933) contentísima de mi estado».

La Madre, hablando a la que se ocupaba de las postulantes, le decía: «Cuando veas a alguna reservada, melancólica o triste, pregúntale: ¿Cómo es el campanario de tu pueblo? ¿Cuál es el Santo Patrono? ¿Se hacen procesiones? ¿Hay Comuniones generales? Verás cómo en seguida se pondrá contenta y, al mismo tiempo, podrás conocer si era de las que frecuentaban los Sacramentos. No va mal que hablen un poco de su pueblo estando tú presente; pero atenta a que se observe el silencio prescrito por la Regla».

10. Inculcaba a las postulantes el estudio del Catecismo, tenía fijado el tiempo para ello y no les permitía vestir el hábito si no lo sabían bien. Aún más, puede decirse que una de las cosas que más le preocupaban era la instrucción religiosa de las niñas y que todas las religiosas estudiaran bien la doctrina cristiana para enseñarla a cuantos tuvieran ocasión de

educar. Por eso, Madre Enriqueta Sorbone pudo declarar con toda verdad: «Quería que las postulantes y Hermanas se formaran bien en el estudio del Catecismo para que pudieran a su tiempo ser buenas maestras de las niñas del pueblo.

»En su lecho de muerte la oí recomendar a las superiores que se esmerasen en formar buenas catequistas y que no se conformaran con un Catecismo dado con ejemplos y anécdotas, sino de modo que transmitieran al pueblo las verdades de fe y los deberes de la moral cristiana» (14).

Tenía una gran bondad, era materna con todas las Hermanas, novicias y postulantes, materna en vigilar que la observancia de la Regla fuera exacta, que cada una atendiera sinceramente a la propia perfección y luchase contra los propios defectos, especialmente contra la vanidad y la soberbia (15).

Enseñaba a hacer la meditación, insistía en que se hiciera bien y se tomase un propósito particular y práctico. Dice una Hermana: «Para saber si nosotras, postulantes, habíamos estado atentas, alguna vez durante el día nos preguntaba de improviso: “Dime, ¿qué escuchaste esta mañana en la meditación? ¿Recuerdas el propósito que hiciste?...” Y así nos mantenía atentas y nos instruía santamente.

»A medida que se acercaba el día de la vestición procuraba que avanzásemos en el fervor, mortificación y humildad, y renovaba las acostumbradas recomendaciones de no hacerse un pequeño mundo en la religión. “Estad atentas, sobre todo —decía—, a conseguir el espíritu religioso que forma los verdaderos santos. Si no os sentís con fuerza para practicar la virtud, según el espíritu de nuestro Instituto, aún estáis a tiempo de no vestir el hábito”.»

Así formó verdaderas Hijas de María Auxiliadora, que más tarde hicieron honor al Instituto, realizando un bien inmenso al pueblo cristiano y en tierras de misión.

(14) Proc. Ap., p. 150.

(15) Proc. Ap., p. 500.

CAPÍTULO XVI

Acción unánime entre el director y la Madre. Espíritu de obediencia, de humildad y de mortificación de la Madre

(1876)

1. Don Bosco quiere que sus hijos ayuden a las Hermanas.—2. La obra del director de Mornese y ayuda que recibió de Don Bosco.—3. La Madre le ayudaba. Sus virtudes como Superiora. Algunas de sus máximas sobre la santidad.—4. Su obediencia, su humildad y espíritu de mortificación.—5. Cómo ejercita a las Hermanas en estas virtudes.—6. Su discreción en tales pruebas.—7. Tú eres demasiado delicada.—8. Harás tu profesión.

1. Don Bosco con sus hijos se había preocupado de la fundación de todas las casas mencionadas en los capítulos anteriores. En efecto, como el Instituto estaba agregado a la Congregación Salesiana, no tenían más que una sola dirección bajo un solo Superior, Don Bosco, y éste quería que sus hijos se ocupasen de las Hermanas y las ayudasen cuanto pudieran. Estos secundaban los deseos del buen Padre y gran número de las primeras religiosas fueron enviadas a Mornese por los salesianos; no pocos llevaron a sus hermanas o primas.

Peró también entre los salesianos había algunos que, interesados por los chicos, no se sentían inclinados a ocuparse de las Hermanas. Entre éstos estaba Don Cerruti, el cual más tarde trabajó con tanto celo en favor del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, especialmente en el aspecto cultural.

El mismo nos contaba en 1911 que Don Bosco, al recomendarle que ayudara a las Hermanas, le decía: «¿No tienen también ellas una preciosa alma que salvar? Somos de la misma familia, ayudémoslas para que puedan hacer el bien».

Y los hijos, obedientísimos siempre al Padre, hicieron toda suerte de sacrificios para conseguir el desarrollo del Instituto que tenía con el suyo el mismo Fundador. Cuando se enteraban de que en éste o aquel lugar deseaban tener a las Hermanas, lo comunicaban a Don Bosco o también él se servía de ellos para informar, etc.

2. En aquellos tiempos el director espiritual procuraba con predicaciones, conferencias e instrucciones que se formarían todas en el verdadero espíritu de humildad, de obediencia, de mortificación, de trabajo y oración, según los consejos de Don Bosco. El primer director fue Don Pestarino; después, por brevísimo tiempo, Don José Cagliero; durante bastantes años, Don Santiago Costamagna y los otros salesianos que Don Bosco les mandaba.

En este tiempo desempeñaba tal cargo en Mornese Don Costamagna, el cual escribe: «Yo era demasiado débil para sostener moralmente a tantas casas de reciente fundación, y en especial la de Mornese. Pero mi débil brazo se apoyaba en el de Don Bosco, que estaba siempre dispuesto a venir en mi ayuda.

»El nos mandaba muchas postulantes y alumnas; con frecuencia nos mandaba para ayudarnos buenos predicadores y confesores, por ejemplo: Monseñor Belasio, Monseñor Scotton, Monseñor Ceccarelli, Don Bonetti, etc., y no dejaba de venir él mismo a visitarnos una vez al año.

»Su visita era, como puede imaginarse, cual sol de primavera que renueva todas las cosas.

»Todas las Hermanas y niñas tenían la posibilidad de hablarle a su gusto, tanto en la confesión como fuera de ella. Con aquella visita quedaba la casa reanimada en su espíritu y las "palomitas" del Señor sentían reforzadas las alas para emprender nuevos y rápidos vuelos hacia las alturas de las más difíciles y selectas virtudes.

»No pudiendo visitarnos personalmente con frecuencia, lo hacía por cartas dirigidas a las Hermanas y a mí... "Dirás a nuestras hijas que las bendigo y que me ayuden a salvar sus almas. Estad seguros de que no os olvido en la Santa Misa.

Vosotros sois realmente *gaudium meum et corona mea*. Os profeso un gran afecto y haré siempre cuanto pueda por vuestro bien.

»Caminaremos en medio de dificultades, pero estad seguros de que con la ayuda de Dios las superaremos. Da a las Hermanas la adjunta carta (llena como todas de muy doctos consejos, ricos de espíritu y de santo temor) (1).

»Os agradezco a ti y a las Hermanas las uvas que me habéis mandado. Eran excelentes e hice con ellas muchos pequeños regalos.

»La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotros. Sirvamos al Señor con alegría y ayudémonos con la paciencia y con la oración. *Amén*. Os soy siempre affmo. amigo en J. C.

Sac. JUAN BOSCO".»

Don Costamagna tenía un gran deseo de practicar y hacer observar no sólo las órdenes, sino los avisos y consejos de Don Bosco y la comunidad vivía y crecía en el espíritu de la más perfecta observancia.

3. La Madre, que, como hemos dicho, tenía por naturaleza el espíritu de Don Bosco aun antes de conocerlo, era activísima en colaborar en la obra del director y la formación —un poco acelerada si se quiere— de las Hermanas, dirigía todo su empeño a hacer practicar cuanto el Santo Fundador había comunicado y el director recomendado.

«Madre Mazzarello —escribe una de las primeras Hermanas de Mornese— sabía unir estupendamente en su gobierno la energía a la dulzura, la bondad a la firmeza; vigilaba continuamente para mantener a sus hijas en la exacta observancia de la santa Regla y hacerlas progresar en la perfección religiosa.

»Las quería plenamente despojadas de todo afecto terreno, pobres de espíritu, humildes, desprendidas de las comodidades

(1) Nos desagrada vivamente no haber podido encontrarla para publicarla.

y bienestar material; pero sí diligentes en hacer y sufrir todo para agradar a Jesús, prontas al trabajo y al sacrificio para hacer el mayor bien posible a las jovencitas. Por eso recomendaba continuamente la observancia de la Regla; adquirir el espíritu del Instituto; morir a sí mismas para vivir sólo para Jesús; de aquí el estudio incansable para hacer apreciar la gracia de la vocación y su dicho: "Ves que somos más felices que una reina; tenemos en casa al Señor que está aquí con nosotras y para nosotras día y noche... y María Auxiliadora ¡cuántas gracias nos hace a nosotras y a nuestros parientes!"»

Y Madre Sorbone en 1930, ampliando una de sus declaraciones en el Proceso Informativo, nos decía: «La Madre estudiaba mucho los caracteres, las inclinaciones, las aptitudes y habilidades de las Hermanas, y así, como un jardinero inteligente coloca las plantas en el lugar más adaptado y después las cultiva, así la Madre asignaba a cada Hermana el oficio adaptado a sus fuerzas físicas, morales e intelectuales, a su capacidad e inclinación, y después vigilaba continuamente a fin de que cada una cumpliera bien con su deber, desarrollara y perfeccionase las dotes que Dios le había dado; progresara en la virtud y se habilitase para hacerse cada vez más útil al Instituto y para procurar el bien al prójimo, especialmente a las niñas.

»Estudiaba bien a las Hermanas que debía mandar a las diversas casas y, si era necesario, con suavidad, sí, pero con valor y firmeza, las cambiaba de oficio y de casa sin dejarse llevar de miramientos humanos» (2).

Secundaba cuanto podía las inclinaciones de las novicias y de las Hermanas y les enseñaba a santificarlas y espiritualizarlas; recomendaba a las directoras que hicieran otro tanto con sus Hermanas.

Según su costumbre, insistía sobre el deber de tender a la santidad y daba —atestigua una Hermana— esta sugerencia: «Para hacernos santas, queridas Hermanas, es necesario que

(2) Proc. Ord., p. 265.

seamos muy exigentes con nosotras mismas y muy buenas con los demás; de lo contrario, no llegaremos nunca».

Decía también: «Considerémonos dichosas de ser religiosas y procuremos cumplir los deberes que nos impone nuestra vocación. Ningún cargo nos parezca gravoso y humillante; sería una gran descortesía que nos haría indignas del don de Dios».

Así, uniendo al dulce amor de madre la austera firmeza del padre, con su mirada vigilante, con su prudente palabra, con la amorosa asistencia y su ejemplo infatigable, educaba y formaba a las hijas que la amaban e imitaban.

4. Las virtudes que el director, en nombre del Santo Fundador Don Bosco, inculcaba especialmente a las Hijas de María Auxiliadora eran la obediencia, la humildad, que es la base, y el espíritu de mortificación, que es el medio para conseguirlas.

No había quien pudiera igualar a Santa María Mazzarello.

«Respecto a la obediencia —escribe Monseñor Costamagna— era perfecta. Una palabra, una señal, un deseo, no digo de Don Bosco, sino también del director de la casa, era para ella una orden y la cumplía inmediatamente, apenas se daba cuenta, para que ella misma y todas, si era el caso, obedeciesen ciegamente, con alegría y prontitud.»

Y Monseñor Cagliero afirma: «Su humildad y deferencia hacia los superiores era profunda y sin límites; su parecer desaparecía al momento ante el del director y se sometía a él en todo.

»Amaba con verdadero y santo amor a las Hermanas que formaban su Consejo o Capítulo Superior; las consultaba y no decidía nunca sin tener su consentimiento.»

«Y no sólo consultaba al Consejo o al director —dice una Hermana—, sino que pedía consejos y permisos a sus subalternas, como si fuera una simple Hermana.»

Otra afirma: «Pedía a las Hermanas, novicias y postulantes su parecer sobre la forma mejor de realizar una cosa y de conservar la más estricta dependencia del director. Y cuando

éste, más por el buen ejemplo que podía dar a las Hermanas que para ejercitar a la Madre en la humildad, le daba alguna respuesta que hería vivamente el amor propio, ella aprobaba sin el más mínimo disgusto».

«A veces en el recreo, donde estaban Hermanas y educandas, la Madre hacía alguna pregunta al director; si éste respondía mortificándola, ella pedía dispensa y agradecía. Esto sucedía dos o tres veces en el mismo recreo» (3), y tanto las Hermanas como las niñas quedaban admiradas y edificadas.

El mismo Monseñor Costamagna, director entonces, escribe: «Su humildad era profunda y continua, y la ejercitaba especialmente cuando recibía reproches; a veces la ponía en graves aprietos, obligándola a llamar dos o tres veces a la puerta de la dirección, sin recibirla nunca. Ella callaba y no se quejaba ante nadie, sino que sufría alegremente, considerando la cosa más natural del mundo ser tratada así. Demostró también profunda humildad al ocuparse siempre en los trabajos más duros y fatigosos, podando ella casi sola todas las pequeñas viñas contiguas a la fundación, con el fin de tener mayor ocasión de decir que era hija de campesinos (4).

La Madre una vez dispensó el silencio a la comunidad. El director, ignorando la causa, le dio una pequeña reprensión. Las Hermanas la consideraron injusta y le manifestaron su desaprobación. La Madre en seguida se arrodilló ante él y, alzando humildemente las manos, exclamó: «Mis buenas Hermanas, por favor, no murmuremos». Y cortó todo comentario.

Madre Daghero declaró: «Los primeros años de director del Instituto era un sacerdote bueno, pero joven, de poca experiencia, lleno de fervor, el cual la humillaba a menudo; y una vez, sólo porque se tocó la campana un poco antes, por equivocación de la campanera, vino inmediatamente a reprender con furia a la Superiora en presencia de la comunidad. Ella, como si fuese la culpable, se arrodilló y pidió perdón, cosa que hizo en otras muchas circunstancias» (5).

(3) Proc. Ord., p. 390; Proc. Ap., p. 379.

(4) Proc. Ord., p. 400.

(5) Proc. Ord., p. 386.

Y Madre Sorbone: «Recuerdo que en una ocasión un director, aún joven, quizá por haber recibido de ella alguna observación, se mostró disgustado y ella, por la pena que le produjo, se desmayó. Recuperado el conocimiento, mostró en seguida serenidad y nunca más le oí mencionar este caso» (6).

Sabido es que la intención de Don Bosco era que el director limitara su labor, como había dicho a Don Pestarino, a la dirección espiritual y dejase hacer a las Hermanas por su cuenta en todo lo demás.

5. Así como ella amaba la humildad, quería que la amaran y practicasen las Hermanas y que fueran fuertes en dominarse, en aceptar bien las correcciones y humillaciones, y sabiendo por experiencia que las virtudes sólo se consiguen con la repetición de actos, encontraba así modo de ejercitarlas continuamente, para que adquirieran santas costumbres.

«Era ejemplarísima en la obediencia —escribe una Hermana—, al primer sonido de la campana interrumpía al momento cualquier acto e insistía y quería que también nosotras hiciéramos lo mismo. Era severísima con las faltas de este género.»

6. Pero en semejantes casos era prudente y delicada; vigilaba siempre el carácter y virtud de aquéllas con quienes hablaba para no humillarlas demasiado o provocar la ira, como dice San Pablo, o dejarla desalentada, y decía Madre Daghero que, habiendo dado una orden o hecho alguna corrección, si advertía haberse equivocado, a la primera ocasión confesaba su error y, si era necesario, pedía perdón. Por esto, mientras aborrecía la soberbia y la hipocresía, cuando debía corregir tales defectos, animaba a las más débiles diciendo: «También yo estoy llena de miserias y tengo estos mismos defectos» (7).

Así que las religiosas se sentían amadas y sabían que la Madre hablaba siempre por su bien, tomaban todo de buena

(6) Proc. Ord., p. 294; Proc. Ap., p. 379. Pero léase la nota que figura al final de este capítulo.

(7) Proc. Ord., p. 386.

parte, incluso las mortificaciones, progresaban en la virtud y se preservaban de los vicios contrarios.

7. «Yo era muy joven —nos decía una Hermana— y la Madre me mostraba, como a todas las demás, gran afecto.

»Viendo que a menudo imponía mortificaciones a mi hermana (Sor Enriqueta Sorbone), que ejercía un cargo en la casa, una vez, aprovechando la confianza que tenía con la Madre, le dije:

—Madre, ¿por qué trata así a mi hermana, mientras conmigo usa tanta consideración?

»Y ella respondió:

»“Porque, como ves, tu hermana es fuerte, sabe tomar las cosas por buena parte, ganarse méritos y hacerse cada vez más virtuosa. Entre nosotras nos entendemos bien. Tú, en cambio, eres demasiado delicada y no sabrías tolerar ni siquiera la mitad. Contigo hay que tener mucho cuidado. Falta mucho para que tú puedas llegar al grado de perfección de tu hermana, no obstante, con buena voluntad llegarás.”»

Pero si advertía que la corrección había producido impresiones más fuertes de lo que ella deseaba, procuraba en seguida mitigarlas con alguna buena palabra que mostrara estima y afecto, y así dejaba tranquilo el ánimo de la corregida y mucho más persuadido de que la Madre le había hablado sólo por su bien (8).

8. «Un día —decía una Hermana—, después de haberme dado una buena reprensión, me dijo: “Te he corregido, pero no es nada, está tranquila que a su tiempo harás tu profesión como las demás”, y así fue.»

Otro día corrigió a una Hermana no sé por qué cosa. Esta se puso a llorar. La Madre tuvo pena y, pensando que había estado demasiado fuerte en sus palabras, le pidió perdón.

«Y algunas veces —nos dijo Monseñor Costamagna— pedía perdón de rodillas a sus súbditas.»

(8) Proc. Ord., p. 264.

NOTA AL CAPITULO XVI, NUM. 4

El comportamiento de Don Costamagna con la Madre puede producir mala impresión al lector; pero es necesario tener presentes muchas cosas:

1.º Don Costamagna tenía un carácter impulsivo, ardiente e inclinado a promover la gloria de Dios, el bien de las almas y a impedir el pecado.

2.º En aquel tiempo, como nos dijo él mismo, era muy joven (tenía veintiocho años), no había leído más que la vida de Santa Teresa y pensaba que todas las religiosas debían vivir como el «gran Serafín del Carmelo».

3.º Puede ser que él se atuviera con demasiado rigor a ciertas máximas de los directores de espíritu y a ciertos ejemplos, sin considerar bien las circunstancias.

En efecto, Scaramelli, en su *Direttorio Ascetico*, art. 6.º, cap. V, dice: «Ante todo, el director contraríe con frecuencia la voluntad del penitente en las cosas en que le vea apegado, aunque sean espirituales y santas, ya que no hay cosa más santa que negar el propio parecer y contradecir los propios deseos». Máxima verdadera, pero que si se toma demasiado literalmente se puede caer en la exageración.

4.º Es necesario añadir que muchas veces somete el Señor a las almas que más quiere a ciertas *pruebas de fuego*, rodeándolas de personas que, aun amándolas sincera y sobrenaturalmente, sienten como una prepotente necesidad de humillarlas y de someter a duras pruebas su paciencia, docilidad y obediencia. Esto se lee con frecuencia en la vida de los Santos.

En la *Vida de Santa Teresa* se lee que el Venerable Padre Baltasar Alvarez estaba atento a mortificarla en todo y especialmente en las cosas en las que ella mostrase cualquier leve inicio de fervor sensible. Y así hacía morir en aquella alma heroica todos los movimientos de la naturaleza, a fin de que viviera sólo la vida de la gracia. Una vez habiéndose alejado Teresa de Avila con una gran pena de espíritu, le escribió pidiéndole una pronta respuesta. Le contestó en seguida, pero dentro del sobre había otro cerrado con estas palabras: «Para

abrirse después de transcurrido un mes». Teresa obedeció puntualmente, pero le costó una gran mortificación (1).

Refiere la Santa que el segundo año de ser priora de un monasterio, San Juan de la Cruz, al administrarle la Comunión, le dio sólo la mitad de la sagrada Forma y dice que lo hizo no por falta de sagradas especies, sino por mortificarla, porque una vez le dijo que disfrutaba mucho cuando las partículas eran grandes (2).

* * *

El Padre Lucas, en la *Vida de San Pablo de la Cruz*, cuenta que el Santo cuando tenía cerca de nueve años se confesaba con su párroco, el cual encontraba en todo motivo para mortificarlo, tanto en privado como en público. Si éste iba a la sacristía para confesarse, lo mandaba bruscamente a la iglesia, donde esperaban muchas personas de ambos sexos. Allí no lo atendía hasta que se habían confesado todos los demás y, cuando por último le tocaba el turno, con gesto resuelto le decía: «¡Habla!», y en pocos minutos lo mandaba fuera.

Cuando Pablo se acercaba a la sagrada mesa, no era difícil que allí recibiera de él grandes humillaciones, ya que a veces, cuando había gran concurso de gente e iban muchos a comulgar, el párroco (que administraba la sagrada Comunión) cuando llegaba Pablo, arrodillado como los demás, pasaba sin darle la Comunión, como si fuera un pecador público que mereciera ser rechazado de la sagrada mesa. El humildísimo joven sufría esto con gran tranquilidad de espíritu, y si alguna vez le venía a la mente cambiar de confesor, se decía a sí mismo: «Esto, esto me va bien, porque humilla la soberbia» (3).

* * *

Baunard refiere en la *Vida de Santa María Magdalena Barat* cuanto ella misma contó a una religiosa: «Durante las largas visitas de Sor Teresa al Santísimo Sacramento, entraba yo en la capilla sin que Sor Teresa me sintiera y la llamaba diciendo:

—Hay que ir al jardín.

La novicia, como si despertara de un sueño, me miraba y repetía:

—Sí.

(1) MELLA: *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma*, cap. XXVI.

(2) MELLA, ecc. *Adiciones*, p. 66.

(3) Tomo I, cap. 3.



San Juan Bosco entrega el manuscrito definitivo de las Reglas a las Hijas de María Auxiliadora, señalándoles a la Celestial Patrona, a quien deben venerar e imitar

Yo le decía:

—Es necesario ir al jardín a segar la hierba para las vacas.

Ella salía en seguida, trabajaba con ardor y volvía a mi encuentro.

—Madre, ya he hecho una buena provisión, ¿puedo volver a la capilla?

—No, siga una cantidad doble.

—Voy —respondía.

A esta ocupación sucedía otra, Sor Teresa se veía privada de su querida visita, pero había ofrecido a su Esposo la mejor de las oraciones, que es el sacrificio» (4).

* * *

De Gemma Galgani, su tía decía con dulcísimo acento: «¡Cuánto amaba yo a Gema...! Y no obstante, me sentía inclinada a mortificarla de todas las formas y en todos los momentos».

* * *

Podrían multiplicarse las citas. Y en nuestra heroína encontramos que decía profesaba gran estima y afecto, tanto a Sor María Grosso, alumna suya en el taller y después, jovencísima aún, maestra de novicias, como a Sor Asunta Gaino, a las que frecuentemente por humildad de espíritu y por mortificación besaba los pies y decía: «No sé por qué ni cómo sucede que casi todas las veces que las veo siento necesidad de humillarme».

* * *

Añadimos que Don Costamagna fue siempre humildísimo y que cada vez que se daba cuenta o se le advertía que se había equivocado, se complacía en pedir dispensa a quien fuera, incluso en público.

Quien trataba mucho tiempo con él terminaba, no obstante su impetuosidad, estimándolo y amándolo, porque lo reconocía humilde y dominado sólo por el deseo de hacer el bien.

Más adelante veremos que también la Madre lo estimaba y cuánto sufrió cuando Don Bosco se lo quitó para mandarlo a América.

(4) BAUNARD, *Vida de la M. B. M. Barat, Fundadora del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús*, vol. I, libro 3, cap. 2.

CAPÍTULO XVII

Cuidados maternos

1. Una Hermana a quien le gusta mucho el bordado.—2. Qué Hermanas son dignas de admiración.—3. Actividad en el trabajo. Nosotras trabajamos por un buen Amo. No compararse con las que trabajan menos o en trabajos menos importantes.—4. Algunas máximas para obrar rectamente.—5. ¿Tenemos a Jesús en nuestro corazón?—6. La Madre ama la humildad y besa los pies a las Hermanas y postulantes.—7. Toda para todas, sin distinción.—8. Cuidados maternos con las enfermas.—9. Cómo la Santa Madre alivia a las hijas en sus penas morales.—10. Recemos. Máximas de Santa Teresa. Serenidad en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

1. Madre Mazzarello recomendaba a las Hermanas que no hablaran de sí mismas, ni mucho menos se alabaran por algún mérito.

Un día se enteró de que una Hermana se complacía demasiado en los bonitos bordados que hacía y le mandó a decir que cogiera la aguja y el dedal y se fuera al taller a coser ropa rota. La Hermana obedeció. La Madre la dejó allí dos meses; después, viéndola ya bastante humilde, la llamó y le preguntó si estaba arrepentida de lo que había hecho antes y, sin dejarla casi responder, la mandó de nuevo al bordado.

2. No amaba en sus hijas ni el cariño, ni la decisión, ni las lágrimas, sino la humildad y el espíritu de sacrificio.

Decía con frecuencia: «A veces, alguna lanza suspiros y derrama lágrimas en la iglesia ante el Señor y casi la tenemos envidia; pero si después esta Hermana no sabe hacer un pequeño sacrificio o adaptarse a un oficio sencillo, yo no la admiro; al contrario, admiro a las que son humildes y se adaptan a cualquier oficio, aunque parezca insignificante y despreciable».

3. Declaró una Hermana: «Cosía con nosotras en el taller, se sentaba un poquito aparte para que las Hermanas que quisieran pudiesen hacerle alguna confidencia o recibir órdenes para la casa; pero ella no dejaba nunca su trabajo, dando a cada una la respuesta oportuna. Dejaba el trabajo sólo cuando iba alguna a que le enseñara cómo debía hacer el suyo. Cuando llegaba la media hora en que se dispensaba el silencio se acercaba a nosotras y, continuando la labor, con sus palabras y anécdotas nos mantenía alegres, pero sus expresiones nos elevaban siempre al Señor» (1).

Decía a menudo: «Acostumbraos a la actividad en el trabajo, pero no seáis precipitadas; una Hermana activa en el trabajo lo es también en el espíritu».

Declaró una Hermana: «Nos hablaba con frecuencia del cielo, exhortándonos a soportar las tribulaciones de la vida, en la seguridad de que el Señor lleva cuenta de todo, aun de las cosas más pequeñas» (2).

Y repetía muchas veces: «Animo, Hermanas, que trabajamos por un Amo riquísimo que nos ha prometido el ciento por uno».

«Había recomendado a la maestra del taller que todos los días señalara a cada una la labor que debía hacer y ella misma —escribe una Hermana—, pudiendo, trabajaba con nosotras, La vi en un día empezar y terminar de coser a mano —ya que entonces no se hablaba de máquinas— un hábito completo.»

Otra atestigua: «Era tanta su actividad que se prefijaba por la mañana el trabajo que debía hacer antes del mediodía y lo conseguía. Alguna vez decía: “A la hora del examen tengo que terminar este vestido de niña”, y mientras las Hermanas se le acercaban para pedir permisos, ella escuchaba y respondía a todas, moviendo la aguja con rapidez».

Recomendaba que ninguna se comparase con otra que trabajara menos o liciera labores menos delicadas, sino que deseaba que cada una trabajase cuanto pudiera, buscando

(1) Proc. Ap., p. 50.

(2) Proc. Ap., p. 178; cfr. Proc. Ord., pp. 195 y 196.

hacerlo lo mejor que supiera y pudiese, porque decía: «Dios no pide cuenta si se ha hecho más o menos trabajo que otra, sino si se han empleado todos los talentos que El nos ha dado».

Si oía que alguna alababa su actividad, decía en seguida: «¡Ay, hija mía!, se requiere algo más que esto para presentarse ante el tribunal de Dios y merecer el paraíso». Y tomaba ocasión para recomendar la rectitud de intención, recordando que Dios penetra todos nuestros pensamientos, oye nuestras palabras, examina nuestras obras y nos pedirá un día rigurosa cuenta de todo.

Recordaba que no era la enseñanza, el bordado u otro trabajo impuesto por la obediencia lo que nos haría merecedoras de premio ante Dios, sino lo que hiciéramos con mayor rectitud de intención, aunque fuera en sí ordinario, según el parecer de los demás.

Cuando tenía que salir del taller pedía permiso a la más próxima, fuera Hermana, novicia o postulante.

4. Una Hermana declaró: «Reconocí que Madre Mazzarello era una persona de mucha fe y de mucha actividad. Se veía que obraba en la presencia de Dios y nos inculcaba que fuéramos laboriosas y activas, y que santificásemos nuestras acciones con jaculatorias, viviendo en la presencia de Dios» (3).

Cuando tenía que hablar con alguna Hermana, antes de despedirla, le daba un recuerdo en forma de máxima para que pudiera recordarla más fácilmente. A una le dijo: «Obra de forma que Jesús pueda decirte cada noche: Hija mía, estoy contento de ti». A otra: «Recuerda siempre el momento de la muerte y pregúntate a menudo a ti misma: ¿Qué querría haber hecho entonces?»; a una tercera: «En tus obras piensa: ¿me servirá esto para la eternidad?»

5. Una Hermana declaró: «Recuerdo que en las conversaciones solía sacar de las cosas materiales motivos para elevarse a sí misma y a los demás a Dios» (4).

(3) Proc. Ord., p. 167.

(4) Proc. Ap., p. 201.

A veces tomaba ocasión del saludo para hacer una pregunta que obligaba a reflexionar: «Nosotras decimos: ¡Viva Jesús! ¡Viva María! Pero ¿los tenemos de verdad en nuestro corazón?»

6. En todo y en el mismo juego encontraba siempre motivo de humillarse, ya que aunque era desenvuelta y hábil, sin hacerlo notar perdía expresamente y así recibía el castigo que solía darse a la que se equivocaba.

Muchas veces se la vio arrojarse a los pies de las Hermanas y postulantes y besárselos respetuosamente.

Sor Pacotto, que la veía con frecuencia besar los pies a dos Hermanas exteriormente poco agradables y muy ordinarias en su trato, un día le pareció bien preguntarle:

—Madre, ¿por qué besa con frecuencia los pies a aquellas dos Hermanas?

—Porque son verdaderamente humildes y están muy unidas a Dios, estoy segura de que sus virtudes atraen las bendiciones del Señor sobre la casa... yo no soy digna de tener tales hijas...

Una de estas dos Hermanas no tenía estudios y se cuidaba de la vaca, pero exteriormente aparecía su unión con Dios y murió en olor de santidad. La Madre le besaba los pies y le pedía que le manifestara libremente los defectos que viera en ella (5).

Pero advertimos que Madre Mazzarello, ajena a toda exterioridad, hacía tales actos porque se los recomendaba el director y para dar a las Hermanas ejemplo de docilidad y de humildad; pero al cambiar la dirección los dejó, al menos públicamente.

7. Consideraba siempre el cargo de superiora a la luz de la fe, esto es, que quien ocupa el primer lugar debe hacerse siervo de todos (6); por eso se creía en el riguroso deber de hacerse toda para todos. «Austera consigo misma —escribe una Her-

(5) Ver cap. VIII, núm. 4 de esta misma parte; ver también parte IV, cap. IV, núm. 8.

(6) MATEO, XX, 27; MARCOS, X, 44.

mana— tenía gran bondad y atenciones con las Hermanas, novicias y postulantes.»

Y Monseñor Costamagna: «Olvidada de su posición, se convertía a veces en lavaplatos, lavandera, enfermera y viñadora» (7).

Sor Angela Vallese nos decía: «En invierno, cuando estábamos todas en la cama, la Madre pasaba muchas veces a ver si estábamos bien abrigadas, para que ninguna pasara frío. Era una verdadera madre».

Y otra misionera: «Su materno corazón, formado según la caridad divina, descubría nuestras penas; su voz suave disipaba las tristezas, su delicada mano curaba las heridas del corazón, a fin de que, elevando siempre nuestro pensamiento al Señor y a la santidad que requiere nuestra vocación, combatiéramos el amor propio y conservásemos inalterable la virtud de la humildad y la mutua caridad fraterna, alma y vida de la casa religiosa».

8. No existía parcialidad alguna o si la había era hacia las más necesitadas. Una Hermana declara: «Mostraba particular atención, cuidado y solicitud con las enfermas y se la veía sufrir al no poder aliviar sus penas».

Hay dos maneras de consolar al que sufre, una consiste en alejar la causa del sufrimiento, calmar el dolor, tomar parte en la pena del que sufre, compadecerlo; también en demostrar que a menudo lo que tanto nos hace sufrir es una exageración de la imaginación; pero para probar esto se requiere mucho tacto y caridad, de lo contrario se aumenta el dolor del que sufre.

Otra manera es la de infundir en el afligido el valor de soportar los males con mérito, por amor de Dios.

La Santa se sirvió, según las circunstancias de una u otra forma, o de las dos a la par.

Sor Pacotto escribe que encontrándose poco bien de salud sentía necesidad de tomar bastante alimento, incluso merenda-

(7) Proc. Ord., p. 267.

ba, pero aun así a las once o las doce de la noche se despertaba y por la debilidad no era capaz de dormirse. Se lo dijo a la Madre y ésta, después de escucharla con toda paciencia y bondad, le dijo:

—Esta noche, cuando te despiertes, bajas a la cocina y allí encontrarás lo que necesites.

—Pero si rompo el ayuno, ¿cómo podré comulgar?

—Bien, me ocuparé yo.

«Y he aquí que poco después de las once viene la enfermera a mi cama con la linterna en una mano y en la otra pan y una taza, diciéndome: “La Madre te recomienda que tomes esta taza de leche”, y yo la tomé y me sentí restablecida. La Madre continuó mandándome la leche hasta que me pasó la molestia.»

«Así —dice la misma Hermana—, siendo entonces tan escasos los medios, no es de extrañar que tal vez sufriera alguna; pero apenas se daba cuenta la Madre, la llamaba y le decía: “¡Pobrecita! Tú necesitas más alimentación, ve a la cocina y di que te den algo, y después vas a dar una vuelta a la viña para tomar un poco de aire”.

»No hacía distinción entre enferma y enferma, porque eran igualmente sus hijas y veía en cada una un miembro de Jesús doliente, al que se debe prestar alivio; pero si hacía alguna excepción era para las más jóvenes y tímidas, y frecuentemente iba ella misma a recomendarlas a la enfermera.

»Las visitaba a menudo, las consolaba y, si era necesario, les prestaba los servicios más humildes con la máxima caridad y humildad» (8). Parecía un ángel y encontraba mil pequeñas industrias para aliviarlas.

Recomendaba también muchas veces a las Hermanas que prestasen a las enfermas una asistencia asidua y amable.

Una Hermana que entonces se ocupaba de la cocina en Mornese nos contaba: «La Madre era toda caridad y delicadeza con las enfermas. Venía a la cocina y me decía: “En la sopa de tal y tal otra pon un poco de carne picada; para ésta y aquélla

(8) Proc. Ord., p. 391.

pon un trozo de queso más grande, etc.”, y me decía que hiciese así para que nadie se diera cuenta y las enfermas no tuvieran que sufrir».

«Si tenía algún temor era que las enfermas perdieran la paciencia y el mérito de sus sufrimientos (9), y por esto —escribe Sor Lorenzina Natale, una de las primeras misioneras de América— la Madre, llena de amor de Dios y de la cruz de Jesús, tenía siempre preparados millares de motivos sobrenaturales para inculcar en nuestras almas paciencia y resignación a la divina voluntad, bien con el recuerdo de los dolores de María Santísima, bien con un pensamiento del cielo, y se expresaba con tanta suavidad que penetraban dulcemente en el corazón de las queridas Hermanas, derramando el bálsamo de celestiales consolaciones.»

Si después veía a alguna un tanto reacia a resignarse, le decía: «Comprendo que sufres, pero este mal tuyo no es ni siquiera como un clavo de nuestro Señor, ni como la corona de espinas, ni siquiera como una espina de las que le penetraron las sienes», y con caridad las exhortaba a tener ánimo, a unir sus dolores a los de Jesús y a ganar méritos (10).

También en esto servía de ejemplo a todas: a menudo sufría dolor de muelas, de oídos, sordera y otros achaques; a veces se la veía con la cara vendada, pero nunca se la oía una queja (11); se la veía trabajar igualmente con agilidad o dando vueltas por la casa con el rostro sereno, saludando sonriente y dando un buen consejo o diciendo una buena palabra a quien encontraba.

Mientras tenía unos cuidados verdaderamente maternos con la salud de las Hermanas, vigilaba atentamente para que no se tuviera demasiada delicadeza con el cuerpo, y procuraba también algunas veces ocultar sus atenciones, no sé si por no atraerse demasiado el agradecimiento o por temor de que la que era objeto de ellas se envaneciese o pensara tener un mal más grave de lo que era.

(9) Proc. Ap., art. 105.

(10) Proc. Ord., p. 163.

(11) Proc. Ap., p. 310.

«Por esto, estando una vez indispueta madre asistente —refiere una Hermana—, la Madre creyó conveniente hacerle tomar un huevo y me mandó que se lo llevase y le hiciera creer, pero sin mentir, que la idea había sido más mía que de la Superiora.»

9. Si usaba tantos cuidados para aliviar los dolores corporales de sus hijas, no los tenía menos para aliviar las penas morales. Si veía a alguna triste o llorosa, le preguntaba en seguida: «¿Qué tienes? ¿Qué te ha pasado?», y con su manera de hacer tan maternal y afectuosa se atraía la confianza y era el consuelo de todas.

Escuchaba con paciencia y, según los casos, hacía entrar en razón a quien había faltado, consolaba a la que estaba triste y concluía: «Ahora no pienses más, me lo has dicho y basta; toda tu pena la asumo yo y tú no debes pensar más en ello; de verdad, ¿eh?» Y sonriendo hacía sonreír.

Con estas y otras palabras semejantes, recordando particularmente el premio eterno prometido a los que sufren por amor de Dios (12), con afables maneras las despedía consoladas.

Todas las ancianas recuerdan que solía decir: «El trabajo, los sufrimientos, los sacrificios, la vida y la muerte son nada comparados con el premio y el gozo eterno del paraíso que nos espera. Aquí la fatiga, allá el descanso; aquí el sufrir, allá el gozar» (13).

Nunca mostraba fastidio, disgusto o cansancio cuando tenía que decir y repetir las cosas; se hacía cargo del sufrimiento de quien le hablaba y se mantenía siempre paciente y caritativa.

Un día le preguntó alguna cómo podía tener tanta paciencia para escuchar a una persona que le contaba siempre las mismas cosas, y ella contestó: «Porque las cosas que a ti te parecen pequeñas, ella las considera graves y le hacen sufrir mucho».

(12) Proc. Ord., p. 291.

(13) Proc. Ap., p. 181.

Frecuentemente intuía las necesidades espirituales de sus hijas y procuraba remediarlas prontamente a fin de que pudieran servir al Señor con santa alegría. Una Hermana escrupulosa se retiró un día a un ángulo oscuro de la iglesia para prepararse mejor a la confesión.

La Madre, al no verla ni saber dónde estaba, la hizo buscar por toda la casa, y al encontrarla le preguntó: «Pero ¿dónde estabas? He pasado una hora intranquila por ti y te he hecho buscar por tierra y por mar y hasta en el pozo. Ves, los escrúpulos son un mal terrible y yo los he probado; pero cuida que el demonio no te quite el remedio más eficaz que es la confianza y obediencia al confesor».

Y le confiaba cómo en algún tiempo también ella había padecido escrúpulos y cómo se vio libre de ellos obedeciendo al director, como ya dijimos en la primera parte.

La buena religiosa quedó edificada de la caridad y confianza de la Madre, siguió su consejo y se vio libre de las penas que la atormentaban.

Nos contaba Madre Petronila que había una postulante a la que le parecía siempre demasiado breve el tiempo que se le concedía para hacer el examen de conciencia, ya que habría empleado no sólo un día, sino toda la semana. La Madre trataba de convencerla de que estaba dominada por los escrúpulos, pero ella decía que no y entre tanto continuaba con su turbación.

Un día la llamó la Madre y le dijo: «Emplea todo el tiempo que quieras y vete a la habitación a escribir en un folio tus pecados, pero verdaderos, no fantásticos, y luego me los enseñas desde lejos, sin que pueda leerlos; pero sólo para convencerme que tienes tantos pecados como dices tú y por lo cual necesitas tanto tiempo para el examen». La postulante obedeció, estuvo largo tiempo en la habitación y después volvió con el folio en blanco, diciendo:

—No he encontrado verdaderos pecados; sólo tantas cosas...

—Cosas que hacen dar vuelta a la cabeza a ti y a los demás. Por tanto, tengo razón en decirte que no debes perder el tiempo en estos pensamientos, sino que debes hablar con el

confesor y obedecerle ciegamente, porque éste es el único remedio para curarte y estar alegre (14).

Sor Angela Vallese, que ingresó en el Instituto en 1875, declaró: «Cuando yo entré en religión estaba muy atormentada por los escrúpulos; me confesaba, pero no podía comulgar, llegando a estar alejada de la Sagrada Eucaristía desde Pascua hasta los Santos. La Madre rezó con la maestra de las novicias y me dio tan buenos consejos que me vi libre de ellos, pareciéndome que se me había quitado un gran peso de encima» (15).

10. Procuraba reavivar en todas la esperanza, «especialmente en las que tuvieran penas de espíritu, incertidumbres o escrúpulos, exhortando a soportar la prueba confiando en la recompensa del Señor» (16) y de recurrir a El con la oración, dando ejemplo ella misma.

«Un día —declaró Madre Sorbone— la Sierva de Dios me invitó a acompañarla al llamado bosquecillo contiguo a la casa de Mornese. Me pareció que se encontraba muy afligida. Yo le pregunté:

—Madre, ¿qué le sucede? ¿Puedo aliviarle en algo?

—Sor Enriqueta, tengo tantas penas...

»Habiendo yo insistido si podía hacer algo por ella, añadió:

—¡Recemos! —y noté que recobró en seguida la serenidad» (17).

«En fin —depuso Madre Petronila—, recordaba con frecuencia las máximas de Santa Teresa: “Nada te turbe, todo se pasa. Dios no se cambia; quien a Dios tiene, nada le falta”» (18).

Y las practicaba a toda costa, fijo el pensamiento en Dios

(14) Proc. Ord., p. 412.

(15) Proc. Ord., p. 421.

(16) Proc. Ap., p. 184.

(17) Proc. Ap., p. 184.

(18) Proc. Ord., p. 304.

que lo sabe todo y todo lo puede, permanecía tranquila y serena diciendo: «El Señor, que lo ha permitido, nos ayudará; ¿para qué atormentarnos?» (19).

Así la casa de Mornese, dirigida con sabiduría y santidad, progresaba fervientemente en la virtud: una era la mente, uno el corazón de todas las religiosas, uno el fin: hacerse santas para poder santificar al prójimo.

(19) Cfr. Proc. Ord., p. 217.

CAPÍTULO XVIII

De algunas virtudes y recomendaciones de la Santa

1. Predilección de la Santa por la pureza.—2. Su devoción a Jesús Sacramentado. Testimonio de Monseñor Costamagna.—3. Su espíritu de piedad.—4. Sus conferencias.—5. Su esperanza.—6. Su caridad.—7. Pensamientos de una conferencia sobre el fervor y la observancia de la Regla.—8. Cada religiosa, una copia viviente de la santa Regla.

1. La Santa Madre amaba y practicaba todas las virtudes cristianas y religiosas; pero si tenía predilección por alguna, era por la pureza.

«Era un lirio de pureza —atestiguaba una religiosa anciana— y cuando hablaba de esta virtud parecía que se transfiguraba» (1).

Hablaba con mucha delicadeza, con ardor de sentimientos e inflamaba a todas en amor a la bella virtud. Su acento revestía la forma de la inspiración y parecía que un ángel le sugiriese las palabras.

Con frases sencillas, pero elevadas, explicaba conceptos nunca oídos; hacía comprender la grandeza de la virginidad y del estado religioso por el cual el alma consagrada deja todo para darse plenamente a Dios y Dios la asocia a Sí en la salvación de las almas, por lo que la joven renuncia a la familia y Dios la hace madre de gran número de almas escogidas para el cielo, o sea, de las almas que tiene que salvar con la oración, el trabajo y el sacrificio.

Explicaba cómo las Hermanas, habiéndose consagrado

(1) Proc. Ap., pp. 321 y 322.

totalmente a Dios, debían ser ángeles de pureza y evitar cualquier cosa que pudiera desagradar a su divino y purísimo Esposo. Y pasando revista a todos los sentidos del cuerpo, con palabras sencillas, pero apropiadas y prudentísimas, enseñaba cómo se debían tener mortificaciones y cómo santificarlos.

Hablando más tarde de los peligros para la bella virtud, decía que aún en casa se debían tener recogidos y mortificados los ojos. Ninguna debía dispensarse nunca de la más severa reserva, ni siquiera en caso de enfermedad.

Amaba tanto esta virtud que no quería que se le acercasen demasiado las niñas ni las Hermanas, ni que la cogieran de la mano.

2. Tenía una gran devoción a Jesús Sacramentado y en la iglesia estaba de rodillas con una actitud tan modesta, una humildad tan profunda y un recogimiento tan devoto, que nos edificaba a todas (2).

Rezaba con todo fervor y bien se veía que su alma inmersa en Dios olvidaba las cosas de la tierra y pensaba sólo en las del cielo.

«¡Qué fe —exclama Monseñor Costamagna— tenía en la presencia de nuestro Señor Jesucristo...! Se entretenía a menudo y largamente ante Jesús Sacramentado, fija su vista en el Sagrario, se desahogaba en santos coloquios, le reprochaba dulcemente y algunas veces parecía incluso quererle mandar y reprender dulcemente cuando no obtenía en seguida cualquier gracia para alguna de sus hijas.»

Y el mismo declaró: «Uno de tantos hechos que demuestran su amor al Santísimo es el siguiente: La postulante María Favero había manifestado a la Sierva de Dios su intención de abandonar el Instituto; ella me propuso que fuera con dicha postulante ante Jesús Sacramentado para pedirle luz sobre cómo hacer en este caso.

»Fuimos. Después de una breve oración la postulante se echó a llorar diciendo que quería quedarse en el Instituto, y en

(2) Proc. Ord., pp. 163 y ss.

efecto, se quedó y murió después de una vida consagrada a Dios. Ahora yo invito a esta alma escogida a que me ayude a dar gracias a Dios después de la Sagrada Comunión» (3).

También en el recreo demostraba su amor con ardientes jaculatorias. A veces decía con una sencillez que encantaba: «¡Cuánto me gusta estar en la iglesia sola! ¡Entonces me parece estar más cerca de Jesús y ser toda de Jesús! Muchas veces digo: “¡Jesús, ahora estoy sola contigo, estoy sola y en la iglesia no hay nadie; haz que te vea, aunque sólo sea un momento, para que pueda contemplar tu adorable rostro!” ¡Qué hermoso sería esto! ¿Verdad, Hermanas? ¡Cuán hermoso sería ver a Jesús! ¿Quién sabe lo que experimentaremos cuando lo veamos?»

Una Hermana, al oírla hablar un día con tanta fe y amor a Jesús Sacramentado, se atrevió a preguntarle:

—Pero usted, Madre, ¿no ha visto nunca a Jesús?

Y ella con toda humildad dijo:

—No, no lo he visto nunca. ¿Y quién soy yo para que Jesús se me haga presente? Estoy bien lejos de tener la virtud y santidad que se requieren para obtener esta gracia; pero sabemos que Jesús está realmente presente en el Santísimo Sacramento. Vivamos santamente y le veremos un día (4).

Otro día hablaba la Madre de las críticas circunstancias financieras por las que pasaba la casa de Mornese, por lo que estaba muy preocupada al no poder satisfacer las necesidades más apremiantes de la misma. Una de las Hermanas presentes le preguntó:

—¿Cómo hace usted, Madre, en estos casos cuando está rezando en la iglesia?

La Santa, con su ingenuidad, respondió tranquilamente:

—¡Ah, no, por gracia de Dios, estas cosas no me vienen a la mente en la iglesia!

3. Se notaba en ella un espíritu de piedad tal que se descubría que estaba siempre en la presencia de Dios, no sólo

(3) Proc. Ord., p. 174.

(4) Proc. Ap., p. 140.

en la oración vocal y en la meditación, sino también en los trabajos materiales. A pesar de tener una educación sencilla y una mediana instrucción, hablaba de temas espirituales con tal conocimiento y claridad, especialmente en las conferencias dominicales, que parecía más un sacerdote que una sencilla religiosa.

«¡Cuánto nos recomendaba vivir en la presencia de Dios! —escribe otra— y ¡cómo nos enseñaba la manera de vivirla convenientemente! ¡Cómo inculcaba la unión con Jesús Sacramentado y todas las prácticas de piedad que ella cumplía con admirable perfección...!»

4. «En sus conferencias —escribe una tercera— era muy familiar. Se sentaba en una banqueta en el taller, abría la santa Regla, entonces manuscrita, que tenía en gran respeto, y nos la explicaba con sencillez, pero muy prácticamente. Se entendía que Dios la iluminaba porque tenía una palabra franca y segura, fuerte y dulce a la par, de modo que jamás ofendía.

»Combatía la falta de sinceridad, el amor propio, los rodeos, las excusas, las ligerezas y, con frecuencia, nos decía que pidiéramos al Señor nos hiciera pasar el purgatorio en esta vida. Recomendaba la fuga del pecado, aun de los más pequeños, y el interés por nuestra perfección.»

«Recomendaba —depuso el Cardenal Cagliero— que fueran siempre perseverantes en la obediencia a los superiores y a la Regla, dada por el Santo Fundador Don Bosco, asegurándoles que no había otro camino para estar seguras de hacer la voluntad de Dios; que Jesucristo, siendo Dios, obedecía a su Santísima Madre y a San José, porque representaban al Padre Celestial, y que fue obediente hasta la muerte de cruz.

»Por tanto, que obedecieran, y obedecieran siempre tanto en las cosas fáciles como en las difíciles, en las agradables como en las desagradables, porque ninguna virtud es más querida al Señor y más segura para ir al cielo.

»Sus palabras iban acompañadas del ejemplo, porque

nunca la vimos ni las compañeras ni yo obedecer con desagrado, con observaciones, de mala gana o bien poniendo dificultades; por el contrario, en seguida, al momento aceptaba el parecer, el deseo, las indicaciones del superior» (5).

He aquí cómo describe una Hermana a la Madre:

«Su modo de hablar era sencillo, sin ninguna afectación, pero lo que decía, lo decía con gran fervor y celo; sin ningún deseo de hacer buen papel, sino sólo con el fin de procurar el bien de las almas.

»Sentía tan profundamente lo que decía y estaba tan penetrada de ello, que obligaba no solamente a escucharla, sino a realizar cuanto decía. Sabía presentar la virtud tan amable y atrayente, que movía e invitaba a practicarla. A veces ponía semejanzas tan apropiadas que se grababan en la imaginación y se imprimían en el alma.

»Un día, hablando de la necesidad de ser fieles y exactas en las cosas pequeñas, explicó que si se quería crecer en la virtud no se debían descuidar como cosas sin valor; y añadió: “¿Qué diríais de un barquero que viendo un pequeño agujero en su barca no se preocupase para nada y continuara avanzando en alta mar? Diríais: Este hombre camina a muerte segura, porque el agua penetrando poco a poco en la barca no tardará mucho en sumergirla y cuando quiera poner remedio será ya tarde”.

»Del mismo modo: “Si en un edificio no se presta atención a los pequeños desperfectos, todo él se destrozará y acabará por derruirse. ¡Cuántas veces se ha oído decir que un edificio se ha derribado! ¿Cuál ha sido la causa? Una pequeña inadvertencia, un poco de humedad u otra cosa pequeña”.

»Y volvía al alma, explicaba minuciosamente el grave mal que produce la relajación en las cosas pequeñas, recomendando fuertemente no tener miedo a ser consideradas como personas de poco talento, sino que procurásemos ser exactas en todo y para todo.»

(5) Proc. Ord., p. 373.

«En ciertas conferencias —afirmaba Madre Petronila— decía casi siempre que si alguna sabía que algo no iba bien o se podía hacer mejor, lo dijera con toda libertad, que muy gustosa procuraría remediarlo del mejor modo posible, y además terminaba con un acto de humildad: “Yo —decía— os hago muchas recomendaciones, pero sabed que soy la peor de todas, por eso rezad por mí”»

O bien, como depuso otra: «Sabéis que soy una pobre ignorante y no sé hablar; por tanto, debéis compadecerme» (6).

Algunas veces usaba estas mismas expresiones con las educandas.

5. Su esperanza era muy viva y activa. «Me parece —atestiguó una Hermana— que esta virtud la animaba en todo y que procuraba infundirla en las demás. Nos exhortaba a llevar bien las pequeñas cruces diarias y a hacer todo con gran pureza de intención, diciéndonos: “Nosotras somos unas pobres ignorantes y no podemos hacer grandes cosas, pero el Señor tendrá muy en cuenta todos nuestros pequeños actos de virtud y nuestros sufrimientos”.

»Decía también que se debía desear sufrir cualquier cosa, porque después en el cielo el Señor nos daría un gran premio, y si bien no nos exhortara a pedir cruces, nos decía que procurásemos aceptar todo como venido de Dios y santificar todas nuestras obras y sufrimientos» (7). Y ella nos daba ejemplo.

Madre Sorbone testifica: «Se veía a menudo que estaba afligida por molestias o dolores, como grave mal de dientes, oídos, fuertes jaquecas, pero no se dejaba abatir. Sabía disimularlos y soportarlos hasta con buen humor, de modo que nos servía de verdadera edificación» (8).

6. Hablando de la caridad que debía reinar en casa, decía que había que formarse un corazón grande y bueno, combatir

(6) Proc. Ap., p. 381.

(7) Proc. Ord., p. 192.

(8) Proc. Ap., p. 184.

las envidiuchas, pasar por alto los pequeños desaires y procurar siempre devolver bien por mal. Decía: «Vea cada una en su Hermana una esposa de Jesús y, como tal, trátela con el respeto, la cortesía, la afabilidad que se merece por tan gran honor».

Repetía con frecuencia las palabras de San Juan: «Amaos unos a otros mutuamente», y explicaba cómo éste es el gran medio para conservar la unión y el fervor en la Congregación, porque sólo la caridad es vínculo tan fuerte como para tener unidos todos los corazones.

Recomendaba también de modo especial tratar con caridad y atención a las Hermanas que venían a hacer Ejercicios Espirituales. «Ved —decía— que nuestras Hermanas han trabajado durante el año y merecen todo nuestro amor y nuestra estima; sed con ellas cordiales, afables, complacientes.»

«Y en estas ocasiones —declaran algunas Hermanas—, aunque cansada por las diarias y triplicadas fatigas, cedía su cama a la que creía tener más necesidad que ella, y tomaba el indispensable descanso en un camastro que ella misma se preparaba con hojas de habas.»

7. Una religiosa nos ha conservado los siguientes pensamientos de una conferencia sobre la observancia de la Regla y la manera de mantener el fervor: «Si lo que dice Don Bosco ha de realizarse, nuestra Congregación está destinada a extenderse por todo el mundo, llegará hasta América; pero si queremos que se conserve siempre en ella el mismo espíritu y se haga siempre mucho bien, es necesario que nosotras, las primeras de la Congregación, seamos no sólo virtuosas, sino el espejo en el cual las que vengan después de nosotras puedan ver resplandeciente el verdadero espíritu del Instituto.

»Debemos vivir, obrar, hablar de manera que ellas puedan y deban decir: “¡Qué fervor había en nuestras primeras Hermanas! ¡Qué observancia...! ¡Qué espíritu de humildad y de pobreza...! ¡Qué obediencia...!” Así, siguiendo nuestro ejemplo, podrán continuar haciendo vivir entre ellas el verdadero espíritu del Instituto. Porque tenéis que saber que cuando las

Hermanas sean después tantas, difícilmente podrán conservar el fervor que podemos tener nosotras ahora que somos pocas; multiplicándose las Hermanas y engrandeciéndose la Congregación, el espíritu forzosamente tendrá que sufrir y el celo y el fervor poco a poco irán disminuyendo.

»Así dice Don Bosco que ha sucedido en tantas Congregaciones. Pero si nosotras, que somos las primeras, comenzamos a relajarnos, si no amamos, si no practicamos la humildad y la pobreza, si no observamos el silencio, si no vivimos unidas al Señor, ¿qué harán después las otras?

»E indicando la Regla decía: “Ved, en esta Regla que nos ha dado Don Bosco tenemos un tesoro; en ella están contenidos todos los medios para hacernos santas, y si las practicamos bien estamos seguras de ir al cielo.

Más tarde se imprimirá, pero ¿qué nos importa a nosotras que esté sólo manuscrita? Con tal que esté impresa en nuestro corazón, con tal que la conozcamos y la entendamos bien, y sobre todo la amemos y la practiquemos... Esto es lo importante, y debemos hacer lo posible para penetrar bien todo su espíritu.

¿Veis? Aquí dice que debemos observar bien el silencio. Y ¿por qué debe observar el silencio una religiosa? Para unirse más fácilmente a Dios y hablarle, para darle a conocer sus necesidades, para escuchar su voz, sus consejos y sus enseñanzas.

Si una Hermana no habla, pero piensa en las cosas del mundo y se pierde en pensamientos vanos, inútiles, y va investigando qué se hará o dirá de ella, si piensa en el buen resultado de un trabajo o en la palabra oída aquí o allá... Decidme: esta religiosa, ¿habrá observado el silencio? No, porque habrá callado materialmente, pero su corazón y su mente habrán hablado siempre y no habrán estado unidos con Dios.”»

8. Las palabras de la Santa eran escuchadas con profundo respeto y practicadas con la mayor perfección. La obediencia era tal que se volaba, no sólo a sus órdenes y a las de las demás

superioras, sino a cualquier persona que de algún modo representara la mínima autoridad. El silencio se observaba tan bien que se puede decir que no se rompía nunca y todas practicaban de verdad las máximas que el celoso Director había mandado poner en un lugar de paso bien a la vista: *Cada religiosa debe ser una copia viviente de la santa Regla.*

CAPÍTULO XIX

Los paseos y onomásticos

(1877)

1. No mencionamos ya las aceptaciones en el Instituto.—2. Muerte de dos buenísimas religiosas: Sor Sucetti (el 24 de marzo) y Sor Guala (el 9 de abril).—3. Los paseos.—4. Una novicia en un precipicio. Una mortificación de la Madre.—5. Un vestido para una niña.—6. El Jubileo episcopal de Pío IX.—7. Fiesta de la Madre y del director y felicitaciones al Obispo de Acqui y al Santo Fundador Don Bosco.

1. La observancia de la Regla y el fervor atraen ciertamente las bendiciones de Dios sobre el Instituto religioso y quien desea entrar en religión se informa primero si hay observancia en el Instituto; nadie aconsejaría entrar en uno relajado, porque quien entrara no estaría satisfecho y quizá en lugar de su salvación encontraría la perdición.

Entonces la observancia y el fervor en Mornese eran tales que no se podía desear más, y por eso no obstante la pobreza y las consecuencias que la acompañaban, las peticiones de las postulantes continuaban siendo numerosas y eran muchas las vesticiones; pero las pasaremos por alto sin mencionarlas, como haremos también con los triduos, novenas y fiestas celebradas con solemnidad externa y fervor siempre crecientes, en especial las fiestas de la Inmaculada, de Navidad y de María Auxiliadora, coronadas siempre con las profesiones religiosas.

Silenciaremos también las vesticiones y profesiones hechas en otras ocasiones, los Ejercicios Espirituales de las Hermanas y de las señoras, las veladas y recitaciones: todo esto podrá dar abundante materia a las memorias históricas del Instituto.

2. Por el contrario, diremos que en este tiempo el Señor visitó de nuevo la casa privándola de dos óptimas Hermanas. El 24 de marzo moría Sor Ana Lucetti, ejemplarísima, la cual temía hasta la sombra del pecado.

De ella se ha dicho que *hablaba poco, rezaba mucho y trabajaba incesantemente*. En el lecho de muerte se quejó de una gran pena que le atormentaba, y era que una vez en el ardor de la fiebre había tomado un poco de leche fuera de la comida y sin permiso; su humildad y confesión pública edificó más aún a las Hermanas (1).

Poco después, el 9 de abril, volaba al cielo Sor Paulina Guala, una de las Hermanas más fuertes y trabajadoras. No había trabajado rudo y pesado que ella no hiciese.

Las Hermanas la llamaban la *obediencia en persona*, porque parecía que tuviera alas en los pies para cumplir cualquier orden que se le diera.

A la actividad unía el espíritu de recogimiento y a menudo, durante el recreo, se la veía junto a la puerta de la iglesia en devota actitud. Interrogada sobre lo que hacía, contestaba: «Me da pena que Jesús Sacramentado esté solo».

Durante su enfermedad se abstenía de beber muchas veces por mortificación. Expiró plácidamente, sin pena alguna, contenta de ir con Dios que la llamaba y dejando a todas apenadas por su ausencia y con un buen recuerdo de sus muchas virtudes (2).

Estas muertes, si por una parte contristaban momentáneamente a la comunidad, por otra la estimulaban a trabajar con celo siempre más vivo mientras se tenía tiempo, con el fin de conseguir mayores méritos para el cielo.

3. La Santa Madre, a pesar de los múltiples trabajos que las ocupaban, concedía a las Hermanas algunos descansos y

(1) DON LUIGI GUANELLA, fundador de los Siervos de la Caridad y de las Hijas de Santa María de la Providencia, publicó en 1885 en Milán una biografía de nuestra Sor Sucetti en un opúsculo de 62 páginas titulado: *Cenni intorno alla vita di Anna Sucetti della Congregazione di Maria Auxiliatrice*.

(2) Véase *Cenni Biografici delle Giglie di Maria Auxiliatrice defunte nel primo decennio*, p. 20.

distracciones, pero siempre de modo que la piedad saliera ganando.

De vez en cuando iban a pie al Santuario de la Asunción, cerca de Lerma, o al de La Guardia, cerca de Gavi, sobre la colina que domina la ciudad. En estos casos, el paseo duraba todo el día.

En estas piadosas peregrinaciones tomaban parte casi siempre las educandas.

En el santuario se juntaban a veces con el párroco y el director para las funciones religiosas y las confesiones.

Tanto al ir como al venir, además de las alegres conversaciones, risas y bromas, se rezaban oraciones, el santo Rosario o desfilando por aquellos tortuosos senderos se cantaban algunas alabanzas a la Virgen, especialmente las que siguen:

Load a María,
oh, almas fieles,
resuene en el cielo
vuestra armonía.

Load, load,
load a María.

Mi bella esperanza,
mi dulce amor, María,
tú eres mi vida,
mi paz eres tú.

Cuando te llamo o pienso
en ti, María, siento
tal gozo y contento
que me roba el corazón.

El Serafín, oh Nazarena,
«Ave» te dice «de gracia plena».
Ave, por siempre, oh buena, oh pía;
¡Ave, María! ¡Ave, María!

Tú que te alegras de nuestro amor,
que los votos acoges del corazón,
defiéndenos de quien nos hería,
¡Ave, María! ¡Ave, María!

Llamando a María
siento en mi pecho
despertar la alegría,
reanimar el afecto.

Llamándola a ella sola
el corazón se consuela,
y el dolor se aleja.
Quien ama a María
contento estará, etc.

«María» resuena
en el valle y en el monte.
María repite el río y la fuente,
el aura que murmura
dentro de la fronda
«María» responde
el eco siempre fiel.

Quiero amar a María,
quiero darle el corazón,
quiero arder de amor
por ti, Madre querida.
Amé hasta ahora al mundo,
de él esperé la paz,
pero lo encontré falaz,
falaz y traidor.
Quiero amar a María, etc.

Algunas veces estas alabanzas iban intercaladas por otras
del Sagrado Corazón:

Corazón amable
del buen Jesús,
celestial origen
de toda virtud.
Vida dulcísima
de nuestros míseros
corazones eres Tú,
oh, corazón amable
del buen Jesús.

También cantaban al Ángel Custodio, a San Luis Gonzaga y, especialmente, a San José.

«Fueron estos poéticos paseos —escribe Monseñor Costamagna— los que me movieron a comenzar el libro de *Mes de María*, con música que después terminé en América, a la sombra del primer santuario de María Auxiliadora erigido en Almagro (Buenos Aires).»

«En nuestros paseos —declaró una Hermana que tomó parte en ellos— la Madre hacía de las iglesias el lugar predilecto de sus visitas, y si veía la lámpara del Sagrario apagada o próxima a extinguirse, se cuidaba de encenderla o de reavivarla, así como de colocar los manteles de los altares.

»Divisando alguna torre solía decir: “¿Veis aquella torre? Allí hay una iglesia y dentro está Jesús”, y nos hacía hacer una Comunión espiritual» (3).

4. En una de estas jiras la Madre hizo ver cuán espontáneo era el amor que profesaba a sus hijas. El 25 de julio de 1877 salieron de casa antes de amanecer, estando aún oscuro, para subir al monte Tobio (4).

En cierto momento una novicia puso un pie en falso, resbaló y cayó en un barranco entre las zarzas. Fue un grito general de terror.

Como la clueca al ver al pollito en peligro, se arroja también ella, olvidándose de sí misma para liberarlo, así cuando la pobre novicia no había llegado al fondo, y mientras las otras gritaban, la Madre había saltado ya abajo y, sin preocuparse de los pinchazos, la libraba de las zarzas y de las espinas y la ayudaba a salir y a ponerse a salvo (5).

Otra vez en un paseo al Tobio, no sé si en el mencionado

(3) Proc. Ap., p. 155.

(4) El Tobio es un monte que se alza a la espalda de los Apeninos Ligures, a 1.092 metros sobre el nivel del mar, y desde su cima, si el tiempo es favorable, se disfruta la vista de un panorama vastísimo, variado y encantador. En 1899 se abrió al culto una pequeña capilla con capacidad para cincuenta personas, dedicada a la Virgen de Caravaggio; pero muy pronto resultó insuficiente por la afluencia de personas devotas, por lo que fue agrandada, pudiendo acoger a más de trescientas personas y completada con la sacristía y un hermoso campanario.

(5) Proc. Ap., p. 216.

anteriormente o en otro, pero ciertamente fue en julio del mismo año, nos aseguró una Hermana que estaba en el grupo que todas sentían una sed ardiente debida un poco al calor y otro por la larga subida.

La Madre buscó agua, la encontró y dio de beber a todas las Hermanas, pero ella no tomó ni una sola gota con el pretexto de que no tenía necesidad. Cuando se la ofrecían desviaba la atención con un chiste y volvió a casa sin haber bebido; con esto quedaron todas edificadas de su mortificación.

5. En otro paseo que hicieron en mayo al santuario de la Rocchetta, en Lerma, dio un buen ejemplo de caridad hacia una niña de cinco o seis años.

Habiéndola visto toda andrajosa, mal cubierta y triste, en seguida le dio parte de sus provisiones y, no sabiendo cómo cubrirla mejor, dijo a las Hermanas: «Aquella que tenga entre vosotras la falda mejor, que me la dé».

En cuanto la tuvo en sus manos, se sentó en la hierba del prado, cogió las tijeras y cortó un vestido; distribuyó a continuación las varias partes entre las Hermanas para que la cosieran, cosió ella también con la actividad que la caracterizaba y, entre tanto, preguntó a la niña sobre el Catecismo y le enseñó a rezar las oraciones (6).

Una vez terminado el vestidito, se lo puso, recogió la tela sobrante, hizo con ella un paquetito y se lo dio, diciendo: «Lleva esto a casa y dalo a la mamá, pues le servirá para arreglar el vestido cuando se rompa».

Después, sabiendo que la niña tenía otros hermanitos, le dio dos o tres panecillos y queso, diciéndole: «Ahora vas a casa y lo comes con ellos». Y la mandó muy contenta con su familia.

Al volver por la tarde a casa y dar relación del paseo a toda la comunidad, dijo: «Hoy hemos encontrado en el camino una niña toda sucia, andrajosa, que movía a verdadera compasión.

(6) Proc. Ap., pp. 256 y 263.

Y he disfrutado mucho al ver que las Hermanas corrieron a acariciarla con afecto y caridad...»

Naturalmente, calló lo que ella había hecho, pero inculcó el amor sobrenatural que se debe a las niñas; que encontrándolas por la calle se acercasen a ellas con cariño, especialmente a las más pobres; que no mirasen su exterior, sino su alma, para ayudarlas y salvarlas, y que si no podían hacer otra cosa, les dejasen al menos un buen recuerdo (7).

6. Toda sabemos la gran veneración que San Juan Bosco profesaba al Papa, cómo trabajaba por infundirla en los fieles, cuánto deseaba que sus hijos fueran valientes propagadores de ella y no dejaran pasar ocasión propicia sin demostrar su respeto a la Santa Sede. El 17 de junio de 1877 se celebraba el 50 aniversario del episcopado del Santo Padre Pío IX y la casa de Mornese no podía dejar de corresponder a los deseos del Fundador.

«Madre Mazzarello —depuso Madre Daghero— tenía gran respeto a los sacerdotes y especialmente al Papa; hablaba de él a menudo, quería que se rezara por él y cuando ocurría cualquier fiesta que se relacionara con él, quería que se celebrase también en casa» (8).

Por eso todas las religiosas con las alumnas se prepararon con verdadero transporte de alegría al Jubileo episcopal de Pío IX.

La noche anterior el director con un discurso de ocasión explicó a todas la importancia y el significado de la fiesta, y al día siguiente se hicieron en la parroquia funciones solemnísimas: Comunión general, cantos y oraciones especiales por el Santo Padre.

Por la noche, gran iluminación, fuegos artificiales y la ascensión de globos aerostáticos con alegres gritos de: ¡Viva el Papa! ¡Viva Pío IX! ¡Viva el Vicario de Cristo! Y con cantos de alabanza terminaba la fiesta que algunas de las Hermanas

(7) Proc. Ap., p. 240.

(8) Proc. Ord., p. 289.

primeras nos decían, y alguna declaró en el Proceso, ser la más grande y más hermosa que se había celebrado en Mornese (9).

Como recuerdo se regaló a cada Hermana una fotografía de Pío IX, que fue recibida por todas con agradecimiento y conservada como objeto precioso, tanto que alguna Hermana pudo en 1912 enseñarnos dicha fotografía un poco desgastada por los años, pero cuidadosamente conservada.

Este fue el primer obsequio que las Hijas de María Auxiliadora recibieron en común en la pobre casa de Mornese; lo hacemos constar y nos alegramos de que el primer don que se les diera fuese la fotografía del Papa, y nos complace también decir que ahora la fiesta del Papa se celebra en todas las casas de San Juan Bosco con entusiasmo, tanto por parte de los niños como de las niñas.

7. Queremos también hacer constar que tanto en Mornese como más tarde en Nizza Monferrato se celebraba la fiesta de la gratitud, esto es, el onomástico de la Madre y del director.

Como el segundo nombre de la Madre era Dominga, las Hermanas y alumnas celebraban su onomástico el 6 de julio, dedicado a Santa Dominga, virgen y mártir, primero arrojada a las fieras y después decapitada en la persecución de Diocleciano; su cuerpo se conserva con gran veneración en Tropea de Calabria (10).

El onomástico del director se celebraba el día de Santiago, hermano de San Juan, el 25 de julio.

En ambos onomásticos, al fin del año escolar, si caían dentro de la semana, se hacía un paseo largo por todo el día o bien se trasladaba al domingo, para no perder las clases o el trabajo del taller.

«Las Hermanas —según escribe Monseñor Costamagna— se dirigían al escribano del pueblo, señor Traverso, poeta fácil e inagotable, pidiéndole una poesía para la fiesta de la Ma-

(9) Proc. Ap., p. 141.

(10) Véase mi libro *Giovani Eroi* del mes de julio, pp. 167 y ss.

dre (11) y después venían a mí para que les pusiera la música, se la enseñara a las Hermanas y educandas, y en la solemne velada acompañase el canto sentado al minúsculo *armonium* que había en la casa.

»Pero dos semanas más tarde llegaba la fiesta del director y ellas volvían al señor Traverso para que compusiera otra poesía de la misma métrica que la de la Madre, aprendían a cantarla y en la velada, después de los “¡Vival!” y de la bellísima composición, salían con este acostumbrado estribillo: “Entonaríamos un canto, pero nos falta el músico; si usted se dignara...”

»“Entendido —respondía yo—, estoy pronto a servirlos”. Y ellas traían en seguida el *armonium* junto a mí y allí *coram populo*, circundado de todo el clero mornesino, yo mismo me tocaba el himno que ellas cantaban.»

Y ya que hablamos de los onomásticos que dan ocasión a los súbditos y beneficiados de manifestar su agradecimiento y de ofrecer sus felicitaciones, permítasenos recordar que el director y las Hermanas, con motivo del onomástico o de Navidad, enviaban sus felicitaciones acompañadas de oraciones al Obispo de Acqui y al Santo Fundador Don Bosco (12).

(11) Transcribimos en el anexo al presente capítulo una que hemos podido encontrar. No es una obra maestra, pero será grata a la posteridad.

(12) Copiamos también una carta de la Madre a Don Bosco para su onomástico de junio de 1874.

Otra de felicitación por Navidad, de 1877, y una colectiva del Capítulo, también de felicitación a Don Bosco, de junio 1878.

ANEXO AL CAPITULO XIX, NUM. 7

**Las Hijas de María Auxiliadora a la Superiora General
Sor María Dominga Mazzarello en su onomástico**

(6 julio 1875)

Entonan con alegría un canto
a la buena Madre,
y el eco repite
un coro de ángeles.
Entre los días que nacieran
éste fue el más feliz.

Oh Madre, dulce Madre,
alegría del corazón,
tú eres de las niñas,
Hermanas y postulantes,
la guía fidelísima
que al cielo las conduce.

Tú eres la primogénita
Hija de María,
para nosotras un ángel
que el buen Jesús envía
a secarnos las lágrimas
y consolarnos siempre.

Eres para nos la llama
que llena de vida resplandece
en la oscuridad de la noche
más tenebrosa y horrenda;
que salve del peligro
a nuestro frío corazón.

Te llamamos Dominga,
o sea, toda del Señor
y los hechos demuestran
que tu único amor
es aquél que forma a los santos:
el amor hacia el Señor.

Continúa, queridísima,
 continúa amando a Dios,
 verás un día luminoso
 en que un ángel santo
 bella e inmortal corona
 en tu cabeza pondrá.

Y con sonrisa amable:
 Ven, dirá; arriba, ven,
 de los males más terribles,
 a los gozos más serenos;
 deja la mísera tierra;
 ven con nosotros al cielo.

Arriba con las angélicas
 Hijas de María
 falta la Superiora,
 la dulce Madre pía:
 sube pronto al solio
 que Dios te preparó.

Carta de felicitación de la Madre a Don Bosco

Casa de María Auxiliadora, 22 de junio de 1874.

Rvdm. Superior Mayor:

Permita que a las muchas súplicas que de todas partes se elevan al cielo por la conservación de su vida y prosperidad, una también yo las mías que, aunque pobremente expresadas, no por eso son menos fervientes y sinceras.

Quisiera poderle demostrar de alguna manera el agradecimiento que siento hacia usted por todo el bien que hace continuamente no sólo a mí, sino a toda la Comunidad.

No siendo capaz de decirle todo lo que siente mi alma, rezaré con el mayor fervor posible a su gran protector para que supla mi incapacidad y le obtenga del Señor las gracias que más desea.

Pediré también para que obtenga especiales bendiciones sobre todas las obras, y pueda gozar, ya desde esta vida, el premio de sus muchas virtudes viendo coronados sus trabajos con la abundancia de frutos, por los que usted tanto trabaja.

Permita, Rvdmo. Superior Mayor, que me encomiende a sus eficaces oraciones para poder cumplir con exactitud los deberes que mi cargo me impone y pueda corresponder a tantos beneficios que me ha hecho el Señor y a las esperanzas de usted; diga una de esas eficaces palabras suyas a María Santísima para que me ayude a practicar lo que debo enseñar a las otras y puedan recibir de mí los ejemplos que mi cargo me obliga a darles. El día de su onomástico diré a todas que ofrezcan la Sagrada Comunión por usted y, por su parte, acuérdesese de mí y de toda la Comunidad.

Perdone mi incapacidad, que no sabe expresarse, e interprete en estas pocas y mal enlazadas palabras todo lo que mi corazón quisiera decirle y, concediéndome una particular bendición, créame como me profeso con el debido respeto de V. S. Rvdma.

Afectísima Hija en Jesucristo,
SOR MARÍA MAZZARELLO

N. B.—Sólo la firma es de Madre Mazzarello.

Carta de felicitación navideña de la Madre a Don Bosco

¡Viva Jesús Niño!
Mornese, 24 de diciembre 1877

Mi Rvdo. y buen Padre:

Permita que a las muchas felicitaciones que reciba en estos hermosos días una yo las mías, mal expresadas, pero sinceras y de todo corazón. Deseo que, con la ayuda del Señor, haga de todas las Hijas de María Auxiliadora, presentes y futuras, otras tantas santas y después de haber santificado muchos miles las vaya a dirigir al paraíso. Desde luego, tendrá que trabajar mucho, pero el buen Jesús le consolará y le dará fuerzas. Cada día le pido esta gracia y esta noche y mañana se la pediré tanto que me escuchará y le bendecirá y concederá todo lo que necesita.

Por mi parte le prometo, con la ayuda del buen Jesús, hacer todo lo posible por ayudarle y aligerarle la carga. Usted, Rvdmo. Padre, no me ahorre nada; haga de mí lo que le parezca, corrijame sin ningún miramiento; en fin, tráteme como un padre trata a su hija

primogénita. Lo que más le recomiendo es que rece por mí, ¡me hace tanta falta!... Si doy siempre buen ejemplo a mis Hermanas, las cosas irán bien; si yo amo a Jesús de todo corazón, sabré también hacerlo amar de las demás. Pida, pues, a Jesús Niño por mí, especialmente en esta bienaventurada noche; dígame una de esas palabritas que todo lo obtienen.

Quisiera decirle aún más cosas, pero ¿qué quiere que le diga? El corazón está lleno, pero las manos no saben escribirlas. Usted, que es tan bueno, intérpretelas y acepte mis felicitaciones. Deme su paternal bendición y, mientras le beso la mano con respeto, me profeso de usted, Rvdo. Padre, humildísima Hija en Jesucristo,

la pobre SOR MARÍA MAZZARELLO.

N. B.—Esta carta está escrita toda por Madre Mazzarello. Son dignas de especial mención las palabras: «Si doy siempre buen ejemplo a mis Hermanas, las cosas irán bien; si yo amo a Jesús de todo corazón, sabré también hacerlo amar de las demás». Dos de los puntos más hermosos de su programa de Superiora.

Carta colectiva del Capítulo felicitando a Don Bosco en su onomástico

Mornese, 17 de junio de 1878
¡Viva San Juan!

Reverendo y buen Padre:

En este hermoso día cada Hermana quisiera, si fuese posible, manifestarle sus propios sentimientos, dar rienda suelta al corazón.

Nosotras, que somos del Capítulo, le tratamos más y por eso conocemos más que las otras el bien que hace a nuestra casa y los sacrificios y penas que le costamos; quisiéramos demostrarle de algún modo nuestra gratitud y nuestro filial afecto. ¡Si pudiera leer en nuestro corazón! Vería que no se puede decir con palabras lo que hay en él y que, aunque cuando le digamos que le queremos como a un padre y que quisiéramos de algún modo corresponder a los sacrificios que hace por nosotras, estas expresiones son sinceras y salen del corazón; no son cumplimientos, sino sólo una mínima parte de lo que el corazón quisiera decirle.

Nuestro mayor deseo sería que usted viviera feliz en esta casa; que no hubiera nada que le pudiera afligir y, en cambio, a veces somos

nosotras las primeras que le ocasionamos disgustos; ¡perdónenos!, y piense que eso sucede por ignorancia, pero que nuestra voluntad desea corresponder plenamente a sus amorosos y paternales cuidados.

Que el Señor nos lo conserve por muchos años y le dé el consuelo de vernos a todas santas y un día, todas unidas, haciéndole corona en el cielo. Este es el augurio que le hacemos de todo corazón, y en estos días ofrecemos nuestras Comuniones para obtenerle esta gracia y las que usted desea, así como las más selectas bendiciones del cielo.

Acepte con su paternal bondad nuestras felicitaciones sinceras y fervientes, aunque mal expresadas.

Permita que le pidamos un favor, es que rece por nosotras para que podamos ser de buen ejemplo a toda la casa; así es que corrijanos sin miramientos siempre que haga falta.

Bendíganos como un padre bendice a sus hijas, pues eso somos nosotras, y permita que, al besarle con respeto la mano consagrada, nos profesemos de usted, buen Padre, humildísimas hijas en Jesús.

SOR MARÍA MAZZARELLO
SOR PETRONILA MAZZARELLO
SOR JUANA FERRETTINO
SOR ENRIQUETA SORBONE
SOR EMILIA MOSCA

CAPÍTULO XX

Amor santo de la Madre hacia las educandas

1. Interés de la Madre por imitar a San Juan Bosco en el trato con las niñas internas.—2. Su amor por las niñas.—3. Una niña en la cama con los zapatos.—4. La Madre en el recreo. Celo para inculcar la santidad. Infunde en las niñas el espíritu de fe.—5. La devoción a la Virgen.—6. Inspira horror al pecado. La devoción al Ángel de la Guarda. Habla contra la vanidad y propone a la Virgen como modelo, especialmente en la pureza.—7. Procura encender en las niñas el amor a Dios y el deseo del cielo.—8. La imagen de Santa Inés y la Comunión bien hecha.—9. Recomendaciones y correcciones.—10. La consagración al Niño Jesús.—11. Otras recomendaciones.—12. Una niña dice que ha perdido la inocencia.—13. No debes decir nunca lo que te ha dicho el confesor.—14. No debes hablar de lo que has comido.

1. A lo largo de nuestro trabajo hemos hablado muchas veces de la acción de Santa María Mazzarello en favor de las jóvenes. Ahora queremos decir aquí, de modo especial, cuanto hacía por las educandas y referiremos casi siempre sus mismos testimonios.

Como Don Bosco acogía con preferencia en sus casas a los chicos pobres y abandonados, así la Madre daba preferencia a las niñas pobres y en peligro; pero conformándose en todo al espíritu del Santo Fundador, no aceptaba gratuitamente cuando podían pagar la pensión (1), porque no es justo que quien tiene lo suficiente viva de la caridad de los demás.

La visión del edificio en el que le pareció estar dirigiendo a numerosas niñas a las que instruía en la religión y formaba en la virtud le venía a menudo a la mente; habló de ella algunas veces a sus inmediatas colaboradoras y, animada de ardiente celo, acogía el mayor número posible de jovencitas para

(1) Proc. Ap., p. 284.

hacerlas buenas y preservarlas de los peligros a que estaban expuestas.

2. «Del amor a Dios —depuso una Hermana— nacía en ella un gran amor hacia el prójimo, en especial a las niñas pobres, a las que amaba cordialmente, procurando ayudarlas no sólo materialmente, a costa de cualquier sacrificio costoso, sino de modo especial, con arte admirable y eficaz para conducir las a la piedad y al amor de Dios, cosa que yo misma constataba.

»Estaba siempre dispuesta a privarse de parte de su alimento en favor de las más jóvenes y, en aquel tiempo de tanta escasez, procuraba dar parte de su pan a las más necesitadas por ser jóvenes y con buen apetito» (2).

Y las Hermanas, generosas, más aún, heroicas, imitaban su ejemplo.

He aquí una preciosa y conmovedora declaración: «En Mornese faltaba algunas veces incluso el pan, aunque las Hermanas se esforzaban con privaciones personales en hacernos a las internas menos sensible esta falta. En estos casos, Sor Enriqueta Sorbone, entonces nuestra asistente, salía del comedor, iba al de las Hermanas y nos traía algunas rebanaditas de pan de las que se habían privado ellas para saciar en lo posible nuestro apetito» (3).

Como hacía Don Bosco con los jóvenes, así la Madre acogía a las educandas con toda afabilidad, les hacía hablar mucho, les dejaba decir cuanto querían, las escuchaba con paciencia, buscaba todos los medios para endulzar el doloroso desprendimiento de sus padres y se mostraba verdaderamente madre. Las confiaba a las compañeras más buenas, a fin de que las informaran sobre el reglamento de la casa y las mantuvieran alegres.

Sor Teresa Laurentoni, que estuvo interna en Mornese, depuso: «Tenía un gran amor a las jóvenes, se sacrificaba por

(2) Proc. Ap., p. 247.

(3) Proc. Ap., p. 181.

ellas y quería (cuando ya era religiosa) que nos sacrificásemos también nosotras por la buena educación de ellas» (4).

Todas estas Hermanas y testigos que estuvieron en Mornese como también las mujeres del pueblo están plenamente de acuerdo con todo esto.

3. Una Hermana en los últimos años de su vida nos contaba: «Me llevaron a Mornese como educanda a los ocho o nueve años y recuerdo siempre con agradecimiento el acto de caridad que me hizo la Madre.

»Era invierno, hacía mucho frío, tuve sabañones en los pies, se me abrieron y por la noche no podía ni siquiera quitarme las medias porque estaban adheridas a la carne, pero no dije nada. Además me dolían al quitarme los zapatos y una noche me acosté sin quitármelos.

»Pasando la Madre una mañana por el dormitorio antes de levantarnos, no viendo mis zapatitos en el suelo, intuyó lo que pasaba; me preguntó y después, con todo cariño, se puso a lavarme los pies con agua tibia y a vendarlos con delicadeza verdaderamente materna.

»Cuando terminó me llevó a la capilla, me colocó en una sillita junto a la balaustrada y me dijo: «Estate aquí sentada y no te levantes ni para la consagración, pues Jesús estará igualmente contento».

4. Durante el recreo la Santa bajaba a menudo y con mucho gusto al patio, especialmente en el recreo de la merienda. Todas corrían alegremente a su encuentro con el saludo: «¡Viva Jesús, Madre!», o bien gritando: «¡Viva la Madre!», ella se detenía sonriente, con los ojos centelleantes, y decía: «Recor- dad que nuestra Madre es la Virgen», y les exhortaba a ser devotas de Ella.

Se entretenía familiarmente con todas, se interesaba por sus estudios, por sus pequeños disgustos, por sus familias. Tomaba parte en sus juegos y estudiaba el carácter de cada una para poder corregirlas mejor y formarlas en la virtud.

(4) Proc. Ord., p. 254.

Procuraba que estuvieran contentas, amaran al Señor y cumplieran sus deberes con alegría. Recomendaba agradecimiento al Señor, que les proporcionaba una buena educación, y corresponder a los cuidados y sacrificios que las maestras hacían por ellas.

La señora Alfonsina Fracchia, respetable madre de familia en Alessandria, nos contaba en 1926: «Entré como educanda en Mornese en 1876 y fui también al colegio de Nizza Monferrato. Recuerdo que la Madre era todo premura con las que lloraban o querían volver a su casa y les daba caramelos y estampas.

»Algunas veces no quería las castañas al desayuno y la Madre me llevaba a la cocina y mandaba que me dieran café con leche. ¡Y pensar que la casa era tan pobre y pagábamos tan poco!...

»Volver a verla al regreso de algún viaje era para nosotras una fiesta. Nos preguntaba: “¿Quién ha sido la más buena?” La asistente decía: “Fulanita”, y ella le daba una estampa. Luego, a fin de que no tuviésemos envidia, nos daba un caramelo a cada una.

»Muchas veces nos decía: “Debéis haceros santas; si el Señor os ha traído aquí es para que os santificuéis. En el mundo hay muchos peligros que incitan a obrar mal, aquí no; al contrario, hay muchos medios para hacer el bien”.

»Cuando la asistente le contaba que habíamos sido muy buenas, nos mandaba de paseo al santuario de la “Rocchetta”. Un hombre en el carrillo llevaba lo necesario para la comida y para nosotras era, como puede suponerse, un día de gran fiesta.

»A veces venía al recreo y parecía una niña más con nosotras, haciéndonos saltar y cantar:

»En el cielo, almas bellas,
allí sobre las estrellas
nosotras cantaremos
alabanzas al Señor.

Yo quiero hacerme santa
y santa siempre más
amando a mi Jesús.»

Madre Eulalia Bosco, sobrina de San Juan Bosco, decía que la Madre, en el cumplimiento de su deber, estaba inspirada únicamente por motivos de fe y que inculcaba a las niñas estos mismos motivos, y añadía:

«Cuando venía entre nosotras, educandas, y nos hacía sus exhortaciones, especialmente en las vísperas de las fiestas, sentíamos reavivarse en nosotras la fe, aumentar la devoción, crecer el deseo de la pureza del alma y la disposición a los sacrificios propios de nuestra edad» (5).

5. Se esmeraba en infundir en el corazón de las niñas la devoción a la Santísima Virgen y a San José, a San Luis Gonzaga y al Angel de la Guarda.

Recomendaba honrar a la Virgen especialmente bajo los títulos de Inmaculada, Auxiliadora de los Cristianos y de los Dolores.

Madre Eulalia Bosco depuso también: «Los viernes la Sierva de Dios solía decir alguna buena palabra respecto a la Virgen Dolorosa; el sábado aconsejaba a las educandas hacer alguna mortificación o algún pequeño sacrificio y ofrecerlo todo en honor de la Virgen.

»La vigilia de las fiestas de María Santísima ordinariamente reunía a las Hermanas y educandas para darles las llamadas "buenas noches" y les hablaba de la Virgen de tal modo, que nosotras, educandas, quedábamos enfervorizadas y persuadidas de que el día siguiente debía ser un día de cielo.

»Todos los años la noche del viernes santo la pasaban las Hermanas, en parte o completa, según el fervor de cada una, acompañando en santa vela a la Virgen de los Dolores. Las educandas hacíamos la vela algún tiempo más o menos largo, según la edad y el fervor de cada una» (6).

Y Madre Sorbone dijo: «Aproximándose alguna fiesta particular, y en especial la de la Inmaculada Concepción, recomendaba a las Hermanas y a las jóvenes rezar y prepararse

(5) Proc. Ap., p. 143.

(6) Proc. Ap., p. 147. Véase también el cap. X de esta misma parte, núm. 9.

a celebrarla dignamente, ofreciendo flores naturales cuando las tenían y siempre flores espirituales. Proponía la imitación de las virtudes más gratas a la Virgen: la humildad, la caridad y la pureza, e inculcaba la fuga del pecado, porque disgustando a la Virgen ofendíamos a Jesús» (7).

6. Vigilaba continuamente a fin de que el pecado, al que tenía sumo horror, no entrara en casa y recomendaba vivamente a las educandas la devoción al Angel de la Guarda, que está siempre con nosotras; exhortaba a vivir bajo su mirada y a no disgustarlo con el pecado... y en varias circunstancias del día nos recordaba su presencia (8).

Madre Enriqueta Sorbone nos dijo además: «La Madre nos inculcaba tanto el pensamiento del Angel Custodio y con palabras tan eficaces, que a todas, doquiera se encontrasen, les parecía ver junto a sí a su Angel y por eso se preservaban de toda apariencia de mal. Y yo misma, por las palabras de la Madre, después de tantos años, me parece ver siempre a mi lado al Angel de la Guarda».

Corregía con grave dulzura las faltas y los defectos que más a menudo combatía eran la vanidad, la codicia y los engaños. Madre Eulalia Bosco declaró: «Nos inculcaba mucho que procurásemos comparecer limpias ante Dios e imitar a la Virgen» (9).

Y continúa un poco prolijamente (éste era su punto débil), pero siempre con exactitud: «Nos exhortaba frecuentemente a mantenernos puras en los pensamientos, palabras y obras para conservarnos gratas a Dios; mortificar los ojos, porque son las ventanas por las que entra el enemigo. Para conservarnos más fácilmente puras y castas aconsejaba la devoción a María Inmaculada, al Angel de la Guarda y a San Luis Gonzaga, y nos exhortaba a comulgar con frecuencia, diciendo que donde está el Señor no entra el demonio.

»Al hablar de la bella virtud usaba estas frases: “Virtud

(7) Proc. Ap., p. 152.

(8) Proc. Ap., pp. 147 y 141.

(9) Proc. Ap., art. 31.

celestial, virtud angélica, virtud divina”, y tenía una actitud y un acento tan devotos que nosotras, educandas, recibíamos la impresión de que la pureza era una cosa extraordinariamente bella.

»Quería también que las educandas fuesen de modos desenvueltos, pero al mismo tiempo reservados, aun en el trato de unas con otras.

»Prohibía besarse y abrazarse y hasta cogerse de la mano, a menos que lo requiriese el juego o alguna necesidad. De esta reserva nos daba ejemplo ella misma, porque si bien tratase a las educandas con gran familiaridad y benevolencia, sabía también con toda naturalidad ingeniarse para impedir que las jovencitas se le acercaran demasiado» (10).

7. «Deseaba también que las educandas amáramos mucho al Señor y en sus breves palabras inculcaba el amor a Dios y el horror al pecado. Hablaba a menudo de Dios, de su bondad y de su providencia, y lo hacía con tal fervor, con tanta unción, que su conversación no sólo hacía bien a quien la escuchaba, sino que daba la impresión de escuchar a una santa.

»Puedo asegurar que de todas las cosas, aun las más sencillas y naturales, sacaba motivos para hablar de Dios, del deber que tenemos de amarlo, de estarle agradecidas, etc. (11).

»La Madre decía con frecuencia la siguiente jaculatoria: “Sea todo por Vos, mi buen Jesús, mi bien inmenso, cuanto hago, digo, sufro y pienso”.

»Estas palabras eran pronunciadas con tal acento que hacían en nosotras, educandas, una gran impresión y nos dejaban el pensamiento de que debíamos hacerlo todo por el Señor. Su jaculatoria se hizo entre nosotras tan familiar, que la rezábamos en el taller y fuera, y todavía hoy es muy frecuente entre las Hermanas, especialmente entre las mayores.

»Nos recomendaba también que pidiésemos a Dios un gran amor hacia El y un gran odio al pecado, y nos exhortaba a

(10) Proc. Ap., p. 323.

(11) Proc. Ap., pp. 203 y 204.

rezar la siguiente jaculatoria cuando pasábamos por alguna iglesia o entrábamos en ella:

»Os saludo, Jesús Sacramentado;
dadme un gran amor a Vos
y un gran odio al pecado» (12).

Madre Enriqueta Sorbone recuerda todavía la siguiente jaculatoria que la Santa inculcaba a las Hermanas y educandas:

«Venid a mi corazón, querido Jesús,
para quedaros siempre y no alejaros jamás».
«Bendita sea la hora
en que nacieron Jesús y María
para salvar el alma mía».

Recuerda también que la Madre recomendaba enviar muchos telegramas a Jesús y a María, queriendo decir que debíamos hacer gran uso de las jaculatorias.

Además, como su pensamiento estaba siempre fijo en el cielo, procuraba enamorar a todas, Hermanas y educandas, de él.

«A las internas de Mornese nos hablaba frecuentemente del paraíso, y lo hacía con tal unción que parecía como si lo viese. Cuando durante el recreo nos oía cantar: “A la ciudad de los Santos un día iremos”, como invadida por el espíritu de Dios, se unía a nosotras en el canto» (13).

8. En suma, de todo tomaba ocasión para inculcar la piedad a las niñas y formarlas en una vida verdaderamente cristiana: triduos, novenas, tribulaciones, enfermedades, la muerte de alguna Hermana, todo servía a su intento.

En el taller había colocado una imagen de Santa Inés, a la que tenía gran devoción, con el fin de que al verla, Hermanas y educandas, les recordara el amor a Jesucristo de la virgencita

(12) Proc. Ap., p. 283.

(13) Proc. Ap., arts. 80-90.

romana, su fortaleza en conservarse pura y su heroísmo al dar por él la vida antes que faltar a su fe y a su candor virginal.

Había puesto también dos cuadros que representaban uno la Comunión bien hecha y otro la Comunión sacrílega. En el primero se veía un gracioso niño sonriente, en torno al que volaba una alegre y blanca paloma; en el otro había también un bonito niño, pero triste, sobre el cual se envolvía una terrible serpiente en actitud de morderlo.

La Madre de vez en cuando nos recordaba el significado y terminaba siempre recomendando la vigilancia para no ofender a Dios, evitando la más mínima falta e inculcándoles la guarda de los sentidos, la sinceridad en la confesión y la devoción a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen.

9. Aconsejaba hablar de Dios con familiaridad, como se habla a las personas, de hablarle también en dialecto y añadía: «Conservad la piedad en el corazón, pero venced la tentación de aparecer devotas; temed la vanidad, inclusive al frecuentar los Sacramentos, y estad prontas a combatirla».

Recomendaba rezar por los padres y quería que agradecieran a Dios que éstos se mostraran austeros con ellas, como lo habían hecho los suyos (14).

Insistía sobre el deber de recibir de buen grado las correcciones de las maestras y asistentes, y ella misma, si las niñas merecían alguna reprensión, no se la perdonaba; pero «sabía darla con tanta dulzura y bondad —dice una religiosa— que se hacía aún más querida de las jovencitas, como le sucedía con las Hermanas y como yo misma lo experimenté» (15).

Quería que las Hermanas dieran en las correcciones el primer lugar a los motivos sobrenaturales.

Recomendaba también que en sus enseñanzas, bien fueran científicas, literarias o profesionales, tuvieran siempre presente la condición de las alumnas y el porvenir que les esperaba.

Habiendo observado que una de las asistentes, para que las

(14) Proc. Ap., p. 63.

(15) Proc. Ord., p. 278.

niñas fueran más educadas, les enseñaba a limpiar el cuchillo con una miga de pan que dejaban después en el plato y a dejar un poco de vino en el vaso, le dijo: «No, éste no es modo de enseñar a las jóvenes; nosotras no tenemos educandas de condición elevada, sino hijas que tienen necesidad de ser formadas con más sencillez y economía».

Cuando llegó a Mornese una buena maestra de labor se la quiso poner en el puesto de Sor Enriqueta Sorbone, pero la Madre no quiso, aduciendo que nuestras jóvenes tienen necesidad de aprender a hacerse un vestido, una camisa y que lo demás: encajes, bordados, etc., estaba fuera de su condición.

10. Entonces las prácticas de piedad eran poco más o menos como son ahora en el Instituto, pero en Mornese tenían esta particularidad:

El día de Navidad consagraban su propio corazón al Niño Jesús de esta forma: Después de las funciones, ya muy tarde, una por una entraban en la capilla, hacía la consagración de su corazón y leía sus promesas; después salía. Al final entraban todas y cantaban una alabanza.

El primer año, Don Costamagna les dijo unas palabras de ocasión. Pero después se vio que esto no era lo más adecuado y entonces se ideó otra ceremonia en el día de la Epifanía.

Antes de entrar en la sala, el director o la Madre, ponían un sobre en la mano del Niño Jesús con el «aguinaldo» del nuevo año dentro, y cuando todas estaban en su sitio, el director tomaba el sobre, sacaba el «aguinaldo» que daba Jesús Niño y se hacían las promesas y la consagración.

11. Recordamos también que la Santa Madre, devotísima de las almas del purgatorio, sufragaba y aconsejaba sufragar a los difuntos, especialmente con la muerte de alguna Hermana o de algún familiar de las educandas.

Recomendaba que se oyesen Misas y se hicieran Comuniones más fervorosas, que procurasen ganar y aplicar indulgen-

cias, rezar oraciones y que se ofrecieran los pequeños sacrificios de la jornada (16).

«Siete veces al día, después de rezar cada uno de los dolores de la Virgen en siete momentos distintos, Madre Mazzarello rezaba con la comunidad la oración “Eterno Padre, etc.” (17). Con esta oración en los labios entraba la Madre muchas veces en el taller de Mornese cuando iba a visitarlo, y esta oración la repetíamos las educandas al dar la hora durante el trabajo y también más veces en el curso de una hora» (18).

12. La señora Piana, de Casaleggio —pequeña aldea a dos kilómetros de Mornese—, había confiado a la Santa a su niña de cinco o seis años y le había dicho que la llevara a menudo con todas las educandas, a ser posible cada semana, a su casa y que prepararía para todas una buena merienda; así que casi todos los sábados iban las internas de paseo a Casaleggio. La señora era muy generosa y además de la merienda les regalaba siempre caramelos, confites y fruta.

Pero la Madre había acostumbrado a las niñas a hacer el sábado y en las novenas de la Virgen alguna pequeña mortificación, y las niñas al volver de Casaleggio llevaban a la capilla, a los pies del Niño Jesús, algo de los obsequios recibidos.

Cuando estaban todas en el estudio, una Hermana iba a recoger el fruto de las pequeñas mortificaciones y, a su tiempo, los repartía en el comedor entre todas las niñas.

«Un día —nos cuenta Madre Enriqueta Sorbone— una de mis hermanitas de cinco años hizo no sé qué capricho.

»La Madre la llamó y le dijo: “La asistente me ha dicho que hoy has hecho caprichos y por esto hoy no llevarás dulces

(16) Proc. Ap., p. 245.

(17) He aquí la oración: «Eterno Padre, te ofrecemos la Sangre Preciosísima de Jesucristo y los Dolores de María Santísima, en satisfacción de nuestros pecados, por las necesidades de la Santa Iglesia, en sufragio de las almas del purgatorio, por la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y en agradecimiento de los beneficios recibidos de tu infinita misericordia».

(18) Proc. Ap., p. 242.

al Niño Jesús, porque El no agradece los regalos de las niñas caprichosas”.

»La niña se echó a llorar, por la noche pidió perdón, prometiendo que sería buena, y la Madre le dijo que también ella podía llevar su obsequio a Jesús.

»Muy contenta se fue corriendo a llevarlo; salió de la capilla y dio una vuelta, volvió a entrar y se arrodilló en un banco hacia el final. Era el momento en que la Hermana iba a retirar las ofertas de las educandas.

»La niña observó desde el banco atentamente y con sorpresa cuanto hacía la Hermana, y al salir de la capilla se puso a llorar fuertemente, sin poder decir qué le pasaba y sin escuchar las palabras de consuelo. La condujeron a la Madre y entonces dijo: “¡Ay de mí! ¡Ay de mí!, ¡he perdido la inocencia!”

»La Madre le preguntó qué le había pasado y la niña le contó que había visto a la Hermana recoger los dulces depositados a los pies de Jesús, y que ya no creía que Jesús Niño aceptase con gusto los dulces que le llevaban, porque no los tenía ni los comía él, sino la Hermana que iba a cogerlos.

»La Madre la consoló diciéndole que el Niño Jesús estaba de verdad muy contento con las pequeñas mortificaciones que ellas hacían, que desde el cielo las bendecía a todas las que le llevaban algún obsequio y después le explicó que la imagen de la iglesia era sólo una figura de Jesús y la despidió consolada».

13. Terminamos con otras dos anécdotas ingenuas y graciosas.

Sor Angélica Sorbone, más tarde inspectora en América, refirió varias veces: «Tenía cinco o seis años cuando la reverenda Madre Mazzarello me preparó para la confesión y me llevó a la capilla con Don Pestarino, que era el confesor de la comunidad; pero no recuerdo bien si era la primera vez que me confesaba. Al salir de la iglesia me encontré con la Madre, que me preguntó:

--Angélica, ¿te has confesado bien?

--Sí, Madre.

—¿Y estás contenta?

—¡Oh, sí, mucho, mucho!

—¿Qué te ha dicho el confesor?

—Me ha dicho...

—¡Calla, calla! No se debe decir lo que el confesor nos dice en la confesión.

—Pero usted me lo ha preguntado.

—Te lo he preguntado, pero no te lo he dejado decir y lo he hecho así para darte este consejo: No digas nunca lo que te dicen en la confesión. ¿Lo recordarás?

—Sí, Madre.

»Y de verdad aquel recuerdo se grabó tan fuertemente en mi mente, aun siendo niña, que todas las veces que salgo del confesonario no sólo lo recuerdo, sino que me parece seguir oyendo a la Madre».

14. «Un día de fiesta en el comedor nos dieron algo más que de costumbre y, por tanto, también nosotras, las niñas, estábamos más alborotadas que de ordinario.

»Durante el día me encontré con la Madre y me preguntó:

—Angélica, ¿os han hecho fiesta hoy en el comedor?

—¡Sí, Madre, mucha!

—¿Qué habéis comido?

—Hemos comido...

—¡Calla, calla, Angélica! No se debe hablar de lo que se ha comido, ni siquiera pensarlo, porque no estamos en el mundo para comer, sino que comemos para estar bien y servir al Señor. Ahora vete donde debes ir, pero recuerda el consejo que te he dado.»

Terminamos este capítulo diciendo que las educandas de Mornese dieron todos óptimos resultados: la mayor parte ingresaron en el Instituto, desempeñaron dignamente cargos delicados e importantes y las que quedaron en el mundo hicieron honor a la educación recibida.

INDICE ANALITICO-ALFABETICO

NB.—El número romano indica la parte; el número arábigo en negrilla, el capítulo; el número arábigo redondo, el número que le corresponde en dicho capítulo.

A

Actividad de María cuando trabaja en los campos, I-4-2 y ss.; I-5-3; al coser, I-10-7; de religiosa, II-8-1; en el taller, II-17-3; no quiere elogios por su —, II-17-3; la Madre recomienda la — a las Hermanas, II-17-3; III-16-9; recomienda que no se hagan comparaciones sobre quien trabaja menos o hace trabajos menos bonitos, II-17-3; motivos para emplear la —, II-17-3; III-16-9; — de la Santa en los trabajos corrientes, III-16-7.

Adulación: la Santa dice a las Hermanas que se preserven de la — de las niñas, III-11-17; V-2-2.

Afabilidad de la Santa Madre, I-5-7; I-6-10; II-8-7; II-17-7; II-15-9; III-16-13; IV-1-4.

Agradecimiento: el — característico de Don Bosco y de sus hijos, I-11-8; María inculca el — a Dios por haberlas hecho nacer en la religión verdadera, I-12-9; I-15-3; la Madre quiere evitar el — de sus hijas, II-17-8; la Santa recomienda a las Hermanas el — a Don Bosco, III-14-2; a los Salesianos, III-14-2; — de la Santa a quien la sirve, IV-1-2; — de la Santa a Don Bosco, V-9-8 (ved **Bienhechores**).

Aginaldo: En Mornese se da el — para el Año Nuevo, II-20-10; — de Jesús Niño para el 1881, V-3-10.

Alabanzas sagradas: “Soy pequeña...”, I-12-9; “Ave María...”, I-12-11; “El cielo formado está de estrellas...”, I-12-14; “A la ciudad de los santos...”, I-14-8; “Pequeñas somos...”, I-14-8; “Compañeras, amémonos...”, I-16-2; “¡Oh, hermoso cielo!...”, I-19-15; “Load a María...”, II-9-3; “¡Oh, Corazón amable...!”, II-19-3; “Al cielo, almas bellas...”, II-20-4; “Ven, ven, oh dulce Amor...”, II-10-2; “Niñito Jesús, Esposo amante...”, II-11-11; “¡Oh, mi bella esperanza...!”, II-19-3; “El Serafín, oh Nazarena...”, II-19-3; “María resuena...”, II-19-3; “Llamando a María...”, II-19-3; “Yo quiero

amar a María...”, II-19-3; “Entonemos un canto de alegría...”, II-19-7; “Yo quiero hacerme santa...”, III-4-7; la Santa, en su última enfermedad, canta: “A María quiero amar...”, V-8-16; “Quien ama a María, dichoso será...”, V-8-16; V-9-16; la Santa, pocas horas antes de la muerte, canta con la portera: “Load a María...”, V-9-14; otro canto, V-9-15.

- Alacoque** (Santa Margarita María) quizá leería con gusto su vida Santa Maria Mazzarello, prólogo, p. VI, 3.
- Alassio**: fundación de la casa de — (12 de octubre de 1876); la Madre quiere que se modifique el horario, V-2-3; recuerdos dejados por la Santa a la vuelta de Saint-Cyr, V-7-9.
- Alegría** en medio de la pobreza de la casa de la Inmaculada, I-17-4; en el colegio, al principio, I-19-8; I-19-11; — en medio de las tribulaciones, I-19-14; IV-1-3; — de la Santa en la enfermedad, IV-1-2.
- Alfombra**: la Santa ayuda a hacer una bella — para la iglesia de Nizza, IV-4-2.
- Alimento**: — ordinario y escaso en Mornese, II-3-3; II-9-1; II-9-3; las Hermanas no quieren que se lo mejoren, II-9-3; la Santa acepta que sea mejor, II-9-3; Don Bosco dice: “Un plato sólo, pero dos alimentos”, II-14-10; sopa sin sal, II-12-2; escasez de — en Nizza (anécdota edificante), III-9-1.
- Almagro**: fundación de la casa de — (26 de enero de 1879), III-5-6.
- Almas**: hacer todo para la salvación de las —, III-7-3; la Santa dice con frecuencia que si se salva el alma, todo está salvado, III-7-5; su celo por la salvación de las —, IV-3-12; deseo de salvar —, V-2-14; quien salva un alma se salva a sí mismo, V-6-3.
- Alumnas o educandas**: las maestras deben ser verdaderas madres con las —, II-6-13; las — imitan a las Hermanas en deshacerse de objetos no necesarios, II-9-2; recomienda rezar para tener muchas, II-9-7; las Hermanas y ella se privan del pan para dárselo a las —, II-20-2; acepta en sus colegios a las — pobres y en peligro, II-20-1; las forma en la piedad, II-20-2; caridad para con una niña que tiene los pies helados, II-20-3; la Madre durante el recreo con las — en Mornese, II-20-4; les dice que nuestra madre es la Virgen, II-20-4; que deben hacerse santas, II-20-4; las lleva al santuario de la Rochetta, II-20-4; infunde en las — la devoción a la Virgen, a San José, a San Luis y al Angel de la Guarda, II-20-5; II-20-6; III-11-4; a Jesús Sacramentado, II-20-8; a las almas del purgatorio, II-20-11; recomienda a las — que imiten a la Virgen, II-20-6; les recomienda la pureza, II-20-6; las reserva, II-20-6; la frecuente Comunión, II-20-6; les inculca el amor a Dios, II-20-7; la Madre quiere que las Hermanas tengan presente la condición social de las —, II-20-9; dice a las — que no hablen de lo que les ha dicho el confesor, II-20-13; de lo que han comido (anécdota), II-20-14; las — desean ir a las misiones, III-1-1; la Santa

quiere que sean estudiosas y trabajadoras, III-11-4; una — es mandada a su casa y otra castigada porque eran poco delicadas en sus conversaciones, III-11-8; las forma para la familia, III-11-9; las llama sus "hijitas", II-11-11; les da pequeños premios, III-11-11; atenciones especiales con las —, III-11-15; quiere que se forme un carácter fuerte, III-11-16; que las Hermanas no las cojan de la mano, III-11-16; la Santa recomienda la formación de las —, V-8-22; las — ofrecen flores a la Madre en el día de su cumpleaños, V-9-6; consagración de las — a la Virgen, V-9-10; la Santa les recomienda la sinceridad en la confesión, V-9-10.

Ambición: María vence la —, I-3-12; la combate en las chicas, I-10-11; I-17-3 (anécdota); dice que la — no puede estar con la devoción, I-10-11; la combate en las religiosas, III-3-9.

Amistades particulares: la Santa recomienda que se eviten las —, III-14-3; dicen que son la peste de la Comunidad, III-14-15; las espirituales (folleto), I-6-5.

Amonestaciones (ved **Correcciones**).

Amor de Dios: efectos del —, I-4-7; lleva al desprecio de sí, I-7-1; un cuarto de hora sin pensar en Dios, I-6-3; cada puntada, un acto de —, I-12-3; la Santa habla siempre del —, II-9-7; III-7-2; cada salto, un acto de —, II-15-4; la Santa exhorta a pedir morir en un acto de —, IV-2-9; la Madre vive del —, IV-3-2; desea que todos amen a Dios, IV-3-3; cómo fomenta en sí el —, IV-3-5; el — vence el frío, IV-3-10.

Amor propio va hasta el desprecio de Dios, I-7-1; la Santa quiere que las Hermanas pisoteen el —, II-17-7; III-3-4; III-16-2; el — es un gusano roedor, III-7-6; la Madre quiere que las alumnas lo combatan, III-11-10.

Ana (Hermanas de Santa Ana): Don Bosco las manda a Mornese, II-1-10; su admiración por Sor María Mazzarello, II-2-12; su partida de Mornese, II-2-13; dan alojamiento a las Hijas de María Auxiliadora, II-6-9; II-7-5; su aprecio a Sor María Mazzarello, II-12-12.

Angel de la Guarda: el — está siempre a nuestro lado, I-2-6; I-13-7; encomendarse al — antes de hacer el examen de conciencia, I-13-6; la Santa recomienda a las niñas la devoción al —, I-13-7; I-15-3; a las alumnas, II-20-5; II-20-6; a las Hermanas. II-10-8; III-15-11.

Animos de la Madre a las religiosas, II-15-7; III-15-12; III-16-7; — de la Madre en los trabajos materiales, III-16-7; — a las Hermanas para que esperen en el Señor, IV-1-9 (ved **Caridad, Enfermas, Escrúpulos**).

Antipatía: la Santa ayuda a vencer la —, III-16-13.

Apólogo de Don Bosco sobre una superiora que ofreció la vida por el Instituto y cesó la mortandad, V-4-4; — de una superiora que siguió a la muerte, V-7-8.

Aprobación (de la vida de Madre Mazzarello) del Cardenal Cagliero, prólogo, páginas IX y X; — en el Proceso informativo, prólogo, p. XI.

- Aptitudes:** favorecer las —, II-6-8; II-16-3; la Santa estudia las — de las Hermanas para darles la ocupación conveniente, II-16-3.
- Arecco** (Sor Luisa): la Santa anuncia con anticipación la muerte de —, V-5-5; datos biográficos de —, V-5-6; la Madre asiste a —, V-5-6; muerte edificante de —, V-5-6; — se aparece a la Santa, V-6-1.
- Arrigotti** (Sor Corina): su entrada en Mornese, su conversión, su constancia en el bien, su edificante muerte, II-5-3; — fue la primera maestra de música del Instituto, II-5-3.
- Autoridad:** la Santa no hace sentir el peso de la —, II-8-3; su respeto a la —, IV-4-4.
- Aviso** importante de Don Bosco a los Salesianos y a las Hermanas, II-9-8.
- Avisos** de Pío IX, II-4-2; de Santa Teresa, II-7-7; de la Santa a las Hermanas, II-9-7; después de regresar de Saint-Cyr, V-7-12 (ved **Corrección**).
- Ayunos:** los — mandados por la Iglesia, recomendados por María a las jóvenes, I-14-12; cómo observa los — de la Iglesia, IV-4-7.

B

- Baile** (en el oratorio): I-14-14; María recomienda que no vayan al —, I-14-14; malhumor y oposición de los jóvenes, I-14-15; dos bailarines, expulsados del — del oratorio, I-14-16; — impedido, II-12-1.
- Bedarida** (señorita Ana) quiere hacerse católica, III-8-1 y ss. y el Apéndice.
- Belletti** (Sor María): sus datos biográficos y su muerte, II-14-12.
- Biale** (Monseñor) pide a Don Bosco que abra una casa en los Piani de Vallecrosia, II-12-4.
- Biella:** fundación de la casa de — (7 de octubre de 1876), II-14-8; la Madre, en la visita a la casa de — (1877), recomienda a las Hermanas que amen la pobreza y la mortificación, V-2-6; el Obispo de — admira la humildad y la sencillez de la Santa, V-2-7.
- Bienhechores:** Don Bosco recomienda la gratitud para con los —, II-12-11; IV-4-6; María, agradecida con los —, II-12-11; quiere que se consideren como los principales — a los padres de las Hermanas, II-12-11; muestra benevolencia para con los —, IV-4-6.
- Bilocación** (?) de la Madre, V-5-6.
- Blengini** (señora María), en Mornese, II-3-2; su espíritu de reforma, II-3-4; no la aprueba Don Bosco, II-3-5; lo que no vio la — en Madre Mazzarello, II-3-6.

- Bodratto** (Sac. Francisco): quién era, I-2-7; I-15-10; — en Mornese después de la muerte de Don Pestarino, II-4-10; pide a Don Bosco personal para las misiones, V-3-6.
- Bondad:** actos de — de la Santa con las Hermanas, II-8-1; II-9-4; toda para todas, II-17-7; hace tomar leche todas las noches a una Hermana, II-17-8; manda a una a dar una vuelta por la viña, III-14-6; deja a otra el chal, III-14-8.
- Bonetti** (Sac. Juan): director de la casa de Borgo San Martino, II-7-1; director general de las Hijas de María Auxiliadora, II-4-3.
- Bordado:** la Santa corrige a una Hermana que ama demasiado el —, II-17-1; quiere que las alumnas además del —..., II-20-9.
- Borgna** (Sor Emilia): la Santa le dice que trabajará hasta la vejez, con buena salud, III-5-2; su desvanecimiento en los brazos de la Madre, III-5-3.
- Borgna** (Sor Juana) forma parte del primer grupo de misioneras, III-1-4; carta de la Santa a —, III-5-5 (ved **Cartas**).
- Borgomasino:** fundación de la casa de — (4 de septiembre de 1880), V-1-6.
- Borgo San Martino:** Don Bosco anuncia que las Hermanas abrirán una casa en —, II-6-6; apertura de la casa de — (8 de octubre de 1874), II-7-1; la Santa, en la visita a — (1879), consuela a una novicia y habla con cada una en particular, V-2-6.
- Bosco** (San Juan): la Santa se impregna del espíritu de —, prólogo, página VII; edad y estudios de — en la época en que nace María Mazzarello, I-1-3; su encuentro con Don Pestarino, I-11-1 y ss.; manda dos medallas y una carta a María y a Petronila, I-11-4; prevé la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, I-11-5 y ss.; le dice a Don Lemoyne que las fundará, I-11-8; visión del Instituto, I-11-6; I-11-7; preparativos y acogida en Mornese, I-15-10 y ss.; Don Pestarino le presenta a las Hijas de la Inmaculada, I-15-12; partida de — de Mornese, I-15-13; — en Mornese para la bendición de la capilla, I-18-1; recibimiento a —, I-18-1; conferencia de — a las Hijas de la Inmaculada, I-18-1; consigue un favor a los mornesinos, I-18-1; — decide fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-4 y ss.; habla de esto a su Capítulo, I-18-5; con Don Pestarino, I-18-7; le expone su proyecto a Pío IX, I-18-9; escribe las Reglas de éste, I-18-10; — enfermo en Varazze, habla con Don Pestarino del futuro Instituto, I-19-1; —asiste a la primera vestición de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-4; sus recomendaciones, I-20-5; su sermón, I-20-8; por qué lo llamó así, I-20-9; nombra Vicaria a María, I-20-12; asegura la expansión del Instituto, I-20-12; II-3-3; — en Mornese, después de la primera vestición y su plática, II-1-6; — en Mornese para la segunda vestición, II-2-6; su estima por Sor María Mazzarello, II-3-6; II-4-6; no escucha a quien quiere quitarle la idea del nuevo Instituto, II-2-8; — en Mornese, después de la muerte de Don Pestarino, II-5-4;

habla al primer Capítulo de las Hijas de María Auxiliadora, II-6-5; dice a Don Cagliero la dirección que debe dar al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, II-6-13; estima y elogio de — para Sor María Mazzarello, II-6-13; da ocasión a las Hermanas de hablarle, II-11-5; II-4-5; dice a las Hermanas que pongan dos alimentos en un plato solo, II-14-10; manda a las Hermanas con la Superiora, II-11-5; recomienda a los Salesianos que ayuden a las Hermanas, II-16-1; ayuda a las Hermanas, II-16-2; da consejos a las primeras misioneras, III-2-1; recomienda la economía, III-4-5; la obediencia, III-4-5; — durante los Ejercicios espirituales de las señoras manda con la Madre a las que parecen tener vocación, III-8-6; — aprueba las elecciones hechas en el segundo Capítulo General, V-1-5; dice que no se puede anular el ofrecimiento que la Madre ha hecho de su vida por el Instituto, V-4-3; visita a la Santa que se encuentra enferma en Sampierdarena, V-6-3; consejos a las misioneras, V-6-3; bendice a los misioneros y misioneras en Marsella, V-6-9; visita a la Santa en Saint-Cyr, V-7-6; anuncia oscuramente la muerte de la Madre, V-4-4; V-7-8; hace en Saint-Cyr una curación milagrosa, V-7-6; por qué — no estuvo presente en la muerte de la Madre, V-9-12.

Broma (una), II-9-3.

Bronte: fundación de la casa de — (18 de octubre de 1880), V-1-6.

Buenas noches: la Madre da las —, II-9-7; a qué exhorta en las —, II-9-7; III-14-2.

Bussolino (Sor Octavia): la Madre le predice que vivirá hasta llegar a la vejez, III-9-6; la madre encarga que le digan a Don Costamagna que la prepare para superiora, V-6-5; recuerdos y cartas de la Santa a — (ver **Recuerdos y Cartas**).

C

Cagliero (Cardenal Juan), en nombre de Don Bosco, da las gracias a la señora Blengini, II-3-5; escribe a Mornese que consideren como Superiora a María Mazzarello, II-3-7; II-3-8; elegido director general de las Hijas de María Auxiliadora, II-4-5; es presentado como tal por Don Bosco, II-6-7; — en Mornese por la muerte de Don Pestarino, II-4-10; comunica a las Hermanas el rumbo que debe seguir el Instituto, II-6-13; sus palabras antes de acompañar a las Hermanas a la casa de Borgo San Martino, II-7-1; su sermón sobre el hacer, sufrir, callar, II-7-7; elegido jefe de la primera expedición de misioneros, II-11-8; presenta a Pío IX las primeras misioneras, III-1-7; es elegido Obispo titular de Magida y Vicario Apostólico de la Patagonia, III-4-3; preside el segundo Capítulo General de las Hermanas, V-1-5; no considera grave la enfermedad de la Madre, V-6-1; deseo de la Santa en su última

- enfermedad de ver a —, V-9-1; última conversación de — con la Santa, V-9-9; V-9-12; asiste a los últimos momentos de la Madre, V-9-17.
- Cagliero** (Sac. José): director en Mornese, II-5-1; su muerte, II-6-12.
- Calcagno** (Sor Agustina): su preciosa muerte, III-12-1.
- Calma**: María Mazzarello mantiene siempre la —, II-6-10; — de la Santa cuando la corrigen en público, IV-1-9; en las adversidades para hacer la voluntad de Dios, IV-3-4; — de la Madre en un contratiempo del viaje a Asti, V-2-11; en los sufrimientos, V-8-6.
- Calle**: María no se para en las —, I-8-1; recomienda a las chicas que no se detengan en las —, I-13-7; I-14-3.
- Campi** (Sac. José): dice que los padres de María daban cada día buenas recomendaciones a sus hijos, I-2-6; atestigua la frecuencia a los Sacramentos fomentada por Don Pestarino en Mornese, I-3-7; habla del encuentro de Don Pasterino con Don Bosco, I-11-1; prepara las formas para la Comunión, I-19-10; su primera Misa, II-11-10.
- Capítulo**: la primera vez que se habla del — de las Hermanas, I-19-1; I-19-2; primer — de las Hermanas, II-6-3; primer — General de las Hijas de María Auxiliadora, II-6-3; segundo — General, V-1-1; la Santa consulta al —, II-16-4.
- Carácter**: de Don Costamagna, II-7-9; la Santa estudia el — de las Hermanas para corregirlas, II-16-3; — de la Santa, IV-1-2 y ss. (ved **Humor**).
- Caridad**: la Madre recomienda la — entre las Hermanas, II-18-6; con las Hermanas que vienen a los Ejercicios Espirituales, II-18-6; — de la Madre al entregar su chal a un clérigo enfermo, III-1-6; — de la Madre con las enfermas, II-12-5 (anécdota); — con las tímidas y con las menos instruidas, III-16-13 (anécdotas); su continuo progreso en la —, IV-1-6; — de la Madre con una Hermana muy torpe, V-7-5.
- Carmen de Patagones**: fundación de la casa de — (21 de enero de 1880), III-13-1.
- Carnaval**: diversiones en el oratorio en la época del —, I-14-14; diversiones en el colegio (año 1876), II-12-1; reparación en tiempo de —, II-12-2; IV-3-9; María va con una joven a la Valponasca para no ver el —, IV-7-1.
- Carta** de Don Bosco a Don Rúa, I-18-9; — de presentación de Don Bosco a las Constituciones, III-6-2.
- Cartas**: con este título indicamos las diferentes — escritas por la Madre, pero en el índice analítico no indicamos el contenido de éstas porque son todas densísimas de pensamientos; — de felicitación de la Madre a Don Cagliero misionero (año 1875), II-11-9; II-11-10; — a Sor Vallese (año 1878), III-5-4; (año 1879), III-7-8; III-8-5; III-10-1; — a Sor Juana Borgna (año 1879), III-5-5; III-10-1; — a las Hermanas de Las Piedras (año 1879), III-7-9; (año 1880), IV-10-7; V-3-8; — de Sor Angela Vallese a

Don Bosco (año 1879), III-10-2; — de la Madre a las Hermanas de Borgo San Martino (año 1879), III-10-6; — de Sor J. Borgna a Don Bosco (año 1879), III-10-1 y Apéndice; — de la Madre a las niñas de Las Piedras (año 1880), III-11-18; a Sor Virginia Piccono (año 1880), III-13-3; a las misioneras de Carmen de Patagones (año 1880), III-13-6; IV-10-11; a la directora de la casa de Turín (año 1880), III-13-7; la Santa hace repetir a las Hermanas las — para conservarlas humildes, III-16-4; — de la Madre a Sor Octavia Bussolino (año 1880), III-16-11; la Santa se humilla al escribir —, IV-6-5; en hacer que le escriban las —, IV-6-5; las — de Santa María Mazzarello llenas de pensamientos de gran perfección cristiana, IV-10-2; por qué no tenemos muchas, IV-10-2; IV-10-3; cómo empieza y termina sus —, IV-10-5; — de la Madre a la directora de la casa de Catania (año 1880), IV-10-6; a las Hermanas de Villa Colón (año 1880), IV-10-7; a Sor Victoria Cantù (año 1880), IV-10-8; — a Sor Laura Rodríguez (año 1878), IV-10-12; a Sor Rita Barilatti (año 1881), IV-10-13; a Sor Mercedes Stabler (año 1881), IV-10-14; a Sor Mariana Lorenzale (año 1881), IV-10-15; a la directora de la casa de Melazzo (año 1880), V-1-8; otra a la misma, V-1-8; a las Hermanas de la Patagonia (año 1881), V-8-2; a las Hermanas de Saint-Cyr (año 1880), V-3-1; a una Hermana de Saint-Cyr (año 1880), V-3-2; a la maestra de las postulantes (año 1879), V-3-3; a Sor Teresa Mazzarello (año 1880), V-3-9.

Casa (La) en que nació Santa María Mazzarello, I-1-1; I-1-5; I-1-7; — de la Inmaculada, I-17-1; I-17-2; I-17-3; se acepta a nuevas jóvenes en la — de la Inmaculada, I-17-2; María es elegida Superiora de la — de la Inmaculada, I-17-3; ayudas que manda la Providencia a la — de la Inmaculada, I-17-5; la — de la Inmaculada es cedida al párroco en arriendo, I-19-3; — Carante, I-19-3; la — de Mornese es vendida, III-13-4; y se vuelve a comprar, III-13-5.

Cascinette: fundación de la casa de — (20 de agosto de 1879), III-8-8; la Madre al visitar la casa de — no permite que la Hermana vaya a preparar la comida a la parroquia, V-2-5; recomienda a una Hermana el espíritu de sacrificio y mortificación, V-2-6; le dice que piensa siempre en ella, V-2-6; el rector de — dice que la Madre es una nueva Santa Teresa por su fortaleza, V-2-5.

Cassini (Sor Antonia): su preciosa muerte, II-12-7.

Castidad: virtud predilecta de María, I-13-7; María recomienda la — a las jóvenes, I-13-7; IV-7-4; la Santa, solícita por la — de las jóvenes, III-11-8; IV-7-5; las enamora de esta virtud, IV-7-5; quiere que las Hermanas la inculquen en los oratorios festivos y en las clases, III-11-8; para conservar esta virtud recomienda la devoción a San Luis, la mortificación de la vista, la vigilancia, etc., III-11-8; IV-7-9 y ss.; una alumna, devuelta a la familia, y otra, castigada por su imprudencia al hablar, III-11-8; no permite que se hable de cosas que puedan poner en peligro

- la —, IV-7-1; la Santa reza una oración todos los días para conservar la —, IV-7-2 (ved **Pureza**).
- Castigos:** en general, no necesarios, I-13-9; María, después de imponer un —, trata como antes, I-13-9.
- Catania:** fundación de la casa de — (26 de febrero de 1880), III-13-2.
- Catecismo:** María, en el —, I-2-8; I-2-9; María explica el — a las jóvenes del taller, I-10-7; María por primera vez explica el — en la iglesia, I-14-1; ya Hermana, II-2-14; II-2-15; las oratorianas, en el —, I-14-9; cómo la Santa, ya Hermana, estudia el —, II-2-14; lo hace estudiar a las postulantes y Hermanas, II-2-14; V-8-22; exigencias de la Santa por el — a las educandas y postulantes, III-11-7; recomienda a las Hermanas el estudio del —, III-15-9; recomienda a las directoras dar bien el —, IV-3-8; a la superiores, hacerlo estudiar, V-8-22; poner atención en que lo den bien, V-8-21; V-8-22.
- Celo:** María tiene — por sus hermanitos, I-3-3; I-3-4; por una prima, I-3-5; por las compañeras, I-4-12; I-6-2; por las jóvenes, I-6-4; I-10-9 y ss.; y los capítulos 12, 13, 14, 15; por las madres de familia, I-6-5; — de las primeras Hermanas por las chicas, II-10-5; — de la Santa por hacer conocer y amar a Dios, IV-2-5; IV-3-1; por las jovencitas, IV-2-5; IV-3-12; por la expansión del Reino de Dios, IV-3-6.
- Cena:** en los primeros tiempos del taller, I-12-12; las Hermanas se van a dormir sin —, II-9-1.
- Cibrario** (Sac. Nicolás): director de la casa de Vallecrosia, II-12-6.
- Cipriano** (Don) prepara a las Hijas de María Auxiliadora para los exámenes, II-6-9.
- Clara** (Santa): cómo gobernó el monasterio, IV-2-1
- Clausura:** Don Bosco recomienda la —, II-11-5.
- Clientes:** María manda a las — a visitar a Jesús Sacramentado, I-13-11; las —, contentas de los precios, I-13-2; María no se lamenta cuando no la pagan, I-17-7; devuelve lo que le sobra a las —, IV-4-5.
- Colegio:** Don Bosco y Don Pestarino deciden fundar un — en Mornese, I-16-1 y ss.; se coloca la primera piedra, I-16-2; deseo de María de que se termine para tener trabajo, I-18-2; por qué se eligió el — de Mornese para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-6; las Hijas de la Inmaculada pasan al —, I-19-3; descontento en el pueblo por este traslado, I-19-4; I-19-7; I-19-14; Don Pestarino consuela a las Hijas, I-19-7; habladurías en el pueblo, II-1-2.
- Comer:** — en el taller, I-12-8; María y Petronila comienzan a — en casa Macagno, I-15-5.
- Compañeras:** cuidados de María con las — pasadas al colegio, I-19-11; las anima, I-19-14.

Comunión: la Primera — de María, I-2-10; — diaria, I-4-10; durante la enfermedad del tifus, I-8-3; fervor al recibirla, I-6-10; I-12-1; IV-2-4; para ir a recibir la Sagrada — no es necesario vestirse como para una fiesta, I-14-5; María recomienda recibir con frecuencia la —, I-14-5; recomienda a las niñas la — espiritual, I-14-5; a las Hermanas, III-15-13; María retrasa la Primera — de una niña (anécdota), I-15-2; — diaria de las primeras religiosas, II-10-2; Primera — de cinco niñas en la noche de Navidad, II-11-10; Sor Giordano muere pronunciando las palabras: “— espiritual”, II-14-7; la Santa recomienda la — espiritual en los paseos, II-19-3; cuadro de la — bien hecha y de la — sacrílega, II-20-8; aconseja hacer alguna mortificación como preparación a la — (anécdota), III-9-11; III-9-12; la Santa habla de la — cuando velan por la noche, III-19-12; recomienda prepararse a la — con ardientes deseos, III-14-3; fórmula para hacer la — espiritual, III-15-13; porte de la Santa en la iglesia, IV-4-1; recogimiento al acercarse a recibir la — de niña, I-6-10; I-12-1; de Hermana, IV-2-4; la Santa recomienda que se acerquen a recibir la — con fervor, IV-9-7; la Madre hace y aconseja que se haga la — espiritual en los viajes, V-2-13; la Santa, durante su enfermedad, recibe la — todos los días, V-8-12; su coloquio después de la —, V-8-18 (ved **Santísimo Sacramento**).

Conciencia: delicadeza de — de la Madre, IV-6-1.

Conferencia de San Vicente de Paúl, fundada por Don Pestarino, I-3-7; el papá de María se inscribe en la —, I-1-4; la — alquila dos habitaciones para dos mujeres enfermas, I-17-8.

Conferencias: cómo eran las — de la Santa, II-9-7; II-18-4; IV-9-3; qué exhortaciones hacía en las —, II-9-7; qué vicios combatía, II-9-7; II-18-4; cómo se humilla, II-18-4; — sobre la observancia de la Regla, II-18-7; IV-9-3; sobre el fervor, II-18-7; sobre la rectitud de intención, IV-9-5; sobre el no excusarse, IV-9-6; sobre el espíritu de oración, IV-9-7.

Confesión: la mamá de María la lleva a confesarse, I-2-3; — general, I-4-9; María anima a dos jóvenes a confesarse, I-6-4; María enseña a las niñas a confesarse, I-13-6; recomienda humillarse en la —, II-15-7; III-3-8; IV-3-11; la Santa recomienda a las alumnas la sinceridad en la —, II-20-8; V-8-22; V-9-10; dice que no se debe hablar de lo que ha dicho el confesor (anécdota), II-20-13; de llevar a la — el verdadero dolor, III-3-8; no confesarse por costumbre; III-3-8; pedir la gracia de hacerla siempre bien, II-9-7; la Santa es puntual en confesarse cada ocho días, IV-3-11; confesarse para corregirse, IV-9-5.

Confesor: la Santa recomienda a las Hermanas la confianza con el —, III-3-8; no hablar del —, II-3-8; la sinceridad con el —, V-2-6; de tener el corazón abierto al —, V-8-9; la Santa dice al — que la asista hasta el final, V-8-17; le dice que en el cielo se acordará de él, V-8-17.

Confianza: la Santa se gana la — de las Hermanas, III-16-13; recomienda

a las Hermanas la — con el confesor y con los superiores, V-2-2; — en Dios de la Santa a la muerte de Don Pestarino, II-4-9; la infunde en las religiosas, II-6-10; IV-2-6; dice que se debe tener — aun después de haber cometido una culpa, IV-2-7; — en todas las dificultades, IV-8-6.

Confirmación (Sacramento): María recibe la —, I-2-10.

Congregación: en la casa de la Inmaculada nadie tiene la intención de fundar una —, I-17-9; dónde está la dificultad de fundar una —, II-3-6.

Consagración: de las Hermanas y alumnas a Jesús Niño, II-11-11; II-20-10.

Consejo: la Santa pide —, II-8-5; II-16-4.

Constancia de la Santa en la piedad, I-8-1.

Constituciones: Pío IX exhorta a Don Bosco a escribir las — para las Hijas de María Auxiliadora, I-18-9; — son entregadas a las Hijas de la Inmaculada por Don Pestarino, I-18-11; importancia de observarlas, II-2-6; aprobación de las — de los Salesianos, II-4-1 y Apéndice; obediencia de Madre Mazzarello a las —, II-6-14; firmeza en querer que se observen, II-8-3; III-3-4; IV-1-9; su perfecta observancia en Mornese, II-10-1; las — perfeccionadas por Don Bosco, II-12-3; las — aprobadas por el Obispo de Acqui, II-12-3; la Madre recomienda la exacta observancia de las —, II-15-6; II-16-3; II-18-4; II-18-7; III-14-2; su pena cuando ve alguna irregularidad, II-15-6; III-3-5; la Madre, exactísima en la observancia de las —, II-15-6; cada religiosa debe ser una copia de las —, II-18-7; se imprimen las —, III-6-1; las — son retocadas por Don Bosco, III-6-3; algunas partes características de las —, III-6-3; atenerse a las —, III-7-2; la Santa induce a observarlas con el ejemplo, IV-5-2; estima de la Madre por las —, IV-9-3; se prepara para explicarla delante del Santísimo Sacramento, IV-9-3.

Consuelos: ved **Animos, Compañeras, Caridad.**

Contratto (Monseñor Modesto) aprueba el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada y les impone la medalla, I-6-2.

Convalecencia: María entra en la —, I-8-8 y ss.; I-9-1 y ss.

Conventos: supresión de los —, I-6-7.

Conversación: — con Jesús, II-8-6; — de las primeras religiosas en el recreo, II-10-3; — de la Madre con las postulantes, II-15-4; con las alumnas en Nizza, II-11-14; características de la — de la Madre, IV-1-4; la Madre en todas las — busca llevar las almas a Dios, V-2-14.

Conversión de un vecino de María, I-8-4; la Santa obtiene verdaderas —, IV-3-9.

Corazón: tenerlo desprendido de todo, I-14-4; la Santa recomienda a las religiosas la guarda del —, III-14-3; la Santa posee la intuición de los — (anécdotas), IV-8-7; la Santa dice que los hombres le pueden quitar todo menos el — para amar a Dios, IV-3-5.

- Corazón** (Sagrado — de Jesús): devoción de la Madre al —, II-10-10; la Santa recomienda la devoción al —, II-10-10; la Santa dice a una estudiante que confíe en el —, II-10-10; recomienda su devoción a las personas externas, II-10-10; mes del — (año 1875), II-10-10.
- Corrección:** dulzura y firmeza de María en la —, I-13-5; I-14-6; I-15-4; II-15-5; III-3-4; IV-1-2; IV-8-4; después de hacer la — quiere lo mismo que antes, I-13-9; I-15-4; sus — son deseadas por las Hermanas, II-8-3; habla del momento de la muerte en las —, II-8-3; — que hace por la noche, II-9-7; modo de hacerlas, II-9-7; cómo corrige a las educandas, II-20-6; II-20-9; las alumnas se encariñan más con la Santa por las —, II-20-9; quiere que en las — se dé preferencia a los motivos sobrenaturales, II-20-9; III-11-6; deja a todas tranquilas después de las —, III-3-4; se humilla cuando piensa que ha sido demasiado dura, III-9-3; IV-4-5; no usa palabras que humillen, IV-1-2; cómo recibía la Santa las —, IV-1-9; la Santa recomienda recibir bien las —, IV-9-6; — de la Santa a Sor Arecco, V-5-6; — al director, V-2-2; a Don Pestarino, V-2-14.
- Correspondencia** de las niñas a los cuidados de María, I-13-7; I-14-6; de las alumnas, II-20-14; de las oratorianas, IV-3-7.
- Cosas:** hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien, prólogo, p. VI; I-5-2; IV-1-7.
- Costamagna** (Monseñor Santiago), en Mornese, director espiritual, II-7-2; organiza las clases de Mornese, II-7-6; su actividad, II-7-6; su carácter, II-7-9; ved nota al capítulo 16, parte II; su celo en secundar los deseos de Don Bosco, II-16-2; justificación de su modo de obrar, ved nota al capítulo 16, parte II; — elegido para capitanear la tercera expedición de misioneros, III-1-2; su pena por la casa de Mornese, III-2-4; III-2-5; III-2-6; elogia a Sor María Mazzarello, III-2-4; pena de la Madre y de las Hermanas por la partida de —, III-2-5; construye la casa a las Hermanas de Almagro, III-5-6; su carta a Don Bosco pidiendo que le envíe personal a las misiones, V-3-6; advertencia de la Santa, V-2-2; su veneración ante un escrito de la Santa, V-5-4.
- Crucifijo:** se da el — a las primeras profesas, I-20-7; la Santa dice que debemos de estar crucificadas con Jesús, III-12-2; coloquio de la Santa con el —, V-8-14; V-9-2.
- Cruz:** la Madre recomienda santificar la — que el Señor nos da, II-18-5; amar la —, V-6-5.
- Cuadernillo** (Un): Don Pestarino lleva un — con consejos de Don Bosco a María y a Petronila, I-18-11.
- Cuaresma:** cómo ayuna en la —, IV-4-7.
- Cuarto:** Don Lemoyne dice que se conserve el — de la Santa en Mornese, III-6-7; el de la Santa en Nizza Monferrato, IV-5-2.
- Cuentas:** las — las hace con los dedos, I-4-2.

Cumpleaños (día): deseo de la Madre de llegar al día de su —, V-9-1; llega al día de su —, V-9-6.

CH

Chieri: fundación de la casa de — (28 de junio de 1878), V-4-3.

D

Daghero (Sor Catalina), postulante en Mornese, II-7-7; sus vacilaciones, II-7-7; juicio que de ella da la Santa, II-1-5; directora en Saint-Cyr, III-4-7; III-4-8; la Santa predice que llegará a ser superiora general, II-4-8; la Santa dice que voten para vicaria a —, V-1-3; es elegida vicaria, V-1-3.

Deberes: la Santa siempre pronta a hacer los —, aunque sean pesados, IV-1-5.

Defectos: la Madre, contenta de que la avisen de ellos, II-16-4; distingue los defectos de la voluntad de los del carácter, II-15-5; no quiere que se haga la paz con los —, II-15-5; III-3-4; III-3-8; la Santa anima a las Hermanas a corregirse, diciendo que también ella tiene —, II-16-6; contra qué — habla especialmente, II-20-6; III-11-4; la Santa, resuelta en querer la enmienda de los —, III-3-4; la Santa recomienda estar atentas a los pequeños —, III-3-8; recomienda que la avisen de sus —, IV-6-8; recomienda la corrección de los —, IV-9-5; no habla nunca de los — del prójimo, V-2-15.

Deliberaciones tomadas por las superiores y directoras en dos reuniones, III-4-4.

Denegri (Sor Angela) de niña tiene un gran miedo al infierno, I-12-9; su muerte, I-12-9.

Desaliento: no se dejó nunca invadir por el —, IV-1-6; IV-1-9; su cuidado por impedir el —, IV-8-5; IV-9-5.

Desayuno: se hacía en el taller, I-12-6; la Santa toma medidas para el — de Emilia Mosca, II-2-2; el — de las primeras religiosas, II-2-2; II-3-3; la Santa manda a una asistente a terminar el —, II-2-11; café con leche en el —, II-9-3; a las internas en Mornese, II-20-4; el — en Nizza Monferrato, III-7-7.

Desmayo de la Santa por la pena que le causa haber dado un disgusto al director, II-16-4.

Desprecio: la Santa dice que cuanto más el mundo nos desprecie, más queridas somos por Dios, II-1-4.

Dialecto: las primeras Hijas de María Auxiliadora abandonan su — para hablar en italiano, II-1-2; obediencia de la Madre al no hablar en —, IV-5-10.

Dianda (Sor Carmelinda): III-9-2; III-9-3.

Dios: la Santa recomienda la presencia de —, II-17-3; II-17-4; la Santa obra en la presencia de —, II-17-4; la Santa hace levantar el pensamiento a —, II-17-5; II-20-7; IV-2-5; inculca a las alumnas el amor a —, II-20-7; hablar a — con familiaridad, II-20-9; quiere exactitud en el servicio de —, III-7-3; la Santa sólo busca a —, III-7-5; IV-2-6; ver a — en todas las cosas, III-14-5; la Santa dice que — juzga a su padre, III-9-13; la Santa exhorta a las Hermanas a ser constantes en el servicio de —, IV-2-7; —, pensamiento dominante de su vida, IV-3-1; vive de la presencia de —, IV-3-1; habla de —, IV-3-1; siempre absorta en pensamientos de —, IV-3-1; perdida en —, IV-3-2; la Santa se pone roja cuando habla de —, IV-3-5; dice que no la pueden quitar el corazón para amar a —, IV-3-5; la Santa trata de llevar a todos a —, V-2-14; cómo se anima al pensar en el tribunal de —, V-8-14; coloquios de la Santa con —, V-8-14; la palabra de — (ved **Sermón**).

Directoras: la Madre se preocupa de formar buenas —, III-15-8; IV-3-8; dice que la — de la casa es la Virgen, II-7-3; V-2-2; del Instituto, II-10-9; IV-3-8; V-2-2; manda a una — a descansar, V-2-4; reprende a una — que se olvida de dar la conferencia semanal, V-2-4; recomienda a otra la discreción en la mortificación, V-2-4.

Diversiones en el oratorio, I-14-3; I-14-9; — durante el carnaval, I-14-14.

Domingo santificado por María, I-8-1; la Santa recomienda a las Hermanas que se pongan el hábito nuevo los —, II-9-7; de asistir a Misa con mayor fervor, II-9-7; IV-4-1; recomienda a las Hermanas que no trabajen el —, IV-4-1.

Dominio de sí: la Madre tiene un completo — de sus sentidos, IV-1-3.

Dulzura: la Santa recomienda a las Hermanas la — con las niñas, III-14-3

E

Educación: de la devoción viene la buena —, I-15-3; normas didácticas para la — de las niñas, III-10-5; la Santa dice que no hagan caricias, III-14-3.

Ejemplo: la Santa arrastra a las Hermanas con el —, II-8-3; el — de las Hermanas lleva a las educandas a desprenderse de las cosas superfluas, II-9-2; la Santa da — de lo que recomienda, II-9-7; III-14-6; efecto del buen — de la Madre en una jovencita, III-7-7; recomienda a las Hermanas la misión del buen —, III-11-17; la Santa, — de obediencia, III-15-2; — de vida común, III-15-4; — en todo, III-15-4; la Santa se propone dar

- buen —, IV-2-1; da — en las funciones de la iglesia, IV-3-10; la Madre está atenta a dar buen — en los viajes, V-2-14; buen — de la Santa en la enfermedad, V-7-4 y ss.; V-8-12.
- Ejercicios espirituales** de las Hijas de la Inmaculada, I-6-6; primera tanda de — en el colegio, I-20-1; — para las señoras, I-20-1; II-6-11; exclusivamente para ellas, II-14-5; en Nizza Monferrato (año 1879), III-8-6; clausura de los primeros — en el colegio, I-20-14; — alrededor de la Pascua, II-4-5; María invita a sus antiguas compañeras a los —, II-6-11; cómo trata la Madre a las Hermanas que vienen a hacer los —, II-18-6; Don Bosco está presente en los — de las señoras, III-8-6; Don Bosco manda con la Madre a las que parece que tienen vocación, III-8-6.
- Enfermas:** atenciones especiales de la Santa Madre con las —, II-17-8; III-12-5; cómo las anima, II-17-8; aduce motivos sobrenaturales, II-17-8; II-17-9; quiere que las Hermanas asistan a las —, II-17-8; su ejemplo sufriendo con paciencia, II-17-8; su caridad con las enfermas, IV-3-12.
- Enfermedad:** María, durante la — del tifus, I-8-3; — de la Madre en Saint-Cyr, V-7-1; su resignación, V-7-3 y ss.; se hace servir de urfa que no lo sabe hacer, V-7-5; su continua debilidad, V-8-1; nuevo dolor en el costado, V-8-3; a pesar de su enfermedad trabaja, V-8-4 y ss.; la Santa va a la enfermería común, V-8-5; dice que podrá vivir todavía un mes, V-8-6; dice que no curará, V-8-6; V-9-5; dice: “Es tan grande el bien que espero...”, V-8-8; “Hermoso padecer...”, V-9-15; durante la — piensa más en el Instituto que en ella misma, V-8-11; reza continuamente en la —, V-8-12; pide que no la dejen sola, V-8-13; repentina mejoría de la Madre, V-9-3 y ss.; pena de la Santa por su mejoría, V-9-3; desea la Santa morir en sábado, V-9-5; V-9-9; claridad de la mente de la Santa hasta el final de la vida, V-9-13; delicadeza de la Santa con la portera, V-9-14.
- Enfermería:** la — está provista de lo necesario, III-4-4; la Madre quería estar en la — común, III-15-4; en la última enfermedad, V-8-5.
- Enfermos:** María asiste a los parientes —, I-8-2; visita a los — del pueblo, I-17-8; exhorta a los — a que tengan paciencia, III-6-6.
- Escándalo:** cuidado de la Madre para evitar el —, V-7-9.
- Escritos murales** sugeridos por Don Bosco, III-4-5.
- Escrúpulos:** María vence los —, I-7-5; la Santa consuela a las Hermanas y postulantes atormentadas por los —, II-17-9; la Madre no es escrupulosa, IV-6-1; es enemiga de los —, IV-6-1; ayuda a las escrupulosas, IV-6-1.
- Escuela o clase:** por qué María no frecuentó la —, I-4-2; las — en Mornese, II-7-6.
- Esperanza:** María está segura de que el Señor proveerá para su futuro, I-16-6; Sor María consuela a las Hermanas con la — del premio eterno, II-6-10;

IV-2-11; su — viva y activa, II-18-5; la infunde en las Hermanas, II-18-5; — heroica de la Santa, IV-2-6; — en las contradicciones, IV-2-6; — constante de la Santa, IV-2-11.

Espíritu: la Santa mantiene alto el — de la comunidad, IV-1-5; el — del Instituto, II-1-6; la Santa quiere que las postulantes adquieran el —, II-15-10; II-16-3; su fortaleza y prudencia en conservar en el Instituto el — del Fundador, IV-1-9; — de alegría en Mornese, II-14-9; — de familia, la Santa lo quiere en la comunidad, II-8-4; — de fe (ved **Fe**); — de trabajo de la Santa, II-8-1; II-10-1; — de mortificación en Mornese, II-3-3; II-4-2; Don Bosco, edificado del — de mortificación en Mornese, II-9-3; II-10-1; en Nizza, III-7-7; el — de mortificación de Mornese en América, III-5-7; — de penitencia: la que más agrada a Dios, III-7-7; hacer que el trabajo sea penitencia, III-7-7; — de oración en las nuevas religiosas, II-1-1; II-4-2; II-10-1; — de reparación durante el carnaval, II-12-2; María inculca el — de sacrificio, II-1-1; V-2-6; la Santa, animada del verdadero — de sacrificio, II-3-3; el — de las primeras Hermanas en Mornese, II-7-6; II-12-2; — de sacrificio de las educandas en Mornese, II-9-2; — de sacrificio de la Santa, II-8-1; II-10-1; — de humildad de la Santa, II-8-1.

Espíritu Santo: María recomienda a las niñas que recen al —, I-13-6.

Estadística del Instituto a la muerte de la Madre, prólogo, p. VII; — en 1913, prólogo, p. VII; en 1980, prólogo, p. VII (7): de las casas de América en 1980, III-2-9.

Este: fundación de la casa de — (15 de octubre de 1880), V-1-6.

Estudiantes: la Santa quiere que las Hermanas — se dediquen también a los trabajos materiales, II-8-2; III-4-4; la superiora eligirá para esto el mayor número posible, III-4-4; III-16-3; está atenta a que no se ensoberbezca, III-16-2 y ss.; las humilla de buena manera, III-16-2 y ss.; III-16-8.

Eternidad: la Santa hace pensar a las niñas en la —, I-12-4.

Eucaristía (ved **Santísimo Sacramento**).

Exactitud (en las pequeñas cosas): la Santa recomienda la —, II-17-4; la — en todo, III-7-3; la — en el servicio de Dios, III-7-3; la Santa obra con — en todo, IV-3-10; la Santa es exacta en confesarse cada ocho días, IV-3-11.

Extasis de la Santa, V-9-2.

Extremaunción: la Santa recibe la —, V-8-15.

F

Fallos externos de los que se acusan las Hermanas por humildad, II-15-7; cómo acoge la Santa a las religiosas que se acusan de — externos, II-15-7; III-15-11 (anécdotas).

- Familiaridad:** la Santa recomienda evitar las —, III-14-9.
- Fassio** (Sac. Miguel) da clase en Mornese, II-7-6; II-14-4.
- Fe:** la Santa manda rezar por la propagación de la —, I-15-3; III-15-9; María se inscribe en la obra de la propagación de la —, I-15-3; la —, fundamento de las virtudes cristianas, IV-2-2; — viva de la Santa, IV-2-2; IV-8-6; su espíritu de —, IV-2-2; la infunde en las religiosas, IV-2-2; IV-2-5; en las alumnas, IV-2-5; — en los misterios de la Religión, IV-2-2; en la intercesión de los santos, IV-2-2; vivía del espíritu de —, IV-2-3; por la — ve a Dios en los superiores y en los sacerdotes, IV-2-3; — en la Sagrada Eucaristía, IV-2-4.
- Felicitaciones** a las Hijas de María Auxiliadora, prólogo, p. VII; — y deseo de que la lectura de la vida os haga bien, prólogo, pp. VI-VII; — a Pío IX, II-11-10; — por la nueva adquisición de la casa de Mornese para el Instituto, III-13-5 (ved **Santos**).
- Ferrettino** (Sor Juana) es elegida ecónoma del Instituto, II-6-4; V-1-5; la Madre predice la muerte de —, V-8-10.
- Ferrero** (Sor Enma): su entrada en Mornese como alumna interna, su conversión, su edificante vida y su preciosa muerte, III-12-4.
- Fervor** de las primeras religiosas, II-10-1; II-11-6; II-19-1; III-2-5; conferencia de la Santa sobre el — II-18-7; sobre progresar en el —, IV-1-6; conserva el — aunque no sienta consuelos interiores, IV-1-6.
- Fiestas:** María prepara a las niñas a las principales —, I-13-6; prepara a las Hermanas, IV-4-1.
- Figura** moral de la Santa, IV-1-1 y ss.
- Filomena** (Santa): novena hecha a —, II-5-3.
- Fin** de la religiosa: II-14-6; IV-10-3.
- Floreccillas:** María da la — semanal a las jóvenes, I-14-10; la — mensual, I-14-11; la cambia cuando lo cree conveniente, I-14-11; I-14-12; María da a las niñas la — en el mes de mayo, I-14-12; María sufre cuando no la practican, I-14-12; III-14-4; la Madre da a las religiosas la — general para el mes de mayo (año 1875), II-11-1; da otra en 1880, III-14-4; es la primera en practicarlas, II-11-1; — de Don Bosco para la Navidad de 1879, III-10-9; — para 1881: “Sinceridad siempre y no excusarse nunca”, IV-9-9; la Santa da la — de no excusarse durante la cuaresma, IV-9-6.
- Fortaleza** de la Santa en sostener a las Hermanas en las contradicciones, II-6-10; IV-1-5; la Santa, admirada por su —, II-6-10; virtud especial, IV-1-8; virtud general, IV-1-8; la —, virtud característica de la Santa, IV-1-9; — de la Santa para superar las dificultades, IV-1-9; al recibir las correcciones en público, IV-1-9; en exigir la observancia de la Regla, IV-1-9; en prohibir lo que es peligroso para el espíritu religioso, V-2-5;

- de la Santa en su última enfermedad, V-8-12; la Madre, comparada con Santa Teresa, V-10-10.
- Francisco** (San — de Sales): la Madre recomienda la devoción a —, II-10-8; III-15-11.
- Frassinetti** (teólogo José) y el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada, I-6-2; y el Jardín de María, I-14-11.
- Frugalidad** en los alimentos de María y Petronila, I-15-5.
- Fruta**: María se abstiene de la —, I-6-6; IV-4-8.
- Funerales** de Don Pestarino, II-4-11; — de trigésima por Don Pestarino, II-6-1; — de la Madre, V-10-2.

G

- Gaino** (Sor Asunta), II-8-4.
- Gavi**: peregrinación a la Virgen de —, II-10-6; donde se divisa el santuario de — la Madre se separa de las Hermanas que van a Vallecrosia, II-12-6; origen del santuario de la Virgen de —, II-12-6; la Madre no deja que Sor Laurentoni vaya a la Virgen de —, II-14-1.
- Gimnasia**: las Hermanas se examinan de —, III-8-8; los brotenses ven mal la —, V-1-6.
- Giordano** (Sor Luisa): su edificante muerte, II-14-7.
- Gloria de Dios**: la Madre recomienda buscar sólo la —, II-6-14; III-7-3.
- Gobierno**: modo de — la Madre, II-8-5; II-16-3; IV-8-3; la Madre depende de Don Bosco en el —, II-8-5; IV-8-5; Don Bosco está contento del — de la Madre, II-9-8; IV-8-1; la Santa sabe unir la bondad con la firmeza en el —, II-16-3; IV-8-4; la Madre — con prudencia y santidad, IV-2-1; con secreto, IV-8-4; se hace amar y temer al mismo tiempo por las niñas, I-13-8; por las Hermanas, IV-8-4; IV-8-5; hace que casi se deseen los sacrificios, IV-8-3; — imparcial, IV-8-4; estudia las fuerzas físicas, intelectuales, etc., de las Hermanas para darles la ocupación conveniente, IV-8-4; no hace sentir el peso de la autoridad, IV-8-2; IV-8-5; — maternal de la Madre, IV-8-3; IV-8-6; — perfecto, IV-8-3; la Madre, en el —, desconfía de sí y confía en Dios IV-8-6.
- Gracias** que se atribuyen a Madre Mazzarello, V-10-1; V-10-8.
- Gratitud** (ved **Agradecimiento**).
- Grosso** (Sor María), admitida en el taller por Madre Mazzarello, I-10-12; su vida y muerte edificante, II-13-3.
- Guala** (Sor Paulina): su vida y muerte edificante, II-19-2.
- Gusanos de seda**: las Hijas tienen —, I-19-3; I-19-5.

H

- Hábito** de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-2; María cose el primer —, I-20-3; la Santa dice a las Hermanas que tienen que perseverar aunque se tengan que vestir de seglares, IV-2-7.
- Hermanas:** María avisa a la mamá para que corrija a las —, I-3-3.
- Hermanos:** María cuida a sus —, I-3-3; un — grosero, I-3-4.
- Hijas** de María: creación de las — en Nizza, III-10-7; — de María Auxiliadora: Don Bosco decide fundar las —, I-18-4 y ss.; las — reciben las Constituciones, I-18-11; por qué se llaman así, I-20-9; nombre de las primeras —, I-20-7 y Apéndice; su contento, II-1-1; II-1-5; comienzan a hablar en italiano, II-1-2; las — agregadas a los Salesianos, II-4-3; cómo pueden ayudarlos, I-11-7; II-7-4; las — están convencidas de que la Madre habla siempre para su bien, II-16-6 y ss.
- Horario** del taller, variaciones, I-13-1; Don Pestarino trae a María y a Petronila un — escrito por Don Bosco, I-18-3; contenido de tal —, I-18-3; la Madre encuentra que el — en Alassio está mal combinado, V-2-3; la Santa Madre es exacta al — también durante la enfermedad, V-8-5.
- Humildad:** acto extraordinario de — de la Madre, II-2-12; la Santa recomienda a las Hermanas la — al hablar de los trabajos hechos, II-9-7; la Santa pide oraciones para que las Hermanas sean humildes y obedientes, II-13-1; busca formarlas humildes, mortificadas y obedientes, II-6-14; Don Bosco aconseja probar a una postulante en la — y en la obediencia, II-14-1; — de la Santa con los superiores, II-16-4; — en pedir consejo a las Hermanas, II-16-4; II-18-4; III-3-5; III-15-2; III-15-15; IV-8-6; a los superiores, IV-8-6; a las postulantes, III-15-14; — a ofenderse por respuestas mortificantes, II-16-4; IV-6-6; su contento en las humillaciones, II-16-4; humillada por el director, II-16-4; acto singular de — al pedir perdón al director, II-16-4; a las Hermanas, II-16-6; II-16-8; la Santa quiere que las Hermanas practiquen la — al vencerse, II-16-5; se humilla pidiendo excusa cuando se ha equivocado, II-16-6; III-9-3; se humilla en el juego, II-17-6; besa los pies a las Hermanas y a las postulantes, II-17-6; se humilla en las conferencias, II-18-4; — de la Madre al acompañar a las misioneras a Roma, III-1-6; acto especial de — en Roma, III-1-6; se humilla en los recreos con las educandas en Nizza, III-11-13; tiene un humilde concepto de sí, III-15-4; atiende a los trabajos humildes, III-15-4; — de la Santa al pedir que le expliquen lo que no sabe a las alumnas, III-15-15; — profunda de la Santa, III-16-8; la Santa, humilde en el trato, IV-6-2; no habla de sí más que para humillarse, IV-6-2; prefiere siempre los trabajos más humildes, IV-6-3 y ss.; hace todo lo posible para que la crean una ignorante, IV-6-4; IV-8-1 (anécdota); — de la Santa en las conferencias, II-18-4; al escribir cartas, IV-6-5; declaran que nadie la ha igualado en la —, IV-6-6;

que no podía tenerla mayor, IV-6-7; se considera indigna de estar en la Congregación, IV-6-7; la Santa recomienda no excusarse, IV-9-6; la — virtud característica de la Santa, IV-6-7.

Humor: la Madre recomienda que se conserve la igualdad de —, III-15-11; IV-1-3; IV-1-9. (También se puede traducir por “carácter”).)

I

Iglesia: porte de María en la —, I-3-11; IV-4-1; María quiere el decoro de la —, I-13-3; IV-4-2; intenciones al ir a la —, III-7-5; la Madre siempre está de rodillas en la —, III-7-5; no se apoya en el reclinatorio, III-7-5.

Imitación de Cristo: María lee la —, I-5-1; le recomienda que lo lea a una muchacha, II-2-16.

Imparcialidad de la Madre con las jóvenes, I-15-4; con las Hermanas, II-8-1; II-17-8; III-16-13; IV-4-5; atenciones especiales con las enfermas y con las más tímidas, II-17-7; II-17-8; la — característica de la Madre con las niñas, III-11-14; la Madre recomienda la —, III-14-3; cada Hermana cree que es la predilecta de la Madre, III-16-13; IV-8-4; — de gobierno de la Madre, IV-8-4.

Inclinaciones (ved **Aptitudes**).

Infancia (Obra de la Santa): María se inscribe en la —, I-15-3.

Infieles: María reza por la conversión de los —, I-15-3.

Infierno: miedo al — en las niñas (anécdotas), I-12-9; la Madre tiene miedo al —, IV-2-9; la Santa dice a una Hermana: “Si vuelves al mundo irás al —”, IV-9-2.

Inés (Santa): la Santa inculca en las alumnas la devoción a —, II-20-8; cuadro de — en el taller, II-20-8.

Injurias: la Santa dice que es mejor recibirlas que hacerlas, II-1-4.

Intenciones: la Santa recomienda la rectitud de —, II-8-6; II-8-7; II-9-7; II-17-3; II-17-4; III-7-2; III-7-3; la — es lo que vale delante de Dios, II-17-3; la Santa ordena rezar para obrar siempre con rectitud de —, III-7-3; recomienda varias — en el trabajo, III-16-10; trabaja sólo por Dios, IV-3-1; inculca a las religiosas que trabajen sólo por Dios, IV-3-3.

Internado: el taller, transformado en —, I-10-12; orden que se seguía en el —, I-12-1.

Instituto de las Hijas de María Auxiliadora agregado a los Salesianos, II-4-3; primer Capítulo del —, II-6-4; el — entra en la regularidad, II-6-5; el — debe uniformarse al espíritu, al sistema y al carácter de los Salesianos, II-6-13; su fin principal, I-11-2; I-11-7 y ss.; su fin, I-18-9; III-4-4; afecto de la Santa al —, V-8-24.

Intuición de lo que pasa en los corazones: la Santa tiene la —, IV-8-7.

Invocaciones (ved **Saludo** y **Jaculatorias**).

Isidoro (San): fundación de la casa de — (6 de enero de 1881), V-1-6.

J

Jaculatorias: origen de las — “Os doy...”, I-12-3; la — “Pasa una hora más en mi vida...”, I-12-4; la — “Virgen María, hacednos santas...”, I-12-7; las — que más se usaban al principio en el taller y en el oratorio, I-14-13; “¡Viva Jesús! ¡Viva María!”, II-2-15; las — se decían con muchísima frecuencia entre las primeras religiosas, II-10-3; “Os saludo, Jesús Sacramentado...”, II-20-7; “Venid a mi corazón, querido Jesús...”, II-20-7; “Bendita sea la hora...”, II-20-7; trabajo santificado por las —, III-7-5; la Madre quiere que las alumnas piensen en el significado de la — “Una hora de menos en mi vida y una hora más de la que tendré que dar cuenta a Dios”, III-11-3; III-16-10; “Todo para Dios y nada para nosotras”, IV-2-5.

Jardín de María en el taller y en el oratorio de Mornese, I-14-11.

Jesús Sacramentado (ved **Santísimo Sacramento**): oraciones a — por la vuelta de Sor Corina, II-5-3; — sea nuestro confidente, III-9-4; la Madre dice que trabajen sólo por —, III-9-4; dice a las Hermanas que en los disgustos vayan a —, IV-2-8; dice que le hablen además en dialecto, IV-2-8; cuando necesita alguna gracia manda a las Hermanas ante —, IV-8-6; prepara delante de — la explicación de la Regla, IV-9-3; recomienda tener con el mayor decoro la capilla, V-2-2; amor de la Madre a —, V-8-24.

José (San): altarcito de —, II-1-8; María recomienda la devoción a —, II-10-8; recomienda la imitación de sus virtudes, II-10-8; II-20-5; la Madre reza a — para que la libre de sujetos que no son aptos para el Instituto o para el internado, II-10-8; — llamado familiarmente el Ecónomo de la Casa, II-10-8; en las dudas de alguna vocación se recurre a —, II-15-7; la Madre pide a la Virgen y a — la gracia de morir en Nizza, V-7-7.

Jovencita: María, modelo de —, I-5-7; I-6-10; I-8-1; I-10-10.

Jóvenes: son atraídas por María, I-6-9; María invita a las — a la iglesia, I-6-10; fin por el que las acepta en el taller, I-9-8; amor de María por las —, I-9-5; las primeras — internas, I-10-12; las — van a Misa a diario, I-12-1; celo de María por las — en peligro, I-15-1; I-15-4; por una — deficiente mental, I-15-1; celo por las huérfanas, I-15-1; I-15-2; I-15-4; María inculca a las — el respeto a las personas y cosas sagradas, I-15-3; inculca a las — la devoción a la Virgen y al Angel de la Guarda, I-15-3; María amaba a todas las — indistintamente, I-15-4; las atrae al Colegio, I-19-15; II-7-6; llevada en triunfo, I-19-15; III-11-12; vestidos para las — pobres, II-9-5; el vestido para una niña en un paseo al santuario de la Rochetta, II-19-5; en un paseo a Incisa, III-11-2; afecto santo por las —,

II-20-2; amor recto y sobrenatural de la Santa hacia las —, III-11-1; la Santa enseña a las Hermanas a formar a las — en la piedad, III-11-2; quiere que las Hermanas no las dejen nunca solas, III-11-5; no quiere que las Hermanas las agarren de la mano, III-11-16; IV-7-9; IV-9-8; en las cartas, la Madre manda saludos para las —, III-11-17; que recen por ella, III-11-17; ni caricias, ni abrazos, etc., III-14-3; IV-7-3; las viste con lo de su propiedad, IV-3-12; las — se tienen por dichosas de servir a la Madre, V-7-4.

Juegos (ved **Oratorio** y **Diversiones**).

Justicia: la Madre quiere que se guarde rigurosamente la — con las clientes, I-13-2; II-9-5; — con Dios, IV-4-1; — con el prójimo, IV-4-5.

L

La Boca (Buenos Aires): fundación de la casa de — (2 de noviembre de 1879), III-10-3.

La Navarre: fundación de la casa de — (2 de octubre de 1878), III-4-7.

Lanzo Torinese: fundación de la casa de — (1.º de septiembre de 1877), III-1-3.

Lasagna (Sac. Luis y después Obispo de Trípoli) recibe a las primeras misioneras, III-2-7; III-2-8; su idea sobre Sor Virginia Magone, V-3-5.

Las Piedras: fundación de la casa de — (13 de abril de 1879), III-5-6.

Laurentoni (Sor Teresa): a ella, cuando era postulante, la Santa le dice lo que le han dicho algunas señoras y las Hermanas de Santa Ana, II-5-5; cura de repente de una parálisis, II-13-4; habla, contra la prohibición de la Madre, con una extraña postulante, II-14-1; cuenta una predicción de Madre Mazzarello sobre Madre Daghero, III-4-8; la Santa, en el momento que va a morir, le recomienda el cuidado del oratorio festivo, V-9-10.

Lavadero: la Santa en el —, en Nizza, III-7-7 (ved **Roverno**).

Lectura espiritual de María, I-5-1; — de la vida de los santos, I-5-5; — en el taller, I-12-9.

Lecturas católicas: la Santa aconseja a las Hermanas la difusión de las —, III-14-2.

Lemoyne (Sac. J. Bautista): director en Mornese, III-3-1; su arenga a las misioneras, III-5-3; su estima por la Madre, III-6-7; da la Extramaunción a la Madre, V-8-15; asiste a la Santa en la última enfermedad, V-8-17 y siguientes.

Leña: provisión de —, I-17-3.

León XIII (Papa): es elegido Sumo Pontífice, III-3-2.

- Leto** (Mons. Basilio) quiere a las Hermanas en Biella, II-14-8; recibe la visita de la Santa, V-2-7.
- Libros:** la Santa quiere que antes de darlos a leer a las niñas los vean los sacerdotes, III-11-8.
- Limpieza:** María ama la —, I-4-6; — de la casa, III-4-4; la Madre ama mucho la —, IV-5-9; quiere que las hermanas estén limpias, IV-5-9.
- Lu Monferrato:** fundación de la casa de — (8 de noviembre de 1876), II-14-11; la Santa en — predice la vocación religiosa a una niña, V-2-9.
- Luis** (San): los seis domingos en honor de —, I-14-2; I-14-10; María propone el ejemplo de — a las jóvenes, I-14-3; oración delante del cuadro de —, I-14-10; María lee la vida de — a las jóvenes, I-14-9; la Madre recomienda a las Hermanas la devoción a —, II-10-8; a las alumnas, II-20-5.

M

- Maccagno** (señorita Angela): quién era, I-6-1; prepara el Reglamento de las Hijas de la Inmaculada, I-6-2; su celo, I-6-9; van a trabajar María y Petronila en su casa, I-10-1; I-10-7; asiste a las oratorianas, I-14-9; hace de superiora de las Hijas que viven con sus familias, I-19-2.
- Madre:** las Hermanas dan el nombre de — a Sor María Mazzarello, II-3-7; Sor María es más — que Superiora, II-7-3.
- Madres** (Asociación de las — Cristianas), fundada por Don Pestarino, I-3-7; I-6-5; sus prácticas, I-6-5; pide cada día tres gracias, I-6-5; recomienda a las — que eduquen bien a sus hijos, I-6-5; I-13-11; que impidan a sus hijas ir al baile, I-14-14.
- Maestra:** primera — de novicias y postulantes, I-20-12; primeros exámenes de —, II-6-9; la — sea madre con las alumnas, II-6-13; se procuren a las — los libros necesarios, III-4-4.
- Magone** (Sor Virginia): I-12-9; su muerte edificante, V-3-5.
- Mandar:** modo de — de la Santa, II-8-5; —, ¿es fácil?, IV-8-2 (ved **Gobierno**).
- Manuscrito** de Don Pestarino sobre una conversación con Don Bosco para la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-7.
- María** (La mora): III-14-1.
- María Auxiliadora** de los Cristianos: capillita dedicada a —, I-1-1; bendición de la capillita de —, I-1-7; fiesta de — establecida por Pío VII, I-1-7; imagen de — frente a la casa de María, I-8-8; se comienza el santuario de — de Turín, I-15-9; cuadro de — que Don Bosco manda a Mornese, II-1-8; altarcito dedicado a —, II-1-8; cómo es honrada — por las primeras religiosas, II-10-9; devoción de la Santa a —, II-10-9; la Santa

la considera la Superiora del Instituto y pone a sus pies las llaves de la casa, II-10-9; capillita a — cerca del colegio, II-11-1; II-11-2; la fiesta de — (año 1875), II-11-3; la primera iglesia dedicada a — en América, III-5-6; cuadro de — dado a las primeras misioneras, III-2-2; la Santa recomienda la devoción a —, V-2-2; la Santa pide a — y a San José la gracia de morir en Nizza, V-7-7.

María Inmaculada (Hijas de la —): Reglamento de las —, I-6-2; sus prácticas, I-6-3; vigilan a las niñas, I-6-4; mal humor de las — con las que quieren hacer vida común, I-15-6; diferencia entre las — y las nuevas Ursulinas, I-17-1; las — asisten a los enfermos del pueblo, I-17-8; renuevan cada año el voto de castidad, I-17-8; por qué su Unión no es una Congregación, I-17-9; las — pasan al colegio, I-19-3; las — se despiden del párroco, I-19-3; las jóvenes se consagran a —, I-13-10; triduo en preparación a la fiesta de la —, II-7-7; la —, fiesta de primer orden en el Instituto, II-10-9; la Madre recomienda a Hermanas y alumnas prepararse a la fiesta de la —, II-20-5; recomienda a las Hermanas que sean devotas de la —, III-15-11.

Martini (Sor Magdalena) va al frente del grupo de la segunda expedición de misioneras, III-5-1; la Santa deseaba que — fuese elegida superiora general, V-1-2; hace que le digan que todos están contentos de ella, V-6-5.

Máximas morales colgadas en las paredes de Mornese, III-4-5; algunas — de la Santa para obrar rectamente, II-17-4; II-17-9; para sufrir bien, II-17-8; II-17-9; la Madre recuerda con frecuencia las — de Santa Teresa, II-17-10; — educativas, III-10-5; — sobre no afligirse ni alegrarse demasiado, III-15-11; V-8-21; “Todo para Dios y nada para nosotras”, IV-2-5; no dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy, IV-3-12; “Recordad que si sois fieles a Jesús en esta vida...”, V-2-12; “Es tan grande el bien que espero...”, V-8-8; “Hermoso padecer...”, V-9-15.

Mayo (mes de): las alumnas y las oratorianas santifican el —, I-14-12; las religiosas, en Mornese, II-11-1; la Santa es la primera en cumplir las florecillas del —, II-11-1; clausura del — en Nizza, III-8-4 (ved **Florecillas**).

Mazzarello (Sor María) (seglar): su nacimiento, I-1-1; su primera educación, I-1-6 y ss.; I-2-3 y ss.; en casa Bodrato, I-2-7; enemiga de exterioridades, I-2-7; su educación cuando es joven, I-3-2; cuida a los hermanitos, I-3-3; grosería de un hermano, I-3-4; enseña a una prima, I-3-5; reforma de sí misma, I-3-6; violencia para dominarse, I-3-9; remordimiento por haber cortado las vides, I-3-10; su porte en la iglesia, I-3-11; vence la ambición, I-3-12; hace voto de virginidad, I-4-8; oye Misa a diario, I-4-10 y ss.; modelo de jovencita, I-5-7; I-6-10; Hija de María, I-6-2; ayuda a A. Maccagno, I-6-9; la primera en todo, I-6-9; atrae a las niñas, I-6-9; es admirada por su modestia, I-6-10; I-8-1; coge el tifus, I-8-3; va a

aprender el oficio de modista, I-9-9; abre el pequeño taller, I-10-7; "Vete a María", I-10-9; un "miniinternado", I-10-12; se hace amar y temer por las niñas, I-13-8; deseo de oír a Don Bosco, I-15-12; comienza el oratorio festivo, I-14-2; para la construcción del colegio, I-16-2; su prontitud en irse a la casa de la Inmaculada, I-16-5; contrariada por los parientes, I-16-6; deja la casa paterna, I-16-8; su contento, I-16-8; María, elegida Superiora de la casa de la Inmaculada, I-17-3; tiene la intención de fundar una Pía Unión y quizá una Congregación, I-17-8; acepta rápidamente el formar parte del futuro Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-11; — elegida Superiora de las Hijas de la Inmaculada, I-19-2; acude a la familia para que la ayuden, I-19-6; su deseo de que la quiten de Superiora, I-19-9; amante de los trabajos humildes, I-19-11; I-16-4; su profesión religiosa, I-20-7; es nombrada Vicaria del Instituto por Don Bosco, I-20-12; aprende a escribir, II-1-3; tiene el don de consolar a los afligidos, II-2-9; recibe a las hermanas Sorbone, II-2-10; no deja a Sor E. Sorbone hacer dos mortificaciones, II-2-11; escribe a Don Bosco para conservar el espíritu de mortificación en el Instituto, II-3-4; cómo Dios la preparó para ayudar a Don Bosco, II-3-6; cómo se gana a la joven Corina Arrigotti, II-5-3; a E. Ferrero, III-12-4; a M. Belletti, II-14-12; le dice a la postulante Laurentoni que la Virgen la quiere en el Instituto, II-5-5; su docilidad a Don Bosco, II-6-14; su veneración por Don Bosco, II-6-14; II-8-5; III-14-2; su preocupación por imitarle y ayudarle, II-6-14; II-12-11; III-14-2; inculca esta estima a las Hermanas, II-6-14; III-14-2; sus recomendaciones a las Hermanas de que imiten al Fundador, II-6-14; III-14-2; que lo imiten educando a las niñas, III-14-3; cómo habla de Don Bosco, III-14-2; III-14-3; recomienda que adquieran el espíritu de Don Bosco, V-7-4; considera como voluntad de Dios la voluntad de Don Bosco, III-14-2; dice que vivan en la presencia de Dios y de Don Bosco, III-14-2; la Madre, en la casa de Borgo San Martino, II-7-5; en Turín, II-7-5; dice a la postulante Daghero que debe permanecer en el Instituto, II-7-7; su profesión perpetua, II-11-5; su gratitud para con los bienhechores, II-12-11; cumple a maravilla las órdenes de los superiores, II-16-1; ayuda al director de la casa, II-16-3; recibe la orden de vivir en Nizza, III-6-4 y ss.; su pena al dejar Mornese, III-6-5; su edificantísima vida, III-6-6; recobra de repente el oído, III-8-7; asiste a la muerte de su padre, III-9-13; es elegida por unanimidad Superiora General, V-1-5; se siente mal cuando acompaña a las misioneras, V-6-2; la Madre enferma en Marsella, V-6-7; en Saint-Cyr, V-7-1 y ss.; su agradecimiento a Don Bosco por la bendición en su última enfermedad, V-9-8; su preciosa muerte, V-9-18.

Mazzarello (Sor Felicina) declara que María, su hermana, desde niña rezaba con devoción, I-1-6; I-2-5; es elegida asistente y maestra de las novicias, II-6-4; directora en Borgo San Martino, II-7-3; en Chieri, III-4-3.

Mazzarello (Filomena, hermana de María) la corrige, I-3-3.

- Mazzarello** (Nicolás, hermano de María) le hace rabiar, I-3-4.
- Mazzarello** (Sor Petronila): de la misma edad que María, I-2-3; invitada por la Santa a rezar juntas, I-3-13; entra a formar parte de las Hijas de la Inmaculada, I-6-2; acepta la proposición de María de aprender el oficio de modista, I-9-8; va a dormir a casa de la Pampuro, I-10-2; a casa de A. Maccagno, y después, a la de A. Bodratto, I-10-12; es elegida asistente del futuro Instituto, I-19-2; manda a Sor E. Sorbone que comulgue, II-2-11; es elegida vicaria del Instituto, II-6-4; la Madre le asegura que llegará a la vejez, II-11-2; su muerte, II-11-2.
- Mazzarello** (Sor Rosa): su muerte, II-11-6.
- Medicina:** la Santa no toma una — porque es algo fuera de lo corriente, III-3-6.
- Meditación** de las Hijas de la Inmaculada, I-6-3; en el taller, I-12-7; en la iglesia, I-12-11; recogimiento de la Madre en la —, III-7-5; continúa la — durante el día, IV-3-5; la Madre, la primera en la —, IV-3-5; fomenta en sí misma el amor a Dios con la —, IV-3-5.
- Melazzo:** fundación de la casa de — (15 de octubre de 1880), V-1-6.
- Memoria** histórica sobre la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-18-5 y ss.
- Mentira:** María reprende a una joven por haber dicho una —, I-13-4; I-13-8; la Madre castiga a su sobrinita porque ha dicho una —, III-11-4.
- Mercado:** María en el —, I-3-2.
- Méritos:** porfía para ganarse —, III-7-7.
- Misa:** la mamá de María la lleva a —, I-2-3; sacrificios de María para ir a —, I-4-11 y ss.; I-5-3; la Madre recomienda a las Hermanas que la oigan los domingos con más fervor, II-9-7.
- Misioneras:** Don Bosco manda a decir a la Madre que elija a las —, III-1-2; nombres de las primeras —, III-1-4; las primeras — van a Roma a ver al Santo Padre, III-1-4 y ss.; las primeras — en Sampierdarena, III-2-1 y ss.; la Madre las acompaña al buque, III-2-1; III-2-3; su actuación en el buque entre los pasajeros, III-2-6; su llegada a Montevideo, III-2-7; comienzo de sus trabajos, III-2-8; segunda expedición de —, III-5-1; predicción que se cumple respecto a una —, III-6-5; función de la partida de la segunda expedición de —, III-5-3; la bendición de Don Bosco, III-5-3; llegada de las — a Montevideo y a Buenos Aires, III-5-6; deseo de las — de que la Madre las visite, V-3-4; Don Bosco prepara la sexta expedición de los misioneros Salesianos y la tercera de las Hermanas, V-3-7; Don Bosco invita a la Madre a escoger las — para la tercera expedición, V-4-1; cómo la Madre entiende que va ella a América, V-4-6; función de partida de las —, V-5-2; recuerdos de Don Bosco a las — de la tercera expedición, V-5-3; la Madre las llama

- afortunadas, V-5-6; preocupación de la Madre por las —, V-6-2; preocupación de la Madre por una — que no está bien de salud, V-6-6; la Madre las tiene alegres en el viaje a Marsella, V-6-6; la Madre garantiza a las — un buen viaje, V-6-10; la Madre abraza y besa a las —, V-6-10; recuerdos de la Madre a las — (ved **Recuerdos**).
- Misioneros:** la noticia en Mornese de la partida de los — Salesianos, II-11-8; su partida, II-11-9; oraciones de las Hermanas por los —, II-11-9; III-1-1; deseo de las Hermanas de seguirlos, II-11-9; insistencia de los — para que les envíen más personal, V-3-6.
- Misiones:** deseo de las Hermanas de ir a las —, III-1-1; la Madre, deseosa de ir a las —, III-1-1.
- Modestia:** la Madre practica la — con la vista, I-3-12; IV-7-1; la Madre recomienda a las jóvenes que practiquen la —, I-6-10; I-13-7.
- Modista:** María piensa aprender el oficio de —, I-9-4 y ss.; su fin, I-9-8; habla de esto con Petronila, I-9-7 y ss.; su dificultad, I-10-3; I-10-4; van a casa de la — del pueblo, I-10-5; error en el corte, I-10-6.
- Morano** (Sor Magdalena) dice cómo la Santa combatía el amor propio, III-3-4; anota un pensamiento de la Santa, III-9-4.
- Mornese:** I-1-1; el Municipio de — contra el Instituto, II-14-4; por qué se quiere abandonar la casa de —, III-4-1; pesar de los de Mornese porque la Madre deja el pueblo, III-6-6; el espíritu de — en América, III-5-7; en Nizza, III-7-1 y ss.; III-9-1; los superiores venden la casa de —, III-13-4; la venta causa mala impresión en el pueblo, III-13-5; se vuelve a comprar la casa de —, III-13-5.
- Mortandad:** la — disminuye en el Instituto después que la Madre ofrece su vida, V-4-4.
- Mortificación** de María al abstenerse de la fruta, I-6-6; IV-4-8; — durante la convalecencia, I-9-2; la recomienda a quien no tiene obligación de ayunar, I-14-12; la Santa recomienda la — de la voluntad, II-9-3; impide dos — a la postulante Sorbone, II-2-11; no permite a algunas Hermanas que hagan una — en carnaval, II-12-2; las Hermanas reciben bien las — dadas por la Madre, II-16-6 y ss.; — de la Madre al descansar, II-18-6; no lo hace durante el día, III-15-4; — de la Madre al no beber durante un paseo, II-19-4; — de las alumnas en honor de Jesús Niño (anécdota), II-20-12; — corporales de la Santa, III-7-7; IV-4-7; no se excede en las —, IV-4-8; prefiere las — internas, según le aconsejan, III-7-7; — internas que Don Bosco recomienda a las Hermanas, III-7-7; la Santa dice cuál es la — que más agrada a Dios, III-7-7; recomienda que se haga alguna — como preparación a la Comunión (anécdota), III-9-11; la Santa deja la cama a una Hermana y pasa la noche en una silla, III-12-5; — de la Madre al tomar alimento, III-15-5; IV-4-7 (anécdota); al ceder la propia habitación, III-15-4; la Santa recomienda la — de los ojos, III-15-5; de la

gula, III-15-5; da su ración a alguna que la necesita, III-15-5; se alegra cuando ve que se ama la —, III-15-5; la Santa mortifica su voluntad, IV-1-9; aprovecha todas las ocasiones para mortificarse, IV-4-7; hace a los alimentos desagradables, IV-4-7; se mortifica comiendo la sopa sin sal, IV-4-8; usa cajas de madera en lugar de almohadas, IV-4-9; IV-5-2; llama vendimia al tiempo de la —, IV-4-10; otras — que la Santa recomienda, IV-4-10; recomienda santificar las —, IV-4-10; recomienda la — en honor a la Virgen, IV-4-10; modera las — de las Hermanas, IV-4-11; recomienda la — al ir a las viñas, IV-4-11; al ir con la familia, IV-4-11; deja el colchón a una Hermana, IV-5-2; la Santa quiere discreción en la —, V-2-4; se abstiene de beber una limonada, V-2-8; mortificarnos nosotras y no mortificar a los demás, V-5-1; — de la Santa durante la enfermedad en Saint-Cyr, V-7-5.

Mosca (Sor Emilia): II-2-1 y ss.; se examina para maestra, II-6-9; en Turín, para presentarse a los exámenes de octubre, II-7-5; la Santa quiere que manden a las estudiantes a coser, III-16-5; es elegida asistente en el Capítulo General, V-1-5.

Muerte de la primera Hija de María Auxiliadora, II-4-4; — de Don Pestarino, II-4-8; de la alumna Emilia Chiara, II-5-2; de Sor Corina Arrigotti, II-5-3; de Sor Belletti, II-14-12; de Sor Ferrero, III-12-4; la Madre recuerda con frecuencia el momento de la —, II-8-3; la Madre anuncia oscuramente su —, V-1-3; anuncia claramente su —, V-4-3; toda la vida de la Madre fue una preparación para la —, V-9-11; — preciosa de la Madre, V-9-18; la *Unità Cattolica* y el *Boletín Salesiano* anuncian la — de Madre Mazzarello, V-10-5.

Mundo: no llevar al taller las noticias del —, I-12-7; no preocuparse por lo que dice el —, II-8-1; no construirse un pequeño — en la religión, II-15-6; la Madre teme que el espíritu del — entre en casa, II-15-6; III-15-3; no hacer nada para ganarse la estimación del —, II-15-6; el — no es nada, III-16-12.

Murmuración: acto especial de la Santa para impedir la —, II-16-4; nadie la oyó nunca murmurar, V-2-14.

Música: la primera Misa con música en la casa de Mornese, II-4-7; cómo se cultiva en Mornese, II-7-6; se recomienda el estudio de la —, II-4-5; III-4-4; cuidado de la Santa para que a una Hermana no la entre vanidad por la —, III-5-6.

N

Napoleón I: I-1-7.

Navidad: las tres Misas de media noche de la — (año 1873), II-3-9; novena de — (año 1874), II-7-8; Misa de — (año 1875), II-11-22; consagración a Jesús Niño, II-11-11.

Negrini (Sor Hortensia): su traslado de Mornese a Nizza, su resignación a la voluntad del Señor, su muerte, III-13-4.

Niñas (ved Jóvenes).

Nizza Marittima: fundación de la casa de — (1.^ª de septiembre de 1877), III-1-3; la Madre visita a Don Bosco en —, V-7-8.

Nizza Monferratto: Don Bosco compra el convento de la Virgen de las Gracias de —, III-4-2; apertura de la casa de — (16 de septiembre de 1878), III-4-6; la Santa recibe la orden de establecerse en —, III-6-4; inundación de Belbo en — y caridad de la Madre, III-8-2; deseo de la Madre de morir en —, V-7-4; V-7-7; recibimiento a la Madre, que regresa de Saint-Cyr, V-7-10 y ss.

Novicias: la Madre tiene cuidado de que las — adquieran el espíritu del Fundador, II-6-14.

Novísimos: miedo de las niñas a los —, I-12-9; la Madre tiene miedo a los —, IV-2-9.

O

Obediencia de María a sus padres, I-2-3 y ss.; IV-5-10; a A. Maccagno, I-6-9; al médico, I-8-6; I-9-1; la — deben practicarla los que entran en religión, II-1-2; — de la Santa a las Hermanas de Santa Ana, II-1-11; a la señora Blengini, II-3-2; Don Bosco recomienda a las Hermanas la — a María, II-6-7; — de Sor María a la Regla, II-6-14; — a los diversos directores, II-7-9; II-16-4; III-3-1; III-15-2 (anécdota); — de la Santa a Don Costamagna, II-7-9; a la palabra de Don Bosco, II-8-5; III-15-1; la Santa pide oraciones para que las Hermanas sean humildes y obedientes, II-13-1; Don Bosco recomienda que se pruebe a una postulante en la humildad y en la —, II-14-1; la Santa recomienda a las Hermanas la —, II-16-5; la Santa, ejemplar en la —, II-16-5; II-18-4; IV-5-12 y ss.; quiere a las Hermanas obedientes, II-16-5; a Sor Succetti la llaman la — en persona. II-19-2; comparaciones de Don Bosco sobre la importancia de la —, III-4-5; — prontitud de la Santa en dejar Mornese, III-6-5; el verdadero obediente cumple la voluntad de Dios, III-15-1; no se equivoca, III-15-1; — de la Santa a Don Pestarino, IV-5-10; al confesor, IV-5-10; obedece aun a los deseos de los directores, IV-5-10 y ss.; dice que la — es la medida de la santidad, IV-5-11; cumple la — volando, IV-5-11; obedece también en las cosas libres, IV-5-11 y ss.; — de juicio, IV-5-12; IV-5-14; rapidez de la Santa en la —, IV-5-11; IV-5-12 (anécdotas); recomienda a las Hermanas la —, III-15-1; IV-5-13; al practicarla hace que no sientan su peso, IV-8-3; — rapidísima de las primeras Hermanas, IV-8-5; — de Sor Guala, II-19-2.

Obispos: veneración de la Santa por los —, IV-4-4.

- Oído:** la Madre recobra el —, II-11-9.
- Ojos:** modestia de los —, I-3-12; los — de la Madre, I-15-4; IV-1-1; la Santa tiene el dominio de los —, IV-1-3; mortificación de los —, IV-7-1; la Santa recomienda a las Hermanas la modestia de los —, IV-7-4; en los viajes, V-2-12.
- Onomástico** del director, II-19-7; — de la Madre, II-19-7; felicitaciones por el — del Fundador, II-19-7; felicitaciones en el — del Obispo de Acqui, II-19-7.
- Oración** de María durante el trabajo, I-4-5; — en la ventana, I-4-6; I-5-5; después de la curación, I-8-9; — por los pecadores, los enfermos, etc., I-12-7; — por el Papa, I-14-8; — en el taller, I-12-7; — al irse a la cama en el colegio, I-19-13; la Madre recurre a la — en las penas, II-17-10; la vida de la Madre fue una continua —, III-7-5; — de la Madre por los vivos y por los difuntos, IV-2-5; recogimiento de la Madre durante la —, IV-3-2; IV-3-5; — por la expansión del Reino de Dios, IV-3-6; conferencia de la Madre sobre el espíritu de —, IV-9-7; — por la curación de la Madre, V-7-2.
- Oratorio festivo:** comienzo del — en Mornese, I-14-2; juegos en el —, I-14-3; cómo se hacía al principio, I-14-7 y ss.; diversiones en el — durante los días de carnaval, I-14-14 y ss.; — en el colegio, II-2-15; — en Vallecrosia, II-12-8; — en la casa de Turín, II-12-10; la Madre, en el — de Nizza, III-11-3; recomendaciones de la Santa a las Hermanas que se encargan del —, III-11-3; al abrir una casa quiere el —, IV-3-7; frutos del —, IV-3-7; el — semillero de vocaciones religiosas, IV-3-7; de buenas madres de familia, IV-3-7; la Santa, en el lecho de muerte, recomienda que se tenga cuidado del —, V-9-10.
- Orden** cronológico al escribir la vida de la Santa, prólogo, p. IV; dificultad para establecerlo, prólogo, p. V; María ama el — y la limpieza, I-4-6; IV-5-9; quiere que las Hermanas sean ordenadas, IV-5-9.

P

- Paciencia** de María con las niñas, I-13-9; I-14-6; — de la Madre al escuchar a las Hermanas, II-17-9; en las contrariedades, IV-1-3.
- Pacotto** (Sor Josefina): la Santa le dice que irá como directora a Alassio, II-14-8; la manda leche por la noche, II-17-8; la Santa le dice que después de la muerte le ayudará, V-6-5.
- Padres:** de María, I-1-4; I-1-6; su carácter, I-1-4; I-1-6; sus recomendaciones a sus hijos, I-2-6; los —, contentos de que sus hijas vayan con María, I-6-10; María recomienda a las jóvenes la obediencia a los —, I-13-7; María recomienda a los — que eduquen bien a los hijos, I-13-11; I-15-1;

la Madre recomienda a las alumnas que recen por los —, II-20-9; quiere que se considere a los — de las Hermanas como los primeros bienhechores del Instituto, II-12-11.

Palabra: eficacia de la — de la Santa, III-14-6; III-15-2; III-16-13; IV-1-9; IV-3-5; IV-9-1 y ss.; la Santa dice a las Hermanas: “Pedid a Dios la eficacia de la —”, IV-9-1; la — de la Santa tranquiliza las almas, IV-9-3.

Pampuro (Sor Teresa) acepta en su casa a María y a Petronila, I-10-3.

Pan: — malo en Mornese, II-9-1; la falta de — en Mornese, II-9-1; en Nizza, III-12-5; una postulante coge hogaza de —, III-12-5.

Papá: el — de María hace andar derecho, I-2-5; vigilancia de su hijita, I-3-2.

Papa (Santo Padre): de niña hace rezar a las chicas por el —, I-14-8; las Hermanas mandan al — las felicitaciones por las fiestas de Navidad (1875), II-11-10; la Santa inculca la veneración al —, II-19-6; por la elección del —, III-3-2; su veneración por el —, IV-4-4; hace rezar por el —, IV-4-4; no permite que se hable mal de éste, IV-4-4.

Paraíso o **cielo:** deseo de María del —, I-8-6; IV-2-10; María habla del — a las jóvenes, I-12-9; a las Hermanas y alumnas, II-20-7; la Madre dice que piensen en el —, III-8-5; IV-2-10; a las alumnas de Nizza, III-11-14; dice a las Hermanas que el — es el premio a todos los sacrificios, III-7-3; III-9-4; IV-2-6; IV-2-11; la Santa, enamorada del —, IV-2-9; deseo del —, IV-2-10; habla con frecuencia del —, IV-2-10; enamora a las Hermanas y alumnas del —, IV-2-10; habla de éste como si ya lo poseyese, IV-2-11; la Santa quería que las Hermanas tuvieran la confianza de conseguir el —, IV-2-11; las Hermanas salen de hablar con la Madre con el — en el corazón, IV-3-1; el — no se hizo para los perezosos, IV-10-3; la Santa consuela a misioneras con el pensamiento del —, V-6-6; la Madre pide a Dios que le mande sufrimientos para que cuando muera pueda ir pronto al —, V-8-6; la Santa dice a la vicaria que en el — rogará por ella, V-9-11; Don Lemoyne afirma que la Madre está en el —, V-10-1.

Parientes: cordialidad con los — de las Hermanas y postulantes (anécdotas), III-14-9; quiere que se considere como de la familia a los — de las religiosas, III-14-9; recomienda a las religiosas que escriban a los —, III-14-9; V-4-6; ordena que traten bien al hermano de una postulante, V-8-7.

Particularidades: María no quiere — en el alimento, I-15-5; la Santa, enemiga de las — (anécdotas), III-3-6; IV-5-2.

Paseos a los distintos santuarios, II-19-3; al Tobio, II-19-4; una novicia cae en un barranco, II-19-4; mortificación de la Madre en un —, II-19-4; el vestido para una niña durante un — al santuario de la Rocchetta, II-19-5; en Incisa, III-11-2.

Pasión (del Salvador) (ved **Vía Crucis**).

Pastore (señora Francisca): carta de Don Bosco a la —, II-6-2.

Paz: oración por la — en casa, II-8-2.

Pecado: Don Bosco recomienda en una carta a María y a Petronila que impidan el — venial, I-11-4; María recomienda a las niñas que se preserven de éste, I-13-7; a las alumnas, II-20-8; su celo en impedirlo, I-14-3; miedo de que el — entre en casa, II-15-8; II-20-6; III-11-5; su vigilancia para evitar el —, II-15-8; inspira horror al —, II-20-7; IV-7-11; aconseja a las Hermanas que pidan a Dios el sentir remordimiento de los —, III-3-8; hace rezar para que el — no entre en casa, III-11-5; mantener a las alumnas lejos del —, III-11-7; lo que mueve a la Santa a hacer la guerra al —, III-12-2; la Santa recomienda que pidan a Dios morir en un acto de dolor de los —, IV-2-9; la Santa no cometi6 un — deliberado, IV-7-11; su vigilancia para impedir el —, IV-3-9.

Pecadores: oración por la conversi6n de los —, I-12-7; IV-3-9; la Santa Madre recomienda rezar por los —, II-10-6; hace ir en peregrinaci6n a la Virgen de Gavi para obtener la conversi6n de un mas6n, II-10-6.

Penango: fundaci6n de la casa de — (15 de octubre de 1880), V-1-6.

Penas morales: la Madre consuela a las religiosas en las —, II-15-7; c6mo las consuela en las —, II-17-9.

Pequeñas cosas: la Santa recomienda la exactitud en las —, II-18-4; III-3-8; de observar la Regla aun en las —, IV-9-8; hace rezar para estar atentas a las —, III-7-3; su pena por las pequeñas faltas de las religiosas, III-14-6.

Perfecci6n: la Santa recomienda la obligaci6n de tender a la —, II-8-1; III-7-3; el A B C de la —, III-4-5; insiste sobre la obligaci6n de tender a la —, IV-1-6; IV-3-1; practica la virtud con —, IV-1-7.

Persecuciones en Nizza contra el Instituto, III-8-1; la Santa exhorta a las Hermanas a ser perseverantes, a pesar de las — contra el Instituto, IV-2-7.

Perseverancia: la Santa recomienda la —, II-8-7; su — en la virtud, IV-1-6.

Pestarino (Sac. Domingo): coadjutor del p6rroco de Mornese, I-1-4; qui6n era, I-3-7; su celo, I-3-7; c6mo gui6 a María, I-3-8; la manda a calentarse, I-4-15; rigor en admitir en la Pía Uni6n, I-6-2; trata a María como a una fant6stica, I-9-6; le permite que aprenda el oficio de modista, I-9-8; su consejo a María para los vestidos, I-10-11; su encuentro con Don Bosco, I-11-1 y ss.; se adscribe a la Pía Sociedad Salesiana, I-11-3; lleva a María y a Petronila dos medallas y una carta de Don Bosco, I-11-4; pone la costumbre de que todas las tardes los del pueblo se reúnan en la iglesia, I-5-5; I-12-11; da permiso a María y Petronila para comer en casa de A. Maccagno, I-15-5; manda a María a la alquería de la Valponasca, I-15-7; la llama de nuevo al taller, I-15-7; invita a Don Bosco a ir a Mornese, I-15-8; su celo heroico, I-15-13; consulta a Don Bosco sobre

- dejar una casa a las Hijas de la Inmaculada, I-16-3 y ss.; obtiene de los padres de María el permiso para que la hija siga su vocación, I-16-7; sumisión de — para el nuevo destino del colegio y sus temores, I-18-7; conversación con Don Bosco en Varazze sobre el futuro Instituto, I-19-1; reúne a las Hijas de la Inmaculada para la elección de la superiora, I-19-2; trata con el Ayuntamiento para que cedan en alquiler la casa de la Inmaculada al párroco, I-19-3 y Apéndice; socorre a las Hijas en el colegio, I-19-6; hace el elogio a Don Bosco de María, I-20-12; su pena por los socorros que Don Bosco manda, II-1-5; su manera de obrar entre las Hermanas, II-2-14; su relación sobre el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, II-4-3; su muerte, II-4-8; sus funerales, II-4-11; sus funerales de trigésima, II-6-1; elogio de Don Bosco a Don Pestarino, II-6-2; su acción en la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, III-6-2; III-6-3.
- Pestarino** (Sac. José) prepara un motete para la segunda vestición, II-2-6.
- Pestarino** (Sor Rosalía) se examina de maestra, II-6-9; — va a Turín para los exámenes de octubre, II-7-5; se desmaya al separarse de la Santa para ir a Vallecrosia, II-12-6.
- Piedad** de María desde niña, I-1-7; I-2-5; María, constante en la —, I-8-2; la — de la Santa tiene algo de angélico, II-9-6; no quiere singularidades, I-2-7; II-9-7; su espíritu de —, II-18-3; recomienda a las alumnas la —, II-20-9; recomienda combatir la tentación de parecer devotas, II-20-9; la Santa cuida el espíritu de — en Nizza Monferrato, III-7-1; dice en qué consiste la verdadera — religiosa, III-7-2; la Santa recomienda que se hagan con fervor las prácticas de —, III-14-3.
- Pío VII** establece la fiesta de María Auxiliadora, I-1-7.
- Pío IX** (Papa) aprueba que Don Bosco funde el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, y le dice que escriba las Constituciones, I-18-9; sus avisos, I-18-9; fiesta de las Hermanas por el jubileo episcopal de —, II-19-6; fotografía de — dada a las Hermanas, II-19-6; — bendice a las primeras Hijas de María Auxiliadora misioneras, III-1-7; sus consejos a las mismas, III-1-7; su muerte, III-3-2.
- Pío XI** da un programa de vida a las jóvenes católicas, I-4-10.
- Pleuresía:** la Santa padece una —, V-7-1; vuelve a aparecer la —, V-8-6.
- Pobres:** la Madre quiere que no se deje ir a los — sin socorrerlos, II-9-5; IV-3-12; hace que les den su sopa, II-9-5; da su delantal, II-9-5; da el propio alimento al que lo necesita, IV-3-12.
- Pobreza** en la casa de la Inmaculada, I-17-2; I-17-4; I-17-9; al principio, en el colegio, I-19-5; en la casa-madre de Mornese, II-1-5; II-3-3; II-9-1; IV-5-6; la Santa inspira a las religiosas el amor y el contento por la —, II-1-5; IV-5-7; por qué Don Bosco no socorría a las Hermanas en su extrema —, II-1-6; bienes que produce la —, II-1-6; recomendaciones de

Don Bosco sobre la —, II-6-6; ninguna postulante debe ser rechazada por su —, II-15-2; cómo la Santa ejercita la — en la ida a Roma, III-1-6; conferencia de la Santa sobre la —, III-14-7; tener el corazón despegado de todo, III-14-8; III-15-4; III-16-13; IV-5-4; 4-9-8; entregar cada cosa a la superiora (anécdota), III-14-8; (anécdota), III-16-13; motivos para amar la —, IV-5-1; se desprende de su propia ropa (anécdotas), IV-5-3; IV-5-4; la Santa, amante de la —, IV-5-2; — de la Santa en el vestir, IV-5-3; la Santa no oculta nunca que ha nacido pobre, IV-5-4; IV-6-2; era el retrato de la —, IV-5-5; teme que no se ame bastante la —, IV-5-6 y siguientes; arrastra a las Hermanas a amar la —, IV-5-6 y ss.; — y alegría, IV-8-5; la Santa recomienda que no se dé ni se reciba nada sin permiso, IV-9-8; IV-9-9; la Santa observa la — en los viajes, V-2-12; respuesta de la Santa sobre unas mangas de un hábito, V-5-7.

Poggio (Sor María): su edificante muerte, II-4-4.

Postulantes: una — excluida de la primera vestición, I-20-6; la Santa tiene cuidado de que las — adquieran el espíritu del Fundador, II-15-4; una extraña — es mandada a su casa, II-14-1; cómo quiere que sean las —, II-14-3; una — que tiene visiones, II-14-1; II-14-2; consejos de la Madre a la encargada de las —, II-14-3; II-15-9; la Santa acepta también a las — muy pobres, II-15-2; doctrina de San Francisco de Sales sobre las —, II-15-3; alegría de la Madre cuando llegan —, II-15-4; estudia su carácter, II-15-4; María Mazzarello, verdadera madre con las —, II-15-7; II-15-9; II-15-10; III-9-2; les anima a la perseverancia (anécdotas), II-15-9; quiere que estudien el Catecismo, II-15-10; enseña a las — a hacer la meditación, II-15-10; la primera — americana, III-2-9; la primera — toscana, III-9-2; bondad materna de la Madre con las —, III-9-6; III-15-9; con una a la que le duelen los dientes, III-9-8; IV-8-4; la Santa recomienda a las — que pidan tres gracias en la vestición, III-9-7; qué virtudes las — admiran especialmente en la Santa, III-15-14; la Santa, exigentísima con las — con respecto a la castidad, IV-7-8; sabe decir qué — perseverarán, IV-8-7; temor de la Santa por una — cumplido, V-7-11; la Santa recomienda la formación de las —, V-8-22.

Preda (Sor Clara): consejo de la Santa a — sobre el modo de servir a los Salesianos, V-2-15.

Predicciones: la Santa predice a Madre Petronila que llegará a muy vieja, II-11-2; predice el porvenir a seis jóvenes, II-14-13; que Sor Daghero llegará a ser superiora general, III-4-8; a Sor Borgna, que trabajará hasta muy avanzada edad con buena salud, III-5-2; que la Casa Generalicia se trasladará a Turín, III-6-5; predice a una postulante enfermiza que llegará a la vejez, III-9-5; la misma cosa a otra, III-9-6; predice a Sor Bussolino que vivirá hasta la vejez, III-9-6; a una postulante enferma de tos y de mal de cabeza que curará, III-9-8; a otra que teme la tisis que se curará, III-9-8; a otra, que se irá de su casa, pero que volverá y perseverará, III-9-10; la Santa predice a una postulante enferma de vi-

- ruelas que no morirá, III-12-3; a una Hermana le dice lo que hizo de niña, IV-8-7; en Lu predice la vocación religiosa a una niña, V-2-9; profecía sobre dos misioneras, V-4-1; a una Hermana de poca salud, que vivirá hasta que sea vieja, V-7-3; — a una postulante, V-7-11; la Santa dice a las Hermanas que no curará, V-8-6; a dos novicias, realizada, V-8-9; predice la muerte de Sor Ferrettino, V-8-10; predice a una Hermana que irá a Turín con Don Cagliero, V-9-7; que Don Cagliero no partirá antes de su muerte, V-9-12.
- Preguntas** graciosas, II-8-6; II-17-5; III-16-12.
- Premios:** la primera velada para la repartición de los — a las alumnas, II-14-6.
- Privaciones:** las — en Mornese eran continuas, II-9-1; María hace amar las —, II-9-1; IV-4-8.
- Procesiones:** María, en las —, da la preferencia a las jóvenes vestidas más modestamente, I-14-5.
- Proceso** informativo para la Causa de Beatificación y Canonización de María Mazzarello, prólogo, p. III; V-10-11; — Apostólico, V-10-11.
- Programa** de vida, I-4-10; — de las Hijas de María, I-6-2; I-6-5.
- Progreso:** la Santa, constante en progresar, I-8-1; — continuo de la Santa en la virtud, IV-1-6.
- Prójimo:** no habla de éste sino bien, I-12-9; ejemplo de la Madre al hablar del —, IV-1-4; amor de María al —, IV-3-12; recomienda a las Hermanas que ayuden, consuelen, etc., al —, IV-3-12; su alegría cuando puede ayudar al —, IV-3-12; recomienda que vean a Dios en el —, IV-3-12; no ahorra fatigas para ayudar al —, IV-3-12; lo amaba más que a sí misma, IV-3-12; amaba a todos indistintamente, IV-3-12; la Madre busca que el — se aleje de ella siendo mejor, V-2-14; no habla nunca de los defectos del —, V-2-14.
- Proveer:** la Santa provee a todo, II-8-2.
- Providencia** (La Divina) manda ayudas a la casa de la Inmaculada, I-17-5; I-16-6; I-19-12; la Madre hace rezar para tener ayuda de la —, II-9-1; II-9-7; consueta a las religiosas diciendo que tengan confianza en la —, II-6-10; IV-2-6; su confianza en la —, IV-2-11.
- Prudencia** de la Santa en alejar a dos postulantes, II-14-1; II-14-2; — en hacer observar la Regla, IV-1-9; — en guardar el secreto, IV-8-4; — en la visita a las casas (anécdotas), V-2-2 y ss.
- Puntualidad:** I-5-2; — en el servicio de Dios, III-7-3.
- Pureza:** la Santa recomienda la — a las jóvenes, I-14-3; I-14-4; es un lirio de —, I-20-12; a las alumnas, II-20-6; predilección de la Madre por la —, II-18-1; cómo la llama, II-20-6; IV-7-10; la hace amar con el ejemplo,

IV-7-4 y ss.; la Madre, modestísima, IV-7-1; severa con quien cae en alguna ligereza, IV-7-6; reprende a una Hermana que estuvo con su hermano más tiempo del permitido, IV-7-7; exige de las postulantes la —, IV-7-8; elogio de Sor Mosca de la — de la Madre, IV-7-1; de Monseñor Costamagna, IV-7-8; del Cardenal Cagliero, IV-7-10; pena de la Santa por un escrito en el que se ponen palabras poco delicadas, IV-7-10 (ved **Castidad**).

Purgatorio: María habla de las penas del —, I-12-9; hace a las niñas rezar por las almas del —, I-12-9; a las religiosas, II-10-7; a las alumnas, II-20-11; la Santa dice que pidan al Señor hacer el — en vida, II-10-7; IV-2-9; tiene miedo del —, III-3-5; IV-2-9; pide pasar aquí su —, V-8-18..

Q

Quargento: fundación de la casa de — (21 de noviembre de 1878), III-4-9.

R

Recogimiento habitual de la Santa, III-7-5.

Recomendaciones: — de la Santa a las Hermanas que van a Borgo San Martino, II-7-3; a todas que se guarden de la adulación de las jóvenes, III-11-17; de formarse fuertes y amantes de las privaciones y sacrificios, III-14-3; de no agarrarse de la mano, IV-7-3; en las visitas a las casas, V-2-2; de tener el espíritu de mortificación y de sacrificio, V-2-6; a las Hermanas de la tercera expedición de misioneras, V-4-6; — a las Hermanas durante la enfermedad en Saint-Cyr, V-7-4; — de Don Bosco con ocasión de los votos perpetuos, II-11-5.

Recreos de las jóvenes del taller, I-12-8; — de las oratorianas, I-14-8 y ss.; la Madre en los — con las alumnas en Mornese, II-20-4; el canto: “En la ciudad de los Santos...”, II-20-7; cualidad que debe tener el —, III-4-4; la Madre en los — en Nizza, III-7-4; III-11-11 y ss.; llevada en triunfo durante el —, III-11-12.

Recuerdos de la Madre a Sor Pacotto, V-4-5; a Sor Bussolino, V-4-5; a Sor Farina, V-5-4; — de Don Bosco a las misioneras de la tercera expedición, V-5-3; últimos — de la Santa a las misioneras, V-6-10; — de la Santa a todas las religiosas durante su última enfermedad, V-8-19; — a las novicias y postulantes, V-8-20; — a las superiores, V-8-21; de Don Bosco a las misioneras, V-5-3.

Regla (ved **Constituciones**).

Relación de Don Pestarino sobre María Mazzarello, I-20-12; — sobre las Hermanas, II-4-3; — de la Santa a Don Cagliero (año 1876), II-14-9; otra

- (año 1877), III-1-1; — de Don Costamagna sobre el primer viaje de las misioneras, III-2-6 y ss.
- Religión:** conocimiento profundo de la Madre en las cosas de la —, IV-3-5.
- Religiosas:** por qué se dan notas bibliográficas de las —, prólogo, p. VII; qué se requiere para llegar a ser buenas —, II-8-7; algunas — caen en la relajación, II-11-7; defección de algunas —, II-13-1; qué pensar de las defecciones de las —, II-13-2; la Santa dice cuáles son las — dignas de admiración, II-17-2; recomienda que cada una vea en su Hermana a una esposa de Jesús, II-18-6; celo de la Santa para formar buenas —, III-3-3 y ss.; las — deben perfeccionarse en sus oficios, III-4-4; estima de las — a la Madre, III-6-7; atenciones de la Madre con las —, III-7-7; la Santa dice que las Hermanas sinceras y sencillas agradan a Dios y a María Santísima, V-2-2; cuándo permite un beso y un abrazo, V-6-10; afecto de la Santa a las —, IV-7-3; V-8-24.
- Reloj:** la Santa se queda sin el —, IV-5-4.
- Remordimiento:** la Santa recomienda pedir a Dios sentir el — de los pecados, III-3-8; de las imperfecciones, III-9-7.
- Rendicontos:** cómo la Madre recibía los —, III-16-13.
- Reparación:** deseo de la Santa de la —, I-3-12; por las blasfemias, IV-3-9; cómo repara las ofensas a Dios, IV-3-9; la Santa, alma reparadora, IV-3-9; acto de — con una Hermana, V-8-23.
- Repugnancia:** la Santa ayuda a una Hermana a vencer la — de llevar un hábito, III-16-13; ayuda a otra a vencer la — que siente a estar con una Hermana, III-16-13.
- Reserva** en el trato, I-5-7; I-14-4; IV-7-1 y ss.; por la calle, I-8-1; — durante la enfermedad, I-8-5 y ss.; gran — de la Santa en los viajes, V-2-12; recomienda la — a las Hermanas en los viajes, V-2-12.
- Resignación:** María, resignada en la enfermedad del tifus, I-8-6; — en las críticas del mundo, II-1-4; — de Sor María en la muerte de Don Pestarino, II-4-9; — en la última enfermedad, V-7-4 y ss.; V-8-24.
- Respeto** de la Santa a los sacerdotes (ved **Sacerdotes**): — a las cosas sagradas, I-13-3; IV-4-2; inculca a las niñas el — a los sacerdotes, I-15-3; IV-1-5; IV-2-3; la Santa inculca a las religiosas el — al Papa, II-19-6; a los Salesianos, IV-1-5; — de las Hermanas para las cosas de la Santa, V-7-3.
- Restos mortales:** aspecto de los — de la Madre, V-10-1 y ss.
- Retales** (de tela): la Santa quiere que se devuelvan los —, I-13-2; IV-4-5.
- Robo** en la alquería de la Valponasca, I-7-6.
- Roma:** la Santa en —, III-1-5 y ss.; visita las basílicas para las indulgencias, III-1-6; las catacumbas, III-1-6; regala el chal, III-1-6; en la audiencia del Santo Padre, III-1-7.

Roncallo (Sor Elisa): directora de la casa de Turín, II-12-10.

Rosario: rezo del — en casa Mazzarello, I-5-5; I-8-1; en el taller, I-12-8; I-12-11; rezo del — por las oratorianas al ir a San Silvestre, I-14-8; la Santa manda un — a una muchacha, II-2-16; Don Bosco da un — a las misioneras, V-5-3.

Roverno: paso del —, I-17-6; el lavado en el —, I-19-11; II-8-1.

Rúa (Sac. Miguel) hace los votos religiosos, I-6-8; — en Mornese, por primera vez, II-11-4; sus enseñanzas a las religiosas, II-11-4; — por segunda vez, en Mornese, II-11-7; — en Mornese, para la clausura de los Ejercicios de las señoras, II-14-6; una máxima a las Hermanas sobre la santidad, II-14-6.

S

Sacerdotes: en Mornese, María recomienda el respeto a los —, I-15-3; la Madre recomienda a las Hermanas la obediencia a los Salesianos, III-14-2; respeto de la Santa a los —, II-19-6; IV-1-5; IV-2-3; IV-4-4; V-2-15; la Santa inculca en las Hermanas el respeto a los —, V-2-15.

Sacramentos: María recomienda la frecuencia de éstos a las chicas, I-13-6.

Sacrificios de María para ir a recibir la Comunión, I-4-10 y ss.; para ir a Misa, I-4-10 y ss.; la Santa hace que las religiosas acepten los —, II-1-4.

Saint-Cyr: fundación de la casa de — (4 de abril de 1880), III-4-7; III-13-4; la Madre se pone enferma en —, V-7-1 y ss.; lápida en la habitación de la Madre en —, V-7-7 y Apéndice.

Salesianos (ved **Agradecimiento**).

Saltimbanquis: las jóvenes que se abstengan de ir a ver a los —, I-13-7.

Salud: cuidado de la —, III-4-4; la Madre recomienda a las Hermanas que tengan cuidado de la —, III-15-9.

Saludo: el — de las Hijas de María Auxiliadora, II-10-11; la Santa hace reflexionar sobre el —, II-17-5.

Santa Infancia (Pía Obra de la): María, inscrita a la —, I-8-7; María habla de la —, I-15-3.

Santidad: María dice a las compañeras que deben hacerse santas, I-19-14; las Hermanas de Santa Ana admiran la — de María Mazzarello, II-2-13; para imitar a Don Bosco, II-6-4; la Madre inculca la — a las Hermanas, II-8-1; “hagámonos pronto santas”, II-8-7; deseo de — de las Hermanas, II-14-9; II-17-10; en las Hermanas y en las alumnas, III-7-4; algunas máximas de la Madre sobre la —, II-16-3; María Mazzarello adquirió la — a fuerza de violentarse a sí misma, IV-1-9; la Madre tiene un gran deseo de dirigir a todas a la —, IV-8-5; la Madre, modelo de — para sus religiosas, IV-1-9; fama de (santidad) de la Madre, IV-10-1 y ss.

Santísimo Sacramento: deseo de María de hacer visitas al —, I-5-4; le dice a la Hermana que haga una visita al —, I-5-4; invita a las jóvenes a visitar al —, I-12-10; I-14-8; manda allí a las clientes, I-13-11; deseo de María de hacer compañía a Jesús Sacramentado, I-12-10; recomienda a las niñas que estén con devoción delante del —, I-13-3; oración de las Hermanas al — por la vuelta de Sor Corina, II-5-3; confianza de la Santa en el —, II-9-1; porte de la Madre ante el —, II-18-2; III-7-5; III-15-13; IV-2-4; IV-4-1; fe de la Santa en el —, II-18-2; amor de la Santa al —, II-18-2; lo consulta en las dudas (anécdota), II-18-2; la Santa inculca a las Hermanas la unión con Jesús en el —, II-18-3; pena de una Hermana porque Jesús está solo, II-19-2; la Santa visita al — en los paseos, II-19-3; enciende la lámpara al —, II-19-3; recomienda a las alumnas que hagan la visita al —, III-11-13; hablar a Jesús en dialecto, II-20-9; IV-2-8; la Madre recomienda el decoro de la capilla y la visita cuando se tiene el — en casa, V-2-2 (ved **Comunión**).

Santos (Los) no nacen, sino se hacen, I-3-1; — son victoriosos combatientes, I-3-1.

Sastre: por qué María propone a Petronila ir al —, I-9-8; María y Petronila van al —, I-9-10.

Scotton (Monseñor), en Mornese, para los Ejercicios Espirituales, II-2-4; quiere disuadir a Don Bosco de que se ocupe del Instituto, II-2-8; no aprueba las ideas de Don Bosco, II-3-4; su testimonio sobre la cortesía de la Madre, IV-1-5.

Secreto de la Madre, IV-8-4.

Semana Santa, I-7-4.

Semblante de la Santa, IV-1-1.

Sencillez de estilo al escribir la vida de María Mazzarello, prólogo, p. V; Madre Mazzarello recomienda a las Hermanas que imiten la — del Fundador, II-6-14; recomienda a todas la —, II-15-5; practica la —, IV-1-7; la Santa, sencilla como una niña, IV-1-9; dice que las Hermanas sencillas agradan a María Auxiliadora, V-2-2.

Sentidos: la Santa recomienda a las alumnas que mortifiquen los —, II-20-8; a las religiosas, III-14-5.

Sepulcro de la Santa, V-10-2; V-10-3; V-10-7.

Sermón: aburrimiento de María al escuchar el —, I-2-3; va María al — dominical, I-8-1; la Santa, ávida de la palabra de Dios, III-14-5; recomienda a las religiosas que la escuchen con atención, III-14-5; hace reflexionar sobre el — en el recreo, III-14-5; recomienda a las Hermanas que no olviden el —, IV-9-7.

Sestri Levante: las Hermanas aceptan la asistencia de una colonia balnearia en —, II-13-5.

- Silencio:** observado en el taller, I-12-5 y ss.; María opone el — a las críticas, II-1-4; observancia del — por las primeras religiosas, II-10-3 y ss.; la Santa reprende a una Hermana que faltó al —, II-10-4; admiración de un albañil ante el — de las Hermanas, II-10-4; observar el — para estar unidas a Dios, II-15-7; la Santa dispensa del — por la llegada de postulantes, II-15-4; reprendida porque dispensó del —, II-16-4; su cuidado por la observancia del — (anécdotas), III-14-6; la Madre recomienda el —, IV-9-8.
- Silvestre (San):** paseo a —, I-14-8; oración a —, I-14-8.
- Sinceridad:** la Santa recomienda la — a las niñas, I-13-8.
- Sociedad Salesiana:** comienzo de —, I-6-8; los primeros Salesianos, I-15-9; decreto de aprobación de la —, I-15-9.
- Sorbone (Sor Angélica):** dos anécdotas, II-20-13 y II-20-14.
- Sorbone (Madre Enriqueta):** su postulantado II-2-9; sus hermanas, II-2-9; II-2-10; su vestición, II-2-11; dos anécdotas sobre la mortificación, II-2-11; da las “buenas noches” también a los chicos en Sestri Levante, II-13-5; cómo aceptó las correcciones de la Santa, II-16-7; es elegida segunda asistente, V-1-5.
- Succetti (Sor Ana):** su vida y muerte edificante, II-19-2; de ella se dijo que hablaba poco, rezaba mucho y trabajaba incesantemente, II-19-2; que era la obediencia en persona, II-19-2.
- Sufragios:** María hace rezar a las niñas por los difuntos, I-12-9; qué — se hacían al principio en el Instituto, II-10-7; la Santa recomienda a las alumnas sufragar a los difuntos, II-20-11; a las Hermanas, II-20-11; — por Pío IX, III-3-2; la Madre, puntual en hacer celebrar las Misas en sufragio de las almas de las Hermanas, IV-4-3; recomienda sufragar a los difuntos, IV-4-3; — por Don Pestarino, II-4-11; — por la Madre, V-10-2; — de Don Bosco por la Madre, V-10-4.
- Sufrimientos:** la Madre recomienda santificar los pequeños —, II-18-5; de sufrir por el cielo, II-18-5; cómo soporta los —, II-18-5; IV-4-9; V-6-2 y ss.; en Saint-Cyr, V-7-3 y ss.; después del regreso en Nizza, V-8-5 y ss.; la Santa pide a Dios que la haga sufrir, V-8-6; “Toda pena me resulta agradable”, V-8-8; “Hermoso padecer, hermoso gozar”, V-9-15.
- Superiora:** María es elegida — de la casa de la Inmaculada, I-17-3; María es elegida — de las Hijas de la Inmaculada, I-19-2; su deseo de que la libren del cargo de —, I-19-9; II-3-1; II-4-6; IV-6-3; V-1-2; Sor María es elegida por Don Bosco — del Instituto con el título de Vicaria, I-20-12; era la más capacitada, II-1-2; espera a la —, II-1-9; Don Bosco la considera capaz de hacer de —, II-3-5; II-3-6; contento de las Hermanas por tener a Sor María de —, II-3-7; Sor María, elegida — General, II-6-3; Sor María tiene afecto de madre para todas, II-8-1; Don Bosco dice que

la Virgen es la — del Instituto, I-20-12; Sor María considera a la Virgen como la — del Instituto, II-10-9; Sor María es humilde y no se da importancia, III-6-6; IV-6-3; se considera incapaz de hacer de —, IV-6-3; obra como la última de las Hermanas, IV-6-3; recomienda que den el voto de — a otras, V-1-2; Don Bosco fija la segunda — general del Instituto, V-10-4.

Superiores: en qué consiste la estima y la veneración por los —, IV-4-4; respeto de la Santa con los —, IV-4-4; docilidad de la Madre a los —, IV-4-4; la Santa recomienda a las Hermanas que tengan confianza con los —, V-2-2; V-2-6; V-7-9.

Superioridad: ninguna — entre María y Petronila, I-12-2; María no hacía actos de —, I-15-4; no dejaba aparecer la —, III-6-6.

T

Taller: María acepta jóvenes en el —, I-10-7; varios traslados del —, I-10-7; cómo funcionaba al principio, I-12-1 y ss.; el crucifijo y la imagen de la Virgen en el —, I-12-3; entrada de las jóvenes en el —, I-12-3; I-12-8; quien llega tarde debe decir el motivo de esto, I-13-4; muchacha despedida del —, I-13-8; ninguna sale sin permiso, I-13-10; la Santa trabaja en el — con las Hermanas, II-17-3; III-7-5; pide permiso para salir del —, II-17-3; prácticas religiosas en el — en Nizza, III-11-3; al abrir casas la Santa quiere el —, IV-3-7.

Tentaciones: María habla a las jóvenes del modo de vencer las —, I-13-7; última — de la Madre, V-9-16.

Teresa (Santa): María lee partes de la vida de — a las niñas más buenas, I-15-4; la Madre recomienda la devoción a —, II-10-8; III-15-11; recuerda las máximas de —, II-17-10; —, Patrona del Instituto, I-18-11.

Tiempo: María no tuvo que dar cuenta de haber perdido el —, I-4-5; valerse del — para adquirir méritos, III-5-4.

Tomás (Santo Tomás de Aquino) pregunta quién es Dios, I-2-8.

Trabajo de María en los viñedos, I-4-2; I-4-3; actividad y diligencia de María en el —, I-4-2; I-4-3; — santificado por la oración, I-4-4; I-4-5; III-7-5; María hace que las niñas ofrezcan el — a Dios, I-12-3; exige que el — sea bien hecho, I-13-2; precios moderados por los —, I-13-2; en busca de —, I-17-3; realización de — en la casa de la Inmaculada, I-17-7; paciencia cuando no le pagan el —, I-17-7; — santificado por la oración de las nuevas religiosas, II-10-3; la Santa dice qué — vale delante de Dios, II-17-3; III-16-1; ayuda a las Hermanas en el —, IV-9-5; “Trabajamos para un Amo riquísimo”, II-17-3; V-8-4.

Traverso (Notario de Mornese) prepara las poesías para los onomásticos, II-19-7.

Turín: apertura de la casa de — (29 de marzo de 1876), II-12-10.

U

Ursulinas (Nuevas): diferencia entre las Hijas de la Inmaculada y las nuevas —, I-17-1.

Uvas: una Hermana que no comió —, II-8-2; la Santa manda a las Hermanas a la viña a comer —, III-9-11.

V

Vaca: compra de una — en Mornese, II-9-3.

Valle (Párroco Don) bendice la capilla del Colegio, I-18-1; manda socorros a las Hijas en el colegio, I-19-6; recibe la vestición de las novicias, II-11-3.

Vallecrosia: Don Bosco anuncia la apertura de la casa de —, II-12-4; oraciones para que se abra la casa de —, II-12-5; apertura de la casa de — (9 de febrero de 1876), II-12-7; dificultades y prosperidad de la misma, II-12-8.

Vallese (Sor Angela): la Santa la hace vencer los escrúpulos, II-17-9; jefe de la primera expedición de misioneras, III-1-4; cartas a — (ved **Cartas**); funda la casa de Carmen de Patagones, III-13-1.

Valponasca: María pasa a la alquería de la —, I-2-1; robo en la alquería de la —, I-7-6; Don Pestarino envía a María a la alquería de la —, I-15-7.

Vanidad: recomendaciones de María a las jóvenes para que huyan de la —, I-6-10; I-13-7; a las alumnas, de que huyan de la — y reciban con frecuencia los Sacramentos, II-20-9; a las Hermanas, III-3-9; la Santa corrige la — de la sobrinita, III-11-10.

Vera (Monseñor) da alojamiento a las primeras misioneras, III-2-7.

Verbal sobre la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-15 y Apéndice; su predicción cumplida, I-20-15.

Vespignani (Sor Nunziatina): trato de la Madre al padre de —, III-14-9.

Vestición religiosa: primera — de las Hijas de María Auxiliadora, I-20-4; alegría después de la —, I-20-10; segunda — de las Hijas de María Auxiliadora, II-2-4 y ss.; la Santa comunica de rodillas a una postulante que hará la —, III-15-6; la Santa recomienda a las que hacen la — que pidan tres gracias, III-9-7.

Vestidos: María lleva — modestos, I-3-12; — deteriorado, II-9-2; IV-5-3 (anécdota); María quiere que los — de las jóvenes sean modestos, I-10-11;

I-13-7; recomienda a las Hermanas que tengan cuidado de los —, III-16-6.

“**Vía Crucis**”: I-7-4; el — en Mornese, II-1-8; devoción de la Santa al —, II-1-8; III-12-2; el —, en la capilla de Nizza, III-12-2; la Pasión del Señor mueve a la Madre a hacer la guerra al pecado, III-12-2; la Madre medita en la Pasión de Nuestro Señor, IV-3-5; por la mañana, apenas en la capilla, hace el —, III-12-2 (ved **Crucifijo**).

Viajes: la Madre no emprende — más que por necesidad, V-2-10; contrariedad en un viaje en Asti, V-2-11; reserva de la Santa en los —, V-2-12; V-6-6; dice que en los — existe el peligro de perder el fervor, V-2-10; de ofender la bella virtud, V-2-12; sus conversaciones en los —, V-2-12; V-2-13; la Santa, durante el viaje a Sampierdarena, V-6-1; a Marsella, V-6-4 y ss.; llegada a Marsella, V-6-7; regreso a Nizza Monferrato, V-7-10.

Víctor Manuel II: su muerte, III-3-2.

Vida (de María Mazzarello): criterio al escribirla, prólogo, pp IV y ss.; páginas XII y ss.

Vida: la Santa ofrece la — por el Instituto, V-4-2; después de la oferta de la Santa Madre disminuye la mortandad en el Instituto, V-4-4.

Vida común: María desea dejar la familia y hacer — con las compañeras, I-15-6; tenor de — en los primerísimos tiempos en el colegio, I-19-8; I-19-10 y ss.; la Santa quiere que las Hermanas amen la —, III-15-4; practica la —, III-15-4; IV-5-2; IV-5-12; durante la enfermedad la Santa va a la enfermería común, V-8-5.

Vigilancia de María a los hermanos, I-3-3; a las jóvenes en el taller y por la calle, I-12-8; I-13-5; en la iglesia, I-14-8; — de la Madre en la casa de Mornese, II-8-2; II-8-4; la Santa quiere que las Hermanas vigilen continuamente a las niñas, III-11-5; III-14-3; la Santa vigila las chicas en las funciones religiosas, IV-3-10.

Virgen: la mamá le dice a María lo que debe hacer para agradar a la —, I-2-4; también el papá, I-3-2; María se pone enferma y se cura en un día consagrado a la —, I-8-8; la —, en el taller, I-12-3; María recomienda a las niñas que hagan bien la novena de la —, I-13-6; que comulguen en las novenas y fiestas, I-13-6; que imiten los ejemplos de la —, I-14-4; Don Bosco dice que la — es la Superiora del Instituto, I-20-12; la Madre dice que la — es la directora de la casa, II-7-3; del Instituto, II-10-9; IV-3-8; V-2-2; peregrinación a la — de Gavi, II-10-6; una florecilla de la Madre para el mes de la —, II-11-1; la Madre es la primera en practicar las florecillas, II-11-1; quiere que las alumnas saluden a la — cada hora, III-11-3; confianza de la Madre en la —, V-8-14 y ss.; V-9-16.

Virgen de los Dolores: reza siete “Ave María” a la —, I-12-13; reza los dolores en honor de la —, I-18-11; cómo la honran las primeras religiosas, II-10-9; cómo la Madre hace que la honren las Hermanas y las alumnas,

- II-20-5; recomendaba su devoción, III-15-11; la Madre medita en los dolores de la —, IV-3-5.
- Virginidad** (Voto de): María hace —, I-6-7; I-6-8; su amor a la —, I-16-6; María y las compañeras renuevan cada año el voto de —, I-17-9.
- Virtud**: las — que más se inculcan en el Instituto, II-16-4; la Santa ejercita a las Hermanas en varias —, II-16-5; la Santa recomienda los pequeños actos de —, II-18-5; practica la — con perfección y constancia, IV-1-7; practicó la — en grado heroico, IV-1-7; la Santa, modelo de todas las —, IV-2-1; IV-2-2.
- Viruela**: rezar a San José y a María Auxiliadora para preservarse de la —, III-12-3.
- Visión**: María ve en una — el edificio del futuro Instituto, I-9-6; II-20-1.
- Visita a las casas**: la Santa hace la —, V-2-1 y ss.; al Obispo de Ivrea, V-2-6; al Obispo de Biella, V-2-6; V-2-7; la Santa, en la —, ayuda a las Hermanas en los trabajos materiales, V-2-8; la Santa visita un establecimiento sanitario en Asti, V-2-11; — a Jesús Sacramentado (ved **Jesús Sacramentado**).
- Visitación** (Las Hermanas de la): acogen a las primeras misioneras, III-2-8.
- Vocación religiosa**: síntomas de — en María, I-5-6; consejo de Don Bosco a Don Pestarino para conocer la —, I-18-10; la Santa recomienda rezar por las —, II-9-7, III-15-8; también, por las casas salesianas, III-15-8; por la perseverancia en la —, II-13-1; en las dudas de algunas — se acude a San José, II-15-7; pérdida de la —, II-13-1 y ss.; II-14-1 y ss.; la Santa hace estimar la —, II-16-3; III-15-6; dice que cultiven la — entre las alumnas, III-11-9; la Santa, en la última enfermedad, habla de la — a una joven, III-11-18; cuánto estima la Madre la —, III-15-6; intuición de la Santa para conocer las — (anécdotas), III-15-7; fin por el que se abraza la vida religiosa, III-15-10; recomienda a las novicias y a las postulantes la obligación de seguir la —, III-15-12; reza por las —, IV-3-6.
- Voluntad de Dios**: Sor Grosso muere diciendo: “Fiat voluntas tua”, II-13-3; la Santa se conserva serena en la —, II-17-10; resignada en todo a la —, III-6-5; recomienda la conformidad con la —, III-15-11; se esfuerza en cumplir la — aun en las pequeñas cosas, IV-3-1; IV-3-4; contagia a las Hermanas el propósito de querer obrar de acuerdo con la —, IV-3-1.
- Votos**: las primeras Hijas de María Auxiliadora hacen los —, I-20-7; las primeras religiosas hacen — temporales, I-20-7; la Santa, con doce Hermanas, hace — perpetuos, II-11-5; renovación de los — en los Ejercicios Espirituales y en el Ejercicio de la buena muerte, III-4-5.
- Voz**: María no quiere que en el taller se hable en — baja, I-12-5.

INDICE GENERAL

PARTE PRIMERA

Desde el nacimiento de la Santa hasta su vestición religiosa

(1837-1872)

- Capítulo I.—Nacimiento y primera educación (1837-1843) p. 3
1. Mornese. Nacimiento de María. Admirable coincidencia.—2. Los padres de María.—3. Relación entre el nacimiento de María y el de Don Bosco.—4. Carácter de los padres de María.—5. La casa donde nació.—6. Su primera educación.—7. Construcción y bendición de una pequeña iglesia dedicada a María Auxiliadora.
- Apéndice al capítulo I. Partida de Bautismo de María Mazzarello. p. 11
- Capítulo II.—Educación religiosa. Primera Comunión. La Confirmación (1843-1849) p. 12
1. A la alquería de la Valponasca.—2. La prima Dominga.—3. María vence la repugnancia a confesarse. El aburrimiento en los sermones.—4. Una hija no debe alejarse de la vista de su madre.—5. El padre hace caminar derecho. Obediencia y piedad.—6. Las diarias recomendaciones.—7. En la casa Bodratto. Vuelve con su familia.—8. Estudia el Catecismo. ¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo?—9. El punto de honor. Quiero ganar a todos los chicos.—10. La Primera Comunión. La Confirmación.
- Capítulo III.—Acción del padre y del confesor en la formación cristiana de María (1850) p. 20
1. Los santos no nacen tales, se hacen.—2. Vigilancia del padre de María. En el mercado. ¡Cuánto debo a mi padre!—3. Cómo cuida a sus hermanitos.—4. El pan, a la cabeza.—5. Cuida de una prima suya.—6. Reforma de sí misma.—7. Quién era Don Pestarino.—8. Cómo dirige a María.—9. Enrojeció.—10. ¡Qué he hecho!—11. En la iglesia.—12. Ambición vencida.—13. Santa amistad entre María y Petronila.
- Capítulo IV.—El trabajo, santificado por la oración. Voto de virginidad. Sacrificios para ir a la santa Misa (1850-1852). p. 33
1. Los primeros gérmenes que pone Dios al crear el corazón.—2. María ayuda a su padre. Cuenta con los dedos.—3. Aquella muchacha tiene un brazo de hierro. Trabaja en todo como un hombre.—4. Ninguna puede hacer tanto como la Madre General.—5. El trabajo, santificado por la oración.—6. Orden y

- limpieza.—7. Efecto del amor.—8. Voto de virginidad.—9. Confesión general.—10. Comunión diaria. Un magnífico programa de vida.—11. De la Valponasca a la iglesia. Sacrificios para asistir a la santa Misa.—12. Piadosas conversaciones.—13. Dos horas después de medianoche.—14. Los fantasmas.—15. El viento, el invierno y la nieve. Los zuecos helados.—16. Animo y buena voluntad.
- Capítulo V.—Unión con Dios. Modelo de jovencita (1852-1854). p. 46
1. Unión con Dios. Lectura espiritual.—2. Hace las cosas ordinarias en modo extraordinario. Habitualmente recogida en Dios.—3. Actividad e industria en el trabajo y privación del sueño para asistir a la santa Misa.—4. Visita al Santísimo Sacramento. Testimonio de la Hermana.—5. Las oraciones desde la ventana.—6. Síntomas de vocación religiosa.—7. Modelo de jovencita.
- Capítulo VI.—Hija de María. La primera de todo (1854-1858). p. 54
1. Angela Macagno.—2. Borrador del Reglamento de las Hijas de la Inmaculada.—3. Prácticas de la *Pía Unión*. María se acusa arrepentida de haber estado un cuarto de hora sin pensar en Dios.—4. Anima a confesarse a dos compañeras.—5. Reuniones de las madres. Reglamento edificante.—6. Ejercicios Espirituales de las Hijas.—7. La ley de supresión de los conventos.—8. Don Bosco inicia la Pía Sociedad de los Salesianos.—9. Relaciones entre Angela Macagno y María. No tiene respeto humano. La primera en todo. Respeto y obediencia a Angela Macagno.—10. Las madres la ponen como modelo a sus hijas.
- Apéndice al capítulo VI p. 66
- Capítulo VII.—Los dos amores. Todo por Jesús y con Jesús (1850-1858) p. 68
1. Los dos amores.—2. Delicadeza de conciencia.—3. Amor a la mortificación.—4. La Semana Santa con Jesús.—5. Una tentación vencida.—6. Un robo.—7. En el pueblo.
- Capítulo VIII.—María asiste a sus familiares enfermos y enferma ella también (1859-1860) p. 74
1. María continúa su santa vida.—2. Asiste a sus familiares enfermos.—3. Ella, enferma también. Su habitación, escuela de virtudes.—4. Una conversión.—5. Una doble dosis de medicina. Delicadeza.—6. Obediencia al médico. Deseo del cielo.—7. Una corona de flores. Fuera de peligro.—8. Dos curiosas circunstancias.—9. Una oración.
- Capítulo IX.—Piensa e intenta aprender el oficio de modista (1860-1861) p. 81
1. Convalecencia de María.—2. Un curioso expediente.—3. Providencial debilidad de María.—4. ¿Modista?—5. Un insistente pensamiento.—6. El Señor le hace ver su futura misión.—7. Una conversación con su amiga.—8. ¿Por qué ir al sastre? Enseñar a las jóvenes a coser, con el fin de enseñarles a amar a Dios. Cada puntada, un acto de amor a Dios.—9. Van al sastre del pueblo.

Capítulo X.—El pequeño taller y el comienzo del internado
(1861-1862) p. 88

1. Se aprende a coser y no se piensa en habladurías.—2. Muerte del padre de Petronila.—3. En casa de Teresa Pampuro.—4. Caridad de un hermano de Petronila.—5. Van a casa de la modista Antonia Barco. De nuevo, en casa de Teresa Pampuro.—6. Un error corregido.—7. Por primera vez se enseña el Catecismo en el taller. Nuevo cambio de habitación.—8. En casa de Domingo Macagno.—9. Aumentan las alumnas.—10. Vete a María.—11. Temor de favorecer la vanidad. Anécdotas.—12. Comienza el internado.

Capítulo XI.—San Juan Bosco anuncia que fundará un Instituto
de religiosas (1862-1863) p. 96

1. Encuentro de Don Bosco con Dos Pestarino.—2. Don Bosco le confía que ha sido invitado a hacer por las niñas lo que hace con los jóvenes.—3. Don Pestarino va a Turín y pide a Don Bosco que le admita entre sus hijos.—4. El Santo manda a las dos amigas dos medallas de la Virgen y una carta.—5. Prevé el futuro Instituto.—6. Sueños o visiones de San Juan Bosco.—7. Otros sueños de Don Bosco.—8. Don Bosco dice a Don Lemoyne que fundará un Instituto de religiosas.

Capítulo XII.—La jornada en el taller p. 104

1. Misa diaria y oraciones.—2. Entre María y Petronila.—3. La imagen del Crucifijo y de la Virgen en el taller. Entrada de las alumnas en el taller: el saludo y ofrecimiento del trabajo.—4. El pensamiento de la eternidad. Al dar la hora.—5. Prohibición de hablar bajo. El silencio.—6. El desayuno.—7. La meditación. No llevar al taller las noticias del mundo. Virgen María, haznos santas. Oraciones por la conversión de los pecadores, por los enfermos, etcétera.—8. La pequeña comida. En el patio. Asistencia. De nuevo, en el taller. El santo Rosario.—9. Lectura sobre las *verdades eternas*. Consideraciones sobre el infierno y el cielo. Exageraciones corregidas. Cantos de alabanza. Oraciones por los difuntos.—10. La merienda.—11. Visita a Jesús Sacramentado. Fin de la jornada. A la iglesia para rezar el *Angelus* y leer la meditación.—12. Vuelta a casa.—13. Las *siete Avemarías* a la Virgen Dolorosa al ir a dormir.—14. El cielo está tachonado de estrellas.

Capítulo XIII.—La vida en el taller p. 113

1. Cambios de horario.—2. Enseñanza profesional. Las clientes, satisfechas del trabajo y del precio.—3. Para el decoro de la iglesia.—4. No se permite llegar tarde. Represión a una joven.—5. Vigilancia dentro y fuera del taller. Correcciones.—6. Recomendaciones sobre la frecuencia de los Sacramentos y novenas. Normas para confesarse.—7. Recomendaciones sobre la modestia cristiana y progresos morales de las jóvenes.—8. Castigo de la mentira. María se hace amar y temer. Despedida de la que no quiere corregirse.—9. Después de la reprensión se nos quiere como antes.—10. Reuniones en la sacristía.—11. Con las clientes.

Capítulo XIV.—El oratorio festivo (1863) p. 121

1. Deseo del bien.—2. Se empieza el oratorio festivo.—3. Diversiones en casa. Contra la vanidad.—4. Da buen ejemplo.—5. Exhortación a la frecuencia de Sacramentos.—6. Paciencia con las oratorianas.—7. Cómo se hacía el oratorio en los primeros tiempos.—8. A San Silvestre. Los cantos.—9. Vuelta a la iglesia para el Catecismo y las funciones de la tarde. Regreso a casa.—10. Práctica de los Seis Domingos en honor de San Luis.—11. El Jardín de María.—

12. El mes de mayo. Los ayunos de la iglesia.—13. Jaculatoria mas usadas.—14. Los bailes de carnaval.—15. Descontento de los jóvenes. Constancia, prudencia y fortaleza de la Santa.—16. Dos bailarines en el oratorio. Otros dos jóvenes expulsados.

Capítulo XV.—Celo por las niñas. María y Petronila comienzan a comer en el taller. San Juan Bosco va a Mornese (1864-1865) p. 134

1. Celo por las que están en peligro y por las huérfanas.—2. No harás la Sagrada Comunión con tus compañeras.—3. De la devoción viene la buena educación. Respetar a los sacerdotes. Frecuentar los Sacramentos, tener devoción a la Virgen, al Angel de la Guarda. Rezar por los infieles.—4. Imparcialidad. No hay asociaciones especiales.—5. María y Petronila empiezan a comer en casa Maccagno. Ninguna singularidad.—6. María quiere dejar la casa paterna. Teresa Pampuro va a vivir con María y Petronila. Contrastes en casa y fuera de ella.—7. Don Pestarino manda a María a la alquería de la Valponasca. La llama de nuevo al taller.—8. Don Pestarino invita a Don Bosco a Mornese.—9. Los votos de los primeros salesianos. Comienzan las obras de la iglesia de María Auxiliadora en Turín. Aprobación de la Pía Sociedad Salesiana.—10. Preparativos para recibir a Don Bosco en Mornese. Francisco Bodrato.—11. El recibimiento a Don Bosco.—12. Presentación de las Hijas de la Inmaculada. ¡Es un santo!—13. Fiesta de la Maternidad y celo de Don Pestarino. Obsequios de la población a Don Bosco.

Capítulo XVI.—San Juan Bosco, en Mornese. María deja a su familia y va a vivir a la casa de la Inmaculada (1864). p. 146

1. Don Bosco y Don Pestarino deciden fundar en Mornese un colegio para los muchachos.—2. Cooperación del pueblo. Colocación de la primera piedra.—3. Don Pestarino piensa dejar su casa a las Hijas de la Inmaculada. Consulta a Don Bosco.—4. María y Petronila ganan lo suficiente para poder vivir por su cuenta. Petronila consigue que sus hermanos le paguen el alquiler.—5. Don Pestarino interroga a las Hijas.—6. María es contrariada por sus padres.—7. Don Pestarino obtiene el consentimiento del padre.—8. Palabras de María la separase de sus padres y su satisfacción. Se pasa a la casa de la Inmaculada.—9. María tenía realmente la intención de fundar una Congregación. Palabras de Don Pestarino.—10. Continúan los trabajos para la construcción del colegio.

Capítulo XVII.—María, elegida Superiora de la casa de la Inmaculada (1865-1867) p. 155

1. Diferencia entre las Hijas de la Inmaculada y las Nuevas Ursulinas.—2. Se aceptan a otras jóvenes en la casa de la Inmaculada.—3. María es elegida Superiora. En busca de trabajo.—4. Espíritu de pobreza y alegría.—5. La divina Providencia, en su ayuda.—6. Provisión de leña.—7. Realización de trabajos varios. Los gusanos de seda.—8. Asistencia a las enfermas. Varias obras de caridad.—9. María tiene verdadera intención de fundar una asociación femenina que se ocupe de las niñas.

Capítulo XVIII.—Don Bosco da un horario a las Hijas de la Inmaculada y decide fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (1867-1871) p. 164

1. Don Bosco va a Mornese con ocasión de la bendición de la capilla del colegio. Da una conferencia a las Hijas de la Inmaculada. Su agradecimiento a

los mornesinos.—2. María desea poder tener trabajo en el colegio.—3. Don Pestarino lleva a María y a Petronila un horario escrito por Don Bosco para ellas y para las jóvenes del taller. Líneas generales de este horario.—4. Don Bosco decide fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Conversación con Don Pestarino.—5. Habla a su Capítulo.—6. Por qué escogió la casa de Mornese.—7. Don Bosco habla con Don Pestarino de su propósito. Sumisión y temores de Don Pestarino.—8. María busca la causa de la tristeza de Don Pestarino y no sabe qué decirse.—9. Don Bosco expone al Santo Padre Pío IX su intención de fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y recibe la aprobación.—10. Don Bosco escribe las Reglas o Constituciones para el nuevo Instituto y las entrega a Don Pestarino para que las dé a conocer a las Hijas de la Inmaculada. Por qué señales se podrá conocer si una hija tiene vocación.—11. Las Hijas reciben las Constituciones (noviembre o diciembre de 1971).

Capítulo XIX.—María, de nuevo elegida Superiora. Las Hijas pasan al colegio (1871-1872) p. 178

1. Don Pestarino visita a Don Bosco en Varazze, que le habla del nuevo Instituto. Llegada a Varazze de dos mornesinos con obsequios para Don Bosco.—2. Don Pestarino reúne a las Hijas de la Inmaculada y María Mazzarello es elegida Superiora.—3. Las hijas, al colegio.—4. Descontento en el pueblo.—5. Pobreza en el colegio.—6. Ayudas de la Providencia.—7. Don Pestarino consuela a las Hijas.—8. Espíritu de serenidad de María Mazzarello.—9. María insiste para que Don Bosco mande una superiora.—10. Tenor de vida en el colegio.—11. María Mazzarello se ocupa en los trabajos más humildes.—12. Providenciales ayudas.—13. Oraciones al ir al descanso.—14. Continúa el malhumor del pueblo. María anima a las compañeras.—15. Escenas familiares en el oratorio festivo.

Apéndice al capítulo XIX, núm. 3 p. 191

El Ayuntamiento de Mornese delibera sobre el derribo de la antigua casa parroquial. La construcción de otra nueva y el alquiler de la casa de la Inmaculada para el párroco. Acta.

Capítulo XX.—Primera vestición y profesión de las Hijas de María Auxiliadora (1872) p. 194

1. Primera tanda de Ejercicios Espirituales en el colegio.—2. Don Bosco establece el hábito para las futuras religiosas.—3. María prepara el primero.—4. Don Bosco se disculpa por no poder ir a Mornese y el Obispo le manda a buscar.—5. Recuerdos que Don Bosco da a las que van a recibir el hábito religioso.—6. Excluida una postulante.—7. La conmovedora función en la iglesia.—8. Otros recuerdos de Don Bosco a las nuevas religiosas.—9. Por qué las llamó Hijas de María Auxiliadora.—10. Alegría de las nuevas religiosas. 11. Recomendaciones de Don Bosco a Don Pestarino.—12. Don Pestarino hace el elogio de María a Don Bosco, que la nombra Vicaria y aprueba y presenta el primer Capítulo a la Comunidad. Don Bosco dice que el Instituto se difundirá si...—13. Marcha de Mornese.—14. Clausura de los Ejercicios Espirituales. Memorables palabras del Verbal de las primeras vesticiones.

Apéndice al capítulo XX, núm. 15 p. 204

Acta referente a la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, erigido en Mornese, diócesis de Acqui.

PARTE SEGUNDA

Desde la vestición religiosa hasta la primera expedición
en América exclusivamente

(1872-1877)

Capítulo I.—Los primeros pasos en la vida religiosa (1872-1873). p. 209

1. Alegría de las nuevas religiosas.—2. Habladurías en el pueblo. Se habla italiano.—3. María aprende las primeras nociones de escritura.—4. Enseña a la Hermana a vencer la timidez.—5. Pobreza y alegría.—6. Por qué el Santo no socorría a las nuevas religiosas.—7. Dos maestras.—8. La capilla del Instituto y el *Vía Crucis* (27 de febrero de 1873).—9. Sor María espera a la Superiora.—10. Don Bosco manda a Mornese a dos Hermanas de Santa Ana para dirigir a las nuevas religiosas.—11. Humildad y sumisión de María Mazzarello.

Capítulo II.—Crecimiento del Instituto y actividad de Don Pestarino (1872-1873) p. 217

1. Emilia Mosca, maestra de francés.—2. Cómo se gana su confianza Sor María.—3. Emilia Mosca, postulante.—4. Ejercicios Espirituales.—5. Llamada paterna a la observancia religiosa.—6. Don José Pestarino adapta un mote.—7. Segunda vestición y recuerdos de Don Bosco.—8. El Santo no escucha a los que quieren disuadirle de pensar en el nuevo Instituto.—9. La postulante Enriqueta Sorbone.—10. Sor María le dice que mande venir a Mornese a sus hermanas.—11. Dos anécdotas.—12. Acto especial de humildad de Sor María.—13. Partida de las religiosas de Santa Ana. Examen de las alumnas e impresión de un programa.—14. Actividad de Don Pestarino entre las Hermanas.—15. Sor María y el Catecismo parroquial. ¡Viva Jesús!—16. Recomendaciones a una joven de leer y meditar la *Imitación de Cristo*.

Capítulo III.—Espíritu de pobreza y de mortificación. Las religiosas dan a Sor María el dulce título de Madre (1873). p. 228

1. María desea ser exonerada del cargo de Superiora.—2. La señora Blengini. Sumisión de Sor María.—3. El espíritu de pobreza en la casa de Mornese.—4. Espíritu de reforma de la señora Blengini. Temor de María Mazzarello. Escribe a Don Bosco.—5. La señora Blengini va a Turín y no vuelve.—6. Lo que la Blengini no vio o no apreció en Sor María.—7. Don Cagliero escribe a Sor María diciéndole que Don Bosco la quiere como Superiora. Alegría de las Hermanas.—8. Carta de Sor María a Don Cagliero y respuesta de éste.—9. Privilegio de las tres Misas de Navidad.

Capítulo IV.—Edificante relación de Don Pestarino. Don Cagliero, director general del Instituto. Sor María se resigna a ser Superiora. Santa muerte de Don Pestarino (1874) p. 237

1. Don Bosco, en Roma, para la aprobación de las Constituciones de los Salesianos. Carta circular a las casas salesianas.—2. Tres avisos importantes de Pío IX.—3. Don Pestarino, en Turín. El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, agregado a la Congregación de San Francisco de Sales. Edificante relación de Don Pestarino.—4. Muerte de la primera Hija de María Auxiliadora. La sobrina de Don Pestarino ingresa en el Instituto.—5. Don Cagliero, director general del nuevo Instituto. Introducción del triduo de Ejercicios Espirituales para la Pascua.—6. Sor María se resigna a ser Superiora. Estima de Don Bosco por la madre.—7. La primera Misa cantada.—8. Don Pestarino, afectado

de una enfermedad imprevista. Sus últimas palabras. Su santa muerte. Curación de una niña.—9. Llanto en el pueblo. Pésames deprimentes.—10. Cómo provee Don Bosco la dirección de las Hijas de María Auxiliadora.—11. Funerales de Don Pestarino.

Apéndice al capítulo IV, núms. 1 y 3 p. 250

Carta circular de San Juan Bosco a las casas salesianas, en las que se piden oraciones para obtener la aprobación de las Constituciones.

Capítulo V.—Penas y consuelos (1874) p. 253

1. El nuevo director de las Hijas de María Auxiliadora, Don José Cagliero.—2. Muerte de una educanda.—3. Muerte de Sor Corina Arrigotti y notas bibliográficas.—4. Don Bosco va a Mornese. Nuevas profesiones.—5. La Madre dice a la postulante Laurentoni lo que le han dicho algunas señoras y las Hermanas de Santa Ana.

Capítulo VI.—La Madre es elegida Superiora General. Dirección que ha de darse al Instituto (1874) p. 261

1. Trigésima de Don Pestarino.—2. Carta de Don Bosco a la señora Pastore.—3. Elección de Sor María como Superiora General.—4. El primer Capítulo del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.—5. En el Instituto comienza la regularidad.—6. Se anuncia que las Hermanas irán a Borgo San Martino y una recomendación sobre la pobreza.—7. Don Bosco predice la extensión del Instituto y presenta al director general.—8. Modo de favorecer las propias inclinaciones.—9. Los primeros exámenes de maestra.—10. Dificultades internas y fortaleza de la Madre.—11. Ejercicios Espirituales para señoras. Nuevas vesticiones y profesiones.—12. Muerte del nuevo director espiritual. Don Bosco provee de nuevo para las Hermanas.—13. Dice a Don Cagliero qué dirección debe dar el Instituto.—14. Docilidad de la Madre; su veneración por Don Bosco y su interés por conocerle e imitarle.

Capítulo VII.—Apertura de la primera casa. Don Costamagna, director espiritual de la casa de Mornese (1874-1875) p. 370

1. Se abre la casa de Borgo San Martino (8 de octubre de 1874).—2. El nuevo director espiritual de Mornese. Don Costamagna.—3. Solicitud materna de Sor María.—4. La obra de las Hermanas en Borgo San Martino.—5. La Madre va a Borgo y a Turín.—6. Don Costamagna reorganiza las clases. Fervor en la virtud y en el trabajo. Se cultiva la música.—7. Triduo en preparación a la fiesta de la Inmaculada: hacer, sufrir, callar. Nuevas vesticiones. La postulante Catalina Daghero.—8. La novena de Navidad.—9. Carácter del nuevo director. Sumisión y prudencia de la Madre.

Capítulo VIII.—Espíritu de sacrificio y gobierno de la Madre. Estímulo a la santidad (1872-1875) p. 278

1. Espíritu de humildad y de sacrificio de la Madre.—2. Vigilancia por la paz en casa, por impedir el mal y hacer el bien.—3. Observancia de la Regla y dulce firmeza en que sea observada. Modelo para las religiosas.—4. Promueve el espíritu de familia en el Instituto.—5. Así quiere Don Bosco.—6. El arte de conversar con Jesús. Preguntas graciosas.—7. Aliento a la perseverancia y a la santidad.

- Capítulo IX.—Espíritu de mortificación de las Hermanas. Don Bosco, contento del gobierno de la Madre (1872-1875) p. 286
1. Espíritu de pobreza y de mortificación.—2. Impresión en las educandas.—3. Café con leche al desayuno. Una broma.—4. Bondad materna.—5. Justicia y limosna. Da su delantal.—6. Piedad angélica.—7. El sermoncito de la noche. Sus recomendaciones, avisos, consejos y palabras de aliento.—8. Don Bosco, contento del gobierno de la Madre. Un aviso importantísimo del Santo Fundador.
- Capítulo X.—El espíritu de fervor en la casa de Mornese (1872-1875) p. 297
1. Vida admirable de las primeras Hermanas.—2. Comunión diaria.—3. *Laus perennis*.—4. El silencio.—5. Celo por las niñas del pueblo.—6. Oraciones por la conversión de los pecadores.—7. Sufragios por los difuntos.—8. Devoción al Ángel de la Guarda, a San Luis Gonzaga, a San Francisco de Sales, a Santa Teresa y a San José.—9. A la Virgen, bajo el título de la Inmaculada, la Dolorosa y la Auxiliadora.—10. Al Sagrado Corazón.—11. El saludo.
- Capítulo XI.—La Madre hace los votos perpetuos (1875) p. 304
1. El mes de mayo.—2. Una predicción realizada.—3. Fiesta de María Auxiliadora. Nuevas vesticiones.—4. Don Rúa en Mornese.—5. La Madre, con doce Hermanas, hace los votos perpetuos en manos de Don Bosco. Nuevas vesticiones y profesiones. Recomendaciones de Don Bosco.—6. Muerte de Sor Rosa Mazzarello (27 de septiembre).—7. Don Rúa vuelve a Mornese para las nuevas vesticiones y profesiones.—8. Noticia de la partida de misioneros salesianos para América.—9. Oraciones de las Hermanas por los misioneros y deseo de poder trabajar pronto junto a ellos. La Madre recupera improvisadamente el oído.—10. La primera Misa de Don Campi la noche de Navidad y cinco primeras Comuniones. Felicitación al Sumo Pontífice.—11. Consagración al Niño Jesús.
- Capítulo XII.—Espíritu de reparación. Aprobación episcopal del Instituto. Apertura de dos casas (1876) p. 314
1. Baile impedido.—2. Mortificaciones durante el carnaval. Sopa sin sal.—3. Aprobación de las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora por el Obispo de Acqui (23 de enero de 1876).—4. Don Bosco anuncia que las Hermanas abrirán nuevas casas, la primera en Piani de Vallecrosia, cerca de Bordighera.—5. Oraciones por el buen éxito de la nueva misión.—6. La Madre acompaña a las Hermanas al Santuario de Gavi (9 de febrero de 1876). Dolorosa separación.—7. Muerte de Sor Cassini.—8. Dificultad y prosperidad de la casa de Vallecrosia.—9. Don Costamagna, al Obispo de Acqui.—10. Se abre la casa de Turín (29 de marzo de 1876).—11. Imitar a Don Bosco especialmente en el agradecimiento a los bienhechores.—12. Estima de las Hermanas de Santa Ana hacia la Madre.
- Capítulo XIII.—Algunas defecciones y una muerte. Nuevas vesticiones y profesiones. Asistencia a una colonia balnearia (1875-1876) p. 327
1. Malhumor de algunas religiosas. Tristeza de la Madre. Pérdida de algunas vocaciones religiosas.—2. ¿Qué pensar de las defecciones religiosas?—3. Muerte de Sor María Grosso (13 de abril de 1876) y notas biográficas.—

4. Curación repentina de una Hermana.—5. Nuevas postulantes y siempre nuevas vesticiones y profesiones. Asistencia a una colonia balnearia en Sestri Levante (6 de junio de 1876). Un jovencito que se hace salesiano.

Capítulo XIV.—Nuevas pruebas internas y externas y nuevas muertes. Nuevas vesticiones y nuevas aperturas de casas (1876) p. 334

1. Una extraña postulante y prudencia de la Madre. Un consejo de Don Bosco y fortaleza de la Madre. La postulante, despedida.—2. Otras visionarias.—3. Consejos de la Madre.—4. El Ayuntamiento contra el Instituto.—5. Los primeros Ejercicios, sólo para maestras y señoras (agosto de 1876).—6. Nuevas vesticiones y una máxima de Don Rúa. La primera velada en la distribución de premios.—7. Muerte de Sor Giordano (16 de agosto). Nuevas profesiones.—8. Se abre la casa de Biella (7 de octubre); de Alassio (12 de octubre).—9. Relación de la Madre a Don Cagliero.—10. Un solo plato, pero dos alimentos.—11. Se abre la casa de Lu Monferrato (8 de noviembre).—12. Muerte de Sor Belletti (11 de noviembre) y datos biográficos.—13. Una predicción a seis jóvenes realizada.

Capítulo XV.—Formación de las postulantes p. 347

1. Observaciones.—2. Don Bosco recomienda no rechazar a ninguna joven por ser pobre.—3. Doctrina de San Francisco de Sales sobre las postulantes.—4. La Madre estudia los caracteres para corregirlos y formarlos según el espíritu de Don Bosco.—5. En las correcciones, firmeza y dulzura unidas. No pretendamos hijas sin defectos.—6. Portarnos siempre como si la Virgen estuviera presente. No formarse un pequeño mundo en la Congregación. Obrar con rectitud de intención.—7. Cómo acoger a la que se acusa de faltas externas.—8. Teme una sola cosa. Háblenos del paraíso.—9. Caridad materna con las postulantes. Cómo las anima a perseverar.—10. Quiere que estudien el Catecismo y que adquieran el verdadero espíritu religioso.

Capítulo XVI.—Acción unánime entre el director y la Madre. Espíritu de obediencia, de humildad y de mortificación de la Madre (1876) p. 359

1. Don Bosco quiere que sus hijos ayuden a las Hermanas.—2. La obra del director de Mornese y ayuda que recibió de Don Bosco.—3. La Madre le ayudaba. Sus virtudes como Superiora. Algunas de sus máximas sobre la santidad.—4. Su obediencia, su humildad y espíritu de mortificación.—5. Cómo ejercita a las Hermanas en estas virtudes.—6. Su discreción en tales pruebas.—7. Tú eres demasiado delicada.—8. Harás tu profesión.

Nota al capítulo XVI, núm. 4 p. 367

Capítulo XVII.—Cuidados maternos p. 370

1. Una Hermana a quien le gusta mucho el bordado.—2. Qué Hermanas son dignas de admiración.—3. Actividad en el trabajo. Nosotras trabajamos por un buen Amo. No compararse con las que trabajan menos o en trabajos menos importantes.—4. Algunas máximas para obrar rectamente.—5. ¿Tenemos a Jesús en nuestro corazón?—6. La Madre ama la humildad y besa los pies a las Hermanas postulantes.—7. Toda para todas, sin distinción.—8. Cuidados maternos con las enfermas.—9. Cómo la Santa Madre alivia a las hijas de sus penas morales.—10. Recemos. Máximas de Santa Teresa. Serenidad en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

- Capítulo XVIII.—De algunas virtudes y recomendaciones de la Santa p. 381
1. Predilección de la Santa por la pureza.—2. Su devoción a Jesús Sacramentado. Testimonio de Monseñor Costamagna.—3. Su espíritu de piedad.—4. Sus conferencias.—5. Su esperanza.—6. Su caridad.—7. Pensamientos de una conferencia sobre el fervor y la observancia de la Regla.—8. Cada religiosa, una copia viviente de la santa Regla.
- Capítulo XIX.—Los paseos y onomásticas (1877) p. 390
1. No mencionamos ya las aceptaciones en el Instituto.—2. Muerte de dos buenísimas religiosas (Sor Succetti —el 24 de marzo— y Sor Guala —el 9 de abril—).—3. Los paseos.—4. Una novicia, en un precipicio. Una mortificación de la Madre.—5. Un vestido para una niña.—6. El jubileo episcopal de Pío IX.—7. Fiesta de la Madre y del director y felicitaciones al Obispo de Acqui y al Santo Fundador Don Bosco.
- Apéndice al capítulo XIX, núm. 7 p. 399
- Las Hijas de María Auxiliadora a la Superiora General Sor María Dominga Mazzarello en su onomástica (6 de julio de 1875).
- Carta de felicitación de la Madre a Don Bosco (22 de junio de 1874).
- Carta de felicitación navideña de la Madre a Don Bosco (24 de diciembre de 1877).
- Carta colectiva del Capítulo, felicitando a Don Bosco en su onomástica (17 de junio de 1878).
- Capítulo XX.—Amor santo de la Madre hacia las educandas. p. 404
1. Interés de la Madre por imitar a San Juan Bosco en el trato con las niñas internas.—2. Su amor por las niñas.—3. Una niña en la cama con los zapatos.—4. La Madre, en los recreos. Celo por inculcar la santidad. Infunde en las niñas el espíritu de fe.—5. La devoción a la Virgen.—6. Inspira horror al pecado. La devoción al Angel de la Guarda. Habla contra la vanidad y propone a la Virgen como modelo especialmente en la pureza.—7. Procura encender en las niñas el amor a Dios y el deseo del cielo.—8. La imagen de Santa Inés y la Comunión bien hecha.—9. Recomendaciones y correcciones.—10. La consagración al Niño Jesús.—11. Otras recomendaciones.—12. Una niña dice que ha perdido la inocencia.—13. No debes decir nunca lo que te ha dicho el confesor.—14. No debes hablar de lo que has comido.
- Indice analítico alfabético p. 463

